PRÓLOGO

Esta obra no es otra cosa que el testimonio de un soldado. De propósito he rehusado traer aquí cuestiones políticas o aspectos que no guarden relación directa con los acontecimientos militares. Básteme aducir en abono de mi actitud las palabras del tratadista inglés de temas militares Liddell Hart:

> Los generales alemanes de esta guerra han resultado el mejor logro profesional que quepa buscar en parte alguna. Mejores pudieron haber sido todavía, de haber contado con más amplios horizontes y con una mentalidad más profunda. Bien es verdad que si hubieran sido filósofos, habrían dejado ya de ser soldados.

He puesto el mayor empeño en exponer lo que me aconteció, las ideas que se me ocurrieron y las decisiones que tomé, presentándolo todo tal como entonces sucedía y lo veía yo y no como pudiera verlo ahora, a posteriori. No es, pues, el historiógrafo investigador, sino el hombre de acción, el que se dirige al lector. Claro está que no por haber tratado de presentar con la mayor imparcialidad posible los hechos, las personas y sus decisiones, dejarán mis apreciaciones de resultar en último término las conclusiones subjetivas de quien tomó parte en los acontecimientos que comenta. Espero, sin embargo, que mi relato no ha de carecer de interés ni aun para el historiador, que jamás podría extraer la verdad solamente de las actas y documentos. Lo esencial, que es el conocimiento de las reacciones y juicios de las personas actuantes, rara vez se sacará de los documentos oficiales y de los diarios de operaciones, y nunca , desde luego, completo.

Al referir cómo nació el plan de la ofensiva alemana de 1940 en Europa occidental, lo hago apartándome de la norma del coronel

general Von Seeckt, de que <los oficiales del Estado Mayor no tienen nombres>. Me creo justificado para obrar así por el hecho de que la cuestión haya sido aireada hace tiempo ya, y

sin mi intervención, por cierto. El que entonces era mi jefe, mariscal general van Rundstedt, y nuestro jefe de Servicios, general Blumentritt, fueron quienes pusieron al corriente de la historia del plan en cuestión a Liddell hart, al que yo no he tenido el gusto de conocer personalmente.

La razón de que mi versión de los problemas y acaecimientos militares aparezca salpicada de matices personales, está en que también en la guerra tiene sus fueros el lado meramente humano. Y que tales recuerdos personales hayan de echarse de menos en los últimos capítulos de este libro, se explica por la circunstancia de que en aquellos momentos todo lo ensombrecían y desvanecían la preocupación y el peso de la responsabilidad.

Consecuencia obligada de mi propia situación en la Segunda Guerra Mundial es que, en lo sustancial, tenga que enfocar los hechos desde el punto de vista del mando superior. Confío, con todo, en que de mi relato habrá de trascender a cada paso el papel decisivo que tuvieron el espíritu de sacrificio, la valentía, la lealtad y el sentido del deber del soldado alemán, así como la competencia y la conciencia de responsabilidad de los mandos en todas sus categorías. De ahí nos vinieron nuestras victorias y sólo merced a ello fue posible hacer frente a la aplastante superioridad de nuestros enemigos.

Quisiera también que en esta obra se viese un testimonio de gratitud al que fue mi primer jefe en la fase inicial de la guerra, mariscal general Von Rundstedt por la confianza que siempre puso en mí; a los jefes y soldados de todos los grados que sirvieron a mis órdenes, a mis auxiliares, especialmente al jefe y oficiales de mi Estado Mayor, que me asesoraron y prestaron su colaboración, y, por último, a cuantos me ayudaron a componer estas memorias: al que fue mi jefe de Estado Mayor, general Busse, y oficiales del mismo: Von Blumröder, Eismann y Annus; a Gerhard Günther, que con sus palabras me animó a publicar la obra, y a Fred Hildenbrandt, por su precioso concurso en la labor de redactarla, así como al ingeniero diplomado Materne, que ha sabido trazar los croquis con gran acierto.

PRIMERA PARTE

LA CAMPAÑA DE POLONIA

1

ANTES DEL ASALTO

Lejos del Alto Mando.- Hitler dispone la elaboración de un plan de ataque a Polonia.- Se encarga de ello al Estado Mayor del Grupo de Ejércitos Sur, mandado por el general Von Rundstedt.- El Estado Mayor General y la cuestión polaca.- Polonia como Estado-parachoques entre el reich y la Unión Soviética.- ¿Guerra o finta?- Alocución de Hitler a los jefes militares en Obersalzberg.- El pacto con la Unión Soviética.- Pese a la resolución <irrevocable> de Hitler, se duda de que hayamos de llegar a la guerra.- La primera orden de ataques ¡es anulada!- Estado de duda hasta el último instante.- ¡La suerte ha sido echada!

La evolución de la situación política subsiguiente a la anexión e incorporación de la Austria germana al Reich me sorprendió lejos de la sede del Alto Mando militar.

Había visto, en efecto, a principios de febrero de 1938 cortada de pronto mi carrera en el Estado Mayor General, que prometía llevarme hasta la categoría de segundo del mismo, o sea, al puesto de jefe de Servicios y suplente del primero de Estado Mayor. Cuando el coronel barón Von Fritsch hubo de perder el mando supremo del Ejército merced a una diabólica intriga del Partido, con él fueron separados también de las funciones del alto mando sus colaboradores más íntimos, entre los que me contaba yo. Puesto seguidamente al frente de la 18ª División en Liegnitz, ya se comprenderá que no me compitiese ocuparme de cuestiones que en realidad eran de la exclusiva incumbencia del Alto Estado Mayor.

A partir de primeros de abril de dicho año, mis funciones eran las propias de un comandante de división y mi deber el de consa-

grarme a ellas. Ocupación en verdad muy interesante por aquel entonces y harto absorbente por no hallarse todavía ultimada la obra de amp0liación del Ejército. La aparición constante de formaciones complementarias no daba tregua a los encargados de adaptar a las nuevas dimensiones la instrucción de las unidades preexistentes. El ritmo de rearme y la obligada secuela de un más nutrido cuerpo de oficiales y suboficiales planteaban un problema arduo a todos los jefes, si se había de llegar al apetecido resultado de contar con los jefes, si se había de llegar al apetecido resultado de contar con unas tropas de excelente formación y firme cohesión interna, capaces de garantizar la seguridad del Reich. Mas, justamente por eso, uno se sentía más íntimamente satisfecho cuando, veía sus esfuerzos coronados por el éxito. Y más todavía cuando, como en mí caso, podía uno saborear el placer de hallarse en contacto directo con las tropas después de años de actuación en Berlín. Por eso recuerdo con singular añoranza aquel año y medio de tranquilidad, y recuerdo sobre todo a los silesios que integraban la 18ª División con carácter casi exclusivo, que siempre ha dado Silesia buenos soldados y así se hacía sumamente grata la instrucción de las nuevas formaciones.

El breve episodio de la <Guerra de las flores>, como se le llamó a la ocupación por el Reich de las correspondientes zonas sudetes, me había sorprendido ya en el puesto de jefe del Estado Mayor General de los ejércitos mandados por el coronel general Ritter von Leeb, y allí había tenido conocimiento por razón de mi cargo del conflicto suscitado entre el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Beck, y Hitler en torno a la cuestión checa, conflicto que tuvo su desenlace con la dimisión, por mí bien lamentada, de aquel jefe su desenlace con la dimisión, por mí lamentada, de aquel jefe de Estado Mayor que tan entrañable respeto me merecía. El caso es que con su dimisión quedaba también roto el hilo que hasta entonces me había unido aún, gracias a la confianza que Beck me dispensaba, con el Estado Mayor Central.

A ello se debió el que hasta el verano de 1939 no llegase a conocimiento mío la <orden de marcha Blanco>, primer estudio de un avance sobre Polonia planeado por orden de Hitler. Semejante orden no había existido hasta febrero de 1939, antes se habían limitado todas las medidas precautorias de carácter militar por nosotros tomadas respecto de nuestras fronteras orientales a la mera defensa o seguridad para el caso de un conflicto con otras potencias.

1. Ritter, que literalmente significa caballero de acusada hidalguía, no tiene en castellano equivalencia nobiliaria. (N. del T)

Para el supuesto <Blanco> se había previsto nombrarme a mí jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejército Sur, que habría de ser puesto a las órdenes del coronel general Von Rundstest, por entonces ya retirado. Las posiciones de partida de este Grupo de Ejércitos estarían en Silesia, en Moravia oriental, y, para algunas secciones, en Eslovoquia, y disponía la orden que inmediatamente se procediese al estudio y ultimado del detalle.

Como en tiempo de paz no existía aún Estado Mayor del Grupo de Ejércitos, provista solamente para cuando se presentase la movilización, se dispuso la formación de un reducido Estado Mayor para la tarea concreta de estudiar y poner a punto la nueva orden de avance. Este organismo se reunió el 12 de agosto de 1939 en Neuhammer, campo de ejercicios de las tropas silesias, bajo la dirección del coronel del Estado Mayor General Blumentritt, quien habría de desempeñar, llegada la movilización, el cargo de jefe del Cuartel General del Grupo de Ejércitos. Tuve esta circunstancia por un afortunado azar, dada la intimidad que me unía con aquel hombre excepcionalmente capaz desde los días en que habíamos trabajado juntos durante la crisis sudeste en el Alto Mando del Ejército a las órdenes de Von Leeb, pues en aquellas circunstancias sentía la necesidad de colaborar con personas a quienes pudiese confiarme. Y así como a veces sucede que un leve detalle personal se gane nuestras simpatías, así me sucedía a mí respeto del coronel Blumentritt con su arrolladora pasión por el teléfono: con ser persona que aún sin él trabajaba con rapidez y soltura envidiables, con el auricular en la mano evacuaba verdaderos aludes de cuestiones, siempre con una amabilidad y un optimismo imperturbables.

A mediados de agosto llegó a Neuhammer el que iba a ser comandante del Grupo de Ejércitos Sur, coronel general Von Rundstedt, de todos nosotros conocido ya como soldado dotado de brillantes facultades operativas. Vivo se compresión, era hombre que al punto captaba el nervio de los problemas y que en vez de embarazarse con minucias que desdeñaba, se entregaba enteramente al estudio y solución de los aspectos fundamentales. Personalmente era lo que solemos llamar un caballero a la vieja usanza, con un estilo y unas maneras que desdichadamente van desapareciendo, por más que tuviesen la virtud de embellecer la vida. Tenía, indudablemente, charme el coronel general, hasta el puto de que el mismo Hitler se rendía a ésta su distinción. Se diría, en efecto, que le había cobrado una ofición sincera; y lo sorprendente es que,

aun después de haberlo recusado por dos veces, parecía subsistir algún destello de aquella simpatía. Acaso tenga esto su explicación en la suposición de que Hitler reaccionaba ante Rundstedt bajo la otros tiempos para él incomprensibles; de otros tiempos a cuyo ambiente y tono él no había tenido a acceso nunca.

Por cierto que cuando el Estado Mayor se reunió en Neuhammer, también la 18ª División de mi mando había acudido allí, a las maniobras de regimientos y división que en aquel punto tenían lugar anualmente.

Huelga decir cuán embargado se sentía cada cual de nosotros ante el cúmulo de peripecias por las que la patria había pasado desde 1933 y que todos nos preguntábamos adónde iría a parar aquella sucesión impresionante de acontecimientos. Todos nuestros pensamientos y muchos de los comentarios al oído del amigo tenían por único tema los augurales relámpago que por doquiera surcaban el horizonte. Nadie abrigada la menor duda de que Hitler había resuelto ya con fanático empeño llegar a la solución de los restantes problemas territoriales originados en Alemania en los restantes problemas territoriales originados en Alemania en virtud del tratado de Versalles. Sabíamos que ya en el otoño de 1938 había iniciado negociaciones con Polonia para acabar de una vez con las dsensiones fronterizas polaco-alemanas, aunque ignorábamos si tal intento de negociar había tenido aceptación y cuál habría sido el curso de las deliberaciones en tal caso. Conocíamos bastante bien la potencia militar creciente y la fortaleza soviéticas, y no se nos ocultaba el hecho de que Francia, ese país tan seductor, seguía siéndonos invariablemente hostil por desgracia, aunque la explicación de tal antagonismo constituyese un enigma insoluble. Podíamos contar con que Francia no dejaría nunca de buscarse aliados al otro lado de Alemania y con que, desaparecida Polonia como Estado, la poderosa Unión Soviética confabulada con Francia resultaría siempre un vecino mucho más temible para el Reich que lo era entonces una nación de mesurados recursos como la polaca. La supresión del Estado-tope, que Polonia (y Lituania) constituían entre Alemania y la Unión Soviética, apenas podría por menos de degenerar en una pugna de las dos grandes potencias. Acaso algunas rectificaciones de nuestras fronteras con Polonia conviniesen a los intereses de ambos países; pero lo que es una eliminación total de este Estado, basada en el cambio radical de nuestra situación, en modo alguno le convenía al Reich. En consecuencia, gustásemos o no la vecindad de Polonia, como obs-

táculo interpuesto entre nosotros y la Unión Soviética siempre sería mejor que nada. Ya podía indignarnos a los militares el disparatado y temerario señalamiento de nuestras fronteras orientales, que no por eso dejábamos de hallar siempre menos peligroso el contacto polaco que el ruso. Verdad es que todos los alemanes esperábamos que algún día habría de llegarse a una revisión fronteriza que devolviese al Reich las zonas de preponderante población germana, como un elemental derecho de sus habitantes lo podía. Por otra parte, tampoco desde el punto de vista militar parecía por ningún concepto deseable un aumento de la población polaca. Y en cuanto a la demanda de una comunicación entre la Prusia oriental y el Reich, estábamos que muy bien podía conciliarse con el interés que Polonia demostraba por contar con un puerto. Tal era y no otra la idea que acerca del problema polaco reinaba en los medios castrenses allá por los tiempos de la Reichswehr, o sea, poco más o menos, a partir de fines del año 20 cada vez que se suscitaba la cuestión del recurso a las armas.

Mas he aquí que la Fortuna hizo girar su rueda una vez más y por el foro del Reich se adelantó Adolfo Hitler. Entonces cambió todo, y también nuestra actitud para con Polonia pasó a ser otra muy distinta desde el momento en que el Reich estipulaba un pacto de no agresión y hasta cerraba un tratado de amistad con ella. De esta suerte nos veíamos al fin libres de la zozobra en que nos había tenido el peligro de un ataque polaco. En cambio, simultáneamente se enfriaban las relaciones políticas entre Alemania y la Unión soviética a consecuencia de la franca hostilidad del nuevo gobernante con respecto del sistema bolchevique, proclamada en casi todos los discursos que a las masas había dirigió. No cabe duda de que en la nueva situación tenía que sentirse Polonia políticamente desembarazada, si bien esta mayor libertad de movimientos del país vecino tampoco suponía peligro alguno para nosotros, habida cuenta de que tanto el rearme de Alemania como la sucesión de éxitos logrados por Hitler en política exterior equivalían a una garantía de que apenas se atrevería Polonia a volver contra el Reich la ventaja de manos libres que le debía. Incluso el hecho de que los polacos se mostrasen tan dispuestos a entrar a la parte en la redistribución de Checoslovaquia, parecía dar a pie a la confianza de que aún podrían plantearse nuevamente los problemas fronterizos.

Lo cierto es que nadie tuvo nunca sobre la mesa de su despacho del Alto Estado Mayor del Ejército un plan de avance agresivo

contra Polonia hasta la primavera de 1939. Antes de esa fecha todos los preparativos militares en el Este habían tenido un carácter netamente defensivo.

¿Guerra o finta?

¿Irín las cosas a ponerse realmente serias ahora, en el otoño de 1939? ¿Quería Hitler la guerra, o se propondría más bien acabar con el problema de Danzig y del Corredor recurriendo a medidas extremas de presión militar, como había hecho ya en el otoño de 1938 con Checoslovaquia y los germanos-sudetes?

Saber si se trataba la guerra efectiva o de mera simulación era el verdadero problema. Por lo menos para quienes no tuviesen acceso a las auténticas y trascendentes incidencias de la situación política y sobre todo a los verdaderos designios de Hitler, el quid estaba en averiguar cuál de los términos de la disyuntiva sería el más probable. Ahora bien, ¿quién podía preciarse de estar al tanto de las íntimas intenciones de Hitler?

Realmente, las medidas militares tomadas en agosto de 1939 podían muy bien admitir la interpretación de que, pese al plan de avance <Blanco>, iban dirigidas tan sólo a subrayar la presión política sobre Polonia para llevarla a una transacción. Desde el verano se trabajó febrilmente por orden de Hitler en la obra de levantar un bastión o <muralla oriental>, para lo que se anduvo en un constante trasiego de divisiones- entre ellas, la 18- a la frontera polaca, en donde permanecían a veces varias semanas ocupadas en la erección de las nuevas fortificaciones. ¿A santo de qué nos decíamos, tanto dispendio; si Hitler no se disponía a atacar a los polacos? Porque hasta para el caso de que tratase de tomar precauciones para la eventualidad de una guerra en dos frentes- supuesto desechado siempre por él-, tales fortificaciones en el Este constituirían una equivocación. Llegadas las cosas a un extremo así, lo acertado hubiese sido atacar y derrotar primero a Polonia manteniéndose a la defensiva en el oeste, en vez de ponerse a la defensiva en el este y atacar en el Frente Occidental cuando la proporción de fuerzas no consentía la opción. Eso sin contar con que para una ofensiva en este último frente no se disponía de planes ni se había tomado medida alguna preparatoria. Si algún razonable fin tenían, pues, las obras de fortificación del Este en las circunstancias en que las habíamos emprendido, no podría ser otro que el

de acentuar la presión sobre Polonia por la concentración de tropas en sus fronteras. Igualmente podían explicarse sin recurrir al supuesto de auténticos preparativos de agresión el avance de las divisiones de infantería hasta la orilla oriental del Oder y el traslado de las motorizadas y acorazadas a los puntos de partida, que habrían de iniciarse en el último tercio de agosto y que dejarían a estas últimas fuerzas en el lado occidental del Oder, todo esto podía también constituir un medio más de presión política.

Por de pronto, nuestro programa de instrucción dentro del marco de la paz siguió su curso normal. Del 13 al 14 de agosto de 1939 había puesto término yo a los ejercicios de mi división en Neuhammer con un desfile ante el coronel general Von Rundstedt. El 15 del mismo mes tuvo lugar una gran maniobra conjunta de tiro artillero y colaboración de la Luftwaffe, en la que sobrevino un trágico accidente: toda una escuadrilla de Stukas- sin duda desorientada por efecto de algún dato equivocado relativo a la altura de las nubes- se había lanzado en picado sobre un bosque y en él se había estrellado. Todavía el 16 de agosto de 1939 tuvimos un ejercicio regimental, después del cual regresaron las unidades de la división a sus respectivas guarniciones de tiempo de paz, para dejarlas, eso sí, al cabo de pocos días y dirigirse a la frontera de la baja Silesia.

El 19 de agosto recibimos el coronel general Von Rundstedt y yo orden de que nos presentásemos en Obersalzberg el día 21 para una entrevista, por lo que el 20 salimos de Liegnitz en coche hasta la región de Linz, en donde pasamos la noche con mi cuñado en la finca que allí tenía. El 25 de agosto por la mañana estábamos en Berchtesgaden, coincidiendo con todos los comandantes de ejército y grupos de ejércitos y sus respectivos jefes de Estado Mayor, así como con los de la Marina y la luftwaffe, igualmente convocados por Hitler.

La consulta, o, más bien, la alocución que Hitler dirigió a los jefes militares- ya que a un auténtico cambio de impresiones no permitía que llegasen las cosas después de lo que le había sucedido con el jefe del Estado Mayor General el año anterior con ocasión de unas deliberaciones en vísperas de la crisis checa- tuvo por escenario el gran salón de recepciones de Berghof con vistas a Salzburgo. Poco antes de que Hitler se presentase, hizo su aparición Goering. El aspecto del personaje era realmente sorprendente. Parecía ataviado para un baile de máscaras, cuando yo suponía que el motivo de convocarnos allí más bien tenía que ser cosa gra-

ve o seria por lo menos. Vestía camisa blanca de cuello bajo y encima de ella, un jubón de cuero verde sin mangas, con gruesos botones de cuero amarillo. Seguía luego un pantalón corto y gris y, hasta la rodilla, unas medias de seda del mismo color realzaban graciosamente las ya de suyo considerables pantorrillas, terminando por abajo el indumento en unas botas de media caña o katiuskas, en contraste con la delicada seda de las piernas. Pero a todo esto aventajaba sin duda la rutilante fantasía de un cinturón de cuero rojo, ricamente guarnecido de oro, que ceñía su vientre y alojaba en ancha funda del mismo cuero y color, profusamente esmaltada de chatones de oro, un bamboleante puñal de lujo. No pude por menos de comentar por lo bajo con mi vecino, el general Von Salmuth, el inesperado espectáculo:<¿Será ese gordo el mosquetero encargado de guardarnos la espalda>?, le dije.

Pero, dejando a un lado la escenografía para volver sobre el tema, debo manifestar que, en relación con la alocución que entonces nos había dirigido Hitler, han sido leídos en su día por los fiscales en el proceso seguido en Nuremberg contra el Estado Mayor varios supuestos <documentos> probatorios. Se pretendía en uno de ellos que en su discurso había llegado Hitler a permitirse las más crudas expresiones y que, de pura alegría de ver cómo estaba la guerra para estallar, se había subido Goering de un salto a la mesa para lanzar allí su estentóreo <¡Viva!>. pues bien, nada de esto es verdad. Como tampoco lo es que en aquella ocasión pronunciara Hitler la frase de que <lo único que temía era que a última hora fuese a venirle algún hijo de perra con propuestas de mediación>. Es verdad que el tono de la alocución se caracterizaba por una manifiesta resolución; pero hay que tener en cuenta que era demasiado buen psicólogo Hitler para ignorar que en aquel auditorio nada se adelantaba con parrafadas retóricas ni con abrir el grifo de los improperios.

El contenido de su alocución lo hallamos acertadamente reproducido en sus líneas generales en la obra de Greiner Die Oberste Wehrmachtsführung 1939-43 (El Mando Supremo de la Wehrmacht de 1939 a 1943). Proviene esta versión de un resumen oral del discurso que el coronel Warlimont le había hecho al autor de la obra en cuestión con destino al diario de la guerra, y de notas taquigráficas del almirante Canaris en parte. También del diario del coronel general Halder puede colegirse algo del contenido de aquel discurso, por más que a mí me parezca verosímil que tanto en este caso como en el de las referencias de Warlimont y Canaris,

bastantes pasajes correspondan acaso a lo que en otras ocasiones habían oído de Hitler ellos mismos.

La impresión que en los generales de mando intermedio como yo dejaron las manifestaciones de Hitler, puede asegurarse que fue la siguiente:

Nuestro jefe de Estado se hallaba plenamente resuelto a llevar al fin la cuestión germano-polaca a una solución terminante, incluso a costa de una guerra. En el caso de que Polonia cediese a la presión alemana, en vista de que la movilización sobre la frontera iba acercándose a su punto culminante aun cuando se mantenía todavía a cencerros tapados, aún cabía la solución pacífica, toda vez que Hitler parecía seguro de que las potencias occidentales acabarían por resistir una vez más del recurso a la fuerza. Recuerdo que explicó con especial detenimiento las razones en que se basaba para suponerlo así y que sus principales argumentos fueron los siguientes. El retraso en que se hallaban el rearme francés y el inglés, sobre todo en lo tocante a la aviación y a la defensa antiaéreas, la imposibilidad práctica en que se veían de ayudar a Polonia con nada eficaz que no fuese un ataque al bastión occidental, ataque en a buen seguro ninguna de las dos naciones osaría emprender ante la hecatombe que suponía; la situación política internacional y señaladamente la tensión reinante en el Mediterráneo, que tanto coartaba la libertad de movimientos de Gran Bretaña; la situación de la política interna por lo que a Francia tocaba, y , finalmente en orden de enumeración, aunque no de importancia, la personalidad de los estadistas gobernantes, porque ni Chamberlain ni Daladier tendrían el arrojo necesario para pechar con la responsabilidad de declarar la guerra.

Con todo, por más habilidad dialéctica que Hitler pusiera en aquella ocasión en sistematizar lógicamente sus argumentos y por más certeros que en ciertos aspectos pudieran parecer sus juicios acerca de la situación de las potencias occidentales, no creo que el auditorio quedase plenamente convencido. Tal vez fuese la garantía británica la única objeción que supiese hacer a sus optimistas conclusiones. Sin embargo, ¡el trance era serio!

A mi modo de ver, lo que Hitler manifestó en el supuesto de una efectiva guerra con Polonia no exigía la obligada interpretación de una política de aniquilamiento como ha pretendido la acusación de Nuremberg. Porque si bien pedía el aplastamiento rápido y sin miramientos del ejércitos polaco, traducido esto a términos militares, resulta justamente el objetivo ineludible de toda operación ofen-

siva planeada en grande. En todo caso, lo cierto es que nadie de nosotros pudo entonces colegir de sus manifestaciones que se fuese a proceder en Polonia como más tarde se procedió.

La mayor sorpresa y la impresión más fuerte que se nos reservaba la constituyó sin duda la notificación de que estábamos a punto de concertar un pacto con la Unión Soviética. Ya en nuestro viaje de ida a Berchtesgaden habíamos leído en la Prensa la noticia de un acuerdo comercial concertado con Moscú, lo cual por sí solo resultaba harto sensacional dada la situación. Poca cosa era,, sin embargo, comparada con la noticia que a continuación nos daba Hitler, de que su ministro de Asuntos Exteriores, Von Ribbentrop, del que se despedía a presencia nuestra, pues había asistido al acto, salía en avión para Moscú, a ultimar un pacto de no agresión con Stalin. Pretendía haberles arrebatado así un buen triunfo a los accidentales, al impedirles de antemano toda posibilidad de bloquear a Alemania. Luego aludió a importantes concesiones hechas por él a la Unión Soviética, tanto en el Báltico como en lo tocante a la frontera oriental polaca, para poder llegar a la estipulación del pacto. Pero de sus manifestaciones nadie dedujo que se propusiese llegar a un reparto total de Polonia, y hoy es bien sabido que durante la misma campaña polaca se estudió la posibilidad de dejar subsistente un resto de la nación.

En suma: después de haber oído a Hitler, ni el coronel general Von Rundstedt ni yo- lo mismo seguramente que los restantes generales- nos creímos en el caso de suponer que la guerra iba a ser inevitable como quiera que la costa se mirase. Dos consideraciones, sobre todo, parecían llevarnos a la conclusión de que, pese a la situación, tal vez en el último instante optasen por la solución pacífica, como en Munich.

Nuestra consideración primera fue la de que la estipulación del pacto con la Unión Soviética dejaba a Polonia de antemano en situación desesperada. Sí con la jugada habíamos despojado más o menos a Inglaterra del arma del bloqueo, dejándola sin otro recurso para ayudar a Polonia que el arduo y costoso de atacar en el oeste, nada tendría de particular que en Varsovia aconsejasen condescendencia, siquiera no fuese más que por tranquilizar a Francia. Tampoco podía, por otra parte, ocultárseles a los polacos que la garantía de Gran Bretaña iba a quedar reducida a un mero gesto romántico en el terreno de los hechos, y que, en cambio, lanzada a una guerra contra Alemania, poco habrían de tardar los soviéticos en llamar a su puerta trasera para liquidar el viejo pleito de

sus reivindicaciones en la Polonia oriental. ¿Cómo no iba a ceder Varsovia en una situación así?

La segunda consideración se refería a la convocatoria y alocución que nos había reunido. ¿Qué se perseguía con ella? Hasta entonces todos los preparativos militares de ataque a Polonia habían sido cuidadosamente <camuflados>, justificando la presencia de divisiones en las zonas fronterizas con la construcción de obras de defensa y velando la auténtica finalidad de las concentraciones de tropas en la Prusia oriental con la celebración de una grandiosa ceremonia de Tannenberg. Se habían aplazado hasta el último instante los preparativos para grandes maniobras de las agrupaciones motorizadas y todo se había puesto en marcha sin proceder a la movilización oficial. Pues bien, por más obvio que pareciese suponer que tales medidas no habían de pasarle inadvertidas a Polonia y que sólo podían, por ende, perseguir la finalidad de ejercer una presión política deseada, no cabe negar que hasta aquel día veníamos rodeándolas del mayor secreto y aplicando a su ejecución todos los recursos del disimulo. En cambio ahora, en el momento culminante de la crisis, venía Hitler y convocaba a todos los comandantes superiores de la Wehmacht (fuerzas de tierra, mar y aire) en Obersalzberg, sabiendo, como tenía que saber, que en modo alguno podía pasar inadvertida la extraordinaria concurrencia. La única explicación que para nosotros tenía este contraste era la de que el político alemán acababa de disparar la última salva de intimidación en la farsa belicosa que deliberadamente venía representando. ¿No estaría, pues, Hitler buscando el arreglo al amparo de simulaciones audaces? ¿No sería la arenga en cuestión el último tornillo que apretaba sobre la conminada Polonia?

Al menos así lo supusimos el coronel general Von Rundstedt y yo al regreso de Berchtesgaden. Por cierto que mientras el primero seguía viaje hasta nuestro cuartel general de Neisse, todavía me quedaba yo un día con mi familia en Liegnitz; cosa que no se me hubiera ocurrido a poco que me creyese en vísperas de guerra.

El 24 de agosto de 1939, a las 12 horas, se hacía cargo Von Rundstedt del mando del Grupo de Ejércitos, y el 25, a las 15.25 horas, recibíamos del Alto Mando del Ejército la orden-consigna. <Caso Blanco, 1.y=26.8, hora 4.30>.

Tomaba estaba, pues, la resolución de ir a la guerra, en la que nosotros no habíamos querido creer hasta entonces.

En esto, cuando me hallaba a la mesa cenando con el coronel general Von Rundstedt en nuestro Cuartel General del convento

de la Santa Cruz de Neisse, he aquí que a las 20.30 horas nos llega del Alto Mando del Ejército la siguiente orden telefónica:

¡Prohibido romper las hostilidades! ¡Detengan inmediatamente la marcha de las tropas! La movilización continúa. Los despliegues Blanco y Occidente seguirán su curso previsto.

A ningún militar se le ocultará lo que significaba esta revocación de la orden de marcha a última hora: tres ejércitos en plena marcha sobre la frontera, desplegados en una amplia zona que se extendía desde la Silesia inferior hasta la Eslovaqui oriental, habían de ser detenidos en el término de unas horas, sin perder de vista que también se hallaban en marcha todos los Estados Mayores, por lo menos hasta los de división, y que por razones de cautela no se podía hacer uso de las transmisiones radiotelegráficas. Y, sin embargo, conseguimos vencer todas estas dificultades y hacer llegar a tiempo la orden hasta la última de las unidades; que no fue pequeño mérito de los mandos y servicios de comunicaciones. Recuerdo que para poder avisar a un regimiento motorizado al este de Eslovaquia, tuvo que aterrizar de noche un oficial a la cabeza de la columna con su aparato <Cigüeña Fiesel>.

De los motivos que había tenido Hitler para revocar en los últimos instantes su decisión de apelar a las armas, nada supimos; únicamente se dijo que proseguían las negociaciones.

Se comprenderá que entre nosotros, los militares, esta manera de conducirse el mando nos dejase un poco estupefactos; que por algo es la decisión de entrar en guerra la más grave y extrema que un jefe de Estado puede adoptar.

¿Qué explicación podía darse al hecho de haberse resuelto a tan grave paso y salir al cabo de pocas horas con una retractación? El asombro ante la rectificación parecía tanto más justificado cuanto que la medida, bajo su aspecto militar, tenía que acarreamos grandes desventajas. Baste recordar, como en mi referencia de la reunión de Obersalzberg dejo dicho, que todo lo fiábamos los militares a la sorpresa del enemigo. No se había anunciado movilización alguna, sino que la primera había de tener lugar el 26 de agosto, o sea, el mismo día en que acabábamos de suspender nuestra marcha. Precisamente ésta era la razón de que nuestro avance se llevase a efecto solamente con las agrupaciones acorazadas, y motorizadas y con un número limitado de divisiones de infantería, algunas de las cuales se hallaban ya en las zonas fronterizas y otras fueron

<aceleradamente movilizadas>. Ahora, en cambio, lo de la sorpresa del enemigo se había desvanecido, pues aunque los movimientos en los puntos de partida se habían efectuado de noche, o podían pasarle inadvertidos al enemigo, y menos teniendo en cuenta que las unidades motorizadas habían tenido que partir ya de día de sus puntos de concentración al poniente del Oder para cruzar este río. Consecuencia de todo ello era el que ahora- eso, si se llegaba a la guerra- tuviésemos que optar por la segunda solución, consistente en avanzar con todas las fuerzas disponibles. En todo caso, el momento de la sorpresa se nos había escapado.

Puesto que no cabía suponer que Hitler hubiese tomado su trascendental decisión de abrir las hostilidades a la ligera o en un arranque pasional, sólo podíamos acogernos a la hipótesis de que todo ello se ajustase a la línea de una táctica diplomática orientada a mantener la presión y acentuarla. Por eso, cuando el 31 de agosto, a las 17 horas, se nos comunicó nuevamente la orden:

Y = 1.9.4.45.

Tanto el coronel general Von Rundstedt como yo nos sentíamos bastante escépticos, por el hecho, sobre todo, de que nada se hubiese dicho de un fracaso de las negociaciones. Por de pronto, en lo concerniente a nuestro Grupo de Ejércitos, habíamos tomado cuantas medidas estimábamos necesarias para suspender otra vez la marcha de las tropas en el último momento, si fuese a repetirse lo sucedido el 25 del mes. Tanto Von Rundstedt como yo esperamos hasta medianoche la orden de suspensión que barruntábamos.

Pasada la medianoche, y con ella toda posibilidad de detener las fuerzas en marcha, ya no nos cupo duda de que ahora serían las armas las que tuviesen la palabra.

2

LA SITUACIÓN OPERATIVA

Factores decisivos: la superioridad de las fuerzas armadas alemanas y la situación geográfica de Polonia.- El riesgo en el oeste.- Fuerzas alemanas y plan de operaciones.- Consideraciones acerca del despliegue polaco.- ¿Cómo pudo haber actuado Polonia militarmente?- Lucha por ganar tiempo y defensa resuelta sólo allende el Narew, el Vístula y el San.- Cobertura de los flancos profundos.- Las potencias occidentales dejan a Polonia en las astas del toro.- Las excusas del comandante supremo aliado.

Los siguientes factores fueron los que determinaron con carácter decisivo la situación operativa en la campaña de Polonia.

En primer lugar, la superioridad de las fuerzas alemanas en el caso de que el alto mando germano se dispusiese- como se dispuso- a correr un grave riesgo en el oeste y lanzase el peso de sus fuerzas sobre Polonia.

En segundo lugar, la situación geográfica, que permitió a los alemanes coger al Ejército polaco en tenaza, al lanzarse sobre él partiendo de Prusia oriental y Pomerania por un lado, y de Silesia y Eslovaquia por otro.

En tercer lugar, la amenaza latente que de antemano pesaba sobre Polonia mientras sintiese la Unión Soviética a sus espaldas.

Fuerzas alemanas y plan de operaciones

El mando alemán afrontó resuelta y plenamente el riesgo occidental antes aludido, como se verá por la distribución de fuerzas que seguidamente damos.

Contra Polonia el OKH contó con 42 divisiones regulares (entre ellas, la 10º Panzer, de nueva formación) y una división de infantería, la 50ª, recientemente creada con tropas de guarnición del sector Oder-Warthe. Este conjunto de fuerzas estaba integrado por lo siguiente: 24 divisiones de infantería; 3 divisiones de montaña; 6 divisiones acorazadas, 4 divisiones ligeras, 4 divisiones de infantería motorizada y una brigada de caballería. Las seguirían 16 divisiones organizadas tras la movilización general (de la segunda a la cuarta leva) aunque por el momento no podían estimarse como plenamente eficientes. Además, la Leibstandarte de las SS y uno o dos regimientos reforzados de las SS también fueron destinados a la Campaña de Polonia.

Dejaba ,en cambio, para el Frente occidental tan sólo 11 divisiones regulares, aproximadamente los efectivos equivalentes a una división que procedían de unidades destinadas en fortificaciones (con el tiempo pasarían a constituir la 72ª División de Infantería) y 35 divisiones de nueva creación (del 2º al 4º escalón). Agrupaciones motorizadas o de tanques no se contaban entre las fuerzas destinadas a cubrir el Frente Occidental, de suerte que en total las disponibilidad quedaban reducidas a 46 divisiones de limitado rendimiento en sus tres cuartas partes.

La 22ª División de Infantería, formada y pertrechada como división de paracaidistas, quedaba en el interior del Reich como reserva del OKH.

Asimismo fue destinado contra Polonia el grueso de las fuerzas aéreas- distribuido en dos flotas aéreas-, dejando para el Frente Occidental una tercera flota aérea más débil.

El riesgo que el mando alemán afrontaba al distribuir en esta forma sus fuerzas, era indudablemente grande. La verdad es que apenas se le ha concedido nunca la gravedad que tuvo realmente, porque la rapidez con que transcurrió la campaña polaca- en buena parte, por culpa de los propios derrotados- y sobre todo la pasividad con que los aliados occidentales contemplaron la derrota de Polonia, parecían desvirtuar lo que de aventurado había habido en al empresa.

Porque hay que darse cuenta de que el mando alemán hubo de hacer sus cálculos entonces estimado en 90 divisiones las fuerzas del Ejército francés. Y lo cierto es que Francia puso en pie de gue-

1. Las divisiones de nueva formación de la levas 2ª y 4ª contaban sólo con un pequeño núcleo de veteranos cada una y las de la 3ª leva incluso carecían, de él, siendo más débiles que las activas y de más lenta movilización.

rra en el término de tres semanas, durante el otoño de 1939 (según Von Tippelskirch) ¡nada menos que 108 divisiones! Eran éstas las siguiente: 57 divisiones de infantería, 5 de caballería, una de tanques y 45 divisiones de la reserva o de fuerzas territoriales, además de importantes secciones acorazadas y artilleras. En cuanto a las últimas, tenían sobre las unidades alemanas de nueva creación la ventaja de que las de que las francesas estaban integradas por reservistas perfectamente entrenados y eficientes, al paso que en las alemanas citadas preponderaba el número de reclutas de breve y atropellada formación y el de reservistas de la Primera Guerra Mundial.

Por donde se ve bien a las claras que el Ejército francés de los primeros días de la guerra contaba con una enorme superioridad respecto de las fuerzas alineadas por Alemania en el Frente Occidental.

Hay que reconocer, eso sí, que la contribución inglesa en fuerzas terrestres resultaba francamente insignificante: sólo 4 divisiones ofreció Gran Bretaña para el Continente, y aun éstas se hicieron esperar en e teatro de operaciones hasta la primera mitad del mes de octubre.

El plan alemán de operaciones contra Polonia se basaba en explotar a fondo la posibilidad, que el curso de la línea fronteriza ofrecía, de coger de antemano al enemigo por los flancos.

Avanzaba el Ejército alemán- renunciando casi enteramente a cubrir el arco central constituido por el Oder y el Warthe- desplegado en dos alas muy separadas entre sí.

El grupo de Ejércitos Norte, al mando del coronel general Von Bock y del jefe del Estado Mayor general Von Salmuth, comprendía, en dos ejércitos, un total de 5 cuerpos de infantería y uno de tanques, con 9 divisiones activas de infantería 8incluida la incompleta 50ª división de Infantería, recientemente formada con tropas de guarnición); 8 divisiones de infantería procedentes de la movilización; 2 divisiones de tanques (además de una agrupación de nueva creación de tanques al ando de Kempf); 2 divisiones de infantería motorizada y una brigada de caballería, con un total, por consiguiente, de 21 divisiones. A estos contingentes había que agregar aún en la Prusia oriental las tropas de guarnición de Königsberg y Lötzen, y en Pomerania, la Brigada Netze.

1. Hemos de reconocer que una parte de las fuerzas francesas se vio reclamada en los primeros momentos en África del Norte y en la frontera alpina.

Avanzó al Grupo de Ejércitos con el Tercer Ejércitos, al mando del general Von Küchler, a través de Prusia oriental y de Pomerania oriental, para situarse con el Cuarto Ejército, al mando del coronel general Von Kluge.

Tenía por misión el Grupo de Ejércitos forzar ante todo el <Corredor> y lanzar seguidamente el grueso de sus fuerzas situadas a naciente del Vístula, al sudeste o al sur, para que, una vez superada la línea del Narew, pudiesen coger por la espalda a las polacas que intentasen defender el Vístula.

El Grupo de Ejércitos Sur, al mando del coronel general Von Rundstedt, y llevando como jefe del Estado Mayor a Von Manstein, era mucho más poderoso. Se componía de 3 ejércitos (el Decimocuarto, al mando del coronel general List; el Décimo, al del coronel general Von Reichenau, y el Octavo, al del coronel general Blaskowitz). Disponía en total de 8 cuerpos de infantería, 4 cuerpos de tanques con 15 divisiones activas de infantería; 3 divisiones de cazadores de montaña, 8 divisiones de nueva formación y el grueso de las formaciones motorizadas, con 4 divisiones blindadas, 4 ligeras y 2 de infantería motorizada. En conjunto, 36 divisiones.

Este Grupo de Ejércitos avanzó con el Decimocuarto Ejército por la zona industrial de la alta Silesia, por la parte oriental de Moravia, y por la occidental de Eslovaquia; con el Décimo Ejército, por la Silesia superior, flanqueando Kreuzburg, y al sur, con el Octavo Ejército, por la Silesia central al este de Öls.

Tenía por misión aplastar al enemigo en el amplio sector de la curva del Vístula y en Galitzia, avanzar luego rápidamente hacia Varsovia con fuerza motorizadas y apoderarse cuanto antes de los pasos del Vístula en un ancho frente, a fin de concurrir con el grupo de Ejércitos Norte al aniquilamiento de los restos de las fuerzas polacas.

Fuerzas polacas en presencia y plan de operaciones

Disponía Polonia en tiempo de paz de 30 divisiones de infantería, 11 brigadas de caballería, una brigada de montaña y 2 brigadas motorizadas (tanques). Contaba, además, con lgunos regimientos del Cuerpo de vigilancia de fronteras, un gran número de batallones de la Defensa Nacional (agrupaciones O.N.) y tropas de Marina situadas en la zona Gdingen-Hela (según hace constar Hermann Schneider en Gedanken zur operativen Lage polens =

Observaciones acerca de la situación operativa de Polonia = del estudio comparativo científico-militar de 1942).

Como puede verse, las fuerzas de la nación polaca no dejaban de ser bastante considerables. Hay que reconocer, en cambio, que su armamento databa, en general, de los tiempos de la primera gran guerra, como también que el arma aérea, con sus 1.000 aparatos, no respondía a las exigencias modernas. La defensa antiaérea, por su parte, era también insuficiente (según Von Tippelskirch en Geschichte des Zweiten Weltkrieges= Historia de la Segunda Guerra Mundial).

En Alemania se contaba con que en caso de guerra duplicaría Polonia el número de sus divisiones, aun cuando se dudaba de que dispusiese de armamento suficiente para ellas. Si hemos de creer a Von Tippelskirch, en 1939, antes de la ruptura de hostilidades. Polonia solamente organizó regimientos, batallones, etc., para completar 10 divisiones de reserva, si bien parece que nunca llegó a ensamblar enteramente estas tropas en las agrupaciones de división previstas. De todos modos, según las informaciones que Alemania tenía del campo enemigo, Polonia puso en pie durante la campaña una serie de divisiones de reserva.

El mando militar polaco dispuso (según Von Tippelskirch y H. Schneider, respectivamente) en la forma siguiente las fuerzas antes enumeradas:

En la frontera este de Prusia, un grupo operativo compuesto de dos divisiones y dos brigadas de caballería avanzó entre Suwalki y Lomza, trasponiendo la línea Bobr-Narew-Vístula;

A ambos lados de Mlawa, el Ejército de Modlin, con 4 divisiones y 2 brigadas de caballería, y en el Corredor concentró el Ejército de Pomerania, con 5 divisiones y una brigada de caballería.

Frente a la frontera alemana desde el Wathe hasta el límite eslovaco, 3 ejércitos se pusieon en marcha:

-El Ejército de Posen en la parte occidental de esta provincia, con 4 divisiones y 2 brigadas de caballería.

-El de Lodz, con 4 divisiones y 2 brigadas de caballería, en torno a Wielum.

-El de Cracovia, con 6 divisiones, una brigada de caballería yuna brigada motorizada, entre Tschenochau y Neumarkt.

A retaguardia de los dos ejércitos últimamente citados se concentró el de Prusia, con 6 divisiones y una brigada de Caballería, en el sector Tomaszow-Kielce.

Finalmente, un llamado Ejército de los Cárpatos, integrado principalmente por agrupaciones de la reserva y batallones O. N., debería cubrir los profundos flancos a lo largo de la frontera con los Cárpatos, escalonado desde Tarnow a Lemberg.

Un Grupo de Reserva (Ejército Piskor), con un total de 3 divisiones y una brigada motorizada, se quedó junto al Vístula en el sector Modlin-Varsovia-Lublin.

Se formó, además, durante el curso de la campaña, el Grupo Independiente de Polesia al este del Bug, al parecer para precaverse contra Rusia.

Sin embargo, la movilización polaca estaba todavía en marcha cuando se desencadenó la ofensiva alemana, y es posible, por tanto, que el plan aquí descrito no se llevara a efecto en todos sus puntos.

Observaciones respecto del despliegue polaco.

A duras penas cabría, desentrañar el propósito operativo que pudo haber perseguido este despliegue polaco, a no ser que supongamos que lo que se pretendía con él era <cubrirlo todo> o, si se quiere, no ceder nada espontáneamente. Deseo que, por cierto, suele llevar a la derrota a los débiles que se dejan seducir por él, como había de sucederle años más tarde al mismo Hitler, aun cuando él no cayera nunca en la cuenta de su propia imprudencia.

Porque la desventaja de la situación operativa de Polonia resultante de la posibilidad que la disposición fronteriza brindaba para un ataque alemán por dos costados y más tarde hasta por tres, así como de la inferioridad de las fuerzas polacas, era cosa que bien a la vista estaba. Si a pesar de ello el mando militar polaco cayó en la tentación de tratar de <cubrirlo todo>, ahí tenemos la mejor prueba de cuán difícil se hace el prescindir de prejuicios políticos y psicológicos a favor de las estrictas realidades militares.

Si prescindimos del mariscal Pilsudski y de algunos- pocos- políticos sensatos y realistas, creo que apenas se han dado nunca perfecta cuenta en Polonia del peligro que para el país entrañaba su obstinación en reivindicar de Rusia y Alemania zonas territoriales indebidas. Y es que Polonia, con sus 35 millones de habitan-

tes, solamente con 22 millones autóctonos, mientras que el resto lo componían minorias de origen alemán, ucraniano, bielorruso y judío, todas las cuales habían vivido más o menos opromidas.

Por otra parte, fiados de la alianza con Francia, en los años en que Alemania (y también Rusia) se veían militarmente inermes, los polacos se habían recreado tal vez demasiado en la idea de las posibilidades de atacar al Reich. Poco importa que estos sueños de conquista de refiriesen a ataques por sorpresa a la aislada Prusia oriental o- por incitación de la organización de insurgentes polacos- a la alta Silesia alemana, o que se llegase incluso a fantasear con un avance sobre Berlín, ya por el atajo Posen-Frankfurt de Oder, bien conquistando la alta Silesia y siguiendo luego al oeste del oder en dirección a la capital del Reich.

Es indudable que a estas ilusiones se les habían cortado mucho los vuelos primeramente con la erección de fortificaciones alemanas en la Prusia oriental y en el sector Oder-Warthe y más tarde con el rearme. Sin embargo, ante la casi seguridad de una simultánea ofensiva francesa en el oeste, es muy posible que algún rescoldo de aquellos sueños de conquista se reaviera en la mente de políticos y militares polacos. En todo caso, el despliegue polaco en la forma antes descrita permite suponer que, si bien a grandes rasgos parecía calculado para la defensa, también podía estarlo para que abriese más tarde- tan pronto como la colaboración francesa hiciese sentir su peso- la puerta al anhelado ataque.

Otro aspecto desventajoso para Polonia lo constituía el hecho de que su Estado Mayor no contase con una madura tradición de mando basada en larga experiencia, además de que al temperamento polaco mejor le cuadraba la idea del ataque que no la de la defensa y de que en el subconsciente del elemento castrense subsistía a buen seguro un considerable fermento de románticas añoranzas. Recuerdo perfectamente un cuadro en el que el mariscal Rydz-Smigly gallardeaba sobre el fondo marcial de un escuadrón de caballería polaco lanzado a la carga. Por otra parte, el joven Ejército polaco se había formado en la escuale francesa, de la que no había podido recibir la ambiciosa apetencia de los raudos movimientos operativos, sino más bien las experiencias de lal ucha de posiciones, de que estaba imbuido el mando francés desde la Primera Guerra Mundial.

Por eso es muy posible que el despliegue polaco no persiguiera, aparte de la aspiración a no ceder nada>, un plan operativo claro yconcreto que fuese más allá de una contemporización entre la necesi-

dad de ponerse a la defensiva ante un enemigo superior y las ambiciones ofensivas de tiempos pretéritos. Lo que no excluye que simultáneamente se dejaran arrullar los polacos por la ilusoria esperanza de que la ofensiva alemana se realizase de acuerdo con el patrón francés y degenerase pronto en una rígida lucha de posiciones. En este sentido puede resultar interesante un informe confidencial de supuestas miras ofensivas polacas que poco antes de la ruptura de hostilidades recibimos de fuente que pasaba por muy segura y en extremo allegada al jefe de Estado polaco o al comandante supremo de sus ejércitos, mariscal Rydz-Smigly. Se nos decía en aquel informe que los polacos a iban a lanzarse a una ofensiva con fuerzas muy considerables en la provincia de Posen. Pero lo más curioso era que la ofensiva ¡obedecería, al parecer, a instigaciones o presiones inglesas! Por la que, había cuenta de la situación, la noticia se nos antojó perfectamente, había concentrado Polonia fuerzas relativamente importantes en la provincia de Posen, pese a que un ataque alemán allí habría representado la dirección de penetración más inocua para los polacos. Luego sucedió que aquel Ejército de Posen halló su fin en la batalla junto al Bzura.

Pero si siquiera cabe afirmar que hubieran estado los polacos huérfanos de consejo sensato y mesurado. Como en su ojeada cinentífico-militar de 1942 consigna el coronel Hermann Schneider, el general francés Weygand había propuesto situar la defensa tras la línea de los ríos Niemen, Bohr, Narew, Vístula y San. Consejo que desde el punto de vista operativo sería el único acertado, por cuanto hubiera excluido las posibilidades de cerco alemanas y procurado al mismo tiempo a la defensa un considerable refuerzo contra las formaciones de tanques alemanas por interposición de la barrera fluvial. Si a ello añadimos la ventaja de que esta línea dejaba reducido a 600 kilómetros el frente representado por la extensa curva de 1.800 kilómetros que de la frontera polaca con Suwalki se prolongaba hasta las gargantas de los Cárpatos, su aceptación parece que no debiera heber ofrecido duda. Bien es verdad que el plan propuesto suponía la renuncia a toda la Polonia occidental y a las zonas de mayor pujanza industrial y agrícola del país, por lo que apenas se concibe cómo podía haber sobrevivido un Gobierno polaco a la decisión del abndono. Además de que una tan profunda retirada al principio de la guerra no parecía lo más indicado para estimular la combatividad de los franceses en el oeste, ni dejaba de plantear el problema de si no animarían también los rusos a lla-

marse a la parte cuando hubiesen visto el medro de los alemanes al otro lado.

Consecuencia de ello fue que,como también consigna el coronel Schneider, el general Kutrzaba, director de la Academia polaca de Guerra, optase por otra solución en un memorándum que a principios de 1938 le presentó al mariscal Rydz-Smigly. Sostenía en auqella memoria la imposibilidad de renunciar al <corazón estratégico de Polonia>, en el que estaban comprendidas las zonas industriales de Lodz y la alta Silesia y los fértiles territorios agrícolas de Posen, Kutno y Kielce; proponiendo, en consecuencia, un despliegue que en lo sustancial se aproximaba a la defensa del Corredor y de la provincia de Posen al oeste del Warthe. Para reforzar la defensa polaca se preveía en aquel plan la construcción de extensas fortificaciones, tanto al sur de la frontera de Prusia oriental y a todo lo largo de una amplía curva de Graudenz a Posen, como en la frontera silesia desde Ostrovo pasando por tschenstochau hasta la comarca de teschen, sin omitir la precaución de dejar en las obras los <portillos> necesarios para ulteriores ataques así contra la Prusia oriental y occidnetal como contra la Silesia. Excusado decir que la erección de tan extensas líneas de fortificaciones en condiciones de solidez suficiente hubiese desbordado todas las posibilidades polacas. Por lo demás, el general Kutrzeba reconocía la inferioridad de Polonia respecto del Reich, y en relación con la colaboración francesa tampoco se entregaba a grandes ilusiones, desde el momento en que suponía que Polonia tendría que atenerse a sus propias fuerzas al menos durante las 6 u 8 primeras semanas, aun dando por segura una plena cocurrencia activa de la ayuda militar gala. Justamente por eso era por lo que había situado la <defensa estratégica> en el extremo anterior del citado <corazón estratégico>, en cuyo interior habrían de hacerse acopios de reservas para las ulteriores operaciones decisivas.

Como antes dijimos, se aproxima bastante el proyecto del general al despliegue llevado a cabo por los polacos en el año 1939, aun cuando aquél concentraba más el punto de gravedad en el sector Thorn-Bromberg-Gnesen, al paso que en 1939 más bien habría que señalar dos puntos de gravedad, en torno a la Prusia oriental el uno, y el otro, frente a Silesia.

El despliegue polaco de 1939, que pretendía cubiri todo el Corredor y el saliente de la provincia de Posen, sólo a la derrota podía conducir, dadas las circunstancias de superioridad alemana y

de posibilidad de maniobra envolvente que la posición geográfica ponía en manos de los adversarios de Polonia. Ahora bien; ¿le restaba a esta nación algún recurso operativo para eludir él desastre'

lo primero que había que hacer era decidir si se había de perder tan sólo lo que el general Kutrzeba llamaba <corazón estratégico>, o si también se iba a perder con él el Ejército polaco en vista de la facilidad de una maniobra envolvente alemana desde Prusia oriental, Silesia y Eslovaquia. La cuestión era la misma que yo le hube de plantear a Hitler a cada paso en los años 1943-1944, cuando me exigía que me mantuviese en los sectores del Donez, del Dnieper, etc.

A mi modo de ver, la respuesta estaba clara para Polonia. Lo que al mando polaco debía importarle sobre todo, era sostener a su Ejército en campaña hasta que una ofensiva de las potencias occidnetales forzase a los alemanes a retirar el grueso de sus efectivos del teatro de operaciones en Polonia. Porque aun en el caso de que el abandono de las zonas industriales pareciese llevar aparejada de momento la incapacidad de mantener una guerra duradera, siempre resultaría que la persistencia del Ejército polaco sobre las armas acabará por brindarle la oportunidad de reconquistar los territorios perdidos. Lo que nunca debieron haber permitido era que las fuerzas polacas quedasen copadas en el oeste o a ambos lados del Vístula.

A Polonia debiera haberle importado solo y exclusivamente luchar para ir ganando tiempo. Una defensa a ultranza únicamente era posible allende la línea Bobr-Narew-Vístula-San, en cuyo caso tal vez hubieran podido adelantar el ala sur de este frente defensivo hasta el Dunajec, para conservar el núcleo central de la industria polaca entre el Vístula y el San.

La primera precaución en tal sentido debió haber sido la de desbaratar las posibilidades alemanas de movimiento envolvente que vabía esperar desde Prusia oriental y Eslovaquia occidental; para lo que se les ofrecía en el norte la línea del Bobr-Narew y del Vístula hasta la fortaleza de Modlin o hasta Wysograd respectivamente. Era ésta una línea que representaba un serio obstáculo natural, pues aunque los fuertes, otrora de los rusos, estaban anticuados, no por eso carecían de valor como apoyatura; además de que las formaciones de tanques que podían esperar procedentes de Prusia nunca podrían ser muy considerables.

La defensa en el sur consistiría en precaverse contra una maniobra envolvente de amplios vuelos, asegurando para ello

la defensa de las gargantas de los Cárpatos. Después de todo, ambas misiones podrían llevarse a cabo con fuerzas limitadas. El despliegue de las polacas al frente de la línea Bobr-Narew fue una grave equivocación, lo mismo que lo fue la concentración de importantes contingentes en el Corredor y en su avanzadilla de la provincia de Posen.

Si se hubiera procurado la seguridad necesaria en los profundos flancos del norte y del sur en la forma ya descrita para prevenir amplias maniobras envolventes alemanas, se habría podido mantener lal ucha largo tiempo en la Polonia occidental. Para ello había que percatarse de que el principal empuje alemán era de esperar desde Silesia, y esto por dos razones: la primera, porque las redes alemanas de ferrocarriles y carreteras consentían allí una más rápida concentración de fuertes contingentes que no en pomerania o hasta en la Prusia oriental, y la segunda, porque el empuje por Posen a Varsovia hubiera sido el más ineficaz desde el punto de vista operativo, por su condición de netamente frontal, y, por ende, el más improbable.

Tampoco debió concentrarse el grueso de las fuerzas polacas en las inmediaciones de la frontera- y en 1939 así se hizo-, sino a una distancia de ella que permitiese conocer a tiempo el eje principal de los ataques alemanes. Para lo que hubiera convenido dejar el Corredor y la provincia de Posen con una ligera cobertura, a fin de poder emplearse a fondo contra la principal arremetida que era de esperar de Silesia, y, sobre todo, a fin de contar con reservas operativas suficientes. Si en Polonia no se hubiesen entregado con tan pueril inocencia a sus ensueños de conquista, es casi seguro que la restauración y aprovechamiento de las antiguas fortificaciones alemanas de Graudenz-Thorn en la línea de Vístula habría por lo menos demorado la conjunción de las fuerzas alemanas procedentes de Pomerania y Prusia oriental; como también lo es que la reconstrucción del fuerte de Posen habría significado una considerable traba para la libertad de movimientos de los alemanes en la provincia.

Censura merece asimismo el que no se percataran de que la idea de servirse de la línea interior para contraatacar en el norte o en el sur del sector occidental polaco, según lo reclamase la evolución de la situación, iba a ser prácticamentte irrealizable. Para semejantes operaciones era, en efecto, insuficiente el espacio disponible y a todas luces escasa la capacidad de la red polaca de ferrocarriles. Si, además, se piensa que ni la Luftwaffe alemana ni

sus escuadras de tanques iban a permanecer ociosas mientras el enemigo procedía a la dislocación de importantes contingentes de sus fuerzas… No quedaba, pues, otro recurso que el de disponerse de antemano a llevar la decisiva defensa a la línea situada detrás del conjunto fluvial Bohr-Narew-Vístula-San (o el Dunajec en su caso) y limitarse a luchar en la zona anterior sólo para ganar tiempo, asestando previamente el punto de gravedad contra Silesia, al paso que se tomaba la medida de Asegurar los prolongados flancos del norte y sur como queda dicho.

Nadie irá a suponer que de está suerte pudiese sustraerse Polonia a una derrota a la larga en el caso de que las potencias occidentales la dejasen abandonada, como la dejaron. Lo que sí, se hubiera evitado, habría sido el trance de verse arrollada en la misma frontera e imposibilitado por consiguiente el mando militar polaco para disponer una lucha en regla tras la curva del Vístula y para retirar sus fuerzas allende la gran línea flucial con objeto de organizar allí una resistencia metódica.

Desde el principio pudo Polonia luchar, como dejamos dicho, para ir ganando tiempo y defenderse de la acometida alemana – en último caso, apostándose tras la línea de ríos menionada- hasta que el ataque de los aliados occidentales obligase a los alemanes a retirar fuerzas del territorio polaco. Tal era la única salida razonable, ante todo si se tiene en cuenta que el mando militar o habría omitido exponerle con toda claridad al jefe del Estado que sin un compromiso formal por el que los occidentales se obligasen a entrar en guerra con todas sus fuerzas desde el momento mismo de la ruptura de hostilidades. Polonia no estaba en condiciones de luchar contra el Reich.

Es indudable que el Jefe del Estado polaco no se hubiese permitido pasar por alto la resuelta advertencia del mariscal Rydz-Sigly, que tanta influencia tenía entonces en las decisiones del Gobierno. Lo más probable sería que en tal caso recapacitase a tiempo el Gobierno en la cuestión de Danzig y del Corredor y hallase el modo de diferir la guerra cuando menos.

En el año 1940 se incautaron nuestras fuerzas en Francia de un escrito que el general Gamelin, comandante supremo de los ejércitos aliados occidentales, había dirigido el 10 de septiembre de 1939 al agregado militar polaco en París. Salta a la vista que se trata de la respuesta a la pregunta polaca de cuándo iba a recibir, por fin, Polonia una ayuda eficaz. Y Gamelin dice, para que informen al mariscal Rydz-Smigly, lo siguiente:

Más de la mitad den uestras divisiones activas del nordeste se encuentran luchando. Traspuesta la frontera, los alemanes están oponiéndonos una seria resistencia. Sin embargo, hemos conseguido realizar avances. Lo que sucede es que nos hallamos empeñados en una guerra de posiciones contra un enemigo resuelto a la defensa y no dispongo aún de la artillería indispensable… La guerra aérea ha sido iniciada desde los primeros momentos en combinación con las operaciones terrestres. Estamos convencidos de que una buena parte de la Luftwaffe se halla empeñada en combatirnos a nosotros.

He cumplido, por tanto, hace tiempo mi promesa de comenzar la ofensiva con el grueso de mis fuerzas a los 15 días de iniciada la movilización francesa. Me ha sido imposible hacer más que esto.

Ya se ve por el contenido del escrito que Polonia contaba, en efecto, con una promesa de los franceses. Lo raro es que los polacos se conformaran solamente con una promesa de <iniciar la ofensiva> con el grueso de las fuerzas quince días después de la primera movilización. En todo caso, los hechos han demostrado que el contenido de la promesa distaba mucho de suponer una rápida y eficaz ayuda.

En resumidas cuentas, la derrota polaca no fue otra cosa que la ineludible consecuencia de las ilusiones que en Varsovia se habían hecho respecto delcomportamiento de los aliados, así como de un exceso de confianza en las propias fuerzas para sostenerse y resistir en una guerra de larga duración.

3

LAS OPERACIONES DEL GRUPO DE EJÉRCITOS SUR

El Cuartel General del Grupo de Ejércitos, en el Neisse.- Las primeras horas.- la situación de partida.- Nuestras intenciones operativas fijar al enemigo ya antes del Vístula e impedir que pudiese reponerse en un frnete defensivo detrás de él.- El avance del Decimocuarto Ejército a través de la Galitzia y su

cruce del San.- De cómo el Décimo Ejército rompió hacia el Vístula y de la primera batalla de bolsa en torno a Radom.- Una visita original.- Crisis en el Octavo Ejército.- La batalla junto al Bzura.- El Cuartel General del Grupo de ejércitos tiene que intervenir.- una victoria aplastante.- recuerdos de la Primera Guerra Mundial.- la toma de Varsovia.- La pugna política con los soviéticos por la línea de demarcación impone una prolongación de la lucha.- In memoriam.- El secreto de la <Guerra relámpago> alemana.- Comandante en jefe del Este.- Em busca de nuestro jefe de la Administración Civil.- Desfile en Varsovia.- Acorde final.

Al frente del Grupo de Ejércitos

Cuando, al amanecer del 1 de septiembre de 1939, nuestras tropas traspusieron la frontera polaca, también nosotros, los del Estado Mayor del Grupo de ejércitos, nos hallábamos, como es lógico, en nuestros puestos en la Fundación de la Santa Cruz, de neisse. El convento, destinado a seminario para formación de misioneros católicos, se hallaba en las afueras de la ciudad, y tanto su aislamiento, como la espacioso de los locales y aun la pobreza de sus clases y celdas hacían de él un marco sumamente práctico y adecuado para un alto mando militar en tiempos de guerra. La vida espartana de sus habituales moradores, que nos habían cedido una parte del edificio, parecía haber trascendido en cierto modo a nuestra propia

manera de vivir, sobre todo porque el jefe de nuestro Cuartel General, aunque procedente de la muniquesa Löwenbräu, parecía poco propicio a malvezarnos. Ni que decir tiene quen uestra mesa no conocía otro plato que el rancho de los soldados, y aunque al procurado a mediodía por las cocinas de campaña no había reparo que ponerle, es lo cierto que a la noche el plan de munición con la sola compañía de un trozo de salchicha de tasajo, invulnerable a los mordiscos de las dentaduras vacilantes, parecía un poco extremado, si se tiene en cuenta que el menú sólo experimentaba la consabida variación de un día sí y otro… también. Por fortuna para los estómagos de la gente madura, los fraíles venían de vez en cuando en socorro nuestro con un poco de ensalada o legumbres de su propía huerta. Por su parte, el Superior de la comunidad también le hacía compañía algunas noches a nuestro comandante y a su reducido círculo de

altos jefes, refiriéndoles episodios emocionantes de la labor de sacrificio y renunciación llevada a cabo por los misioneros en la más gratos, cuanto que durante un rato al menos nos permitían ovidar la fatigosa tarea de resolver los numerosos y arduos problemas de que estábamos siempre pendientes.

Pero desde las primeras horas del 1 de septiembre estas amables pláticas desaparecieron de nuestra vida, para dejar paso a la tensión de la lucha que nos absorbía. Sin que existiese una necesidad práctica de ello, todos nos encontrábamos en nuestros puestos a primerísima hora de la mañana, arrastrados más bien por el instintivo sentimiento del deber de hallarnos prestos desde el instante mismo en que nuestros soldados podían entrar en contacto con las fuerzas enemigas. De sobra sbíamos que habrían de transcurrir todavía algunas horas antes de que pudiésemos recibir noticias importantes de los ejércitos dependientes de nuestro mando. Eran esas horas, bien conocidas de quienes hayan trabajado en algún considerable Estado Mayor, en las que todo sigue su curso y sólo cabe esperar que nos comuniquen el giro que han tomado nuestras previsiones.

El soldado situado en el frente sabe lo que es la tensión tremenda que precede al momento del ataque, cuando en el reloj del teniente, del sargento o del cabo la aguja va contando morosamente los segundos hasta que ha llegado el momento liberador del asalto. Porque desde ese instante, ya el torbellino de la lucha se apodera

1. Alusión a la genealogía política del personaje. (N. del T)

del combatiente y le hace olvidar todo lo demás. En cambio, en los Estados Mayores- y tanto más cuánto más considerables son- es ese justamente el momento en que la comienzo la angustiosa espera. Ni siquiera queda el recurso de preguntar a los puestos de mando subalterno por la marcha de la contienda, porque tales preguntas delatarían nerviosismo y tendrían mala acogida. Por eso se prefiere esperar. Por cierto que una vieja experiencia nos enseña que el axiona popular de que <las malas noticias siempre llegan pronto> no reza, por lo general, con el acontecer bélico. En la guerra, cuando todo marcha bien, poco suelen tardar en llegar a la retaguardia los partes correspondientes. Por el contrario, si el atacante se ve detenido,suele el frnete envolverse en el silencio, bien porque las comunicaciones hayan sido

cortadas, bien porque los mandos combatientes prefieran esperar a ver si pueden transmitir noticias más alentadoras.

Ello hace que la tensión subsista hasta que los primeros partes, favorables o adversos, vienen a liberarnos de ella. Hasta entonces, ¡también los del Estado Mayor tenemos que resignarnos y esperar! ¿Confirmarían nuestras tropas, con tanto celo y sacrificio pero tan precipitadamente formadas, las esperanzas que en ellas habíamos puesto? Y sobre todo, las grandes unidades de tanques, cuya organización y aplicación constituían una novedad, ¡rendirían todo lo que su creador, el general Guderian, y nosotros mismos esperábamos? ¿Tendría el Mando alemán y concretamente el del Grupo de Ejércitos la fortuna de convertir la concepción operativa en una victoria rotunda, aniquilando al enemigo antes ya del Vístula y previniendo así el riesgo de vernos obligados a luchar simultáneamente en dos frentes acaso? Tales eran las duas que nos conmovían en aquellas horas de espera e incertidumbre.

La situación de partida

Según los cálculos en que el Alto Mando del Ejército basaba su ambicioso plan de envolver al polaco con fuerzas que partiesen de la Prusia oriental y de Silesia, el Grupo de Ejércitos Norte contaba con la posibilidad de – tan pronto como hubiese enlazado Prusia oriental con Pomerania limpiando de fuerzas polacas el Corredor- adelantarse allende el Vístula y coger por la espalda al grueso de las fuerzas enemigas apostadas en el vasto sector de este río.

Por su parte, el Grupo de Ejércitos Sur tendría por misión forzar en lo posible al enemigo, con el Octavo y el Décimo Ejércitos lanzados desde Silesia, a aceptar batalla en el mismo sector del Vístula y frustrar así su retirada a detrás de la línea Vístula-San. Para lo que habría de tratar de descargar la potente catapulta de las agrupaciones de tanques del Décimo Ejército- a las que seguirían lo más rápidamente posible las divisiones de infantería- sobre las fuerzas enemigas en marcha hacia la frontera, arrollarlas y desbordarlas allí y procurar ganar antes que el enemigo en lo posible todos los pasos del Vístula desde Demblin hasta Varsovia. Pero además, dependía el buen éxito de la maniobra de que su Decimocuarto Ejército, que avanzaba a través

de la galitzia, alcanzase y traspusiese el San con la mayor rapidez. Caso de que el enemigo se propusiese no presentar batalla decisiva sino al amparo del San y el Vístula, de antemano podría este ejército desquiciar la defensa del río, atacando desde el sur y dar la mano el ala izquierda del Grupo de Ejércitos Norte que de esta dirección vendría; con lo que resultaría cortado el enemigo en profundidad por el enlace de los dos Grupos de Ejércitos. En este sentido le convendría al Decimocuarto Ejército cuidar de que su ala derecha, muy desplegada hacia el este en Eslovaquia, amenazas inmediatamente el profundo flanco de las fuerzas enemigas concentradas en torno a Cracovia, a fin deimposibilitar una tenaz defensa de la parte occidental de Galitzia.

Fue con arreglo a estas líneas operativas cómo el Cuartel General del Grupo de Ejércitos Sur desarrolló las operaciones en Polonia, empeñado en todo momento en derrotar y destruir al grueso de las fuerzas enemigas, forzándolas a presentar batalla antes del Vístula ya. Ello no obstante, cuidó también de salir al mismo tiempo al paso de todo intento del enemigo de esquivar la derrota antes de la línea San-Vístula y llevar a detrás de ella la batalla decisiva.

En lugar de describir en forma consecutiva las consiguientes operaciones- aun cuando no dejaría de resultar muy interesante relatar en esta forma el curso de la <campaña-relámpago>-, habré de limitarme aquí a mencionar a grandes rasgos sus fases fundamentales, las cuales, a veces silultáneas, a veces sucesivas, fueron las siguientes:

-Las empeñadas batallas fronterizas y la subsiguientes vertiginosa persecución del derrotado enemigo en Galitzia por el Decimocuarto Ejército, que la prolongó hasta Lemberg y más allá del San.

- La irrupción del Décimo Ejército hacia el Vístula y la batalla de copo en bolsa en tonro a Radom.
- La batalla junto al Bzura, que, bajo la inmediata dirección del mando del Grupo de Ejércitos, tuvo por resultado la derrota del núcleo enemigo más fuerte a manos de nuestros Octavo y Décimo Ejércitos, y
- El ataque a Varsovia, seguido de las luchas, consecuencias éstas del tira y afloja en las negociaciones entre el mando político alemán y los soviéticos, lanzados también a

última hora sobre Polonia, cuya frontera habían cruzado por el este el 17 de septiembre de 1939

El avance arrollador del Decimocuarto Ejército por galitzia

Perseguía el Decimocuarto Ejército como primer objetivo embolsar importantes fuerzas enemigas de la galitzia occidental, a las que se suponía en los contornos de Cracovia. En realidad, el cerco ya había sido iniciado por la amplia maniobra que, partiendo de la alta Silesia y pasando por Morovia-ostrau, llegaba hasta los Cárpatos.

Mientras que el VIII Cuerpo de Ejército (general Busch, con la 8ª y la 28ª Divisiones de Infantería y la 5ª Panzer) había de forzar primeramente las sólidas fortificaciones polacas de la frontera en la alta Silesia oriental y avanzar luego al norte del Vístula sobre Cracovia, se situaba en este último punto el XVII Cuerpo de Ejército (general Kienitz, con la 7ª y 44ª Divisiones de Infantería) procedente de Moravia al sur del Vístula.

El coger previamente por la espalda y el flanco al enemigo que presumíamos en torno a Cracovia, era misión encomendada a otros dos Cuerpos; el XXII Panzer (general Von Kleist, con la 2ª División Panzer y la 4ª Ligera), que habría de avanzar sobre Cracovia desde el sur del valle de Oravia a través de los Cárpatos occidentales cortados por esta depresión.

El XVIII de Montaña (al mando del general Beyer, con la 2ª y la 3ª Divisiones de Montaña) que al este de las Altas Tatra, a través de la cuenca del Poprad y pasando por novy Sandez, irrumpiría en Bochnia (al oeste de tarnow9, para caer sobre la espalda del enemigo en torno a Cracovia. Más al este aún- por la garganta de Dukla, bien conocida desde la Primera Guerra- habrían de rodear las fuerzas eslovacas luego que el Alto Mando del Ejército las dejase disponibles. Por último, también la acreditada 1ª División

de Montaña bávara y otras dos divisiones de reserva fueron incorporadas a esta ala envolvente.

Los primeros combates del Decimocuarto Ejército y concretamente los del VIII Cuerpo de Ejército silesio para forzar las defensas fronterizas polacas, se presentaron arduos, por más que en lo esencial esta batalla estuviese ya operativamente resuelta por el movimiento envolvente desde los Cárpatos. Cierto es que el previsto embolsamiento del grupo enenigo de Cracovia no se logró al pie de la letra, desde el momento en que las fuerzas adversarias evacuaron la Galitzia occidental en cuanto hubieron, advertido el peligro que corrían. Sin embargo, el grueso de ellas quedó aplastado ya en estos primeros encuentros y, sobre todo, en la persecución arrolladora iniciada seguidamente por el XXII Cuerpo Panzer, eficazmente lanzado en su seguimiento. En el ala derecha del ejército, el Cuerpo de Montaña y el XVII Cuerpo de Ejército llegaron así hasta Lemberg y hasta el fuerte de Przemysl, apoderándose de ambos objetivos. En estos combates de hostigamiento fueron aniquiladas las fuerzas enemigas que habian logrado foltrarse a la galitzia oriental y todas las reservas allí concentradas, salvo las escasas que pudieron huir a Rumania. Entretanto, el ala izquierda del Ejército- el Cuerpo Panzer y el VIII, además del VII Cuerpos de Ejército agregado al ala por el Grupo de Ejércitos- consiguió cruzar el San aguas arriba de su desagüe en el Vístula. En combates a veces realmente encarnizados contra un adversario que se defendía valerosamente, fueron derrotadas aún otras formaciones enemigas- llegadas en parte de Varsovia y en parte del frente del Grupo de Ejércitos Norte-, consiguiendo de esta suerte tenderle la mano al ala oriental de este Grupo de Ejércitos muy a retaguardia del frente del Vístula.

La persecución y acoso habían terminado virtualmente el 15 de septiembre con la toma de Lemberg y Przemysl, aunque la labor de aniquilamiento de los restos de unidades polacas en aquellas zona y al este del San había de suponer todavía nuevos combates.

La irrupción del Décimo Ejército en dirección al Vístula y la batalla de bolsa en torno a Radom

Si la tarea del Decimocuarto Ejército- además de aniquilar a las fuerzas enemigas que avanzaban por la galitzia oriental- estaba en servir el propósito operativo de una persecución de aniquila-

miento y sostenido contacto con el fugitivo, para que éste no pudiese un ningún caso recobrarse y hacer nuevamente frente detrás del Vístula, la de los dos ejércitos procedentes de Silesia tenía que estar en forzar a los polacos a dar la batalla decisiva antes del Vístula ya. Para lo cual se le confió al Décimo Ejército, más potente y dotado sobre todo de agrupaciones de tanques, la parte resolutiva de romper hacia el Vístula, mientras al Octavo- menos importante- se le asignaba el cuidado de cubrir el flanco norte de esta operación y defenderlo de las fuerzas enemigas presentidas en torno a kalisch-Lodz y en la provincia de Posen.

El Décimo Ejército formó en primeras líneas con cuatro cuerpos, partiendo de la alta Silesia y con el ala izquierda arrancando de la región de Kreuzburg. Comenzando por el ala derecha, iba en primer lugar el XIII Cuerpo Motorizado (general Hoth, con la 2ª y la 3ª Divisiones Ligeras), seguido del IV Cuerpo de Ejército (general Von Schwedler, con la 4ª y la 46ª Divisiones de Infantería); a continuación iba el XVI Cuerpo Panzer (general Höppner, con la 1ª y la 4ª Divisiones Panzer y la 14ª y la 31ª de Infantería), terminando la formación por el XI Cuerpo de Ejército (general Leeb, con la 18ª y la 19ª Divisiones). El XIV Cuerpo Motorizado (general Von Wietersheim, con la 13ª y la 29ª Divisiones Motorizadas) formaba en segunda línea.

Detrás del Ejército iban, como reserva del Grupo de Ejércitos, el VII Cuerpo de Ejército (general Von Schbert, con la 27ª y la 68ª Divisiones de Infantería), así como la 62ª División de Infantería.

El octavo Ejército había de avanzar con sus dos Cuerpos- el XIII Cuerpo de Ejército (general Von Weichs, con la 10ª y la 17ª Divisiones de Infantería y la Leibstandarte motorizada) y el X Cuerpo de Ejército (general Ulex, con la 24ª y la 30ª Divisiones)- escalonadas en profundidad, en dirección a Lodz. También este ejército iba seguido de dos divisiones (la 213ª y la 221ª) como reservas del Grupo de Ejércitos.

En cuanto los ejércitos hubieron trspasado la frontera al apuntar el alba del 1 de septiembre de 1939, al punto trabaron combate con un enemigo muy resuelto, al que, sin embargo, acabaron por quebrantar y poner en retirada. Ahora la cuestión era saber si este enemigo iría a intentar aún dar la batalla decisiva antes del Vístula, o si lucharía sólo para ganar tiempo y tratar de retirar sus fuerzas al otro lado del río; pero esto no se veía claro ni habría de verse durante los días inmediatos. Por de pronto, lo primero que echamos de ver fue la concentración de considerables

agrupaciones enemigas en los terrenos de la zona montañosa del Lysa Gora en torno a Kielce, Radom y Lodz.

Mas, como factores de influencia decisiva en los combates de esta primera semana, hemos de mencionar dos que por primera vez se presentaban en la campaña.

Fue el primero un desgarrón del frente enemigo producido por las agrupaciones de tanques al penetrar profundamente en el escenario de la lucha, seguidas de las divisiones de infantería, que hubieron de hacer un supremo esfuerzo para no despegarse de los tanques.

El segundo fue la neutralización casi total de la aviación enemiga y la anulación de la mayor parte de la red de transportes, comunicaciones y transmiciones merced a los eficacísimos ataques de la Luftwaffe alemana; de suerte que el enemigo apenas logró restablecer ya una dirección ni aproximadamente unitaria de sus operaciones.

En vista de este estado de cosas en el campo adversario, el Alto Mando del Grupo de Ejércitos hubo de asignarle al Décimo Ejército las dos misiones siguientes:

Con un Grupo de la derecha (el IV Cuerpo de Ejército y el XV Motorizado), al cual el Grupo de Ejércitos agregaría también el VII Cuerpo de Ejército, tendría que atacar y anular a los grupos enemigos que iban formándose en torno a Radom. Y con un grupo de la izquierda, integrado por el XVI Cuerpo de tanques y XIV Motorizado, así como por el XI Cuerpo de Ejército, trataría de cortarle la retirada hacia Varsovia al grupo enemigo situado en torno a Lodz, al tiempo que el Octavo Ejército habría de atacar a este mismo enemigo desde el oeste.

En cumplimiento de estas misiones, el Décimo Ejército consiguió ante todo obligar al grupo enemigo de Radom a librar batalla en la región de las montañas boscosas del Lysa Gora, al paso que el XV Cuerpo Rápido (Motorizado) se interponía entre esta formación enemiga y los pasos del Vístula, de Opatow y Demblin, y el XIV Cuerpo Motorizado, separado del Grupo Norte, le cortaba también el camino de Varsovia al enemigo. Con lo que ¡el 9 de septiembre se cerraba la primera <bolsa> de esta guerra en torno a un ejército enemigo! Duraron, eso sí, los combates en la región Kielce-Radom hasta el 12 de aquel mes todavía, puesto que el enemigo no sólo presentaba una resistencia tenaz, sino que constantemente repetía sus intentos de hacer saltar el anillo del cerco que le habíamos puesto. Cuando la lucha llego a su término, teníamos en nues-

tras manos 60.000 prisioneros y 130 cañones y habíamos derrotado a siete divisiones enemigas. Por eso, aunque el enemigo hubiera logrado ponerse a salvo tras del Vístula, tampoco así habría escapado a su aciaga suerte, toda vez que el mismo día en que la batalla de Radom llegaba a su término, ya el Decimocuarto Ejército tenía su 1ª División de Montaña delante de Lemberg y hacía tiempo que el ala izquierda de este ejército había cruzado el San inferior y se hallaba, por tanto, en situación de desbaratar cualquier plan de defensa del Vístula que el enemigo pudiese llevar adelante.

Entretanto, la izquierda del Décimo ejército, después de forzar el paso del Vístula por Gorja kalwaria, había llegado al sur de Varsovia con el Decimosexto Cuerpo Panzer, penetrando luego con una división de ellos en el arrabal sudoeste de la ciudad. Mas preparada para la defensa, aquellas fuerzas resultaban evidentemente escasas, hubo que retirar del contorno urbano la división acorazada. De todos modos, el enemigo tenía ya cerrado el acceso a Varsovia por el oeste.

El mando del Grupo de Ejércitos recibe visita

Mientras nuestros ejércitos se lanzaban al asalto del San y del Vístula, el Cuartel General del Grupo de Ejércitos se había trasladado a lublinitz, antigua días había gozado fama de no muy atractiva. Teníamos allí nuestro Cuartel General en un establecimiento de sordomudos, aunque la verdad es que la triste condición de sus habituales huéspedes no se nos había contagiado a nosotros. Por el contrario, a toda noticia que de las tropas llegaba prestábamos atento oído, y tampoco nos parábamos en escrúpulos para hacer llegar a las alturas de desnuda expresión de nuestro parecer. No quiero decir con ello que en lo tocante a la campaña de Polonia no estuviéramos de acuerdo con el Alto Mando del Ejército en lo fundamental, sino que, como es natural, surgían de cuando en cuando algunas discrepancias entre los criterios sustentados por cada mando. Sobre todo, era el coronel genral Von Runstedt hombre poco propicio a dejar que se le inmiscuyesen en la dirección del Grupo de Ejércitos.

Lógicamente, los locales de la institución de sordomudos gozaban de acusadas condiciones acústicas, de suerte que la voz de

nuestro primer jefe de la Sección C, con la que no había manera de competir, lo deminaba y ahogaba todo. Por lo que en el ámbito de nuestro alojamiento resultba imposible no hallarse al corriente de la situación. Tanto más sorprendente hallé por eso la flexible diplomacia con que se ondujo con ocasión de una singular visita que en Lublinitz recibimos. Un día se nos presentó, en efecto, <siguiendo las huellas del Führer>, como ella decía, una conocida estrella de cine y directora de producción, acompañada de toda una tropa de gentes del celuloide, alegando tener orden del Führer para rodar en el frente. En realidad, a la gente de armas ya se nos hacía bastante cuesta arriba la intrusión en sí, cuanto más practicada por una mujer. No obstante, la orden de Hitler a la vista estaba.

Por lo demás, la muchacha tenía un aspecto simpático y osado, algo así como de partisana elegante que se hubiese encargado su atuendo en la calle Rívoli de París. Sus hermosos cabellos enmarcaban con llameantes ondulaciones leoninas un interesante rostro de ojos muy juntos. Su vestido consistía en una especie de túnica, pantalones <breeches> y botas de mantar de cuero blando. De la canana que le rodeaba la cintura pendía un revólver, y completaba el equipo para el cuerpo a cuerpo un puñal enfundado en la caña de la bota a usanza bávara. La verda es que en el Estado mayor nos quedamos un poco desconcertados ante el extraño porte de nuestra visitante. En consecuencia, lo primero que se me ocurrió fue ordenar que la llevasen a presencia del coronel general ocurrió fue ordenar que la llevasen a presencia del coronel general Von Rundstedt, para que allí formulase su pretensión. Como gentil caballero que era, la recibió con la mayor deferencia, aunque sin descuidar el devolvérnosla inmediatamente. No nos quedó, pues, más remedio que <hacernos cargo del asunto> y encomendársela a nuestro primer jefe de la Sección C, a quien competía con carácter accesorio todo lo relacionado con la propaganda.

Este bávaro de voz tonante y magnífico humor no quiso perder el tiempo en tratar, como yo, de disuadir a la dama de trasladarse al frente. Indiferente ante la aparatosa tartarinada de la directora de rodaje, tomó la cosa como una obligación más del servicio militar a secas. Recibió a la dama con la más del servicio militar a secas. Recibió a la dama con la más exquisita corrección, la invitó a exponer el objeto de su visita y examinó su documentación y la de sus acompañantes. Acto seguido cogió el teléfono, llamó al oficial sanitario y, dejando el auricular, dijo con la mayor naturalidad: <Tendremos que vacunarla, y para eso he llamado a un médico. Quítese usted la ropa.> Hay que reconocer a favor de nuestra visitante que supo dominarse y, en vez de mostrarse indig-

nada, se limitó a echarse a reír y a negarse, eso sí, a pasar por lo de la vacunación, a la que únicamente se sometería su personal, o, para hablar con mayor exactitud, su operador cinematográfico. Presentóse el atezado mozo, hincó su aguja el médico y el infeliz se desvaneció entre el malicioso regocijo de todos. Cumplido este trámite reglamentario, nuestro primer jefe de la Sección C, tuvo la buena ocurrencia de reexpedirle la tropa al general Reichenau, que conocía muy bien a la dama en cuestión y parecía el más indicado para apadrinarla. De Herodes a Pilatos, siguió, pues, la dama y su séquito viaje a Konskie, al Alto Mando del Décimo Ejército. Aunque también de allí hubo de regresar más que aprisa. Es el caso que ya en la toma el elemento civil. Y como en una aglomeración en la plaza mayor se produjese una escena de pánico necesitó más nuestra visitante para dejar el campo como alma que lleva el diablo. por cierto que el oficial causante de la penosa matanza, fue sometido al punto a consejo de guerra por orden del general Von Reichenau y condenado a desgradación y a varios años de prisión por homicidio. Lo que demuestra que los mandos del Ejército no andaban remisos en reprimir desmanes, actitud que por desgracia, habría de dar lugar a que al principio de la guerra con Rusia sustrajese Hitler a la jurisdicción castrense el conocimiento de las causas relacionadas con el elemento civil.

La batalla junto al Bzura

Cuando todavía se hallaban en curso loscombates en el sector de Radom, bien que ya la victoria se pronunciaba a favor nuestro, pasó de pronto el ala norte a primer plano en la dirección de la lucha del Grupo de Ejércitos.

En realidad, durante los nueve primeros días de la campaña había discurrido todo tan a satisfacción y tan de acuerdo con nuestras previsiones, que apenas cabía suponer que fuese a acurrir algo capaz detorcer o interrumpir en serio el curso de las operaciones. Yo, sin embargo, había tenido por aquellos días la vaga sensación de que algo inquietante se avecinaba en el flanco norte

del Grupo de Ejércitos, puesto que a buen seguro habría el enemigo concentrado en la provincia de Posen importantes fuerzas que todavía no habían salido a relucir. Por eso había insistido en aconsejarle al jefe del Octavo Ejército, en los días 8 y 9 de septiembre, que no escatimase los reconocimientos en el flanco norte de sus fuerzas. Los cambios de impresiones que tuvimos con el OKH respecto al paradero de las fuerzas de Posen, cristalizaron en un telegrama de aquel organismo, en el que, con fecha 9 del mes, se nos decía que el enemigo estaba retirando al este con todos sus medios de tramsporte las agrupaciones de Posen y que, en consecuencia, no era de temer amenaza alguna en el prolongado flanco del Octavo Ejército. Nosotros, a pesar de todo, seguíamos contando con que al sur del Vístula, entre Lodz y Varsovia, podía haber todavía unas 10 divisiones enemigas.

Como se recordará, el Grupo de ejércitos se proponía cortar con su Décimo Ejército el camino de Varsovia a una importante agrupación de fuerzas enemigas (de 5 a 6 divisiones) que suponíamos en torno a Lodz, al mismo tiempo que ordenaba al Octavo Ejército que atacase a estas fuerzas desde el oeste; misión que habría de hacer compatible con la que ya tenía de cubrir en profundidad toda la operación del Grupo de Ejércitos en el flanco norte. De todos modos, la atención y el interés del mando del Octavo Ejército parecían concentrarse antes en el primero de los objetivos que no en el norte. En esta situación, el 10 de septiembre por la mañana comunicaba el ejército que su 30ª División se había visto atacada de improviso por fuerzas enemigas muy superiores lanzadas desde el norte. La situación se hizo algo crítica allí y las tentativas del ejército, de restablecer sus posiciones mediante contraataques, no prosperaban. Así y todo, en la confiana de parar al enemigo- no cabía duda de que se trataba de fuerzas considerables retiradas en gran parte de la provincia de Posen-, dispuso la conversión de sus dos cuerpos en un frente defensivo orientado hacia el norte, al tiempo que reclamaba el rápido concurso de un cuerpo de tanques para poder evitar que el enemigo avanzase por el sur sobre Lodz, que había sido ocupada sin lucha el día anterior.

Pero el mando del Grupo de Ejércitos era de otro parecer y no se mostraba dispuesto a restablecer la situación del Octavo Ejército mediante un refuerzo del frente por él cubierto. Opinaba que aun cuando allí se produjese una crisis local- incluso si fuese grave en sí mismo-, consideraba desde e punto de vista operativo, no tendría importancia alguna. Por el contrario, nos brindaría una

magnífica ocasiónde convertirla en una gran victoria, desde el momento en que teníamos a importantes fuerzas del enemigo emadas todavía al oeste del Vístula en una lucha que sólo podría terminar por su aniquilamiento, siempre que por nuestra parte supiesemos aprovechar la oportunidad.

En consecuencia, el mando del Grupo de Ejércitos rehusó acceder a la demanda del Octavo Ejército de reforzar su frente con un cuerpo de tanques, y, en lugar de ello, dispuso la inicial maniobra envolvente del enemigo. Por otra parte, ya desde el oeste acudían también las dos divisiones que, como reserva del Grupo de Ejércitos podían enfrentarse con el enemigo que atacaba desde el norte el flanco occidental del Octavo Ejército. Asimismo hicimos concurrir a esta operación una división ligera, que retiramos de la Batalla de radom cuando ésta se hallaba ya en su fase resolutiva. Pero lo que principalmente perseguía el Alto Mando del Grupo de Ejércitos era forzar al enemigo ante el Octavo Ejército a una batalla de frente homogéneo. A tal objeto dispuso que el Décimo Ejército dislocase inmediatamente al XVI Cuerpo Panzer situado al sur de Varsovia y al XI Cuerpo de Ejército que le seguía, haciéndoles girar hacia el oeste para terciar por el este en la batalla del Octavo Ejército. Por último, a esta unidad se le asignaba la misión de mantenerse por de pronto a la defensiva ante el enemigo atacante, tanteando al mismo tiempo para pasar a la ofensiva en cuanto se presentasen los primeros síntomas de debilidad en el adversario.

Las impresiones que el oronel general Von Rundstedt y yo sacamos de las visitas que aquellos días hicimos al Alto Mando del Octavo Ejército 8ª una de las cuales estuvo presente Hitler) movieron al Alto Mando del Grupo de ejércitos a tomar por su cuenta la dirección de la operación. La acción de los dos Cuerpos del Décimo ejército, que atacarían del este y sudeste respectivamente, habría de dirigirla el mismo coronel general Von reichenau, mientras que al Cuartel General del Octavo Ejército se le reservaba la dirección de lal ucha de sus dos Cuerpos que combatían con frente al norte y el cerco del enemigo por el oeste. Por último, a requerimiento del Grupo de ejércitos, se trajo también para completar el cerco al III Cuerpo de Ejército que en conjunción con el Grupo de Ejércitos Norte había cruzado el Vístula a espaldas del enemigo desde aquella dirección. Como luego, en el curso de la batalla se advirtiesen conatos de importantes fracciones enemigas para filtrarse a lo largo del Vístula hasta la fortaleza de Modlin con objeto de esquivar el cerco, el mando del grupo de Ejércitos hizo venir también del sec-

tor de Radom al XV Cuerpo Motorizado para cortarle al enemigo esta última posibilidad de evasión.

Después de duros combates e intentos de ruptura del enemigo hacia el sur primeramente, luego hacia el sudeste y hacia el este por último, el 18 de septiembre se desmoronó por fin la resistencia del enemigo. El botín comunicado por el Décimo Ejército hasta el día 20 del mes consistía en 80.000 prisioneros, 320 cañones, 130 aviones y 40 tanques. A su vez, el Octavo Ejército daba cuenta de que había hecho 90.000 prisioneros y se había apoderado de cantidades enormes de material de guerra, 9 divisiones de infantería, 3 brigadas de caballería y fracciones de otras 10 divisiones enemigas fueron derrotadas, superando con mucho nuestras previsiones de fuerzas enemigas.

Es por tanto la batalla junto al Bzura la acción bélica más importante de la campaña polaca, de la que fue el punto culminante aunque por sí misma no la decidiera. La decisión, desde el punto de vista operativo, venía ya del amplio movimiento envolvente en que el Grupo de Ejércitos Norte por este lado y el Decimocuarto Ejército por el sur habían encerrado a la totalidad de las fuerzas polacas. Tanto si la ambiciosa contraofensiva concebida por los mandos polacos tenía por base la esperanza de torcer aún en el sector del Vístula el curso de la guerra a favor suyo, como si sólo perseguía abrirles paso hacía Varsovia a las fuerzas que al sur de aquel río se encontraban, lo cierto es que la suerte del Ejército polaco estaba echada y no podía cambiarla tal operación.

Aun cuando la batalla del Bzura no pueda medirse por sus resultados con las imponentes batallas de bolsa que más tarde habrían de librarse en Rusia, lo indudable es que hasta entonces no se había dado otra batalla de cerco equiparable a ésta. Porque, además, no fue ésta una batalla de esas que de antemano se planean para escindir el frente enemigo con fuertes cuñas de tanques, sino una acción de contramaniobra, consistente en que el mando alemán supiese aprovechar las oportunidades que inesperadamente le brindaba el adversario con sus aventuradas acciones.

Recuerdos

A fin de poder asegurar el curso unificado de las operaciones del Octavo y el Décimo Ejércitos, el Cuartel general del Grupo de Ejércitos había tenido que trasladarse a Kielce. Tanto al coronel gene-

ral Von Rundstedt como a mí eran ya conocidos los lugares en donde ahora combatían ambos ejércitos. A él, por haber estado transitoriamente destinado como oficial del Estado Mayor General en el Gobierno General de Varsovia durante la primera guerra y hallarse entonces familiarizado con casi todo el país; y a mí, porque a finales del otoño de 1914 había tomado parte, como ayudante del 2º Regimiento de Reserva de Guardias, en el avance efectuado desde la alta Silesia al Vístula y en los duros combates ante el fuerte Ivangorod (ahora, Demblin) del Vístula así como en el repliegue hacia la frontera de partida. Los terrenos y zonas en torno a los cuales estaban ahora empeñadas las luchas con el Décimo Ejército, las montañas de Lysa Gora y las depresiones del Vístula, me habían quedado bien grabados en la memoria.

También pasábamos, al dirigirnos de Lublinitz a Kielce, por las inmediaciones de la localidad de Kotowice, en donde en la noche del día 16 al 17 de noviembre de 1914 había caído yo gravemente herido en combate y salvado la vida gracias a la abnegación de mis valientes camaradas. El lance había tenido cierto aire de aventura. La 1ª División de Reserva de Guardias, a la que pertenecía nuestro regimiento, en agrupación con el Cuerpo del mariscal de campo Von Woyrsch, había hecho frente en la frontera de la alta Silesia después de su retirada del Vístula, y allí esperábamos el ataque de las muy superiores fuerzas enemigas que venían sobre nosotros. Baste decir, en lo que a la superioridad enemiga toca, que sólo en el sector de frente cubierto por nuestro regimiento teníamos enfrente a dos cuerpos caucásicos y unidades complementarias. Y si durante la Segunda Guerra Mundial los caucasianos, brutalmente oprimidos por los soviéticos, llegaron a distinguirse por su parcialidad progermana, entonces, en la Primera Guerra, gozaban fama de ser las mejores tropas de los ejércitos zaristas. En tal situación, he aquí que al anochecer del 16 de noviembre de 1914nos llega la gran noticia de la victoria de Mackensen en Kutno, al tiempo que captábamos unos radiogramas rusos de los que se deprendía que en vista de aquel descalabro el enemigo se disponía a retirarse de nuestro frente. En consecuencia, el mando de la división dispuso que cada regimiento formase una sección de acoso con efectivos equivalentes a un batallón, para que la misma noche de la supuesta retirada hostigase al enemigo y se la convirtiese en fuga. Como ayudante del batallón a toda prisa formado en nuestro regimiento, solicité de mi jefe que me permitiese tomar parte en la expedicción; a lo que el coronel Von Cramer, algo adus-

to de por sí, accedió rezongando. Desgraciadamente, la empresa no resultó como nos la habíamos imaginado y los radiogramas captaba acabaron por revelarse plenamente falaces, ya que los rusos no pensaban ni por asomo en retirarse. Al llegar, en efecto, nuestro batallón a Kotowice nos encontramos con una posición enemiga que nos dispusimos a asaltar en la creencia de que se trataría tan sólo de un ligero destacamento de cobertura. Cuando casi habíamos alcanzado sus trincheras- al frente de nuestras fuerzas, el abanderado con su enseña al viento y el autor de estas memorias-, fue cuando los rusos vinieron a nuestro encuentro. Lo malo fue que no venían con las manos en alto, sino ¡con bayoneta calada y el ¡Hurra! De la carga en los labios! En la refriegarecibí un balazo que me echó por tierra, al tiempo que mi atacante se disponía a darme el golpe de gracia. Pero antes de que él pudiese rematarme, ya uno de nuestros granaderos lo abatía de un tiro. También a mí me alcanzó un segundo balazo en la rodilla en el momento en que Bassewitz me gritaba que le habían herido. Otros dos granaderos acudieron a él para retirarle, mas ¡a los tres les alcanzó en el camino la bala de la muerte! Entretanto, ¡el abanderado había esaparecido con su bandera! Más tarde, se supo que, gravemente herido también, había caído con ella en las trincheras rusas, de donde luego rescataba la enseña el suboficial Von Hatch, antiguo recluta mío, según pude oir antes de que dos camaradas me retirasen del sitio en donde yacía. Cuando a la mañana me dejaban en el Estado Mayor de nuestro regimiento, el coronel me recibió con el confortante saludo de <Por fin, está usted servido.> Ahora, a los 25 años de aquel episodio, al contemplar de día el lugar de la contienda, vuelven a la memoria los viejos recuerdos. La masa del batallón lanzada al asalto, la bandera desplegada flameaba al viento, los puntos de luz de las bocas de fuego latiendo en las sombras y el inquietante crepitar de las balas enemigas sobre la dura carretera por donde avanzábamos. Pero sobre todo me asalta el recuerdo de los bravos compañeros que a riesgo de la propia vida protegieron lam ía y con su mano generosa la preservaron en el instante decisivo.

Algunas otras reminiscencias dignas de mención me quedan todavía de tal cual viaje efectuado entonces. Así, por ejemplo, al pasar por tschenstochau visitamos Von Rundstedt y yo la iglesia en donde se adora a la famosa <Virgen Negra>, sin duda la más venerada imagen de toda Polonia. Entre el devoto esplendor de innu-

merables velas que difundían un suave aroma meloso y la suntuosa profusión de oro en el altar, el espectáculo de una muchedumbre arrodillada rezando con fervor y dejando escapar aquí y allá en la penumbra un suspiro de s´plica angustiosa. ¡Todos un pueblo postrado en humilde demanda de la victoria; una legión de madres pidiendo a Dios por sus hijos, lo mismo, lo mismo que nuestro pueblo y nuestras madres se prosterraban a rezar por sus seres queridas y por la nación!

En Kielce nuestro Estado Mayor se instaló en el que había sido palacio de los príncipes de Polonia. A pesar de que llevaba ya largo tiempo convertido en sede de la Voivodía (Gobierno provincial), todavía no había conseguido San Burocracio enjalbergar a conciencia su prístina belleza y entarascarla como suele. Los poderosos muros, con sus profundas balconadas desde las cuales se podía contemplar toda la ciudad en torno al viejo palacio; los bellos artesonados, las bóvedas y las chimeneas; todo hablaba elocuentemente de otros tiempos en que la grandeza y la magnificencia tenían aquí su asiento.

En una pequeña sala que habilitamos para comedor del Estado Mayor pendía, como símbolo de la nueva Polonia, un óleo de grandes proporciones con el retrato del sucesor de pilsudski, mariscal Rydz-Smigly. En actitud mayestática, empuñado un bastón de plata de mariscal terminado por una recia empuñadura que recordaba las clavas medievales, de pie sobre un fondo de caballería polaca cerrando filas contra un supuesto enemigo, el jerarca militar nos contemplaba altanero y seguro de sí. Pero ¿cuáles serían, en realidad, las reflexiones que a tales horas estaría haciéndose el arrogante personaje que había posado en su día en tan gallarda actitud? La suerte del ejército a sus órdenes estaba en verdad echada y quedaba sellada justamente por aquellos días en la batalla del Bzura. ¡La nación por él capitaneada se hallaba al borde del despeñadero! Ni siquiera él como individuo había de conducirse con heroísmo, pues bien pronto iba a dejar a sus ejércitos en el atolladero para retirarse a Rumania. Por cierto que, según nos refirieron en Varsovia algún tiempo después, el bueno del mariscal había tenido sumo cuidado de poner a salvo con él su propio mobiliario. Sic transit gloria mundi!

1. San Burocracio corresponde aquí a burocratismo, a lo que diríamos en español. Nuestra santa, nuestra dichosa burocracia. (N. del T.)

Una vez que el enemigo más fuerte de los que contra nosotros teníamos sobre las armas quedó destruido en la batalla del Bzura y en los combates entablados con fracciones adversarias que trataban de evadirse del fuerte de Modlin a Varsovia y con las que se hubo de luchar en los bosques del sur de Modlin, vino a corresponderle al Grupo de Ejéritos lam isión de tomar Varsovia. Se le encomendaba esta acción precisamente cuando ya una parte de sus efectivos había acababan de ganarse nuestro justificado asombro por la pasividad con que habían cotemplado el aniquilamiento de su aliado polaco.

Era de suponer- y así se lo hizo saber el mando del Grupo de Ejércitos al OKH- que la labor de poner a punto las fuerzas y recursos para el ataque a Varsovia no podría hallarse terminada hasta el 25 de septiembre, ya que, como es natural, queríamos tener para ello toda nuestra artillería pesada, incluso la del Decimocuarto Ejército de Galitzia, a las puertas de la capital polaca.

Mas, luego que el 17 de septiembre habían terciado los soviéticos en la guerra polaca y se había convenido señalar como línea divisoria entre ellos y nosostros el Vístula, empezó Hitler a mostrar viva impaciencia por la toma de Varsovia y dispuso que laciudad había de ser expuganada en lo que restaba del mes de septiembre. Condición bastante singular, porque si natural parece que el mando político de la nación reclame de sus generales la victoria, el que le señale de antemano fecha ya es indudablemente excesivo.

Por otra parte, el mando del Grupo de Ejércitos pretendía disponer el ataque de suerte que no resultase excesivamente oneroso en bajas y en modo alguno deseaba ofrecer una hecatombe en aras de una fecha improrrogable. Y de que el ataque sería ineludible no podía cabernos duda, desde el momento en que el enemigo había aprestado la ciudad para la defensa y en su recinto se encontraba un ejército- bien que formado de restos de diferentes unidades- con órdenes del mando polaco de defenderla hasta el último extremo.

Para el mando del Grupo de Ejércitos era cosa evidente que en tales circunstancias un ataque por sorpresa a la ciudad no podía brindar perspectiva alguna de éxito. Como también lo era que, fuesen cuales fuesen los motivos que pudiera haber para ordenarla, una lucha en el interior de una gran ciudad como la capital polaca significaría un desastre para atacantes y atacados, por los ríos

de sangre que había de costar así a las tropas germanas y enemigas como a la misma población.

Consecuente con este criterio, dispuso el mando del Grupo de Ejércitos que el Octavo Ejército, encargado de proceder a la toma de Varsovia, atacase tan sólo para poner cerco a la plaza fuerte lo más estrecha y densamente posible en una línea que habría de seguir aproximadamente el trazado del ferrocarril de circunvalación. Luego comenzaría el cañoneo combinado con bombardeos aéreos y, si esto no bastase, forzarían la rendicción cortando todos los suministros y abastecimientos de agua. Es de notar que ya el mando del grupo de Ejércitos había conseguido en ocasión antemando del Grupo de Ejércitos había conseguido en ocasión anterior disuadir a Hitler de su ocurrencia de bombardear la ciudad desde el aire, alegando que entonces el ataque no guardaba coordinación alguna en el conjunto de las operaciones militares ni hubiese reportado ventajas. Ahora, en cambio, concurrían a justificarlo ambas circunstancias.

El 25 de septiembre abríamos fuego de brecha sobre los fortunas exteriores, sobre las bases militares y sobre las instalaciones de servicios vitales de la ciudad, al tiempo que iniciábamos los ataques parciales para situarnos en la línea de cerco prevista. Al día siguiente la aviación lanzaba proclamas en las que se conminaba a la ciudad con un inminente bombardeo y se le intimaba la rendicción. Pero como las fuerzas polacas siguiesen ofreciendo una tenaz resistencia, el mismo día 26 al anochecer dimos comienzo al bombardeo urbano propiamente dicho.

A mediodía del 27, cuando el coronel general Von Rundstedt y yo visitábamos mi antigua 18ª División, que precisamente acababa de tomar dos de los fuertes exteriores, tuvimos noticias de que el enemigo había ofrecido la capitulación e inmediatamente se ordenó el alto fuego.

El 28 de septiembre firmaban la capitulación el comandante en jefe polaco y el del Octavo Ejército, coronel general Blaskowitz. Se estipulaba en ella la prestación de socorro inmediato a la población y a los heridos del enemigo y se dejaba a salvo el honor militar de un adversario que había sucumbido luchando valerosamente. A los oficiales se les permitía conservar sus espadas, y aunque los suboficiales y tropas tendrían que pasar algún tiempo

1. Por aquel hecho de armas el primer teniente Steinhardt y el teniente Stolz del 51º Regimiento de Infantería fueron los primeros soldados alemanes condecorados con la Cruz de Caballero.

como prisioneros de guerra, sólo sería el indispensable para depachar las formalidades de rigor y seguidamente se les dejaría en libertad y regresarían a sus hogares.

Todavía se rindieron en Varsovia, según datos de los plenipotenciarios polacos, ¡120.000 hombres!

En el momento de suscribir el documento de capitulación, el general polaco pronunció la frase: <Esto empieza a marchar>, que el tiempo había de confirmar, bien que no justamente en el sentido que su intención había puesto en aquellas palabras, si se tiene en cuenta la suerte que a su patria le estaba reservada.

Los últimos combates al oeste del San y del Vístula

Mientras que con la batalla del Bzura y la toma de Varsovia el grueso de las fuerzas enemigas que habían luchado allende el Vístula quedaba aniquilado, en el sector dl Decimocuarto Ejército en la Galitzia oriental y en la zona situada allende el San inferior todavía se libraban numerosos combates, muy empeñados a veces, con determinados grupos sueltos del enemigo que hasta entonces habían escapado a la derrota. Al mismo tiempo el Décimo Ejército había cruzado con un cuerpo el Vístula por Demblin y por el norte, para dirigirse a Lublin. Y he aquí que en esta situación nos llega de pronto la orden sensacional del Mando Supremo de que entregásemos a los soviéticos la ciudad de lemberg, que acababa de capitular ante el Decimocuarto Ejército y de que retrajésemos todo el frente del Grupo de Ejércitos a detrás de la línea de demarcación convenida entre ellos y Von Ribbentrop, la cual discurría desde la garganta de Uzok hasta Przemysl y luego a lo largo del San y del Vístula hasta el norte de Varsovia. De donde resultaba que todos los combates allende los dos ríos ¡habían sido tiempo perdido para las fracciones de nuestro Grupo de Ejércitos y provechosos solamente para los soviéticos! Por si ello fuese poco, el repliegue a detrás del San nos forzaba a suspender la lucha contra un grupo enemigo que suponíamos de 2 o 3 divisiones y una o dos brigadas de caballería, el cual, con valentía admirable pero totalmente equivocado acerca de la situación general, había pasado a la ofensiva y trataba de cortarles la retirada sobre el San a nuestros VII y VIII Cuerpos de Ejército. También aquí se repitieron, pues, los sangrientos combates en holocausto exclusivo a las componendas políticas entre los Gobiernos alemán y soviéticos. Esta situación de la-

tente discordia y regateo la pone de manifiesto de modo característico el hecho de que el 1 de octubre se acordase una nueva modificación de la línea de demarcación, en virtud de la cual otra vez volvíamos nosostros a ocupar el gobierno de Lublín. Nuevo repaso, pues, del Vístula por el XIV Cuerpo Motorizado, ante cuyas fuerzas rendía sus armas el último grupo enemigo que en aquel río rehuía el encuentro con los soviéticos.

¡La campaña de Polonia había terminado!

En el curso de la misma habíacapturado el Grupo de Ejércitos Sur, 523.136 prisioneros, 1.401 cañones, 7.600 ametralladoras, 274 aviones, 96 tanques y una incalculable cantidad de material de guerra de otras clases. El tributo de sangre del enemigo, que había luchado con singular denuedo y que aun en situaciones desesperadas había sabido batirse con sañudo ahínco, sin duda había sido muy elevado.

Las bajas del Grupo de Ejércitos fueron las siguiente.

- Oficiales, 505 muertos, 759 heridos y 42 desaparecidos
- Suboficiales y tropa, 6.049 muertos, 19.719 heridos y 4.022 desaparecidos

In memoriam

Una vez mencionado número de nuestras bajas, no menos doloroso por más reducido que pudiera parecer en relación con el brillante resultado de esta campaña, séame permitido traer aquí el recuerdo de tres hombres cuya muerte me afectó personalísimamente. Al fin y al cabo, no habrá de parecerle excesivo al lector que en una obra consagrada en casi toda su extensión a describir las operaciones militares, reserve también un modesto espacio para alivio y confidencia de las propias emociones.

Fue ante Varsovia en donde cayó el ex comandante general del Ejército, coronel general barón Von Fritsch, el hombre que desde 1934 a 1938 había creado el nuevo Ejército alemán. No le permitía su nobleza medirse con los bribonzuelos instigadores de la diabólica intriga causante de su destitución en el terreno acotado por la desenvuelta frase francesa á cordaire, corsaire et demi (a pillo, pillo y medio). Oficial de honda raigambre prusiana, se sentía maniatado por su impecable conciencia del deber y nunca hubiera osado volver contra el Estado el mismo Ejército que acababa de salir de sus

manos. Con el tiempo he llegado a saber que al estallar la guerra, en el momento en que Von Fritsch se despedía del coronel general Beck, antiguo jefe de su Estado Mayor, le decía al separase: <No puedo con esta vida>. Y el mismo rotundo pesimismo impregnado de correcta renunciación trasciende de la últimas palabras que dirigió a su ayudante cuando éste trataba de ligarle la femoral, alcanzada por un balazo en el muslo: <Déjelo usted; no vale la pena>.

También en Polonia cayó ni más antiguo amigo, el coronel Wilhelm Dietrich von Ditfurth, cuando en la batalla de Radom, en septiembre, marchaba a la cabeza del regimiento motorizado de fusileros que mandaba. En él perdí al que había sido mi camarada día a día desde nuestra primera juventud, pues contábamos sólo doce años cuando se inició nuestra amistad en la academia de cadetes de Plön. Dico, como todos sus amigos le llamaban, continuó luego en Plön como condiscípulo del príncipe Oscar de Prusia al trasladarme ya a la Academia Superior Militar de Lichterfelde. Cuatro años más tarde volvíamos a encontrarnos, ya tenientes los dos, en el 3ª Regimiento de Granaderos (Infantería) y ambos como oficiales instructores en el mismo batallón, de suerte que no sólo nos veíamos en las horas de servicio, sino que también coincidíamos a menudo en las de ocio. Fue entonces cuando se afianzó indisolublemente la amistad que en Plön había nacido; una amistad que en el superviviente sólo se extinguirá con la propia vida.

Porque Ditfurth era uno de los hombres más amables y más dignos de amistad que he conocido. Alto, discreto y de ánimo generosamente abierto a toda manifestación de belleza o de bondad, ya desde la juventud se había mostrado siempre extraordinariamente ecuánime. En él se echaba pronto de ver cuán precioso legado de armonía puede dejar en una vida joven el ejemplo de los padres unidos por el amor y la concordia dichosa. Y es qye, en efecto, el trato de sus padres y hermanos constituía un placer único. Mas, volviendo al breve relato de nuestras vicisitudes, diré que pocos años tardamos en vernos nuevamente separados. La Emperatriz le había escogido para preceptor del más jovén de su hijos, que era de condicción al difícil, y durante todo aquel tiempo nuestra amistad no tuvo otro camino que el de una nutrida correspondencia. En 1913 tuve la alegria de verle de retorno en nuestro regimiento y de que juntos asistioésemos a las clases de Academia de Guerra. Pero tampoco ahora tardaron mucho en retirarlo para nombrarle ayudante de nuestro regimiento; lo quei ndicaba hasta qué hasta qué punto sabían los jefes apreciar sus excelentes cualidades. Eso sí, esta vez la separación era

muy relativa, puesto que ambos segíamos en Berlin. Mas luego vino la guerras y otra vez nos vimos separados: Ditfurth partió como ayudante del regimiento activo y yo con el mismo cargo en el de reserva. Y así seguimos hasta que, por una de esas sincronizaciones fatales que a veces se dan en la vida, fuimos a encontrarnos en la Batalla del Somme como oficiales del Estado Mayor General en la Sección I del Alto Mando del Ejército. Luego, en el verano de 1917, como la Imperial Familia se acordase de las magníficas condiciones docentes de Dico, de nuevo lo hizo para encomendarle la educación de los hijos del Príncipe heredero. Lo cierto es que nadie mejor para hacerlo, aunque para Ditfurth el retorno a la paz en plena guerra se hacía cosa dura y bien difícil de conciliar con su vocación castrense. Con todo, un cortesano no le fue nunca, como lo acredita el que después de la revolución, que dejaba su finción en situación harto precaria, siguiese consagrado a ella y el que después de terminada la educación de los príncipes pasase al servicio del Kronprinz. Todo esto era caballerosa lealtad, que nada tiene que ver con la condición de cortesano. Tan pronto como pudo suponer que el Kronprinz no le necesitaba ya, al punto se fue por donde el corazón le llevaba y tornó a la vida militar. Todavía le concedió la Providencia unos de paz, ocupados en la formación de su batallón primero y luego, de su regimiento. Y entonces, a la cabeza de sus granaderos, en primera línea y empuñando él mismo un fusil, vino a sorprenderle la bala enemiga.

No paró aquí la mano de la muerte, que asimismo hizo presa en mis más allegados parientes durante la campaña de Polonia. El hermano mayor de mi esposa, Konrad von Loesch, resultó gravemente herido el 9 de septiembre en la batalla del Bzura cuando, como capitán de caballería de la reserva en una sección de exploración, resultaba alcanzado en la médula espinal por un balazo. Ni el genio quirúrgico de un Sauerbruch consiguió salvarle la vida y devolverlo a su finca Lorzendorf de silesia, en donde le esperaba su esposa, la condesa Zedlitz, y tres niños. Sin embargo, el arte de aquel gran cirujano y sobre todo su bondad insuperable, lograron el milagro, no pequeño, de aliviar bastante los grandes sufrimientos de sus últimos meses. Falleció mi cuñado a los 40 años de edad, em marzo de 1940, en la Charité de Berlín. Su pérdida nos afectó a todos muy hondamente, pero conmovió más aún a mis esposa, que había crecido a la par de él, pues sólo era un año más joven. Aquel hombre idealista, encantador para sus hijos y tan compenetrado con todo el personal de su hacienda, tan apasionado por la milicia

y por el noble deporte de la equitación, deja de sí un recuerdo que habrá de perdurar más allá del estricto círculo familiar.

Para el 5 de octubre había dispuesto Hitler la ceremonia de un desfile militar de la victoria en Varsovia, y ese día desfilaron, en efecto, por la gran avenida que va del Belvedere al Palacio las divisiones triunfales que se hallaban en las inmediaciones de la capital polaca. A pesar de los riesgos y fatigas de las pasadas luchas, la apostura de las tropas era magnífica y la ufanía de la brillante victoria por ellas conseguida en la <Campaña relámpago> ponia en los ojos de los jóvenes soldados que pasaban ante Hitler un luminoso optimismo.

Por desgracia, el acto terminó con una disonancia ingrata, que al mismo tiempo enfocaba con un breve destello la verdadera actitud de Hitler para con los jefes del Ejército.

Se había previsto en el programa que nates de partir en el avión pasaría Hitler unos momentos con los comandantes de las tropas que habían tomado parte en el desfile, pues nada más natural que esperar de él unas palabras de gratitud en semejantes circunstancias.

A tal obejto, habíamos dispuesto en un hangar del aeródromo una mesa con mantales, en la que esperábamos que tomase un rancho con los mandos militares. Mas en cuanto hubo penetrado en el hangar y divisado los balncos manteles, que unas flores otoñales animaban un poco, giró bruscamente sobre sus talones y, dirigiéndose a una cocina de campaña que allí fuera estaba, tomó en ella unas cucharadas de rancho y conversó por unos momentos con los soldados que le rodeaban, pasando seguidamente al avión. A la legua se veía que lo que con este gesto perseguía era reafirmar su <solidaridad con el pueblo>, aunque yo no estoy muy seguro de que nuestros buenos granaderos encontraron plausible su comportamiento. A buen seguro honrado con los mandos a las tropas, cuando su comportamiento con los primeros parecía un desaire tan manifiesto que ya entonces resultaba inquietante.

Pronto pasó a llamarse la campaña polaca <Guerra relámpago>. Y realmente, si atendemos a la rapidez con que se desarrolló y a los logros de la misma, puede afirmarse que resultaba un caso único hasta que la subsiguiente ofensiva en Occidnete viniese a ofrecernos algo semejante, aunque de mayores proporciones.

Mas para valorar debidamente aquella campaña habrá que te-

ner presente lo que en un capítulo anterior dejamos dicho de las posibilidades polacas en esta guerra.

En rigor, la guerra teniamos que ganarla los alemanes atendida nuestra ventajosa situación operativa de partida y nuestra superioridad en el supuesto de que se diesen dos condiciones previas:

- Primera: Que el mando alemán afrontase el riesgo manifiesto de descubrirse en Occidente, para poder asegurarse en Oriente la superioridad necesaria.
- Segunda: Que las potencias occidentales no quisiesen o no supiesen aprovecharse de la ocasión para acudir a tiempo en socorro de Polonia.

No cabe la menor duda de que las cosas udieron haber tomado un rumbo muy distinto si las Potencias occidentales hubiesen emprendido la ofensiva en su frnete desde el primer instante. Claro está que en tal coso habría sido indispensable que también el mando polaco, procediendo con un sentido más realista, se abstuviese de dispersar y desperdigar sus fuerzas en un insensato empeño de disputarnos hasta la última pulgada de un suelo que en rigor no podía defender en toda su integridad. Lo cuerdo hubiera sido que desde el principio ya hubiese concentrado sus disponibilidades en los puntos clave, a fin de maniobrar desde ellos y mantener la lucha para ganar tiempo, indispensable si querían llegar a coger a las fuerzas alemanas en la tenaza de un doble frente. La tenacidad y el valor con dos pudiesen mantenerse sobre las armas hasta el momento en que, llegados al Rin, los occidnetales pusiesen a Alemania en el trance de tener que interrumpir bruscamente la campaña polaca.

Razón tenía el conde Schlieffen cuando dijo que también los derrotados habían puesto su granito de arena en el montón de la victoria enemiga.

Por otro lado, hay que reconocer asimismo que una victoria tan rápida y completa, como lo fue la conseguida en la campaña polaca no se habría alcanzado con las solas ventajas de una favorable posición inicial y una superioridad de medios basada en la audaz aceptación de un riesgo manifiesto, si al mismo tiempo no concurriesen a inclinar aún más la balanza a favor nuestro la superior competencia del mando alemán y la incomparable calidad de sus soldados.

Papel decisivo en la rápida terminación de la campaña cupo igualmente a la novedad representada por el empleo de grandes

formaciones operativamente autónomas de tanques y a la contribución de un arma aérea francamente superior. El inponderable elemento decisivo, con todo, hay que buscarlo, además de en esto y en la bravura del soldado germano, en el espíritu resuelto y animoso de que hicieron gala los mandos y la tropa. Que si cierto es que a la energía de Hitler corresponde en gran parte el mérito del rearme material de Alemania, no lo es menos que la sola superioridad material jamás hubiese bastado para asegurarnos el tiunfo rotundo y fulminante conseguido.

Pero aún queremos ahondar y calar realmente en el meollo de la cuestión, fuerza será reconocer como la más granado de nuestra victoria el hecho de que aquella Reichswehr restante de la derrota de la Primera Guerra Mundial, a la que muchos miraban por encima del hombro, había sabido salvar y reanimar el rescoldo de las grandes tradiciones castrenses alemanas de mando y formación. La grandes tradiciones castrenses alemanas de mando y formación. La nueva Wehrmacht alemana había acertado, como hijo- único por cierto- de aquella Reichswehr, a salvar el obstáculo en que había embarrancado la estrategia al degenerar en guerra de posiciones, o, como el general Fuller diría al referirse a la última etapa de la segunda Guerra Mundial, en <ferretería>. Sirviéndose de los nuevos medios de combate, habíamos logrado en la Wehrmacht alemana pasar a disponer de un auténtico arte de oncebir la guerra como moovimiento. Y el secreto del éxito estaba en la independencia de los mandos hasta sus últimas categorías, hasta el mismo combatientes individual de infantería, que en ningún ejército resultaba tan completa como en el nuestro. Esta tradición de fomentar el sentimiento, la conciencia autónoma, le había sido legado a la reichswehr y ella se lo había transmitido a la nueva Wehrmacht, que en Polonia acababa de salir airosa de la prueba. Todavía podía decirse que allí les había sido dado a los mandos los jefes militares- en líneas generales- sus plenas atribuciones, y tofdavía las tropas habían sido dueñas de luchar en un terreno estrictamente militar y, por tanto, caballerosamente también.

Comandnate en jefe del Este

Con fecha 3 de octubre el coronel general Von Rundstedt se veía nombrado comandante en jefe del este. Como jefe de la administración civil de la Polonia ocupada, de la que seguidamente fueron

segregados los Departamentos del Reich (<Reichsgaue>) de nueva creación, iría a emparejarse con él el ministro frank. En cuanto al Estado Mayor del Grupo de Ejércitos, ahora aumentado con una sección de Servicios Generales, seguiría a disposición del comandante en jefe del Este para sus menesteres castrenses, al paso que el Cuartel General del Grupo de Ejércitos Norte iba trasladado al Frente Occidental.

No podían por menos de dolerse de esta medida elcoronel general Von Rundstedt y su Estado Mayor. Al fin y al cabo, había sido el Grupo de ejércitos Sur el más sacrificado en la campaña polaca, y ahora nos encontrábamos con que se nos arrinconaba en Polonia, mientras que al Cuartel General del Grupo de Ejércitos Norte se le asignaban nuevas empresas militares en el oeste. Por otra parte, si bastante ingrato, más habría de serloo todavía en colaboración con un gobierno encomendado a un personaje del Partido.

Nuestro jefe administrativo

Ya al proceder al ataque a Varsovia se había trasladado el Cuartel General del Grupo de Ejércitos al palacete Helenow, muy cercano al lado occidental de la ciudad. Se trataba de un pequeño y encantador edificio rovocó, al que se llegaba por unas largas avenidas a través de un bello parque con grandes estanques. En este memorable escenario fue donde nos visitó nuestro futuro jefe civil unos días después de la caída de Varsovia. Puesta estaba la mesa para la comida de mediodía y el coronel general esperaba con su Estado Mayor. Cuando hubo transcurrido una hora más del momento señalado, ya Rundstedt no pudo seguir aguantando y ordenó, indignado: <¡Ea; a comer sin él!> terminábamos justamente de hacerlo, cuando ante nuestro palacio se detuvo un brillante séquito de coches. Del primero de ellos descendió un caballero vestido de azul y tan recubierto de áureos bordados, que en otras circunstancias no hubiésemos vacilado en tomarle por un almirante cubano. Era el señor Frank. De los coches siguientes se desbordó luego, para parecer constituán el séquito gubernativo. Aquello era demasiado para las modestas posibilidades de nuestro cocinero,atenido a las estrictas raciones militares. Sin embargo, se sirvió la mesa, aun cuando la fuente de carne <Gulasch>- carne estofada con pimien-

ta picante- abundaba más en salsa que en ternera. Por cierto que no fue pequeño nuestro regocijo al contemplar la buena maña con que el gobernador Frank rescataba para su plato los trozos de carne, dejando para su séquito la picante salsa. Tal era, por lo visto, la versión práctica del axiona que sienta que <el interés público ha de anteponerse al privado>. Terminado el menester, mostró el gobernador deseo de retratarse con el coronel general a la entrada del palacio, lo hizo al punto en pose muy gallarda y, luego de haber manifestado que sentía no disponer de más tiempo, pues debía hallarse pronto en Berlín al lado del Führer, subió nuevamente al coche y desapareció, seguido de los restantes de la comitiva. Von Rundestedt contemplaba la partida en silencio, acaso intrigado de que la extraña visita hubiese transcurrido sin el más liegero cambio que la impresiones sobre los propósitos de nuestro futuro gobernador. Bien es verdad que tampoco en adelante había de ofrecérsenos ocasión de esbozar siquiera el tema ni una sola vez.

Poco después nos trasladamos a Lodz, en donde había de fijar su residencia el comandante en jefe del Este, para lo que ahabía propuesto yo Spala, el antiguo palacio de caza del Zar, situado muy cerca de la ciudad en medio de unos soberbios bosques. Sólo que Von Rundstedt prefería la ciudad misma, tal vez porque se prometiese de ella algún incentivo de que habría de carecer en el retirado palacio. Su desengaño habría de ser completo, porque, si bien vivíamos aceptablemente en lo que había sido sede del Alto Mando polaco, en la ciudad pululaba una humanidad tan densa como jamás había yo visto en toda mi vida. De donde resultaba que nuestro comandante en jefe apenas podía dar un paso entre aquel lamentable hormiguero y había de resignarse a buscar un poco de movimiento y distracción en el cementerio, único lugar apto para dar un paseo.

Como el jefe de la administración civil tampoco se dejaba ver por Lodz y alguna forma de gobierno había que organizar al fin,mandamos al general Crüwell, nuestro jefe de Servicio del Estado Mayor, a la busca del personaje. De aquí para allá por el Reich, acabó Crüwell por descubrir a Frank en su residencia campestre junto al Lago de la alta Baviera y hasta logró persuadirle a que hiciese un viaje a Lodz. Entonces asistí yo a la conversación que entre él y Von Rundstedt tuvo lugar en términos más bien fríos. En el curso de ella le manifestó el coronel general que no estaba dispuesto a tolerar en su jurisdicción ael gobierno adjunto de un jefe nacional de las SS y que esperaba que desde aquel momento to-

mase buena nota de ello. A lo que Frank asintió plenamente, terminando con estas solemnes palabras: <Como usted sabe, señor coronel general, soy un hombre de leyes>. Después de esta bella frase, manifestó Frank algo premioso que se le estaba haciendo tarde para regresar a Berlín junto al Führer y… desapareció como la otra vez en Helenow. Desde entonces no volvimos a verlo, ni volvió a Polonia hasta ue nuestro Estado Mayor la hubo abandonado y él pudo desembarazadamente desempeñar las funciones de un Gobernador General todopoderoso en lugar del papel de un jefe de administración civil.

Acorde final

Entretanto, nuestros tres Altos Mandos de Ejércitos nos habían dejado para irse al Frente Occidental, y a sustituirles vinieron comandantes militares con atribuciones más o menos territoriales. También el grueso de las tropas, salvo un número muy reducido de divisiones de ocupación- insignificante en comparación con las fuerzas soviéticas que habían penetrado por la Polonia oriental- se fueron al Frente Occidental, en donde sabíamos nosostros que planeaba Hitler una ofensiva. Nuestra tarea en relación con ella iba a ser, en el aspecto militar, la de responder de la seguridad del dominio polaco, la instrucción y formación de las divisiones por lo general procedentes del nuevo reclutamiento y la labor exploración de una línea defensiva hacia el este.

Ya con ocasión del desfile militar de Varsovia le había dado a entender Von Rundstedt al comandante en jefe del Ejército en forma inequívoca que no podía por menos de estimar como una postergación su paso de un Alto Mando al cargo de jefe de ocupación en Polonia. En el mismo sentido había hablado yo con el general Halder, y por fin pude hallar comprensiva acogida en el jefe del Cuartel General, general Von Stülpnagel, para la idea de que una ofensiva en el oeste a duras penas sería realizable con un único grupo de ejércitos.

Finalmente, el 15 de octubre tuvimos la grata sorpresa de que el coronel Heusinger de la Sección de Operaciones del OKH viniese a vernos con la noticia de que a fines de aquel mes también nuestro Estado Mayor se trasladaría al Frente Occidental y pasaría a relevarnos el Octavo Ejército al mando del coronel general Blaskowitz. Yo mismo recibía poco después orden para que el 21 del

mes me presentase en el Cuartel General del Ejérito, en Zossen, para recoger las instrucciones de nuestro traslado.

El 18 de octubre partía de Lodz para detenerme brevemente con mi familia y visitar a mi cuñado gravemente herido.

Y, seguidamente, a enfrentarnos con las nuevas tareas.

SEGUNDA PARTE

LA CAMPAÑA OCCIDENTAL EN 1940

Ahora el invierno de nuestra desazón habíase tornado espléndido verano…

SHAKESPEARE, Ricardo III

Dichoso por haber podido hurtarse a la espinosa función que suponía el papel de autoridad de coupación en Polonia, llegó nuestro Estado mayor al Frente Occidental el 24 de cotubre de 1939 para hacerse cargo del mando del Grupo de Ejércitos A, recientemente constituido. Los ejércitos de él dependientes, el Duodécimo y el Decimosexto, se hallaban con sus divisiones de primera línea en la frontera sur de Bélgica y Luxemburgo, con sus agrupaciones de estapa diluidas hacia el este hasta la orilla derecha del Rin. La sede del Coronel General del Grupo de Ejércitos estaba en Coblenza.

Nos alojamos en el Hotel Riesen-Fürstenhof, al lado mismo del río, que en mis tiempos de alférez en la Escuela de Guerra de la pequeña ciudad de Engers se me había antojado el colmo de la elegancia y una especie de Capua para sibaritas. Ahora, en cambio, pronto se echaba de ver que también las estrecheces de los tiempos de guerra habían alcanzado el hotel de mis

admirativas añoranzas. Nuestros locales de trabajo se hallaban en un antiguo edificio, otrora encantador, que hasta la guerra había estado destinado para alojamiento de los servicios de la división de Coblenza y que tenía por vecino el Eck alemán. Las que un tiempo habían sido preciosas estancias de estilo rococó, no pasaban ahora de tristes oficinas desnudas frente a una pequeña plaza de añosos árboles, en la que, por cierto, había una curiosa lápida conmemorativa que llamó mi atención. Se trataba de un obelisco con una ampulosa inscripción erigido por orden del comandante francés de Coblenza en el año 1812 en recuerdo de la fecha en que la <grande Armée> de Napo-

León había cruzado el Rin en dirección a Rusia. Debajo de la primitiva inscripción habían hecho grabar otra, que decía, poco más o menos: <Visto y conforme>. Esta apostilla iba formada ¡por el general ruso que en el año 1814 desempeñaba el cargo de comandante de la Plaza!

¡Lástima que Hitler no tuviera ocasión de conocer el obelisco!

Nuestro grupo de mando había recibido, por indicación mía, un valioso refuerzo en la persona de un veterano segundo jefe del Estado Mayor General para la Sección I. se trataba del entonces teniente general Von Tresckow, que en julio de 1944 habría de poner vluntario fin a su vida como uno de los más activos instigadores de la conjura contra Hitler. Ya en tiempos de paz había trabajado Tresckow a mis órdenes en la Seción I del Estado Mayor General, y era un oficial de extraordinaria capacidad y encendido patriotismo. Su discreción, su cultura, su distinción y agradable trato le hacían singularmente encantador. Añádase a ello que la grata impresión de su elegante y aristocrática que le ponía la de su bella esposa, la hija del antiguo ministro de la Guerra y jefe del Estado Mayor General, Falkenhayn. Bien puede decirse que no había entonces en los medios militares de Berlín pareja más encantadora que el matrimonio Tresckow.

De la época de nuestra colaboración en la Sección de operaciones me unía con Tresckow una gran confianza, por no decir amistad, que ahora, en coblenza, había de troducirse en un inestimable apoyo en nuestra lucha por imponer el plan de ofensiva en el Oeste propugnado por el mando del Grupo de Ejércitos. Cuando más tarde llegué a desempeñar los cargos de comandante general de un cuerpo de tanques primero, y después el de comandante en jefe de un ejército, en ninguno de estos puestos dejé de rogar que me asignasen a tresckow como jefe

de estado mayor, viendo siempre rehusada mi petición bajo el singular pretexto de que yo <no necesitaba un jefe tan hábil>. En cmabio, en febrero del 1943 me encontré con que me ofrecían a Tresckow como jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos, justamente en ocasión en que mal podía anteponerlo al primer jefe de la Sección A, el general Busse, de m misma categoría y con altos méritos contraídos en campañas que nos habían sido comunes, por lo pedí que designasen a éste. Menciono el detalle tan sólo porque alguien muy allegado a

Tresckow ha difundido la versión de que entonces lo había rehusado yo como jefe por no considerarlo persona de confianza para el Partido. Quienes me conocen saben de sobra que jámas seleccioné a mis colaboradores por sus simpatías nacionalsocialistas.

Además de sus extraordinarioas aptitudes profesionales, poseía Tresckow la condición de persona sumamente grata en las tertulias vespertinas del reducido círculo del comandante en jefe por sus chispeantes dotes de contertulio. Bien es verdad que en cierta ocasión en que tuvo la ocurrencia de obsequiarnos al desayuno haciendo que nos sirviesen una gran <tartina> de mejillones, Von Rundstedt acogió la extravagancia con un gesto de dudosa significación.

El que aquellos meses de Coblenza hayan de calificarse como <invierno de nuestra desazón> tiene su explicación en el raro estado de incertidumbre, de indecisión en que la <sombra de guerra> del invierno de 1939-40- la drôle de guerre de los franceses- nos ponía. Hubiera sido más fácil de soportar la situación si de antemano hubiésemos conocido el objetivo de la ofensiva prevista para la primavera siguiente, para la cual habríamos podido preparar entretanto, en su entrenamiento metódico, a las tropas dependientes de nuestro mando. Como es notorio, Hitler deseaba que la ofensiva se iniciase ya en el otoño de 1939, o bien en el curso de aquel invierno cuando hubo visto que lo primero no era posible. Sucedía que cada vez que sus <Wetterfrüsche, los meteorólogos de la Luftwaffe, predecían un período de buen tiempo, inmediatamente daba la consigna para que las fuerzas se pusiesen en marcha hacia los puntos de partida. Mas también ocurría que, apenas iniciados los movimientos, ya estaban otra vez las <ranas barométricas> bajando nuevamente los peldaños de la escalera, porque, o bien los copiosos chaparrones reblandecían los terrenos hasta dejarlos intransitables, o las fuertes heladas y nevadas venían a impedir una eficaz intervención de los tanques y la aviación. De todo resultaba una situación de vaivén, de indecisión y órdenes y contraórdenes en relación con la ofensiva, que, tanto para la tropa como para los mandos, se hacía por demás

desagradable. Tampoco debía serlo menos para el propio Hitler, a juzgar por el recelo con que empe-

1. <Weeterfrösche>, o ranas meteorógicas; alude graciosamente al barómetro casero alemán consistente en una rana metida en un recipiente de agua con una escalerilla, por la que el animal trepa a la superficie cuando el tiempo va a mejorar. (N. del T.)

zó a mirar los partes de la meteorología militar en cuanto no se allanaban a sus deseos. Así, por ejemplo, en una ocasión en que el Alto Mando del Grupo de Ejércitos objetó que las persistentes lluvias hacían por el momento imposible la iniciación de la ofensiva, envió Hitler a su ayudante Schmundt con orden de que nos visitase y se cerciorase por sí mismo de las condiciones del terreno. Por cierto que en esta ocasión nos venía Tresckow como llovido del cielo, porque nadie como él para llevar a Schmundt, su antiguo compañero de regimiento, por cuetos y vericuetos, circulando durante todo el día por carreteras y caminos casi intransitables, por praderas pantañosas y tierras de labor convertidas en barrizales, o trepando por laderas que las heladas dejaran inaccesibles, hasta devolvérnoslo por la noche molido y agotado. Desde entonces no volvió a ocurrírsele a Hitler contrastar nuestros partes de información atmósfera en la forma inconveniente que acabo de referir.

Quien más desazonado se sentía a consecuencia de estas vacilaciones, y de la consiguiente frustracción de nuestra labor era, naturalmente, nuestro comandante en jefe Von Rundstedt, cuyo fuerte no era precisamente la paciencia. Pronto se vio nuestro Estado Mayor anegado en el papeleo que en períodos de paz suele constituir la pesadilla de los mandos y oficinas, aunque nosostros, siguiendo la tradición militar germana de no distraer al comandante con minucias, cuidábamos de que nuestro coronel general se viese exento de tales engorros; co lo que le quedaba tiempo para dar todas las mañanas un largo paseo junto al Rin, en el que a menudo le acompañaba yo, igualmente deseoso de procurarme un poco de movimiento. En aquellas ocasiones siempre salía Von Rundstedt, incluso en los días más crudos y ya con el Rin helado, sin otro abrigo que un leve impermeable de tela engonada. Como yo le hiciese observar que se estaba buscando la muerte por la mano, manifestó que nunca había tenido abrigo mejor para los inviernos y que, a sus años, tampoco pensaba adquirirlo. Y así fue en

realidad; que tanto podía en aquel anciano caballero la educación espartana de sus tiempos de academia. Mas no fue sólo por este detalle por lo que me hizo recordar a mí los años de cadete, sino que varias costumbres suyas arrancaban asimismo de la mocedad académica, como sucedía, entre otras, con la costumbre que el coronel general tenía de distraerse del despacho de sus papeles con la lectura de emocionantes lecturas policíoacas dispuestas en el cajó de su mesa de escritorio de suerte que no tenía más que empujarlo para disimular ante cualquiera de sus oficiales que entrase a despachar con él una

debilidad literaria compartida con muchas otras personas de alto nivel intelectual. Pues bien, ¡este mismo truco era el que usábamos los cadetes para escapar a la reprimida de nuestro celador cuando a éste se le ocurría entrar en nuestro cuarto de estudio a cerciorarse de que trabajábamos!

Por lo que toca a mis intentos de procurarle alguna distracción en un cine del frente que aliviase un poco las largas veladas nocturnas, tengo que reconocer que fracasaron lamentablemente. El noticiario semanal que, amañado por Goebbels, se nos ofrecía, le era tan antipático, que por muy satisfecho hube de darme con que sus comentarios quedasen entre nosotros.

No faltaban así y todo, en aquel invierno triste, sus lances divertidos. Así una vez nos encontramos en la calle con un cazador de una división de montaña austríaca que olía a recluta a veinte leguas. El bueno del muchacho, perdido dentro de una guerrera demasiado amplia y cargado de paquetes, presentaba un aspecto poco marcial ciertamente. Sobre todo, se le había ocurrido aflojarse el cinturón y, en vez de llevarlo a la cintura, lo había dejado caer a modo de sostén de la aventajada panza. Resultaba su facha tan grotesca, que hube de pararlo y decirle que se ajustase debidamente el cinturón. A lo que el bendito repuso sonriendo familiarmente: <Gracias, señor comandante médico>, como si le hubiese llamado discretamente la atención sobre un más íntimo descuido de toilette. Ante tanta ingenuidad, no quedaba más remedio que echarse a reír a todo trapo.

Igualmente nos procuraba el papeleo a veces innegables motivos de diversión, y uno de ellos fue el siguiente. Aun cuando el Estado Mayor del Ejército se mostraba muy poco propicio- como más adelante se verá- a conceder beligerancia a nuestras propuestas operativas, en cierta ocasión, sin embargo, nos vimos sorprendidos con un inesperado éxito en materia de escasa trascendencia. Recordará el lector que entonces usaban los oficiales una correa que

desde el hombro les cruzaba el pecho y afianzaba el cinturón por delante y por detrás. Se trataba de un detalle superfluo introducido en su día por el general Heye para <embellecer> el uniforme de la Reichswehr. La oficialidad joven con el remoquete de hautana, que era la marca comercial de un sostén femenino muy voceado por la propaganda. Mas en cuanto el Partido y sus ramificaciones adoptaron también el apéndice en sus uniformes, la <hautana> se desprestigió como por ensalmo y en el Ejército comenzaron las gestiones

para darla de baja, aunque siempre sin resultado por la resistencia que la sección de vestuario de la Intendencia oponía a nuestros deseos. Finalmente, como se observase que en la campaña de Polonia la proporción de bajas en la oficialidad había sido excesiva, dispuso el OKH que todos los oficiales de servicio en el frente hasta llegar al grado de mayor prescindiesen de la <hautana>, por cuanto la correa permitía identificarles desde lejos y les exponía preferentemente a los disparos enemigos. Ahora bien; puesto que de ello iba a resultar que los oficiales de los estados mayores quedarían caracterizados por así decirlo como <emboscados>,el Grupo de Ejércitos solicitó la supresión total de la correa. Y en vista de que nuestra petición había quedado sin respuesta, ni cortos ni perezosos, hicimos saber que dentro de la jurisdicción de nuestro Grupo de Ejércitos habíamos dispuesto que todos los oficiales prescindiesen de la correa cruzada, aunque para no invadir la competencia del OKH, ordenábamos al mismo tiempo que todos los funcionarios asimilados a oficiales habrían de seguir usándola. ¡Ahí le dolía! Al cabo de tres días, la <hautana> quedaba suprimida para todos. Por donde se ve que lo importante es saber qué palillo hay que tocar.

Pero solamente en parte puede decirse que nuestro disgusto de aquel invierno estuviese en las vacilaciones de Hitler y en el consiguiente riesgo para la moral de las tropas, que podrían acabar dudando de la sensatez de unas órdenes tan pronto expedidas como retiradas. Como tampoco era lo que más nos amargada entonces la inevitable reflexión de que todo aquel tejer y destejer malograba una gran parte de la labor de adaptación y acoplamiento, singularmente urgente en lo tocante a las divisiones de nueva formación.

El verdadero motivo de nuestra desazón, o, por mejor decirlo, de nestra alarmada preocupación lo constituían más bien otros dos hechos de superior trascendencia.

Era el primero de ellos el rumbo sospechoso que las cosas iban tomando en el aspecto de la relación político-militar y que no admitía otro calificativo que el de <neutralización del Alto Mando del Ejército>. Orientación que yo había de sentir tanto más dolorosamente, cuanto que ya en el invierno de 1937 a 1938 había luchado, en mi calidad de primer jefe de servicios del Alto Estado Mayor y auxiliar de Von Fritsch y Von Beck, por conseguir que al supremo organismo militar mencionado se le asegurase el papel que en la gestión de la guerra le correspondía en el caso de que se llegase a ella.

1. <Etappenhengste>, literalmente: garañones de etapa.

Consitía el segundo serio motivo de disgusto en el hecho de que el Cuartel Genral del Grupo de ejércitos llevaba todo el invierno pgnando en vano para que fuese aceptado por el Alto Mando del Ejército un plan de operaciones que, a nuestro modo de ver, constituía la única garantía de victoria decisiva en el oeste. Un plan que, por cierto, acabó sirviendo de base para la ofensiva en el Oeste a propuesta de Hitler, aunque por entonces el OKH ya me había separado de mi cargo de jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos, sin duda como consecuencia de nuestros insistentes apremios.

Estos dos hechoss, <la neutralización del Alto Mando del Ejército> y <la pugna por imponer un plan de operaciones para la ofensiva en el Oeste>, vienen a resumir en sí los antecedentes históricos de la campaña occidental. El curso ulterior de ella es tan conocido, que no tengo por qué pararme a describirlo. Me limitaré a consignar de él los hechos por mi vividos como comandante general de un cuerpo de ejército.

En todo caso, ¡al <invierno de nuestra desazón> sucedió ciertamente <un espléndido verano>!

4

LA NEUTRALIZACIÓN DEL ALTO MANDO DEL EJÉRCITO

El Cuartel General del Grupo de ejércitos Sur es trasladado al oeste.- Impresiones acerca de la actitud del Alto Mando del Ejército respecto de una ofensiva en el Oeste.- Hitler, Von Brauchitsch y Halder.- El Alto Mando del Ejército preconiza que debemos mantenernos a la defensiva en el oeste después de la victoria sobre Polonia.- Hitler ordena pasar a la ofensiva.- Conflicto entre Hitler y Von Brauchitsch.- La alocución de Hitler el 23 de noviembre de 1939.- ¿Podíamos mantenernos a la defensiva en el Oeste?- ¿Cuál fue el momento en que se dio la primera posibilidad de ofensiva?- Los planes del adversario.- Ofensiva aliada planeada sólo para cuando se hubiese conseguido una superioridad indudable a partir de 1941, y hasta entonces, guerra de desgaste.- ¿podría ungolpe de Estado en Alemania haber anticipado la ofensiva aliada?- ¿Pudo el Alto Mando del Ejército haber mantenido y hecho prosperar sus puntos de vista frente a Hitler?

En general se supone que la anulación del Alto Mando del ejército o de su Alto Estado Mayor como factor decisivo en la dirección de la guerra terrestre arranca del momento en que Hitler tomó personalmente el mando de las fuerzas de la nación y, con él, el del Ejército propiamente dicho, después de haber despuesto al mariscal Von Brauchitsch. Lo cierto es, no obstante, que esta neutralización del Alto Mando del Ejército,o, si se quiere, la exclusión del Estado Mayor General, viene a coincidir con la práctica- bien que en la forma, acaso no todavía- con la semanas inmediatamente siguientes a la campaña de Polonia.

Cuando el 21 de octubre de 1939 recibía yo en Zossen la <orden de marcha Amarillo> del Cuartel General del Grupo de Ejérci-

Tos Sur a cargo ahora del Grupo A para la planeada ofensiva en el Oeste, hube de anotar en mi diario: <Música de fondo: Halder, Stüpnagel y Greiffenberg; bastante deprimente>. Por aquel entonces el jefe del Cuartel General era el general Von Stülpnagel, la mano derecha del jefe del Estado Mayor General Halder, y el coronel Von Greiffenberg desempeñaba el cargo de jefe de la Sección de Operaciones del OKH.

De las manisfestaciones de los tres se desprendía claramente que en aquellas instrucciones de marcha el Alto Mando del Ejército no hacía más que sancionar unos planes de guerra impuestos por Hitler. Era evidnete que aquellas tres figuras del Alto Mando como el comandante en jefe del Ejército se pronunciaban mnetamente en contra de una ofensiva alemana en el oeste. Pero es más; porque de sus manifestaciones se desprendía también que ni siquiera creían que el ejército alemán se hallase en condiciones de alcanzar en le Frente Occidental una resonante victoria. Impresión que trascendía de las mismas instrucciones de avance, según más adelante se verá, y que en las distintas visistas hechas al mando del Grupo de Ejércitos por el comandante en jefe y el jefe del Estado Mayor General habían de verse acentuadas.

Que se podía muy bien discrepar en lo tocante a la oportunidad y perspectivas de éxito de una ofensiva alemana en el oeste – sobre todo, en aquellos días de fines de otoño o del invierno de 1939- era innegable. Mas lo terrible para mí resultaba la comprobación de hasta qué pronto había llegado el Alto Mando del Ejército en la abdicación de sus prerrogativas de caudillaje, ¡en el momento precisamente en que venía de llevar a cabo la campaña más brillante de la Historia alemana!

Verdad es que ya antes- con ocasión de la crisis sudete- había Hitler saltado limpiamente por encima del parecer del Alto Mando del Ejército. Pero entonces se trataba de algo muy diferente: se trataba de tomar una decisión de arácter político y no de una cuestión de mando y competencia netamente militares. La base de las diferencias entre Hitler y el Alto Mando del Ejército, o, por decirlo más concretamente, entre el Jefe del Estado y el del Estado Mayor General, general Beck, no radicaba en quién había de dirigir una operación militar, sino en la cuestión de si una acción militar contra Checoslovaquia daría lugar o no a una contienda con las potencias occidnetales y, en consecuencia, a una guerra en dos frentes, para la que el Ejército alemán no contaba con recursos

suficientes. Y la verdad es que la decisión en este punto compete, si bien se mira, al mando político, que en el caso en cuestión tendría en su mano la posibilidad de conjurar el riesgo de una guerra bifrontal apelando a medidas también políticas. Por eso, si entonces acató el comandante en jefe del Ejército la primacía del mando político, no puede decirse que hizo donación de las atribuciones indeclinables del fuero militar, por más que al obrar como obró se echara sobre los hombros una grave responsabilidad profesional.

En los momentos de la crisis polaca parece que no surgieron discrepancias de esta clase entre Hitler y el Alto Mando del Ejército,o, por lo menos, no trascendieron al exterior. Lo que yo sospecho es que el alto organismo militar, viendo que Hitler no había ido desacertado en sus presunciones de la reacción occidental ante el caso de Checoslovaquia, supuso entonces que también ahora, en la delicada situación del otoño de 1939, iba a repetirse el fenómeno checoeslovaco. En todo caso, quiero suponer que en los días decisivos de finales de agosto el Alto Mando del Ejército tuvo por seguro hasta el último instante- lo mismo exactamente que nosostros, los del Grupo de Ejércitos Sur- que la cosa iría a terminar después de todo por una solución política muy semejante a la convenida en Munich. Por lo demás; tampoco Hitler se había inmiscuido en la dirección militar de la campaña polaca, salvo si acaso al exponer su parecer de cómo habría de organizarse el avance en la Prusia oriental para tomar posiciones, y aun en esto estuvo de acuerdo con él el Alto Mando del Ejército.

Ahora, en cambio, se trataba de algo totalmente diferente. Porque si bien era innegable que la cuestión de si después de la derrota de Polonia deberíamos continuar la guerra y de cómo habríamos de proseguirla resultaban en último término un problema de orientación total de la guerra o de aplicación nacional del recurso bélico, evidentemente privativo de quien, como Hitler, sumaba a su condición de jefe del Estado la de comandante supremo de los Ejércitos; no lo era menos que, supuesta la necesidad de acometer el problema mediante una ofensiva terrestre en el oeste, debería tener el Ejército la primacía en lo de dictaminar acerca de sise cuenta capaz de llevar a cabo dla empresas y acerca del cuándo y el cómo.

Tres puntos de indudable competencia militar, en los que Hitler, sin embargo, había puesto al OKH ante el hecho consumado de una decisión, al comunicarles, el 27 de septiembre, a los comandantes de los tres ejércitos- sin haber consultado previamente al comandante en jefe del Ejército- la que había adoptado de pasar a

la ofensiva en occidente antes incluso de que se terminase el otoño de 1939 y violando, para colmo, la neutralidad de Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Y que la decisión era forme, lo demuestra el hecho de que inmediatamente la tradujese en las correspondientes órdenes del Alto Mando de la Wehrmacht de 9 de octubre de 1939.

Por lo que yo pude deducir de los comentarios de los tres citados altos cargos al recibir las <órdenes de marcha Amarillo> el 21 de octubre de aquel año, el Alto Mando del Ejército se había resignado y pasado por semejante capitis diminurio, limitándose a formalizar y cursar las instrucciones para una ofensiva que ni antes ni entonces merecía su aprobación, puesto que ninguno de los dirigentes del Estado Mayor del Ejército esperaba que la ofensiva fuese a tener éxito, por lo menos en el sentido decisivo propuesto. Por cierto que había que reconocer que, atendida la proporción de fuerzas enfrnetadas en el Frente Oeste, no les faltaban motivos de recelo.

De todo ello saqué la conclusión de que en aquel caso el OKH había dimitido sencillamente de su condición de órgano responsable de la defensa patria, para allanarse a la función de mero ejecutor técnico.

En el mejor de los casos, podíamos tener por seguro que había sobrevenido lo que en su día habíamos tratado de evitar el coronel general Bck y yo, al aconsejar, una razonable centralización en guerra. Habíamos preconizado entonces la creación de un organismo o cargo que tuviese la responsabilidad de informar con carácter exclusivo al Jefe del Estado en lo tocante a la gestión militar de la guerra, tanto en relación con el Ejército como con la manera de esgrimir el recurso bélico. Nuestro consejo era que, por lo menos hasta el momento en que en tierra se alcanzase un resultado decisivo, o el comandante de la Wehrmacht simultáneamente las funciones de comadante de la Wehrmacht, o bien un jefe del Estado Mayor del Reich responsable de la estrategia de la Wehrmacht habría de decidir al mismo tiempo la del Ejército. Lo que a toda costa había que evitar, era que se diese el caso de que dos Estados Mayores Generales, el de la Wehrmacht y el del Ejército, se injiriesen en la estrategia de este último, como exactamente estaba sucediendo ahora, pues no había hecho Hitler otra cosa que disponer, mediante aquellas órdenes del Alto Mando de la Wehrmacht, qué operación tenía que efectuar el Ejército y cuándo y cómo. Únicamente se le reservaba al mando profesional la labor de redactar y dar forma a unas disposiciones, tanto si las estimaba acertadas como si no. En una palabra, el comandante en

jefe del Ejército había descendido prácticamente de la dignidad de consejero militar del Jefe del Estado, a la función de colaborador subalterno. Circunstancia que había de tardar bien poco en quedar más de manifiesto todavía al surgir Noruega como <escenario de guerra del Alto Mando de la Wehrmacht>.

Si ahora se me pregunta cómo se pudo llegar a una tal postergación del Alto Mando del Ejército, diré que la respuesta puede hallarse tanto en el terreno de lo personal como en la manera en que fue tratada la cuestión de la guerra después de la derrota polaca

Hitler, Von Brauchitsch y Halder

La raíz de toda esta progresiva deformación estaba en la personalidad de Hitler, en su desenfrenado afán de poder y en el endiosamiento que de él se había apoderado a consecuencia no ya de sus innegables triunfos políticos, sino, sobre todo, de la servil adulación de las eminencias grises de su Partido y de ciertos personajes de su predilección. Por si algo le faltase para dejarse arrastrar de su propensión absorbente, el hecho de que encarnase en su persona la condición de Jefe de Estado y la de comandante supremo de la Wehrmacht vino a colmar su privilegiada situación con respecto a unos contrincantes militares que virtualmente se hallaban a sus órdenes. Añádase a esto la notable habilidad que tenía para esgrimir contra los militares objetantes argumentos políticos y económicos que ellos no podían desvirtuar así de pronto, ni a la larga podrían repudiar sin arrogarse facultades de apreciación reservadas al estadista. Hasta podríamos afirmar, sin incurrir en sutileza, que fue justamente el ansia de dominio lo que impulsó a Hitler a usurpar las funciones de mariscal para incorporarlas a las de Jefes de Estado y caudillo político. En tal sentido considero y estimé entonces muy sintomática una conversación que con él sostuve en el año 1943. Se trata de una de las varias ocasiones en que miré de persuadirle a que nos procurarse una razonable organización del sitema de manod militar, lo que en la práctica equivalía a rogarle que designase la dirección personal de las operaciones militares en manos de un jefe de estado Mayor General. Encareció entonces Hitler la poca gracia que la hacía <jugar a los mariscales> (pese a que indudablemente la seducía el renombre de genio militar), concediendo que si lo hacía era tan sólo por lo que como poder significaba la falcultad de imponer su voluntad y autoridad a todos. Era un hombre que

sólo en el poder creía y que lo personificaba en su voluntad omnímoda. Tampoco parece temerario suponer que, juntamente con estos mótivos, pueda haber tenido su importancia en la actitud de Hitler el recelo de que los laureles cosechados por los generales en la campaña de Polonia. Por lo que muy bien podría haber tratado de curarse en salud para la campaña occidental, anulando de antemano dictatorialmente al Alto Mando del Ejército.

Este hombre de incoercibles apetencias avasalladoras, que al mismo tiempo gozaba de una privilegiada inteligencia y carecía totalmente de escrúpulos, sólo tenía enfrente a generales como Von Brauchitsch y Halder, legalmente obligados a acatar su imperio de jefe supremo, consagrado además como Jefe de estado por el refrendo popular.

En tales condiciones, la lucha siempre hubiera resultado desventajosa para ellos, por muy otras que hubiesen sido sus facultades como antagonistas militares de Hitler.

Era sin duda un soldado bastante capaz el que había de llegar con el tiempo aser el mariscal de campo Von Brauchitsch. Reconozco que en la carrera como oficiales de Estado Mayor y como generales, que juntos habíamos hecho bajo la dirección de los generales, que juntos habíamos hecho bajo la dirección de los generales barón Von Hammerstein y Adam, quizá no habría llegado a contarse en el grupo de los mejores, constituido por nombres como los del barón Von Fritsch, Beck, Von Rundstedt, Von Bock y Ritter von Leeb; pero lo que no puede negarse es que les seguía inmediatamente y que, como los hechos han demostrado, reunía todas las condiciones requeridas para mandar el Ejército.

Por lo que a su carácter toca, no hay duda de que era persona nada vulgar en su manera de vivir y de concebir la vida. Como tampoco me atrevería a negarle fuerza de voluntad, aun cuando por lo que pude colegir se tradujese en él más bien en forma negativa de obstinación que no en la positiva de voluntad creadora. Las decisiones prefería adoptarlas o patrocinarlas a tomarlas por sí mismo e imponerlas. A veces incluso las esquivó, en la esperanza de eludir así una pugna para la que no se sentía muy seguro. En algunos casos, y aún diría que con frecuencia, Brauchitsch luchó bravamente en defensa de los intereses del Ejército, como lo hizo, por ejemplo, para conseguir la rehabilitaciónpública del coronel general barón Von Fritsch, aun cuando sabía perfectamente que esta pretensión suya le indisponía seriamente co Hitler. La misma orden del día que hizo publicar con motivo de la muerte de fritsch constituía todo un sín-

toma de entereza. Y, sin embargo, en el fondo no era hombre de temperamento pugnaz, de esos que gustan de probar en la balanza de la polémica el peso de su prestigio para imponer a todo trance su criterio. No he de negar que el coronel general Von Beck se mostró, en conversación conmigo, muy dolido de que Brauchitsch no le hubiese secundado sino con muchas reservas en la cuestión de la crisis checa, al presentar fríamente el punto de vista del Alto Mando del Ejército y dejarle a él en la estacada. No faltan tampoco quienes, como el ex embajador en Roma Von Hassel, censuran la vacilación de Brauchitsch en la cuestión de proceder contra Hitler por la violencia, aunque a éstos habría que oponerles lo siguiente que una cosa es que un político se ponga a urdir tranquilamente conspiraciones en su despacho cuando ya no se tiene responsabilidad ninguna (como le sucedía entonces a Von Hassel), y otra muy distinta lanzarse como comandante en jefe del Ejército a ejecutar un golpe de Estado que en tiempo de paz puede suscitar la guerra civil y en el de guerra, ponerle al enemigo la victoria en la mano.

De modales elegantes y de figura francamente aristocrática, el Mariscal de campo Von Brauchitsch se distinguía por la dignidad de su porte. Era correcto y cortés, incluso amable, por maás que no siempre dejase esta amabilidad suya la impresión de ordial interés. Que así como su íntima contextura carecía del dinamismo apasionado, de la combatividad que intimidase o al menos pusiese en guardia al adversario, así tampoco daba la impresión de una personalidad irresistible y fecunda. Con él se tenía más bien la sensación de hallarse ante una persona algo fría y reservada, y aun a menudo parecía adolecer de cortedad y es bien seguro que pecaba de susceptible. Con tales cualidades se explica que pudiese ganarse la adhesión de sus más inmediatos colaboradores, que sabían apreciar al <gentleman> que en él había, mas no bastaban para asegurarse la plena confianza de sus fuerzas como la había disfrutado el coronel general barón Von fritsch, ni, menos, para imponer respeto a un hombre de la condición de Hitler. Cierto que el general Von Seeckt era más frío aún y que se mantenía más distante. Sólo que en él pronto se echaba de ver la íntima energía, la voluntad férrea, la vitalidad recóndita que le convertían en <jefe> nato. Ninguna de estas cualidades le había sido otorgada al mariscal von Brauchitsch, puesto que también carecía de aquella campecharía castrense que al coronel general Von fritsch- prescindiendo de sus altas dotes militares- le había ganado el corazón de sus soldados.

Mas volviendo a las realciones del mariscal Von Brauchitsch con Hitlr, permítaseme que insista en mi convicción de que tuvo que salir destrozado maralmente de su lucha con la voluntad

avasalladora y brutal de este hombre. Ni su idiosincrasia, en efecto, ni su cuna, ni su educación podían procurarle armas adecuadas para luchar con él en el terreno a donde le llevaba sin reparos, prevalido de su incontrastable situación de Jefe del Estado, su despiadado contendiente. Brauchitsch tenía que rumiar en silencio su amargura y su indignación tanto más cuanto que dialécticamente no podía medirse, ni mucho menos, con Hitler. Y así iba desmoromándose interiormente, hasta que una corazonada le salvó de la extrema sumisión, llevándole a presentar la dimisión, que a Hitler le vino entonces a pedir de boca.

Es de justicia añadir que desde el primer momento tenía que hallarse Brauchitsch en posición más desfavorable respecto de Hitler que sus predecesores en el cargo. En primer lugar, porque desde el cese de Blomberg como comandante general de los Ejércitos, Hitler había pasado de Jefe del Estado también a Jefe militar Supremo, y, por tanto, a superior de todos losm ilitares. Que esta había sido, ni más ni menos, la última puñalada asestada al Ejército por el ministro de la Guerra Von Blomberg al propornerle a Hitler que se hiciese cargo del alto mando de todas las fuerzas. Bien es verdad que uno no puede estar muy seguro de que la misma idea no se le hubiese ocurrido al dictador sin necesidad de mayores estímulos.

Pero la principal desventaja de Brauchitsch respecto de sus colegas anteriores estaba en que al tiempo de pasar él a desempeñar el cargo, la actitud de Hitler para con el Ejército y especialmente respecto del Alto Mando del mismo no era ya la de los años precedentes. Al comienzo de su etapa de gobierno, el dictador todavía se había conducido con una especie de tacto respetuoso, con miramientos que delataban acatamiento a unas facultades profesionales supuestas, y esta actitud fue la que observó siempre, por ejemplo, con el mariscal Von Rundstedt, a pesar de haberle depuesto dos veces durante la guerra.

Dos eran los principales motivos que ya en el curso de los últimos años de paz habían llevado a Hitler a cambiar de postura para con el Ejército.

Ante todo, el reconocimiento de que bajo el mando del coronel general barón Von Fritsch (como también bajo el de Von Brauchitsch), el Ejército se aferraba a sus conceptos tradicionales de sencillez y caballerosidad y a su peculiar idea del honor militar. De

aquí seguía que tan seguro comoera en su lealtad para con el Estado,lo era el Ejército en su resolución de no permitir que nadie echase por la borda sus tradiciones castrenses a beneficio del <ideario nacionalsocialista>; lo que indudablemente habría de hacerle más popular en vastas esferas de la opinión pública. Y si al principio aún había desechado Hitler las recelosas insinuaciones y las insidias que contra los altos jefes militares iban llegándole de las camarillas del Partido no podía dejar al fin de producir sus frutos la sistemática intriga contra el Ejército, en cuya gestación tucieron nuena parte personajes como Goering, Himmler y Goebbels. El mismo ministro de la Guerra del Reich Von Blomberg, contribuyó- bien que indeliberamente- a atizar la desconfianza de Hitler, al acentuar con imprudente celo su empeño de <convertir el Ejército al nacionalsocialismo>. El resultado de esta intriga difamatoria acabó por ponerse de manifiesto en un discurso inverecundo que en la primavera de 1939 pronunció Goering en su calidad de presunto<oficial decano de la Wehrmacht> ante un auditorio de jefes militares. Tuvo la desfachatez de reprocharle en aquela catilinaria al Ejército- en contraste con los otros dos integrantes de la Wehrmacht, la Aviación y la Marina- su anquilosado tradicionalismo y su renuencia a plegarse al sistema nacionalsocialista. Fue aquel un discurso por el que no debiera haber pasado en modo alguno el coronel general Von Brauchitsch, que no obstante pareció sancionarlo con su muda presenia al acto.

El seguido aspecto que dificultaba las relaciones del Alto Mando del Ejército con Hitler consistía en lo que más tarde habría de calificar éste con la frase consagrada de <los eternos peros de los generales>, cuando no se le ocurría aplicar a la cosa denomminaciones más mortificantes. Con ello se aludía primeramente a la actitud del Ejército con respecto al ritmo del rearme, cuya excesiva celeridad se estaba logrando a expensas de la calidad de las tropas y razonablemente debía moderarse. Iba a continuación implicada en <los peros de los generales> la arrogancia con que Hitler alardeaba de haber obtenido todas sus victorias político-internacionales a contrapelo de sus generales, aquejados siempre de angustiosa timidez. A propósito de lo cual, conviene puntualizar que el general barón Von Fritsch, o sea, el Alto Mando del Ejército, no había puesto reparos, según se desprende de la obra del general Hossbach. Zwischen Wehrmacht und Hitler (Entre la Wehrmacht y Hitler), al parecer de Hitler ni en el caso de la implantación del servicio militar obligatorio, ni en el de la ocupacion de la zona renana.

Como tampoco se los había puesto el general Beck (en ausencia de Brauchitsch, que se hallaba en Berlín) a la decisión hitleriana de intervenir en Austria. Sólo el ministro de la Guerra, Von

Blomberg, se permitió cierta oposición inicial a la introducción del servicio militar obligatorio por las repercusiones exteriores que de ello recelaba, aunque bien pronto desistió de sus objeciones. Y él fue también quien con ocasión de la ocupación renana dejó al buen criterio de Hitler- sin previo conocimiento del Alto Mando del Ejército- el retirar las guarniciones de la orilla izquierda del Rin en cuanto los franceses hubieron dispuesto la movilización parcial. El hecho de que Hitler estuviera luego a punto de seguir el consejo de Blomberg y sólo le contuviera la observación del ministro de exteriores,barón Von Neurath, de que había que dominar los nervios, pudiera explicar su resentimiento con los generales, estimulado por el recuerdo de la crisis de pánico en que le habían puesto. Por lo demás, si el Alto Mando del Ejército insistió con frecuencia durante los años del rearme en que las fuerzas no se hallaban todavía debidamente preparadas para la guerra, no veo por qué había de reprochársele que cumpliese con su deber, y menos cuando Hitler lo reconocía así, siquiera no fuese más que en el terreno oficial. Pero, en fin, concedemos incluso que también estas admoniciones concurrieran a reforzar su aversión al Alto Mando del Ejército. Lo cierto es que la oposición expresa y manifiesta contra los planes político-internacionales de Hitler tuvo su primera expresión con motivo de aquella conferencia del 5 de noviembre de 1937 con el ministro del Exterior y los Comandnates de los tres ejércitos de la Wehrmacht, en la que el primero reveló sus intenciones con salieran al paso las objeciones y reparos de Von neurath, del ministro de la Guerra Von Blomberg y del comandante en jefe del ejército, barón Von Fritsch, no hubo dejado de influir en su ánimo y de llevarle a la decisión de desembarazarse cuanto antes de sus incómodos mentores.

Es opinión muy extendida actualmente la de que la actitud resignada del generalato ante la deposición del coronel general barón Von Fritsch fue lo que persuadió a Hitler de que en adelante ya podía permitírselo todo con el Alto Mando del Ejército, y yo no voy a discutir que el dictdor pudiera haberse hecho tal reflexión. Lo que sí diré es que si Hitler lo supuso así; equivocado iba en la apreciación de los sentimientos del ando militar. La actitud adoptada entonces por los generales del ejército no nacía de apo-

camiento, sino que era una consecuencia de la ignorancia en que estaban de las concomitancias de la intriga y lo era también de la incapacidad del militar honesto para maliciarse y prever a tiempo los ardidos delosos de una maniobra inesperada en un Jefe de estado. Además de que en tales circunstancias se veían prácticamente imposibilitados de recurrir a un golpe de estado basado tan sólo en la deposición.

Por último, lo de que los antes mencionados personajes del Partido y otros aludidos nominalmente seguían recitándole a Hitler el consabido estribillo de <los eternos peros de los generales a sus grandiosos proyectos>, es cosa que ya nadie pone en duda.

De donde resulta que ya desde el principio fue la situación del coroel general Von Brauchitsch respecto de Hitler sumamente difícil. Pero todavía vino a hacerla más precaria el hecho de que, apenas posesionado de su nuvo cargo, accediese a contemporizaciones tales como la de disponer el cese injustificado de generales meritorios y a nombrar jefe de la Sección de personal del Ejército al hermano del general Keitel. Que por ahí por donde empezó a perder terrreno.

De consecuencias fatales para el Alto Mando del Ejército en sus relaciones con Hitler, lo fue asimismo el que éste viese confirmados sus audaces vaticinios y desautorización al mismo tiempo los augurios pesimistas de sus generales por la transigencia o allanamiento de los occidnetales. Al sacrificarle entonces a Hitler su jefe del Estado Mayor Beck, no hacía Brauchitsch otra cosa que condescender peligrosamente y acabar de poner en evidencia la propia debilidad.

La segunda personalidad que, eliminando Beck como figura decisiva en el Alto Mando del Ejército, pasaba a enfrentarse con Hitler, o sea, el que con el tiempo habría de llegar a coronel general Halder, era hombre que en lo militar nada tenía que envidiarle al mariscal Von Brauchitsch. Los dos colaboraron, efectivamente, en estrecha compenetración y casi me atrevería a afirmar rotundamente que ninguna propuesta operativa de Halder dejó de merecer la más sincera aprobación de Von Brauchitsch. Como la mayoría de los oficiales procedentes del estado mayor bávaro, Halder dominaba todas las ramas de la técnica polifacética de los diplomados en grado sobresaliente, además de que era un trabajador infatigable, orientado seguramente por la axiomática afirmación de Moltke de que <no hay más genio que la asiduidad>. Le faltaba, eso sí, casi por completo el quid divino del instinto bélico, que las

de caracterizar al auténtico mariscal. En cambio, es bien sintomático de su alto sentido de responsabilidad el hecho de que antes de la campaña de rusia dispusiese la elaboración de un <concienzudo> plan de operaciones a base de estudios de los jefes de los Grupos de Ejércitos y del de la Sección de Operaciones, general Paulus. Bien mirado, sin embargo, lo razonable

parece que sería que concibiese el plan operativo a grandes rasgos el cerebro que ha de llevarlo a la práctica. En lo tocante a elegancia no podía el aspecto de halder competir con el de Brauchitsch, bien que en el más positivo terreno de la exposición de problemas profesionales haya que reconocerle la excelente condición de una insobornable objetividad. Yo mismo he sido testigo de la intrépida franqueza con que defendía ante Hitler los propios puntos de vista, del apasionado ardor que ponía en reivindicar para las tropas lo que a éstas correspondía y de su sincera contraridad cuando imparcialidad no era cosa para indebida. Y es que la honrada imparcialidad no era cosa para impresionar a un Hitler, al que tenía sin cuidado el mayor o menor celo de un jefe para sus soldados.

A mi modo de ver, la tragedia de Halder estuvo en la íntima discordia de su voluntad. Ya cuando pasó a ocupar el puesto de Beck era un enemigo declarado de Hitler, según se desprende de la obra de walter Görlitz Der Deutsche generalstab (El Estado Mayor General alemán), en la que puede leerse que al posesionarse de su cargo le manifestó Halder a von Brauchitsch que lo hacía sólo para poder contrarrestar la política belicosa de Hitler. Por lo visto, varías veces llegó a planear el derrocamiento del dictador, con más o menos probabilidades prácticas de éxito, que esto ya es difícil de escudriñar.

Por otra parte, Halder era el jefe del Estado Mayor General alemán y aún del de Hitler más tarde, luego que éste hubo pasado a comandante supremo del Ejército. Y si a un político acaso se le disculpe la duplicidad de asesor responsable y conspirador al mismo tiempo, hay que reconocer que los militares no suelen adaptarse a estos papeles ambiguos. Sobre todo en la tradición alemana apenas podría concebirse un jefe del Estado Mayor General que no secondujese lealmente con su superior. Incluso si hacemos caso omiso del peso de esta tradición para imaginar, que el comportamiento de Hitler pudiera justificar la conspiración en tiempo de paz del jefe del Hitler pudiera justificar la conspiración en tiempo de paz del jefe del Estado Mayor para derrocar al Jefe del Estado y comandante supremo de las fuerzas nacionales, tendremos que en período de guerra este doble juego llevaría al conspirador a un dilema insoluble. Por-

que, en su calidad de jefe del Estado Mayor, Halder tendría el deber de procurar por todos sus medios la victoria del ejército cuya dirección le estaba encomendada, o sea, la obligación de coadyugar al éxito de las empresas militares de su jefe. Mas bajo el segundo aspecto de su papel no podría en modo alguno desear el triunfo del hombre cuyo derrocamiento perseguía. A mí no me cabe la menor duda de que Halder, ante este dilema terrible, optó siempre por el pleno y concienzudo cumplimiento de su deber militar de servir lealmente al Ejército alemán en sus arduas luchas. Que no solamente el patriotismo y el sentimiento de solidaridad con los compañeros combatientes lo deandaban así, sino que también concurría a ello la conveniencia de su segundo papel, por lo que a todacosta había de tratar de mantenerse en un cargo en el que esperaba que algún día habría de ofrecérsele ocasión de abatir a Hitler. Para lo cual forzosamente había de pasar por las decisiones militares que la eran impuestas, por más recusables que le pareciesen. Creo, pues, que se mantuvo en primera fila porque creía que persistiendo en el puesto de jefe del Estado Mayor General podría preservar mejor al Ejército de las consecuencias de la obcecación militar de Hitler. Esto sólo podía conseguirlo, es claro, al precio de cumplir unas órdenes con las que no estaba de acuerdo. Y fue en esta íntima pugna en la que Halder se consumió y acabó fracasando. De lo que no hay duda es de que este general se aferró tanto al cargo por el bien de la Causa y no por mezquino egoísmo personal.

He tratado de describir los dos personajes en cuya etapa de mando tuvo lugar en el otoño de 1939 lo que apenas admite otra calificación que la de <emasculación del Alto Mando del Ejército>. Creo que bastará con lo que dejo dicho para que el lector pueda darse cuenta de que ninguno de estos dos soldados- en sí tan meritorios- podía medirse con un hombre de la catadura de Hitler, y comprenda asimismo las razones de su impotencia. Con todo, la relegación del Alto Mando militar a una función meramente ejecutiva justamente en el momento en que venía de lograr una victoria magnífica en Polonia, tiene también su profunda raíz en la manera en que fue tratada la cuestión de la prosecución de la guerra tanto por parte de Hitler como del Alto Mando del Ejército.

Lo mismo antes de la guerra que al comienzo de ella, había sido cosa sobreentendida el que por parte alemana habríamos de antenernos exclusivamente a la defensiva. ¿Quién hubiera esperado que las potencias occidentales fuesen a dejar a Polonia en el atasco tan ignominiosamente como la dejaron, después de haberle

ofrecido una solemne garantía? Porque de su débil avance por la zona neutra de la explanada anterior del bastión occidental, en el sector del Sarre, inmediatamente seguido de una retirada a territorio francés, mal podía recelarse la preparación de una gran ofensiva como la dispuesta más tarde.

Si en la segura creencia de que habría de producirse, sólo hubiéramos podido esperar a ver si conseguíamos detenerla en nuestras fortificaciones occidentales o pasar al contraataque con las fuerzas disponibles de Polonia en el caso de que la ofensiva hubiese progresado por Luxemburgo y Bélgica en dirección al Ruhr; la situación que ahora resultaba del retraimiento de las potencias occidentales era totalmente nueva. Ni aun teniendo en cuenta la metódica parsimonia del mando francés y la flema británica era de esperar que se lanzasen a una ofensiva en el preciso momento en que, derrotada Polonia, podía Alemania volver todo el peso de sus efectivos sobre occidente. Ahora, bien, la suerte de Polonia había quedado decidida en todo caso el 18 de septiembre por la batalla del Bzura y la violación de la frontera oriental de dicho país por las fuerzas soviéticas efectuada días antes. De suerte que el cambio de impresiones entre Hitler y el comandante supremo del Ejército sobre la cuestión de cómo habríamos de proceder en adelante en occidente debiera haber tenido lugar a más tardar por aquellos días. No obstante, por lo que puede colegirse de cuanto hasta la fecha va publicado 8ante todo, de las obras del general Lossberg, primer oficial entonces del estado Mayor del Alto mando de la Wehrmacht, y de las del consejero ministerial Greiner, que llevaba el diario de aquel organismo), no ha habido tal consulta.

Cabe suponer en esto que la reacción consiguiente a la espléndida victoria de Polinia y a la inesperada cautela de los occidentales pudo ser muy distinta en Hitler y en los dirigentes del Alto Mando del ejército. El que el Ejército francobritánico no pasase a la ofensiva en occidente debió ser para el primero un síntoma de flaqueza tan acusada que a gritos reclamaba la inmediata ofensiva alemana, mientras que los resultados fantásticos de la campaña polaca persuadían a Hitler de que el Ejército alemán era capaz de todo, y poco menos que invulnerable. El OKH, en cambio, andaba muy lejos de compartir la última opinión, como más adelante se verá, y tampoco de las reservas de las potencias occidentales infería necesariamente un estado de apocamiento, antes suponía que habrían entrado en guerra para cubrir las apariencias y que, en consecuencia, no habría de resultar imposible acabar por llegar a

un acuerdo con ellas. Posiblemente en el caso del general Halder no anduvo muy lejana la presunción de allanar el camino para un acuerdo con las potencias occidentales mediante el derrocamiento de Hitler, en cuyo supuesto una ofensiva alemana en aquel frente y circunstancias no podría estar más fuera de lugar.

Pero como quiera que fuese, el OKH siempre podía alegar que hasta entonces nunca había planteado Hitler la cuestión de una ofensiva en occidente, ni siquiera después del avasallamiento de Polonia. De ello tuve yo una prueba inequívoca en el invierno de 1939 a 1940. Con ocasión de haber dado nuevamente Hitler la consigna preventiva de reanudar los preparativos para la marcha a los puntos de concentración, se presentó en mi despacho el jefe de la flota aérea, general Sperrle, a decirme que sus agrupaciones no podían despegar de los terrenos de la aviación reblandecidos. Y como objetase yo que en los meses anteriores le había sobrado tiempo para construir pistas de despegue firmes, Sperrle repuso Hitler había prohibido rigurosamente toda clase de obras para una ulterior ofensiva. Lo mismo cabe decir de la fabricación de municiones, que no había alcanzado el volumen de producción posible y razonable para el caso de que se hubiese previsto una ofensiva en el oeste.

A buen seguro que el Alto Mando del Ejército se debió figurar que semejante apreciación hitleriana era inamovible, y aquí es donde se engañó: en la manera de enjuiciar la mentalidad de Hitler. Por lo que Greiner nos refiere, el OKH había dispuesto ya durante la segunda mitad de septiembre y cuando la decisión en Polonia parecía inminente, que el general Heinrich Von Stüpnagel llevase a rabo un estudio acerca de la continuación de la guerra en Occidente. En él declaraba su autor en conclusión que el Ejército alemán no estaría en condiciones materiales de abrirse paso a través de la línea Maginot antes del año 1942, pues que la posibilidad de sortearla atacando por Bélgica y Holanda no siquiera la había tomado en consideración en vista de las recientes declaraciones del Gobierno del Reich encareciendo su respeto para con la neutralidad de estos países. Habida cuenta, pues, de las conclusiones del estudio en cuestión y de la ya mencionada actitud de Hitler, sólo cabe suponer que el Alto Mando tuvo por segura la prolongación del estado defensivo en occidente y tomó las oportunas medidas de reforzamiento de la organización militar defensiva en aquel frente, una vez terminada la campaña de Polonia, sin siquiera recabar previamente el asenso expreso de Hitler, que daba por supuesto.

En una situación totalmente nueva como era la consiguiente al derrumbamiento completo de Polonia, semejante manera de proceder equivalía en la práctica a que el Alto Mando cediese a Hitler la iniciativa de ulteriores planes posibles. Lo cual no constituía ciertamente el mejor camino para que un mando militar se asegurase la preponderancias en la prosecución de la guerra, fuese cual fuese la posibilidad que de ello se presentase; además de que tampoco podía estimarse la conclusión de aquel estudio como una solución de la cuestión de reorientación de la guerra. Porque si había que esperar hasta 942 para forzar la línea Maginot, todo hacía presumir que entre tanto habrían anulado también las potencias occidentales la ventaja que Alemania les llevaba en armamento. Sin contar- dicho sea de paso- con que de la ruptura de la línea Maginot tampoco cabía esperar nunca una consecuencia militarmente decisiva, desde el momento en que el enemigo contaba ya en 1939 con 100 divisiones disponibles, a las que habría de dejar fuera de combate. Ni siquiera suponiendo que en la misma defensa de la línea de cuestión comprometiese grandes contingentes, habrían de concedérsele menos de unas 40 a 60 divisiones restantes como reserva operativa, suficientes para remediar en el acto la más ancha brecha que pudiéramos abrir en su sistema de fortificaciones. Con lo que la lucha hubiera degenerado seguramente en una indecisa guerra de trincheras, muy distinta de cualquier razonable ambición del mando alemán.

Claro está que tampoco hemos de suponer que el coronel general Von Brauchitsch y su jefe de Estado Mayor se hicieran la ilusión de que iban a mantenerse eternamente a la defensiva. Lo que ya no parece descabellado es que concibieran la esperanza de que todavía podría llegarse a un arreglo con los occidentales, o la de que éstos acabasen por tomar la iniciativa del ataque. En cuanto a la primera posibilidad, no les quedaba más opción que la de esperar a que los poderes competentes actuasen, mientras que la hipótesis de una ofensiva iniciada por los occidentales había de demostrarse ilusoria, como más adelante se verá. En realidad la situación era tal que desde el punto de vista militar puede afirmarse que si hasta la primavera de 1940 había sido prematuro esperar que una ofensiva alemana en el oeste pudiese verse coronada por el éxito, fue también aquella primavera el último instante en que pudimos abrigar semejante esperanza.

Según referencia de Greiner, Hitler no llegó en verdad a tener conocimiento de la memoria del general Stülpnagel, por más que

indudablemente estaba bien enterado de que el Alto Mando del Ejército quería seguir manteniéndose a la defensiva en el Frente del Oeste. Así las cosas, en lugar de proceder a un oportuno cambio de impresiones acerca de la ulterior orientación de la guerra, que en modo alguno debió haberse dejado para más allá de mediados de septiembre, sobrevino de pronto el fait accompli ante el cual puso Hitler al comandante en jefe del Ejército con su decisión del 27 de dicho mes y las consiguientes instrucciones del Alto Mando de la Wehrmacht de fecha 9 de octubre. Sin haber consultado previamente al comandante en jefe del Ejército, daba de esta suerte no solamente la orden de pasar a la ofensiva en el oeste, sino que disponía además el cómo y el cuándo, pese a que sobre tales circunstancias nunca hubiera debido tomar una resolución sin el concurso previo del legítimo asesoramiento militar. Pero no se paraba él en semejantes consideraciones, antes apremiaba para que la ofensiva fuese iniciada a la mayor brevedad y, en todo caso, en el curso del otoño de 1939. En este aspecto puntualiza el general Lossberg que Hitler fijó la fecha del 15 de octubre como la de máxima tolerancia. Un plazo que- hasta en el supuesto de que las condiciones técnicas de los transportes lo consintiesen- presupondría la retirada de Polonia de todas las agrupaciones de tanques y de la Luftwaffe a más tardar al término de la batalla de Bzura; lo cual en sí no hubiese sido imposible, por cierto. De antemano, además, había dispuesto y fijado la forma en que habría de llevarse a efecto la operación, o sea, esquivando la línea Maginot a través de Bélgica y Holanda.

Se le reservaba, por tanto, al comandante en jefe del Ejército la parte estrictamente técnica de ejecución de una operación para la cual no se le había pedido el reglamentario parecer y a la que ni siquiera podía conceder probabilidades de éxito decisivo, al menos en el otoño de 1939.

Si ahora se me preguntase cómo pudo el comandante en jefe del Ejército tolerar semejante postergación en sus funciones al pasar por la caprichosa decisión de Hitler, diría que acaso en la obra de Greiner, Die Oberste Wehrmachtführung, pudiese hallarse la respuesta acertada. Opina este autor que el coronel general Von Brauchitsch pensó que una oposición inmediata resultaría ineficaz, si no contraproducente, opinión que también comparte el general Von Lossberg basado en su conocimiento de Hitler y de su postura en aquellos días. En cambio- sigue opinando el primero de los autores-, si Brauchitsch se mostraba transigente en principio, podía

cederle la esperanza de llegar disuadir a Hitler de su propósito o la de aprovechar las dificultades meteorológicas, que en los últimos días del otoño y durante el invierno saldrían al paso de la ofensiva, para diferir ésta hasta la próxima alguna posibilidad de avenencia.

Si en realidad fueron estas las presunciones del comandante en jefe del Ejército y de su jefe de Estado Mayor, hay que reconocer que en lo referente a la influencia meteorológica no anduvieron descaminados.

Por el contrario, la esperanza de conseguir <aspear> a Hitler de una resolución del alcance de aquella, ni aun apelando a comisionar para los primeros contactos al general Von Reichenau, como inmediatamente lo hizo el Alto Mando, la considero harto ingenua, salvo en el supuesto de que este superior organismo tuviese otra solución mejor que proponerle.

Porque una posibilidad de poner entonces término a la guerra por vía pacífica de avenencia tampoco se presentó, y bien rotunda fue la recusación de la oferta de paz que Hitler hizo a las potencias occidentales inmediatamente después de la campaña de Polonia. Aunque tampoco Hitler se hubiera hallado dispuesto entonces a una solución razonable de la cuestión polaca que permitiese llegar a una transacción con los occidentales, ni, por otra parte, se podía concebir apenas ninguna después que la Unión Soviética se había engullido la mitad oriental de Polonia. Pero es más, resulta sumamente dudoso que en tales circunstancias lograse Alemania, aun sin Hitler, dar con la fórmula de una paz honorable para ella. Y en el supuesto afirmativo, ¿cómo derrocar a Hitler en el momento culminante de su carrera? En el caso, en efecto, de que el general Halder, en octubre de 1939 pensara nuevamente en marchar con el Ejército sobre Berlín, sólo se me ocurre pensar que difícilmente hubiera contado ni siquiera con tantos adeptos entre las fuerzas nacionales como en el otoño de 1938, antes de las victorias de Polonia.

Tenemos, pues, que por de pronto se allanó Von Brauchitsch al parecer de Hitler y que el Alto Mando del Ejército formuló las <instrucciones de marcha Amarillo> siguiendo fielmente las directrices por aquél señaladas. Mas, a continuación, el comandante en jefe del Ejército ya el 27 de octubre demandaba de Hitler, secundado según Greiner hasta que las condiciones atmosféricas les fuesen militarmente más propicias, o lo que es igual, hasta la primavera de 1940. Coincidía esta solicitud con la gestión días antes llevada a cabo

-también según Greiner- cerca del jefe del Estado por el general Von Reicherau, seguramente por sugestión de Von Brauchitsch, implícitamente de acuerdo con todos los mandos superiores del Frente Occidental. Sin rechazar de plano las consideraciones que en pro del aplazamiento se le hacían, mantuvo Hitler, sin embargo, la fecha del 12 de noviembre, ya por él señalada el 22 de octubre, como la de máxima tolerancia para iniciar la ofensiva.

De nuevo volvió aún el comandante en jefe del Ejército a probar fortuna con Hitler el 5 de noviembre en su intento de traerle al aplazamiento solicitado, por ser el 5 la fecha en que había de darse la consigna para iniciar las marchas de concentración si el ataque fuese a comenzar realmente el 12 de noviembre.

En aquella entrevista, cuyo resultado se conoce a pesar de que no tuvo testigos, puesto que Keitel sólo más tarde acudió, según consigna Greiner, fue en donde yo sospecho que se produjo entre Hitler y Brauchitsch una escisión irreparable. Por lo que Greiner dice haberle oído a Keitel, Brauchitsch le había leído a Hitler una exposición-resumen de todas las razones aducidas en pro del desistimiento de la ofensiva. Y parece que al lado de las incontrovertibles de la situación atmosférica, de las nuevas formaciones improvisadas, etc., que indudablemente aconsejaban diferir la acción para después del otoño, hizo valer también una que sacó a Hitler de sus casillas y le llenó de indignación, por cuanto ponía en tela de juicio el rendimiento de las tropas en la campaña polaca. Pretendía Brauchitsch que la infantería no se había conducido en ella con toda la acometividad mostrada en 1914 y que, a consecuencia del ritmo atropellado del rearme, la cohesión de las fuerzas se había resentido de indisciplina y delatado una sensible carencia de aguante. Hubiera Brauchitsch censurado en estos términos el rendimiento de los soldados ante un auditorio de jefes militares, y a buen seguro que habría hallado en ellos comprensión para sus puntos de vista, con todo y ser el reproche de que la infantería se hubiese mostrado más remisa que en 1914 notoriamente injusto, por lo menos en los términos generales en que lo había formulado. No se había parado el censor a considerar la evolución experimentada desde entonces por el ataque de la infantería y había pasado por alto que los métodos de 1914 apenas podían concebirse ya cuando él los invocaba. Por otra parte, no cabía negar- y esto se repite siempre con las tropas bisoñas al comienzo de cada guerra- que algunas fracciones militares habían dado muestras de nerviosismo en combates locales, ni que varios mandos superiores se habían visto en el caso de te-

ner que proceder enérgicamente ciertas manifestaciones de indisciplina. Nada tiene esto de particular si se piensa en la hipertrofia que suponía haber pasado en pocos años de una reichswehr de 100.000 hombres a un ejércitos de un millón, integrado en gran parte por soldados sin contacto con la vida militar hasta el momento de la movilización. Mas no creo que esta sola razón autorizase para concluir- sobre todo después de los éxitos de la campaña polaca- que el Ejército no se hallaba en condiciones de llevar a cabo una ofensiva en el oeste. Si Von Brauchitsch se hubiera limitado a exponer claramente que por su deficiente instrucción y escasa coherencia interna las divisiones de nueva creación no se hallaban ni podían hallarse maduras para el ataque, al paso que con las divisiones activas exclusivamente tampoco podría emprenderse la ofensiva, entonces su exposición resultaría tan invulnerable como lo eran los reparos puestos a la estación del año elegida. Generalizada, en cambio, constituía la censura el argumento más inoportuno que hubiese podido presentarle a un Hitler poseído de su papel de creador de la nueva Wehrmacht, tan ásperamente calificada de ensayo frustrado. Porque en el fondo no deja de explicarse algún engreimiento de Hitler ante una obra nacida principalmente de su osadía política, de la energía puesta en acelerar el rearme y del renacimiento de una conciencia de estimación y defensa nacional provocado por el movimiento nacionalsocialista en amplias masas ajenadas durante la etapa de la Repúblicas de Weimar. Verdad es que Hitler, por su parte, cuidaba igualmente de pasar por alto los méritos contraídos por la antigua Reichswehr en la obra de la restauración de la defensa nacional, perfectamente equiparables a los suyos. Que sin la preparación material y espiritual y sin la ardiente dedicación de los oficiales y suboficiales de la vieja solera, ni Hitler dispondría de la Wehrmacht de cuya creación se jactaba, ni podría esgrimir las victorias de Polonia.

De suerte que lo que Brauchitsch consiguió recitando ante un Hitler poseído ya de la hinchazón dictatorial su letanía de reparos, fue todo lo contrario de lo que perseguía: que, desechando todos los argumentos- los razonables y los menos razonables-, montase el dictador en cólera ante la avilantez del que se permitía censurar su obra y cortase bruscamente la entrevista, dejando subsistente la fecha del 12 de noviembre para lanzar la ofensiva.

Menos mal que ahora terció el incontrastable poder de los elementos y el mal tiempo impuso un aplazamiento, que aún había de repetirse quince veces antes de terminar el mes de enero de 1940.

Por eso, si bien el Alto Mando del Ejército se vio en cierto modo reivindicado ante Hitler en lo relativo a su dictamen de necesario aplazamiento de la operación, no por ello dejaron los incidentes relatados de ocasionar una crisis de mando de consecuencias desastrosas, como había de verse en el curso de la guerra. Por de pronto, Brauchitsch ya no habría de volver a entrevistarse más con Hitler, toda vez que, por lo que me dijo el 18 de enero de 1940 el primer jefe de la Sección de Operaciones del estado Mayor General, Heusinger, desde el 5 de noviembre no había puesto los pies en el despacho del dictador el comandante en jefe del Ejército, por más inconcebible que parezca el hecho en auqellas circunstancias. Otra consecuencia de la ruptura del 5 de noviembre fue la alocución dirigida por Hitler el 23 de dicho mes en la Cancellería del Reich a los comandantes generales, jefes de cuerpo y división y jefes de estado mayor allí convocados. Como que este discurso ha sido dado a conocer en otras publicaciones, prefiero ahorrarme sus detalles y limitarme a los rasgos esenciales, que pueden resumirse en lo siguiente: subrayó el Jefe del Estado su irrevocable decisión de iniciar la ofensiva en el oeste sin tardanza, ya que parecía más bien precaria la seguridad del Reich en sus fronteras orientales. En cuanto a la objetiva justificación de la necesidad de pasar a la ofensiva en Occidente, creo que las explicaciones de Hitler eran ponderadas, y convincentes, salvo en lo tocante al momento elegido. Por lo demás, su discurso estuvo dedicado a vituperar la conducta del Alto Mando y del generalato del Ejército en conjunto por la temeraria contumacia con que venía saliendo al paso de todos sus designios. En esto sí que fue aquel discurso la mayor impertinencia que de Hitler he oído. En tanto en cuanto Brauchitsch sacó de él la única consecuencia lógica y presentó su dimisión, que tampoco le fue aceptada, se comprende que la crisis de mando seguía latente ya que los mandos tenían que estudiar y preparar una ofensiva que repudiaban y el comandante en jefe del ejército, rechazado como consejero en la gestión total de la guerra, se veía rebajado a la función ejecutiva de un simple general.

Quizá la honda raíz, la génesis auténtica de esta sucesión de peripecias que desembocaron de un sordo recelo en abierto antagonismo entre el Jefe del Estado y los mandos del Ejército y en la consiguiente anulación de éstos como factor decisivo en la guerra, haya que buscarla en el cesarismo de Hitler y en su cada vez más desaforada egolatría, atizadas ambas pasiones por el insidioso hostigamiento de gentes como Goering e Himmler contra <los, ge-

nerales>. Con todo, hay que reconocer que también el mismo Alto Mando del Ejército cometió la torpeza de allanar notablemente el camino de su propia anulación por la forma en que, después de concluida la guerra de Polonia, trató la cuestión de la conducta a seguir.

Con la adopción de la medida puramente negativa de continuar a la defensiva en el oeste, cuando su derecho y su deber estaban en proponer antes que nadie al Jefe del Estado lo que había de hacerse luego que el Ejército- eficazmente apoyado por la Luftwaffe- hubo derrotado tan rápidamente a Polonia, ¡el Alto Mando acababa de poner en manos de Hitler la iniciativa! Es innegable que estaba en su derecho el Alto Mando para objetar en el otoño de 1939 que ni la estación ni el incompleto adiestramiento de las agrupaciones de nueva formación parecían aconsejar una inmediata ofensiva. Lo malo es que con la sola constatación de estos hechos y la disposición de reforzar el sistema defensivo en el oeste no quedaba contestada, ni mucho menos, la pregunta implícita de cómo había que proceder militarmente para llevar la guerra a buen término. ¡Y esta pregunta, justamente, era la que el Alto Mando tenía que contestar si quería hacer valer su influjo en la gestión total de la guerra!

No he de regatearle al comandante en jefe del Ejército su buen derecho de recomendar la vía de la avenencia con las potencias occidentales. Mas ¿qué iba a suceder si no se hallaba manera alguna de llegar a tal arreglo? Que habría que buscar una solución bélica y que, si por el momento no parecía factible una ofensiva en Occidente, algún otro camino debiera proponer el Alto Mando en el terreno de su competencia para que cualquier jefe de Estado, y mucho más un hombre como Hitler, no se considerase desasistido.

Después de la campaña de Polonia había que tomar en consideración tres aspectos para tentar la solución militar:

- En primer lugar, ¿podía ser llevada a buen término la guerra con sólo mantenerse a la defensiva, o era ineludible apelar a la ofensiva en el oeste para alcanzar este resultado?
- En segundo lugar, ¿cuándo, en tal caso, habría de iniciarse la ofensiva para alcanzar por ella un resultado decisivo?
- En tercer lugar, ¿cómo tendríamos que atacar para que la decisión se obtuviese en tierra, dentro del Continente?

Respecto de la primera cuestión, eran dos las posibilidades:

- Que el Reich llegase a un arreglo con las potencias occidentales después de la derrota de Polonia, lo cual no pasaba de hipotético. En este sentido no podía por menos el Alto Mando de mostrarse escéptico de antemano, ya que en contra del supuesto estaban, por un lado, el carácter nacional británico que hacía muy improbable un viraje inglés y, por otro, el empecimiento de Hitler, poco propicio seguramente a un reajuste de la frontera germano-polaca después de haberla trazado a su gusto por la fuerza de las armas. Sin contar con que tampoco estado por la fuerza de las armas. Sin contar con que tampoco estaba ya en su mano restablecer la integridad de Polonia, para llegar a una avenencia con los occidentales, después de haberles cedido a los rusos la mitad del país; como no podría hacerlo ningún otro gobierno alemán que fuese a negociar con los occidentales una vez derrocado Hitler.
- La segunda posibilidad, consistente en una victoriosa terminación de la guerra por la persistencia en la defensiva en el Frente Occidental, hubiera podido darse si los aliados se hubiesen decidido pasar al ataque. Entonces posiblemente el mando alemán tuviese la posibilidad de conseguir la victoria en Occidente al poner en marcha una contraofensiva. Tal es la idea que se le a relucir en las Gesprüchen mit Halder (Conversaciones con Halder), en los pasajes en que éste habla de una <operación consecutiva>. Según referencias del general Heusinger, este arbitrio no pesó, sin embargo, en las deliberaciones del Alto Mando hasta mucho más tarde, o sea, por el mes de diciembre, y no en la fase decisiva para la actitud de aquel organismo, coincidente con el tránsito de septiembre a octubre.

Es indudable que la idea de una operación consecutiva, de una jugada en partida en que el adversario ha sido mano y salió primero, tenía mucho de tentadora. Cederle al enemigo las primicias de romperse los dientes contra el muro occidental o de concitarse la indignación mundial por la violación de la neutralidad de Luxemburgo y Bélgica, cuando no de la misma Holanda, no podía por menos de resultar sumamente seductor. Pero ¿no sería esto después de todo una mera ilusión, pendiente de Dios sabe qué interminable espera? Las potencias occidentales, que no se habían resuelto a pasar a la ofensiva cuando el grueso de las fuerzas alemanas se hallaba comprometido en Polonia, ¿iban á tener el coraje de atacar ahora, en el momento en que la Wehr-

macht podía descargar sobre ellas todo el peso de su potencial? Mi parecer es- y lo fue también entonces- que no cabía ninguna razonable esperanza de tal condición previa para una <operación consecutiva>.

Mi presunción tuvo, por cierto, confirmación significativos en un <plan de guerra> que por orden del comandante supremo aliado, general Gamelin, fue esbozado entonces y que más tarde cayó en manos de las tropas alemanas. En él se razonaba así:

Las fuerzas aliadas no habrán alcanzado, hasta la primavera de 1941, el volumen necesario para ponerse a una ofensiva contra Alemania en occidente. Para conseguir una superioridad numérica de las fuerzas terrestres, es indispensable la captación de aliados.

Antes de 1941 los ingleses no estarán dispuestos a tomar parte en una ofensiva de altos vuelos, excepto en el caso de que en Alemania se produzca un derrumbamiento parcial. (Por esta observación, que sin duda apuntaba a la esperanza de un golpe de Estado, bien se echa de ver lo que podíamos esperar de los aliados en el supuesto de haberlo ejecutado.)

La misión principal de las potencias occidentales en el año 1940 será la de asegurar la integridad del territorio nacional francés, sin perjuicio de acudir, desde luego, en socorro de Bélgica y Holanda tan pronto como estos países se viesen atacados por los alemanes.

Habremos de esforzarnos al mismo tiempo por llevar a Alemania a nuevos escenarios de lucha, en los que podamos someter sus fuerzas a un desgaste previo. Los lugares indicados para ello serían los Estados Escandinavos, y también los Balcanes en el caso de que Italia se mantenga neutral. Esto no quiere decir que hayamos de descuidar la labor de atraer a nuestro campo a Bélgica y Holanda.

Finalmente, habrá que intentar aislar al Reich de sus fuentes de suministros vitales, tanto mediante la invención de nuevos frentes bélicos, como estrechando el bloqueo por presión sobre las potencias neutrales.

Claramente se advierte en el <plan de guerra> que antecede que las potencias occidentales estaban dispuestas a sostener una guerra de desgaste- en otros frentes, encuanto ello fuese posible- hasta haber conseguido una manifiesta superioridad, prevista cuando más para 1941, que les permitiese pasar a la ofensiva en occidente.

Y si bien es verdad que en la ocasión de que aquí se trata no podía el Alto Mando tener conocimiento de estos proyectos bélicos de los aliados, no lo es menos que, basado en los elementos de juicios de que disponía, apenas parece posible para él otra conclusión

que la de que las potencias occidentales habrían de procurarse a toda costa una guerra a largo plazo.

La suposición de que la población aliada fuese a sentirse fatigada y desmoralizada por la prolongación de una <semiguerra> hasta el punto de optar por la hecatombe que supondría el ataque y asalto al bastión occidental, no me parece de suficiente consistencia para que el Alto Mando pudiera basar en ella sus resoluciones.

En consecuencia, hemos de reconocer que, por más seductor que se nos antojase el plan de cederle al enemigo la iniciativa de una ofensiva a fondo, ningún sensato razonamiento nos permitía suponer que habría de aceptar el envite. Por otra parte, el Reich no podía esperar tampoco a que el enemigo hubiese alcanzado la superioridad en tierra y aire merced al rearme y a la ayuda americana que era de presumir a favor suyo dada la postura de Roosevelt, ¡Cuánto menos con la Unión Soviética a la expectativa en el lado oriental! Porque en cuanto los soviéticos hubieron recibido de Hitler todo lo que éste podía cederles, apenas si les ligaba ya ningún interés vital al Reich, de suerte que ¡Cuánto más se fortaleciesen las potencias occidentales en proporción de Alemania, tanto más precaria sería la situación de ésta con una potencia como la soviética a sus espaldas!

Así pues, el problema que el mando militar se le planteaba después de concluida la campaña de Polonia era éste:

La primera cuestión, de si la guerra podría ser llevada a feliz término persistiendo a la defensiva en occidente, sólo podía contestarse con un no. Claro que prescindo, al hacer esta consideración, de la posibilidad de que el mando político llegase a un arreglo con las potencias occidentales. Concedo que en este sentido no hay reparo que poner a la gestión del comandante en jefe del Ejército para que Hitler emprendiese la negociación de un compromiso, aunque sólo fuese en atención al evidente riesgo de continuar la guerra y a que cualquier clase de gestiones supondrían un limitado período de suspensión de hostilidades en aquel frente. Mas, independientemente de esto, el mando militar tenía el derecho y el deber de asesorar a Hitler en cuanto afectase a la cuestión bélica, ¡tenía que decirle lo que militarmente había de hacerse en le supremo de que no se lograse llegar a una solución política del conflicto!

Insisto en que era obligación del Alto Mando del Ejército presentarle al Jefe del Estado un plan militar alternativo, una opción militar digamos, para el caso de que la posibilidad de un compromiso con las potencias occidentales, en la que Hitler al principio

había creído indudablemente, se frustrase. No debiera haber supuesto que, después de la victoria en Polonia, fuese a seguir rechazando como hasta entonces la idea de atacar en el oeste, ni esperar a que él mismo acabase tal vez por adoptar una decisión militar.

La propuesta militar relativa al ulterior devenir bélico en modo alguno debió conformarse con una simple opción por prolongar la defensiva en Occidente, a menos que supongamos que se basaba en la confianza de rendir a Gran Bretaña por el bloqueo submarino y aéreo. Confianza que, ciertamente, hubiera sido temeraria, pues que carecía de todo serio fundamento.

Concluyamos, pues; que desde el punto de vista militar y supuesta la imposibilidad de convenir un acuerdo político, sólo cabía proponer un giro ofensivo de la guerra en el oeste. Para lo que el Alto Mando del Ejército habría de cuidar, al formular el consejo, de retener el privilegio de decidir sobre el cómo y el cuándo.

Por lo que a éste toca, ya estaba de acuerdo con todos los comandantes del frente occidental en que ningún resultado decisivo cabía esperar de una ofensiva realizaba a fines del otoño o en el invierno de 1939.

Era lealmente cuestión de capital importancia la de la estación del año, porque en otoño y en invierno mal podrían los ejércitos alemanes obtener, por razones atmosféricas, todo el rendimiento de sus dos recursos principales, las agrupaciones rápidas 8acorazadas) y la Lutfwaffe. Sin contar con que la brevedad de los días por esa época del año apenas suele consentir la decisión táctica de sol a sol, dificultando así la rapidez de la concepción operativa.

Otro motivo en contra de una acción inmediata era el estado de formación incompleta de todas las agrupaciones improvisadas al comienzo de la guerra. En realidad sólo podían estimarse plenamente aptas para la lucha en el otoño de 1939 las divisiones activas, al paso que las restantes carecían del requerido nivel de instrucción de tiro, maniobra y cohesión y las formaciones de tanques aún no habían sido enteramente restauradas y respuestas en sus efectivos después de la campaña polaca, de la que debieran quedar relevadas antes si se quería ir ya en el otoño de aquel año a una ofensiva en occidente. Sólo que Hitler no había pensado en este detalle ni en la necesidad de reponer las importantes bajas de la aviación.

Estaba bien claro, por eso, que una ofensiva en Occidente sería prematura antes de la primavera de 1940. Que con ello se ganaría tiempo para idear y buscar alguna manera de solución polí-

tica del conflicto, era cosa que desde el punto de vista militar sólo plácemes merecía, por poco que a Hitler le cautivaba la idea después de la repulsa cosechada a primeros de octubre con su oferta de paz.

En cuanto a la cuestión del cómo, o sea, de la concepción y disposición estratégica de una ofensiva en Occidente, huelga que la detalle ahora, puesto que va a ser objeto del capítulo siguiente.

Tan sólo una afirmación he de adelantar: la de que el plan ofensivo dictado por Hitler el 9 de octubre al Alto Mando del Ejército era un mero paliativo, una cosa a medias y como para salir del paso, puesto que no perseguía una decisión rotunda en el continente, sino- al menos de momento- un resultado parcial.

Y este debió haber sido el punto de arranque para que el Alto Mando persuadiese a Hitler de que la asesoría militar contaba con algo mejor que ofrecerle un semiéxito que no compensaría el sacrificio. Eso, bien entendido, ¡siempre que el Alto Mando por su parte confiase en alcanzar una concluyente decisión en tierra firme por el recurso a la ofensiva!

Las razones que impulsaran a las primeras figuras del Alto Mando a adoptar en aquellas decisivas semanas siguientes a la terminación de la campaña polaca una actitud retraída en la cuestión de la prosecución de la guerra en occidente, que prácticamente dejaba en manos de Hitler la decisión, no han sido conocidas hasta ahora. Acaso obraran así por el justificado deseo, de impulsar a Hitler a forzar el compromiso político, o también por una razonable aprensión del Alto Mando a tener que reincidir en la violación de la neutralidad belga, etc. Lo cierto es que entonces el simple espectador tuvo la impresión de que los cerebros dirigentes del Alto Mando hallaban dudoso por lo menos el que una ofensiva alemana pudiese alcanzar un éxito rotundo.

Mas dejando a un lado la especulación sobre los motivos de la actitud, lo que no tiene vuelta de hoja es que el Alto Mando le cedió entonces a Hitler la iniciativa militar. Si además se sometió luego a los deseos del político y dio las órdenes para una operación en cuyo buen resultado no creían sus principales figuras, bien podemos concluir que prácticamente dimitía así de su función de único organismo competente en materia de defensa nacional.

La ocasión de recuperar, en contraataque por así decirlo, las posiciones perdidas, que poco después le brindaban las propuestas operativas formuladas por los mandos del Grupo de Ejércitos A, no la aprovechó el Alto Mando del Ejército.

Luego, cuando el éxito de la ofensiva occidental dimanante de aquellas propuestas resultó tan completo que superaba incluso las anteriores esperanzas de Hitler, ya el Alto Mando del Ejército había pasado para él tan a segundo término, que no vacilaba ni siquiera en sentirse calificado para desdeñarlo en las mismas cuestiones de índole operativa.

Hitler se había atribuido funciones que, según Schlieffen, hubieran correspondido en un nuestro tiempo a un triunvirato de monarca, político y mariscal, pues que acababa de usurpar las correspondientes a este último. Ahora bien, la <gota de óleo sagrado de Samuel>, que Schlieffen reclama como indispensable para uno al menos de los triunviros, ¿había ungido realmente su testa?

5

LA PUGNA EN TORNO AL PLAN DE OPERACIONES

Plan de operaciones del Alto Mando del Ejército.- Objeciones.- A ningún éxito decisivo podía conducir la ofensiva planeada.- ¿Se trataba de una reedición del plan de Schlieffen?- ¿Qué posibilidades tenía el mando enemigo?- El plan del mando del Grupo de Ejércitos A.- Objetivo: la decisión neta y rotunda.- Necesidad de situar el punto de gravedad sobre el ala sur y no sobre la norte.- Asestar fuerzas de tanques a través de las Ardenas.- Prevención ofensiva de una eventual contraofensiva.- Pugna ineficaz por imponer el <nuevo plan>.- Las diversas memorias del mando del Grupo de Ejércitos A al OKH.- Condescendencias parciales, sin modificación alguna fundamental del concepto y directrices operativas.- El accidente de aviación.- El autor es separado de su cargo.- después de una conferencia con Hitler, la decisión recae a favor de las propuestas operativas del Grupo de Ejércitos A.- ¿Hasta qué punto fueron llevadas a la práctica?

Sólo después de la terminación de la guerra ha llegado a conocimiento de amplios sectores algo acerca del origen del plan que sirvió de base efectiva para la ofensiva en el Oeste, en lugar de las primitivas <instrucciones de marcha Amarillo> circuladas por el Alto Mando del Ejército en las respectivas fechas de 19 y 29 de octubre de 1939. Se trata del plan por el cual alcanzamos en occidente un tan decisivo y fulminante resultado contra el Ejército fancobritánico y las fuerzas belgas y holandesas. Y ha sido el primero en informar del origen de este <nuevo plan>, que por cierto asocia con mi nombre, el escritor militar británico Liddell Hart, quien lo hace basándose en los informes que se procuró de mi jefe, mariscal Von Rundstedt, y del general Blumentritt, nuestro primer jefe de la Sección A por aquello días.

Ahora, puesto que las cosas han llegado a este punto, espero que, como principal interesado o comprometido por así decirlo, me sea permitido dar también mi versión del nacimiento de este plan de operaciones- sirviéndome de documentos de que dispongo- que ha llegado a cobrar cierta importancia. Después de todo, las ideas que le mando del Grupo de Ejércitos le había presentado al Alto Mando del Ejército. Con ellas perseguíamos que la operación ofensiva fuese planteada en la forma única a nuestro parecer para poder aspirar a una victoria decisiva en Occidente. Por fin, en febrero de 1940- cuando ya había sido separado de mi puesto de jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejército- tuve ocasión de exponerle personalmente a Hitler las ideas que por tanto tiempo había tratado en vano nuestro Grupo de Ejércitos de hacer prosperar ante el Alto Mando del Ejército ¡circulaba unas nuevas órdenes de avance coincidentes con las directrices que caracterizaban nuestras propuestas!

Quiero subrayar, sin embargo, que tanto mi jefe, general Von Rundtedt, como mis colaboradores Blumentritt y Tresckow, estuvieron siempre de acuerdo con mis ideas y que el primero no vaciló nunca en tomar la responsabilidad de autorizar con su firma nuestros memorándums. Ya se comprenderá que sin su asentimiento no hubiéramos podido insistir a cada paso en nuestro empeño de convencer al Ejército a fuerza de presentarle memorias.

Así, para el oficial interesado en el conocimiento de la Historia Militar como para el historiador, es indudable que valdría la pena el poder seguir paso a paso todo el curso y peripecias de esta pugna en torno a un plan de operaciones. Me lo veda, sin embargo, mi temor de fatigar al lector con un relato cargado de repeticiones, que resultarían inevitables para dar cuenta de las memorias dirigidas por el mando del Grupo de Ejércitos al OKH. Además, debo tener en cuenta que las memorias en cuestión contenían, como es natural, argumentos y observaciones que

han perdido todo su interés al perder actualidad, puesto que perseguían obtener lo que en sus respectivas ocasiones parecía asequible y eran estrictamente oportunistas. Para aquellos lectores que deseen entrar más a fondo en el detalle de los premilimares de la ofensiva en el Oeste, incluyo en la obra con carácter suplementario las órdenes de avance del Alto Mando del Ejército (en sus partes sustanciales), así como las instancias o memorias del mando del Grupo de Ejércitos.

Me limitaré, por consiguientes, a presentar en primer lugar las directrices operativas que de las instrucciones de avance del Alto Mando del Ejército podían inferirse, y a continuación referiré los motivos por los que tenían que parecerme incompletos los planes estratégicos del Alto Mando, o por mejor decir de Hitler, de quien realmente dimanaban. Para lo que expondré también- como contraposición de ellos- los conceptos estratégicos o, si se quiere, las fundamentales ideas operativas en que descansaba la concepción estratégica patrocinada por el mando del Grupo de Ejércitos. Relataré, por fin que- sin duda por orden de Hitler- fue modificado el primitivo plan de operaciones en el sentido preconizado por el mando del Grupo de Ejércitos.

El plan de operaciones del Alto Mando del Ejército (es decir, de Hitler)

Para describir, basado en las instrucciones de avance del Alto Mando del Ejército (y de Hitler) que a la vista tengo, sus directrices estratégicas para la ofensiva proyectaba, empezaré por manifestar lo siguiente:

Se proponía el Alto Mando del Ejército (siguiendo las instrucciones de Hitler de 9 de octubre) avanzar con una potente ala derecha de sus fuerzas por Holanda y el norte de Bélgica y atacar y derrotar a los efectivos franco-británicos que presumía situados en este último país, al tiempo que anulaba a los belgas y holandeses que le saliesen al paso. Era, pues esta fuerte ala de choque la encargada de la acción decisiva, y la integraban la Sección de Ejército N y el Grupo de Ejércitos B (del coronel general Von Bock), dividido en tres bloques, que avanzaban por la región del bajo Rin y la zona norte del Eifel. En total, el ala norte estaba formada 30 divisiones de infantería y el grueso de las agrupaciones rápidas, con 9 divisiones panzer y 4 de

infantería motorizada. Con lo que venía a contar con casi la mitad del conjunto de fuerzas disponibles en el Frente Occidental, limitado a 102 divisiones.

Mientras que la Sección del Ejército N tenía por misión la neutralización de Holanda, la de los tres ejércitos integrantes del Grupo B consistía en avanzar atacando por el norte de Bélgica, superando Lieja por el norte y el sur, en lo que recaería sobre las potentes formaciones de tanques lo decisivo de la acción, consis-

tente en tratar de arrollar al enemigo. (Tocante a la misión del Grupo de Ejércitos A, véase más adelante.)

el 29 de octubre fue modificada la primera orden de avance (de fecha 19 del mismo mes) en el sentido de que Holanda quedaría por el momento descartada de la acción. Es posible que esta rectificación respondiese a indicaciones del Alto Mando del Ejército.

Ahora tendría que avanzar el Grupo de Ejércitos B a ambos lados de Lieja, con dos ejércitos en primera línea (el Cuarto y el Sexto) y otros dos en segunda (el Decimoctavo y el Segundo). Sin embargo, más tarde volvió a quedar Holanda incluida en la operación, y la tarea de anularla se le confirió ahora al Decimoctavo.

La principal operación de ataque del Grupo de ejércitos B habría de ser cubierta en su flanco sur por el Grupo de Ejércitos A, compuesto de dos ejércitos (el Decimosegundo y el Decimosexto) con un total de 22 divisiones de infantería 8aunque sin ninguna agrupación rápida), que avanzaría por el sur de Bélgica y Luxemburgo, después de pasar por el sur de Eifel y por Hunsrück.

El duodécimo Ejército secundaría, por así decirlo, el ataque del Grupo de Ejércitos B escalonándose a su izquierda, a fin de que en los avances del primero quedasen sus flancos protegidos de la posible presión de fuerzas enemigas.

Luego que hubiese atravesado Luxemburgo, el Decimosexto Ejército giraría hacia el sur a fin de proteger en sus flancos profundos la operación conjunta, situándose en un despliegue defensivo que habría de correr muy ceñido al norte de la prolongación occidental de la Línea Maginot entre el Saar y el Mosa al este de Sedán.

Al Grupo de ejércitos C, son 2 ejércitos y 18 divisiones de infantería, se le reservaba la defensa del Muro Occidental desde la frontera luxemburguesa hasta la suiza, quedando disponibles como reservas 17 divisiones de infantería y 2 de ligeras.

Como objetivo de esta operación, señalada el primer párrafo de las instrucciones de avance de 19 de octubre en concepto de <propósito general> (basado en la orden hitleriana del Alto Mando de la Wehrmacht del 9 de aquel mes) lo siguiente:

Anular los núcleos más considerables que se pueda del ejército francés y de las fuerzas de sus aliados y conquistar al mismo tiempo la mayor extensión posible de suelo holandés, belga y norte-francés para que pueda servir de base a una eficaz guerra aérea y naval contra Inglaterra y de zona protectora del sector del Ruhr.

139

Como primer objetivo del ataque de los dos Grupos de ejércitos que dirigiría el Alto Mando del Ejército, había señalado el Estado Mayor de éste lo siguiente en el segundo párrafo de su orden de avance:

Mientras se intenta anular a las fuerzas holandesas, habrá de perseguirse la derrota del mayor número posible de unidades del ejército belga apostadas en las fortificaciones fronterizas y en sus inmediaciones, cuidando de crear mediante la conjunción de fuertes agrupaciones- con preferencia rápidas- las condiciones previas para una inmediata prosecución del ataque de la potente ala norte y para una pronta ocupación de la costa belga.

En la ya citada modificación de las instrucciones de marcha efectuada el 29 de octubre, el Alto Mando del ejército ampliaba en cierto modo el objetivo de la operación de ataque del Grupo de Ejércitos B corrigiendo la redacción del <propósito general> en este sentido.

Procurar forzar al mayor número posible de efectivos del Ejército francés a que presente batalla en el norte de Francia y en el suelo belga, derrotarlos y crear de esta suerte condiciones propicias para continuar la guerra por tierra y aire contra Inglaterra y Francia.

En el párrafo <organización y tarea>, el Alto Mando del Ejército le había señalado al grupo de ejércitos b el objetivo de :

Aniquilar a las fuerzas aliadas en el sector norte del Somme y avanzar hasta la costa del Canal.

Respecto al Grupo de ejércitos A, la misión que en el fondo seguía siendo meramente de cobertura, como antes, fue también ampliada en el sentido de que su ejército de la derecha (el Duodécimo) habría de cruzar con toda rapidez el Mosa por Fumay y al sur de esta localidad y seguir luego, a través de la zona fronteriza francesa fortificada, avanzando en la dirección del Laon.

A mi modo de ver, la intención operativa que informa ambas instrucciones de marcha habría de interpretarse así:

Mediante una fuerte penetración en flecha por la derecha, se iría a derrotar a las fuerzas franco-británicas que presumíamos apostadas en Bélgica, mientras que el ala izquierda (más débil9 se encargaría de cubrir la acometida, cuyo objetivo geográfico había

de ser la ocupación de la costa del Canal. Lo que después de esta primera embestida debería hacerse, era cosa que el Alto Mando se había reservado.

Objeciones

Mi primera reacción contra el plan operativo consignado en estas órdenes de avance fue, a decir verdad, más bien instintiva que reflexiva, pues no veía en los propósitos implícitos del Alto Mando del Ejército otra cosa que un calco de las líneas esenciales del famoso plan de Schlieffen, de 1914. Consideraba, en consecuencia, harto humillante el que a nuestra generación no se le ocurriese nada mejor que reproducir una vieja fórmula, ni aun procediendo ésta de persona tan calificada como Schlieffen. Porque ¿qué podíamos esperar de

unos mandos que se contentaban con tirar de archivo y sacar a luz un plan previamente ensayado con el enemigo, que ahora no podía por menos de hallarse preparado para salirle al paso? Sin duda hacía falta ser muy lego en materias militares para suponer que si los alemanes habíamos fracasado una vez embistiendo de frente la línea fortificada de Verdún-Toul-Nancy-Espinal, íbamos a sentirnos ahora con deseos y arrestos suficientes para repetir el juego frente a la Línea Maginot.

Reconozco que en ésta mi primera reacción casi exclusivamente instintiva no le hacía justicia al Alto Mando del Ejército. En primer lugar, porque el plan era, en rigor, de Hitler, y en segundo, porque tampoco era un calco servil del de Schlieffen. La generalizada opinión de que sí lo era se basaba en dos únicas coincidencias: en que, tanto en 1939 como en 1914, el punto de gravedad de la ofensiva alemana recaía sobre el ala norte y en que en ambos casos había que pasar por Bélgica. En todo lo demás diferían fundamentalmente entre sí el plan de 1914 y el de 1939.

Ante todo, la situación era muy diferente. En 1914 todavía se podía contar con la sorpresa operativa como Schlieffen había contado, si no por lo que tocaba al avance a través de Bélgica, sí, al menos, en lo referente a la concentración de fuerzas alemanas en el extremo norte del ala de dicho lado. En cambio, en 1939 no había la menor probabilidad de engañar al enemigo sobre las miras de Hitler.

Además, en 1914 cabía esperar- así lo había hecho Schlieffen- que los franceses nos prestasen el <servicio> de adelantarse

en una ofensiva Lorena adelanté, cuando en 1939 no era de suponer semejante <atención> por parte del enemigo. Lo que de él habíamos de recelar ahora más bien sería que de antemano de hallase presto a salir con grandes efectivos al paso de nuestro avance por Bélgica y Holanda (en el caso de que también por este país avanzásemos) y nos obligase a combatirlos de frente, a diferencia de lo sucedido en 1914. Y en lugar de una prematura iniciativa francesa en el centro del frente conjunto, podría suceder ahora que el flanco sur del grueso de nuestras fuerzas lanzadas a través de Bélgica se viese sorprendido por un fuerte contraataque de retruque. De modo que el plan Schlieffen no podía, en suma, reproducirse en esta ocasión.

Pero si todavía no bastasen estos hondos aspectos discordantes, diré que tampoco pudieron haber pensado ni el Alto Mando del Ejército ni Hitler en calcar el plan Schlieffen, por cuanto los

alto vuelos y ambición total del que se suponía plagiado no parece por ninguna parte en el de ellos. Schlieffen había concebido su plan para una victoria total y definitiva sobre todo el Ejército francés, envolviéndolo previamente por el norte con un brazo de amplia curva, para barrer así todo el norte de Francia y, avanzando por el oeste de París, acorralarlo al fin contra el frnte Metz-Vosgos-fronteras de Suiza y forzarle allí a la capitulación. No había vacilado para ello en correr el riesgo de pasar por derrotas iniciales en Alsacia, en la esperanza de estimular al enemigo, a una ofensiva en Lorena por la que él mismo contribuiría a facilitar el pleno éxito de la gran operación envolvente alemana.

Por el contrario, en el plan de operaciones de 1939 la idea de llegar a una decisión total no aparece conclusa. Bien a la vista está que el objetivo de las operaciones es una victoria parcial contra las fuerzas enemigas presupuestas en el norte de Bélgica, y al mismo tiempo una conquista territorial cifrada en apoderarse de la costa del Canal, a fin de contar en ella con una base para la prosecución de la guerra.

Es muy posible que el entonces coronel general Von Brauchitsch y su jefe de Estado Mayor General se acordaran, al redactar las instrucciones de avance, de la observación que Moltke hace en su prólogo a la obra del Estado Mayor General sobre la guerra de 1870 a 1871, cuando dice:

Ningún plan de operaciones puede estimarse de segura validez más allá del primer encuentro con el grueso de las fuerzas enemigas.

Tan sólo el lego cree ver en el curso de una campaña la estricta y escrupulosa ejecución de un plan concebido de antemano, maduramente pensado en todos sus detalles y mateniendo hasta sus últimas consecuencias.

Si efectivamente se atenía a este axioma el cálculo del Alto Mando del Ejército, comprendemos que siquiera reservarse la decisión sobre proseguir o no la ofensiva luego que hubiese alcanzado sus primeros objetivos de victoria parcial del ala derecha en Bélgica y ganancias territoriales en las costas del canal de la Mancha, así como sobre la manera de continuarla.

Yo, sin embargo, tengo que suponer, en virtud de lo que oí en Zossen al hacerme cargo de las instrucciones de avance, que el Alto Mando del Ejército no daba por preexistente la posibilidad de alcanzar una victoria decisiva en el campo francés de operaciones, o que al menos la estimaba muy problemática. Esta impresión todavía se vio robustecida entre nosotros en las repetidas visitas que el comandante en jefe del Ejército y el Jefe del Estado Mayor General hicieron en adelante a nuestro Grupo de Ejércitos, pues nunca conseguirnos que el OKH accediese a nuestras insistentes insinuaciones de que habría que perseguir la victoria total. Asimismo sospecho que tampoco creía Hitler por aquellas fechas en la posibilidad de anular enteramente a Francia mediante la operación planeada. Su preocupación de entonces debió ser más bien la de no recaer en la situación de 1914, en que, fracasada nuestra ofensiva indispensables para sostener la guerra submarina contra Inglaterra. Por eso ahora ponía él tanto interés en asegurárselas en la costa del Canal.

Ahora bien; nada más evidente que la imposibilidad de llevar ahora a término de un tirón, por así decirlo, una operación destinada a la anulación total de Francia, como la ideada por Schlieffen, ya que, merced a las diferentes circunstancias arriba mencionadas, no se daban los supuestos de aquélla. Por otro lado, si se proyectaba continuar la operación- después de conseguida la victoria parcial reivindicada por el Alto Mando del Ejército- con vistas a la anulación completa de Francia como enemigo, ¡qué duda cabe que la primera operación parcial debiera estar concebida y apuntar ya a este objetivo final! Por una parte, debería procurarnos el pleno aniquilamiento del ala norte enemiga, para alcanzar así la rotunda superioridad indispensable para el segundo arran-

que, en el que habríamos de acabar con las restantes fuerzas de las potencias occidentales en Francia. Por otra, su objeto estaría en asegurarnos una operativa situación de partida favorable para este segundo arranque o etapa.

Mi criterio era que la traza de la operación primeramente planteada prescindía de estas dos condiciones preliminares de la segunda etapa operativa, de la que pendería la decisión.

El grupo de choque alemán, constituido por el grupo de Ejército B, iría a enfrentarse, en su asalto a Bélgica, con 20 divisiones de este país, y con otras 10 más holandesas en el caso de que también Holanda quedase incluida en la operación. Supuesta esta proporción, por más que queramos rebajar el valor combativo de las fuerzas belgas y holandesas en relación con las alemanas, hay que reconocer que contaban con poderosas fortificaciones 8ª ambos lados de

Lieja y en el canal de Alberto) o con importantes obstáculos topográficos (en Bélgica, el canal de Alberto, prolongado hasta el fuerte de Amberes, o bien, en el sur, la línea fortificada del Mosa, con Namur como punto de apoyo, y en Holanda los numerosos canales) que les brindaban excelentes posibilidades de defensa.

Y cuéntese con que al cabo de pocos días aún habría de sumarse a este conjunto de obstáculos y fuerzas enemigas el representado por los ejércitos franco-británicos (incluidas todas las divisiones motorizadas y de tanques) que en la frontera franco-belga se hallaban a la espera de un avance alemán a través de Bélgica.

No iba a tener, por ende, el ala de ataque alemana la posibilidad de sorprender operativamente al enemigo con una maniobra envolvente de gran estilo, como la había tenido en 1914. Antes sucedería que la presencia de las fuerzas franco-británicas la pusiese ante un enemigo de potencia equiparable, al que tendría que derrotar en ataque más o menos frontal, cuyo éxito había de perseguirse por la vía táctica, ya que no estaba previsto en el planteamiento operativo de la ofensiva.

De haber contado la dirección enemiga con mandos un poco más hábiles, el adversario pudo haberse sustraído a la derrota aplastante en Bélgica. Es posible que no hubiese conseguido mantenerse en la línea fortificada de Amberes-Lieja-Mosa (semois en su caso), pero pudo al menos replegarse en condiciones combativas detrás del Somme y formar allí nuevo frente incorporando las importantes reservas de que disponía. Entre tanto, la ofensiva alemana hubiera entrado ya en crisis por superación de su punto culminante y el Grupo de Ejércitos A no habría podido, ni con las

fuerzas de que disponía ni por su disposición, impedir la formación de un frente defensivo enemigo tendido desde el extremo dela Línea Maginot al este de sedán hasta el Somme inferior. Con lo que el Ejército alemán se hubiese visto de golpe en una situación muy semejante a la de 1914 después de los combates de otoño, sin otra ventaja actual que la de disponer ahora de una ancha base costera en el Canal. Pero la destrucción de las fuerzas del enemigo esperadas en Bélgica y la consiguiente obtención de una superioridad suficiente para el golpe decisivo, así como una situación de partida operativamente favorable para él, se habrían malogrado. La operación planeada por el Alto Mando del Ejército nos habría valido una victoria parcial y nada más.

Porque, aun cuando de hecho en 1940 fue materialmente arrollado el enemigo en Bélgica y obligado a la capitulación el Ejército holandés merced a la destreza de los mandos del Grupo de ejércitos B, semejante resultado en modo alguno podía darse por seguro de antemano, por más confianza que se quisiese poner en la habilidad de nuestros mandos y en el empuje de nuestras formaciones de tanques. El feliz resultado logrado pudo habérnoslo arrebatado un mando más flexible y perspicaz en el lado contrario.

Las desastrosas proporciones de la derrota enemiga en el norte de Bélgica hemos de atribuirlas sin duda alguna al hecho de que, a consecuencia de la modificación del plan de operaciones, las fuerzas blindadas del Grupo de Ejércitos A le cortaron al enemigo que allí combatía todas sus comunicaciones de retaguardia e incluso a él se le echó del Somme.

Pero no es esto todo, que aún hay algo más que el plan de operaciones del Alto Mando del Ejército descuidó. Las posibilidades operativas que a unos mandos enemigos resueltos y audaces iban a brindárseles. Y no se diga que cabía contar con la ausencia de estas condiciones en el mando adversario, puesto que el general Gamelin gozaba de buena reputación incluso entre nosotros. Por lo menos al general Beck, que le había visitado antes de la guerra, le había causado una excelente impresión.

Un mando enemigo osado hubiera tenido la posibilidad de absorber o <encajar> el esperado empujón alemán e través de Bélgica y lanzarse por su parte a una contraofensiva de gran estilo contra el flanco sur del ala norte germana. Aun en el supuesto de que hubiese comprometido en Bélgica todas las fuerzas de que disponía para ayudar a este país y a Holanda, seguramente podría reunir todavía de 50 a 60 divisiones para el contraataque en cuestión,

Sólo con reducir un poco- y ello era perfectamente factible- la guarnición de la Línea Maginot. En tal supuesto, cuando más hubiera avanzado el Grupo de Ejércitos B hacia el oeste, en dirección al Canal o a la desembocadura del Somme, tanto más eficazmente habría podido asestar su contragolpe contra el profundo flanco del ala norte alemana. Únicamente restaría saber ahora si el Grupo de Ejércitos A, con sus 22 divisiones, iba a ser capaz de aguantar la embestida; cosa que no parecía tan segura ya. En todo caso, es más que probable que un giro como éste en el curso de las operaciones hubiera tenido por consecuencia una situación

operativa de partida bien poco favorable para nuestro intento de llegar a una decisión concluyente en el escenario de guerra occidental.

El plan del Alto Mando del Grupo de Ejércitos A

Las objeciones antes esbozadas, que se me ofrecieron al estudiar las instrucciones de avance del alto Mando del Ejército, habían de constituir la base de las propuestas por nosotros presentadas en numerosas memorias a dicho organismo con el fin de ganarlo para nuestra idea operativa. Dado su carácter de insistente apremio, es inevitable que en ellas se repitan más o menos los conceptos, por lo que me limitaré a resumirlas para contraste con las instrucciones del Alto Mando del Ejército.

1. El objeto de la ofensiva en el Oeste- decíamos- tendría que ser conseguir la victoria decisiva en tierra. Perseguir solamente éxitos parciales, como parece que se hace en las instrucciones de avance del Alto Mando del ejército, creemos que no justificaría ni el precio político (violación de la neutralidad de tres países) ni el militar. Nuestro factor decisivo está, bien mirado, en la potencia del ejército alemán en tierra, y sería un error malgastarlo, dispersándolo en empeños incompletos, sobre todo habida cuenta de la Unión Soviética.
2. El punto de gravedad de nuestro ataque debiera recaer sobre el Grupo de Ejércitos A, y no sobre el Grupo B. habíamos de tener en cuenta que el previsto avance del Grupo B iría a embestir más o menos frontalmente a un enemigo prevenido. Por lo que, si bien pudiera tener un éxito inicial, es posible que acabase encallando en el Somme.

La auténticas oportunidad la tendría el Grupo de Ejércitos A, el cual, mediante una embestida de sorpresa a través de las Ardenas (donde el enemigo apenas podría esperar la intervención de los tanques teniendo en cuenta la configuración orográfica) en dirección al Somme inferior, podría cortar delante de este río a las fuerzas enemigas que acudiesen en socorro de Bélgica. Sólo por este arbitrio cabría esperar la destrucción de toda el ala norte del enemigo en Bélgica como condición previa para llegar a la decisión plena en Francia.

3. Así como para el éxito es el Grupo de Ejércitos A el de más ventajosa situación, así también es él el que mayores riesgos ha de afrontar.
   Si suponemos, en efecto, que el enemigo ha de actuar como la situación la aconseja, tratará de esquivar una decisión adversa en suelo belga, retirándose acaso al otro lado del Somme. Entonces concentrará todas las fuerzas disponibles y las ordenará para una contraofensiva en gran escala contra nuestro flanco sur, con la mira de embolsar el grueso del Ejército alemán situado en Bélgica, o, en su caso, delante del bajo Rin. Porque si bien pudiera parecer excesivo presumir en el mando francés la propensión a tan audaces soluciones y hasta contando con que sus aliados probablemente les disuadirían de la imaginada, la posibilidad de ella tampoco puede negarse.
   En el mejor de los casos, es de esperar que si nuestra ofensiva a través de Bélgica llegase a verse atollada en el Somme inferior, acabaría el enemigo por formar con sus reservas un frente defensivo cerrado que, comenzando en el extremo noroeste de la Línea Maginot al oeste de Sedán, se prolongase hasta el Canal, apoyándose en el Aisne y en el Somme.

4. El Grupo de Ejércitos A, que habría de soportar el peso principal de la operación conjunta, necesitaría para ello tres ejércitos en vez de los dos, aun cuando por razones de espacio

acaso pudiesen agregarse de momento más divisiones al Grupo B.

Conforme a lo previsto, un ejército avanzará a por el sur de Bélgica cruzando el Mosa y siguiendo luego en dirección al Somme inferior para coger por detrás a las fuerzas enemigas situadas ante el Grupo de Ejércitos B.

Otro ejército procederá en dirección sudoeste, con la misión de desbaratar por la ofensiva toda concentración de fuerzas enemigas dispuesta a contraatacar nuestro flanco sur en el sector a occidente del Mosa.

Un tercer ejército tendrá a su cargo la prevista tarea de proteger a la defensiva el flanco profundo de la operación total en Sierck-Mouzon del Grupo de la Línea Maginot (a A, se requerirá:

Un ejército más (que por razones de espacio solamente en el curso del progreso de nuestra ofensiva habría de ser incorporado, pero que tendría que estar disponible desde el primer momento) y considerables fuerzas de tanques.

Tales eran, en resumen, las ideas que en las reiteradas memorias presentadas por el mando del Grupo de Ejércitos al Alto Mando del Ejército salían siempre a relucir:

La pugna en torno al plan del Grupo de ejércitos A

No vaya a suponerse, por lo que dejo dicho, que en aquel mes de octubre de 1939 tuviese yo en mi mesa de trabajo un plan de operaciones perfecto y acabado como por ensalmo; que es condición de todo mortal rendir tributo al esfuerzo para alcanzar la meta. Del cerebro humano nunca sale, en efecto, la obra perfecta así de repente como palas Atenea brotó de la cabeza de Júpiter.

Sin embargo, ya en la primera memoria 8de 31 de octubre de 1939) que el mando del Grupo de Ejércitos dirigió al Alto Mando del Ejército con propuestas acerca del modo de disponer las operaciones en caso de ofensiva alemana, figuraban las ideas fundamentales del <nuevo plan>.

Se trataba en rigor de dos escritos. En el primero de ellos, diri-

gido por el comandante en jefe del Grupo de Ejército al del Ejércitos nacional, se estudiaba la cuestión fundamental de una ofensiva alemana en la situación de aquel entonces.

Sentaba, en primer lugar, nuestro comandante la afirmación de que cuña ofensiva planeada conforme a las instrucciones del 19 y 29 de octubre no podía tener efectos militarmente decisivos. Alegaba que la proporción de nuestras fuerzas respecto a las del enemigo no nos brindaba perspectiva alguna de victoria aplastante, ni la disposición de ataque frontal de la

operación permitía abrigar esperanzas de que pudiésemos maniobrar para atacarle por los flancos y la retaguardia. Por lo que probablemente habría de terminar la acción en una batalla frontal junto al Somme. Aludía luego a las dificultades que a últimos de otoño y en invierno no podrían por menos de presentarse a nuestro intento de emplear a fondo los elementos de colaboración aérea y blindada que constituían los dos triunfos máximos de nuestra baza.

Con todo, sería indispensable- proseguía el alegato- ir a una ofensiva siempre que su resultado presunto sentase las condiciones previas para poder llevar a la Flota y a la Aviación a una lucha contra las Islas Británicas. A tal objeto no sería suficiente, si nos ateníamos a las experiencias de la primera guerra, conquistar una parte de la costa del Canal, sino que sería indispensable posesionarse previamente de toda la costa septentrional francesa hasta el Atlántico.

Malgastar- prevenía el documento- la potencia ofensiva de nuestro Ejército en procurarnos una victoria parcial, sería imprudencia manifiesta mientras tuviésemos a la Unión soviética a nuestras espaldas. No deberíamos olvidar que en tierra era todavía nuestro Ejército un factor decisivo y que la amistad de los soviéticos sólo nos asistiría mientras contásemos con él.

Ahora bien, la potencia ofensiva alemana podía asegurarse que por el momento descansaba exclusivamente en las divisiones activas, en tanto no hubiesen alcanzado las agrupaciones de nueva creación el grado de instrucción requerido y la íntima cohesión y fortaleza de las activas. Siendo esto así, sólo podíamos contar con estas últimas divisiones, que, por un otra parte, no bastaban para emprender una ofensiva de carácter decisivo.

En cambio, acaso fuese posible hostigar a Inglaterra con la guerra aérea y llevar así a las potencias occidentales a la decisión de tomar ellas mismas la iniciativa a la ofensiva, si bien parecía dudoso que la belicosidad francesa no desmayase ante el costoso

empeño de una ofensiva reclamaba por Inglaterra. Por razonable que fuese nuestro deseo de echar sobre los hombros del enemigo el tributo de sangre que supondría el ataque a posiciones fortificadas y la onerosa responsabilidad de violar la neutralidad belga (y la holandesa), había que reconocer que no íbamos a esperar tampoco eternamente la anhelada iniciativa bélica adversaria, ya que entre tanto iría también cerrando Gran Bretaña todas las brechas que su actual rearme aéreo y terrestre presentaba.

Por otra parte, desde el punto de vista militar, a Inglaterra sólo se la podría combatir eficazmente por mar y aire, y si nosotros dilapidábamos la potencia combativa de nuestro Ejército en acciones de indeciso resultado, ¡no habríamos hecho más que perder la guerra en tierra!

Como fácilmente se comprende, todo lo que este escrito perseguía era la disuasión de una ofensiva alemana prematura (a últimos del otoño o en el invierno), en lo que el mando del Grupo de Ejércitos estaba de acuerdo con el Alto Mando del Ejército. Distinta era, en cambio, la actitud de estos dos mandos en lo relativo al planteamiento de una eventual operación ofensiva alemana. En esto no disimulaba el comandante del Grupo de Ejércitos su rotunda oposición a que tal operación no persiguiese una victoria completa, como no la perseguía su planteamiento implícito en las instrucciones de avance.

En el segundo, escrito que el mando de nuestro Grupo de Ejércitos dirigió al Alto Mando del Ejército el 31 de octubre (véase el apéndice 1), ampliábamos los conceptos contenidos en el primero en forma de una positiva propuesta sobre cómo habría de efectuarse una ofensiva alemana a nuestro modo de ver, y contenía ya las líneas fundamentales del <nuevo plan>, si bien en forma inconclusa. Acentuaba nuestro mando en este documento la necesidad de :

1º. Dislocar el punto de gravedad de la operación conjunta sobre el ala derecha de la misma.

2º. Emplear potentes fuerzas motorizadas, que viniendo del sur pudiesen caer sobre la retaguardia de los efectivos aliados que suponíamos en el norte de Bélgica.

3º. Agregarle otro ejército al Grupo de Ejércitos A, para que el nuevamente incorporado se encargase de anular por vía ofensiva la contraofensiva de altos vuelos que cabía esperar del enemigo contra nuestro flanco sur.

La vista el 3 de noviembre nos hacían luego el comandante en jefe del Ejércitos y el Jefe del Estado Mayor General apenas dejaba resquicio a la esperanza de que nuestra memoria fuese a tener éxito apreciable, aun cuando, por otra parte, me ofreciese ocasión de explicarles, en nombre del coronel general Von Rundstedt, nuestros puntos de vista. Por de pronto, Von Brauchitsch rehusó concedernos, las fuerzas solicitadas (otro ejército y considerables efectivo blindados, como queda dicho), excusándose en estos términos: <De acuerdo, sí me sobrasen

las fuerzas que ustedes reclaman>. Lo que demuestra que distaba mucho de compartir nuestro parecer. Con todo, conseguimos que de las reservas del OKH acabase prometiéndonos una división panzer y dos regimientos motorizados.

Por desgracia, dejaban traslucir bien claramente las primeras figuras del Alto Mando del Ejército, al tiempo que parecían condescender parcialmente con nuestros deseos, las reservas manifiestas que abrigaban respecto de la planeada ofensiva y el escepticismo con que miraban la posibilidad de una decisión rotunda en Occidente. Se informaron, naturalmente, en sus conversaciones con los comandantes de Ejército y con el del Grupo, del estado de sus unidades. Mas a juzgar por su reacción ante las numerosas observaciones y críticas del estado de las divisiones de reciente formación, todo hacía suponer que la planeada ofensiva no les inspiraba gran confianza.

Para contrarrestar esta impresión, dirigió la palabra pocos días después a los generales del Grupo de Ejércitos el coronel general Von Rundstedt, demostrándoles, con su interpretación de las directrices operativas por nosotros propuestas, que ninguna seria objeción admitía en ellas la posibilidad de una victoria total en Occidente, por más que el momento preferible para la ofensiva sería la primavera.

El 6 de noviembre nuevamente echamos mano de las ideas fundamentales en que nos habíamos basado para exponer nuestro criterio sobre las instrucciones de avance a requerimiento del Alto Mando del Ejército, y redactamos con ellas otra memoria más insistiendo en los mismo. Pero la respuesta fue un silencio completo.

Entretanto, las <ranas barométricas> de Hitler, es decir, los meteorólogos del Ministerio del Aire, seguían en su animosa tarea de subir y bajar la escuadrilla. Y el resultado era que tan pronto como predecían un período de buen tiempo, por breve que fuese, daba Hitler la orden de poner en marcha el mecanismo de movilización para prepararse al ataque; y, no bien había tomado la me-

dida, venían las <ranas barométricas> rectificando y todo se desinflaba como una pompa de jabón.

El 12 de noviembre recibíamos la estupenda sorpresa del telegrama siguiente:

Acaba de ordenar el Führer que a continuación del ala sur del Duodécimo Ejército o en los límites de descubierta del Decimosexto se proceda a formar un tercer grupo de fuerzas ligeras para que, procediendo por las fajas de terreno despejadas a ambos lados de Arlon, Tintigny y Florenville, queden situadas en dirección a Sedán y al este. Composición: Mando del XIX Cuerpo de ejército, 2ª y 10ª Divisiones Panzer, una división motorizada, la Leibstandarte y el Regimiento Grossdeutschland.

Este Grupo tendrá por misión:

a) Derrotar a las fuerzas móviles enemigas lanzadas sobre el sur de Bélgica, a fin de facilitar así la misión de los ejércitos 12 y 16, y
b) Ocupar por sorpresa en o al sudeste de sedán la orilla occidental del Mosa, con objeto de conseguir condiciones favorables para la continuación de las operaciones de tanques asignadas al Cuarto y al sexto Ejércitos no pudiesen terciar allí eficazmente.>

Seguía al telegrama la correspondiente ampliación de las instrucciones de avance procedentes del OKH.

De la redacción del telegrama se deducía que esta adscripción del Decimonoveno Ejército al Grupo de Ejércitos A se efectuaba por orden de Hitler. ¿Qué habría pasado para que tal cosa sucediese? Cabía suponer que se debiese a una exposición que poco antes le había hecho a Hitler el comandante del Decimosexto Ejército, general Busch, el cual, por cierto, estaba al corriente de cómo enfocaba yo el problema. Y nada tendría de particular que hubiese aprovechado la ocasión para recomendar nuestro deseo de una rápida irrupción de formaciones de tanques a través de las Ardenas. Tampoco es imposible que se le ocurriera espontáneamente a Hitler la misma idea, puesto que a veces nos desconcertaba con su certero instinto de las posibilidades tácticas y tenía, además, la costumbre de engolfarse en el estudio de los mapas. Pudo, por tan-

1. Observación del autor. Los otros dos Grupos figuraban ya entre los efectivos del Grupo de Ejércitos B.

to, haber caído en la cuenta de que el punto más favorable para cruzar el Mosa estaba en sedán, al paso que más abajo resultaría empresa mucho más ardua para los tanques del cuarto Ejército. Tal vez habría hallado que el paso del Mosa por Sedán era el punto ideal para abrirle al ala sur del Grupo de Ejércitos B al línea del río y pretendiera- como siempre- abarcar a un tiempo todos los objetivos tentadores. El caso es que en la práctica y por más que la adjudicación del cuerpo de tanques nos alegrase, la disposición equivalía a una dispersión de las fuerzas blindadas. Por de pronto, el comandante en jefe del XIX Cuerpo panzer, general Guderian, no estaba en modo alguno satisfecho del nuevo modo de aplicación de su unidad, ni podía estarlo quien como él había sostenido siempre que esta arma debía intervenir en <bloque compacto>. Sólo cuando le hube explicado la idea operativa del Alto Mando del Grupo de Ejércitos y nuestra lucha por conseguir que el punto de gravedad de la acción conjunta pasase al ala sur, o sea, al Grupo de Ejércitos A y Guderian se percató de la magnífica oportunidad de alcanzar la desembocadura del Somme a retaguardia del enemigo, cambió de parecer y abrazó co entusiasmo nuestro plan. Un entusiasmo que ya no le abandonaría y que pareció prestar alas a nuestros tanques en su asombrosa carrera hasta llegar a la costa del Canal a espaldas del enemigo. Para mí fue, naturalmente, un gran alivio el que Guderian no hallase irrealizable el avance a través de las Ardenas, a pesar de las dificultades orográficas.

Mas volviendo a la adscripción del XIX Cuerpo Panzer, debo observar que en la intención de Hitler la disposición no pasaba de una medida táctica para allanar un poco el camino sobre el Mosa al Grupo de Ejércitos B.

Porque tampoco de las instrucciones complementarias de la orden de marcha del OKH se puede inferir la menor novedad en cuanto a señalamiento de objetivo; la novedad, por ejemplo, de perseguir la decisión mediante una maniobra de cerco del enemigo a partir del sector del Grupo de Ejércitos A en dirección a la desembocadura del Somme, o algo que por lo menos apuntase a dicho fin.

El 21 de noviembre nuevamente nos visitaba el comandante general del Ejército con el jefe del Estado Mayor General. A dicho acto habían sido invitados a acudir a Coblenza, además de los jefes del Grupo de Ejércitos A, el comandante en jefe del Grupo B, coronel general Von Bock, con sus jefes de ejército.

La conferencia resultó notable por una especial circunstancia. El coronel general Von Brauchitsch expuso su deseo de que los co-

mandantes en jefe de los Grupos de Ejércitos y los jefes de cada ejército le diesen cuenta respectivamente de sus propósitos y disposiciones correspondientes a la orden de marcha del Alto Mando del Ejército. Pero cuando nos llegó a nosotros el turno- después de haber hablado el comandante en jefe del Grupo B y los jefes de sus ejércitos-, manifestó que le bastaba con oír a los jefes de ejército. Con lo que delataba su intención de esquivarse al riesgo de que el Alto Mando del Grupo de Ejércitos A aprovechase la ocasión para sacar a relucir su discrepancia con el contenido de la orden de marcha.

No nos quedaba, pues, otro recurso que apelar a la prebostes del Alto Mando del Ejército mediante escrito ya preparado, en el que volvíamos una vez más sobre nuestra idea de cómo debería efectuarse la ofensiva (véase apéndice 2).

Tanto en esta memoria como en las dos precedentes del 31 de octubre y 6 de noviembre y en las cuatro que todavía habían de seguir a ésta con fechas 30 de noviembre, 6 y 18 de diciembre y 12 de enero, las líneas generales de nuestra manera de concebir la acción eran las ya mencionadas del plan del Alto Mando del Grupo de Ejércitos, modificadas si acaso en cada una según que la situación del momento reclamase la adopción de este o del otro argumento.

Mas como en el fondo reincidíamos siempre en las mismas ideas operativas y en idénticos consejos, me parece ocioso volver aquí sobre ellos.

Entretanto parece que en la cuestión de la actuación del XIX Cuerpo Panzer en el radio de acción del Grupo de Ejércitos A se había ocupado Hitler de si se le podrían agregar nuevas fuerzas y cómo, en el caso de que las de tanques, agrupadas invariablemente en el sector del Grupo de Ejércitos B no consiguiesen en su embestida el pronto éxito esperado. Lo cierto es que el encargado de llevar el Diario de Guerra del OKH, Greiner, hace constar que a mediados de noviembre había preguntado Hitler al OKH si podría proceder a un reforzamiento de los efectivos blindados de Guderian y cómo habría de hacerse en el supuesto de que tal refuerzo se estimase necesario. Asimismo consigna Greiner que aproximadamente por el 20 de noviembre dispuso Hitler que el Alto Mando del Ejército tomase las oportunas medidas para que, en caso de convenir, se pudiese proceder a un rápido dislocamiento del punto de gravedad de las operaciones del Grupo de Ejércitos B al Grupo A siempre que en este último <surgiesen probabilidades de mayores y más rápidas victorias que en el Grupo B>.

Fue sin duda para cumplir esta orden por lo que el Alto Mando del Ejército situó el XIV Cuerpo Motorizado a la orilla oriental del Rin a la retaguardia del sector de avance del Grupo de Ejércitos A, manteniéndolo como reserva propia, si bien con la expresa condición de que habría de acudir al Grupo o al A, según lo reclamase la respectiva situación.

Está aclarar todavía la cuestión de si Hitler dio espontáneamente en la idea de tomar medidas para un posible traspaso del punto de gravedad al Grupo de Ejércitos A o sí ya por entonces había llegado a sus oídos alguna referencia de las aspiraciones y propósitos del Alto Mando de este Grupo de Ejércitos.

Unos días después de la ya mentada alocución que Hitler había dirigido el 23 de noviembre en Berlín a los altos jefes de los ejércitos de tierra, mar y aire, fueron recibidos por él el coronel general Von Rundstedt y sus acompañantes, generales Busch y Guderian. Y por lo que luego me refirió Busch al regresar conmigo a Coblenza, parece que Hitler se había mostrando en aquella ocasión muy comprensivo con la teoría del Grupo de Ejércitos. Si tal fue el caso, es de suponer que ante todo se debería tratar de llegar a un reforzamiento de los efectivos blindados del Grupo a fin de alcanzar el objetivo por Hitler buscado de abrir la línea del Mosa por Sedán a favor del Grupo de Ejércitos B. la suposición de que fue el coronel general Von Rundstedt el que aprovechase la oportunidad para reivindicar nuestro proyecto en pugna con el contenido en las instrucciones de marcha del Alto Mando del Ejército, no me parece nada sólida, sobre todo teniendo en cuenta la entonces precaria situación del comandante en jefe del Ejército, además de que tampoco Rundstedt me lo hubiera ocultado a mí.

En cuanto a la afirmación de Greiner, de que ya a fines de octubre se había enterado Hitler por su ayudante Schmundt del plan del Alto Mando del Grupo de ejércitos, no deja de antojárseme harto dudosa por lo que a la fecha toca. Verdad es que Schmundt nos visitó por orden de Hitler, a fin de cerciorarse por sí mismo de si era verdad, como nosotros pretendíamos, que las condiciones atmosféricas y el estado del terreno imposibilitaban toda ofensiva. Como también es verdad que nuestro primer jefe de la Sección I, el coronel Blumentritt, y el teniente coronel Von Tresckow informaron entonces confidencialmente a Schmundt de que el mando de nuestro Grupo de Ejércitos había elevado al Alto Mando del Ejército una memoria con un plan de ofensiva a nuestro parecer preferible al conocido.

Días más tarde y autorizado por mí (a regañadientes, pero de acuerdo con el coronel general Von Rundstedt9 también Blumentritt mandó una copia del Plan al coronel Schmundt. Lo que yo ignoro es si éste se la presentó a Hitler o al general Jodl solamente. Tan sólo puedo decir que cuando a requerimiento, de Hitler, el 17 de febrero de 1940, informé personalmente de mi punto de vista sobre la manera como debía efectuarse la ofensiva en occidente, no hizo el alusión alguna a que conociese ya algo de los memoriales por nosotros dirigidos al Alto Mando del Ejército.

Me imagino que acaso desease nuestro Jefe de Estado contar a fines de noviembre con la posibilidad de dislocar eventualmente el punto de gravedad de la ofensiva del Grupo de Ejércitos B al Grupo A en el curso de la acción. Ello no significaba, sin embargo, ni tampoco la aceptación de los principios operativos que informaban nuestro proyecto. Con todo y haber destinado el XIV Cuerpo Motorizado a la retaguardia de nuestro sector de avance como reserva del Alto Mando del Ejército, la orden de despliegue preexistente seguía en plena vigencia: ahora como antes, el éxito habría de depender sobre todo de la compacta embestida del Grupo de Ejércitos B en el norte de Bélgica, al paso que al Grupo de Ejércitos A seguía correspondiéndole la misión de cobertura. Sólo en el caso de que el éxito no se presentase en el Grupo B en la proporción esperada o bien sobreviniese alguno, rápido y sorprendente en el Grupo A, quería Hitler contar con la posibilidad de dislocar el punto de gravedad de la ofensiva a la vista de los acontecimientos.

Esta misma presunción resultaba claramente confirmada por la respuesta que del general Halder (la primera recusación a todas nuestras propuestas precedentes), obtuvo el 30 de noviembre la última memoria por nosotros cursada en relación con el plan de operaciones 8véase apéndice 3).

Decía yo en ella que ahora ya no cabía duda de que un segundo punto de gravedad- en el Grupo de Ejércitos A- se perfilaba, que haría indispensable, en el supuesto de que prosperase la penetración por las Ardenas, la ampliación del objetivo por nosotros propuesto y la orientación total de la operación en el sentido que veníamos aconsejando.

La respuesta que el general Halder me dio, fue la de que no podía negarse que la mayoría de los conceptos de nuestra moción coincidían con los del Alto Mando del Ejército, sin otra diferencia de importancia que la de que las medidas hasta entonces tomadas

por el Alto Mando (en relación con los Cuerpos 19 y 14) no suponían formación de ningún nuevo punto de gravedad, sino sólo la posibilidad de crearlo. Decía además literalmente: <La efectiva formación de un punto de gravedad ha pasado, en virtud de cusas que no dependen de nosotros, de un problema de despliegue a convertirse en un problema de mando durante la misma operación.

Dos cosas podían inferirse de esta respuesta. Primeramente que Hitler se había reservado la decisión fundamental incluso en la ejecución de la ofensiva, y en segundo lugar, que su intento era subordinar al curso de ésta la formación del punto de gravedad; resultando de todo ello que o no conocía el plan de operaciones del mando del Grupo de Ejércitos, o no estaba dispuesto a pasar por él.

Hizo nacer en mí esta última sospecha una respuesta telefónica del general Halder, que recibí el 15 de diciembre.

El 6 de aquel mes había insistido con un escrito personal cerca del jefe del Estado Mayor General, en el que alegaba todas las razones en pro de nuestro plan de operaciones (véase apéndice 4), y aun diría que en aquel escrito estaba el <nuevo plan> completo en forma de propuesta operativa. Como llegase el 15 de diciembre sin haber recibido yo respuesta alguna del general Halder, llamé al primer jefe de la Sección de Operaciones del Estado Mayor, general Von Stüpnagel, y le pregunté si era que el Alto Mando del Ejército había resuelto hacerse el muerto en lo tocante a nuestras propuestas. La respuesta fue la llamada de Halder a que antes aludo, en la que me aseguraba que ellos estaban enteramente de acuerdo con nosotros, pero que tenían orden terminante de mantener el punto de gravedad en el Grupo de Ejércitos B, o bien, de disponer las cosas de suerte que en el curso dela ofensiva pudiese ser dislocado.

Cabría deducir de tal respuesta que el Alto Mando del Ejército había aceptado efectivamente nuestra solución e informado de ella a Hitler en una u otra forma, aunque como moción espontánea. Y, sin embargo, por aquellos mismos días me refirieron el representante de Jodl, general Warlimont, y el primer oficial de Estado Mayor del Alto Mando de la Wehrmacht, Von Lossberg, ¡que jamás le había hablado el Alto Mando del Ejército a Hitler en el sentido de nuestra propuesta! Una situación, como puede verse, harto intrincada para nosotros.

Después de todo, tanto si el Alto Mando del Ejército estaba realmente de acuerdo con nosotros como si solamente lo simulaba, lo cierto era que la solución de atribuir si acaso en el curso de

la ofensiva el punto de gravedad al Grupo de Ejércitos A, no se conciliaba ni remotamente con la idea operativa que el mando de este Grupo acariciaba.

Ya Napoleón había hallado en su tiempo la fórmula: On s´engage partout et on voit, que para los franceses pasaría a convertirse en axiomática, sobre todo desde que en 1914 habían salido tan escaldado de su iniciativa en Lorena. Una fórmula que en 1940 pudo haber adoptado sin duda el mando aliado y que debiera haber aplicado esperando, ya que deseaba endosarnos la iniciativa. Pudo y debió haber eludido la decisión en Bélgica, para proceder luego en segundo envite a un contraataque sobre el flanco sur de nuestra ofensiva con potentes efectivos.

En cambio, para nosotros no quedaba posibilidad de esperar a ver dónde y cuándo iría a convenirnos jugar los mejores triunfo, toda vez que el plan operativo del Alto Mando del Grupo de Ejército descansaba en el supuesto de sorprender al enemigo. Era, en efecto, sumamente improbable que recelase de la posibilidad de lanzar a través de los boscosos montes de las Ardenas grandes formaciones de tanques seguidas de todo un ejército. Al mismo tiempo, esta arremetida sólo podría alcanzar su meta operativa, que era el Somme inferior, si se conseguía arrollar a las fuerzas enemigas lanzadas en avanzada por el sur de Bélgica aproximadamente. Habríamos de coincidir con sus restos en el cruce del Mosa si queríamos tener probabilidades de caer sobre la retaguardia de los ejércitos enemigos enfrentados en el norte de Bélgica con el Grupo de Ejércitos B.

Tampoco el intento de abortar el avance de fuertes reservas enemigas sobre nuestro flanco sur- acaso entre el Mosa y el Oise- previniéndolo con nuestra ofensiva, para de este modo procurarnos la situación de partida operativamente favorable para el <segundo acto> en el que habríamos de destruir los restos de las fuerzas enemigas; tampoco, digo, podría este intento prosperar si no contábamos de antemano con superioridad de medios en el sector.

Esperar <a ver qué vientos soplaban> (literalmente, < a ver cómo corría la liebre>) para saber adónde habíamos de dislocar el punto de gravedad, hubiera equivalido a renunciar a la oportunidad de aniquilar a las fuerzas enemigas del norte de Bélgica mediante un movimiento envolvente del sur, al mismo tiempo que le cedíamos al enemigo la posibilidad de contraatacar nuestro flanco sur con poderosas reservas y aprovechar así su coyuntura de victoria. Mas él no llegó a sacar de la ocasión todo el rendimiento que pudo.

A la ocurrencia de esperar antes de asignar fuerzas suficiente al Grupo de ejércitos A y condicionar la atribución a él del punto de gravedad a la posibilidad de cosechar una victoria sorprendente con efectivos escasos, le viene como anillo al dedo el dicho de Moltke, de que <un error cometido en el primer despliegue ya no tiene remedio>.

Por eso no se debió haber esperado a conocer el cariz que nuestra ofensiva tomaba, o a si el compacto ataque del Grupo de Ejércitos B trituraba a las fuerzas enemigas del norte de Bélgica, o a si tal vez el XIX Cuerpo Panzer conseguía llegar por su cuenta a sedán. Si se quería aceptar el pan del mando del grupo de Ejércitos, había que facilitarle desde el primer momento efectivos suficientes de tanques y tres ejércitos 8aun cuando al tercero sólo se e pudiese incorporar al avance cuando se hubiera ganado espacio suficiente). Que por eso fue por lo que en mi moción del 6 de diciembre había solicitado para el Grupo de Ejércitos, en lugar de dos ejércitos con 22 divisiones de infantería y un solo Cuerpo de tanques, tres ejércitos con 40 divisiones y dos Cuerpos ligeros. (Cifra que por cierto se alcanzó, una vez aceptado nuestro plan cuando Hitler hubo terciado en la cuestión).

La lucha del Alto Mando del Grupo de Ejércitos por imponer el plan de sus preferencias no había terminado. Ahora se trataba especialmente de que ya desde el comienzo reforzase el XIV Cuerpo Motorizado al XIX Panzer en su avance a través de las Ardenas, en el cruce del Mosa aguas debajo de Sedán y por esta misma localidad, hasta llegar al Somme inferior. Además, reclamábamos que de antemano se nos asignase un tercer ejército para proceder por vía ofensiva contra cualquier eventual tentativa del enemigo de caer sobre nuestro flanco sur a occidente del Mosa.

Si conseguíamos ambas concesiones, era indudable que la ofensiva- concordase o no con nuestro criterio el Alto Mando del Ejército- habría entrado por la vía de los resultados decisivos.

Desde luego que tampoco nuestro plan de operaciones habría tenido, como Moltke dijera, un alcance seguro más allá del primer encuentro con el grueso de las fuerzas enemigas…, si ya en su período inicial se atollase el ataque por insuficiente de efectivos.

Pero no ha limitado Moltke sus enseñanzas a la que la citada frase encierra, sino que también ha dicho que el caudillo militar <nunca deberá perder de vista su primer objetivo> por encima del primer choque con el enemigo. Y este objetivo no podía ser otro para nosotros que la consecución de una victoria decisiva en el

Continente. Con la mira puesta en ella debía ser concebida y acometida desde el primer momento la ofensiva alemana, aun cuando la decisión plena no fuese asequible sino en dos fases. El consejo de Napoleón a donde iba a parar en último término la precaución de Hitler de reservarse la asignación del punto de gravedad, acaso en otra ocasión hubiera venido a cuento; en la nuestra sólo nos servía para renunciar a una victoria rotunda.

Como mi escrito del 6 de diciembre al jefe del Estado Mayor General no había dado el resultado apetecido, el 18 de dicho mes le presenté al coronel general Von Rundstedt un <proyecto de orden de despliegue> para la ofensiva occidental, cortado a la medida de nuestra visión operativa 8véase apéndice 5). Este esbozo había de servirle de guión para una exposición ante el comandante en jefe del Ejército, y, siempre que éste lo autorizase, para repetirla ante Hitler. Ante Von Brauchitsch habló, en efecto, el 22 de diciembre, mas no ante Hitler. Además de que también cursamos el proyecto por escrito al Alto Mando del Ejército, toda vez que yo esperaba que la forma concreta que de esta suerte dábamos a nuestras concepciones operativas habría de tener un efecto más convincente que nuestras precedentes explicaciones teóricas, y que acaso la Sección de Operaciones se movería ahora a estudiar a fondo y comprender el nervio de la propuesta. Luego, he sabido, después de terminada la guerra, que la Sección de Operaciones n había recibido del general Halder nuestras mociones relativas a la ofensiva de occidente.

En la segunda quincena de diciembre empeoró de tal manera el tiempo que no cabía pensar en una ofensiva inmediata. Por otra parte, estimamos prudente concederles una pausa a nuestros apremios en pro de una modificación del plan de operaciones, toda vez que materia para reflexionar sobre la cuestión habíamos facilitado ya bastante. De otra suerte pude celebrar las Navidades en casa. A mi regreso de Liegnitz a Coblenza pasé por las oficinas del Alto Mando del Ejército en Zossen, para recoger impresiones sobre la evolución que entretanto hubiese experimentado el criterio de aquellos señores respecto de nuestro proyecto operativo, y pude oír nuevamente de labios del general Von Stüpnagel que el alto organismo estaba plenamente de acuerdo con nosotros, pero se veía obligado por orden de Hitler a mantener en suspenso la determinación del punto de gravedad de la ofensiva. Seguía siendo tan dudoso como siempre que el comandante en jefe del Ejército le hubiese hablado siquiera a Hitler de nuestras propuestas. Yo me

Incliné más bien por suponer que no, en vista de que el entonces primer oficial de la Sección de Operaciones, teniente coronel Heusinger, aseguró que desde el 5 de noviembre no había vuelto Von Brauchitsch a entrar en el despacho de Hitler.

Con la llegada del nuevo año, las <ranas barométricas> de Hitler cobraron aliento y entraron nuevamente en funciones. Llegaron las primeras heladas y con ellas los días fríos y serenos que prometían un período de buen tiempo, propicio para la eficaz intervención de la Luftwaffe, por más que las bajas temperaturas, reforzadas al efecto por una gruesa capa de nieve que tapizaba el Eifel y las Ardenas, representasen más bien un obstáculo para los tanques.

De todos modos, Hitler lanzó nuevamente la consigna que puso en movimiento todo el complicado mecanismo de marchas para concentración en las posiciones de espera.

Así las cosas, el mando del Grupo de Ejércitos volvió a la carga el 12 de enero con otra memoria al Alto Mando del Ejército bajo el título de <Ofensiva occidental>, en la que se exponía una vez más nuestro punto de vista sobre cómo habría de disponerse una ofensiva que persiguiese la victoria resolutiva en dicho frente (véase apéndice 6). Y no es que al proceder de esta suerte nos creyésemos capaces de conseguir una modificación o rectificación de la orden de despliegue, sino que suponíamos que acaso en el curso mismo de su ejecución podrían aún tomarlo en consideración a tiempo para influir en las operaciones. Pensábamos además que, tantas veces como había sido rectificada la orden de avance, muy bien podría suceder ahora lo mismo y quedar, entretanto, tiempo suficiente para recapacitar sobre la conveniencia de modificar el plan operativo.

Claro está que para llegar a este resultado habríamos de echar antes a un lado el obstáculo que hasta entonces había frenado la marcha de nuestro intento, y era condición indispensable puntualizar en donde estaba el verdadero óbice. A juzgar por lo que el Alto Mando del Ejército venía diciéndonos, podíamos desechar todo recelo respecto de su propia actitud, en todo concordante con la nuestra. El quid estaba, por lo visto, en la discrepancia de Hitler y en sus consiguientes órdenes de que la determinación del punto de gravedad quedase dependiendo del curso de las operaciones. Mas en nosotros surgía la duda siguiente. ¿habría el Alto Mando informado a Hitler de nuestro plan, que tanto difería del planteado por aquél en su orden de despliegue? ¿Iba a ser imposible convencer a Hitler si se le presentase un plan de operaciones que en vez de limitarse a per-

seguir éxitos parciales, de antemano pusiese de manifiesto la posibilidad de alcanzar una decisión rotunda en el oeste? (Posibilidad en la que, a nuestro parecer, no habían llegado a creer todavía ni Hitler ni las primeras figuras del Alto Mando del Ejército.)

para poner en claro esta cuestión era para lo que van Rundstedt había terminado el escrito en que autorizaba con su firma la memoria <Ofensiva occidental> con el párrafo siguiente:

Enterado el grupo de ejércitos; en virtud de la orden del Alto Mando de la Wehrmacht, de que el Führer y comandante supremo de los Ejércitos se ha reservado la facultad de decidir durante el curso de las operaciones la atribución del punto de gravedad, reteniendo así la supremacía del mando, de modo que ya el Alto Mando del Ejército carece de libertad de adoptar resoluciones, ruego tengan a bien presentarle al Führer la propuesta adjunta 8se refería a la memoria de que antes hablo). Firmado: Von Rundstedt.

No he de negar que esta solicitud, al punto suscrita por el coronel general a instancias mías y por mi consejo cursada, quebrantaba en cierto modo las normas de la tradición militar alemana, según la cual solamente el comandante en jefe del Ejército y en su representación el jefe del Estado Mayor general tenían facultades para proponerle proyectos a Hitler.

Sin embargo, si realmente coincidía el Alto Mando con nuestro criterio en la cuestión, siempre podría adoptar el plan de operaciones y proponérselo a Hitler como cosa suya. Con lo que tal vez tendría una providencial ocasión de impresionarle y recobrar así su posición de autoridad irrecusable y exclusiva en materia de operaciones terrestres. Si tal fuese el resultado, nadie se habría felicitado de él tanto como yo, que en su día había bregado sin descanso con el general Von Fritsch y con el general Beck, en mi calidad de primer jefe de la Sección de Operaciones, por la incolumidad de atribuciones del Alto Mando.

Si, en cambio, suponíamos que el Alto Mando se hubiese esforzado en vano hasta entonces por sacar adelante nuestro plan con-

1. Que los del mando del Grupo de Ejércitos no habíamos tenido interés alguno en que la paternidad del plan de operaciones fuese conocida, lo pone de manifiesto el hecho de que, efectivamente, no ha sido del dominio público hasta que después de la guerra la delataron el mariscal Von Rundtedt y el general Blumentritt en los coloquios que tuvieron con el escritor militar británico Liddell hart.

tra los prejuicios hitlerianos, también cabía esperar ahora que la coincidente propuesta presentada a Hitler por un hombre que él estimaba tanto (como era el caso del coronel general Von Rundstedt), reforzaría considerablemente el valimiento del Alto Mando del Ejército.

¡Quién sabe si no iríamos a conseguir disuadir a Hitler de su empeño en condicionar la determinación del punto de gravedad al curso eventual de las operaciones! Que era, precisamente, el verdadero obstáculo que sé alzaba ya ante la meta de nuestras aspiraciones, si habíamos de dar crédito a lo que el mismo Alto Mando venía diciéndonos.

Mas la respuesta que esta nueva gestión nuestra obtuvo fu decepcionante. Se nos decía en ella que estábamos en un error al suponer que el Alto Mando del Ejército sólo perseguía objetivos parciales, puesto que la prosecución y complemento de los expresamente señalados estaba prevista y vendría en momento oportuno. Aseguraban haber tomado todas las medidas para la ulterior asignación de refuerzos y del correspondiente Estado Mayor al Grupo de Ejércitos A, si bien se reservaba el comandante en jefe del Ejército la elección del instante preciso en que habría de proponerle a Hitler la conveniencia de que ordenase la fijación del punto de gravedad. Y terminaban por la afirmación de que no se había estimado necesario presentarle nuestra memoria, por su coincidencia con lo ya conocido.

Pese a que en esta respuesta se nos dijera también que el comandante en jefe del Ejército compartía los puntos principales del memorándum, a nosotros no podía ocultársenos su manifiesta renuencia a proponerle a Hitler modificaciones fundamentales del plan de operaciones en el sentido rivindicado por nuestras instancias.

La realidad era que la orden de despliegue ya conocida seguía en vigor y que la decisión habría de buscarse en Bélgica por el ataque frontal del grupo de Ejércitos B al que correspondería el punto de gravedad, al menos en la primera fase de la ofensiva.

A cargo del Grupo A seguiría estando la cobertura de la operación, sin que su misión fuese ampliada en el sentido de atacar también por retaguardia en dirección al Somme inferior a las fuerzas enemigas batidas frontalmente en el norte de Bélgica por el Grupo B.

El eventual dislocamiento del punto del punto de gravedad sobre el Grupo de ejércitos A siguió dependiendo del giro que la operación to-

mase, al paso que se rehusada asignar de antemano a dicho Grupo las fuerzas de tanques que demandaba como condición indispensable para conseguir en el sur de Bélgica el efecto de sorpresa que le permitiese acometer por retaguardia al enemigo en dirección a la desembocadura del Somme. Como tampoco se le dio seguridad alguna de poder asignarle un ejército más a los efectos de cobertura ofensiva contra el temido contraataque enemigo.

En una palabra, <mantenella y no enmendalla> era lo que se hacía con la <equivocación en el primer despliegue, imposible de reparar luego>. No se quería tomar la decisión de una operación que, como en febrero de 1940 dijo el general Jodl, <representaba una argucia operativa, una veleidad temeraria, en la que podríamos vernos trapados por el dios de la guerra.

De modo que podemos concluir suponiendo que ambos altos mandos, el alemán y el aliado, coincidieron indeliberadamente en estimar más recomendable por más seguro embestirse frontalmente en el norte de Bélgica que no afrontar el riesgo de una operación audaz. Los alemanes optamos por esta solución ortodoxa al desechar el plan del Grupo de Ejércitos A, y los aliados, al no procurar eludir una decisión en Bélgica para poder luego lanzarse en impetuoso contraataque sobre el flanco sur de la ofensiva alemana.

Entretanto había sucedido una cosa a la que luego habrían de atribuir muchos influencia decisiva en el ulterior modificación del plan de operaciones en sentido concordante con el propuesto por el Grupo de Ejércitos.

Había aterrizado por equivocación en Bélgica el primer oficial al frente de la Sección de Operaciones de la 7ª División Paracaidista, que hubo de dejar así en manos de los belgas parte por lo menos de las instrucciones de avance de la Primera flota Aérea. Había que contar, por tanto, con que las potencias occidentales fuesen puestas al corriente por Bélgica del plan de operaciones adoptado.

No tuvo, con todo, el desafortunado incidente la virtud de suscitar todavía una efectiva modificación del plan, por más que parezca razonable suponer que algo contribuyó a predisponer a Hitler y al Alto Mando del Ejército a pasar al fin por el aro. Al menos los cambios de impresiones que el 25 de enero tuvieron lugar entre el comandante en jefe del Ejército y los de los grupos de Ejércitos A y B y asimismo con los jefes de los correspondientes ejércitos de estos Grupos en Coblenza y en el balneario de Godesberg respetivamente, no acusaban modificación alguna en el enfoque fundamental del OKH, y eso que aquel cambio de impresio-

nes tuvo lugar bastante tiempo después del desdichado aterrizaje en Bélgica. Las misiones de los Grupos de Ejércitos y de cada uno de estos seguían siendo las mismas. Solamente se ampliaba un poco la del Grupo B en el sentido de que ahora su Decimoctavo Ejército habría de ocupar toda Holanda y no tan sólo la parte hasta entonces prevista situada fuera del sector <fortaleza holandesa>. Para el Grupo A, en cambio, todo seguiría como antes, ya que si bien el Cuartel General del Segundo Ejército quedaba bajo nuestra jurisdicción, tendría que seguir a disposición del OKH, lo mismo que el XIV Cuerpo Motorizado. Y eso que por orden de mi jefe había puesto yo de manifiesto en el correspondiente informe que el encomendar al solo XIX Cuerpo Panzer el raid a través de las Ardenas dejaba la cosa en mero paliativo, del que no cabía esperar un éxito en Sedán, por cuanto el enemigo habría llevado entretanto al Mosa fuerzas considerables (el Segundo Ejército francés), que allí se aprestarían a la defensa. Ni por esas se dejó convencer el coronel general Von Brauchitsch, sino que insistió en que no podía poner a disposición nuestra el XIV Cuerpo Motorizado. Señal inequívoca de que el Mando Supremo seguía aferrado a su manía de que la determinación del punto de gravedad y su eventual atribución al Grupo de ejércitos A dependiese del curso de la operación. Y una prueba también de que ni siquiera el contratiempo de la revelación de nuestros planes al enemigo a consecuencia del aterrizaje en Bélgica había podido persuadir a nuestros primates a modificar el plan de despliegue.

En nuestro decidido empeño de no dejar ante ninguna dificultad, el mando del Grupo de Ejércitos amplió, así y todo, las explicaciones que el 25 de enero le había dado yo al comandante en jefe del Ejército, en una nueva memoria de fecha 30 de aquel mes, basándose en el cambio que suponían las noticias que entre tanto habíamos recogido del enemigo. Poníamos de relieve ahora que en lo sucesivo había que contar con que el enemigo lanzaría fuertes contingentes franceses sobre el sur de Bélgica y especialmente unidades rápidas. En tal supuesto, sería temerario esperar que bastase el solo XIX Cuerpo de Panzer para batir a los grupos enemigos y forzar además el paso del río.

Un simulacro de gabinete, efectuado el 7 de febrero en Coblenza para presentar plásticamente el avance del XIX Cuerpo Panzer y de los dos ejércitos del Grupo, vino a reforzar nuestras presunciones, mostrándonos a lo vivo cuán problemático iba a ser e lanzar a la empresa aquel único cuerpo de tanques. Entonces tuve la

impresión de que el general Halder, que había asistido al acto, empezaba a percatarse de lo justificado de nuestras aprensiones.

Entretanto, mi situación personal experimentó un cambio brusco y sorprendente. El 27 de enero me comunicaban que había sido nombrado comandante en jefe del XXXVIII Cuerpo de Ejército (Infantería), que iba a ser formado en territorio nacional. Por lo que el coronel general Von Rundstedt me dijo, le había informado confidencialmente el comandante en jefe del Ejército del traslado de su jefe de Estado Mayor con ocasión de la ya citada conferencia del 25 de enero. Como justificación, le había dado la de que no se me debía posponer al general Reinhart, más moderno que yo, al proceder al nombramiento o promoción de nuevos comandantes en jefe, en la que también a éste le habían atribuido el mando de un Cuerpo. No podía reprochársele a mi nombramiento la menor desviación de las normas reglamentarias de ascenso, indudablemente; sin embargo, la cosa se nos antojó bastante sospechosa, por cuanto suponía un cambio de jefe de Estado Mayor en vísperas de una gran ofensiva y porque la cuestión de categoría pudiera haberse resuelto por otro procedimiento. Por eso se hacía difícil dudar de que mi relevo del cargo en el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos pudiese obedecer a otra razón que al deseo del Alto Mando del Ejército de desembarazarse de la molesta insistencia de quien había tenido el impertinente arranque de oponer a sus planes operativos uno de su propia minerva.

A continuación del antes citado simulacro bélico de gabinete, que yo había comandado, el coronel general Von Rundstedt me felicitó a presencia de todos los espectadores por mi labor como jefe de su Estado Mayor, con la generosa elegancia que le caracterizaba. Tuve también la satisfacción de que los comandantes de Ejércitos dependientes de nuestro Grupo, generales Busch y List, así como también el general Guderian, no sólo me expresasen su sentimiento por mi traslado, sino que se les viese realmente consternados por la noticia.

El 9 de febrero salía de Coblenza para pasar por de pronto a Liegnitz.

No por eso mis leales colaboradores, el coronel Blumentritt y el teniente coronel Von Tresckow, se apocaron y se plegaron a dar por perdid la lucha entablada para sacar a flote nuestro plan de operaciones.

Sospecho que debió ser Tresckow quien apretó a su amigo Schmundt, primer ayudante de Hitler, para que me procurase algu-

na ocasión de exponerle personalmente a éste nuestro punto de vista acerca de cómo deberíamos plantear una ofensiva en Occidente.

Lo cierto es que el 17 de febrero se me citaba en Berlín, para que con los demás comandantes en jefe de nuevo nombramiento le fuésemos presentados a Hitler. Con tal ocasión tuvimos un lunch en el que Hitler llevó casi siempre la palabra, como solía. Recuerdo perfectamente el sorprendente dominio con que trataba de las novedades técnico-militares aparecidas incluso en los países enemigos. Comentó igualmente la noticia reciente de la agresión del destructor inglés al vapor Altmark en aguas de soberanía Noruega, legando con muchas razones a la conclusión de que los Estados pequeños no podían en realidad defender su neutralidad.

Cuando terminado el refresco nos despedíamos, me sorprendió Hitler con la invitación a que le siguiese a su despacho, en donde seguidamente hube de exponerle, porque así me lo ordenó, mi parecer sobre cómo debía disponerse la ofensiva en Occidente. Ignoro si ya por su ayudante jefe se hallaba al corriente de nuestro plan y hasta qué punto lo estaría. Lo que, en cambio, eché de ver al momento fue la extraordinaria presteza con que se compenetraba de los puntos de vista que el Grupo de ejércitos trataba de imponer desde hacía meses, así como que en todo se mostraba de acuerdo con nosotros.

De aquella conversación tomé seguidamente las notas que la memoria me permitía con destino al mando del Grupo y que a continuación reproduzco:

El último jefe del estado Mayor del Grupo de ejércitos A acaba de tener ocasión, el 17 de febrero de 1940, con motivo de su presentación como comandante en jefe del XXXVIII Cuerpo de Infantería, de exponerle al Führer la forma en que dicho Grupo concibe una ofensiva en Occidente. El contenido de sus explicaciones fue el siguiente:

1º. El objetivo de la ofensiva occidental tendría que ser alcanzar la decisión en tierra. Los objetivos parciales que resultarían del planteamiento actual de la ofensiva según se desprende de la orden de despliegue; tales como la derrota de efectivos locales adversarios en la mayor cuantía posible y la ocupación de algunos sectores de la costa del Canal, no compensarían el elevado precio político y militar a que habríamos de conseguirlos. El objetivo tiene que ser la victoria completa en tierra.

Por consiguiente, las operaciones han de ir enfocadas de antemano a obtener una plena decisión en Francia, al aniquilamiento de todo espíritu de resistencia francés.

2º. Esta premisa exigiría que el punto de gravedad de la operación agresiva quedase claramente fijado desde el principio en el ala sur, o sea, en el grupo de Ejércitos A, y no en el Grupo B o condicionado en forma potestativa, como resulta de la orden de despliegue. Con el actual planteamiento se podría en el mejor de los casos, derrotar frontalmente a las fuerzas anglo-francesas que avanzasen por Bélgica y hacerlas retroceder hasta el Somme, en donde es probable que la operación se estancase.

Dislocando el punto de gravedad sobre el ala izquierda del Grupo de Ejércitos A, que habría de avanzar por el sur de Bélgica y cruzar el Mosa en dirección al Somme inferior, los grandes contingentes enemigos que presumimos en el norte de Bélgica rechazados frontalmente por el Grupo de Ejércitos B quedarían copados y aniquilados por la maniobra del primero de los grupos. Esta maniobra solamente será posible si el Grupo A alcanza rápidamente el Somme inferior, y constituiría la primera parte de la campaña. Una vez cortada así la maniobra envolvente de nuestra fuerte ala derecha sobre el Ejército francés.

3º. La citada misión del Grupo de Ejércitos A supone su articulación en tres ejércitos; de suerte que aún habría que añadir uno al ala norte.

El ejército situado al extremo norte del Grupo 8el Segundo) tendría por misión avanzar sobre el Mosa hasta el Somme inferior, para cortar a las fuerzas enemigas en supuesta retirada ante el Grupo de Ejércitos B.

Más al sur, un segundo ejército (el Decimosegundo) avanzaría sobre el Masa a ambos lados de Sedán, para girar luego al sudoeste y prevenir mediante ataques cualquier tentativa francesa de contraofensiva al oeste de Mosa con efectivos importantes.

Al tercer ejército (el Decimosexto) le correspondería ante todo la cobertura defensiva de la operación en el flanco sur entre el Mosa y el Mosela.

Sería indispensable que la Luftwaffe desbaratase o castigase duramente el avance francés en su mismo origen, puesto que los franceses, si fuesen a tomar alguna decisión audaz, seguramente tratarían de efectuar un contraataque de gran estilo a Occidente o a ambos lados del Mosa, extendiéndolo acaso hasta el Mosela.

4º. El lanzar al XIX Cuerpo Panzer en solitario a cruzar el Mosa por Sedán no sería efectivo, porque si el enemigo nos saliese al paso en el sur de Bélgica con importantes fuerzas motorizadas, el cuerpo resultaría insuficiente para anularlo con rapidez y cruzar luego con los restos la línea del Mosa. Mientras que si el adversario se limitase a defender el paso del río, tampoco sería el cuerpo

panzer lo suficientemente poderoso, dada la actual proporción de fuerzas, para forzar el paso.

Si lanzásemos en vanguardia fuerzas motorizadas, habrían de consistir por lo menos en dos cuerpos para el sector actual del Grupo de Ejércitos, de suerte que cruzasen el Mosa simultáneamente por Charleville y Sedán, independientemente de la acción de los tanques del Curto Ejército en dirección al Mosa por Givet. En consecuencia, el XIV Cuerpo habría de ir desde el primer momento adjunto al Cuerpo de Guderian, en vez de dejar indecisa su aplicación a uno u otro de los Grupos de Ejércitos A Y B.

El Führer ha dado su expresa aprobación a estos puntos de vista. Poco tiempo después se dio la nueva orden definitiva de despliegue.

Por desgracia, no me ha sido posible obtener la orden en cuestión. Sólo sé que fue librada por disposición de Hitler de 20 de febrero.

En sustancia, contenía las siguientes disposiciones, por cuya adopción tanto habíamos venido luchando

1º. Lanzábamos por delante dos Cuerpos de tanques 8el XIX, al mando del general Guderian, y el XIV, al del general Von Wietersheim) contra la línea del Mosa, que cruzarían por Sedán-Charleville. Ambos dependerían del mando de nueva creación de un grupo acorazado a las órdenes del general Von Kleist.

2º. Asignábamos definitivamente el mando del Segundo Ejército (hasta entonces dependiente del Grupo B) al Grupo de ejércitos A, al paso que se le destinaban las fuerzas necesarias para la formación de un tercer ejército. Con lo que la incorporación de este ejército podría efectuarse tan pronto como la amplitud del sector de ataque a disposición del Grupo de Ejércitos, en virtud de la conversación del decimosexto hacia el sur, lo consintiese.

3º. El Cuarto Ejército 8hasta ahora con el Grupo de ejércitos B) pasaba a depender del Grupo A, a fin de procurarle a éste el espacio necesario para maniobrar en dirección al Somme inferior. (Ya el Grupo de ejércitos insistido siempre en que se le incorporase a su sector por lo menos el cuerpo situado en el extremo sur del ejército en cuestión para poder ampliar su sector de ataque. Y si bien es verdad que el consejero ministerial Greiner consigna tal medida

como tomada en fecha muy anterior, o sea en noviembre, no cabe duda de que se trata de un error, puesto que el hecho se produjo en íntima dependencia de la nueva orden de despliegue.)

Ya se ve que en estas nuevas disposiciones del Alto Mando del Ejército se tuvieron perfectamente en cuenta, por tato, los puntos de vista del mando del Grupo de Ejércitos. Así, por ejemplo, el punto de gravedad de la operación conjunta fue asignado al ala sur en cuanto lo consentía la amplitud del espacio, disponible al norte de la Línea Maginot y la red de carreteras en él existentes. Aun así, el Grupo de Ejércitos B seguía lo bastante potente con sus tres ejércitos para llevar a cabo su misión en el norte de Bélgica y en Holanda con el rotundo éxito con que lo hizo.

A su vez, el Grupo de Ejércitos A podía contar ya con la posibilidad de efectuar a través de las Ardenas y allende el Mosa hasta el Somme inferior un raudo avance que sorprendiese al enemigo y cortase la retirada al otro lado de este río de sus fuerzas empeñadas en la batalla del norte de Bélgica. Asimismo podría ya hacer frente eficazmente a cualquier contraataque enemigo de altos vuelos contra el flanco sur del asalto alemán.

Por lo que toca a la ejecución de la operación agresiva alemna en mayo de 1940, quisiera consignar las siguientes observaciones:

Merced a la superioridad de las tropas alemanas, y especialmente de las agrupaciones de tanques, la embestida del Grupo de Ejércitos B obtuvo un éxito superior al que se hubiera podido esperar de su ataque ineludiblemente frontal y de la invulnerabilidad de las fortalezas belgas. Contribuyó, con todo, de modo decisivo a la completa derrota de las fuerzas aliadas del norte de Bélgica la acometida que tan por sorpresa se abrió paso a través de las Ardenas, trasponiendo el Mosa y llegando hasta la desembocadura del Somme y los mismos puertos del Canal. Fueron alma de la afortunada expedición, además de la enérgica actuación de su comandante, coronel general Von Rundstredt, tan compenetrado y poseído de sus directrices, el brío admirable con que el general Guderian supo verter a la viva realidad la idea operativa del Grupo de Ejércitos.

Por el contrario, en el norte de Bélgica el éxito no fue tan completo como pudiera haber sido. Allí consiguió el enemigo, según la referencia de Churchill, evacuar por Dunkerque 338.226 hombres (entre ellos, 26.176 franceses), aunque para ello tuviera que aban-

donar todas las armas pesadas y la impedimenta voluminosa. Esta frustración a nadie más iba de atribuirse que a la intervención de Hitler, que por dos veces contuvo el impetuoso avance de las vanguardias blindadas, la primera cuando irrumpían hacia la costa, y la segunda, a punto ya de lanzarse sobre Dunkerque. Tres han sido la hipótesis o explicaciones propaladas para justificar esta última orden, que en rigor vino a ser como tenderles a los ingleses puente de plata sobre el Canal. Según la primera, Hitler había querido preservar sus tanques para la segunda parte de la campaña francesa, además de que Keitel le habría informado de que el terreno en torno a Dunkerque era inadecuado para el empleo de dicha arma. La segunda hipótesis supone que Goering debió asegurarle al Führer que bastaba la Luftwaffe para impedir que los ingleses escapasen de la ratonera. Y la verdad es que, dada la necesidad que Goering sentía de afianzar su valimiento y su conocida tendencia a la baladronada, no me parece nada temerario atribuirle semejante jactancia. En todo caso militarmente considerados, ambos argumentos son falaces. La tercera hipótesis alegada como explicación pretende que Hitler procuró deliberadamente que los ingleses pudiesen retirarse- según parece que se desprendía de una conversación sostenida por el Jefe del Estado con el coronel general Von Rundstedt-, porque suponía que de esta suerte podría llegar luego más fácilmente a un arreglo con ellos.

Comoquiera que haya sido, lo cierto es que el hecho de haber dejado que los ingleses pudiesen escaparse de Dunkerque constituyó una de las más graves equivocaciones de Hitler. Por ella habría de verse más tarde cohibido en su propósito de invadir Inglaterra y ella habría de ser también la que con el tiempo permitiría a los ingleses tomar la iniciativa de la guerra en África y en Italia.

No cabe duda de que Hitler captó perfectamente la idea del Grupo de Ejércitos A, de cortar a las fuerzas enemigas del norte de Bélgica hasta el mismo mar mediante la irrupción por las Ardenas, y que permitió que se llevase a cabo por lo menos hasta las puertas de Dumkerque. Lo que ya no comprendió tan bien fue el propósito de crear ya en esta primera fase de la operación las bases para la segunda. El mando alemán se limitó a seguir el avance de las fuerzas rápidas del Grupo de Ejércitos A hacía la costa, flanqueándolo contra la esperada contraofensiva enemiga con la simple maniobra de ir alineando, una tras otra, las divisiones que lo seguían y dejándolas como cuentas de rosario a la defensiva a lo largo del flanco sur. La idea de que procediesen a la ofensiva a oc-

cidente del Mosa en dirección sur para prevenir cualquier intento del enemigo de contraataque en gran escala, frustrándolo así de antemano y desarticulando al mismo tiempo por completo la cohesión del frente enemigo entre el Mosa y el Oise, es indudable que le pareció demasiado arriesgada.

Como andando el tiempo habíamos de comprobar también en la campaña de Rusia, no carecía en verdad Hitler de un cierto instinto operativo. Le faltaba, en cambio, la sólida formación del caudillo militar, que le permitiera afrontar en algunas operaciones un elevado índice de riesgo, precisamente por saber que podría dominarlo. Por eso en este caso escogió Hitler la solución más inocua de una cobertura defensiva de la primera fase de la ofensiva alemana en su flanco sur, renunciando a la opción más audaz que el Grupo de Ejércitos había propuesto. Y menos mal que tuvo la fortuna de que tampoco el mando enemigo se sintiese con arrestos para desencadenar una contraofensiva de ambicioso alcance. Porque es indudable que en su mano estuvo reunir unas 50 divisiones para una vasta contraofensiva a ambos lados del Mosa, acaso dilatada en dirección de naciente hasta el mismo Mosela, aun cuando para ello tuviese que pasar por el abandono provisional de Holanda y Bélgica con excepción de los fuertes.

De esta fuerte fue cómo, después de cerrada la primera fase de la ofensiva alemana, vinieron a quedar nuevamente enfrentados los dos antagonistas en posiciones paralelas a la Línea Maginot hasta Carignan y seguidamente a lo largo del Aisne y del Somme inferior, de modo que los alemanes nos vimos obligados a romper también este frente. Y si en la segunda fase de la ofensiva alemana conseguimos en tan breve tiempo forzar al enemigo a una completa capitulación, más bien lo debimos a que éste, después de las pérdidas experimentadas en el norte de Bélgica, ya no contaba con fuerzas suficientes para cubrir sólidamente el vasto frente defensivo que iba desde la frontera suiza hasta el mar; además de que ya la moral combativa del ejército francés había sufrido un serio descalabro. Y ni que decir tiene que tampoco era pequeña la desventaja que para ellos suponía la carencia de un recurso de la eficacia operativa de las agrupaciones de tanques alemanes.aun en el supuesto de que el mando del Grupo de Ejércitos A presumía y recelaba como más acertada, no habría pasado de lanzar una vasta ofensiva a ambos lados del Mosa, condenada por el plan de nuestro Grupo de Ejércitos, de atacar entre el Mosa y el Oise, a quedar triturada

en su mismo arranque. Mediante un simultáneo cerco de las fuerzas enemigas en el norte de Bélgica y el subsiguiente giro del Grupo de Ejércitos B por el Somme inferior para envolver a los restos de las fuerzas francesas en el sentido preconizado por el plan de Schlieffen, habríamos llegado por fin a una batalla de frente invertido a retaguardia de la Línea Maginot.

Tal vez puedan parecer ociosas las precedentes consideraciones, desde el momento en que el escenario de guerra francés obtuvimos una victoria completa y brillante, salvo, si acaso, en lo tocante a la evasión inglesa de Dunkerque. De todos modos, siempre servirán para demostrar que el <nuevo plan> nos hubiera conducido igualmente a la victoria, aun cuando el enemigo se hubiese comportado con mayor energía y habilidad, que apenas habría tenido otra consecuencia que la de procurarnos algunos momentos críticos entre el Mosa durante la segunda fase.

6

COMANDANTE EN JEFE DEL XXXVIII CUERPO DE INFANTERÍA

Condenado a actuar de espectador.- Batallas defensivas en el Somme inferior.- La ruptura de la posición francesa del Somme.- Una persecución sin respiro.- Armisticio.

Condenado a actuar de espectador

Es tan insignificante la parte que yo pude tomar en la ejecución de la ofensiva en el Oeste después de mi súbita remoción del cargo de jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos de Von Rundstedt, que bien pudiera permitirme pasarla por alto en estas memorias. Si no lo hago así es, ante todo, por dejar testimonio de mi gratitud a las valerosas tropas que mandaba y a sus extraordinarios méritos. Por otra parte, me mueve también a rememorar los combates del XXXVIII Cuerpo tras la ruptura de las posiciones francesas del Somme, el hecho de que pueden

servir de modelo de persecución, en este caso continuada desde el Somme hasta el Loira pasando por el Sena, sin conceder un momento de respiro al enemigo hasta verle totalmente desmoronado.

Durante los meses en que otros llevaban a la práctica las ideas por las que yo había luchado, tuve que conformarme por de pronto con el modesto cometido de esperar en Stettin a que se formase el Estado Mayor de mi XXXVIII Cuerpo y la correspondiente Sección de Información. La única alternativa la representaba la orden que de cuando en cuando recibía de inspeccionar las divisiones de nueva formación localizadas en Pomerania y Posen.

El 10 de mayor de 1940, hallándome en Liegnitz en disfrute de

un breve permiso, que enteré por la radio de que habíamos iniciado la ofensiva en occidente. Ni que decir tiene que todos mis pensamientos y todo mi corazón estaban por aquellos días con las tropas empeñadas en la aventurada empresa del avance a través de las Ardenas. ¿Conseguirían trasponer raudamente el Luxemburgo y forzar las defensas belgas a ambos lados de Bastogne antes de que pudiesen acudir allí fuerzas francesas considerables? ¿Resultaría al fin factible para las agrupaciones de tanques alcanzar el Mosa y salvarlo por Sedán de un tirón, para seguir adelante y sentar así las bases del cerco del ala norte enemiga?

Por otro lado, ya comprenderá el lector la clase de sentimientos que me inspiraba el nuevo cargo, en el que me veía relegado tan al interior de la patria mientras en el Oeste se encargaban otros de llevar a la práctica un plan de ofensiva por el que tanto y tan apasionadamente había pugnado yo.

Al atardecer del 10 de mayo llegó orden de que el Cuartel General del XXXVIII Cuerpo <avanzase> por de pronto hasta Braunschweig, en donde seguí hasta el 13, pues en esa fecha continuamos a Düsseldorf, quedando allí a las órdenes del Grupo de Ejércitos B, riosear, como ocioso amateur de batallas, las fuertes posiciones belgas coquistadas en el primer asalto en el Mosa junto a Masstricht y el canal de Alberto, respectivamente, así como el modernísimo fuerte Eben-Emael, que un golpe de mano había dejado en poder nuestro y que todavía se hallaba bajo el fuego de las baterías belgas de retaguardia. También aproveché aquel ocio forzado para enterarme del progreso de las operaciones en el Cuartel General del Grupo de

Ejércitos y en el Sexto Ejército, sacando la impresión de que todavía no habían podido formase clara idea de los propósitos generales del adversario. Ni siquiera el OKH sabía mucho más a qué atenerse en cuanto a las intenciones del enemigo, a juzgar por el discreto silencio que guardaba sobre sus proyectos propios. Por de pronto, se limitaba a prolongar hacia el Noroeste la línea divisoria entre los Grupos de Ejércitos.

El 16 del mismo mes me ponían a las órdenes del mando del Grupo de Ejércitos A, y al siguiente día me presentaba en Bastogne a mi antiguo jefe, el coronel general Von Rundstedt. Cordialísimamente acogido por él, por mi sucesor, general Von Sodenstern, y por todo el personal de mi añorado Estado Mayor, fue allí donde pude al fin enterarme del feliz curso de la operación de las Ardenas y del paso del Mosa. Nuestro Cuartel General iba a pasar al

Duodécimo Ejército, encargado de proseguir la ofensiva hacia el oeste hasta el Somme inferior, al paso que el nuevo Segundo Ejército, orientado al sudoeste, quedaría intercalado entre el duodécimo y el decimosexto Ejércitos.

Apenas incorporado al Cuartel General del Duodécimo Ejército, ya tuve ocasión de informarme de una intromisión de Hitler en el Ejército. Se recibió, en efecto, orden del Alto Mando del Ejército (aunque por iniciativa de Hitler) de que el Grupo Panzer de Kleist por el momento sólo avanzase hasta el Oise, mientras que el Duodécimo Ejército giraría al sudoeste pasando a la defensiva, y entre el Cuarto y el Decimosegundo Ejércitos se insertaría el Segundo, para encargarse de continuar el avance a Occidente. Como explicación de la novedad, se dio la de que Hitler quería evitar a toda costa que el menor revés, ni aun pasajero, de las fuerzas alemanas fuese a levantar el decaído espíritu de los franceses. Por lo visto temía que si el Duodécimo ejército seguía avanzando al oeste hasta el Somme inferior, según estaba previsto, pudiera verse alcanzado en su flanco por un contraataque francés procedente del sur al oeste del Mosa.

Aquí era, en donde el político, por no decir el agitador, comenzaba a inmiscuirse en el terreno del mando militar. Por una parte, a la vista estaba que el alto impuesto al Grupo Panzer de Von Kleist en el Oise llevaba en sí el peligro de frustrar la acción de aniquilamiento de las fuerzas enemigas del norte de Bélgica, a las que debiera atacar por retaguardia. Al mismo tiempo disponía la orden que el Duidécimo Ejército pasase a la defensiva orientado a Sudoeste en el frente, con lo que renunciaba a la iniciativa y a la prioridad en el sector comprendido entre el Mosa y el Oise. Cierto es que de momento no era de esperar un contraataque francés de gran

estilo en la zona, por cuanto el enemigo necesitaría, según cálculo del Grupo de Ejércitos A, una semana al menos para poder concentrar allí las fuerzas indispensables, en el supuesto de que hubiera concebido tal propósito, que tampoco era seguro. De todos modos, la solución ofensiva de la cobertura del flanco sur del avance sobre el Somme inferior, que constituía una de las piezas fundamentales de la empeñada propuesta operativa de nuestro Grupo al Alto Mando del Ejército, quedaba anulada.

Ante el hecho consumado, enterados quedábamos de que ya no vacilaba Hitler en arrogarse facultades castrenses tan concretas como la de disponer por sí y ante sí el curso de las operaciones del Grupo de ejércitos, aun careciendo de alientos para afrontar un riesgo transitorio en el flanco sur de nuestra ofensiva.

El que tan pronto creyese poder justificar su intervención en la peculiar competencia del mando militar basándola en el fantasma de un revés alemán meramente pasajero, acaso tenga su explicación en el hecho de que el Alto Mando del Ejército había dejado de insertar en el frente al Segundo Ejército tan pronto como nuestras vanguardias hubieron cruzado el Mosa, que era lo previsto en las primeras propuestas operativas del Grupo de Ejércitos. La maniobra pudo haberse efectuado, bien acoplándolo entre los ejércitos 4 y 12 para proseguir el avance sobre el Somme inferior, bien entre los ejércitos 12 y 16 a fines de avance ofensivo en dirección Sudoeste entre el Mosa y el Oise. Carencia de espacio para interpolar más divisiones en la primera línea no puede haber sido el motivo, toda vez que lo que más importaba era disponer a tiempo en el frente de un Alto Mando de ejércitos responsable para las dos direcciones de ataque y los dos cometidos ahora necesariamente divergentes. En tal caso, la inserción de las nuevas divisiones vendría natural y oportunamente de la misma ampliación del espacio operativo.

El ejemplo no hace sino confirmar la verdad de que jamás podrá ser ejecutado en toda la plenitud de su planteamiento ningún plan de operaciones encomendado a quienes no lo concibieron; ni siquiera cuando no exista motivo que imperiosamente imponga modificaciones en él.

Concedo que en este caso no tuvo la veleidad de Hitler las funestas consecuencias operativas que habría de tener el segundo frenazo por él impuesto a los tanques de Von Kleist a las

puertas de Dunkerque. Así y todo, bastó la orden de que el Duodécimo Ejército pasase a la defensiva para que el enemigo tuviese oportunidad de levantar en el Aisne un nuevo frente, que luego necesitaríamos romper en duros combates en la segunda fase de la campaña francesa. Y todo, por haber desaprovechado la anterior ocasión de desarticular definitivamente la cohesión de la línea enemiga mediante la persistencia ofensiva, según aconsejada nuestro plan de operaciones en previsión de la ineludible segunda parte de la ofensiva alemana.

Entretanto había sido llevada nuestra Comandancia hasta Luxemburgo y situada en la pequeña y pintoresca ciudad de Clerf, en donde quedamos relevados del papel de meros espectadores por el cometido que se nos asignó de mandar algunas divisiones que seguían al Segundo Ejército. Lo cual no suponía gran cosa en el momento en que empezaba a dibujarse la aplastante derrota del ala norte del enemigo.

Por aquellos días recibí la noticia de que mi cuñado, Egbert Von Loesch, jefe de una escuadrilla de Stukas, figuraba entre los desaparecidos de la unidad en Bruselas. Penúltimo de los hermanos de mi esposa, había pasado con nosotros algunos de sus años de colegio en Dresde y Magdeburg; por lo cual, y por ser el hermano predilecto de mi esposa, ambos le queríamos como a un hijo. Hallábase entonces con nosotros en Liegnitz su joven esposa, de suerte que tanto ella como la mía y su madre hubieron de pasar una semana de tortura entre la aprensión y la esperanza en vista del tiempo que transcurría sin noticias del avión pilotado por Egbert ni de la suerte de sus ocupantes. Lo único seguro era que había sido abatido al atacar la escuadrilla de Stukas mandada por él. Sólo después de terminada la campaña de Francia pude conseguir que indagaciones más detenidas acabasen por descubrir los restos del aparato en las cercanías de Bruselas. Entre los habitantes de los poblados inmediatos nos enteramos de que al parecer había sido alcanzado por un antiaéreo en el momento de ir a entrar en picado y que dos de sus tripulantes habían logrado en paracaídas, aunque ambos habían perecido bajo los disparos de los soldados, en el aire aún uno de ellos y el otro después de aterrizar. Mi cuñado y el cuarto miembro de la tripulación habían hallado la muerte al estrellarse el aparato o por efectos del proyectil que lo abatiera.

Era Egbert von Loesch un muchacho encantador y de condiciones nada corrientes. Alto, esbelto, rubio y con ojos muy expresivos, ya en su apariencia externa tenía un no sé de

atrayente que se completaba por un espíritu excepcionalmente sensible a toda belleza y bondad y a toda suerte de elevados ideales. Como oficial, era de los más entusiastas y distinguidos, como lo prueba el patriótico altruismo con que se expresaba en la nota que dejaba en la cabecera de la cama de su unidad para el caso de muerte

Deseo que no me lloren. Soy un idealista y muero tan feliz como he vivido. Una vida más bella no pueda haberla aquí abajo. Lo único lamentable es que mis brazos lleguen a faltarles a la patria y a mi esposa. Para ellas serán mis últimos pensamientos.

El 25 de mayo recibía orden de relevar al mando del XIV Cuerpo Panzer que el general Von Kleist había dejado en el sector de Abbeville-Amiens con la9ª División Panzer y la 2ª Motorizada para cubrir su retaguardia en el Somme inferior. A los dos días, o sea el 27 del mes, tomaba el mando de ellas.

Todavía no se había llegado a formar un frente firme estable en el Somme inferior. El XIV Cuerpo Panzer mantenía una cabeza de puente en torno a la ciudad de Abbeville en la orilla izquierda al sur del río con la 2ª División Motorizada, que había de ser relevada por la 57ª de Infantería, ya en camino. La 9ª División de Infantería tenía el mismo cometido en Amiens, y el sector del río entre las dos ciudades sólo contaba con un servicio de vigilancia.

A su vez, el enemigo tampoco había podido llevar allí hasta ahora fuerzas suficientes para la formación de un frente detrás del Somme inferior. Únicamente frente a nuestra cabeza de puente de Amiens parecían haber concentrado una división colonial francesa y algunas fuerzas británicas, y delante de la de Abbeville, una división británica.

Nuestra misión era la de mantener las cabezas de puente. La 9ª División Panzer y la 2ª Motorizada, que iba a ser relevada en Abbeville, habrían de quedar por de pronto como reserva móvil al norte del Somme. Acertadamente fueron llevadas luego, sin embargo, a precipitar la decisión en la costa del Canal.

Me había dicho el comandante en jefe del XIV Cuerpo Panzer, general Von Wietersheim, al entregarme el mando, que no creía que el enemigo tuviese en proyecto allí grandes empresas. No obstante, apenas había transcurrido una hora de su marcha cuando tuvimos noticia de que el enemigo había atacado vigorosamente ambas cabezas de puente con importantes fuerzas blindadas. Afortunadamente, hasta primera hora de la tarde los ataques habían sido rechazados, dejando, por cierto, fuera de combate varios tanques pesados franceses en Amiens y treinta medianos y ligeros ingleses en Abbeville. Uno solo de nuestros artilleros antitanque, llamado Bringforth, había destruido nueve tanques en esta última localidad, por lo que fue el primer soldado raso condecorado en Alemania con la Cruz de Caballero, a propuesta mía.

De todos modos, a mi parecer, el ataque aquel indicaba que o bien esperaba el enemigo poder descargar todavía a su ala norte de la amenaza de cerco que sobre ella pesaba, o iba a intentar por lo menos montar un nuevo frente en el Somme inferior. La cuestión que ello nos planteaba era, en el fondo, la misma que apuntada dejo al mencionar la orden dada por Hitler al Duodécimo Ejército. ¿Deberíamos mantenernos en el Somme inferior también a la defensiva, como en aquel caso habían dispuesto, o habríamos de tratar más bien de retener nuestra libertad de acción para emplearla como la situación pidiese?

Era indudable que la solución defensiva, que por lo visto le había sido recomendada al XIV Cuerpo Panzer, brindarla al enemigo una magnífica oportunidad para disponer en el Somme inferior un nuevo, sólido frente defensivo. Pero lo peor era que las dos cabezas de puente de Abbeville y Amiens resultarían en consecuencia de muy problemática defensa para nosotros en cuanto el enemigo se hallase en situación de poder acumular más fuerzas allí. Las dos divisiones ligeras que de momento habían quedado al norte del Somme como reserva apenas podían considerarse aptas para defender para la defensa, y para pasar de la defensa al contraataque únicamente se podía recurrir a ellas una vez que el enemigo hubiese penetrado en las cabezas de puente, anulado a las divisiones en ellas apostadas y cruzado luego el río.

La consecuencia que de la situación deduje y que reiteradamente le propuse al comandante en jefe del Cuarto Ejército, del que dependíamos, era que debíamos cruzar por sorpresa el río entre las dos cabezas de puente con nuestras dos divisiones ligeras (o bien, luego que éstas evacuaran, con las divisiones de infantería que vinieron a suplirlas), para coger por el flanco a

las fuerzas enemigas que avanzaban contra nuestras citadas posiciones y derrotarlas. La idea que a mí me pasaba por la imaginación era, en suma, la de mantener una lucha de maniobras al sur, es decir, frente al Somme, con nuestro cuerpo, hasta que la batalla del norte de Bélgica quedase resuelta y el ala norte alemana pudiese girar sobre el Somme inferior. Nuestro objetivo estaría en mantenerle abierto este paso, en impedir que el enemigo lograse formar en el río un frente cerrado y compacto. No se me ocultaba, claro está, que operando el cuerpo en estas condiciones podría llegar a verse en situación apurada en tanto luchase al sur del río. Pero yo veía total, o, por mejor decir, de la prosecución de las operaciones, tendríamos que afrontar luego la sin duda más costosa empresa de acometer y romper un frente enemigo ya bien afianzado y fortificado en el Somme.

Desgraciadamente, el comandante en jefe del Cuarto Ejército no quiso tomar en consideración las repetidas observaciones que en este sentido le hice y no se avino a facilitarme para el cruce del río las divisiones de segunda línea disponibles. Ignoro si su actitud fue entonces espontánea o si la motivaban instrucciones incompatibles del Alto Mando del Ejército. Lo cierto es que se e ordenó

comandar la defensa de las dos cabezas de puente, dejando así al enemigo en libertad de erigir un frente defensivo continuo a lo largo del río entre nuestras dos posiciones. Comprendo que el concepto normal y clásico de defensa de un río está en apostarse detrás de él, o bien en mantener libres sus accesos mediante sólidas cabezas de puente, mientras que la posibilidad de pugnar por una vía fluvial recurriendo también a la lucha móvil y de diversión en el frente anterior del río no se menciona generalmente en los textos.

En los días siguientes el enemigo no cejó en sus ataques a las cabezas de puente. En Amiens llegó a ponerse la situación delicada en apariencia, aunque en una inspección personal pude convencerme de que nada grave ocurría allí. Especialmente se había distinguido en la defensa el 116º Regimiento de Infantería, mandado por mi camarada del 3ª Regimiento de Guardias, el futuro general Herrlein.

En Abbeville, en cambio, pasamos por una crisis seria el 29 de mayo. La 57ª División de Infantería, bisoña en la lucha y agotada en las marchas de aproximación, había venido a relevar a la 2ª División Motorizada. Consecuencia de su inexperiencia y cansancio fue ue un casi

inmediato ataque inglés apoyado por considerables efectivos de tanques ocasionase rupturas locales y bajas cuantiosas, no sólo en muertos y heridos sino también en prisioneros. Yo mismo tuve ocasión- pues había sino también en prisioneros. Yo mismo tuve ocasión- pues había ido a Abbeville- de encontrarme en la ciudad con un batallón en retirada que había evacuado sus posiciones seguramente a consecuencia de alguna orden mal interpretada, y hube de hacerle volver sobre sus pasos. Menos mal que por fin consiguió la división hacerse dueña de la situación.

Como el mismo general Von Kluge nos había facultado incluso para evacuar las cabezas de puente en el caso de que llegásemos a vernos en situación muy apretada en ellas, ni siquiera intenté insistir para que me permitiesen cruzar el río a ambos lados del Abbeville con las divisiones 6 y 27 últimamente llegadas, a fin de coger al enemigo que allí nos atacaba en la boca de las tenazas. Bien se echaba de ver, en efecto, el propósito decidido de los altos mandos de eludir toda acción arriesgada hasta que la batalla del norte de Bélgica hubiese quedado resuelta y se pudiese proceder a un avance <en regla> sobre el nuevo frente que el enemigo estaba formando.

Que el enemigo entretanto iba a disponer también de tiempo y sabría aprovecharlo para acumular sus reservas en el nuevo frente desde la terminación de la Línea Maginot en la región de Carignan hasta la desembocadura del Somme, tampoco podíamos ponerlo

en duda. De suerte que Hitler, que voluntariamente había renunciado a la iniciativa entre el Oise y el Mosa, regalándole así al enemigo la posibilidad de levantar el frente del Aisne, renunciaba también ahora a la ventaja de partida al sur del Somme.

A marchas forzadas hacia el Loira

Si durante la primera fase de la ofensiva alemana en occidente me había visto relegado al papel de mero espectador, al menos la segunda me reservaba la emoción de poder entregarme plenamente al apasionante menester de mandar fuerzas considerables.

Frustrados todos mis intentos de persuadir a los mandos superiores a que me permitiesen atravesar el Somme antes de que el enemigo hubiese dispuesto y organizado una línea de defensa continua al otro lado, pasamos los primeros días de junio con los preparativos de un ataque metódico que el Cuarto Ejército habría de iniciar el 5 de dicho mes.

Del sector a ambos lados de Abbeville se encargaba el II Cuerpo de Infantería, al mando del general conde Brockdorff. Entre él y el XXXVIII Cuerpo fue intercalado el XV Cuerpo Panzer del general Hoth, y de defensa de la cabeza de puente de Amiens, con la 9ª División allí situada, se encargó el XIV Cuerpo Panzer del general Von Wietersheim, que al mismo tiempo pasaba a depender del ejército que se encontraba a su izquierda. Quedaba así para el XXXVIII Cuerpo un frente de ataque de 20 kilómetros incompletos a ambos lados de Piquigny, en el que habrían de embestir desde el primer instante en vanguardia la 46ª División de Infantería germano-sudete al mando del general Von Haase por la derecha y la 27ª División sueva, al mando del teniente general Bergmann, por la izquierda. La 6ª División westfaliana, al mando del general Von Biegeleben, la retuvo por de pronto de Cuerpo en segunda Línea para poder completar con ella la obra de ruptura una vez forzado el paso del río por las divisiones de vanguardia.

Al paso que en nuestra orilla norte la meseta de suaves ondulaciones caía en lento declive hacia el Somme sin apenas protección vegetal, el lado sur del río se alzaba en abrupta escarpa, procurán-

1. De estos tres calificados comandantes de división, el general Von Haase fue ejecutado el 20 de julio de 1944, el general Bergmann cayó en el este y Von Biegeleben falleció durante la guerra.

dole al enemigo un excelente mirador sobre todo nuestro sector de partida. En cambio, la anchura del valle del Somme, de unos cientos de metros solamente, no permitía a ninguno de los bandos descubrir las extremas vanguardias enemigas, amparadas por la vegetación que a ambos lados flanqueaba la cinta de agua. En el lado izquierdo y ya en el valle había varios pueblos, especialmente breilly, Ailly, Piquigny y Dreuil, con todas las apariencias de hallarse fuertemente guarnecidos por el enemigo, al que ofrecían magníficos puntos de apoyo con sus viviendas de macizos muros, tan corrientes en la mayor parte de los lugarejos franceses. Incluso en los elevados terrenos por los que se prolongaba en profundidad la zona defensiva

enemiga al lado sur del río, contaba el adversario con buenas bases y protección visual para su artillería en las aldeas y dilatados bosques.

Nuestro cuerpo se enfrentaba ahora en su sector con dos divisiones francesas, una colonial y la 13 de infantería (alsaciana9. Según datos facilitados por los servicios de descubierta, habíamos de contar con que el enemigo disponía de efectivos artilleros iguales a los nuestros, cuando no superiores. Por lo cual, y teniendo en cuenta las condiciones orográficas de que antes hablo y la proporción de fuerzas, estimé más probable la obtención de un éxito inicial si aprovechábamos los primeros momentos de sorpresa, y dispuse en consecuencia que nuestra artillería se mantuviese muda hasta el instante mismo del ataque. Renuncié asimismo al fuego de preparación, limitándome a ordenar el más intenso bombardeo de las alturas de la orilla izquierda y de las aldeas situadas en el valle en el momento en que iniciásemos el ataque, para prevenir toda hostilización desde allí a nuestro paso por el río.

La infantería de las dos divisiones se adelantó la noche anterior al ataque hasta la misma faja de protección vegetal de nuestra orilla, provista de botes neumáticos, sacos flotantes para balsas y tableros, con los que habría de atravesar el río por sorpresa al apuntar las primeras luces del alba aludiendo las aldeas.

La operación, efectuada entre luces en la madrugada del 5, en ningún punto del frente falló gracias a la sorpresa del enemigo, mas pronto se encendió sobre los acantilados y en los poblados de enfrente del río una vigorosa resistencia.

El enemigo luchaba con valor: los negros, con ese desprecio de la propia vida y ese sanguinario ensañamiento que les son peculiares, y los alsacianos, con la tenacidad que era de esperar de esta raza alemánica que tan excelentes soldados había alineado al lado

alemán en la Primera Guerra Mundial. Era realmente trágico tener que contar entre los enemigos a aquellos jóvenes alemanes, alguno de los cuales me refería luego y no sin orgullo, después de haber caído prisionero, que su padre había servido en el Ejército alemán o en la Marina Imperial Ello traía a mi memoria los numerosos reclutas alsacianos que yo había instruido en el 3ª Regimiento de Guardias y que en su mayoría resultaban excelentes soldados, como por ejemplo el cabo Deschang, telemetrista entonces a mi servicio.

Desde el comienzo del ataque había seguido yo la operación desde el puesto de observación del Cuerpo, situado en un bosquecillo cercano al frente, hasta el momento en que, cerciorado de que el cruce se había efectuado por todas partes, adelanté también mi posición. Comenzó entonces la lucha por la posesión de los puntos dominantes de la otra orilla y situados en el valle, que habían de ser tomados de revés. Lo que más nos sorprendió fue la escasa actividad de la artillería enemiga, en modo alguno correspondiente al número de baterías presupuestas por nuestros servicios. No cabe duda de que la artillería francesa se había amodorrado un poco en su experiencia de la guerra de posiciones, ya que su fuego carecía de la necesaria agilidad y apenas conseguía la concentración conveniente o no la alcanzaba con la rapidez que la guerra de movimientos requiere. Tampoco podía equipararse a la nuestra en la perfección de la labor de los observadores de vanguardia, ni disponía de auxiliares tan eficaces como nuestras secciones de vigía. Se advertía, en suma, que también en este caso el vencedor se había dormido en los laureles y ahora nos brindaba la grata sorpresa de comprobar que los efectos de su fuego artillero distaban mucho de la eficacia acreditada en la lucha de posiciones de la primera guerra.

El paso de vehículos al otro lado de la depresión del Somme no dejó de presentar dificultades, por la circunstancia de que el puente provisional que acabábamos de ultimar se hallaba todavía bajo el fuego enemigo localizado en Breilly. Con todo, conseguí llevar a salvo al 63º Regimiento de Infantería de la 27ª División, que bajo el mando eficaz del coronel Greiner acababa de tomar las alturas de la otra orilla, bien que a costa de considerables bajas. Era admirable la actitud de los heridos que, protegidos por los ángulos muertos del terreno, sabían esperar con entereza una asistencia y recogida por el momento imposibles. Nuevamente volví a repasar el río y por otro punto lo traspuse en sentido contrarío para llegar al 40º Regimiento de Infantería de la misma división en el ala iz-

quierda del Cuerpo. Se encontraba a mi llegada inmovilizado frente al bosque de Neuilly- casi todo, en el sector de ataque del inmediato XIV Cuerpo Panzer -, todavía en poder del enemigo. Tampoco aquí eran escasas las bajas, toda vez que el regimiento era batido por la espalda desde la localidad de Ailly en la que el enemigo se mantenía. De todos modos, las alturas que dominaban el valle también allí habían caído en nuestras manos.

La 46ª División de Infantería no había tenido peor suerte, pues también ella había cruzado el río y en poder nuestro estaban las alturas de la orilla. Bien podíamos, pues, darnos por satisfechos con el resultado de la primera jornada de ataque, por más que hubiésemos de combatir aún hasta entrada la noche por la posesión de los poblados inmediatos.

De las fuerzas contiguas sabíamos que el XV Cuerpo de tanques había cruzado el río, pero que su ulterior progresión se veía paralizada por un enemigo tenaz y bien apostado en el importante pueblo de Arraines, obstruyendo así la carretera indispensable para el tráfico rodado.

Nuestro vecino de la izquierda, el XIV Cuerpo Panzer de tanques, que se había lanzado tras de una preparación artillera desde la cabeza de puente de Amiens, hallaba por lo visto un serio obstáculo a la acción de sus tanques en los campos de minas dispuestos por el enemigo, por lo que había tomado la dirección sur, de suerte que en nuestro posterior avance perdimos el contacto con él.

Además de las alturas de la otra orilla, el ataque del 5 de junio había dejado en nuestras manos espacio suficiente al sur del Somme para que pudiésemos trasladar ya por la noche las primeras baterías. La cuestión estaba ahora en saber si el enemigo se daba ya por vencido, o si se disponía a prolongar y endurecer su resistencia en el espacio que en profundidad se le ofrecía aún para la lucha. Que lo podríamos tomar el indicio revelador y que las brumas de la incertidumbre- único elemento de consistente presencia en los campos de batalla- se tiendan, como allí se tendían, sobre la situación y las intenciones del enemigo. Y se justifican estos silencios as´por el natural recelo incurrir en prematuros optimismos, como por la necesidad de aprovechar cada hora privando al enemigo del tiempo indispensable para reorganizar su defensa, ya que nadie ignora que habría que romperla luego a costa de muchas vidas.

El jefe militar de alguna importancia que en situaciones como estas quiera esperar noticias bastante concretas para poder for-

marse un juicio exacto sobre la marcha de las operaciones y su repercusión en el campo contrario, apenas si podrá nunca asir la fimbria del mano de Blona. Ése habrá dejado pasar la hora de la suerte, y el tiempo no vuelve atrás. Por estas consideraciones era por lo que yo me

hallaba desde el amanecer mismo del 6 de junio en el puesto de mando de la 46ª División, que había trasladado a la orilla del Somme. Pese a que todo indicaba que tras el esfuerzo la víspera la gente aún no se había recobrado por completo, encarecí la necesidad de continuar el acoso sin interrupción, puesto que la división había perdido el contacto inmediato a algunas fracciones del 42º Regimiento, perteneciente a la división, rezagadas por carecer de órdenes a pesar de que podían oír el fragor de la lucha a vanguardia, y me acerqué al regimiento del ala derecha del Cuerpo. Lo encontré dispuesto para el avance, si bien pretendía esperar a conocer los primeros efectos de la artillería en el poblado de Coisy y en las eminencias cercanas, ya que carecía de informes de descubierta sobre la situación del enemigo. Persuadido yo por mi personal observación que ni en el poblado ni en las alturas y márgenes de los bosques había la menor señal de ocupación, ordené al comandante que de inmediato desplegase el regimiento en un ancho frente pero en formación de muy escasa densidad y que así prosiguiese la marcha. Si en realidad tuviésemos enemigo a la vista, pronto daría señales de vida y podría ser batido por la artillería dispuesta para el caso, y las bajas de nuestras fuerzas nunca podrían ser considerables. Mas como pareciese que el comandante que de inmediato desplegase el regimiento en un ancho frente pero en formación de muy escasa densidad y que así prosiguiese la marcha. Si en realidad tuviésemos enemigo a la vista, pronto daría señales de vida y podría ser batido por la artillería dispuesta para el caso, y las bajas de nuestras fuerzas nunca podrían ser considerables. Mas como pareciese que el comandante recelaba un poco del optimismo de mis apreciaciones, yo mismo me lancé con mi <jeep> (<Kübelwagen> en el original, equivalente al tipo del coche de campaña americano de aquel nombre) a la descubierta. El acceso a Coisy lo hallamos obstruido por una barricada, afortunadamente desguarnecida, y en el poblado sólo turbaba el silencio un tímido paqueo de algún rezagado. Después de una breve observación, penetramos en el pueblo, que en efecto hallamos abandonado, así como también las alturas cercanas y los arranques boscosos que las prolongaban. De vuelta con estas noticias al regimiento ahora en marcha, excuso decir que no omití recomendarles que en lo sucesivo hiciesen el favor de encargarse ellos mismos de practicar sus descubiertas. De sobra se me alcanza que la función de un comandante en jefe no está en hacer de patrulla exploradora. En aquella ocasión, sin embargo, creí conveniente ofrecer un ejemplo drástico, ante todo por tratarse de tro-

pas que no me conocían y también porque estoy convencido de que la primera condición para encender la emulación persecutoria es precisamente la iniciativa del jefe. Lo que en aquel lance más me agradó fue el entusiasmo demostrado por mi ayudante, el teniente Von Schwerdtner, y por mi joven conductor, el sargento Nagel, en la afortunada incursión.

A primera hora de la tarde había alcanzado a los dos regimientos de la 27ª División cuando atacaban la población de Saisemont y me presentaba por sorpresa en primera línea a un jefe de compañía- luego que me hubo dado cuenta de la situación, no quiso tampoco dejar escapar la oportunidad que le deparaba la inesperada presencia de un jefe de elevada graduación, y, quieras que no, hube de echarme cuerpo a tierra, extender mis planos de situación y referirle cuanto sabía yo mismo de la general del frente. Sólo cuando hubo saciado su sed de noticias, pude yo emprender el regreso, no sin llevarme un herido aquejado igualmente de un insaciable afán de conocer cómo marchaban las cosas en la vasta extensión de nuestra lucha. Menos mal que el recorrido de retorno fue corto, ya que el puesto de mando de combate había sido adelantado entretanto a un sector del bosque más cercano al frente.

La 6ª División de Infantería, que días antes había avanzado hasta el lado sur del Somme, quedó incorporada el 7 de junio al ala derecha del Cuerpo. Los bravos westfalianos, excelentes siempre en la milicia, ardían de impaciencia por seguir adelante. Cuando en el curso de la mañana llegué a aquella avanzada división, me encontré con que ya había caído en poder de un regimiento de ella el sector cortado a pico de Poix, que pudiera haber constituido un magnífico baluarte para el enemigo. También había sido ocupada la pequeña villa de Poix y ya el regimiento combatía más allá del sector por otro poblado, aun cuando Poixy la carretera por donde seguían nuestros suministros continuaban bajo un inquietante fuego de la artillería enemiga. Recuerdo de aquella ocasión la curiosa escena de uno de nuestros camiones de municiones detenido en su marcha por el fuego enemigo, mientras el conductor se resguardaba de las granadas francesas al amparo del propio camión cargado de granadas hasta los topes.

A primera hora de la tarde pude llegar a uno de los regimientos de la 46ª División, inmovilizada todavía ante el sector de Poix. También allí consiguieron cruzar al anochecer, una vez asegurada la indispensable colaboración con las armas pesadas y la artillería de que antes habían carecido.

En vista de que la persecución proseguía a buen ritmo, ya pudimos retirar a segunda línea a la 27ª División, sobre la cual había recaído el mayor peso de la lucha. Para lo que la 1ª División de Caballería, que ahora llegaba destinada a él, pasaría a relevarla al ala izquierda del cuerpo.

El 8 de junio reemprendíamos la persecución, siendo asimismo los westfalianos quienes llevaban la voz cantante. La 46ª División nos advirtió que 100 tanques enemigos estaban siendo atacado por unos Stukas; pero aunque dimos orden de que, aprovechando el ataque de la aviación, tratasen de aniquilar al grupo blindado, la división no supo actuar con la debida presteza y los tanques pudieron evadirse.

El curso de los combates de los días 7 y 8 nos dejó la impresión de que el desmoralizado enemigo ya no iba a verse con arrestos para presentar resistencia en campo abierto, sino solamente aquí y allá y de cuando en cuando en pequeños conatos locales. Lo más probable sería que tratase de reunir os dispersos restos de sus fuerzas y retirarlos a detrás del Sena, para poder de nuevo plantar cara allí amparado por el caudal del río y el concurso de sus reservas. En consecuencia, no teníamos tiempo que perder si queríamos alcanzar los pasos del Sena antes de que el enemigo consiguiese organizar allí una resistencia que nos dificultase o imposibilitase la tarea de forzarlos. Por eso, aunque el 8 de junio por la noche, el cuerpo se hallaba a 70 kilómetros todavía del río, dimos orden de que las divisiones de primera línea, precedidas de secciones motorizadas, tendrían que haber alcanzado e incluso cruzado el Sena al día siguiente. El grueso de la infantería y la artillería de tracción seguirían a marchas forzadas a los efectivos de vanguardia, a fin de llegar también al río al día siguiente. A la 6ª División se le encomendó el paso de Les Andelys, y a la 46ª, el de Vernon.

Era un esfuerzo casi sobrehumano el que esta orden imponía a unas tropas agotadas ya por cuatro días consecutivos de lucha y seguimiento. Mas en la guerra hay momentos en los que el alto mando ha de actuar un poco despiadadamente, si no quiere malograr la oportunidad y poner a esas mismas tropas en el trance de tener luego que pagar con las setenas el regalo sensiblero de un inoportuno descanso.

En este caso todavía existía otra consideración operativa en pro de una actuación sin respiro: la de que los franceses parecían resueltos aún a defender París, en cuyo radio estratégico entre el Oise y el Marne al norte de la ciudad disponían de efectivos impor-

tantes. Si nosotros conseguíamos cruzar rápidamente el Sena aguas debajo de París, habríamos desquiciado con ello la defensa de aquella posición y dejado a las fuerzas allí concentradas sin más recurso que el de retirarse al punto de la capital para eludir el riesgo de verse cortadas.

Era, por tanto, la situación del cuerpo la que nos imponía el deber de exigir de las tropas el último esfuerzo y la más resuelta iniciativa y rapidez en todas las categorías del mando: hubiera sido imperdonable que dejásemos pasar en vano situación tan propicia.

Personalmente me pasé toda la jornada del 9 de junio en ruta desde las primeras horas de la mañana hasta bien entrada la noche, a fin de asegurarme de que ninguna de las dos divisiones dejaba de alcanzar el objetivo que le había sido asignado . y tuve la enorme satisfacción de ver con qué animoso espíritu sacaban nuestros infantes fuerzas de flaqueza, después de toda la brega de los días precedentes, para llegar al Sena.

Ya se sabe que la cosa no podía marchar tan sobre ruedas que no se presentasen de cuando en cuando esas pequeñas fricciones inevitables. En la 6ª División, sin embargo, todo fue a pedir de boca. A hora muy temprana de la mañana me había entrevistado con los dos comandantes de las divisiones y visitado seguidamente a la 46ª. Cuando, a eso del mediodía, llegué al sector de cruce de la 6ª en Les Andelys, me encontré con que ya la sección de avanzadilla había alcanzado allí, adoptó las medidas necesarias para la operación de cruce del río prevista para la primera hora de la tarde, toda vez que el puente había sido volado por el enemigo cuando la avanzadilla pudo poner pie allí. La pequeña y pintoresca ciudad de Les Andelys, plantada como un rudo en la eminencia delos acantilados rocosos, era pasto de las llamas a consecuencia de un ataque de los Stukas, tan inoportuno como nuncio de nuestra llegada para los propósitos de sorpresa que en el avance habíamos puesto.

Con la 46ª División tuvimos algunas dificultades. Empezó ya por partir con tres horas de retraso sobre la señalada, y cuando a mi retorno de inspeccionar a la 6ª División pude volver a ella, me encontré con que había perdido todo contacto con su sección de avanzadilla y con que ésta no había llegado tampoco al Sena como la de la 6ª División. Tuve que ordenarle a su comandante, antes de reintegrarme a la 6ª, que al anochecer sin falta se presentase a mí

en el paso de Vernon y que, por lo menos, cuidase de recuperar y llevar consigo entonces su desaparecida sección avanzada.

Pero, volviendo a Les Andelys, diré que a mi llegada se hallaba ya en marcha la operación de cruce por tres puntos contra una resistencia enemiga más bien débil, y que tanto la Infantería como la artillería habían hecho maravillas para poder encontrarse a tiempo a la orilla del Sena.

Tuve la satisfacción, al entrar en Vernon a las siete de la tarde, de ver que allí me esperaba, en efecto, el comandante de la 46ª con su extraviada vanguardia, aunque, por desgracia, el enemigo había dispuesto de tiempo suficiente para volar el puente antes del arribo de estos rezagados. Como desde la orilla sur nos hostigaban con fuego bastante nutrido de ametralladora, dispuse que la recuperada sección de descubierta cruzase por la noche al amparo de la oscuridad desde Vernon al otro lado.

Lamentaba no haber podido aplicar, como hubiera querido en aquella rauda persecución, la 1ª División de Caballería, que entre tanto había sido incorporada al sector del Cuerpo, no ya por la había confiado con orden taxativa de emplearla para cubrir todo el flanco izquierdo en el Oise contra París. Por otro lado, la misma división dio parte de que, cuando se encontraba muy rezagada aún respecto de mis primeras divisiones, y supusimos que se trataría de los tanques que la 46ª División había dejado escapar antes y que ahora andarían tentando nuestros flancos lejanos.

Cuando, tras un breve descanso nocturno, nuevamente entré en Vernon en las primeras horas del 10 de junio, ya la 46ª División había salvado el río con sus primeras fracciones, de suerte que el XXXVIII Cuerpo de Ejército había sido el primero en poner pie en la orilla sur. Bien podían nuestras fuerzas sentirse orgullosas de la persecución, y no menos contento estaba yo de ver que, gracias a la rápida actuación del Cuerpo, nos habíamos ahorrado seguramente muy duras y empeñadas batallas para forzar los pasos del Sena.

Claro está que la situación del cuerpo no era como para echarse a dormir en tanto fuese el único asentado al lado sur. El XV Cuerpo, que avanzaba por su derecha, no había alcanzado el Sena en Rouen hasta el 10 de junio, o sea un día después, y luego había torcido para El Havre, al paso que el II Cuerpo de Ejército, que le seguía, distaba todavía mucho del Sena. Por el flanco izquierdo se al-

zaba el interrogante de París, del que no podíamos saber qué volumen de fuerzas enemigas albergaría, y nuestro mismo XXXVIII Cuerpo necesitaba todavía dos días más para terminar de transbordar todas sus fuerzas a la orilla sur, expuestos como estaban los dos débiles puentes provisionales tendidos en Vernon y Les Andelys a los constantes ataques de la aviación inglesa, que en una ocasión consiguió inutilizar temporalmente el de Vernon. En una palabras: si el mando enemigo contaba con alguna reserva aún en aquel ala y tenía el coraje suficiente para tomar la iniciativa, su objetivo no habría de ser otro que el aislado XXXVIII Cuerpo de Ejército en su confinamiento de la orilla sur.

El comandante en jefe del Cuarto Ejército, coronel general Von Kluge, me había dicho al comienzo de la ofensiva que la misión encomendada al conjunto por el Alto Mando del Ejército era, literalmente, la de <ganar cabezas de puente al sur del Sena>. Aun en el supuesto de que el mando supremo no persiguiese en esta segunda fase de la campaña francesa la decisión-como en su día había columbrado yo- por medio de una conversión de la potente ala norte a occidente de parís en dirección en el sentido del plan Schlieffen, sino más bien este de París en dirección sur, aun en este supuesto, digo, el cometido asignado al Cuarto Ejército me pareció francamente exiguo. Porque hasta si la decisión se buscase por la percusión al este de la capital, y por ende hubiésemos de considerar como meras acciones concomitantes las irrupciones del Grupo de Ejércitos C a través de la Línea Maginot y el avance sobre el Sena inferior del Grupo B, siempre subsistiría a necesidad de que en el ala exterior retuviésemos la iniciativa. Como el Grupo de Ejércitos A no había iniciado su ataque sobre el Aisne hasta el 9 de junio, estaba por ver aún si obtendría o no el éxito esperado. Además, era de suponer que el enemigo, no menos obsesionado por el plan de Schlieffen, tampoco dejaría de recelar el peligro de un amplio movimiento envolvente por el Sena inferiory de tomar las correspondientes contramedidas. Por eso parecía tanto más importante que cuidásemos de conservar la iniciativa en el ala derecha y de acosar al enemigo de suerte que no le quedase tiempo para disponerse a la defensa, ni menos a un contraataque. Si, por tanto, la misión operativa que a mi modo de ver incumbía al Cuarto Ejercito era la de seguir atacando in respiro al sur del Sena, no parecía lógico que el XXXVIII Cuerpo se quedase a la expectativa en una cabeza de puente hasta que el enemigo lograse tal vez concentrar fuerzas superiores contra él.

Consecuente con este criterio, solicité del mando del Cuarto Ejército autorización para poder lanzarme al ataque hacia el sur en cuanto la artillería del Cuerpo hubiese sido trasbordada, en lugar de mantener la cabeza de puente que ya habíamos ampliado hasta el Eure. Previsoramente, había puesto ya en el lado sur del Sena a la 27ª División de Infantería, y el día 11 rogué también que me permitiesen trasladar al mismo punto la 1ª División de Caballería, hasta entonces retenida en el Oise, que ya contaba con una brillante acción contra las fuerzas de tanques enemigas poco antes mencionadas. Estimaba, en efecto, que en una situación como la nuestra nada más indicado que la única división de caballería de que disponíamos encabezase nuestras fuerzas en persecución del enemigo. Para lo que pensaba mandarla en avanzadilla del cuerpo, de modo que pudiese bloquear cuanto antes los ferrocarriles y carreteras que del sudeste iba hasta París.

Por desgracia, mis propuestas fueron a estrellarse en la recusación, y toda la respuesta fue que la unidad había de esperar órdenes antes de proceder a otra cosa. Seguidamente me fue retirada la 1ª División de Caballería y puesta a las órdenes del I Cuerpo de Ejército, situado a retaguardia en segunda línea, para que en todo caso siguiese protegiendo al norte del Sena el flanco del Oise. Con lo que la inapreciable división quedaba desdichadamente excluida de la función que a sus peculiares características cuadraba.

La noche 11 de junio trajo consigo dos acontecimientos que en mi opinión no hacían sino confirmar el acierto del punto de vista defendido. Ocurrió que el 58º Regimiento de Infantería de la 6ª División abatió a un aviador enemigo, al que se le encontró una orden del adversario disponiendo un amplio repliegue. De suerte que la necesidad de pisarle los talones era apremiante. Por otro lado, informaba la 46ª División de que estaba siendo objeto de un fuerte ataque de tanques enemigos. Prueba de que nuestra presencia al sur del Sena se le hacía sumamente incómoda y de que si continuábamos esperando, más bien aliviaríamos su incomodidad y alarma.

El 12 de junio, a primera hora de la mañana, la 46ª División, que por la noche había rechazado el ataque enemigo aunque con importantes bajas propias, volvía a informarnos de que delante de su frente se hallaba aquél aprestándose nuevamente para el ataque; por lo que urgentemente demandada socorros, mencionando en el parte 110 tanques enemigos. Entonces ya no pude contenerme y, por mi cuenta y riesgo, me resolví a atacar con todas las tres divisiones. Sólo que apenas había dado la orden, cuando el comandan-

te en jefe de la superior unidad (Ejército) se presentó por allí, y aun cuando se mostró de acuerdo con mi apreciación de la situación, estimaba que mientras el Alto Mando del Ejército no nos hubiese señalado nuevas metas operativas, nuestra obligación era esperar. A la legua se veía el cuidado en que le tenía la posibilidad de que yo arrancase al fin solo con mi Cuerpo. En consecuencia, ordenó taxativamente que el ataque no podría trasponer la línea Evreux-Pacy; disposición que, para mayor seguridad, consignó en la orden del día de la unidad de aquella misma tarde.

El ataque de la 27ª División, situada a la izquierda, progresó con buena fortuna, mientras que la 46ª División comunicaba que todavía no podía lanzarse, por no tener en la orilla izquierda artillería, municiones y abastecimientos suficientes. Con todo, había rechazado los ataques de los tanques, que en este caso no habían pasado de unos 50 o 60 blindados.

Los días siguientes volvieron a ofrecernos el cuadro de una persecución. El 13 de junio también el II Cuerpo de Ejército de nuestra derecha había cruzado el Sena. Ese día tuvimos nuestro alojamiento en un palacete perteneciente a la conocida escritora Colette D´Arville. Infortunadamente, la propietaria estaba ausente. Hube de pasar la noche en la alcoba-salón de madame, elegantísimamente puesta y con acceso independiente desde el parque, acaso en testimonio de tiempos más galantes. La piscina, que tampoco faltaba en el parque, nos vino a pedir de boca.

El 14 de junio tuvimos visita del comandante en jefe del Ejército, a quien di cuenta de los éxitos obtenidos por el Cuerpo, bien que sin conseguir de aquél la menor declaración sobre ulteriores propósitos.

El 15 del mes me participaba el coronel Von Kluge que el objetivo ahora asignado al conjunto de cuerpos de ejércitos sería Le Mans, que a todo trance trataríamos de alcanzar sin pararnos a esperar a las fuerzas de acompañamiento. Total: para nosotros, cosa de clavo pasado.

El día 16 nuevamente chocaban las divisiones del cuerpo con resistencia organizada en la línea Ferté-Vidame-Sononches-Chateauneuf. Se trataba de restos de la 1ª, la 2ª y la 3ª Divisiones Motorizadas que habían combatido en Flandes, escapados por Dunkerque y desembarcados nuevamente en Brest. Asimismo asomaron por allí fracciones de dos brigadas de spahis y de una división marroquí. La resistencia enemiga quedaba deshecha a la noche, merced sobre todo a las tropas de la 6ª División, que me dejaron mag-

nificamente impresionado cuando poco después las visité en mi recorrido completo de inspección.

Por la noche recibíamos orden de la unidad superior señalándonos la dirección de Le Mans y Angers junto al Loira. El I Cuerpo de Ejército habría de ser insertado a nuestra izquierda, y además pasaría a depender de él la 46ª División. Al XV Cuerpo Panzer se le asignaba la dirección al Loira inferior- salvo una de sus divisiones, que habría de tomar Cherburgo-, para <formar allí cabezas de puente>. Por lo visto, esto de las cabezas de puente era la gran panacea.

El 17 de junio se tuvo noticia de la dimisión de Reynaud y del nombramiento del anciano mariscal Pétain. ¿Iría éste a reorganizar ahora la resistencia, o sería que los políticos querían endosarle al glorioso soldado de la primera guerra el trago amargo de firmar la capitulación?

Una orden del Führer, recibida el 18, apremiaba para que apretásemos hasta el máximo en la persecución- lo cual nada tenía de nuevo- y disponía que tomásemos posesión cuanto antes de los <antiguos departamentos del Reich que eran Toul, Verdún y Nancy>, de las fundiciones de Creusot y de los puertos de Brest y Cherburgo. Nos pusimos a marchas forzadas, en las que un regimiento llegó a os 78 kilómetros por jornada, y una vanguardia motorizada mandada por el coronel Lindemann alcanzó a situarse al oeste de Le Mans. Pasé la noche en el palacio Bonnetable, de suntuosa fábrica medieval, con puente levadizo sobre el foso del frente, y éste coronado por cuatro robustos torreones con muros de tres metros de espesor. Detrás tenía un patio de honor, igualmente flanqueado por dos torres. Era el castillo más imponente de Francia que he visto, salvo los equiparables del Loira, que pronto iba a poder contemplar también. Su instalación interior no desdecía tampoco del exterior, e incluso conservaba parte de su servidumbre. En cambio, su propietario, el caballero de la Rochefoucauld, duque de Doudaigne, había puesto tierra por medio.

El 19 por la mañana recorrí 50 kilómetros para trasladarme a la sección de vanguardia de Lindemann, y en todo el trayecto no me encontré con un solo soldado alemán. Pasé entonces por Le Mans, en donde setenta años antes había entrado mil abuelo como vencedor, y visité la suntuosa catedral. De camino, dimos con grupos de soldados franceses desarmados que se dirigían al este y toda una sección de artillería con sus cañones y vehículos que se habían rendido a Lindemann. La descomposición del Ejército ene-

migo era manifiesta. Sin embargo, la sección de Lindemann se hallaba detenida cuando yo la alcancé en el sector del Mayenne en Lion d´Angers por las ametralladoras y tanques enemigos que al otro lado del río se habían apostado y que dominaban en puente. Viendo yo los inútiles esfuerzos de Lindemann por ahuyentarlos con la única batería motorizada de 100 milímetros de que disponía, me adelanté hasta la misma orilla, alejándome lateralmente del puente, y pude cerciorarme de que el enemigo se hallaba concentrado frente a él mientras que la restante extensión del Mayenne apenas tenía cobertura, si es que contaba con alguna. Entonces propuse a un jefe de compañía, allí apostado a la expectativa sin duda de libre paso por el puente, que aguas abajo cruzásemos el río una sola baja. Y el puente, frente al cual habían caído ya desgraciadamente bastantes de los nuestros, dejaba libre paso a la sección. Aun permanecí con ella hasta el momento en que, situada ya toda allende el río, reemprendía la marcha y me permitía retornar tranquilo al puesto de mando del Cuerpo. De todos modos, ¡con unos pocos tanques y ametralladoras, el enemigo había tenido en jaque, y sin dar un paso adelante durante ocho horas, a nuestra vanguardia! Avisado por el percance, teniente Graf, con la orden terminante de que la sección de Lindemann tenía que cruzar el Loira aquella misma noche. Y no andaba yo descaminado, puesto que la encontró en el momento en que se disponía a descansar hasta la madrugada aquende el río, y con sus amonestaciones y el ejemplo que dio de tripular él el primer bote neumático, consiguió que lo cruzase antes del amanecer.

Durante la noche llegaron al puesto de mando los partes de dos divisiones dando cuenta de que sus vanguardias habían pasado el Loira. Inmediatamente partí para las avanzadas, en donde me dejó impresionado lo caudaloso del río, que en el paso occidental de Ingrades alcanzaba unos 600 metros de anchura, con una corriente muy fuerte. Dos de los arcos de su elevado, puente habían sido volados, y ello nos obligaba a salvar las brechas mediante pontones y el desnivel de nueve metros de éstos a los elevados tramos de puente subsistentes, por medio de las consiguientes rampas demasiado empinadas. Trasponer luego estas rampas con el jeep constituía una verdadera hazaña de acrobacia. A pesar de lo

cual, conseguimos pasar por allí todos nuestros vehículos pesados, impedimenta, etc., y eso que la anchura y violencia de la corriente y los muchos bancos de arena dificultaban bastante la operación.

En el puente e Chalonnes la situación no se presentaba tan ardua, porque allí se bifurca la corriente en tres brazos y los puentes de los dos del norte habían caído intactos en poder nuestro, de suerte que sólo necesitamos remontar el tercero, de unos 160 metros de ancho. Allí fui testigo de un duelo original. Mientras por la mañana sólo habían asomado por la otra orilla soldados franceses desarmados, aparecieron luego, poco después del mediodía, tanques enemigos pesados enfrente de los dos puentes, pues las fuerzas que ya habíamos puesto al otro lado no habían podido detenerlos, carentes como estaban de artillería y de antiaéreos, no trasbordados aún. Y así fue cómo en los puentes de Chalonnes presencié la dramática escena de una antiaéreo de 88 milímetros que tomaba posición frente a un tanque pesado del otro lado y ambos abrían fuego al mismo tiempo. Desgraciadamente, pronto se vio el nuestro fuera de combate, aunque al punto vino a relevarle un antitanque ligero que, de un certero disparo contra la parte frontal más vulnerable del tanque, dejó al monstruo de 32 toneladas envuelto en llamas.

Aquella noche me alojé en el castillo de Serrant, cerca de Chalonnes. Era una poderosa construcción, flanqueada de imponentes torres, circuyendo en forma de herradura un gran patio de honor, y toda ella protegida por el foso. Pertenecía el castillo al familias de la vieja Trémuille, príncipe de Tarento, una de las primeras familias de la vieja Francia. El último de los títulos lo habían heredado los duques allá por el 1500 de los Anjou de Náples, aun cuando no habían llegado a ocupar el trono, del que se había apoderado Fernando el Católico. Un Trémuille había sido asimismo el único a compartir con Bayardo el título de caballero sans peur et sans reproche. Encerraba aquel castillo un verdadero tesoro de recuerdos históricos, especialmente en la biblioteca, sin que faltasen los de la época en que su propietario había figurado entre los partidarios de los Estuardo. Únicamente la planta baja estaba inhabitable, porque en ella- lo mismo que en muchos otros castillos- habían retirado los muebles del palacio real de Versalles. Personalmente ocupé yo una de las habitaciones de una torre en el cuerpo superior, puesta en verdad en verdad como para grand lever, con un espléndido lecho coronado por un baldaquino de ocho metros de altura. Contiguo a ella había también un soberbio cuarto de vestir

con bóveda de cañón y precioso artesonado <capitoné> como tapa de escriño. Las caras exteriores del edificio estaban recubiertas de piedra blanca de gres, en contraste con las

macizas torres de granito, y el conjunto descansaba en el regazo delicioso de un vasto parque. Una imponente escalera de honor, de abovedados techos en estilo Renacimiento, daba acceso a las salas de la primera planta, cuajaba entonces de magníficas tablas y cuadros y de inapreciables gobelinos. Ni que decir tiene que la propiedad ajena fue cuidada y respetada con el mayor escrúpulo, como lo era siempre en todos nuestros alojamientos.

Hasta el 22 de junio habíamos conseguido llevar a la orilla izquierda del Loira las divisiones 6 y 27 y que las secciones de vanguardia profundizasen un poco más y se hiciesen cargo de la rendición de incontables soldados franceses.

El 23 de junio nos enterábamos de que días antes había quedado concertado el armisticio en Compiégne, on lo que la campaña de Francia terminaba. En una orden del día del cuerpo pude mostrarles a las divisiones de mi mando mi gratitud por su abnegación, su valentía y su tenacidad, acreditadas en una larga marcha <sin protección de tanques ni vehículos que las transportasen>. De una batalla iniciada con éxito, habían pasado a una persecución de más de 500 kilómetros, que bien merecía en verdad la denominación de <arrollador avance hasta el Loira>.

<La rueda había girado otra vez.> Mas del Compiégne de 1948 hasta el de 1940 había un largo camino. ¿Adónde nos llevaría?

7

ENTRE DOS CAMPAÑAS

El Alto Mando del Ejército se dispone a una desmovilización parcial.- Sesión del Reichstag en Berlín.- <¿ Que hacemos ahora?>- La ausencia de un plan bélico.- ¿Abatir a Inglaterra mediante la guerra naval y aérea?-¿Pugna por el Mediterráneo?- ¿Invasión de las Islas Británicas?- ¿Hubiera sido factible la operación <León Marino>?- Los motivos de renunciar a la invasión.- Decisión tardía y resultado insuficiente de la <Batalla sobre Inglaterra>. Postura política de Hitler respecto de Gran Bretaña.- El superior riesgo de la guerra en dos frentes.

Con la fecha de la rendición francesa, el día, para Alemania negro, en que había firmado en el coche-salón del mariscal Foch en Compiégne su capitulación el 11 de noviembre de 1918, quedaba cancelado. Ahora era Francia la que tenía que suscribir la suya en el mismo lugar y en el coche mismo que habían conocido la primera. Con ello alcanzaba Hitler, el 22 de junio de 1940, la cumbre de su ascensión. Francia, cuya potencia militar se venía cerniendo sobre Alemania como una latente amenaza, quedaba descartada como enemigo del Reich, como lo habían quedado antes sus satélites orientales. Gran Bretaña había sido expulsada asimismo del Continente, bien que no completamente derrotada. Cierto que en el Este seguía subsistente el sordo peligro que, pese al tratado de Moscú, representaba la vencidad- ahora inmediata- de la potencia soviética. Parecía, sin embargo, muy improbable que, ante la victoria alemana sobre Polonia y Francia, fuesen a tornarse agresivos los soviéticos en bastante tiempo. Y en cuanto al riesgo de que el Kremlin sintiese la veleidad de prolongar su expansión por Occidente en tanto Alemania tenía las manos atadas por la guerra en

aquel frente, si alguna vez la había experimentado, bien puede decirse que la mejor ocasión para tal acción quedaba atrás ya. A buen seguro que tampoco en Moscú habían contado con la posibilidad de que la Wehrmacht alcanzase una tan rápida y aplastante victoria sobre los ejércitos aliados de las potencias occidentales.

Y no es que a tan brillantes resultados llegamos en Polonia y Francia porque acaso desde el día aquel de Compiégne los sueños de los mandos militares alemanes hubiesen conocido tan sólo el duro cabezal de la preparación para la guerra de desquite. Contra cuanto ha venido sosteniendo cierta insidiosa propaganda adversaria, la verdad irrecusable es que toda la labor del Alto Estado Mayor alemán desde 1918 a 1939 estuvo dedicada a asegurar la independencia del Reich, tal como lo demandaba una serena apreciación de los riesgos que en caso de guerra íbamos a correr, y no rencorosamente encaminada a una guerra de desquite o de agresión. No se puede negar, eso sí, que los mandos militares acabaron por dejarse llevar de Hitler, seducidos por sus asombrosos triunfos políticos. Mas también hay que decir en descargo de ellos que actuaron bajo el influjo de un tradicional acatamiento a la primacía política, aunque

en nuestro caso fuese la de una política con la que no estaban conformes. Al fin y al cabo, si algún recurso les quedaba contra ella era sólo el muy dudoso y casi siempre recusable del golpe de Estado.

Ni en los éxitos hasta entonces alcanzados cabe decir que tuviera parte decisiva el volumen del rearme alemán que Hitler había estimulado por todos los medios. Aun habiendo sido- si tenemos en cuenta la indefensión impuesta por el dictado de Versalles- condición indispensable para cualquier guerra eficaz, incluso para una meramente defensiva, no se puede afirmar que nuestra Wehrmacht lanzó a la balanza de la lucha una superioridad comparable a la que más tarde habrían de oponernos la Unión Soviética por tierra y las potencias occidentales por aire. En realidad, eran ellas, las potencias occidentales, no sólo equiparables en disponibilidades de fuerzas militares, de tanques y de artillería a los ejércitos alemanes, sino la superior en algunos aspectos. No fue, pues, el volumen de armamento lo que nos valió la victoria en la campaña occidentales, sino la superior calidad de nuestras tropas y la mayor habilidad de los mando. Que algo habíamos aprendido en la Wehrmacht alemana desde la terminación de la guerra anterior, sin por eso echar en olvido las inmutables leyes del arte bélico.

Luego de concertado el armisticio, el Alto Mando del Ejército tomó ciertas medidas destinadas a la desmovilización de unconsi-

derable número de divisiones, al tiempo que se procedía a transformar en motorizadas y blindadas algunas de infantería.

A tal objeto fue destinado a la región de Sancerre en el Loira central el Estado Mayor del XXXVIII Cuerpo de Ejército con la misión de dirigir allí la labor de transformación de algunas de dichas divisiones. En consecuencia, hubimos de cambiar el soberbio castillo de Serrant, con tantos históricos recuerdos enriquecido, por otro mucho más pequeño, por así decirlo, que el fabricante del mundialmente conocido Cointreau había hecho construir en la cima de una colina dominando la cuenca del Loira. Pretendía nuestro nuevo hogar dárselas de castillo con solera, aunque con el desdichado resultado de todo el mal gusto que caracteriza a tales

imitaciones. Ni siquiera una simulada torre ruinosa, que al lado de la residencia propiamente dicha habían plantado con el inocente propósito de engañar los siglos, conseguía otra cosa que subrayar el <pastiche>. En cuanto a los cañoncitos montados en la terraza, no creo que pudiesen suscitar apenas la idea de trofeos bélicos en nadie que no fuese el mismo venturoso fabricante de licores. Lo único hermoso allí era sin duda la bella perspectiva de las vastas y fértiles vegas del río contempladas desde lo alto del monte. Pero el mejor síntoma para diagnosticar la manía de grandezas, la mentalidad de parvenu del propietario, estaba dentro, colgada en el despacho del mismo paciente. Era un dibujo de grandes dimensiones que representaba, sentados en torno a una mesa, a los monarcas europeos de fines del siglo, nuestro Kaiser, el anciano Francisco Jose, la reina Victoria, etc. Todos tenían el aspecto de no haber perdido el tiempo en su visita a la sede del Cointreau, y por encima de todos ellos, de pie sobre la mesa, alzaba triunfalmente una copita de licor el sujeto en cuestión. Nada fue tocado en el <castillo>, pero el cuadro aquel no supimos privarnos de retirarlo de allí.

El 19 de julio todos los altos jefes de la Wehrmacht fueron convocados en Berlín, para tomar parte en una sesión del Reichstag en la que Hitler proclamó la terminación de la campaña occidental. Fue aquella la ocasión que eligió para expresar su reconocimiento a la nación mediante la concesión de condecoraciones a los jefes militares más señalados.

La generosidad con que en la distribución de honores procedió, parecía indicar que Hitler daba ya la guerra por virtualmente ganada.

A nosotros, profesionales de las armas, nos pareció la concesión de honores francamente desmedida, así por la forma como

por la cuantía, por más que el pueblo alemán haya estimado como cosa la más natural el reconocimiento de méritos militares.

El que Hitler le adjudicase a un nombramiento de Capitán General de la Armada el séquito de una docena de Mariscales de Campo, solamente en desdoro de esta categoría podía redundar, con haber sido hasta entonces la más distinguida de Alemania. Antes venía considerándose condición indispensable para alcanzar la dignidad de mariscal (si prescindimos de algunos

nombrados en tiempo de paz por el emperador Guillermo II) la de haber tenido el mando supremo de una campaña, haber ganado una batalla o conquistado una fortaleza.

Después de la campaña polaca, en la que se habían dado las condiciones respecto del comandante en jefe del Ejército y de los de ambos Grupos de ejércitos, no se había creído Hitler en el caso de mostrarle su gratitud al Ejército otorgándoles a ellos la dignidad de mariscales. Ahora, en cambio, nombraba de golpe a una docena, entre los cuales iban a codearse con el comandante en jefe del Ejército, con dos brillantísimas campañas en su haber, el jefe del Alto Mando de la Wehrmacht, que ni había tenido mando efectivo ni era jefe del Estado Mayor General, y el subsecretario del Aire, que tampoco podía parangonarse en méritos- por muchos que fuesen los suyos de organización- con el comandante en jefe.

Pero el más craso indicio de la actitud hitleriana estuvo en la manera en que elevó al jefe de la Luftwaffe, Goering, por encima de los comandantes supremos del Ejército y de la Marina, al conferirle el cargo de mariscal del Reich y la Gran Cruz de la Cruz de Hierro con carácter exclusivo. Tal como estaban entonces las cosas, la distribución de honores en la forma relatada tenía todas las trazas de una deliberada postergación del Alto Mando del Ejército y delataba bien a las claras la resentida y recelosa actitud de Hitler para con él.

El día de la sesión del Reichstag tuve conocimiento de que nuestra Comandancia General estaba a punto de verse destinada a otra misión. Y efectivamente, pronto éramos trasladados a la costa del canal de la Mancha, para encargarnos de los trabajos preliminares de la invasión de Inglaterra, a cuyo fin se nos encomendó el mando de tres divisiones de infantería. Nuestra residencia iba a ser Le Touquet, una elegante playa cercana a Boulogne, en donde no faltaban tampoco unas encantadoras villas de propiedad inglesa. Acomodóse allí el Estado Mayor en un gran hotel de lo más suntuoso que podamos imaginar, mientras que yo me alojaba, con

Mis más íntimos auxiliares, en la pequeña villa de un naviero francés. Aunque de ella había huido el propietario, quedaba al frente de la posesión la familia del conserje, de suerte que no faltaba quien se cuidase de mantener en orden la vivienda y su mobiliario y de velar por todo. Bien es verdad que, aun sin esto, nunca nos consideramos ni comportamos nosotros como dueños en semejantes casos facultados para disponer a capricho de la propiedad ajena según más tarde habían de hacer otros en Alemania. Por el contrario, cuidábamos estrictamente de

que en las casas habitadas por nuestras tropas reinase el orden y a nadie se le ocurriese llevarse de ellas el mobiliario no objetos de valor como souvenirs, cosa que siempre deja en los despojados un mal souvenirs y que afortunadamente no estaba en las costumbres de nuestro Ejército. Recuerdo que cabalgando yo un día por delante de una villa poco antes evacuada por tropas nuestras y dejaba en llamativo desorden, me faltó tiempo para ordenar que aquel mismo ía volviese allí el sargento de semana de la campaña causante y con un pelotón de limpieza reparase el desaguisado.

Efecto sin duda de este impecable, caballeroso comportamiento de nuestras tropas durante el medio año que todavía estuve en Francia, las relaciones con la población francesa fueron siempre correctas. La gente del país, sin dejar de mostrarse cortés, conducíase en todo momento con cierto punto de reservada dignidad, que no podía por menos de merecer nuestro respeto. Por otra parte, todos más o menos experimentábamos la seducción de aquel país dichoso. ¡Qué de testimonios de viejas culturas, qué de encantadores paisajes y qué de refinamientos también de una tradición culinaria famosa! ¡Y qué abundancia, Señor, de mercancías en aquella rica tierra! Claro que en esto andábamos nosotros más bien reducidos en nuestra capacidad adquisitiva, ya que solamente un pequeño porcentaje de nuestra soldada nos era abonado en dinero del país y al menos en el Ejército se llevaba esto con el mayor rigor. Por eso resultaba que entre nosotros el disculpable deseo de hacer compras, veíase afortunadamente muy frenado, y digo afortunadamente, porque sólo en beneficio del buen nombre de la Wehrmacht podía redundar la precautoria limitación. De todas suertes, siempre disponía uno de lo indispensable para darse un día el encanto sin par de la ciudad. También en nuestra residencia de la costa gozamos hasta bien entrado noviembre del placer del baño de mar, que tanto saboreaban sobre todo mi ayudan-

te, el teniente Specht, mi leal conductor Nagel y Runge, mi asistente de caballo, y que solía terminar en una larga galopada por la arena de la playa. Recuerdo que una vez nos habíamos demorado en el agua más de la cuenta, sin percatarnos de lo mucho que allí sube la marea, pues que alcanza en pleamar hasta 8 metros sobre el nivel de la bajamar, según habíamos de comprobar al hacer nuestros cálculos para las posibilidades de desembarco en las costas británicas y las de embarque de fuerzas en las de partida. Pues bien; sucedió que mientras nosotros hacíamos notación, nuestro Mercedes, que habíamos dejado en la playa, empezó a

moverse zarandeado por las olas y a duras penas llegamos a tiempo de engancharlo a un tractor y rescatarlo de la arena, ya reblandecida por el agua. En cambio, pudo Nagel tomar venganza del líquido elemento, haciendo la presa más original que hayan registrado nunca los fastos de la Marina, flotaba mar adentro el puente de un barco echado a pique y allá se fue el conductor y en una zambullida rescató del camarote del capitán un juego de tenis de sobremesa, con sus palas y pelotas, que nos sirvió luego para entiquecer nuestro arsenal deportivo. Supongo que pocos serán los que cuenten con un tenis de sobremesa de más extraña procedencia.

Mas no vaya el lector a suponer que las facilidades de vida amena y placentera que la condición del país y nuestra situación de fuerzas en paz después de una dura campaña nos brindaban, degenerasen entre nosotros en riesgo de molicie, como suele suceder con las fuerzas de ocupación. Este peligro lo conjuraba la necesidad en que estábamos de adiestrarnos intensamente, preparado a nuestras tropas para la prevista operación invasora. De manera que cada día habíamos de repetir nuestros ejercicios en las dunas y marismas adyacentes, elegidas para ellos por la gran semejanza que tenían con las condiciones de la zona en donde nos proponíamos desembarcar. Una vez en nuestro poder los medios de transporte, consistentes en adaptaciones de barcas del Rin y del Elba, en motoras y vaporcitos de pesca, ya pudimos pasar a los ejercicios de embarque y desembarque en el mar en combinación con la Marina y aprovechando los días de buen tiempo. En estos ensayos recibía de cuando en cuando un baño de impresión éste o el otro participante cada vez que la correspondiente lancha de desembarco era acercada a la orilla por manos inexpertas. Los mismos cadetes de la Marina tuvieron que adaptase a las condiciones desusadas de los nuevos medios, y no es de extrañar que les desconcertase un poco el verse mandando un jadeante bote del Elba, en vez de un bien perfi-

lado crucero o un alongado y sutil submarino. Tanto menos, cuanto que otra de sus dificultades estaba en entenderse con los viejos patrones y los propietarios de los bates o vaporcitos que, en el puente con ellos, habían de asesorarles en el manejo de aquellos elementos de la singular flota de invasión, pese a lo cual, todo el mundo había tomado a pecho la tarea de los preparativos, y estoy seguro de que, por extraña que al principio hallásemos la nueva ocupación, hubiéramos salido airosos del intento.

Considero inexcusable intercalar aquí algunas observaciones críticas al plan de Hitler de desembarcar en Inglaterra, por lo que respecta a los motivos que le indujeron a desistir de su primer propósito.

Si luego de haber derrotado a Francia llegó Hitler a suponer que tenía ganada la guerra y que apenas le restaba ya toda más que convencer a Inglaterra de ello, es evidente que se había equivocado. La fría repulsa que su oferta de paz- muy vaga por cierto- mereció de Gran Bretaña, prueba segura era de que ni el Gobierno ni la nación estaban dispuestos a reconocerlo así.

Y ahora fue cuando Hitler y su Alto Mando de la Wehrmacht se vieron ante la embarazosa cuestión:

<¿Qué hacemos?>

Esta cuestión puede planteársele fatalmente al estadista o al caudillo militar cuando en una guerra sobrevienen reveses o inesperadas complicaciones políticas, como por ejemplo la incorporación de otras potencias al bando enemigo, que originan una situación enteramente nueva,. Entonces puede ocurrir que no quede otro recurso que desechar <el plan bélico>.

En estos casos tal vez se le pueda reprochar al correspondiente mando el error de haber menospreciado insensatamente la capacidad del enemigo y atribuido a la de la propia nación virtudes hiperbólicas; o haber errado en la apreciación de la situación política.

Mas cuando un mando político-militar nacional llega a preguntarse <¿qué hacemos?- después que las operaciones militares han colmado todas sus esperanzas- en nuestro caso, más bien presumo que las habían desbordado- triunfando plenamente de

uno de los enemigos y acorralando al otro en su propia isla con el sabor de la derrota en los labios; entonces habría que preguntarse si es que de verdad Alemania contaba con algo que mereciese el nombre de <plan bélico>.

Ya se sabe que ninguna guerra desarrolla conforme a un programa preestablecido o siguiendo punto por punto el plan que uno de los bandos había imaginado a su antojo. Pero si Hitler se había resuelto en septiembre de 1939 a correr los azares de una lucha contra Inglaterra y Francia, lo menos que pudo hacer fue pensar en cómo, llegado el caso, había de arreglárselas para dar cuenta de las dos potencias antagonistas. Por eso yo me inclino a creer que el mando supremo alemán no contó, ni siquiera durante la ofensiva en Francia, con un <plan de guerra> sobre lo que debería hacer de la victoria militar, o en su caso sobre cómo habría de proseguir la guerra. Hitler estaba obsesionado con la idea fija de que Gran Bretaña acabaría por ceder, y sus consejeros militares obcecados por la sumisa costumbre de que debían <esperar a conocer la resolución del Führer>.

Bien crudamente nos enseña este caso las funestas consecuencias de una organización militar irracionalmente centralizada como la que en Alemania resultó de la incautación por Hitler del mando supremo de la Wehrmacht sin la precaución de nombrar simultáneamente una Jefatura de Estado Mayor General del Reich responsable de la gestión global de la guerra.

Porque la verdad es que al lado de la Jefatura estatal, encargada de llevar el timón político de la nación, no existió organismo militar alguno con auténticas facultades para sentir sobre sí el peso ineludible de la responsabilidad bélica alemana.

Aparte de que al Alto Mando de la Wehrmacht ya se había cuidado él muy bien de dejarlo reducido de antemano a la categoría de mera secretaría militar de despacho, tampoco su jefe, Keitel, era hombre que pudiese aconsejar estratégicamente a Hitler.

En cuanto a los comandantes de cada una de las tres fuerzas integrantes de la Wehrmacht, tierra, mar y aire, apenas les consintió tampoco influencia alguna en el planeamiento y gestión de la guerra conjunta. Sin que neguemos que tenían la posibilidad de exponerle en tales o cuales circunstancias sus puntos de vista, en la materia, lo cierto es que era él quien en definitiva resolvía ateniéndose a su propio parecer.

Por lo menos es indiscutible que reivindicaba siempre para sí el derecho a la iniciativa, de tal manera que, salvo el caso de No-

ruega, en que fue el Gran Almirante Raeder el primer impulsor, no conozco uno dolo en donde quepa atribuir al alto mando de una de las fuerzas de la Wehrmacht la decisión en materia de orientación global de la guerra.

Y, puesto que nadie estaba en rigor facultado para esbozar y proponer <un plan de guerra>, y menos que nadie el Alto Mando de la Wehrmacht, ¿qué podían hacer en la práctica sino esperar cada cual a recibir <las acertadas órdenes del Führer>? Los unos, como Keitel y Goering, poseídos de admiración fanática; los otros, como Brauchitsch y Raeder, a duras penas resignados. Ni modificaba tampoco esta situación el hecho de que acaso dentro de su esfera propia y como cosa de régimen interior el alto mando de cualquiera de las tres ramas de la Wehrmacht hubiese hecho sus cuentas sobre el supuesto de una guerra de más largo alcance y duración. Que en este sentido algo había hecho, por ejemplo, el Gran Almirante Raeder al Mayor de la Armada las posibilidades y condiciones técnicas para un desembarco en Inglaterra. Esto, repito, no quita para que hayamos de reconocer que en realidad no existió un solo servicio militar, ni una personalidad sola que como efectiva culminación de un Estado Mayor General gozase de indiscutidas atribuciones de asesoría nata de la gestión global de la guerra y como tal, y no como mero técnico o ejecutor, fuese reconocido por Hitler.

En nuestro caso el resultado de tan absorbente centralización militar fue el de que, terminada la campaña en el occidente de nuestro Continente, hubo que formularse la consabida pregunta <¿Qué hacemos?>

La cuestión envolvía para el mando supremo alemán los dos siguientes problemas:

En primer lugar, el hecho de una Gran Bretaña no abatida todavía ni nada dispuesta a entrar en tratos de avenencias.

En segundo lugar, la ingrata circunstancia de que ahora se veía el Reich bajo la amenaza latente de una posible intervención de la Unión Soviética en la guerra, justamente cuando ambos países tenían ya fronteras comunes. Peligro que Hitler había dejado traslucir ya en noviembre de 1939, al hacer hincapié en la necesidad de precipitar la resolución en Occidente, por más pacifista que el Kremlin se hubiese mostrado al principio respecto de Alemania.

Teniendo en cuenta estos dos hechos, era evidente que el interés de Alemania estaba en terminar cuanto antes la guerra con la Gran

Bretaña. Si conseguíamos esto. Aún podríamos abrigar la esperanza de birlarle a Stalin la última oportunidad de aprovechar las disensiones europeos para llevar adelante su política de expansión.

¿Que no se conseguía hallar una fórmula de avenencia? Entonces tendría que tratar el Reich poner a contribución todos sus recursos bélicos para desembarazarse a la mayor brevedad posible del último de los enemigos que aún le hacía frente, que era la Gran Bretaña.

Lo trágico de aquel corto período, en el que la suerte de Europa quedó decidida para mucho tiempo, es que ninguna de las dos partes contendientes supiera buscar con sincero empeño la manera de llegar a un arreglo sobre bases razonables.

En cuento a que Hitler hubiera preferido eludir un encuentro a vida o muerte con la Gran Bretaña, toda vez que su auténtico objetivo estaba en el Este, es cosa que no cabe poner en duda. Por otra parte, la manera como formuló en la sesión del Reichstag siguiente a la terminación de la campaña francesa la vaga oferta de paz a Gran Bretaña, no era tampoco la más indicada para despertar simpatías entre nuestros antagonistas. Ni siquiera parece fuera de duda el que Hitler- entregado ya a la petulante osadía de los malvezados- se hallase dispuesto a entrar en razonables y justas negociaciones de paz en el caso de que el enemigo le hubiese ofrecido ocasión de emprenderlas. Pero hay más aún; porque, bien mirado, ni tampoco tenía las manos libres para negociar, después de haberle cedido la mitad de Polonia y el Báltico a la Unión Soviética. Sólo por una nueva guerra podría rescatar ahora el botín de su copartícipe, y tendría asimismo que enfrentarse con el aliado italiano, al que había abierto el camino de la reivindicación de territorios sujetos antes a la soberanía francesa, enajenado de esta suerte la propia independencia. Por último, tenía en contra suya el recelo mundial de que, aras la influencia de Praga, cualquier pacto por él suscrito pudiese convertirse en papel mojado.

Y eso que el pueblo alemán seguramente hubiera recibido con júbilo en su gran mayoría la noticia de que tras la victoria de Francia había concertado Hitler una paz justa. Porque el alemán corriente no sentía en el fondo la codicia de incorporar al Reich desmedidas extensiones polacas, ni en él habían hallado eco las teorías de ciertos visionarios empeñados en autorizar en un pasado remoto las reivindicaciones sobre territorios que antaño habían sido parte de Alemania como comprendidos dentro del Sacro Romano Imperio. En cuanto a la idea del Herrenvolk o casta superior, con dere-

cho de dominio no en Europa, sino en todo el mundo, no pasó de paparrucha tomada a broma en Alemania, excepto por unos cuantos paranoicos del Partido. Hubiera bastado con que Hitler llamase al orden con un silbido a su dócil jauría de la propaganda, para que el asentimiento general a una paz razonable se dejase oír.

En el lado contrario fue el carácter nacional británico, tan acusadamente representado por la persona de hurchill, el que impidió que en aquella fase de la guerra- como también después- se fuese honradamente a la busca de una base sensata de arreglo. Fue la en otro sentido admirable tenacidad británica, por la que una lucha ha de seguirse hasta el último aliento una vez aceptada, la que les empecinó en ella y les tornó sordos a todo argumento disuasivo. Sin contar con que el encono de aquel <odio incondicional> contra Hitler y su régimen (en algunos personajes políticos, también contra la Alemania prusiana) apenas dejaba columbrar el más pernicioso sistema político y el peligro mayor para el porvenir de europa encarnados por la Unión Soviética. Ni debió pesar poco sobre las conciencias británicas la coacción de su tradición política del <equilibrio europeo> (que para restablecido era justamente por lo que Inglaterra entrara en la guerra), basada en la necesidad de neutralizar siempre la potencia que en el Continente, empezase a adquirir preponderancia. Porque la gente no se daba cuenta de que en un mundo muy diferente ya del que nuestros padres habían conocido, lo que urgía era crear el <equilibrio mundial> ante el potencial enorme a que la Unión Soviética había llegado y frente al peligro que para toda Europa suponía la fanática pugna de esta monstruosa potencia por la realización de la revolución mundial.

Abundando en este sentido, hay que reconocer que también el jefe del Gobierno británico, Churchill, era de un temperamento excesivamente belicoso; un hombretan exclusivamente entregado a la pasión de la lucha y a la esperanza de la victoria, que difícilmente podía tender su mirada más allá del horizonte bélico y escudriñar un poco en el futuro político. Sólo cuando los soviéticos fueron acercándose, años después, a los Balcanes, alcanzando así el punto neurálgico de la Gran Bretaña, cayó Churchill en la cuenta del peligroso giro que las cosas iban tomando. Pero entonces ya era tarde para contener a Roosevelt y a Stalin y para arrepentirse de haber confiado demasiado en la fortaleza de su propio pueblo y en que los Presidentes de los Estados Unidos acabasen alineándose con Inglaterra por poco dispuesto que a ello se hallase entonces- aun aborreciendo a Hitler- el pueblo americano en general.

El peligro que la Unión Soviética representaba para el Reich no pudo pasarle inadvertido a la perspicacia de un hombre como Churchill, que a buen seguro debió frotarse un poco las manos al hacer cábalas sobre la eventualidad de una guerra ruso-germana. Por el contrario, la idea de buscar un arreglo con Alemania en la esperanza de que no fuesen a tardar luego en llegar a las manos en pugna por la primacía las dos potencias totalitarias, parece que no se le pasó por la imaginación. Y eso que una imparcial reflexión sobre el lado fuerte y el vulnerable de ambas potencias fácilmente le hubiera permitido concluir que ninguna de ellas acabaría por dominar plenamente a la otra, sino que más bien se verían envueltas por mucho tiempo en lucha y acabarían extenuadas. Lo que no podría por menos de dejar en manos de los anglosajones el ventajoso papel de árbitros, y hasta cabía la esperanza de que la agotadora lucha por la primacía trajese consigo la caída de ambos regímenes totalitarios.

Por desdicha, en tiempos de dictaduras, de campañas ideológicas, de <cruzadas> y de masas hostigadas por una desatada propaganda la palabra <sensatez> no suele escribirse en caracteres capitales. Y así fue cómo, desechada la cordura, ninguno de los dos bandos halló mejor camino para dirimir su querella que el desdichado de las armas, nocivo para ambos pueblos y funesto para Europa.

La cuestión <¿Qué hacemos>?, planteada al mando supremo alemán al término de la campaña occidental, hubo de resolverse, pues, en el sentido de proseguir la guerra contra Inglaterra. Ahora iban a salir a relucir las consecuencias desastrosas de que Alemania no contase para tal eventualidad- por las razones que antes dejamos apuntadas- con un plan bélico de mayor alcance que el de la campaña occidental en el Continente. Porque cuando Hitler concibió la idea (no la resolución) de tirarse a fondo contra Inglaterra apelando a la invasión, no se contaba con la menor medida de carácter práctico para semejante empresa. Y el resultado fue que la mejor ocasión, la de aprovecharse al punto de la debilidad inglesa, hubimos de dejarla pasar, para entregarnos a unos laboriosos preparativos y retardarnos en ellos hasta un punto en que las solas condiciones atmosféricas bastaban para presagiar el fracaso.

Fue esta última circunstancia, juntamente con otras a las que aún habremos de volver, la que movió a Hitler- o le brindó el pretexto para ello- a dar de mano al proyecto de invasión, desentenderse de Gran Bretaña como quien dice y lanzarse luego sobre la Unión Soviética. El resultado todo el mundo lo conoce.

Antes de pasar a considerar las razones de este cambio de frente, creo necesario dilucidar las posibilidades que hubiera habido de llevar la lucha contra Gran Bretaña a sus últimas consecuencias en el caso de que Hitler hubiese estado dispuesto a ello.

Tres procedimientos pudieron haberse seguido. Habría sido el primero hacerle, doblar la cerviz a Inglaterra cortándole los suministros por mar. Para ello tenía el Reich a su favor el hecho de Hallarse en plena posesión de las costas de Noruega, Bélgica y Francia como bases para la guerra submarina y aérea.

Menos propicia nos era, en cambio, la situación en lo tocante a los recursos materiales bélicos aptos para el caso.

Las fuerzas navales no disponían de un número de submarinos que se aproximase tan siquiera al mínimo requerido, cuanto menos de navíos pesados, y especialmente de portaaviones, que hubiesen podio cooperar con aquéllos. Para más acentuar aún la insuficiencia, pronto se echó de ver que la defensa antisubmarina resultaría incontrastable en tanto no consiguiésemos anular a la aviación británica.

Por lo que toca a la Luftwaffe alemana, las tareas que por delante tenía en esta lucha las siguientes:

Alcanzar el dominio del aire, al menos en la medida indispensable para anular la acción de la aviación británica contra los submarinos; paralizar el servicio de los puertos británicos, destruyéndolos hasta dejarlos inservibles, y cooperar eficazmente a la lucha submarina contra el tráfico marítimo enemigo.

Esto presuponía en la práctica la anulación de la aviación británica y la destrucción de todas sus fuerzas de repuesto.

Que la Luftwaffe alemana todavía no era en 1940 lo bastante fuerte para alcanzar estos tres resultados, lo demostró el curso de la <batalla sobre Inglaterra>. Nada puede, en cambio, afirmarse sobre cual hubiera sido el resultado de esta última en el caso de que las condiciones meteorológicas en los meses de agosto y septiembre no se hubiesen mostrado tan desfavorables 8cosa que no podíamos esperar) y si el mando alemán no hubiese desistido de los ataques contra la aviación británica para lanzarse contra Londres en el instante acaso más crítico para aquélla.

De lo que no puede caber duda alguna es de que en el verano de 1940 en modo alguno cabía contar con una rápida obtención de las metas representadas por la anulación de la aviación y por

la destrucción de sus bases de reposición, cuando el número de bombarderos propios y la carencia de cazas con amplio radio de acción desautorizaban tales optimismos. Además de que una lucha en la que lo fundamental ha de depender de la proporción de medios materiales, siempre suele reclamar más tiempo y más fuerzas en la lucha de contendientes con recursos aproximadamente iguales rara vez vieron de la pugna de fuerzas en presencia como parecería, inevitable, sino más bien de la habilidad del mando.

debimos, por tanto, habernos dispuesto de antemano a una guerra larga, multiplicando nuestros recursos submarinos y aéreos si queríamos asegurarnos la victoria.

Hay que reconocer asimismo de plano que la idea de poner de rodillas mediante una <guerra aérea estratégica> a un país tan vasto como la Gran Bretaña, según pretendía el general Douhet y hacerlo además en poco tiempo, no pasaba de una fantasía. La misma campaña aérea de los aliados contra el Reich ha confirmado luego esta verdad.

Si de veras íbamos a rendir a Gran Bretaña por la desarticulación y corte de su tráfico marítimo, lo menos que pudimos haber hecho fue volcar todo nuestro potencial de rearme sobre las industrias de construcción de submarinos y aviones, destinando a ello fuerzas del Ejército que más eficaces hubiesen resultado para el propósito en fábricas y arsenales.

Por otro lado, el riesgo de la situación estaba justamente en el tiempo de duración de la lucha, ya que nadie podía decir cuánto esperaría aún la Unión soviética para cambiar de actitud. Suponiendo ahora una reducción de nuestras fuerzas de tierra y la simultánea absorción total del potencial aéreo por nuestra lucha contra Inglaterra, parecía razonable esperar que si los soviéticos no se disponían a terciar abiertamente en la guerra, lo más probable sería que quisiesen aprovechar la ocasión para la extorsión política.

Otro peligro más lo teníamos en la posibilidad de una intervención prematura de los Estados Unidos, que a duras penas se habrían contenido viendo cómo agarrotábamos lentamente a Gran Bretaña. Porque en esta guerra de las flotas aéreas y de las fuerzas navales los Estados Unidos siempre habrían podido terciar a tiempo, mientras que en el supuesto de una invasión de Inglaterra por los alemanes en aquellos días hubieran llegado demasiado tarde.

De todos modos, si el Reich hubiese contado con un mando militar único dueño de disponer la orientación conjunta de la gue-

rra, nada habría tenido de disparatado enfocar en este sentido la nuestra con perspectivas de victoria. A reserva, claro está, de que íbamos a correr el riesgo de una intervención de la Unión Soviética o de los Estados Unidos, y siempre también que por nuestra parte nos hubiéramos limitado estrictamente a los objetivos de destruir primero la aviación británica y cortar seguidamente el abastecimiento marítimo de las Islas. Cualquier desviación de esta norma en pro de la vaga idea de abatir la moral del enemigo mediante ataques a sus ciudades, sólo en detrimento del primer propósito podía redundar.

Como segunda posibilidad a nuestro alcance para rendir a Gran Bretaña, teníamos la lucha por el dominio del Mediterráneo. Se le reprocha, en efecto, a Hitler, o más bien al mando militar alemán, el que no hayan sabido desprenderse de sus prejuicios continentales ni comprendido la importancia del Mediterráneo como artería vital del Imperio.

Y quizá no anden equivocados en la suposición de que tal fue la idea de Hitler. Mas todavía quedaría por dilucidar si de un lado iba a bastar la pérdida del predominio mediterráneo para que Gran Bretaña abandonase la lucha, y de otro, las consecuencias que al Reich le hubiera acarreado la conquista del espacio marítimo en cuestión.

Sin duda que la pérdida de su posición en el Mediterráneo hubiera sido un rudo golpe para Gran Bretaña; que las posibles consecuencias de ella con respecto a la India y al Oriente Próximo, y por ende el abastecimiento de petróleo, acaso habrían sido graves, y, por último, que la definitiva obstrucción de la ruta mediterránea habría agudizado también mucho las dificultades de aprovisionamiento general.

Con todo, ¿hubiera sido mortal el golpe asestado a la resistencia inglesa? Yo creo sinceramente que no. Todavía le restaba a Gran Bretaña el enlace con el Próximo y con el Lejano Oriente en torno al Cabo de Buena Esperanza, imposible de cortar. Imposible, claro está, excepto mediante un estrecho bloqueo de la Isla por mar y aire. Mas para llevar a efecto este bloqueo, ya habríamos recurrido a otro de los procedimientos enumerados, que reclamaría todo el potencial de la Luftwaffe. ¡Con lo que esta arma estaría ausente del Mediterráneo! No; por dolorosa que hubiera sido para los ingleses la pérdida de Gibraltar, de Malta y de su puntos de apoyo en Egipto y en el Oriente próximo, mortal no habría resultado. Antes es de suponer que, duda la peculiaridad del carácter inglés, el revés hicie-

Se en él las veces de aceite y enconase más aún su pugnacidad. ¡la nación inglesa se hubiera negado a aceptar la pérdida como definitiva y proseguido la lucha con renovado ardor! Probabilísimamente se hubiera encastillado en desmentir la verdad del lugar común de que el Mediterráneo constituye la artería vital del Imperio. Y en muy dudoso asimismo que los Dominios se hubiesen resistido a seguirla por este camino.

La segunda cuestión está en cuáles hubieran sido para el Reich las consecuencias de una lucha a fondo en el Mediterráneo y por el Mediterráneo. Lo primero con que en este aspecto nos encontramos es con que Italia habría sido una buena base para la lucha, pero que sus fuerzas sólo en modesta medida hubieran podido contribuir a la lucha misma. Esto no necesitábamos esperar a que los acontecimientos lo demostrasen, porque bien a la vista estaba desde el primer día.

Por de pronto, nadie se permitía esperar que la flota naval italiana fuese capaz de expulsar del Mediterráneo a los ingleses.

Teníamos, en conclusión, que ser los alemanes quienes pechásemos con las mayores dificultades de la lucha y que pasar, además, por una preponderancia italiana en el mando; consiguiente al hecho de que nuestro aliado considerase aquel mar omo una especie de piscina propia.

Ahora bien, para privar a Gran Bretaña de su predominio mediterráneo con la esperanza de asestarle así un golpe de muerte, tendríamos que sustraer a su posesión Gibraltar y Malta y echarla a ella de Grecia y de Egipto. Tarea que, desde el punto de vista militar, sin duda estaba al alcance de la Wehrmacht con sólo dislocar al Mediterráneo el centro de gravedad de la guerra. Lo malo era que estas cosas no vendrían solas, sino que habrían de traer inevitablemente aparejadas otras consecuencias. Así resultaría que para apoderarnos de Gibraltar tendríamos que contar con el asentimiento de España, que en realidad no se obtuvo, o lo habríamos de hacer intimidando a esta nación, con la consecuencia en ambos casos de haber acabado con la neutralidad española. Ello supondría para el Reich la nueva carga de proteger las costas de la Península Ibérica de acuerdo o contra la voluntad de los Gobiernos español, portugués y asegurar además el abastecimiento peninsular. Podíamos dar por segura también la resistencia en España y sobre todo en Portugal, que al punto vería sus colonias ocupadas por Inglaterra, y en consecuencia de todo ello, contar con que una parte considerable del Ejército alemán la reclamaría con carácter

permanente a Península. Ni que decir tiene, por último, que la repercusión que en los Estados Unidos y países hispanoamericanos habría de tener una ocupación violenta del territorio ibérico pudiera ser catastrófica.

Si en este curso de ideas nos hallábamos luego con que no podíamos llegar a un efectivo arreglo con Francia, muy improbable por cierto dadas las pretensiones hispano-italianos sobre territorios coloniales franceses, la consecuencia inmediata sería que también habríamos de ir a la ocupación de las posesiones norteafricanas de Francia, para no dejarle a Inglaterra la posibilidad de volver a afianzarse un día u otro con su poder naval en el Mediterráneo.

Pasando ahora a la hipótesis de que expulsásemos a los británicos de Egipto y también de Grecia caso de que allí se hubiesen asentado, tendríamos que probablemente la acción nos habría llevado también en el Mediterráneo oriental a los países del Cercano Oriente fuentes petrolíferas. No faltó quien opinase en este sentido que la creación de una base en el Cercano Oriente tenía que ser ventajosa para Alemania, ya por la posibilidad que le procuraba de mantener una coacción sobre la India, ya porque representaba una posición de flanqueo contra la Unión soviética, oportunísima para disuadir a ésta de posibles veleidades de intervenir contra Alemania. A mí me parece poco consistente toda esta hipotética ilación. Aun prescindiendo del muy dudoso efecto que en la actitud de los pueblos del Cercanos Oriente habría de causar a la larga el establecimiento allí de fuerzas militares alemanas, dos consecuencias eran seguras:

Partiendo del Cercano Oriente nunca podrían llevarse a cabo operaciones contra la India o la Unión Soviética susceptibles por su volumen de reportarnos éxitos apreciables, por la sencilla razón de que no contábamos con la posibilidad de mantener el abastecimiento, dada la prepotencia naval de Gran Bretaña en el sector.

Por otro parte, la presencia de Alemania en el Cercano Oriente antes hubiera precipitado que contenido la intervención agresiva de la Unión Soviética.

Me parece, en suma, que el meollo de toda la cuestión de una hucha por la conquista del espacio mediterráneo está en lo siguiente:

Ante todo, en el que la pérdida del dominio mediterráneo no hubiera afectado irreparablemente a Gran Bretaña, y luego, en que una lucha por aquel objetivo habría reclamado por mucho tiempo tal cantidad de fuerzas alemanas, que la Unión soviética no hubiera podido

por menos de sentirse fuertemente tentada a terciar en la lucha contra nosotros. Tanto más, cuanto que las presas que seguramente codiciaba, o sea, los Balcanes y una influencia preponderante en el Oriente Próximo, sólo podría hacerlas luchando contra Alemania.

El camino del Mediterráneo para llegar a dominar a Inglaterra, no era, pues, ningún atajo, sino un auténtico rodeo, semejante al que Napoleón I había dado con su maniobra de herir mortalmente a Inglaterra en la India, alcanzándola por Egipto. El emprenderlo tenía que llevarnos a emplazar las fuerzas alemanas por mucho tiempo bajo una orientación no decisiva. Con lo que por un lado hubiéramos dado lugar al rearme de la metrópoli británica y por otro, proporcionado a la Unión Soviética la gran oportunidad contra el Reich.

Hubiera sido en verdad la vía del Mediterráneo un mero refugio para hurtarse al arduo asalto de la metrópoli británica, que en el fondo se creía inexpugnable.

Con lo que llegamos al tercer plan, o sea a la invasión de la Isla, que en el año 1940 se puso a debate.

Pero antes de pronunciarnos sobre este punto, aún habremos de hacer la observación de que la acción del Mediterráneo, tal como en realidad fue ella, adoleció del mismo negligente trato por parte de Hitler que más tarde habíamos de padecer en Rusia, pues nunca aseguró los medios suficientes o no los concedió a tiempo. Uno de los errores capitales lo cometió al desistir de la toma de Malta, que al principio hubiera sido muy factible y que tanto hubiera influido luego en el curso de los acontecimientos en el Norte de África. Porque la carencia de un punto de apoyo como la isla de Malta jugó un papel decisivo en la pérdida de África e indirectamente en las consecuencias que ésta nos trajo.

Lo cierto es que en julio de 1940 concibió Hitler el plan (aunque no se resolviese terminantemente) de una invasión de Inglaterra y dispuso la adopción de las correspondientes medidas preparatorias.

La operación había de ser organizada bajo el mote de <León marino>, pero solamente pasaría a vías de ejecución en determinadas circunstancias. Sobre la manera cómo fue planeada la realización y sobre las diferencias y fluctuaciones que en torno a ello surgieron sobre todo entre el Alto Mando del Ejército y el de la Marina, tenemos ya suficientes referencias dadas a la luz por otros. Como también las tenemos acerca de los motivos- o pretextos- que habían de justificar luego la renuncia a tal empresa.

Sólo me ocuparé, pues, aquí de entrar en pormenores sobre el más importante de los tres aspectos, a saber:

¿Hubiera tenido una invasión de Inglaterra la virtud de forzar a esta nación a renunciar a la lucha y, por consiguiente, la de producir efectos plenamente decisivos en caso de que prosperase?

¿Podíamos contar siquiera con que la invasión prosperase?

¿Qué motivos eran los que finalmente habían inducido a Hitler a desistir de la invasión y de dirimir, por tanto, su pendencia con la Gran Bretaña, para volverse inesperadamente contra la Unión Soviética?

A la primera pregunta, diré que sin duda hubiera sido una invasión el camino más corto para buscar la rendición de la Gran Bretaña, mientras que los dos procedimientos restantes en modo alguno podían llevarnos a una decisión rápida. Mas cabe preguntarse: ¿Hubiese sido rotunda la decisión? Porque yo no la consideraría tan indefectible que no admitiese la plena posibilidad y hasta acaso la probabilidad de que el Gobierno de Churchill tratase de continuar la guerra incluso desde el Canadá después de conquistada la Isla. La cuestión de si los Dominios le seguirían o no por este caminó es algo tan opinable, que no consentiría demostración concluyente en pro ni en contra. Lo único que puede afirmarse es que la conquista de las Islas Británicas no habría significado la derrota total del Imperio.

Mi parecer es que el punto crítico de la cuestión está en lo siguiente: Con la conquista de las Islas Británicas por los alemanes habrían quedado nuestros adversarios privados de la base por lo menos entonces indispensable para un ataque por mar al continente europeo. Porque una expedición a través del Atlántico que no contase con las Islas Británicas como trampolín, resultaba por aquellos días empresa descabellada, incluso si los Estados Unidos entrasen en la guerra. Y ni que decir tiene que, tomada la Isla, y eliminadas así la aviación, y la producción británica de guerra y expulsada la flota allende el Atlántico, nada hubiera tenido de imposible para el Reich la tarea de despejar rápidamente el Mediterráneo.

1. La cuestión de si en el caso de lograr una invasión de las Islas Británicas sus habitantes hubieran continuado la resistencia, o si- como el mismo Churchill ha estimado posible- también allí se habría encontrado como en Francia un gobierno que firmase la capitulación, sólo como hipótesis podría ser objeto de especulación. Y lo mismo cabe afirmar por lo que toca a la duda de si habría hallado o no algún recurso para sustentar a la población británica, como sucedió con Bélgica durante la Primera Guerra Mundial.

Se puede concluir, por tanto, que aun en el supuesto de que el Gobierno británico tratase de continuar la guerra después de haber perdido la Isla, apenas tendría probabilidad alguna de salir victorioso. ¿Habrían seguido también ahora asistiéndole los Dominio?

Y en cuanto a la amenaza latente que la Unión Soviética representaba para Alemania, ¿Continuaría manteniendo su virtualidad efectiva una vez que los soviéticos viesen alejarse por tiempo indefinido la posibilidad de un <segundo frente> en Europa? ¿No sería más probable que Stalin se sintiese entonces inclinado a entenderse con Hitler sobre las posibilidades de Asia?

¿Habrían emprendido los Estado Unidos su <cruzada> contra el Reich, si contasen con que tendrían que ser ellos mismos quienes la costeasen? Concedo que tampoco el Reich habría tenido la posibilidad de imponer la paz al otro lado del mar. Su situación, con todo, hubiera sido innegablemente mejor después de conseguida la invasión de las Islas británicas que la asequible por la acción de iniciativa hitleriana.

De suerte que, desde el punto de vista militar, una invasión de Inglaterra en el verano de 1940 hubiera sido la mejor solución, siempre en el supuesto de que existiesen probabilidades se llevarla a buen término. Lo que en tal hipótesis de un éxito militar alemán habría debido y podido hacerse para llegar a un arreglo pacífico- que siempre debiera haber sido la meta de una razonable política alemana-, cuestión es que no cae dentro del ámbito de estas consideraciones militares.

Y pues no nos compete entrar en disquisiciones de esa índole, volvamos al aspecto militar y en él a la cuestión crítica de si una invasión de Inglaterra tenía en 1940 visos de probable éxito.

En esto siempre nos encontraremos con una división de opiniones en pro y en contra de las probabilidades de éxito de una empresa como la del <León marino>.lo único indiscutible es que la acción implicaba riesgos extraordinarios.

Mas no creo tampoco tan concluyente la alusión al fabuloso aparato técnico puesto a contribución por los aliados en su invasión de 1944, como lanchones blindados de desembarco, puertos flotantes, etc., que hayamos de suponer que una invasión alemana reducida al empleo de medios mucho más primitivos, fuese por eso a fracasar forzosamente. Como no me parece irrecusable el argumento del dominio absoluto naval y aéreo de nuestros enemigos, en aquella ocasión, por más decisivamente que en el deselance de la operación haya influido.

Porque si bien en el verano de 1940 no podían apuntarse los alemanes ni con mucho tantos de ventaja inicial en elementos de ataque, gozaban, en cambio, de la inapreciable de que no habían de enfrentarse tampoco en los primeros momentos con una defensa de las costas británicas organizada y a cargo de tropas bien armadas, magníficamente adiestradas y mandadas por jefes expertos. En rigor, puede decirse que en el verano de 1940 se hallaba Inglaterra notablemente indefensa sido casi completa si Hitler no hubiese dejado escapar de Dunkerque al Ejército expedicionario.

Dependería el éxito de una invasión de Gran Bretaña en el verano de 1940 de dos factores.

Ante todo, de proceder cuanto antes a su ejecución, a fin de sorprender a Inglaterra todavía en estado de indefensión por tierra y poder, al mismo tiempo, aprovechar las favorables condiciones de un tiempo propicio. (Generalmente, en los meses de julio, agosto y principios de septiembre está el Canal tranquilo como un lago.)

En segundo lugar, de la posibilidad de eliminar la acción de la Aviación y de la Flota británicas en la zona del Canal en la medida suficiente para efectuar el trasbordo de fuerzas y dejar todavía un buen margen de añadidura.

No por eso cabe desconocer el elevado índice de riesgo de la operación <León marino>, daba la inseguridad inseparable del factor <tiempo> y la incertidumbre de que la Luftwaffe fuese capaz de asegurar el dominio del aire sobre el Canal, por lo menos en la medida indispensable.

Justamente en atención a este riesgo es por lo que los altos mandos competentes hubieron de mostrarse más o menos recelosos y reservados en la cuestión.

Ya entonces se echó de ver que tampoco Hitler tomaba la cosa en principio con el calor de una auténtica convicción. Y se advertía la preparación andaba ausente el estimulante ejemplo, por lo demás habitual, del entusiasmo de arriba. El mismo general Jodl, jefe del Alto Estado Mayor de la Wehrmacht, parece que veía en el intento de invasión una suerte de gesto de desesperación injustificado por la situación general.

En cuanto a Goering, comandante en jefe de la Luftwaffe, nunca y tampoco en esta ocasión mantenido a raya por los mandos de la Wehrmacht, es evidente que no consideraba la guerra aérea que

a Inglaterra le hacía como parte integrante- por más que acaso fuese la esencial- de la acción invasora de toda la Wehrmacht. La forma en que aplicó los recursos de la Luftwaffe para acabar dilapidándolos, nos muestra que más bien entendía la práctica de la guerra aérea contra la Isla como una acción estratégicamente independiente y en tal sentido la disponía.

El Alto Mando de la Marina de guerra, el primero por razón de competencia en plantear la cuestión, había llegado siempre al compulsar la posibilidad práctica de su ejecución al resultado de que, presupuestas determinadas condiciones, la empresa resultaba factible. Verdad es que tampoco dejó nunca de subrayar los reparos de la propia insuficientes de medios.

La actitud más positiva en esto corresponde, sin duda, al Alto Mando del Ejército, aun habiendo parecido al principio- antes, por tanto, del desplome de Francia- despreocupado de toda posibilidad de una invasión de las Islas Británicas.

Lo incuestionable es que quienes en primera línea habrían de jugarse la piel en el <León marino>, o sea las fracciones del Ejército predestinadas para la invasión, fueron también las primeras en tomar con interés los preparativos y poner en ellos todo el afán de una sincera confianza en el éxito. Me creo autorizado para hablar así, desde el momento en que el XXXVIII Cuerpo de ejército de mi mando estaba destinado a formar la primera ola de la expedición, justamente desde Boulogne-Etaples, para marchar sobre Bexhill-Beachy Head. Sin ignorar, ni mucho menos, los serios peligros del intento, estábamos persuadidos de que podríamos salir airosos. Tal vez sólo tengamos que reprocharnos cierto grado de incomprensión respecto de las aprensiones y responsabilidades de las otras dos ramas de la Wehrmacht.

Sabido es que, en lo esencial, os fueron los motivos- pretextos acaso- de que Hitler acabase relegando al olvido el plan <León marino>.

Consistió el primero en que tanto duraron los trabajos de preparación, que la primera ola de asaltantes ya no podía ser transbordada, por lo menos, hasta el 24 de septiembre. Con lo que la temporada iría tan avanzada que, aun si se lograse hacer pasar aquella primera ola, todo hacía suponer que ya no iba a mantenerse el Canal en condiciones aceptables de navegación por el tiempo indispensable para poder seguir mandando refuerzos.

El segundo y más decisivo de los motivos estuvo en el hecho de que la Luftwaffe no hubiese conseguido hasta aquella improrroga-

ble fecha de tránsito de la primera oleada de asaltantes hacerse con el codiciado dominio del cielo inglés.

Ni aun concediendo que estas dos circunstancias se presentasen en septiembre de 1940 tan conminatorias que pareciese sensato renunciar a la invasión de Inglaterra, quedaría satisfactoriamente contestada la cuestión de si con otro mando alemán no hubiera sido posible una invasión. Lo que en último término viene a equivaler a un enjuiciamiento de la decisión hitleriana de esquivar la lucha frente con Gran Bretaña para lanzarse sobre la Unión Soviética.

Se trata, pues, de saber si los dos mencionados hechos- la dilación de la acción <León marino> y el indeciso resultado de la batalla por el dominio del aire inglés- fueron o no inevitables.

Por lo que al primero de ellos toca, no tiene vuelta de hoja que la dilación del desembarco hasta el último tercio de septiembre en modo alguno ha de estimarse forzosa. Porque si hubiera existido un <plan de guerra> que de antemano previese la necesidades someter a Inglaterra, una parte sustancial de los preparativos técnicos de invasión tendría que haber estado lista antes ya de la terminación de la campaña occidental. Tampoco se concibe que, existiendo semejante plan, dejara Hitler- cualesquiera que fuesen las razones- que el Ejército expedicionario inglés pudiese evadirse de Dunkerque. En todo caso sería inexplicable lo de diferir hasta el otoño la fecha de desembarco, tan sólo con que el mando alemán hubiese concebido la resolución invasora en el momento del derrumbamiento de Francia, y no a mediados de julio, como parece. Trabajos preliminares que, dentro de las posibilidades de entonces, se emprendían en virtud de órdenes emanadas en julio para darlos por terminados a mediados de agosto, si la resolución y la consiguiente orden hubiesen sido conocidas cuatro semanas antes.

Tocante de conseguir el dominio aéreo de Inglaterra mediante la sola acción de nuestra aviación contra ella, sostenida a lo largo de la semana inmediatamente precedente a la fecha prevista de desembarco, constituía un error de mando.

Se pretendía asegurar de antemano la invasión mediante la previa conquista del aire inglés, y lo que se consiguió fue un prematu-

ro desgaste de la Luftwaffe, al malbaratar sus posibilidades en una lucha a todas luces desventajosa.

Un cálculo imparcial de los recursos y posibilidades propios y adversos tendría que haber llevado al alto mando de la Luftwaffe, cuando menos, a la duda de si sus recursos serían suficientes y adecuados para rematar con una victoria concluyente la lucha sobre Inglaterra contra la aviación inglesa y contra las fábricas y talleres del arma aérea.

Ante todo, cometió nuestro mando aéreo la equivocación fatal de atribuirle a la caza británica menos importancia de la que tenía y concederles a los bombarderos propios una eficiencia superior a la efectiva, además de haberse dejado sorprender por la existencia de un sistema de radar sumamente preciso en el campo contrario.

Se sabía, además, en Alemania que el radio de acción de los bombarderos, y por tanto su profundidad de penetración, era insuficiente, y que más lo era todavía el de la caza. Con lo que a la aviación enemiga se le hacía muy fácil hurtarse a la acción aniquiladora de nuestras incursiones. Eso sin contar con que nuestros cazas siempre tendrían que luchar sobre suelo inglés en peores condiciones que su adversario, y con que los bombarderos habían de hacer largos recorridos sin la menor protección en cuanto desbordaban el radio de acción de la caza de escolta.

Debiera haber astado esta consideración para que al mando de la aviación alemana no se le ocurriese ir a desafiar a la ingles hasta que las condiciones de lucha fuesen iguales para ambos contendientes, o sea, sobre el Canal y sus costas y, por ende, en concurrencia inmediata con la misma acción invasora.

Pero, no contento con esto, todavía fue el mando alemán a cometer el desatino de cambiar de meta operativa en el momento en que apenas faltaba el canto de un duro para alcanzar la decisión en su ofensiva aérea, a pesar de las ya citadas condiciones desfavorables, en parte previsibles y en parte inesperadas. Que no de otra suerte se condujo al transferir y en parte inesperadas. Que no de otra suerte se condujo al transferir el 7 de septiembre a Londres el punto de gravedad del ataque, cuando la capital no guardaba la menor relación operativa con la preparación de una invasión.

Por más deseable que fuese alcanzar el dominio del aire antes ya del comienzo de la invasión, un tanteo objetivo de todos los factores debiera haber inducido al mando alemán a reservarse la Luftwaffe para asestar con ella el golpe decisivo en coincidencia con la invasión.

Ya sé que se podrá objetar que en este caso iban a ser tantas las tareas de la Luftwaffe que no sabría a cuál acudir, desde el momento en que tendría que:

-Atacar las bases aéreas del sur de Inglaterra.

-Proteger el embarque de fuerzas en los puertos franceses.

-Proteger la flota de transporte en su travesía del Canal.

-Apoyar a la primera ola de tropas invasoras al poner pie en tierra enemiga, e impedir- en colaboración con la Marina y la artillería de osta- los ataques de la flota británica.

Lo que sucede es que no todo este cúmulo de atenciones había de ser resuelto simultánea, sino sucesivamente, aun cuando la sucesión de unas o otras hubiese de ser inmediata. Así, por ejemplo, la flota británica era de esperar que sólo pudiese intervenir- salvo algunas unidades ligeras apostadas en los puertos del sur- después del desembarco de la primera oleada de tropas invasoras.

La suerte seguramente habría dependido del giro que tomase la gran batalla aérea prevista sobre el canal de la Mancha o en las costas del sur de Inglaterra a partir del momento en que Ejército y Marina iniciasen la invasión. Batalla en la que las condiciones de lucha resultarían siempre mucho más favorables para nuestra Luftwaffe que las afrontadas en sus ataques al interior de la Isla.

Claro está que en la hipótesis de actuar en esta forma teníamos que disponernos a jugárnoslo todo a una carta. Mas, dadas las circunstancias, no quedaba otra opción si queríamos hacer el pleno de la invasión.

No cabe duda de que razones de mucho peso debió haber en los citados motivos para que Hitler relegara <ad acta> en septiembre de 1940 el proyecto de invadir Inglaterra. Lo malo para él es que tales razones no se hubieran presentado a no ser por su obcecación en no consentir la existencia de un mando supremo militar responsable de la dirección conjunta de la guerra e independiente en tal sentido del primate político que Hitler era. Porque si este mando hubiera existido, a buen seguro que tampoco habríamos carecido del oportuno plan bélico contra Inglaterra y de la consiguiente posibilidad de proceder metódicamente a la invasión en una operación bien trabada y conjunta de los tres servicios de la Wehrmacht.

Ni siquiera creo que los principales motivos de que el mando alemán desperdiciara así la oportunidad que en el verano de 1940

tuvo de llevar a una victoriosa decisión la lucha con Inglaterra, estuviesen en una desacertada organización de la suprema jerarquía militar, sino sobre todo en la postura política de Hitler.

Abrumadoras son, en efecto, las pruebas del deseo en Hitler constante de evitar una lucha contra Gran Bretaña y su Imperio. Expresamente dijo en varias ocasiones que no le convenía al Reich arruinar el Imperio británico, y tampoco disimuló la admiración que sentía por l capacidad y tacto políticos de los ingleses. Aun suponiendo que debamos poner en cuarentena la sinceridad de tales afirmaciones, no dejará de ser cierta la convicción de Hitler de que, destruido el Imperio británico, no habían de heredarlo él o Alemania, sino los Estado Unidos, el Japón o la Unión soviética. Bastan estas consideraciones para explicar plenamente su actitud respecto de Gran Bretaña, con la que no había deseado ni esperado entrar en guerra y con la que a toda costa trataba de eludir el choque directo y definitivo.

Tanto por esta actitud anglófila como también por el hecho de que no había contado con una tan rápida y plena victoria en Francia, se comprende que no hubiese predispuesto ningún plan bélico para acometer a Gran Bretaña luego de haber despachado al enemigo galo. No quería, al fin y al cabo, llegar al extremo de un desembarco en Inglaterra, porque su enfoque político discrepaba de lo que la situación estratégica demandaba después de la victoria sobre Francia. Lo más terrible en esto ha sido el desdén con que los ingleses recibieron siempre esta predilección.

En contraste con esta actitud hitleriana está sin duda su antagonismo invariable para con la Unión Soviética, pese a la pasajera alianza de 1939 con Stalin. Era la rusa una potencia que le inspiraba a Hitler desconfianza y menosprecio al mismo tiempo. Recelaba de la tradicional tendencia expansiva del imperialismo ruso, al cual sin embargo volvía a franquearle las puertas de Occidente al suscribir el pacto de Moscú.

Es de presumir que al hacerlo no dejó de tener en cuenta la probabilidad de que con la inmediata vecindad, algún día llegarían a las manos los dos regímenes totalitarios. Por otra parte no cabe imaginar al Hitler político olvidado de su eterna obsesión de procurarle al pueblo alemán el <espacio vital> de que carecía y que sólo en el Este podría conseguir.

Y si bien ambos supuestos hubieran autorizado una larga dilación de la prevista desavenencia con los soviéticos, no hay duda de que en un hombre como Hitler debieron resurgir con súbita viveza

luego que por la victoria en Francia había quedado prácticamente dueño y señor del Continente. Tanto más, cuanto que la sospechosa acumulación de tropas soviéticas en la frontera oriental alemana daba bastante que pensar sobre cuál iría a ser la actitud futura del Kremlin.

En esta delicada situación hubo de enfrentarse Hitler con el problema de si debería o no proceder a una invasión de Inglaterra. El riesgo que tal empresa encerraba en aquellas circunstancias no podía serle desconocido. Si la invasión no prosperaba, perdido habría las fuerzas del Ejército y de la Flota en ella empeñadas y la misma Luftwaffe se desangraría terriblemente en el intento. Verdad es que bajo el punto de vista militar no hubiera sido irreparable el desgaste ocasionado por la frustración de la invasión. Las consecuencias políticas, en cambio, sí que habrían sido de mayor alcance. En primer lugar, por el estímulo que supondría el fracaso para la combatividad de los ingleses; en segundo, por las repercusiones que el hecho pudiera tener en la actitud de los Estados Unidos y de la Unión Soviética, y en último lugar- por las consecuencias que tan resonante fracaso habría de tner en Alemania y en el mundo entero.

A este último peligro era al que no podía en modo alguno exponerse el dictador. Si ya por todo lo demás había estado siempre un poco retraído tocante a la posibilidad de llegar a una lucha decisiva con Inglaterra y una errónea apreciación de la ideología inglesa a un acuerdo con aquel pueblo, ahora había además un riesgo que le intimidaba. ¿Por qué no eludir la solución temeraria de una lucha a vida o muerte, y, en vez de acabar con aquella casi imprescindible potencia, tratar de persuadirla de la conveniencia de un arreglo, sobre todo ahora que la había despojado de la espada francesa que en tierra la amparaba?

Y sin embargo, esta pusilanimidad de Hitler ante un considerable riesgo político-militar fue como de sus grandes errores. Porque fatalmente tendría Alemania más tarde o más temprano que verse en una situación insostenible, desde el momento en que su mando no acababa de decidirse a contender con Gran Bretaña en el instante oportuno. Cuanto más se prolongase el estado de guerra con esta potencia, tanto mayor habría de ser la inseguridad del Reich en el Este.

Después de haber desfallecido ante la oportunidad única de asestarle a Gran Bretaña el golpe de muerte en el verano de 1940,

ya no podía seguir jugando a la <espera>. Tenía, por el contrario, que resolverse a anular al enemigo que en la Unión soviética recelaba mediante una guerra preventiva, antes de que en occidente surgiese contra él una seria amenaza continental.

De esta suerte, el hombre intimidado por el riesgo de una invasión de Inglaterra, no tenía reparo en lanzarse a uno mucho mayor suscitando la guerra en dos frentes. Y no lo tenía después de haber perdido todo un año en el planeamiento y subsiguiente abandono de la operación de invasión, siendo así que en aquel año pudo haberse conseguido la decisión y que ya nunca más podría Alemania recobrarse del atraso.

Al quedar desechada a fines de septiembre la operación <León marino>, nuestro XXXVIII Cuerpo retornó a su labor habitual de instrucción, y los medios de transporte marítimo a nuestra disposición fueron retirados de los puertos del Canal, ya entonces afectados por los ataques de la aviación británica. De las intenciones de Hitler para con la Unión Soviética nada se dijo todavía, dado que su decisión de atacar aún había de hacerse esperar bastante. Las primeras noticias que de la resolución tuve, las recibí en la primavera de 1941, al ser destinado a otras tareas.

TERCERA PARTE

EN LUCHA CONTRA LA UNIÓN SOVIÉTICA

8

UNA INCURSIÓN DE TANQUES

Acerca del plan de operaciones contra la Unión Soviética.- Divergencia de objetivos entre Hitler y el Alto Mando del Ejército y consecuencias de ello.- La función del Grupo de Ejércitos Norte y del Cuarto Grupo Panzer.- La orden respecto a los comisarios.- Los últimos días en suelo alemán.- Comienza la guerra.- El avance hasta el Dubissa.- El golpe de mano contra Dunaburg.- A la espera.- ¿Leningrado o Moscú?- Las formaciones SS.- El mando de agrupaciones rápidas.- Pequeñas satisfacciones.- El avance hacia el lago de Ilmen.- Cercados en Zoltsy.- Luga.- Rodeando para llegar al Decimosexto Ejército.- Arrollamos a un ejército soviético cogiéndolo por el flanco.- Avance hasta más allá del Pola.- Nombrado comandante en jefe del Decimoprimer Ejército.- Despedida de mi cuerpo de tanques.

A fines de febrero de 1941 cesaba en el mando del XXXVIII Cuerpo de Ejércitos en la cosa del Canal, para hacerme cargo del mando del LVI Cuerpo Panzer, que iba a ser organizado. Con lo que se cumplían los deseos que ya desde la ofensiva occidental sentía de mandar un cuerpo <rápido>.

Se sobreentiendo, claro está, que no se me consultó como tal comandante en jefe sobre si se debía ir a una campaña contra la Unión Soviética o no, ni mucho menos sobre cómo entendía que debíamos proceder en ella, supuesta la afirmación. Sólo mucho más tarde, allá por mayo de 1941 según mis recuerdos, recibió mi comando general las instrucciones de avancé, limitadas por cierto estrictamente al ámbito del Grupo blindado a que pertenecía el Cuerpo.

Ésta es la razón de que en las presentes <memorias> no pueda permitirme adoptar respecto de la cuestión de cómo había sido llevada a operación contra la Unión Soviética en el año 1941, una

postura como la que por ejemplo pude tomar tocante al planteamiento de la ofensiva occidental, basado en la intervención que entonces tuve en la definitiva configuración del plan de operaciones.

Dos cosas, sin embargo, sin embargo, han salido a relucir entretanto, que a nadie se le ocultan:

Es la primera el error que por lo menos cometió Hitler de su apreciar debidamente la fortaleza del sistema soviético, el potencial del país y el valor combativo del Ejército rojo. Por lo que partió del supuesto de que iba a conseguir aniquilar militarmente a los soviéticos en una campaña, cuando para ello habría que contar en el mejor de los casos con que al mismo tiempo se lograse un colapso y desplome del sistema soviético de dentro a fuera. Y la política de Hitler en las zonas ocupadas del Este, tal como la practicaban sus comisarios y los SD (Servicios de Seguridad)- en pugna, por cierto, con la manera de sentir y actuar de las fuerzas militares-, era justamente lo más indicado para conseguir todo lo contrario. Con que, si por un lado Hitler perseguía por razones estratégicas reducir a escombros cuanto antes el sistema soviético, por otro no hacía sino actuar políticamente en diametral oposición a tal estrategia. En otras guerras ha habido discrepancias entre los objetivos políticos y militares de los correspondientes mandos. Mas en ésta ambos mandos se hallaban en manos de Hitler, y el resultado- ¡oh, paradoja1- fue, pese a ello, que la política por él seguida en el Este se reducía a tirar del otro extremo de la cuerda estratégica, contrarrestando así los esfuerzos militares y anulando las posibilidades que acaso hubiera habido de una rápida victoria.

Otra de las cosas que luego se echaron de ver, fue que también en la esfera del mando supremo militar, o sea entre Hitler y el Alto Mando del Ejército, iba todo tan desdichadamente que no se pudo llegar a una concepción estratégicamente homogénea, ni durante el planteamiento de la operación total que hubiese sido lo más deseable y oportuno- ni siquiera en el curso de la campaña misma de 1941.

Y es que los objetivos estratégicos de Hitler descansaban sobre todo en consideraciones políticas y económicoindustriales en su repercusión bélica. Unas veces era la toma de Leningrado, en donde veía la cuna del bolchevismo, la posibilidad de enlazar con los finlandeses y una segura promesa de dominar el Báltico. Otras era la ocupación de la ubérrima Ucrania y de las industrias pesadas de la cuenca del Donez, y más tarde la de las zonas petrolíferas del Cáucaso. Y así iba y venía, de uno de otro objetivo, confiando en que

de esta suerte conseguiría anquilosar la vitalidad bélico-industrial de la Unión Soviética.

Sostenía por el contrario- y con razón- el Alto Mando del Ejército, el parecer de que la conquista y conservación de aquellas zonas de indiscutible importancia estratégica, debía tener como condición previa la derrota del Ejército rojo, cuyos principales efectivos habría que buscar camino de Moscú, si se les quería forzar a librar batalla decisiva. (Supuesto que tampoco había de resultar plenamente confirmado, cuando se llegó a conocer la real distribución de fuerzas soviéticas.) Porque- argüía- Moscú representaba la capitalidad del poder soviético, que no sabría pasar por el trance de perderla. Había que pensar ante todo que, contra lo que en 1812 sucediera, ahora era Moscú el centro político efectivo de Rusia; que la pérdida de los centros productores de armamento en torno y al este de Moscú dejaría malparada por mucho tiempo la industria bélica soviética, y, sobre todo, que Moscú era el nudo central del tráfico de la Rusia europea y tenía por ende un valor estratégico incomparable. Bastaría que los soviéticos lo perdiesen, para que su defensa quedase prácticamente escindida en dos y el mando se viese impotente para imponer una orientación unitaria a las operaciones ulteriores.

En su aspecto estratégico, esta divergencia de opiniones entre Hitler y el Alto Mando tenía su expresión última en el hecho de que el primero perseguía la decisión militar en ambas alas (para lo que resultaban a todas luces insuficientes las fuerzas alemanas, dada la proporción de efectivos y la vastedad del campo de operaciones9 mientras que el Alto Mando del Ejército la situaba en el centro del frente total.

Esta divergencia de los conceptos estratégicamente fundamentales iba a ser piedra en que había de tropezar y caer el mando alemán. Verdad es que Hitler asintió o accedió a la distribución de fuerzas que el Alto Mando le había propuesto, según la cual el grueso del Ejército marcharía en dos columnas o Grupos de Ejércitos al norte de los pantanos del Pripet y sólo un Grupo de ejércitos iría por el sur del mismo. Pero la porfía en torno a las siguientes metas operativas persistió durante toda aquella campaña, con el resultado indefectible de que no consiguiese Hitler sus desmedidos objetivos, pero obstruyese, eso sí, eficazmente los del Alto Mando del Ejército.

El <objetivo general> señalado por Hitler en las instrucciones para la operación <Barbarroja>, de <destruir el grueso del Ejército

ruso situado a occidente del país mediante audaces operaciones asestando a fondo los tanques en cuña e impidiendo la retirada de los restos de fuerzas rusas a la ilimitada profundidad del país, no pasaba, en definitiva, de un tópico operativo o acaso meramente táctico. Cierto que, merced al superior rendimiento de los mandos y de las tropas alemanes, se lograron éxitos extraordinarios que llevaron al ejército Rojo al borde de la derrota. Pero no por eso será menos cierto que semejante tópico nunca debiera haber suplido un plan de operaciones en cuyo planteamiento y ejecución estuviesen plenamente de acuerdo en las altas esferas. Un plan de operaciones en el que, habida cuenta de la proporción de fuerzas y de la vastedad del teatro de la lucha, debió haberse previsto la destrucción del potencial militar soviético para dos campañas si acaso.

Mas, como ya dejo dicho, mi cargo de comandante en jefe no me había permitido entrar en los planes y miras del mando supremo, por lo que entonces nada sospechaba de la fatal divergencia de propósitos estratégicos entre Hitler y el Alto Mando del Ejército. No había de tardar, sin embargo, en percibir algunas de sus repercusiones en mi nuevo empleo.

El LVI Cuerpo Panzer partiría de Prusia oriental para el ataque encuadrado en el Cuarto Grupo Panzer del Grupo de Ejércitos Norte.

A este Grupo de Ejércitos Norte, mandado por el mariscal Ritter von Leeb, se le había asignado el cometido de avanzar desde Prusia oriental, aniquilar a las fuerzas enemigas que hallase en el Báltico y marchar luego sobre Leningrado.

Dentro de su conjunto, el Cuarto Grupo Panzer, mandado por el coronel general Höpner, tendría por misión la de avanzar con toda rapidez sobre el Dvina por Dunaburg, y más debajo de esta localidad, a fin de apoderarse de los pasos de aquel río y asegurar así nuestro ulterior avance en dirección a Opotschka.

A la derecha de este Grupo avanzaría el Decimosexto Ejército, al mando del coronel general Busch, por Kovno, para seguir rápidamente a los tanques, mientras que a la izquierda el Decimoctavo Ejército, al mando del general Von Küchler, seguiría la dirección general de Riga.

El día 16 de junio y después de haber estado ya una vez en la Prusia oriental me presentaba yo en las posiciones de partida del LVI Cuerpo Panzer. El general Hópner había dispuesto el avance del Cuarto Grupo Panzer como sigue:

El LVI Cuerpo Panzer (8ª División Panzer, 3ª División de Infan-

teria Motorizada y 290ª División de Infantería) habría de partir, arrancando del sector boscoso al norte del Niemen y este de Tilsit, hacia Oriente, para ganar al noreste de Kovno la gran carretera en dirección a Dunaburg. A su izquierda iría el XLI Cuerpo Panzer del general Reinhardt (con la 1ª y la 6ª Divisiones de Infantería) en dirección al paso del Dvina por jakobsstadt. La División Totemkopf de las SS, también perteneciente al Cuerpo Panzer, habría de seguir por de pronto en segunda Línea, para incorporarse al Cuerpo que más rápidamentea avanzase.

De capital importancia, tanto para cortar a todas las fuerzas enemigas situadas delante del Dvina como para el rápido progreso de la operación del Grupo de Ejércitos Norte, era la ocupación de los puentes del Dvina intactos, toda vez que la impetuosa corriente constituía una temible barrera. Por eso el avance del Cuarto Grupo Panzer iba a resultar una pugna sobre cuál de los dos Cuerpos de tanques llegaría primero al río. El LVI Cuerpo estaba resuelto a ganar la carrera, ya que, por lo que podía colegirse de la distribución de fuerzas enemigas, contaba con la previsible ventaja de una escasa resistencia enemiga inicial en el sector de retaguardia, mientras su reforzado este último con una división más de tanques por el mando de nuestro Grupo, a pesar de la desafortunada propuesta que yo hiciera de cargar el propio punto de gravedad allí donde esperásemos encontrarnos con menor resistencia enemiga.

Mas antes de describir la operación del LVI Cuerpo Panzer, que sólo estimo digna de mención como un raid o incursión de tanques en el más estricto sentido de la palabra, vale la pena de que nos ocupemos de un detalle que ilumina como un relámpago el abismo existente entre las ideologías militar y política de entonces en nuestro campo.

Pocos días antes del comienzo de la ofensiva recibimos una orden del Alto Mando de la Wehrmacht, que más tarde había de ser conocida por la denominación de <orden de los comisarios>, la cual en sustancia disponía que todos los comisarios políticos del Ejércitos Rojo que cayesen prisioneros, habrían de ser inmediatamente fusilados como personificación de la propaganda comunista.

Ahora bien; sobre la condición que en el derecho de gentes hubiera de corresponder a estos comisarios políticos, habría bastante

que hablar y no a favor de ellos precisamente. Así, por ejemplo, yo no consideraría nunca a un Gauleiter (jefe político de distrito) como soldado, desde el momento en que me lo hubiesen asignado como observador político. Por otra parte, tampoco podía atribuirse a los comisarios en cuestión la condición de no combatientes, como la tiene el personal sanitario, el clero castrense o el corresponsal de guerra. Más bien habría que considerarlos como combatientes fanáticos que, sin ser soldados, merecerían por su actuación la calificación de elementos ilegales en el sentido tradicional de la beligerancia. Porque su misión no estaba solamente en vigilar o espiar la conducta política de los jefes militares soviéticos, sino ante todo en imprimir a la lucha la mayor dureza y procurarle un matiz que manifiestamente repugnada los más arraigados hábitos castrenses. En realidad, es principalmente a los comisarios a quienes hay que achacar unos métodos de lucha y un trato a los prisioneros en crasa oposición con las normas de La Haya sobre la materia.

Pero por muy dudosa que uno estimase la condición legal de dichos funcionarios, tenía que repugnar a nuestra sensibilidad de soldados el fusilarlos sin más ni más, después de haberlos hecho prisioneros en lucha. Aquella orden, la <orden de los comisarios>, era lo más opuesto al honor militar, y su ejecución no sólo habría de redundar en menoscabo de la propia estimación, sino que dañaría también la moral de las tropas. Por tales razones me consideré obligado a comunicar a mis superiores que en la jurisdicción de mi mando no se cumpliría tal orden, según había acordado con todos los jefes de fuerzas de nuestro cuerpo. Ni que decir tiene que mis superiores se mostraron enteramente conformes. Ni que decir tiene que mis superiores se mostraron enteramente conformes. Sin embargo, todos nuestros esfuerzos para conseguir la anulación de la disposición de estrellaron contra una invencible resistencia, hasta que mucho después llegaron también, en las alturas al convencimiento de que lo que con la <orden de comisarios> habíamos logrado, había sido recrudecer tan sólo el encono de aquellos funcionarios y ponerles en el trance de recurrir a los medios más brutales para forzar a sus tropas a una lucha desesperada.

1. Que esta actitud mía era la normal y corriente en el Ejército, lo demuestra lo sucedido cuando me hice cargo del mando del Decimoprimer Ejército, pues que tampoco allí se dio cumplimiento a la <orden de los comisarios>. Los pocos que fueron pasados por las armas, no habían sido capturados en combate, sino en zonas de retaguardia, convictos de organizar o mandar partidas de francotiradores. No hicimos con ellos ora cosa que aplicarles las leyes de guerra .

Durante el breve espacio de tiempo que se nos concedió para preparación, el Estado Mayor de mi Comandancia se acomodó en Insterburg, al paso que yo y mi ayudante, el teniente Specht, nos alojábamos fuera de la ciudad, en la villa que junto al bosque habitaba el médico director del hospital de Insterburg, Dr. Wiedwald, en donde fuimos acogidos por el matrimonio con la solicitud y la cordialidad proverbiales en la Prusia oriental. ¡Inolvidables días los que nos depararon entonces nuestros amables y cultos anfitriones!

Grato recuerdo ha dejado en mí también un anciano jefe de guardabosques, que por aquellos días nos acogió en su casa cuando regresábamos calados de un simulacro nocturno malogrado por la lluvia y nos reanimó con una taza de café caliente y un tentempié a usanza prusiana, al paso que nos entretenía contando de alces y venados y rememorando sus años de milicia.

El último día antes del comienzo de la ofensiva, lo pasamos en la hacienda señorial de Lenken, cerca de la frontera, famosa en la Prusia oriental por su yeguada y entonces huérfana de su propietario Von Sperber, que ya se hallaba en campaña como capitán de complemento de caballería. Lenken se hallaba en un soberbio bosque, con dehesas de sin par belleza y armonía y con unos pura sangre que cautivaban la mirada. Todo aquello nos pareció de buen augurio. ¡Qué hermoso era aquel extremo de nuestra patria, nuestro último alojamiento en suelo alemán! En el momento de pasar nosotros por delante de la sencilla y baja casona típicamente prusiana, divisamos a una encantadora joven afanada en la limpieza del mirador, con un pañuelo multicolor a la cabeza enmarcando una preciosa carita de gesto vivaz. <¡Caramba!- exclamó uno de mis acompañantes-. Si todo fuese aquí tan estupendo como la chica!>. y sin más rodeos, preguntó a la doncellita por la señora de la casa. Pero su asombro fue ver cómo la supuesta doncellita le contestaba con amable sonrisa: <La señora soy yo. ¡Muy bien venidos, caballeros!> El desconcierto del preguntón fue coreado con hilaridad general. Y como la joven señora había tenido un hijo hacía muy poco, heme aquí padrino del niño y con una amistad que sobrevivió a los años de guerra y a los duros tiempos de la posguerra. Aquella señora Von Sperber, que mientras su marido estaba en la guerra había administrado valientemente la hacienda y la yeguada, tuvo que huir luego ante los rusos, y ahora vive con el esposo y siete hijos, la buena <doncellita> de nuestro desliz, en Eltville del Rin. Precisamente, al regresar yo en 1953 del cautiverio inglés, me vi gratamente sorprendido por el regalo que ella me

enviaba de la mejor botella de vino del Rin que por aquellas tierras de vinos famosos pudo encontrar. Quien entienda de vinos, ya puede suponer qué delicioso obsequio me hizo.

El 21 de junio, a las 13 horas, recibíamos en la Comandancia General la orden de iniciar la ofensiva a las 3 horas de la madrugada siguiente. ¡La suerte estaba echada!

El reducido espacio de que disponíamos en el sector boscoso del norte del Niemen para desplegar el Cuerpo, sólo nos permitió situar de momento a la 8ª División 8 Panzer y a la 290ª de Infantería para el ataque a las posiciones fronterizas enemigas que sabíamos guarnecidas, mientras dejábamos todavía al sur del río a la 3ª División de Infantería Motorizada.

En los primeros momentos nuestra embestida halló escasa resistencia en las inmediaciones de la frontera, seguramente debida a destacamentos avanzados de choque. Bien pronto, sin embargo, nos vimos detenidos por una posición enemiga de búnker o casamatas, que no pudimos trasponer hasta que a mediodía consiguió la 8ª División Panzer forzar la barrera al norte del Niemen.

Por cierto que ya en aquel primer día de lucha nos mostró su verdadero rostro el enemigo. Uno de nuestros soldados de descubierta, al que el enemigo había cortado la retirada, fue hallado más tarde muerto y atrozmente mutilado. Tanto nos impresionó el cuadro, que mi ayudante y yo nos pusimos de acuerdo para no también copados en alguno de los inevitables raids de nuestro coche por sectores todavía no despejados. Y no había de ser aquél el único detalle revelador de la manera soviética de entender la guerra, sino que muy a menudo se daría después el caso en que los soldados rusos alzasen las manos en señal de rendición, para empuñar luego las armas por sorpresa en cuanto los nuestros se les acercaban. Como también la treta de los heridos que se fingían muertos para disparar a mansalva sobre los soldados alemanes que se alejaban.

La impresión general que la actitud del enemigo en sus avanzadilla extremas nos produjo, fue la de que en realidad nuestro taque no le había sorprendido, si bien el mando soviético no debía contar con él- o al menos disponer a tiempo la intervención coordinada de las importantes reservas apostadas más al interior.

Se ha discutido mucho sobre si la concentración soviético sobre la frontera fue una maniobra de carácter ofensivo o solamente defensivo, y lo cierto es que los indicios resultan bastante equívocos. Porque a juzgar por el volumen de tropas concentradas en las zonas fronterizo-occidentales de la Unión Soviética y por las imponentes acumulaciones de fuerzas blindadas tanto en el sector de Bialystok como en torno a Lemberg, no parecía infundado el recelo de una ofensiva soviética a la corta o a la larga, según adujo Hitler en justificación de su resolución. Y por otra parte, la disposición de las fuerzas soviéticas el 22 de junio no abona la suposición de que se hallasen prestas para un ataque inmediato.

El Grupo de Ejércitos de Voroshilov, al que se enfrentaba nuestro Grupo de Ejércitos Norte, solamente había destinado 7 divisiones a guarnecer la frontera, mientras que todas las fuerzas restantes de un total de 29 divisiones de fusileros)infantería), 2 divisiones de tanques y 6 brigadas motorizadas (según datos de Tippelskirch) quedaban mucho más al interior, en Schaulen, Kovno y Wilna, y en parte, incluso en el sector Pskov-Opotschka, o sea, en la línea Stalin. Asimismo las dos restantes columnas o Grupos de Ejércitos soviéticos, correspondientes a Timoschenko y Budemmy, se hallaban escalonadas en profundidad, aun cuando éstas tenían sus fronteras más densamente guarnecidas.

Estimo que como más no acercaremos a la verdad será suponiendo que la movilización soviética, acrecentada con considerables contingentes procedentes de las acciones de ocupación de la Polonia oriental, Besarabia y el Báltico (antiguas provincias rusas de la zona báltica), ha de calificarse de <movilización a todo evento>. Porque si bien el 22 de junio de 191 se encontraban las fuerzas soviéticas tan escalonadas en profundidad todavía, que sólo cabía considerarlas dispuestas para una actuación defensiva, lo cierto es que les habría bastado muy poco tiempo para modificar el cuadro en consonancia con lo que la situación militar alemana aconsejase. En un brevísimo período de tiempo hubiera podido el Ejército Rojo cerrar sus filas de suerte que quedasen en condiciones de ataque con superioridad numérica, ya que no cualitativa, de los alemanes correspondientes al otro lado de la frontera. Había, en suma, una amenaza atente en todavía movilización soviética, por más que el 22 de junio presentase todavía el aspecto de una toma de posiciones defensiva. Hubiera bastado que a la Unión Soviética se le ofreciese una oportunidad para que impecable actitud se tornase en fulminante amenaza.

No negaré que en el verano de 1941 todavía hubiera preferido Stalin eludir la contienda con el Reich. Mas en cuanto el mando soviético hubiese visto, más tarde o más temprano, que la evolución de la situación le permitía pasar a la presión política o incluso a la amenaza militar, apenas tendría mas que dar un paso para transformar en ofensiva la concentración defensiva se trataba de una movilización <a todo evento>.

Pero volvamos a nuestro LVI Cuerpo Panzer.

Para llevar a cabo la misión que se le había encomendado de tomar intactos los pasos del Dvina por Dunaburg, eran dos las condiciones que había de cumplir el cuerpo después de la ruptura de las posiciones fronterizas:

Ante todo tendía que profundizar ya en el primer día de ataque 80 kilómetros en territorio enemigo para alcanzar el paso de Dubissa por Airogola y apoderarse de él. Yo conocía de la primera guerra el sector del Dubissa y sabía que se trataba de una garganta fluvial de laderas tan empinadas que la hacían impracticable para los tanques. Meses habían tenido que trabajar nuestros ingenieros ferroviarios durante la Primera Guerra Mundial para poder remontar la garganta con un magistral viaducto de madera. De modo que si ahora conseguía el enemigo volar el puente que por allí unía la carretera de Airogola, nos encontraríamos detenidos en la barrancada, mientras que él dispondría de tiempo para fortificar las alturas de la otro orilla y nos pondría en un aprieto la necesidad de quebrantar su resistencia. Habríamos perdido con ello toda posibilidad e apoderarnos por sorpresa de los puentes de Dunaburg, para lo que constituía trampolín indispensable el paso de Airogola.

Mas, con ser la condición tan extremada , la 8ª División Panzer al mando del general Brandenberger, a la que aquel día apenas dejé yo de la mano, la cumplió a maravilla. Después de superada la resistencia fronteriza y arrollada la que el enemigo iba oponiéndole en el interior, al anochecer del 22 de junio había ocupado con una sección de vanguardia el paso de Airogola, seguida de la 290ª División de Infantería a marchas forzadas y de la 3ª Motorizada, que ya el medidía comenzaba a cruzar el Niemen y que fue apostada en uno de los pasos al sur de Airogola.

¡El primer paso estaba claro!

La otra condición para que el cuerpo pudiese desempeñar su cometido de triunfar en Dunaburg estaba en que llegase allí de un solo tirón, sin cuidarse de si los cuerpos de flanqueo se mantenían a su altura o quedaban rezagados. Únicamente irrumpiendo allí

por sorpresa y pillando al enemigo desprevenido, podríamos hacernos con los valiosos puentes. Y esto ya se sabe que no era asequible sin correr un gran riesgo en otro aspecto.

Omo esperábamos, el cuerpo tuvo en efecto la suerte de acertar en su avance con un punto débil del enemigo. Y aunque luego éste lanzaba repetidamente a su paso nuevas formaciones, nuestras divisiones lograron siempre desbaratar la resistencia enemiga relativamente pronto, bien que en alguno casos, sólo después de dura lucha.

Mientras que a nuestra izquierda el XLI Cuerpo Panzer tuvo por de pronto que ajustar cuentas con un importantes grupo enemigo que esperaba prevenido en torno a Shaulen, quedándose así muy rezagado, y a nuestra derecha luchaba en las inmediaciones de Kovno el ala izquierda del Decimosexto Ejército, el LVI Cuerpo Panzer ganaba ya el 24 de junio la gran carretera de Dunaburg en el sector de Wilcomierz. A 170 kilómetros de la frontera, no sólo había dejado atrás el cuerpo a sus fuerzas de flanqueo, sino también a los efectivos enemigos que en la zona fronteriza tuviera que batir para abrirse paso. ¡Nada más que 130 kilómetros le separaban ya de la codiciada meta de los puentes de Dunaburg! Pero ¿sería posible mantener el ritmo de marcha anterior? Porque de un lado teníamos que el enemigo no iba a dejar de lanzar cada vez mayores reservas contra nuestra vanguardia, y por otro, que en todo momento podía suceder que consiguiese cerrar a nuestra espalda las brechas y cortarnos los enlaces aunque sólo fuese transitoriamente, como más de una vez se le previno al Grupo en recomendación de cautela. Pero nosotros no estábamos dispuestos a permitir que la veleidosa Fortuna fuese a dejarnos plantados por timoratos. Cierto que nuestra 290ª División de Infantería no había podido, como es natural, seguirnos de cerca; pero la seguridad de que, más o menos rezagada,venía a nuestro alcance, le procuraba al cuerpo cierta confianza, yen realidad la división había atraído sobre sí considerables contingentes de fuerzas enemigas que en otro caso hubiera caído sobre nuestra retaguardia. El cuerpo de ejército siguió, pues, con las dos divisiones ligeras, la 8ª Panzer por la carretera general, y la 3ª de Infantería Motorizada rompiendo fatigosamente por rutas accesorias al lado sur, en pos del trofeo de Dunaburg. Para ello, ambas divisiones tuvieron que quebrantar en combates a veces muy divisiones tuvieron que quebrantar en combates a veces muy empeñados la resistencia de los nuevos contingentes de reservas que el enemigo oponía a su avance. 70 tanques (casi la mitad del número total de los nuestros9 y numero-

sas baterías enemigas jalonaban el recorrido de las fuerzas alemanas. En cuanto a lo prisioneros, no disponíamos d tiempo ni de elementos suficientes para poder ocuparnos de la tarea de agruparlos y recogerlos.

El 26 de junio muy temprano había llegado la 8ª División Panzer a las puertas de Dunaburg y a las 8 de la mañana recibía yo en su Estado Mayor la comunicación de que el golpe de mano contra los puentes del Dvina había salido bien. Hubo lucha en la ciudad situada allende el río, pero el gran viaducto había caído intacto en poder nuestro porque los centinelas apostados para manejar los conmutadores que deberían encender las cargas, se habían visto sorprendidos y arrollados a la entrada misma del puente. Sólo el puente del ferrocarril quedaba ligeramente deteriorado por efecto de una pequeña carga explosiva, pero utilizable. Al día siguiente también la 3ª División de Infantería Motorizada conseguía cruzar por sorpresa el río aguas de la ciudad. ¡Habíamos alcanzado nuestro objetivo!

Antes de la ofensiva me habían preguntado a mí si confiábamos en llegar a Dunaburg y en cuánto tiempo. A lo que yo había contestado que si no conseguíamos alcanzar la ciudad en cuatro días, apenas nos restarían esperanzas de hacernos con los puentes en buen estado. Pues bien; ahora resultaba que en cuatro días y cinco horas a contar desde el momento en que nos pusiéramos a ello, habíamos avanzado 300 kilómetros en línea recta en una carrera interrumpida y en lucha constante con el enemigo. Proeza que sólo se explica admitiendo que mandos y tropas marchábamos obsesionados por el gran afán de la consigna <Dunaburg> y dispuestos a correr todos los riesgos con tal de salirnos con la nuestra. ¡Qué sensación de alivio la que ahora experimentábamos al entrar por aquellos puentes en la ciudad, aun cuando el enemigo la hubiese incendiado en su mayor parte en la retirada! ¡Y qué satisfacción para mí la de comprobar el reducido precio que en bajas propias me había costado la victoria!

Claro está que la situación del Cuerpo, sólo en el lado norte del río Dvina, distaba mucho todavía de ser tranquilizadora. Aún quedaban el XLI Cuerpo Panzer y el cuerpo de la izquierda del Decimosexto Ejército rezagados en unos 100 o 150 kilómetros, y entre ellos y nosotros varias columnas soviéticas se replegaban sobre el Dvina. De suerte que no solamente habíamos de contar con que el enemigo no iba a perdonar medio para traer nuevas reservas con que atacarnos al norte dl río, sino que al mismo tiempo teníamos

que disponernos a cubrir nuestro lado izquierdo del Dvina contra la acometida de dichas columnas en retirada. Lo delicado de la situación nos lo puso de manifiesto el hecho de que la Sección de Servicios del cuerpo de ejército fuese atacada por retaguardia en un punto de bosque bastante próximo al puesto de mando.

no era, con todo, la cuestión de nuestro aislamiento- que por otra parte no podía durar mucho- la que ahora preocupaba al mando, sino más bien Leningrado o Moscú el objetivo inmediato? El comandante del Grupo Panzer, que el 27 de junio llegaba a nuestro puesto en un <Cigüeña>, no pudo sacarnos de la duda, y eso que lo menos que podíamos suponer era que quien ostentaba un mando de aquella naturaleza habría de estar al tanto de los ulteriores objetivos de la operación. Mas no había de parar aquí nuestra sorpresa, que bien pronto vinieron a aguarnos más el vino con la orden de que formásemos una cabeza de puente inicial en torno a Dunaburg para ampliarla luego y mantener accesibles los pasos. Para lo que se nos anunciaba la próxima incorporación del XLI Cuerpo Panzer, que cruzaría por Jakobsstadt, y la del ala izquierda del Decimosexto Ejército.

Reconozco que esta era la solución <segura> y académica o si se quiere ortodoxa del problema; pero nosotros nos la habíamos imaginado de otra manera. A nuestro modo de ver, la irrupción del cuerpo tan adentro del territorio enemigo y en forma tan fulminante e incontenible no podía por menos de haber llevado un hondo desconcierto al frente ruso. Por lo que era de esperar que el enemigo buscaría por todos los medios la manera de hacernos repasar el río, concentrando allí para ello fuerzas de todas partes. Con que cuanto más siguiésemos avanzando nosotros, tanto menores serían sus posibilidades de metódica oposición con fuerzas superiores. Si seguíamos inmediatamente adelante- después de asegurar, se entiende, los pasos del Dvina- en dirección de Pskov y al grupo panzer se le incorporaba rápidamente por Dunaburg el otro cuerpo blindado, siempre tendríamos que el enemigo iba a verse forzado, como hasta ahora, a salirnos al paso con lo primero que tuviese a mano, sin lograr pasar a una operación metódica. Y por lo que toca a las fuerzas enemigas derrotadas al sur dl Dvina, los ejércitos de infantería que nos seguían podían muy bien encargarse de ellas.

De suyo se comprende que el riesgo iba en aumento a medida que un cuerpo de tanques, o incluso el Grupo entero, se aventuraban por su cuenta en la vastedad del inmenso territorio ruso. Pero

por otra parte la seguridad de una agrupación rápida, de tanques filtrada a retaguardia del frente enemigo, está ante todo en su constante movilidad. En cuanto se estaciona, de todas partes acuden las reservas enemigas a echarse sobre ella.

Pero, como ya digo, este punto de vista no era compartido por el Mando Supremo, y hasta se comprende que no lo fuese, pues no puede negarse que algo tenía de temeraria nuestra pretensión de seguir adelante en el acto enganchados al carro de la Fortuna. ¡Quién sabe si no estaría tratando de arrastrarnos al abismo! Habíamos de resignarnos, pues, con poner nuestras esperanzas en la meta de Leningrado y seguir por de pronto a la espera en Dunaburg. Allí fue concentrando el enemigo, como habíamos previsto, fuerzas traídas no sólo de Pskov, sino también de Minsk y Moscú, sus suerte que pronto tuvimos harto que hacer con defendernos de sus ataque en el lado norte del Dvina, apoyados por una división panzer. Puntos hubo en los que llegamos a pasar por crisis bastante serias, y en un contraataque de la 3ª División de Infantería Motorizada para recuperar posiciones perdidas, nuestras fuerzas hallaron a tres oficiales y treinta soldados, que la víspera habían caído heridos en manos del enemigo en el sector de una unidad muertos y atrozmente mutilados.

Por aquellos días hizo la aviación soviética inauditos esfuerzos para destruir con sus ataques los puentes que habían caído en poder nuestro. Con obstinación francamente asombrosa, pasaban, escuadrilla tras escuadrilla, en vuelo rasante, con el indefectible resultado de caer abatidos siempre. Sólo en un día llegamos a contar 64 aviones soviéticos derribados por nuestra caza y nuestra artillería antiaérea.

Finalmente, el 2 de julio pudimos ponernos nuevamente en marcha, después de habérsemos incorporado la División Totenkopf de las SS como tercera unidad rápida y de quedar flanqueado a la izquierda por el XLI Cuerpo Panzer, que había cruzado el Dvina por Jakobsstadt.

Se le asignaba al Cuarto Grupo Panzer la dirección de Pskov por Rositten-Ostrov; lo cual quería decir que a lo lejos se columbraba ya el objetivo de Leningrado.

Lo cierto era, si embargo, que después del golpe por sorpresa del cuerpo contra Dunaburg habían transcurrido seis días, suficientes para que el enemigo se recobrase del desconcierto en que sin duda le habría puesto la inesperada presencia de fuerzas alemanas en la orilla oriental del Dvina.

Un raid como el del LVI Cuerpo Panzer hasta Dunaburg por fueron tiene que producir más allá del frente enemigo pánico y desconcierto, desarticulando la red de mandos e introduciendo así la confusión y el desacuerdo en donde antes seguía toda unas directrices que en otro aspecto pudieran haber sido los motivos de tal detención. Porque ahora iba a ser ya muy dudoso el que consiguiésemos recobrar la inicial ventaja que teníamos sobre el enemigo al menos en la proporción anterior, y en todo caso tendríamos que contar previamente con que el grupo panzer pudiese concentrar todos sus efectivos en una acción conjunta y sistemática. Cosa que, por cierto no había de suceder, como se verá, aun cuando la resistencia del enemigo no bastara para contener la subsiguiente marcha de nuestro equipo.

De momento todavía arrancó el grupo en formación conjunta de la línea Dunaburg-Jakobsstadt, con el LVI Cuerpo por la carretera Dunaburg-Rositten-Ostrov-Pskov y a oriente de la misma, y el XLI Cuerpo flanqueado por la izquierda. La resistencia del enemigo era ya en esta ocasión más segura y metódica que en los primeros días de la guerra; a pesar de lo cual, conseguimos rechazarlo siempre.

Recuerdo de aquellos combates un pequeño episodio que en mis subordinados despertó cierto comprensible sentimiento de aliciosa fruición. Bien sabido es de cualquiera que en semejantes condiciones haya mandado un cuerpo blindado cuán imprescindible se hace- pese a la innegable combatividad de las tropas alemanas- la presencia en vanguardia del comandante en jefe que con su ejemplo les estimule a mantener briosamente el curso del avance. Por so me habría presentado yo uno de aquellos días en el mando de uno de los grupos de combate de la 8ª División Panzer detenido en su avance por el fuego de la artillería enemiga, y, como por los efectos tuviese la impresión de que se trataba de fuego distanciado contra la carretera, no vacilé en calificarlo de insuficiente para detener la marcha de los tanques. No bien había dicho esto, cuando el enemigo nos obsequió con una salva cerrada que nos obligó a todos a buscar amparo en trincheras y pozos, dejando herido- aunque por fortuna sólo levemente- a mi leal Nagel, que trataba de sacar el jeep de la zona batida. Fue entonces

cuando los del Estado Mayor de la unidad dejaron traslucir algunos asomos de regocijo l contemplar desde sus respectivos agujeros cómo el comandante en jefe se daba también por aludido por las oportunas indirectas del enemigo. Tuvimos que acabar por reírnos todos, y aún tuvimos de fortuna de que pronto fuese reanudada la marcha.

Ahora iba ya el Cuerpo Panzer acercándose a la <Línea Stalin>, fortificación fronteriza soviética que corría, en desigual robustez, a todo lo largo de la antigua frontera soviética, desde el extremo sur del lago de Peipus por el oeste de Pskov, hasta la que había sido pequeña fortaleza de Sebesh en la frontera rusa.

Mientras que el mando del Grupo Panzer le asignaba al XLI Cuerpo la prosecución de la marcha hasta Ostrov, el LVI Cuerpo giraba bruscamente al este en dirección a sebesh-Opotschka, con el propósito de envolver por aquel lado a un presunto grupo de tanques enemigos situado en Pskov, después de haber forzado el paso a través de la línea Stalin. Una idea magnífica, ciertamente, si las supuestas fuerzas enemigas estuviesen realmente allí y hubiese probabilidades de que nuestro LVI Cuerpo pudiese efectuar la maniobra con toda rapidez. Sólo que a mi modo de ver no se daba el primer supuesto, y contra el segundo estaba la circunstancia de que el cuerpo tendría que cruzar una extensa zona pantanosa situada ante la línea Stalin; por lo que aconsejamos continuar la marcha con ambos Cuerpos en dirección a Ostrov. Como el consejo no fue atendido, sólo nos restaría la dolorosa satisfacción de ver confirmadas por la realidad nuestras aprensiones relativas a la zona pantanosa interpuesta entre nuestros tanques y su nuevo objetivo.

La 8ª División Panzer fue a dar, en efecto, con un paso de firme maderero a través de la zona palustre, tan obstruido por los vehículos abandonados de una división soviética que allí se había atascado, que se necesitaron varios días para despejar el camino y reparar los puentes destruidos. En consecuencia, cuando nuestra división consiguió trasponer el dichoso tremedal, se encontró, como no podía se por menos, con una resistencia bien organizada, que sólo pudo quebrantar en combates bastantes duros.

La 3ª División Motorizada sólo halló en su sector una estrecha calzada por la que no podía hacer marchar sus vehículos, de suerte que hubo de retirarse y ser incorporada en seguimiento del XLI Cuerpo Panzer a Ostrov.

Mejores condiciones de terreno fueron las que encontró a su paso para Sebesh la División Totenkopf de las SS, bien que con la

contrapartida de tener que enfrentarse con una fuerte línea de búnkers. Y allí se puso de manifiesto la tara irremediable de unas tropas cuyos mandos carecían de la metódica formación normal y de la experiencia de los profesionales. Por lo que a la disciplina y continente marcial toca, visto en el caso de elogiar su impecable actitud en la marcha como requisito necesario para que la de las agrupaciones motorizadas discurriera sin tropiezos. Asimismo observé que la división atacaba siempre con decisión y que en la defensa sabía mantenerse con entereza en su puesto; de manera que tanto por lo dicho como por haberla tenido luego varias veces a mis órdenes, creo que seguramente se trataba de una de las mejores divisiones de su clase entre cuantas haya conocido. Me consta, por otra parte, que quien entonces la mandaba era hombre valiente, que pronto fue herido y que acabó por caer en la lucha. Y, sin embargo, nada de esto bastaba para compensar la improvisada formación de sus mandos, pues sus tropas sufrían una desmedida proporción de bajas para hacerse, tanto ellas como sus jefes, con una experiencia que ya en los regimientos del Ejércitos era cosa de coser y cantar. A su vez, el elevado número de bajas y la inexperiencia tenían por consecuencia el malogro de excelentes oportunidades, que luego habría que reparar a costa de nuevos combates. Que nada hay más difícil de aprender que el arte sutil de percibir el momento en que un leve desmayo de la resistencia enemiga viene a brindarnos el instante propicio. Por eso era por lo que en el curso de aquellos combates me veía en la necesidad de acudir a cada paso a la división, en un esfuerzo desgraciadamente estéril para reducir sus exorbitantes pérdidas. Baste decir que a los diez días quedaban reducidos los efectivos de tres regimientos de la división a los hombres indispensables para formar dos regimientos.

Por muy bien que se hayan batido siempre las divisiones de las SS y por más brillantes éxitos que en algunas ocasiones hayan alcanzado, es innegable que la creación de estas organizaciones militares especiales ha constituido un error imperdonable. Reclutas de selección, que en el Ejército hubieran podido cubrir muy bien los mandos subalternos, eran lanzados al pozo sin fondo de las SS en un verdadero anticipo de la hecatombe, ya que su generoso tributo de sangre no guardaba la debida proporción con el resultado alcanzado. Y conste que ningún reproche puede hacérseles por eso a las tropas, sino a quienes tan sin necesidad se empeñaban en diezmar despiadadamente lo mejor de nuestra cantera humana a

favor de sectarismos políticos y contra el cuerdo parecer de los competentes organismos militares.

Lo que no cabe olvidar es que las unidades combatientes SS se condujeron siempre como buenos camaradas en el frente, supieron batirse con bravura y se mostraron enteros y tenaces en la defensa. Yo estoy seguro de que una gran parte de los integrantes de estas unidades especiales hubieron visto con muy buenos ojos su incorporación al Ejército y consiguiente exención de la tutela de un Himmler.

Antes de volver a las peripecias militares del LVI Cuerpo de tanques, aún quisiera, después de esta digresión, dedicar unas palabras que al lector le sirviesen de descripción sumaria de lo que en la última guerra constituía la tarea del mando de una agrupación rápida.

Todavía en la batalla de St. Privat-Gravelotte, en la Guerra de 1870 a 1871, había podido situarse el comandante en jefe- mi abuelo- con su Estado Mayor en un promontorio de la zona batida por el fuego, desde la que dominaba todo el campo de batalla y podía dirigir personalmente la lucha de su cuerpo. Incluso podía cabalgar hasta los distintos regimientos en el momento en que se desplegaban para el ataque y, por lo que puede leerse, <apretarle las clavijas> a una batería emplazada a una distancia del enemigo que pecaba de prudente.

Tales escenas han quedado, naturalmente, relegadas al museo de nuestra memoria. Ya en la Primera Guerra Mundial el alcance cada vez mayor de la artillería enemiga iba forzando a los Estados Mayores a retraer sus puestos de mando y la vastedad de los campos de batalla tornaba imposible la observación directa del escenario de lucha y el mando inmediato, practicable solamente mediante una buena red telefónica. De modo que la profética descripción que Schliedden había hecho del futuro caudillo militar, que desde el teléfono de su despacho va percutiendo con sus órdenes los puntos vulnerables del enemigo, pasó a ser realidad.

No habían de quedar en esto las mudanzas tampoco, que en la Segunda Guerra Mundial tuvo el mando que hacer frente a nuevos problemas sobre todo en las unidades rápidas. Porque en estas agrupaciones especiales sobrevienen tan súbitos los cambios de situación y se desvanecen tan pronto las oportunidades propicias, que el jefe no puede en modo alguno afincarse en un puesto de mando a retaguardia. Si allí se dispusiese a esperar la llegada de los partes, sus decisiones llegarían casi siempre tarde y muchas oca-

siones favorables habrían pasado para no volver. Sucede también con frecuencia y justamente después de una acción afortunada, que hay que tratar de conseguir que los hombres olviden su justificado cansancio, se sobrepongan a la fatiga y continúan <machacando el hierro mientras está caliente>. Y menos mal si a esto se redujese la tarea.

Además de la tremenda tensión, de los esfuerzos agotadores a que sometía la guerra de movimientos a todos los efectivos de tropas y mandos, aún tenía el jefe supremo que cuidar como su más imprescindible obligación la de dejarse ver en vanguardia con la mayor frecuencia posible. Es de suma importancia, en efecto, que el soldado raso no viva en el prejuicio de que <los tipos éstos de retaguardia> se despachan con dar unas órdenes, sin molestarse en averiguar cómo andan en realidad las cosas en las avanzadas. Y cuando ve que su jefe máximo tampoco rehúye meterse en el <fregado> y asistir a la brega que el triunfo impone, no puede por menos de sentirse confortado y satisfecho. Sólo cuando día a día podamos llegar hasta nuestros vanguardistas, estaremos en condiciones de conocer sus dificultades, atender y comprender sus quejas y ayudarles lealmente. Por eso no debe limitarse el jefe de superior categoría a cumplir su ineludible deber de exigir de sus subordinados el mayor rendimiento, sino que deberá saber también ampararles y compartir sus riesgos como camarada. Además de que en estas visitas a las tropas casi siempre retorna el mismo jefe reanimado. Cuántas veces no me ha sucedido a mí que al inspeccionar los mandos de una división hubiese de oír el siempre desalentador comentario de una decreciente combatividad de las tropas, consiguiente al excesivo esfuerzo a que, bien a pesar nuestro, las habíamos sometido. Son estos cuidados inseparables del mando e inherentes a los jefes de regimiento y batallón, en los que recae la responsabilidad de sus respectivas fuerzas. Mas cuando seguía adelante en mis visitas hasta la línea de combate, muchas veces me encontraba con la grata sorpresa de que era justamente allí en donde menos reinaba el pesimismo, y en donde- tal vez or afortunada coincidencia con algún éxito local- más animosamente se afrontaba coincidencia con algún éxito local- más animosamente se afrontaba la situación. Si luego tenía uno, además, ocasión de fumar un cigarrillo con la dotación de un tanque o de explicar en una compañía la situación general a grandes rasgos, nunca dejaba de manifestarse el espíritu entusiasta del soldado alemán, su incomparable brío y su disposición al sacrificio. Para el jefe de superior categoría, estas ocasiones son de lo más hermoso que de su profesión puede esperar, aunque, desgraciadamen-

te, suele su frecuencia estar en relación inversa de la categoría, toda vez que un comandante en jefe de una gran columna o de un Grupo de Ejércitos no tiene la posibilidad de convivencia con sus tropas que todavía se le ofrece al simple general con mando de unidad.

No por eso hemos de suponer que éste ha de estar tampoco constantemente de la ceca a la meca vagando por todo su sector, porque, si así lo hiciera, dejaría prácticamente el mando en manos de su Estado Mayor. Tal vez en algunos casos esté esto muy en su punto, sin que por eso haya de constituir la norma. Tal sucede, por adecuada organización del mando, de suerte que siempre quede asegurada su persistencia.

Generalmente era indispensable que la Sección de Servicios del cuerpo se mantuviese varios días estacionaría, a fin de asegurar la buena marcha de los aprovisionamientos, mientras que el comandante en jefe tenía que mudar casi diariamente- en ocasiones, hasta dos veces al día- el puesto de mando para poder seguir lam archa de las divisiones rápidas. Ello exigía, como es comprensible, una gran movilidad del estado mayor, asequible solamente a costa de reducirlo a su más mínima expresión- lo cual, por cierto, es también deseable por otros conceptos- y la renuncia a toda comodidad. Malos tiempos, pues, para la burocracia, que también al Ejército se pega como una lapa.

La busca de alojamiento era tarea que no solía entretenernos mucho. En Francia teníamos a montones palacios y palacetes a nuestra disposición; pero en el Este las pequeñas casas de madera, poco atrayentes y casi siempre prehabitadas por invisibles, aunque muy perceptibles, minúsculos <amigos del hombre>, nos ponían en el trance de preferir casi siempre la vida en nuestras propias tiendas y en los dos camiones del mando, que con algunos jeeps y medio de transporte del persona subalterno. Yo compartía mi pequeña tienda con el ayudante, y me parece que durante, todo aquel cama corriente, reducido fuera de esas ocasiones a la tienda y al deportivo saco de dormir. Únicamente nuestro primer ayudante le tenía un santo horror a la tienda, y se resignaba a pasar la noche en su coche antes que a buscar cobijo bajo la lona. Y como sus largas piernas no hallaban acomodo dentro del vehículo, tenía que dejarlas salir por la portezuela, a recoger en las botas toda la lluvia que Dios mandaba algunas noches.

Solíamos plantar nuestra tienda en algún bosque o zona vegetal en las inmediaciones de la carretera principal que constituía el eje de la marcha, y, siempre que nos era posible, junto a algún lago o río, para poder así echarnos al agua cada vez que regresábamos sucios y cubiertos de polvo de nuestras incursiones al frente o por las mañanas para disipar los últimos vestigios de sueño.

Mientras que nuestro reducido Estado Mayor del puesto de mando avanzado tenía que permanecer en él con su jefe, tanto por razón de la labor específica como por la necesidad de mantener los enlaces telefónicos, me pasaba yo corrientemente el día, hasta bien entrada la noche a veces, recorriendo las unidades. Por los común, a primera hora de la mañana, después de recibir los partes y dar si acaso las órdenes oportunas, salía disparado a inspeccionar las divisiones o a reconocer la situación de vanguardia. A mediodía regresaba al puesto de mando, y, tras de un breve descanso, otra vez partía en busca de ésta o de la otra división, pues suelen ser precisamente las horas del atardecer las que reclaman un nuevo impulso o nos brindan la oportunidad de un éxito. Agotados y cubiertos de polvo como nómadas en el desierto, tornábamos por último a nuestro campamento, que en nuestra ausencia había vuelto a ser adelantado. Entonces sucedía de vez en cuando que nos esperase la grata sorpresa de un festín dispuesto por el segundo ayudante, comandante Niemann, y consistente en un pollo asado o hasta en una botella de vino que él sabía sacar de Dios sabe dónde para aliviar la monotonía del habitual condumio de pan, margarina y salchichas acecinada. Lo malo era que los pollos y gansos iban resultando un artículo muy raro por aquellas latitudes, pues, por muy vanguardistas que nos creyésemos, no había faltado quien nos ganase la delantera en la captura de tales volétiles. Cuando, con la llegada de las primeras lluvias otoñales, se dejaba sentir demasiado el frío en nuestras tiendas, la <sauna>, que en sus forma más rudimentaria hallábamos en casi todas las viviendas campesinas, nos ofrecían su confortable y estimulante calor.

Esta constante movilidad sólo era asequible, naturalmente, por la circunstancia de que en todo momento me siguiese de cerca un coche con instalación radiotelegráfica gobernado por nuestro excelente oficial de enlaces, que luego había de ser el comandante de estado mayor Kohler. En un abrir y cerrar de ojos sabía estable-

1. Baño de vapor finés obtenido mediante aspersión de agua sobre un lecho de Piedras caldeadas. (N. del T.)

cer con habilidad de prestímano el enlace por radio, tanto con las divisiones como con el puesto avanzado de mando, y solía mantenerlo incluso durante nuestra marcha. Con lo que en todo momento me hallaba al corriente de la situación en el sector del cuerpo y podía hacer llegar al Estado Mayor avanzado cualquier orden que sobre el terreno se me ocurriese ar, o recibir de allí noticia. Es éste el único elogio que haya de hacer de Kohler, que también mientras este prisionero se condujo con mi esposa como amigo leal y altruista.

Mi acompañante indefectible en aquellos excursiones, además de los dos excelentes conductores Nagel y Schumann y de dos motoristas de enlace, lo fue siempre mu ayudante, el teniente Specht. Debido a su tipo menudo y enjuto y a su juvenil despreocupación y espontaneidad, le llamábamos Pepo. Era un oficial de caballería como creo que debe ser en ese cuerpo un joven oficial: vivo, audaz, con un leve toque de frivolidad ante el peligro, siempre jaranero y algo desenvuelto. Condiciones todas que acabaron por ganarle mi predilección. Tenía, además, excelentes condiciones para la equitación, pues por algo su padre había sido un gran aficionado a la cría caballar y su madre una verdadera amazona, y apenas salido de la academia, ya había ganado varios famosos concursos hípicos. Siempre dispuesto a toda empresa atrevida, nada hubiera deseado, tanto como salir en patrulla contra el enemigo con su comandante en jefe. Por eso mientras pudimos recorrer a diario el campo de batalla con nuestro cuerpo panzer, estaba Pepo contento con su suerte y satisfecho de hallarse a mi lado. Pero cuando mas tarde, como comandante en jefe de toda una columna de operaciones, me vi en la imposibilidad de frecuentar como antes el frente y las avanzadas, empezó el hombre a rebelarse, a írseme de la mano y a terquear en su empeño de volver al contacto con las tropas. Comprendiendo cuán legítimos eran sus deseos en un joven oficial como él, repetidas veces accedí a satisfacerlos, y en dos ocasiones llegó a mandar en Crimea con habilidad y estilo un escuadrón de una sección de descubiertas. Al fin, ante Leningrado, en ocasión en que lo mandaba en un <cigüeña> a visitar una división, fue abatido con su aparato aquel animoso y encantador oficial, cuya pérdida me dejó acongojado.

Pero volvamos a nuestro LVI Cuerpo. Como la vida en las tiendas y en los jeeps era dura y con frecuencia nos hallábamos rendidos, los episodios más o menos cómicos que de cuando en cuando salpicaban la dramática existencia de los combatientes resultaban para nosotros, por insignificantes que en sí fuesen, un alivio moral

inapreciable. Así, por ejemplo, en cierta ocasión en que inútilmente jadeábamos por abrirnos paso entre una columna en marcha de la 3ª División Motorizada por un camino tan estrecho que no le dejaba al vehículo posibilidad de adelantarse, envueltos en una polvareda que apenas nos permitía percibir la sombra del coche precedente o distinguir sus luces traseras, llegamos a un cruce de rutas en un pueblo y allí habíamos de detenernos por atasco del tráfico hasta que la nube de polvo fue desvaneciéndose. Apenas pudimos mirar adelante, lo primero que nuestros asombrados ojos descubrieron fueron dos tanques soviéticos de reconocimientos cerrándonos el paso. Por lo visto, los peligrosos huéspedes llevaban ya buen trecho incorporados a nuestra columna sin percatarse de ello, y menos mal que sus dotaciones experimentaron el mismo desconcierto que nosotros al caer en la cuenta de la situación, pues con un poco de presencia de ánimo hubieran podido barrernos de una ráfaga, cuando lo que hicieron fue escabullirse a toda marcha por una bocacalle de la izquierda.

Otra vez, al llagar bajo un sol de justicia, negros como la tizne y agotados, al Estado Mayor de la 8ª División Panzer, mientras su jefe me daba cuenta de la situación, el oficial del Estado Mayor comandante Berendsen (hoy diputado del Bundestag) me tendía una botella de champaña francés en hielo. ¿de dónde diablos había sacado el hielo bajo aquel sol de plomo? El milagro tenía su explicación en que una compañía de Ingenieros había tropezado, en una obra de zapa que realizaba para abrir un nuevo acceso hacia un puente, con un gran mogote de tierra protegiendo un magnífico témpano de hielo que constituía la reserva de una vaquería. ¡En mi vida había soboreado champaña más delicioso!

Días después cruzábamos con nuestro coche la ciudad en llamas de Zoltsy, cuando de entre la humareda vino un ruso a darse de narices en el vehículo. El hombre empujaba un corretón repleto de cajas con botellitas características de las destilerías estatales de vodka. Todo indicaba que acababa de <controlarlas> en los almacenes del monopolio, pues le faltó tiempo para ofrecernos uno de los cajones como obligado soborno. Pocas veces fue tan celebrado como en aquella ocasión nuestro retorno al puesto de mando con el presente de los botellines de vodka inmediatamente repartidos entre nuestros colegas. Apenas puede una persona en la vida normal imaginarse la importancia que en la de campaña tienen estos mínimos placeres, esto pequeños incidentes intercalados en el diario afán.

Además de las ventajas que la frecuentación del frente le reportar al mando de un cuerpo panzer para formar juicio de la capacidad de las tropas y para aprovechar las oportunidades tácticas que pudieran presentarse, todavía hay la nada despreciable de verse libre del auricular telefónico y de las preguntas y consejos, muchos veces ociosos, con que te abruman desde atrás. Que si por un lado las comunicaciones son indispensables para el mando, no dejan de ofrecer por otro el inconveniente de llevarte un poco en andaderas y coartar tus decisiones.

Pero volvamos otra vez a la relación del acontecer estrictamente bélico de aquellos días.

Por lo que hasta el 9 de julio podíamos juzgar, bien se echaba de ver que el propósito del mando del Grupo Panzer de envolver al enemigo en Pskov, en el tentáculo de un amplio rodeo del LVI Cuerpo, era empresa condenada al fracaso a consecuencias d la zona pantanosa y de la sería resistencia adversaria. No quedó, pues, más recurso que suspender el movimiento envolvente iniciado y mandar al cuerpo de ejército con la 8º División Panzer hacia el norte sobre Ostrov, adonde se dirigía ya la 3ª División Motorizada. Con todo, desde su partida de Dunaburg hasta el 10 de julio, el cuerpo panzer había derrotado a cuatro o cinco divisiones de infantería enemigas, a una de tanques y a una motorizada, lo que en conjunto suponía unas fuerzas muy superiores a las propias. Además de miles de prisioneros, habíamos cogido, desde el momento de cruzar la frontera, 60 aviones, 316 cañones entre antiaéreas y antitanques, 205 tanques y 600 camiones. Sólo teníamos que lamentar que el enemigo que habíamos derrotado y rechazado hacia el este, no estaba anulado para la lucha, como pronto habríamos de comprobar.

De la posterior concentración del Cuarto Panzer en las inmediaciones de Ostrov esperaba el mando un rápido, directo y homogéneo avance del Grupo Panzer sobre Leningrado, o sea, del LVI Cuerpo por Luga y del XLI por Pskov. En todo caso, a nuestro modo de ver, habría de ser por esta disposición de avance como podríamos tomar antes Leningrado y cortar a las fuerzas enemigas que ante el Decimoctavo Ejército iban en retirada por letonia hacia Estonia. El Decimosexto Ejército, que seguía al Cuarto grupo Panzer, tenía a su cargo la cobertura ofensiva de esta operación hipotética en su flanco oriental libre.

Pero, en virtud seguramente de instrucciones del mando supremo, el del Grupo Panzer dispuso las cosas de otra manera.

Al LXI Cuerpo se le asignó la gran carretera por Luga para su avance en dirección a Leningrado.

El LVI Cuerpo avanzaría, desviándose nuevamente hacia el este, por Pochov-Novgorod, para poder cortar cuanto antes por Tschudovo las comunicaciones entre Leningrado y Moscú. Finalidad ésta muy importante sin duda, pero tarada de antemano por la necesidad de separar otra vez a los dos Cuerpos de tanques, con el consiguiente peligro de que cada uno de los grupos, por su parte, careciese de la indispensable pujanza. Tanto más probable resultaba este riesgo, cuanto que el terreno que habían de recorrer hasta Leningrado, pantanoso en muchas zonas y boscoso en general, se prestaba ya muy poco de por sí para el empleo de los tanques.

Pero lo más lamentable aún era l hecho de que se hubiese privado al LVI Cuerpo de la División Totenkopf de las SS, ya relevada como reserva del Grupo Panzer al sur de Ostrov. De suerte que, lo mismo que l partir de la frontera alemana, el centro de gravedad del grupo Panzer volvía a recaer en el cuerpo izquierdo del grupo destinado al amplio rodeo por Tschudovo, se le mandaba a la aventura con una sola división motorizada y una de tanques. Por si fuera poco, se le dejaba sin la imprescindible cobertura de la División Totenkopf de las SS, escalonada a la derecha de su expuesto flanco sur, aun sabiendo que las fuerzas enemigas con las que hasta ahora había luchado el Cuerpo quedaban derrotadas y rechazadas, pero no aniquiladas.

El mando, después de todo, estaba convencido de que la seguridad del cuerpo seguiría dependiendo de la rapidez de sus evoluciones.

La 3ª División Motorizada, al principio disponible en Ostrov, ya había tomado Porchov el 10 de julio, tras dura lucha, y fue seguidamente emplazada en una carretera secundaria al norte. La 8ª División Panzer debería a su vez avanzar por Zoltsy, a fin de apoderarse a la mayor brevedad del paso sobre el Mschaga en su desembocadura en el lago de Ilmen, esencial para continuar el avance.

En constantes y, por lo general, duras luchas seguimos avanzando los primeros días, sin que el embargo se dejase sentir por ahora sobre nuestro desguarnecido flanco sur hasta el 14 de julio, en que, a primera hora de la mañana, fue atacado el puesto de mando del comando general, situado en el lado norte del río Sherlon, al parecer por fuerzas enemigas de descubierta. Aquel mismo

día, la 8ª División Panzer, que después de dura lucha con un enemigo bien pertrechado de artillería y tanques pesados había tomado Zoltsy, avanzó todavía, por indicación mía, hasta el sector del Mschaga, hallando el puente ya volado.

Entretanto, el mando del Grupo Panzer había dislocado el centro de gravedad o eje de su avance aún más al oeste de la carretera de Luga. Al XLI Cuerpo Panzer, con sus tres unidades rápidas, lo había hecho avanzar de Pskov hacia el norte, para cerrarle el paso al enemigo que al norte del lago Peipus se replegaba sobre Narva. Este cuerpo solamente había dejado cubriendo la carretera a Luga la 269ª División de Infantería.

Con eso el LVI Cuerpo Panzer venía a quedarse de pronto más desamparado y alejando de todo concurso en su maniobra de desviación para rodear por Tschudovo, de lo que lo había estado nunca hasta entonces. Por lo que el mando hubo de hacer presente al del Grupo que para alcanzar el objetivo propuesto se hacía indispensable la inmediata asignación de la división Totekopf de las SS, además de la del I Cuerpo de Ejército del Decimosexto Ejército, que habría de seguir muy de cerca a las anteriores fuerzas.

Pero antes de que esta demanda se tradujese en una medida cualquiera, el LVI Cuerpo se hallaba ya en apurada situación. Muy inquietantes eran, en efecto, las noticias que el amanecer del 15 de julio llegaban al puesto de mando junto al Shelon, al oeste de Zoltsy. El enemigo había caído con importantes efectivos procedentes del norte sobre el flanco de la 8ª División Panzer, a la altura del Mschaga, al paso que desde el sur había avanzado también y cruzando el Shelon, apoderándose de Zoltsy. Con lo que el grueso de los combatientes de la 8ª División Panzer, situado entre Zoltsy y el Mschaga, quedaba escindido de las últimas fracciones de la unidad con las que se hallaba el mando. además, también a nuestra espalda había cuidado el enemigo de cerrar la puerta, situándose con fuertes contingentes legados del sur en nuestra carretera de aprovisionamiento, al paso que la 3ª División, que más adelante avanzaba por el norte, se veía asaltada en esta dirección y la nordeste por superiores fuerzas enemigas en Maly Utogorsch.

Era evidente el propósito del enemigo de embolsar al aislado LVI Cuerpo Panzer. La ausencia de la División Totenkopf de las SS, como cobertura de retaguardia del flanco derecho, le había permitido a aquél disponer para atacar por el Shelon las fuerzas que tenía a nuestro flanco sur. Y, a su vez, la ausencia del XLI Cuerpo Panzer de la carretera de Luga dejaba al enemigo allí en-

tretenido antes, con las manos libres para atacarnos por nuestro flanco norte.

De momento, la situación del cuerpo era de todo menos de envidiable, y era realmente para preguntarse si no nos habríamos arriesgado demasiado. ¿No habríamos descuidado la vigilancia del enemigo por nuestro flanco sur más de lo debido, tal vez engañados por nuestros éxitos anteriores? Bien es verdad que, por otra parte. ¿qué íbamos a hacer, si no, si queríamos tentar alguna posibilidad de llevar a buen término la misión encomendada? Como estaba la situación, no había más remedio que retirar por Zoltsy la 8ª División Panzer para escapar al cerco inminente, y aún se necesitaría que también la 3ª División Motorizada se desprendiese por de pronto del enemigo para que el cuerpo recobrase su libertad de movimientos. Se siguieron unos días críticos, en los que el enemigo trató por todos los medios de mantener l cerco, no sólo con divisiones de fusileros (Infantería), sino también con dos de tanques y considerables efectivos de artillería y aviación. A pesar de todo, la 8ª División Panzer logró romper por Zoltsy hacia el oeste y reunir así sus fuerzas, no sin que algunas veces tuviésemos que aprovisionarla desde el aire. Por su parte, la 3ª Motorizada pudo también desprenderse del enemigo después de haber rechazado nada menos que diecisiete ataques. Entretanto se había conseguido asimismo despejar la carretera de aprovisionamiento del Cuerpo, una vez que el mando del Grupo Panzer hubo puesto a disposición del cuerpo la división Totenkopf de las SS.

Por fin, el 18 de julio pudimos dar por resuelta la crisis. Ahora se hallaba el cuerpo firmemente afianzado en un frente orientado al este y nordeste, respectivamente, a la altura aproximaba de Dno, y podíamos relevar con la División SS Totenkopf a la 8ª Panzer para concederle algún descanso. En cuanto al descubierto flanco sur, también había desaparecido el peligro, gracias a la incorporación del I Cuerpo de Ejército al decimosexto Ejército, que se acercaba a dno.

De algún consuelo nos sirvió también la captura en un avión correo de un escrito del mariscal soviético Voroschilov, a quien había conocido yo en Moscú en 1931 y que ahora mandaba las fuerzas enemigas de nuestro frente. De su lectura se desprendía que una parte importante de los ejércitos soviéticos había sido desbaratada, especialmente en las batallas en torno a Zoltsy.

Como es lógico, durante los días del cerco sólo habíamos podido comunicar con la retaguardia por radio o avión en el mejor de

los casos. Ahora, tan pronto como las comunicaciones quedaron restablecidas, nuevamente cayó sobre nosotros el consabido aluvión de papel. Especial mención merece un telegrama en el que el mando supremo nos hacía una pregunta preñada de amenazas. Port lo visto, la radio de Moscú se había precipitado un poco a celebrar nuestro embolsamiento, y con tal motivo parece que había hablado de que entre el botín hecho por las tropas soviéticas figuraban importantes documentos secretos. En realidad, se trataba de instrucciones estrictamente confidenciales relativa a los lanzahumos, un arma nueva que también podía disparar proyectiles incendiarios de gasolina con los que los rusos no acababan de simpatizar. Tan poca gracia les había hecho el nuevo ingenio bélico, que los servicios de radio del frente enemigo nos conminaban a cesar en el empleo de tales, proyectiles si no queríamos vernos gaseados. (Cosa que no podían hacer, por la sencilla razón de que tampoco ellos contaban con suficiente protección antigás). Era, por tanto, comprensible que Radio Moscú jalease muy ufana la trascendencia del documento apresado. A nosotros, en cambio, nos preguntaba el alto mando <cómo era posible> que un secreto tan delicado hubiese ido a caer en manos del enemigo. Ahora bien; el documento no les había sido apresado a nuestras fuerzas combatientes, como se comprenderá, sino a una columna de bagajes al sernos ocupada la carretera de aprovisionamiento; percance que fácilmente puede repetirse con cualquier cuerpo panzer que se encuentre muy alejado del grueso del ejército. Por eso contestamos relatando fielmente lo sucedido, con la observación de que en lo sucesivo, para no dar lugar a censuras como aquella, cuidaríamos mucho de no alejarnos de la línea del frente los 100 kilómetros que entonces nos habíamos adelantado.

Ya el 19 de julio nos comunicaba el mando de tanques la disposición tomada, de que el LVI Cuerpo Panzer avanzase hasta ahora por Luga a Leningrado, para lo que ponían a nuestras órdenes a la 269ª División de Infantería, situada en la carretera de Luga. Nuestra propuesta de reunir de una vez todos los efectivos del Grupo Panzer, y precisamente en la zona este de Narva- puesto que la dirección de avance por Luga nos parecía poco indicada por sus extensos bosques, mientras que de narva partían cuatro carreteras utilizables hasta Leningrado-, tampoco tuvo aceptación. Además, se nos encomendaba como primera terea marchar todavía con el I Cuerpo de Ejército en dirección este contra el sector Mschaga, ya antes alcanzado. De lo que cabía inferir que el

alto mando seguía en sus trece de poner por obra el plan de una ambiciosa maniobra de rodeo, incluso por el este del lago de Ilmen. En consecuencia, nos lanzamos, por de pronto, con el I Cuerpo de Ejército contra el enemigo, al que hicimos retroceder más allá del Mschaga.

El 26 de julio me visitaba el jefe del Cuartel General del OKH, general Paulus, a quien informé de los combates en que habíamos estado empeñados, del considerable desgaste del cuerpo de tanques en un terreno poco adecuado para la actuación de las tropas blindadas y de los inconvenientes del fraccionamiento del Grupo, que en sus tres divisiones rápidas había tenido no menos de 6.000 bajas. Se había exigido demasiado, así de las tropas como del mismo material, a pesar de que la 8ª División Panzer hubiera conseguido, en pocos días de descanso, reponer sus existencias de carros útiles, haciéndolos pasar de 80 a 150.

Le expuse a paulus sin rodeos mi parecer de que debíamos sacar todo el Grupo Panzer de aquel sector impracticable para una progresión rápida y lanzarlo en dirección a Moscú. Alegaba yo que, aun si se empeñasen en la idea de Leningrado y de una vasta amaniobra hacia el este por Tschudovo, valdría más que la llevasen a efecto con fuerzas de infantería, reservando los tanques para la a efecto con fuerzas de infantería, reservando los tanques para la acometida final contra la ciudad después de haber salvado las zonas boscosas. En otro caso, llegarían las divisiones rápidas muy agotadas a Leningrado. No le oculté que la operación habría de costar bastante tiempo de todos modos. Por lo que, si queríamos posesionarnos pronto de la costa y de Leningrado, por fuerza habría que ir a la agrupación de todos los tanques en el norte, en el sector al este de Narva, para el asalto directo a Leningrado. A lo que el general Paulus asintió en un todo.

El resultado, sin embargo, fue por el momento muy distinto. Al paso que el decimosexto ejército, juntamente con el primero y con otro cuerpo de ejército que ahora se les acercaba, se encargaban del frente del Mschaga a occidente del lago de Ilmen, el LVI Cuerpo Panzer habría de avanzar por Luga sobre Leningrado, llevando consigo para ello la 3ª División Motorizada, la 269ª de Infantería y la nuevamente incorporada División de policía de las SS.

Con esto llevábamos el fraccionamiento de las fuerzas rápidas blindadas a su culminación. Al paso que la División SS Totenkopf continuaba encuadrada en el Decimosexto Ejército junto al lago de Ilmen, quedaba retenida por el mando del Grupo Panzer la 8ª División Panzer, como reserva y dedicada en primer lugar a lim-

piar de <partisanos> la retaguardia, cuando no sólo no reunía condiciones para ello, sino que más bien resultaba contraproducente su actuación. Ahora, en Luga, el cuerpo disponía de una división rápida, la 3ª Motorizada, mientras que el XLI Cuerpo Panzer había de combatir al este de Narva con sus tres divisiones rápidas. Nos encontrábamos, pues, con que las fuerzas de tanques creadas por el coronel general Guderian para actuar según el principio de <actuar a un tiempo y no por entregas>, eran aplicadas justamente en contra de aquella norma. Y cuantos intentos hicimos para mantener unidas las tres divisiones del Cuerpo, cualquiera que fuese la dirección en que hubiesen de emplear el 56, quedaron en tiempo perdido. Por otra parte, bien demostrado tiene la experiencia que con potencia insuficiente rara vez consigue el mando mantener el orden en la articulación de los servicios bélicos y evitar la disgregación de los conjuntos.

Describir los combates en torno a Luga sería demasiado entretenido para nuestro intento. Sólo diré que fueron muy empeñados, porque, en un sector en donde poco antes contaba el enemigo con fuerzas seguramente reducidas, había reunido ahora todo un cuerpo de tres divisiones, reforzado con abundante artillería y tanques. Para colmo de males, se daba también la circunstancia de que la comarca de Luga era uno de los campos de maniobras rusos, conocido, por tanto, palmo a palmo de sus fuerzas y concienzudamente fortificado durante el tiempo de que para ello habían dispuesto.

Necesitamos hasta el 10 de agosto para iniciar el ataque, que en los días subsiguientes fue haciendo progresos, aunque a costa de duros combates y de no pequeñas pérdidas. Uno de ellas fue la del comandante de la división de Policía de las SS, el bravo general Mülerstedt. Singularmente onerosos nos resultaban ante todo los frecuentes contraataques de los tanques enemigos, por cuanto el cuerpo carecía ahora de estas fuerzas. Gozábamos, en cambio, de la ventaja de una excelente sección de observación artillera, que en aquellos combates realizó una labor admirable, muy superior a la correspondiente del enemigo. Gracias a sus servicios de observación y rectificación de tiro, conseguimos desmontar a gran parte de las piezas gruesas enemigas o forzarlas a buscar nuevos emplazamientos más alejados por lo menos. Contra lo que nada pudo la sección de observación fue contra el creció número de obuses pesados enemigos que últimamente nos hostigaban.

Usando todavía seguían su curso estos combates, recibió el mando general órdenes nuevas, según las cuales el cuerpo del nor-

te había de ser agrupado con el XLI Panzer para atacar Leningrado bien entendido que solamente el comando general con la 3ª División Motorizada, puesto que la 8ª Panzer y la Totenkopf de las SS habían de continuar en su actual destino.

El 15 de agosto hacíamos entrega del mando en Luga al comandante en jefe del L Cuerpo de Ejército, general Lindemann, a quien conocíamos desde la primera guerra, y seguíamos hacia el norte. El camino hasta nuestro nuevo puesto de mando de combate, junto al lago Samro, cuarenta kilómetros al sur de Narva, era tan malo que necesitamos ocho horas para recorrer doscientos kilómetros. Apenas habíamos llegado al anochecer a Samro, cuando ya estaba llamándonos el mando del Grupo Panzer para darnos la orden de que detuviésemos inmediatamente a la 3ª División Motorizada, que nos seguía, y a la madrugada misma del siguiente día nos pusiésemos en camino hacia el sur y nos presentásemos en el Cuartel General del Decimosexto Ejército en Dno. Pasábamos, por lo visto, con la 3ª división Motorizada y la SS Totenkopf, que se nos incorporaría del lago de Ilmen, a depender del decimosexto ejército. La verdad es que estas continuas rectificaciones no nos dejaban muy buen sabor de boca. Por eso no me cansaré de admirar al jefe de nuestro cuartel general, el comandante Kleinschmidt, que recibió la noticia de que tenía que imprimir a todo su dispositivo de aprovisionamiento un giro de 180 grados, como si se tratase de la futesa de añadir un camión más al convoy.

Y heme aquí el 16 de agosto desandando el mismo abominable camino de la víspera y siguiendo hasta Dno. Ahora era ya 260 kilómetros, en cuyo recorrido invertí trece horas. Menos mal que la 3ª División Motorizado no había avanzado mucho hacia el norte y aún llegó la contraorden a tiempo de ahorrarle mayores fatigas. ¡Cualquiera sabe lo que nuestros soldaditos pensaron de este tejer y destejer!

El secreto, después de todo, estaba en que el total de nuestras fuerzas era insuficiente y en que el sector comprendido entre Leningrado, Pskov y el lago de Ilmen, de lo más inadecuado para el empleo de tropas acorazadas.

En el mando del Decimosexto Ejército fuimos a encontrarnos con lo siguiente: el X Cuerpo de Ejército, que en el ala derecha del 16 combatía al sur del lago de Ilmen, había sido acometido y rechazado por fuerzas enemigas superiores (por el 38º Ejército soviético, con 8 divisiones y algunos grupos de caballería), y se encontraba en apurada situación defensiva al sur del lago, con frente hacia el

sur. Y, visto que el enemigo perseguía envolverlo por Occidente, el LVI Cuerpo Panzer debería acudir a toda prisa en socorro de él.

Para nuestro cuerpo todo estaba en que consiguiésemos llevar sus dos divisiones rápidas al este de Dno contra el flanco occidental descubierto del enemigo con el mayor sigilo posible, de suerte que no pudiese prevenirse, para lograr así coger por el flanco o por detrás al frente de sus fuerzas, que hacia el norte atacaba a nuestro X Cuerpo de Ejército. La misión era verdaderamente tentadora, y tampoco era pequeño el aliciente de ver el entusiasmo con que la División Totenkopf de las SS celebraba el hallarse de nuevo a nuestra órdenes. Lo que, por desgracia, se nos frustó fue nuestro intento de que nos asignasen también la 8ª División Panzer para tan interesante acción.

Hasta el 18 de agosto conseguimos llevar a cabo la bien disimulada concentración de las dos divisiones sobre el flanco occidental dl enemigo y apostarlas en impecable camuflaje, y el 19 por la mañana nos lanzábamos por sorpresa sobre los rusos. Tal como estaba planeado, conseguimos, en efecto, envolver el frente enemigo por su flanco e infligir una aplastante derrota al 28º Ejército soviético en el curso ulterior de la lucha, en colaboración con nuestro X Cuerpo de Ejército, que ahora también pasaba al contraataque. El 22 de agosto alcanzábamos el Lovat al sudeste de Staraja Russa, pese a que el terreno arenoso casi intransitable obligaba a la infantería de ambas divisiones motorizadas a caminar a pie. En poder solamente del cuerpo quedaron aquellos días ametralladoras, automóviles y vehículos de toda suerte. Por cierto que entre el botín figuraban dos presas muy interesante. Una batería antiaérea de 88 mm. ¡de fabricación alemana, y tan flamante que databa de… 1941!, y el primer cañón múltiple soviético que caía en manos alemanas. Como me interesaba mucho poner esta pieza a buen recaudo, sufrí una gran decepción cuando me dijeron que no podíamos transportarla a retaguardia porque le habían retirado los neumáticos. ¿Quién podría haber sido el autor de la factoría? Pues… nada menos que mi segundo ayudante, el comandante Niemann, que los había encontrado que ni de encargo para nuestro camión de órdenes. Cuando tuvo que volver a montarlos en la pieza artillera, no podía disimular su consternación.

Durante un corto descanso junto al Lovat, indispensable para que cobrasen aliento aquellas tropas de las que pronto íbamos a reclamar los mayores esfuerzos, otra vez volvieron a pensar, por lo

visto, en retirar el LVI Cuerpo de tanques y encomendarle nueva tarea. Pero por fin se reanudó el avance del decimosexto Ejército en el sur del lago de Ilmen hacia el este. Luego, a fines de agosto, comenzó el período de lluvias de aquel verano, que poco a poco fue dejando los caminos tan reblandecidos e intransitables, que ambas divisiones motorizadas quedaban a veces completamente atolladas. Al mismo tiempo, el enemigo había acudido con nuevas fuerzas, pues en lugar del 38º Ejército derrotado surgía ahora ante el frente de nuestro Decimosexto Ejército, de Cholm a Ilmen, tres nuevos ejércitos soviéticos, el 27º, el 34º y el 11º, con los que entablamos combates que renuncio a detallar aquí. El LVI Cuerpo Panzer consiguió forzar el paso sobre el Pola y llegar hasta las mismas inmediaciones de Demjansk. Pero, aun prescindiendo del mayor endurecimiento de la resistencia enemiga, resultaba una calamidad para tropas y material aquella jadeante marcha por terrenos y caminos inconsistentes. Yo mismo me pasaba el día acudiendo a las distintas divisiones de mi mando, y hasta mi potente jeep hubo de ser desatascado más de una vez de aquellas carreteras 8llamémoslas así) con el auxilio de un tractor. Recuerdo que una vez me disponía, anochecido ya, a cruzar el Pola por un puente que acabábamos de tomar y cuya entrada daban por limpia de minas nuestros servicios, cuando de pronto detonó una bajo la parte delantera del vehículo. La rueda anterior derecha saltó por los aires y fue a parar cien metros más allá y el parabrisas quedó hecho añicos, al paso que la radio seguía funcionando imperturbable, y ninguno de los ocupantes del vehículo sufría el menor daño. Ocupaba yo en aquella ocasión el asiento delantero de la derecha del conductor, como si dijéramos encima de la rueda arrancada, de modo que bien pude considerarme indemne de milagro.

En nuestro campamento de tiendas la vida iba haciéndose por momentos más incómoda a causa de la humedad y el frío, pero no había manera de dar por allí con alojamiento mejor para el Estado mayor y habíamos de conformarnos con acudir a calentarnos a una sauna, que ni siquiera allí faltaba en un pequeño caserío, bien que no pasase de sauna rudimentaria.

También a nosotros acabó por llegar en aquellas semanas algún indicio de la divergencia de objetivos entre Hitler (Leningrado) y el Alto Mando del Ejército (Moscú). Me participó, en efecto, el comandante en jefe del Decimosexto Ejército, coronel general Busch, que se proponía llevar su ejército hacia el este hasta la cordillera de Valdai, para poder avanzar luego en dirección Kalinin-

Moscú. En cambio, el mando del Grupo de Ejércitos Norte parecía sustentar otra opinión, sobre todo por el temor que le inspiraba el flanco oriental del ejército, que en tal caso quedaría descubiertos. Mientras por un lado teníamos que, a principios de septiembre, el LVII Cuerpo Panzer, dependiente del Grupo de Ejércitos Centro, había tomado parte en nuestros combates atacando desde el sur, recibíamos el 12 de dicho mes una orden por la que propio habríamos de pasar con la 3º División Motorizada al Grupo de Ejércitos Centro, situado más al sur. En resumidas cuentas que ni aún como comandante en jefe podía uno sacar algo en limpio de semejante galimatías. Únicamente se me ocurría suponer que todo ello fuese efecto del desacuerdo y regateo que indudablemente existía entre Hitler y el OHK acerca de os objetivos perseguibles: Moscú o Leningrado.

Menos mal que los combates sostenidos en aquellas semanas por el Decimosexto Ejércitos, con participaron del LVI Cuerpo Panzer, habían sido fructíferos, pues ya el 16 de septiembre podía el Alto Mando de la Wehrmacht dr la noticia de que fuertes contingentes del 11º, el 27º y el 34º Ejércitos soviéticos habían sido derrotados. De los partes resultaban nueve divisiones enemigas aniquiladas y otras nueve casi destrozadas.

Y, sin embargo, no reinaba entre nosotros ese espíritu de satisfecha confianza que nunca faltasen las victorias efectivas. No acababa uno de ver claro qué eta operativa íbamos siguiendo ni qué superior finalidad perseguíamos con tales combates. En cambio, resultaba manifiesto que la época de los raudos avances, como nuestro raid sobre Dunaburg, había pasado. Para mí tocaba también a su fin el mando del LVI Cuerpo Panzer.

Llovía el 12 de septiembre a cántaros sobre la tienda en donde me encontraba aquel atardecer con el personal del Estado mayor entreteniendo con los naipes la velada, que el temprano anochecer hacía más larga, hasta la llegada de los partes de la noche. De pronto sonó a mi lado el teléfono, al que me llamaba mi jefe y amigo Busch. La verdad es que tales llamadas a aquellas horas no solían augurar nada bueno, pero entonces tuvo una excepción la regla, puesto que el telegrama del Alto Mando del Ejército que Busch me leyó decía lo siguiente:

El general de infantería Von Manstein se pondrá en camino inmediatamente para presentarse al Grupo de Ejércitos Sur y tomar el mando del Decimoprimer Ejército

Ningún soldado dejará de comprender la alegría y orgullo que hube de experimentar al verme convertido en jefe de un ejército, toda vez que aquel ascenso constituía la culminación de la carrera militar.

A la mañana siguiente muy temprano me despedía- sólo por teléfono, desgraciadamente- de las divisiones de mi mando, y de mi Estado Mayor a continuación, recordando con gratitud el esfuerzo magnífico del cuerpo y de su Estado Mayor durante los meses de brillante campaña que atrás dejábamos, en los que habíamos llegado a una plena compenetración, a formar un todo homogéneo.

Sin negar la satisfacción que mi promoción a un mando de superior importancia y responsabilidad me procuraba, sentía sobre ella como un hálito de melancolía, al considerar que los mejores tiempos de mi vida de soldado acababan de írseme de la mano. Aquellos tres meses de tan íntima convivencia con las tropas, compartiendo sus penurias y ansiedades, pero también la ufanía de las victorias y sacando en todo momento energías nuevas del optimismo, camaradería y espíritu de sacrificio que por todas partes hallaba; todo aquello iba a estarme casi vedado en adelante por exigencias de la superior responsabilidad, que inexorablemente habrían de alejarme más del contacto directo con las tropas. Raro sería que pudiese pasar nunca ya por una emoción semejante a la del primer fulgurante raid del LVI Cuerpo en los días iniciales de la campaña, que colmaba las mayores ambiciones de los jefes de blindados.

Por eso me fue tan penosa la despedida del cuerpo y de su Estado Mayor, especialmente de su competente jefe, el coronel barón Von Elverfeldt, consejero siempre ecuánime, inteligente y leal. Como también sentí vivamente tener que decir adiós a mi enérgico y sagaz primer oficial de la Sección A, comandante detleffsen; al primer oficial de la C, Guido von Kessel, al incansable jefe de Servicios, comandante Kleinschmidt, y, por, último al segundo oficial de la Sección A, comandante Von der Marcitz, que aun sin llevar más que unas semanas con nosotros, me era especialmente caro como antiguo compañero de las escuelas de guerra de Engers y de Pomerania. Sólo pude llevarme conmigo a mi ayudante Specht y a mis dos conductores Nagel y Schumann al presentarme, el 13 de septiembre por la mañana, al general Busch. ¡Ninguno de los tres habría de vivir la derrota!

5

LA CAMPAÑA DE CRIMEA

Carácter especial de la campaña de Crimea.- Toma de posesión del mando.- El Estado mayor del Desimoprimer Ejército.- El nuevo <patrón>.- Los rumanos.- El nuevo escenario de la guerra.- La situación al hacerme cargo del mando.- la doble tarea asignada al ejército: ¿Crimea o Rostov?.- Askania Nova.- Batalla en dos frentes.- irrupción por el istmo de Perekop y batalla en el mar de Azov.- Forzamiento de los pasos de Ischum.- Conquista de Crimea.- el primer ataque a Sebastopol.- Ofensiva de Stalin.- los soviéticos desembarcan en Kerch y Feodosia.- El caso trágico del conde Sponeck.- Desembarco en Eupatoria.- Guerra de <partisanos>.- la suerte del ejército, pendiente de un cabello.- Contraataque en Feodosia.- Batallas defensivas en el istmo de Parpatsch.- la expulsión de los soviéticos de la península de Kerch.- <trapeen-Jayd>, una victoria aniquiladora.- la conquista de la fortaleza de Sebastopol.- Vacaciones en Siebenbürgen.

Si me pongo aquí a tratar de describir los combates del Decimoprimer Ejército y de los compañeros de lucha rumanos en Crimea, más bien lo hago en homenaje de mis caídos camaradas de las fuerzas que la conquistaron; aunque también me mueve a ello el deseo de poner ante los supervivientes de aquellas jornadas un cuadro completo o de conjunto de lo allí acaecido, que entonces sólo fraccionariamente pudieron conocer.

En combates sin respiro, casi siempre contra un enemigo superior en número, llevaron a cabo una proeza titánica por aquellos días de 1941 y 1942, lanzándose al asalto y a la persecución con ímpetu incomparable y manteniendo estoicamente sus posiciones en situaciones desesperadas. Quizá no supieran explicarse muchas veces por qué había de encomendarles el mando del ejército tareas

que parecían imposibles, ni por qué tenían que pasar de un combate a otro, de un frente a otro frente, sin tregua ni descanso. ¡Y, sin embargo, no vacilaron un instante ni perdieron la confianza en el mando, como tampoco éste dudó un momento de que podía fiarse de sus tropas!

No tendría más remedio que desbordar los límites de esta obra si pretendiese referir todos los combates de la campaña o relatar cada una de las proezas que individual o colectivamente llevaron a cabo los combatientes de Crimea. Además de que, teniendo que fiarme de la memoria, por carecer de los correspondientes datos, incurriría en injusticia al consignar los que recuerdo y omitir otros no menos meritorios. Por lo que habré de limitarme a referir a grandes rasgos el curso de las operaciones; que ni aun así dejará de parecer bien manifiesto que el factor fundamental fue siempre la capacidad y voluntariedad de nuestras tropas, ellas fueron las que decidieron los asaltos, las que permitieron al mando <pisarle el cuello a la derrota> y conseguir que la campaña acabase por la clásica batalla de aniquilamiento en la península de kerch y por la expugnación de la fortaleza naval de Sebastopol.

Considero, además, que la campaña del Decimoprimer Ejército en Crimea no limita su interés al círculo estrecho de los que en ella intervinimos, sino que merece la atención de más vastas esferas. Es, en efecto, uno de los pocos casos en que todavía pudo un ejército operar con autonomía en un escenario aparte, reducidas las fuerzas a sus propios medios, pero también exentas de intromisiones del mando supremo. Es, por último, una campaña que, en el limitado espacio de diez meses, acumula incesantes luchas, batallas ofensivas y defensivas, iniciativa de mando en guerra de movimientos, una briosa persecución, operaciones de desembarco de un adversario que dominaba las aguas, luchas de <partisanos> y el asalto y expugnación de una fortaleza que bien merecía el nombre de tal.

Por otra parte, no dejará de acrecentar el interés de la campaña de Crimea el hecho de que sirviera de escenario una península del mar Negro en la que todavía quedan huellas de los griegos, de los godos, de los genoveses y de los tártaros. Ya en otra ocasión (la guerra de Crimea de 1854 a 1856) había sido objeto de la atención universal y eje del devenir histórico, de suerte que los nombres de ciudades como Alma, Balaclava, Inkerman y Malakoff resurgen aquí con doble resonancia histórica. Lo que ya no admite comparación es la situación operativa de aquella lejana guerra de Crimea con ésta que todavía siento palpitante en mi memoria. Entonces

las potencias occidentales atacantes dominaban el mar y podían beneficiarse de todas las ventajas que tal señorío reporta; mientras que en la campaña de 1941-42 el dominio del mar Negro estaba en manos de los rusos. El Decimoprimer Ejército no solamente tenía que conquistar Crimea y Sebastopol, sino que había de hacer frente al mismo tiempo a las enormes posibilidades que el dominio de las aguas procuraba a los soviéticos.

La situación al tomar posesión del mando del Decimoprimer Ejército.

El 17 de septiembre de 1941 llegaba yo a la comandancia del Decimoprimer Ejército, en la base naval rusa de Nokolajev, en la desembocadura del Bug, y me posesionaba del mando. días antes había tenido lugar en Nikolajev el sepelio de mi predecesor, el coronel general Ritter von Schobert, que en una de sus diarias visitas al frente había aterrizado con su <cigüeña> en un sector minado por los rusos y hallado así la muerte, juntamente con su piloto. En él perdía el Ejército alemán un oficial de inteligencia no vulgar y uno de sus más expertos combatientes, que había sabido ganarse el corazón de sus soldados.

El Estado Mayor de aquel ejército, cuya Sección de Operaciones había de integrar el mando del grupo de ejércitos del Don o, lo que es lo mismo, del sur, constituía una combinación impecable, cuya colaboración durante dos años y medio de guerra ha dejado en mí un imborrable recuerdo de gratitud. Porque no sólo se trata de una larga colaboración, sino que correspondió a un período tan arduo que a cada paso nos veíamos ante situaciones nuevas y por momentos más difíciles. Por eso tampoco corrió nuestro mando el riesgo, tan frecuente en los altos cargos militares en frentes tranquilos o con guerra de posiciones, de caer en la rutina. Al mismo tiempo, la necesaria concurrencia de todos a solucionar problemas siempre nuevos y apremiantes, no hacía más que reforzar la mutua confianza, al paso que ésta redundaba en pro de la labor autónoma y de la iniciativa individual.

Y puesto que no me es posible ya recodar nominalmente a todos mis colaboradores de aquellos años, vayan solamente los nombres de mis más íntimos consejeros en entrañable representación de todos ellos. Así, el de mi jefe de estado Mayor, coronel Wöhler que en las críticas semanas de la campaña de Crimea me fue de ina-

preciable valor por su imperturbable serenidad. Y en primer lugar después de él, el de mi primer oficial de la Sección A, futuro general Busse, que de dicho cargo en mi Estado Mayor ascendió a jefe del Grupo de Ejércitos Sur, continuando de esta suerte constantemente a mi lado hasta el término de mi mando. no solamente tuve en el durante aquellos años difíciles un valiosísimo consejero, en cuyo juicio siempre podía poner confianza, cuya capacidad de trabajo parecía no agotarse y que jamás perdía los nervios en las situaciones más delicadas, sino que fue mi más leal y constante amigo. Postergando, todos sus planes y dando de lado a todas sus esperanzas profesionales, me sacrificó todo un año después de la guerra para asistirme en la defensa de mi proceso. Quisiera mencionar, por último, a nuestro jefe de Servicios, futuro general hauck, que con su celo y diligencia me relevó de la no pequeña preocupación del arduo aprovisionamiento del ejército, y que también me demostró su lealtad después de la guerra.

Pero no por cordial que luego fuera nuestra colaboración- primero como Estado Mayor del Ejército y luego del Grupo de Ejércitos del Don o del Sur- y las relaciones entre nosotros, dejó de inspirar algún recelo entre el personal la noticia del nombramiento del nuevo jefe. Y es que el general Ritter von Schobert, mi predecesor, había sido uno de esos dechados de campechanía bávara, de trato fácil, en los que hasta una brusquedad parece que hace gracia y fomenta la confianza, mientras que a mí seguramente me había precedido la reputación de una cierta frialdad y reserva <prusianas>. De esto no había de enterarme hasta mucho más tarde, pues fue un cómico incidente de mi proceso celebrado en Hamburgo lo que me lo puso de manifiesto. Durante el rodaje de aquellas escenas de una <deliciosa venganza> sucedió que de pronto descubrió el fiscal en el Diario de Guerra del Cuartel general del Decimoprimer Ejército, por él aducido como prueba, un pasaje tachado. ¡Qué hallazgo, Dios mía! Porque allí, mal disimulado por las tachaduras, sólo podía esconderse algo muy gordo que sirviese de cargo contra mí. Allí mismo en estrados se procedió en el acto y con el mayor cuidado a levantar la tachadura bajo la cual se agazapaba el secreto terrible. ¿Qué monstruosidad no iría a salir a luz? Por lo que a mí toca, ignoraba por completo la existencia de la tachadura, a pesar de que, como comandante en jefe, había tenido que firmar el documento. Lo había suscrito en cumplimiento de una obligación reglamentaria, pero sin leer nunca tal diario, por falta de tiempo y porque la responsabilidad de su lectura incumbía al jefe del Estado

Mayo. Luego que el texto original quedó al descubierto, el acusador se lo leyó al tribunal, no sin manifiesta sorpresa y creciente embarazo. Decía, poco más o menos, el pasaje:

Un nuevo jefe va a llegar. Es un poco <estirado> y quisquilloso; pero se le puede hablar con franqueza.

Los del tribunal se miraron algo desconcertados, para acabar sonriendo complacidos. Se veía que el cargo abrumador que el fiscal había querido presentar no suponía ninguna cosa del otro jueves, y aún es probable que los mismos jueces hubiesen padecido también sus correspondientes jefes <estirados> y quisquillosos. Consecuencia de este incidente fue que en la sala se explicase el porqué de la tachadura, que tenía este sencillo origen: Poco antes de mi llagada, el jefe del Estado Mayor, Wöhler, había reunido al personal y le había hablado de la situación y tocado de paso la cuestión del nuevo comandante. El oficial encargado de llevar el Diario de Guerra, había consignado en él las manifestaciones de su jefe; pero cuando éste lo repasó para presentármelo a la firma, había hecho tachar discretamente la peligrosa semblanza. Por donde se ve cómo a veces la casualidad nos pone inesperadamente ante la desnuda realidad de lo que somos para la opinión ajena. Sin embargo, como antes digo, nuestras relaciones fueron luego muy buenas, y cuando en 1944 resigné el mando, muchos de mis colaboradores abandonaron también el Estado Mayor.

La novedad de la situación en que me ponía la toma de posesión del mando dl ejército no se reducía a la mayor amplitud que suponía mandar un ejército en lugar de un cuerpo, pues que en Nikolajev fui a enterarme de que no sólo mandaría al Decimoprimer Ejército, sino también el Tercero rumano, incorporado a él.

No eran, por cierto, nada sencillas las condiciones de la relación de mandos en aquella parte del sector oriental del teatro de la guerra, en donde las razones políticas más bien acrecentaban las dificultades normales.

El mando supremo de las fuerzas aliadas rumanas, que comprendían el Tercer y Cuarto Ejércitos y el decimoprimer Ejército alemán le había sido atribuido al Jefe del Estado rumano, mariscal Antonescu, el cual, a su vez, se hallaba en dependencia operativa del grupo de Ejércitos Sur, mandado por el mariscal Von

Rundstedt correspondía en esta combinación al mando del Decimoprimer Ejército el papel de enlace, por así decirlo, entre el mariscal rumano y el Cuartel General el Grupo de Ejércitos, así como la función de aconsejar el primero en el aspecto operativo.

Por otra parte, se daba ya el caso, a mi llegada, de que Antonescu había dispuesto del Cuarto Ejército rumano, destinándolo al ataque a Odessa. En cambio, al Decimoprimer Ejército, que recibía sus instrucciones inmediatamente del Grupo de Ejércitos Sur, se le había asignado, para proseguir el avance hacia el este, el restante Tercer Ejército rumano.

Si ya de por sí no suele ser apetecible para un mando de ejército la ampliación de su jurisdicción sobre otro ejército autónomo, imagínese lo arduo que había de resultar el cometido al tratarse de un ejército aliado. Pero no es esto todo, porque, además de las diferencias de organización, formación y disciplina inevitables entre fuerzas aliadas, teníamos en nuestro caso el inconveniente de un considerables desnivel en el valor combativo de uno y otro ejércitos. Circunstancia que de cuando en cuando hacía ineludible una intervención en la esfera de ejecución de órdenes del aliado más cominera que en la del propio ejército, y siempre nociva para las buenas relaciones entre ambos.

Si, a pesar de estas dificultades, nuestra colaboración con los mandos y tropas rumanos transcurrió sin grandes fricciones, tengo que agradecérselo, sobre todo, a la lealtad del comandante del Tercer Ejército rumano, general Dumitrescu y futuro coronel general. También he de reconocer a los enlaces alemanes que en todos los estados mayores, hasta de división y brigada, tenían que contribuir notablemente con todo su tacto y energía, según la situación lo requiriese, a mantener la cohesión.

Pero, ante todo, es al Jefe del Estado rumano, mariscal Antonescu, a quien se debió fundamentalmente la estrecha colaboración germano-rumana. Cualquiera que sea el juicio que de el forme la Historia la Historia bajo su aspecto político, el mariscal Antonescu ha sido un patriota sincero, un buen soldado y seguramente nuestro más leal aliado. Un soldado que, desde el momento en que unió la suerte de su pueblo a la del Reich, hasta el de su propia caída, hizo cuanto en su mano estaba para que la causa alemana se beneficiase lo más posible del potencial combatiente y de producción bélica rumano. Si luego no siempre consiguió su objeto en la medida exigible, más bien hemos de achacarlo a las condiciones internas de su Estado y de su régimen. En todo caso, él supo mantenerse en

Todo momento adicto a sus aliados, y por mi parte no puedo recordar sin gratitud su buena disposición.

En cuanto al Ejército rumano, tengo que reconocer que adolecía de importantes lunares. Con ser el soldado rumano- en su mayoría de origen campesino- sobrio, resistente y valeroso, el bajo nivel de su cultura lo tornaba generalmente inepto para la instrucción que pudiera peocurarle cierto grado de iniciativa en la lucha. Por no hablar ya dee la posibilidad de habilitarle para mandos subalternos. Luego ocurría que en el sector de aquellas fuerzas en que la base cultural hubiera consentido una amplia selección, como era el caso de la minoría rumano-germana, el resentimiento de los rumanos representaba un obstáculo insuperable para los ascensos de los alemanes. Además de que viejas tradiciones del Ejército rumano, como la de azotar a los soldados, no hacían más que humillarles y rebajar su moral, dando lugar a que casi todos los de ascendencia alemana tratasen por todos los medios de pasarse a nuestras fuerzas- cosa que estaba prohibida- o a las SS cuando veían que no podían aspirar a enrolarse en las regulares.

Una gran desventaja en lo referente a la cohesión íntima de las tropas la constituía la carencia de un cuerpo de suboficiales por el estilo del nuestro que nosotros mismos olvidamos, por desgracia, cuánto le debe el propio Ejército a nuestra excelente clase de suboficiales.

Era asimismo de consecuencias funestas la circunstancia de que una parte considerable de la oficialidad en sus categoría media y superior no se hallase a la altura de la exigencias de la guerra moderna y careciese de la compenetración entre mandos y tropa que entre nosotros se estimaba indispensable. Así, por ejemplo, la despreocupación o desdén de la oficialidad por sus soldados delataba una carencia total de formación <prusiana>.

No digamos ya de la instrucción de combate, a todas luces insuficiente por falta de experiencia bélica y causa fundamental de un desproporcionado número de bajas, indudablemente nocivo para la moral de las tropas.

La estrategia, bajo el influjo de la escuela francesa desde 1918, seguía estanca en las normas de la normas de la Primera Guerra Mundial, y el armamento era en parte anticuado y en parte insuficiente, especialmente tocante a la defensa antitanque, con la consecuencia de que apenas pudiésemos contar con una seria resistencia en caso de ataques de los blindados soviéticos. Se esta deficiencia pudo o

no ser más ampliamente subsanada por el Reich, es cosa que prefiero pasar por alto.

Finalmente, resta por mencionar todavía una hipoteca que gravaba considerablemente el empleo de tropas rumanas en la guerra en el Este: el desmedido respeto con qué entre ellas se miraba al <hombre ruso> y el consiguiente riesgo de pánicos colectivos en situaciones críticas. Circunstancia que en una guerra contra Rusia habrá de tenerse en cuenta cuando se trate de combatientes del sudeste europeo, más o menos intimidados todos ante el hombres ruso, pero especialmente peligrosa entre búlgaros y serbios, cuya inseguridad frente al ruso se acentúa todavía por la conciencia del parentesco eslavo.

Pero tampoco podemos omitir, en nuestra estimación del valor combativo del soldado rumano en aquella campaña, la consideración de la influencia de las reivindicaciones nacionales. Rumania había alcanzado entonces, en efecto, la recuperación de la Besarabia, poco antes arrebatada a su dominio. Sólo por ella había tomado las armas contra Rusia, y lo que de añadidura le había concedido o más bien endosado Hitler entre el Dniester y el Bug desbordaba ya las apetencias rumanas; de suerte que la idea de tener que corresponder al obsequio avanzado ahora profundamente en los temidos dominios rusos despertaba poco entusiasmo en una gran parte del pueblo rumano.

Sin embargo, con todas las desventajas e inconvenientes que dejo enumerado, las tropas rumanas cumplieron con su deber en cuanto les fue posible. Sobre todo, siempre se sometieron de buen grado a la dirección alemana, sin pararse como otros aliados en indebidos puntillos de amor propio. Claro que yo sospecho que buena parte de esta benévola comprensión y allanamiento nos venía de la ecuanimidad y realismo ejemplares del mariscal Antonescu, más atento a las auténticas necesidades militares que a los espejismos de la propaganda política.

La opinión, en suma, de mis consejeros acerca del Ejército rumano de nosotros dependiente era la de que, después de una acción en la que hubiese sufrido grandes pérdidas, no debería asignársele ninguna función ofensiva, y aún la defensiva, siempre que se le hubiera <entreverado> de nervadura alemana.

Tal vez no resulte ocioso relatar aquí algunos episodios de mi trato con los camaradas rumanos, por cuanto a veces tiene mayor elocuencia descriptiva un detalle aparentemente leve que una larga exposición sistemática. En febrero de 1942, en ocasión en que visi-

taba la 4ª División de Montaña rumana, que al mando de su jefe, general Monoliu, combatía a los partisanos en las montañas de Jaila, pasé a los locales del Estado Mayor después de haber inspeccionado a una sección de las tropas. Y lo primero que Monoliu hizo fue mostrarme en un gran mapa, muy persuadido del efecto, el largo camino que su división había hecho de Rumania a Crimea, como dándome a entender que ya iba siendo tiempo de poner término a la odisea. Por lo que sospecho que mi observación de: <Pues es verdad, ya no le falta más que otro tanto para llegar al Cáucaso> le hizo muy poca gracia. Luego, en nuestra visita a los diferentes barracones del campamento, observé que a la llegada nunca faltaba el toque de cornetín, en señal de respeto al visitante seguramente y de prevención a las tropas para que supiesen que se acercaba <un pez gordo>. Conseguí, sin embargo, sorprender a mi avisado guía y acercarme en uno de los alojamientos a la cocina de campaña a probar el rancho de la tropa. Ocurrencia sin precedentes en los anales de las visitas del altos jefes y bastante explicable su omisión por la medianeja calidad del condumio. Seguidamente hube de pasar a comer con el mando, y allí sí que la cosa estaba francamente bien, ya que entre los rumanos la igualdad de trato alimenticio para mandos y tropa parecería peligrosa utopía. El almuerzo fue realmente espléndido, si bien proporcional también a la categoría de los oficiales, pues que los inferiores habían de conformarse con un plato menos y el mismo vino ganaba en virtudes a medida que nos acercábamos al jefe de la división. Pues bien; por más que de nosotros dependía en su mayor parte el aprovisionamiento de las fuerzas rumanas, apenas pudimos conseguir influir nada en una más equitativa distribución de alimentos. La oficialidad se encastillaba en la excusa de que el soldado rumano, de procedencia campesina en su mayoría, tenía el hábito de la comida simple y no había de sorprenderse de que los oficiales se adjudicasen trato preferente. Resaltaba la diferencia más aún en los artículos de vivandero, sobre todo en tabacos y chocolates, que nosotros distribuíamos por tarjeta de racionamiento. Como los oficiales alegaban que sus tropas no dispondrían de medios para adquirirlos aunque se pusiesen a su disposición, acababan tales artículos por acumularse en casi totalidad en las mesas de los mandos. Incluso una gestión que realicé con el mariscal Antonescu para remediar la injusticia dejó las cosas como estaban, y como yo insistiese, me contestó diciendo que, según sus informes, todo marchaba satisfactoriamente y no había por qué ocuparse de ello.

El sector del frente dependiente de mi mando constituía el extremo del ala sur del frente oriental, y comprendía fundamentalmente la región esteparia de Nogai entre el Bug inferior, el mar Negro y, el de Azov y el recodo del Dnieper al sur de Seporoshje, así como la Crimea. Como, no existía un contacto inmediato con el grueso del Grupo de Ejércitos Sur que avanzaba al norte del Dnieper, nuestra libertad operativa en el Decimoprimer Ejército era, naturalmente, mayor. Por una ironía del destino resultaba que de las zonas boscosas del norte de Rusia, tan inadecuadas para operar con mis tanques, llegaba ahora a unas vastas estepas sin casi ningún obstáculo, aunque también sin protección, ideales para los tanques… de que no disponía en el Decimoprimer Ejército.

Únicamente en verano los lechos secos de los riachuelos corrían en hondos surcos de laderas cortadas a pico, denominados balkas. No por eso carecía de un singular encanto la monotonía de la estepa en la que parece apoderarse de uno un anhelo impreciso de lejanías, de inmensidad. Horas enteras podía correr el coche por aquellas llanuras- muchas veces sin más orientación que la brújula- sin encontrar una colina, ni un habitáculo, ni un ser humano. Sólo el horizonte simulaba interponer un espejismo de relieve entre nosotros y el Paraíso acaso; pero aquel relieve se iba alejando siempre y lo único que en verdad rompía un poco la monotonía eran los postes de la línea de telégrafos anglo-iraniana que Siemens había plantado allí. A la puesta del sol, en cambio, la estepa se encendía en una verdadera orgía de colores. En la parte oriental de la de Nogai, en torno a Melitopol y al nordeste de dicha localidad, ya salían a nuestro paso bellos pueblos con nombres alemanes, como karlsruhe, Helenental, etc., rodeados de rica huerta, y casa levantadas con sólidos muros de piedra pregonaban pasados tiempos de bienestar. Sus habitantes habían conservado la lengua alemana en toda su pureza, pero casi todos eran ancianos, mujeres y niños, porque los hombres válidos habían sido secuestrados por los soviéticos.

La misión que al ejército le había sido encomendada por el mando supremo tenía que llevarla éste a cabo en dos direcciones divergentes.

Por un lado, había de continuar, avanzando en el ala derecha del Grupo de Ejércitos Sur, la persecución hacia el este del enemigo en retirada. Para lo que debería llevar la masa de sus fuerzas a lo largo de la costa norte del mar de Azov, siguiendo la dirección de Rostov.

Mas, por otro, tenía también que tomar Crimea, y esto sin pér-

dida de tiempo, toda vez que de la conquista de la península y de su base naval de Sebastopol se esperaba una favorable repercusión en la actitud de Turquía, y, sobre todo, porque las grandes bases aéreas enemigas de Crimea representaban una amenaza para la zona petrolífera rumana, vital para nosotros. Una vez que hubiésemos tomado Crimea, el Cuerpo de Montaña sería trasladado por el estrecho de Kerch al Cáucaso, sin duda para ampliar una ofensiva y llevarla más allá de Rostov.

Como bien se echa de ver, los objetivos del mando supremo alemán para la campaña de 1941 no eran nada modestos. Pero pronto comprobaríamos que la doble tarea asignada al Decimoprimer Ejército pecaba de fantástica.

El Decimoprimer Ejército había conseguido forzar a principio de diciembre el paso de Dnieper por Berislawl; señalada proeza en la que se había distinguido singularmente la 22ª División de Infantería de la baja Sajonia, tomando sobre sí lo más arduo de la operación. Sólo que con esta acción habíamos llegado al punto en que la doble misión del ejército tenía que escindir en dos flechas divergentes la dirección general de su avance.

Al hacerme cargo del mando, la situación que encontré era la siguiente: el XXX Cuerpo de Ejército, mandado por el general Von Salmuth e integrado por la 22ª y la 72ª Divisiones de Infantería y la Leibstandarte, y el IL Cuerpo de Montaña, al mando del general Kübler; integrado por la 170ª División de Infantería y la 1ª y la 4ª de Montaña, habían continuado en dirección este la persecución del enemigo derrotado en el Dnieper y se aproximaban a la línea melitopol- recodo del Dnieper, al sur de saporoshje.

El LIV Cuerpo de Ejército mandado por el general Hansen, con la 46ª y la 73ª Divisiones de Infantería, había girado hacia el istmo de Perekop, buscando la entrada de Crimea. La 50ª División de Infantería, que acudía de Grecia, se hallaba en la parte encuadrada en el Cuarto Ejército rumano a las puertas de Odessa, y en parte limpiando de restos enemigos la costa del Mar Negro.

El Tercer Ejército rumano, con el Cuerpo de Montaña de esta nación (1ª, 2ª y 3ª Brigadas de Montaña) y el Cuerpo de Caballería rumano (5ª, 6ª y 8ª Brigadas de Caballería), se encontraba todavía al oeste del Dnieper, y se disponía a tomar allí un descanso. Es de suponer que al deseo de descansar se sumase también el de dar tiempo al tiempo, a ver si así eludían tener que cruzar el Dnieper hacia el este, después que ya les habían puesto en el trance de pasar el Bug y desbordar así la línea estricta de los intereses rumanos.

La doble tarea ante la que ahora se veía el Decimoprimer Ejército, consistente en perseguir al enemigo a oriente hasta Rostov y conquistar Crimea para avanzar seguidamente por Kerch sobre el cómo- dar cuenta de ambas simultánea o sucesivamente. De suerte que una cuestión que una cuestión que en rigor completa al mando supremo se le endosaba así al del ejército actuante.

Que las dos acciones no podrían ser llevadas a cabo con las unidades disponibles, era cosa que saltaba a la vista.

Porque para tomar Crimea habría que contar con fuerzas mucho más considerables que las del LIV Cuerpo de Ejército, en principio asignado al paso de Perekop. Verdad es que de los ejércitos enemigos no se sabía que hubiesen podido escurriese del Dnieper al istmo de Perekop más que tres divisiones. Pero lo que ignorábamos era el volumen de fuerzas de que el adversario disponía en Crimea y sobre todo en Sebastopol. Y pronto habríamos de comprobar que en el istmo contaba con seis divisiones en vez de las tres calculadas, y que todavía traería allí al ejército soviético que antes defendía Odessa.

Si tenemos en cuenta la configuración del terreno, ya las tres divisiones hubieran bastado para impedir, en defensa tenaz, el acceso a Crimea del LIV Cuerpo de Ejército a través del istmo, o por lo menos, para desgastar terriblemente sus fuerzas en la pugna por la lengua de tierra.

Crimea está separada del continente por el llamado <faule Meer> (Mar pútrido) o Siwasch, especie de marisma o pantanos salitrosos, intransitable en general para la infantería e impracticable también para las lanchas de asalto por su pequeño calado. Sólo existen dos pasos firmes de acceso a Crimea: el istmo de Perekop por el oeste y el Genitschesk occidental por el este. Esta última lengua es tan estrecha por algunas partes que sólo permite una calzada y un ferrocarril, ambos con largos puentes además. De suerte que habría que descontarla para un ataque.

El istmo de Perekop, único apto para nuestro intento, tampoco excede de 7 kilómetros de ancho; por lo que el ataque habría de efectuarse en posición netamente frontal y por terrenos totalmente descubiertos y flanqueados por el mar a ambos lados, o sea, sin la menor posibilidad de maniobra envolvente. Además, el paso estaba militarmente preparado para una firme defensa, cruzado en toda su anchura incluso por un gigantesco foso de hasta 15 metros de profundidad que data de tiempos antiguos y es conocido por el <foso tártaro>.

Forzado el istmo de Perekop, aún tendríamos más al sur el de Ischun, en el cual el sector de penetración quedaba reducido en algunos sitios a sólo tres kilómetros exentos de lodanos.

Dada la configuración orográfica de la zona de ataque y la superioridad aérea del enemigo, teníamos que contar con una lucha sumamente costosa en los estrechos. Porque aun dando por seguro que lográsemos abrirnos paso por Perekop, sería dudoso que al cuerpo de restasen fuerzas suficientes para la segunda lucha de forzar el istmo de Ischun, cuanto menos para la conquista y ocupación de toda Crimea incluidos los fuertes de Sebastopol, sin otros efectivos que los de 2 o 36 divisiones.

En consecuencia, si queríamos asegurarnos la toma rápida de la península, no quedaba otra salida que la de retirar muchas más fuerzas de los grupos de persecución que avanzaban hacia el este. En cuyo caso, aun bastarían las restantes para proseguir el avance en tanto el enemigo se batiese en retirada, pero no para una operación de tan amplio aliento como la de Rostov, hasta donde no cabía suponer que el adversario siguiese sin hacer frente en alguna nueva posición o sin recibir considerables refuerzos.

Si, en cambio, se estimase decisivo el avance sobre Rostov, entonces habría que renunciar por el momento a Crimea. Mas en este supuesto surgía al punto la cuestión de si luego podríamos disponer nunca de fuerzas suficientes para lanzarnos contra la península, que en manos de un enemigo que dominaba también el mar, representaba un gran peligro en el flanco profundo del frente oriental alemán. Y nada digamos ya de la amenaza permanente que como base aérea suponía para la zona petrolífera rumana.

La tercera solución, de avanzar en amplia operación simultánea de dos cuerpos sobre Rostov y a la conquista de Crimea, solamente podía tener por resultado la frustración de ambos intentos.

Así pesados los pros y los contras de las tres hipótesis, el mando del ejército se resolvió por la primacía de Crimea, y cuidó especialmente de no lanzarse a la empresa con fuerzas escasas. Ante todo, dispuso que al LIV Cuerpo de Ejército, que habría de correr con el arduo ataque de forzar el paso de los istmos, se le facilitase toda la artillería disponible, todos los servicios de Ingenieros y todos los antiaéreos. Además, la 50ª División de Infantería, todavía rezagada, habría de ser traída luego por el cuerpo para forzar la segunda lengua entre las marismas de Ischun. Para ello consideró el mando como más indicado el Cuerpo de Montaña alemán con sus dos divisiones, que ya por su parte había destinado el mando supremo a

pasar más tarde por Kerch al Cáucaso, pues más llamado parecía a actuar en la conquista de la parte montañosa del sur de la península que no en la estepa. Asimismo se dispuso que, luego de haber forzado el paso de los istmos, fuerzas motorizadas tratasen de apoderarse, en un rápido avance de sorpresa, del fuerte de Sebastopol, para lo que tuvimos dispuesto la Leibstandarte detrás del LIV Cuerpo de Ejército atacante.

Claro está que esta disposición de fuerzas por parte del mando suponía un gran debilitamiento del frente oriental del ejército, para subsanar el cual únicamente se contaba con fracciones de la 22ª División de Infantería de defensa costera del norte deCrimea y con el obstructivos de los rumanos, conseguí, en personal conferencia con el general Dumitrescu que aquel ejército cruzase rápidamente el Dineper y se incorporase a suplir las fuerzas propias retiradas.

-No se le ocultaba al mando del ejército el grave riesgo que corría a consecuencia de estas medidas en el caso de que al enemigo en retirada en el frente oriental se le ocurriese hacer alto y tratar de recobrar la iniciativa. Pero este riesgo había que correrlo si queríamos evitar emprender la conquista de Crimea con fuerzas insuficientes.

Batallas de dos frentes

Expugnación del istmo de Perekop y batalla en el Mar de Azov

Mientras que los preparativos para el ataque del LIV Cuerpo de Ejército al istmo de Perekop se prolongaban por dificultades de transporte hasta el 24 de septiembre y se llevaba a cabo la reagrupación de fuerzas ya mencionado, ya el 21 del mes se produjo una modificación en la situación del ejército en el Frente Oriental. En efecto; el enemigo se había acogido a una posición ya preparada de antemano en la línea Melitópol- recodo del Dnieper y nos había hecho frente al sur de Saporoshje, forzándonos a suspender el avance persecutorio. Sin embargo, el mismo tiempo que disponía que, para reducir en lo posible el riesgo consiguiente a la reducción, se intercalasen con las unidades del Tercer Ejército rumano algunas de las alemanas restantes. De esta suerte el Cuerpo de caballería rumano del sector sur de aquel frente pasó al XXX Cuerpo de Ejército alemán, mientras que al Tercer Ejército rumano del sector norte se le reforzaba su

Cuerpo de montaña <inyectándole> la 170ª División de Infantería alemana.

El 24 de septiembre pudo, por fin, el LIV Cuerpo de Ejército lanzarse al ataque en el istmo de Perekop. Pese a la fuerte protección artillera, las divisiones atacantes, que eran la 46ª y la 73ª de Infantería contaban con unas condiciones sumamente desfavorables en aquellos saladares esteparios sin protección alguna contra el tiro, abrasados por el sol y sin una gota de agua potable. Además de que el enemigo había convertido el istmo de una espesa red de trincheras y fortines en una profundidad de 15 kilómetros, en la que se luchaba encarnizadamente por cada trinchera, cada pozo y cada reducto.

Con todo, a fuerza de coraje y después de haber rechazado duros contraataques del enemigo, el 26 de septiembre consiguió el cuerpo tomar Perekop y salvar el trincherón de los tártaros. Luego, en tres días más de lucha consiguió ir quebrantando la resistencia enemiga en la profundidad restante de la zona de defensa y salir finalmente a campo libre, después de haber expugnado la plaza fuerte de Armjansk. El derrotado adversario se retiró por los estrechos de Ischun dejando en poder nuestro más de 10.000 prisioneros, 112 tanques y 135 cañones, sin contar el número de muertos y heridos, que había sido extraordinario.

Con todo, aún no pudimos recoger el fruto de nuestra difícil victoria, lanzándonos seguidamente al ataque de la Crimea propiamente dicha, porque el enemigo entretanto, a pesar de sus importantes pérdidas, había aumentado hasta 6 el número de divisiones que se enfrentaban a nuestro cuerpo de ejército. Con lo que el intento de forzar los pasos de Ischun mediante un inmediato asalto habría excedido con mucho la capacidad de nuestras tropas, habida cuenta de la proporción de fuerzas y el número de bajas que las nuestras inevitablemente sufrirían. Porque se daba la circunstancias de que el enemigo había sabido salir eficazmente al pasó de las intenciones del mando de tener en aquel crítico instante fuerzas de refresco disponibles- el Cuerpo de Montaña y la Leibstandarte- para aplicarlas y proseguir la operación. Se ve que, receloso de que los alemanes proyectásemos tomar Crimea sin darle respiro, había reforzado él con nuevos contingentes su frente entre el Mar de Azov y el Dnieper.

Nos encontramos, pues, con que el 26 de septiembre atacaba el frente oriental, de nuestro ejército con dos suyos de refresco, el Decimoctavo y el Noveno, con un total de 12 divisiones nuevamente

Incorporadas o repuestas en sus efectivos. En el primer asalto al XXX Cuerpo de Ejército no había conseguido la menor victoria, aun cuando la situación llegó a hacerse bastante crítica. En cambio, en el sector del Tercer Ejército rumano logró arrollar a la 4ª Brigada de Montaña y abrir en el frente una brecha de 15 kilómetros de anchura, apoderándose del grueso de la artillería de la brigada en cuestión y dejando a esta fuerza virtualmente fuera de combate por agotamiento. Las otras dos brigadas de montaña rumanas habían tenido asimismo un gran número de bajas en la acción.

Tan delicada llegó a ser la situación, que nos vimos forzados a disponer el inmediato retorno del Cuerpo de Montaña alemán que ya se acercaba al istmo de perekop, para poder restablecer la situación en el sector del Tercer ejército rumano. Simultáneamente se veía el mando alemán despojado del recurso a su única agrupación rápida, la Leibstandarte, en virtud de orden del mando supremo por la que se disponía que aquella unidad- que pronto iba a quedar incorporada al Primer Grupo Panzer- quedase reservada para el avance sobre Rostov. Tuvo, en consecuencia, que desistir el mando del ejército de aplicar la leibstandarte a explotar la victoria inicial en el istmo y hubo de mandarla, como la otras fuerzas antes citadas, al frente oriental.

La Sección de Operaciones del mando del ejército había trasladado ya el 21 de septiembre el puesto de mando a Askania Nova, en la estepa de Nogai, a fin de que pudiésemos situarnos más cerca de los dos frentes del ejército.

Askania Nova, posesión otrora de la familia alemana Falz-Fein y haciendo modelo muy renombrada antes en toda Rusia, había pasado a ser uno de tantos kolkoses o explotaciones comunales. Todos sus pabellones aparecían desmantelados por las tropas rusas, que en su retirada habían destruido también la maquinaria y aperos y regado con gasolinas e incendiado luego los enormes montones de trigo y los almiares de la trilla. Semanas enteras fueron carbonizándose en lenta combustión aquellas piras inextinguibles.

Le venía su nombre de Askania Noma de que un duque de Anhalt había obtenido allí una gran concesión territorial, que más tarde había cedido a la familia Falz-Fein y su parque zoológico había sido famoso no sólo en toda Rusia sino más allá de sus fronteras. Surgía en medio de la estepa el vasto parque esmaltado de estanques y arroyos, en los que podían verse cientos de aves acuáticas de todas clases, desde los patos roji-blanqui-negros hasta las garzas reales y los flamencos. Puede decirse que era aquello en la desola-

ción de la estepa un pequeño trasunto del Paraíso, que ni siquiera los bolcheviques habían volado. Se prolongaba en una dehesa de muchos kilómetros cuadrados de estepa, en la que pasaba toda suerte de animales salvajes. Pululaban allí los venados, los gamos, los antílopes, las cebras, los musmones, los bisontes, los yacks, los ggnus, los camellos de soomnes movimientos y muchas otras especies pastando en libre y segura confianza. Sólo algunos animales dañinos podían verse en jaulas portátiles expuestos a la contemplación, de suerte que no eran obstáculo al libre tránsito de quienes deseasen ofrecerse el placer único de deambular por la dehesa y contemplar a su sabor tantas clases de animales raros en libertad. Asimismo parece que había habido allí un criadero de serpientes y que al retirarse los soviéticos habían tomado la precaución de dejarlas en libertad, por más que nuestros esfuerzos por dar con el paradero de las venenosas no consiguiesen resultado alguno positivo. La casualidad se encargaría luego de probarnos que andaban sueltas. En efecto, el jefe de Estado Mayor, coronel Wöhler, había tenido la precaución de hacer cavar en las inmediaciones del pabellón de oficinas del mando una trinchera que nos brindase protección horizontal contra la metralla, y un día que hubo alarma aérea ordenó a su sección la salida para el refugio. Todos emprendieron el camino de la trinchera por orden de categoría según es norma entre militares, y cuando ya asomaban por el horizonte los primeros aviones en vuelo rasante y todos los oficiales seguían ordenadamente el jefe por los peldaños de bajada, sucedió que de pronto se quedó el coronel Wöhler inmóvil en el peldaño inferior como petrificado. Como la situación apremiaba, el primer oficial de la sección Drogó desde arriba: <Por favor,,señor coronel, continúe, que todavía estamos los demás al descubiertos>. A lo que Wöhler repuso colérico pero sin moverse: <¡Qué continuar ni qué ocho cuartos, si tengo delante unas serpiente!> Y, en efecto, allí estaba, en el fondo de la trinchera, como todos pudieron ver, una serpiente muy poco acogedora, erecta en su mitad anterior, asestando contra ellos el dardo temible de su cabeza en un vaivén de tanteo que nada bueno auguraba y acentuando la amenaza con un sordo silbido continuo.

Entre la serpiente y los aviones, nadie vaciló en preferir las balas, que por fortuna tampoco les alcanzaron. Ni que decir tiene que el incidente cómico-dramático constituyó el tema de conversación a la hora de la cena. Unos proponían que en lo sucesivo nuestro general de ingenieros habría de tener a su cargo, además de la tarea de rastrear las minas, la de escudriñar el paradero de

las serpientes y librarnos de sus asechanzas, mientras que otros opinaban que era necesario que informásemos al Alto Mando del Ejército de la existencia de aquella nueva arma secreta del enemigo, por lo visto estrictamente reservada para combatir a los estados mayores. Por cierto que éstos ya parecían ser entonces objeto predilecto de las minas retardadas, puesto que en Kiev los miembros de un estado mayor alemán habían sido víctimas de ellas y en Odessa había pasado algo parecido con los rumanos; lo que nos obligaba a inspeccionar cuidadosamente los locales abandonados antes de pasar a ocuparlos.

No dejó de procurarnos algunos amenos incidentes de granja zoológica. Así, por ejemplo, un día en que nuestro jefe de la sección A se encontraba abstraído sobre los mapas en su mesa de trabajo y una hembra de ciervo doméstico se extravío por las dependencias de la planta baja hasta llegar a la del coronel Busse, en donde se puso a contemplar con sus mansos ojos los mapas y planos de las paredes. Acaso agraviada por la desatención del coronel, que no había alzado los suyos del trabajo, le dio por vía de presentación una topada en los riñones. Cuando éste se volvió para mirar al impertinente que se permitía tan confianzudo palmetazo, se encontró con los ojos melancólicos de la cierva y no tuvo más remedio que perdonarle el arresto y limitarse a acompañarla cariñosamente hasta la puerta. Cuando abandonamos Askania Nova, Busse se llevó consigo dos contornas, que desde entonces revoloteaban siempre alegremente por el despacho de las sección A, bien que sin llegar a molestar tanto como la plaga de moscas que padecíamos. Éstas, en su predilección por el color rojo, no dejaban en paz un momento la zona que en nuestros mapas ocupaba el enemigo y nosotros distinguíamos con aquel color. Con el alentador resultado de que en los planos de situación acababan siempre por acorralar al enemigo a fuerza de puntear de negro su zona, cuando la realidad era que en el campo de batalla sucedía, ¡desgraciadamente!, lo contrario.

Otra menuda anécdota reveladora del ambiente nuestras relaciones dentro del Estado Mayor la relata como sigue uno de los oficiales del estado Mayor general: <Los jóvenes del Estado Mayor vivíamos bajo la rígida tutela del jefe de la sección A, coronel Busse de la Primera>. Naturalmente, por muy serio que se pusiese y por más que apretase las clavijas, con el humor moceril no había quien pudiese, ni siquiera el coronel Busse. Así sucedió que una

noche organizaciones entre nosotros una fiesta del vodka en el mismo cuarto de trabajo de la sección; que por la noche nos servía siempre de dormitorio de los cinco, acomodados como podíamos en camas de campaña y sobre el mismo tablero de planos. Después de medianoche, cuando habíamos cursado ya todas las órdenes y transmitido los partes últimos, la función alcanzó su punto de incandescencia con un desfile por el pasillo de la escuela en donde estaban nuestras oficinas y la habitación del coronel jefe. Era un desfile en camisón de dormir y de uno en fondo, con notables diferencias entre la actuación de la infantería y de la caballería, mandadas y criticadas a voz en grito. De pronto, nos quedamos todos como estatuas de sal viendo cómo la puerta se abría lentamente y en su marco surgía la figura del general Von Manstein. Nos miró de arriba abajo con sus ojos fríos y en torno confidencial observó cortés: <¿ No podrían hacerlo ustedes un poquito más bajo, señores? ¡Acabarán por despertar al general y a Busse!> Y se retiró, cerrando la puerta.

En vista de lo crítica que la situación iba haciéndose en el frente del ejército, acordamos trasladar nuestro puesto de mando con un reducido Estado Mayor a las mismas proximidades de la zona amenazada, cosa que hicimos el 29 de septiembre. La medida suele estar indicada cuando las cosas toman mal cariz; porque por lo menos impide que los Estados Mayores subalternos replieguen prematuramente sus puestos de mando y desmoralicen con ello a las tropas. En nuestro caso la hacía casi indispensable la propensión manifiesta de muchos de los Estados Mayores rumanos a curarse en salud, retirando sus puestos en cuanto venteaban tormenta.

Aquel mismo día el Cuerpo de Montaña alemán y la Leibstandarte caían sobre el flanco sur del enemigo que había penetrado por el sector del Tercer Ejército rumano, pero que no había sabido explotar a fondo su éxito inicial. Mientras allí se conseguía restablecer la situación, en la ala norte del XXX Cuerpo de Ejército apuntaba una nueva crisis. Una brigada de caballería rumana empezaba a ceder terreno de modo tan alarmante, que tuve que intervenir personalmente y en el acto con toda energía para contener la retirada. También tuvimos que volcar nuestra Leibstandarte para contrapesar el empuje enemigo y evitar una ruptura.

Por más tensa que la situación en el frente oriental resultase en virtud de los referidos acontecimientos, no dejaba de presentar su

lado bueno, al brindarnos acaso una oportunidad magnífica. Se había aferrado, en efecto, el enemigo a su empeño de desbaratar con obstinados ataques frontales de sus dos ejércitos nuestro intento de forzar el paso hacía Crimea y era muy probable que careciese ya de reservas para cubrir su flanco norte contra las embestidas que el Primer Grupo Panzer del general Von Kleist podía desencadenar desde los pasos de Saporoshje y Dniepropetrovsk sobre el Dnieper. Solicitada por mí días antes del Grupo de Ejércitos Sur una colaboración en tal sentido, se daba ahora, el 1 de octubre, la orden correspondiente. Mientras que el Decimoprimer Ejército iba manteniendo a raya al enemigo insistente en sus ataques, empezó a dejarse sentir la presión que desde el norte hacía sobre él el Grupo Panzer y los rusos comenzaron a flojear. Aquel mismo 1 de octubre ya podía ordenarles al XXX Cuerpo de Ejército y al Tercer Ejército ruano que pasasen a la ofensiva, y en su caso, a la persecución. Durante los días inmediatos conseguimos, con la colaboración del Primer Grupo Panzer, cercar al grueso de los ejércitos enemigos en el sector Bol-Tomak-Mariuol-Berdiansk y aniquilarlos sin darles respiro. En nuestro poder quedaron 65.600 prisioneros, 125 tanques y 500 cañones.

La conquista de Crimea

Con la terminación de la <Batalla del Mar de Azov>, sobrevino en el ala sur del frente oriental una nueva combinación de fuerzas. Seguramente se había percatado el mando supremo alemán de que no podía un ejército operar al mismo tiempo en avance sobre Rostov y en asalto y conquista de la península de Crimea.

Ahora se le encomendaba la marcha sobre Rostov al Primer Grupo de Panzer, al cual cedía el Decimoprimer Ejército el II. Cuerpo de Montaña y la Leibstandarte.

Al Decimoprimer Ejército se le asignaba como misión única la conquista de Crimea con los dos Cuerpos que le restaban (el XXX Cuerpo de Ejército, con la 22ª, la 72ª y la 170ª Divisiones de Infantería y el LIV Cuerpo de Ejército, con la 46ª, la 73ª y la 50ª Divisiones de Infantería, aunque de esta última un tercio todavía se hallaba en Odessa).

El Tercer Ejército rumano, que nuevamente pasaba a depender del mariscal Antonescu, se encargaría tan sólo de la defensa de las costas del Mar Negro y del de Azov. Sin embargo, acudiendo

directamente al mariscal obtuve su asentimiento para que el mando del Cuerpo de Montaña rumano con una brigada de montaña y otra de caballería viniese a Crimea a hacerse cargo de la defensa de la costa oriental.

Mas lo bueno es que en cuanto la tarea del Decimoprimer Ejército quedó reducida a un solo objetivo- la conquista de Crimea-, fue cuando el mando supremo hizo más hincapié en que un cuerpo de ella emprendiese cuanto antes el avance por el paso de Kerch en dirección al Kuban.

El desprecio del valor combativo de las fuerzas enemigas, que de esta orden de Hitler trascendía, obligó al mando del ejército a puntualizar que semejante operación habría de tener como condición previa la completa solución de la situación de Crimea, por la que era de esperar que el enemigo luchase hasta el último cartucho y que antes renunciase a Odessa que a Sebastopol.

Realmente, en tanto los soviéticos que dominaban el mar tuviesen todavía un pie en Crimea, no cabía pensar siquiera en un avance por Kerch al Kuban de una parte del Decimoprimer Ejército, integrado solamente por dos cuerpos. En todo caso, su mando aprovechó la ocasión para solicitar el refuerzo de otro mando general con tres divisiones. Y seguramente gracias al impaciente deseo de Hitler a que me refiero, a la semana siguiente se incorporaba el Cuartel del XLII con la 132ª y la 24ª Divisiones de Infantería. Refuerzo que, como luego iba a verse, era indispensable para la sola misión de apoderarnos de la península, atendido el empeño de los soviéticos en mantenerse en Crimea o reconquistarla.

La lucha por los pasos de Ischum

Lo primero de todo era reanudar la lucha por el acceso a Crimea y por los pasos de Ischum. Un ataque como cualquier otro, podrían pensar quienes conociesen la mera enunciación del objetivo. Pero lo cierto es que una obstinada pugna de diez días como aquella lo fue, se alza muy por encima de las proporciones de una acción corriente de ataque y constituye un luminoso ejemplo de la acometividad y del fervor patriótico del soldado alemán.

Fue aquella una acción en la que casi no se dio ninguna de las condiciones que presupone el ataque a una posición fortificada.

En primer lugar, la superioridad numérica estaba de parte del defensor soviético, no del atacante alemán. Muy pronto, en efecto,

tenía enfrente 6 divisiones del Decimoprimer Ejército, ocho divisiones de fusileros soviéticos y cuatro de caballería. El 16 de febrero los soviéticos habían evacuado el fuerte de Odessa, hasta entonces asediado sin éxito por el Cuarto Ejército rumano, y el bien la Luftwaffe alemana dio por hundidas 32.000 toneladas, el grueso del convoy de Odessa alcanzó los puertos de Sebastopol y de la costa occidental de Crimea, y las primeras divisiones de aquel ejército tampoco tardaron en dejarse sentir en el frente de batalla apenas iniciada la ofensiva.

Verdad es que la artillería alemana aventajaba bastante a la enemiga y que desde el primer momento apoyó eficazmente el ataque de nuestra infantería. Pero también por el lado enemigo estaba la artillería blindada de osta, que desde la del noroeste de Crimea y desde la orilla del sur de Siwasch nos atacaba, sin que al principio pudiese la nuestra contrarrestarla por su superior alcance; y estaban los tanques soviéticos para contraatacar en número crecido, mientras que el Decimoprimer Ejército no contaba con ninguno.

Y aún era lo peor para el mando la carencia de toda posibilidad de aliviar la dureza del ataque mediante movimientos tácticos de las tropas. Dado el estado de cosas, no cabía pensar siquiera en sorprender al enemigo, que esperaba el ataque en posiciones concienzudamente fortificadas. Tal como ya había sucedido en Perekop, ocurría también ahora que el mar por un lado y el Siwasch por otro cerraban el paso a cualquier intento de envolver al enemigo e incluso de castigarlo con fuego de flanqueo. Sólo nos restaba la posibilidad de avanzar simultáneamente en línea frontal por las tres estrechas fajas en que las lagunas en ella existentes cortaban la lengua de tierra.

La anchura de aquellas tres fajas sólo consentía de momento la intervención de tres Divisiones (la 73ª, la 46ª y la 22ª) del LIV Cuerpo, ya que el XXX Cuerpo de Ejército no podía terciar hasta que hubiésemos despejado una zona un poco más amplia en la salida de los pasos hacia el sur.

Téngase, además, en cuenta que el herbazal de la estepa salina y totalmente llama no brindaba allí la menor protección y que ¡el aire estaba dominado por la aviación soviética! Uno tras de otro, se lanzaban los cazas y los aviones de combate soviéticos sobre cualquier asomo de blanco que en la superficie descollase un poco. De suerte que no solamente la infantería y las baterías de primera lí-

nea tenían que atrincherarse, sino que también habíamos de abrir pozos a retaguardia de la zona de lucha propiamente dicha para procurarles a vehículos a caballerías alguna protección contra la aviación enemiga. A tal punto llegó este dominio adversario del aire, que las propias baterías antiaéreas habían de mantenerse en silencio si no querían verse desmontadas al punto. Sólo cuando apareció el Grupo de Caza Mölders con sus escuadrillas de caza, pudimos ver el cielo despejado durante el día en la últimas jornadas, si bien por las noches continuaban los soviéticos atacándonos desde el aire impunemente.

En tales condiciones de lucha contra un enemigo que nos disputaba sañudamente cada pie de terreno, erainevitable que hubiésemos de exigirles mucho a nuestras tropas y que las bajas resultasen elevadas. Por aquellos días no me concedí yo reposo alguno, sino que constantemente andaba de un lado para otro, tratando de comprobar por mí mismo la marcha de la operación en sus detalles y de cerciorarme sobre el terreno de las necesidades de las tropas y de las posibilidades de acudir a ellas.

Con inquietud advertía cómo la fuerza combativa de s nuestros decrecía y no sin razón después de haber tenido que forzar el paso de Perekop y librar la batalla del Mar de Azov, que tantas bajas nos habían infligido. Momento hubo en que no podíamos por menos de plantearnos la cuestión de si podríamos llevar a buen término aquella lucha por los istmos, o bien, si una vez expugnados éstos nos restarían aún energías suficientes para acabar con la enconada resistencia enemiga y recoger, con la plena ocupación de Crimea, el fruto de la victoria.

El 25 de octubre parecía, en efecto, que la resistencia de nuestras tropas tocaba a su fin. El comandante de una de las mejores divisiones ya me había comunicado por dos veces que sus regimientos no podían más. Había llegado, por tanto, la hora que en combates como aquellos deja de presentarse pocas veces, en la que la suerte de la batalla parece pendiente de un cabello; la hora en que ya sólo se trata de sacar o no el último aliento y decidir si ha de ser la incisiva voluntad del atacante o la tenaz obstinación del defensor la que se imponga.

La lucha íntima en torno a la resolución de exigir hasta lo último de las tropas, a riesgo tal vez de que el sacrificio demandado resalte inútil, es un combate que sólo se libra en el fuero interno del jefe; pero que no tendría ningún alcance práctico, si no fuese secundada por la confianza y la decisión de las mismas tropas.

En este caso el mando del Decimoprimer Ejército no estaba dispuesto a malograr la victoria por una debilidad de última hora, después de tanto sacrificio como había tenido que reclamar de sus fuerzas. Y así fue cómo la voluntad, pese a todo tensa todavía, de nuestros soldados acabó por abatir la acérrima resistencia soviética. Tras otro día de duro combatir, el 27 de octubre por fin obteníamos la victoria decisiva, y el 28, al cabo de diez jornadas de incesante pelear, se desmoronaba la resistencia enemiga y el Decimoprimer Ejército podía emprender la persecución.

La persecución

Es fenómeno muy frecuente el que el derrotado aventaje en velocidad al vencedor, como si la esperanza de hallar amparo un poco más atrás pusiese alas en los pies de las fuerzas en retirada. Por el contrario, le sucede al vencedor que en la hora de la victoria le invada una sensación de lasitud por la necesidad de recobrarse de la larga tensión a que estuvo sometido. Además de que quienes se baten en retirada siempre tienen la posibilidad de contener la persecución en determinados puntos predispuestos, a fin de ganar así la delantera salvadora del grueso de sus fuerzas. Tales son las razones de que apenas conozca la Historia unos cuantos casos de seguimiento coronados por la destrucción de la masa de los ejércitos derrotados. Y aun estos casos han presupuesto siempre la condición de poder flanquear al fugitivo y cortar su retirada después de haberle rebasado. Que no había de ser otro el objetivo que aquellos días persiguiese el Decimoprimer Ejército.

Por lo que parecía, el enemigo se retiraba con el <Ejército de costas> llegado de Odessa (5 divisiones de fusileros y 2 de caballería) hacia el sur, a la ciudad de Sinferopol, una vez que su defensa se vio desquiciada. Esta ciudad constituía el punto clave de la única carretera firme que a lo largo de la ladera norte de la montaña de Jaila corría hacia Sebastopol o bien hacia la península de Kerch y que llegaba, trasponiendo la montaña, a los puertos de la costa sur. Otro grupo (el IX Cuerpo de Ejército, con 4 divisiones de fusileros y 2 de caballería) había tomado aparentemente la dirección sudeste, o sea, la de la península de Kerch; mientras que todo indicaba que tres divisiones más se hallaban ya como reserva en las inmediaciones de Sinferopol-Sebastopol.

Todavía le quedaban a este enemigo, derrotado pero numéri-

camente nada desdeñable aún y susceptible de incorporar refuerzos por vía marítima, las posibilidades siguientes:

La de intentar mantenerse en la parte meridional de Crimea para servirse de ella como base naval y aérea y punto de partida de una ulterior operación. A tal objeto, podía tratar de hacer frente en el extremo norte de la montaña de Jaila y emprender allí la defensa del sur de Crimea prevalido de lo abrupto del terreno. Luego procedería a cerrar el acceso a Sebastopol en el Alma y a la península de Kerch en el istmo de Parpatsch.

Pero supongamos que el enemigo se sentía excesivamente débil para tentar esta solución. En tal caso podría tratar de ganar con el grueso de sus fuerzas la fortaleza de Sebastopol y retirarse con algunas de sus unidades a la península de Kerch, para mantener siquiera la posición de Crimea en estos dos puntales extremos.

Nada más natural, por consiguiente, que el interés del Decimoprimer Ejército estuviese justamente en adelantarse a cualquiera de estos intentos del enemigo. Para lo que se hacía indispensable posesionarse cuanto antes de las pocas carreteras firmes que al sur de Crimea corrían de Sinferopol hasta los dos ya citados puntales de la posición de Crimea.

En consonancia con estos supuestos, dispusimos que el mando general 42 con 3 divisiones (la 73, la 46 y la 170) saliese en seguimiento del grupo enemigo que se retiraba en dirección Feodosia, península de Kerch, para adelantársele dentro de lo posible en su llegada al paso de Parpatsch e impedir su embarque en los puertos de Feodosia o de Kerch.

Entretanto el grueso del ejército habría de tratar de anular toda tentativa de los rusos de frente en el extremo norte de la sierra, persiguiéndole tan de cerca como pudiese. Pero lo principal sería impedir que el grueso de las fuerzas enemigas en retirada sobre Sinferopol pudiese acogerse a la protección del fuerte de Sebastopol.

A este fin mandamos a Sinferopol al XXX Cuerpo de Ejército con la 72 y la 22ª Divisiones, en prevención de que el enemigo pudiese afianzarse en aquel lado de los montes y para que, en rápido avance por las estribaciones de Jaila a lo largo de la carretera Sinferopol-Aluschta, pudiese nuestro cuerpo hacerse pronto con el dominio de la carretera costera Aluschta-Sebastopol.

Al LIV Cuerpo de Ejército (50ª División de Infantería y la recién llegada 132ª, además de una improvisada brigada motorizada) se le asignó la dirección de seguimiento Bachtschisseraj-Se

bastopol, con orden de cortarle rápidamente el paso por la carretera Sinferopol-Sebastopol. Además, esperaba el ejército que tal vez iba a serle posible tomar este fuerte por sorpresa.

Le faltaba, por desgracia, la agrupación rápida o de tanques que para ello hubiera necesitado, a fin de lanzarla por delante y aturdir a la defensa con la irrupción inesperada. Con ello se hubiera ahorrado mucha sangre, todo un invierno de dura lucha y el ulterior ataque al fuerte, y el frente oriental habría podido disponer a tiempo de un ejército más para nuevas operaciones. Mas todos los esfuerzos del mando para conseguir que en lugar de la Leibstandarte retirada se nos asignase la 60ª División Motorizada –inmovilizada por cierto en el Primer Ejército Panzer por falta de carburante- se estrellaron contra la terca intransigencia de Hitler, que por entonces no sabía apartar los ojos de Rostov. Y esta falta no podía ser compensada con el único recurso al alcance del mando del ejército, consistente en un regimiento rumano motorizado y unas secciones alemanas de artillería, reconocimiento y antitanque motorizadas, con las que improvisamos una agrupación denominada Brigada Ziegler.

En aquella persecución hicieron gala una vez más de iniciativa y audacia los mandos en todas sus categorías y de entusiasmo y arrojo nuestros ejemplares soldados. Viendo aquellos regimientos al borde casi del agotamiento por las graves pérdidas sufridas y por los esfuerzos sobrehumanos ya rendidos en la campaña lanzarse, sin embargo, con ímpetu incontenible en pos de las seductoras costas del sur de Crimea, uno no podía por menos de recordar a los soldados de la fomosa <armée> que en el año 1796 se desbordaban como un torrente arrollador por el vergel de la campiña italiana que Napoleón les había prometido.

El 16 de noviembre dábamos fin a la persecución y Crimea quedaba por nuestra hasta llegar al sector de la fortaleza de Sebastopol.

El XLII Cuerpo de Ejército se había adelantado con presta resolución al intento enemigo de plantar cara en el paso de Parpatsch y obligarnos a suspender la persecución, y había tomado también el importante puerto de Feodosia antes de que los rusos lograsen sacar por él ningún contingente apreciable. El 15 de noviembre se apoderaba asimismo de Kerch, de donde muy escasas fuerzas enemigas habían logrado salvar el estrecho y pasar a la península de Taman.

Por su parte, el XXX Cuerpo de Ejército había conseguido, en

un raudo avance por Sinferopol- ya ocupado el 1 de noviembre por una sección avanzada de la 72ª División de Infantería- y una audaz penetración por la carretera de Jaila en la costa sur hasta Aluschta, escindir en dos el grueso de las fuerzas enemigas. No sólo quedaba de esta suerte imposibilitado el adversario para erigir un nuevo frente de resistencia en el lado norte de la serranía, sino que todas sus fuerzas que en ella se veían empujadas al este de la carretera sinferopol-Aluschta corrían a su inevitable ruina, privadas como habían quedado del refugio del puerto de Feodosia por el LII Cuerpo de Ejército. Ya no tardó el XXX Cuerpo en apoderarse también de la carretera costera Aluschta-Yalta-Sebastopol, y como florón de aquella soberbia marcha, el 105º Regimiento de Infantería, mandado por el valeroso coronel Múller (fusilado más tarde por los griegos), arrebató a los rusos en un audaz golpe el fuerte de Balaclava. Con ello quedaba bajo nuestro dominio el pequeño puerto que en la guerra de Crimea había servido de base a los ejércitos de las potencias occidentales.

Como avanzaba del ala derecha del ejército iba la Brigada Motorizada de Ziegler, a fin de poder cortarle cuanto antes al enemigo la carretera de retirada a Sebastopol, como en efecto lo hizo al apoderarse a tiempo en ella de los pasos sobre el Alma y el Latscha. Su sección de descubierta de la 22ª División de Infantería, al mando del teniente coronel Von Boddien, avanzó por la montaña hasta alcanzar la costa sur en Yalta, cerrándole así al enemigo todas las vías de retirada a Sebastopol por carretera firme. Únicamente les restaban a las fracciones de fuerzas adversarias aisladas en la zona montañosa al este de la carretera Sinferopol-Altscha las arduas veredas del abrupto sector para poder llegar hasta el fuerte. Hubo que renunciar, sin embargo, a la tentadora idea de que la misma Brigada Ziegler diese un golpe de mano contra Sebastopol, ya que para ello no habrían bastado sus fuerzas, ni aun cuando el enemigo hubiera omitido la precaución de cubrir también la explanada y sus defensas con una fuerte guarnición.

Al LIV Cuerpo de Ejército que seguía inmediatamente a la brigada se le había encomendado la misión de atravesar el Balbek y el Tschornaja y cortar así definitivamente el camino de Sebastopol a las fracciones enemigas que todavía pudiera haber en los montes. Pero en su brioso avance acabó el cuerpo por encontrar una fuerte resistencia en las cercanías de la fortaleza entre Katscha y belbek, así como a su paso a través de las montañas hacia Tschornaja. Dentro del fuerte tenía el enemigo todavía cuatro brigadas

intactas de Marina, que habían de constituir el núcleo del Ejército de Defensa en formación. También la artillería de la plaza entró en acción contra nuestras fuerzas, que no pudieron evitar que por los senderos montañosos se evadiesen hacia Sebastopol contingentes considerables del Ejército de costa allí acorralado, aun cuando no pudiesen llevarse cañones ni vehículos. Estos contingentes fueron luego completados y aprovisionados bien pronto por mar. Por último, con el personal obrero de la gran base naval se formaron inmediatamente batallones, que, armados con las reservas del fuerte, pasaron a engrosar las filas de sus defensores. Con todos estos recursos pudo el enérgico jefe de la guarnición de Sebastopol detener el avance del LIV Cuerpo de Ejército en las avanzadas del reducto. Merced a los transporte por mar llegó a sentirse incluso con arrestos para lanzarse desde la costa septentrional de Sebastopol a un ataque contra el flanco derecho de nuestro cuerpo, eficazmente apoyado en su intento por el fuego de unidades de la flota, poniéndonos en el trance de tener que acudir con el refuerzo de la 22ª División del XXX Cuerpo de Ejército.

En tales condiciones, el mando del ejército no tuvo más remedio que desistir de su propósito de tomar por sorpresa el fuerte de Sebastopol en ataque combinado por el este y el sudeste como remate de la acción persecutoria. Tanto más obligada se hacía la renuncia, cuanto que carecíamos de carretera para servir desde el este las necesidades de la acción ofensiva, pues la única de firme que figuraba en unos planos por nosotros ocupados, no existía en realidad más que iniciada apenas, y se vio que el pequeño tramo inicial iba a morir en un abrupto sector rocoso del bosque.

Menos mal que si el victorioso avance no alcanzó el anhelado remate de la toma del fuerte, tuvo en cambio por resultado el aniquilamiento casi completo del enemigo en campo abierto. Las seis divisiones del Decimoprimer Ejército, por ejemplo, habían dado cuenta de casi dos ejércitos enemigos con un total de 12 divisiones de fusileros y 4 de caballería, y de un conjunto aproximado de 200.000 combatientes había perdido el enemigo en la lucha por la posesión de los istmos y en el curso de la persecución más de 100.000 prisioneros, 700 cañones, 160 tanques y dejado en el campo 25.000 muertos como mínimo. Lo que había podido salvarse trasponiendo los estrechos desde Kerch y acogiéndose a Sebastopol, no pasaba de pequeñas fracciones sin armas pesadas, cuyo valor combativo podría restablecer el enemigo gracias a su dominio del mar, que le permitía acudir con los contingentes necesarios

para completar las unidades y con el material indispensable para su dotación.

Con la conquista de Crimea, excepto la zona del fuerte de Sebastopol, se había creado el Decimoprimer Ejército, por así decirlo, su propio escenario bélico. Ni aun contando con que seguramente nos esperaban allí horas difíciles, en las que necesitaríamos apurar hasta el límite la capacidad de nuestras tropas, dejaba de suponer notable compensación la belleza del paisaje y la relativa dulzura del clima. Cierto que la parte norte de Crimea no pasaba de una desolada estepa salina, en la que solamente ofrecían algún interés las vastas instalaciones de obtención de sal. En grandes embalses represaban las aguas del Siwasch y las dejaban expuestas a la evaporación, para retirar la sal sedimentada, tan escasa en el resto de Rusia. Las aldeas eran pobres en aquel sector, en su mayor parte integradas por míseras chabolas de adobe. Por cierto que se daba el caso curioso de que una de aquellas aldeas fuese íntegramente judía, debido a que los bolcheviques habían relegado allí una colonia de este raza.

La parte central de Crimea era una llanura casi pelada de vegetación arbórea, pero muy fértil, si bien batida en invierno por los cortantes vientos que soplaban de las vastas estepas de la Ucrania oriental. Había allí grandes explotaciones comunales o kolkoses bien atendidos, de los que los soviets se habían llevado en su huída o destruido todas las existencias. Lo primero que con ellas hicimos en cuanto era posible restablecer hasta cierto punto la producción, fue proceder a devolver las tierras en propiedad a sus despojados dueños; por lo que casi todos ellos se ponían de parte nuestra y se veían, en consecuencia, expuestos a las crueles represalias de los <partisanos> amparados en la montaña.

Ocupa la sierra de Jaila la parte sur de Crimea, de la que se eleva bruscamente en el centro hasta alturas de 2.000 metros, para terminar por el sur cortada a pico sobre el Mar negro. Breñosas en gran parte, resultan sus alturas de muy difícil acceso, y ofrecían por lo mismo una guarida ideal para las partidas de guerrilleros. Los valles en que se prolonga por su ladera norte ricos en cultivos frutales, aparecían salpicados de pintorescas aldeas tártaras y en el período de la floración presentaban un cuadro maravilloso, realzado por la abundancia y variedad de flores que en primavera cuajaban los bosques y esmaltaban el paisaje de una policromía como

nunca he podido contemplar en ningún otro sitio. La antigua capital de los kahners tártaros, Bachhtschisseray, graciosamente asentada junto a uno de los riachuelos que de los montes bajaban, todavía conservaba intacto su carácter oriental, y el palacio de los príncipes era una auténtica joya del estilo tártaro. La costa sur de la península, frecuentemente comparada con la Riviera, supera a ésta netamente en belleza, porque las singulares siluetas de sus montañas y los imponentes acantilados en que por un lado se precipitan al mar, hacen de ella uno de los más extraños y bellos paisajes de Europa. En torno a Yalta, en cuyas inmediaciones puede verse Livadia, el antiguo palacio de los zares, hallamos los bosques más soberbios que quepa imaginar. Allí donde la orografía montañosa lo consentía, viñedos y frutales daban testimonio de la fertilidad del terreno, por doquiera favorecido de la vegetación tropical, especialmente en el parque asombroso del imperial palacio de Livadia. Más que un escenario de guerra, parecía aquello un jardín del Edén. ¡Quién había de llegar pocos años después a un acuerdo por el que se les entregaba media Europa a los soviéticos! ¡Quién iba a imaginarse que los jefes de las dos grandes naciones anglosajonas habrían de dejarse burlar allí por un dictador brutal emboscado en una sonrisa bonachona! El esplendor de aquel Paraíso nos embobaba también a nosotros hacernos olvidar la presencia latente de la serpiente.

Porque no era la sola belleza del paisaje lo que allí había de cautivador, sino también las huellas de otras culturas que por momentos no salían al paso. Así teníamos las ciudades portuaria de Eupatoria, Sebastopol y Feodosia de remota fundación helénica, y en la península de Kherson restos de un templo griego, que allí descubrimos después de la conquista de Sebastopol. Venían luego los godos y su reino de las montañas rocosas al este de Sebastopol, del que todavía daban fe los restos de un poderoso castillo, roquero. Por espacio de siglos habían conseguido mantenerse allí, al paso que los genoveses ponían de cuando en cuando y por más cortos períodos pie en los puertos, hasta que Crimea acabó de pasar a poder de los tártaros, que la defendieron contra los rusos, llegando así a la edad moderna. Al punto se sintieron solidarios nuestros los tártaros, agradecidos porque les hubiésemos liberado del yugo bolchevique y respetásemos estrictamente sus usos y costumbres religiosas. Así me lo hizo saber una delegación de ellos al presentarme un día frutas y bellos tejidos manuales para su liberador <Adolf Efendis>.

La prolongación oriental de Crimea en su alongada península de Kerch presentaba, en cambio, un aspecto muy distinto. Se trataba allí de tierras bajas con escasas lomas, que sólo en la costa este junio al estrecho brazo de mar que separa Crimea de Kuban se elevaban hasta constituir notables cabezos pelados. Producía esta península carbón, minerales y petróleo en reducidas proporciones, y en torno a la ciudad porteña de Kerch habían surgido importantes instalaciones industriales. Las montañas que contra el mar la circundaban, contaban con espaciosas cavernas abiertas en la roca viva, en las que los <partisanos>, y más tarde los restos de los derrotados ejércitos de invasión, hallaban refugio seguro.

Mientras que nuestra sección de Servicios se alojaba en la ciudad de sinferopol, ampliamente rusificada a consecuencia de su situación en el extremo norte de los montes de Jaila, la sección de Mando pasaba a Sarabus, población importante al norte de Sinferopol en una escuela de reciente construcción como las que los soviéticos habían levantado en casi todos los pueblos de cierta consideración. Yo me acomodé con el jefe el Estado Mayor y algunos oficiales del mismo en los pabellones de la explotación frutal comunal, en donde cada uno de nosotros disponía de una modesta habitación. El moblaje de la mía consistía en una cama, una mesa, una silla, un taburete, un palanganero y unas perchas. Que si bien habíamos podido traer mejores muebles de Sinferopol, no gustábamos en nuestro Estado Mayor de procurarnos comodidades de que carecía el soldado.

En este austero alojamiento permanecimos hasta agosto de 1942, salvo dos breves períodos en que nuestro puesto de mando de combate estuvo en elfrente de Kerch, para pasar luego a las inmediaciones de Sebastopol. Una situación que, daba nuestra anterior existencia errabunda, no todos hallaban deseable, pues que el relativo afincamiento de un Estado Mayor trae siempre consigo, además de la rutina de una vida regular, el inevitable renacimiento construidas por nosotros mismos con ladrillos según el modelo ruso, puesto que la calefacción había sido destruida, naturalmente, por los soviéticos.

No quisiera dejar de tocar aquí una cuestión que, si bien de menor monta y menos apremiante que las graves preocupaciones que en

el aspecto operativo había de aparejarme el invierno de 1941 a 1942 no por eso dejó de afectar vivamente mi sensibilidad. Sabido es que el comandante en jefe de un ejército es a la vez su máximo poder judicial, y que lo más doloroso de su función en este sentido es la confirmación de las penas de muerte. Por un lado, es deber inexcusable el de mantener la disciplina y sancionar con rigor la cobardía en el combate, por cuanto con ello se defiende el interés de la colectividad. Mas, por otro, ¡es tan duro extinguir una vida con la propia firma! ¿Qué la muerte reclma cada día en la guerra cientos o miles de vidas y que cada soldado tiene que hallarse dispuesto a entregar la suya? Desde luego; pero se algo muy distinto caer con honor en el combate, prematuramente alcanzado por la incierta aunque no inesperada bala, de caer con vilipendio frente a las bocas de fuego de los fusiles antes fraternos.

Naturalmente, cuando un soldado mancilla el honor del Ejército con una conducta infame o cuando su alevoso comportamiento ocasiona la muerte de sus camaradas, ni se puede ni se debe tener piedad de él. No faltan, con todo, casos en que la humana debilidad flaquea ante el deber, sin delatar por eso bajeza de sentimientos, y deja al culpable tan de lleno en las mallas inflexibles del Código Militar que sólo la pena de muerte cabe aplicarle.

Por mi parte, en ningún caso de pena de muerte me he conformado con sancionar el dictamen de mi por cierto concienzudo consejo de guerra, sino que siempre he estudiado punto por punto los autos. Al comienzo ya de la guerra fueron dos los soldados de mi cuerpo condenados a muerte, y poco tuve que retorcerme el corazón, ya que se trataba de dos hombres que habían violado a una anciana, coronando la hazaña con el asesinato de la víctima. Diferente fue, por ejemplo, el caso de un soldado condecorado con la cruz de hierro en la campaña polaca, que, a su retorno de convalecencia, fue incorporado a un grupo para él extraño todavía. En el primer día de combate sucedió que su jefe de tiro y los compañeros que servían la ametralladora perecieron por haberse fugado él en un acceso de pánico. Este soldado había incurrido por ello en pena de muerte conforme a lo prescrito por la ley. Pese a lo delicado de un caso de cobardía con funestas consecuencias para la vida de los camaradas, estimé que aquí había razones para proceder con mayor piedad. Y aunque no podía anular sin más la sentencia de un consejo de guerra, conseguí del comandante del regimiento que suspendiese la ejecución por cuatro semanas. Si en ellas se conducía valerosamente en la lucha, entonces le condo-

naba la pena; pero si en aquel plazo volvía a flaquear, la pena se cumplía y el soldado era pasado por las armas. Y luego la satisfacción de que, de cuantos beneficiamos con la concesión de un término probatorio, solamente uno se nos pasó al enemigo, todos los demás cumplieron luego como buenos o cayeron honrosamente en el combate.

El primer ataque a Sebastopol

La tarea que ahora tenía que acometer el Decimoprimer Ejército era la de atacar y tomar el último baluarte del enemigo en Crimea, o sea Sebastopol. Cuanto antes nos pusiésemos a ello, menos tiempo le dejaríamos al adversario para disponer su defensa y mayores serían, por consiguiente, nuestras probabilidades de victoria; sin contar con que también le restábamos al enemigo oportunidades de atacarnos por mar.

La primera condición para ello estaba en cerrar completamente el cerco de la fortaleza, para aislarla del todo. Tendría que avanzar más el ala izquierda del LIV Cuerpo de Ejército y, sobre todo, habría que cubrir toda solución de continuidad entre ella y el XXX Cuerpo de Ejército, situado en las montañas al sudeste de Sebastopol. Esto suponía unos encomendar a la 1ª Brigada de Montaña rumana, recientemente puesta a disposición suya.

Ante todo, era indispensable un cálculo de fuerzas para proceder al asalto. Que las cuatro divisiones que por el momento teníamos poniendo cerco a la fortaleza no bastaban, era manifiesto, pues que ni siquiera eran suficientes para cerrar debidamente las filas de aquél. Pero todavía se acentuaba nuestra insuficiencia por el hecho de que el enemigo podía, en un período relativamente corto, restablecer sus efectivos de defensa en nueve divisiones merced a las medidas de que antes hago mención. Lo que, por otro lado, subrayaba la apremiante necesidad de cortarle las comunicaciones con el mar.

Por esta razón nada más, ya el Decimoprimer Ejército tenía que echar mano de todas las fuerzas disponibles y concentrarlas sobre el fuerte. Pero he aquí que si desguarnecíamos las costas ante un enemigo en absoluta posesión del mar, podría desembarcar cuando y donde le pareciese y atacarnos a su gusto. Se veía, pues, el mando ante el dilema de si debería afrontar el enorme riesgo de

dejar sin protección Crimea y especialmente la península de Kerch, o si le convendría más arriesgar de antemano el éxito del ataque, emprendiéndolo con fuerzas insuficientes. La decisión recayó a favor de la primera proposición.

En tal sentido había que tener muy en cuenta que la primera condición sería atacar al enemigo desde las más distintas direcciones, para impedir que agruparse sus fuerzas en uno solo de los frentes.

Requisito indispensable para rendir la fortaleza era también nuestro previo dominio de los accesos marítimos, y, por lo tanto, de la bahía de Ssewernaja, ya que, mientras mantuviese el aprovisionamiento en marcha por allí, mantendría también superioridad material y aun de fuerzas combatientes sobre nosotros. El principal ataque, por ende, tendríamos que reintarlo desde el norte o el nordeste en dirección a dicha ensenada de Ssewernaja, ya que no se repetía ahora el caso de la guerra de Crimea, en la que eran los aliados quienes tenían el dominio del mar, y no nos importaba tanto la ciudad como el puerto. Por otra parte, sólo en el norte era donde la artillería pesada del ejército podía cumplir eficazmente su misión de sitio. Municionarla en regla en el sector sur a través de los montes hubiera sido pocos menos que imposible, dadas nuestras condiciones de transporte, además de que la carretera de la costa se hallaría siempre cubierta por el fuego naval enemigo. Acosa las defensas fuesen más sólidas y numerosas en el sector norte de la fortaleza, a juzgar por lo que podíamos columbrar; pero también había que tener presente que por el sur los aproches iban a ser más arduos por las condiciones del terreno rocoso y abrupto y porque la red de comunicaciones resultaba allí a todas luces pobrísima y habría que subsanar la deficiencia con largas y penosas obras de construcción.

Por todo ello, el mando del ejército resolvió dirigir el ataque principal desde el norte y el nordeste, respectivamente, simultaneándolo con otro ataque de diversión por el sur, a fin de retener allí a una parte de las fuerzas enemigas y desorientar al mando contrario.

El encargado de atacar por el norte habría de ser el LIV Cuerpo, con las 22ª, 132ª, 50ª Divisiones de Infantería y la 24ª, también de Infantería, recientemente llegada, así como con el grueso de la artillería pesada, de que disponía para la operación.

El ataque de distracción de fuerzas por el sur se le encomendaba al XXX Cuerpo de Ejército, que para ello contaba, además de

con la 72ª División, con la 170ª, traída de Kerch, y con la Brigada de Montaña rumana.

Asimismo retiramos de Kerch a la 73ª División, al objeto de mantenerla en reserva para el ataque por el norte, dejando en la península únicamente el Cuartel General del XLII Cuerpo con la 46ª División.

Se tuvo que enviar a los montes de Jaila el Cuerpo de Montaña rumano con la 14ª Brigada de Montaña, en vista de que ya desde el principio se advertía allí un bien preparado movimiento de guerrillas. Reforzado por numerosos desbandados del Ejército de Costas, hostilizaba eficazmente nuestros convoyes, tanto por la carretera a Feodosia como por el sur de las montañas al frente de Sebastopol.

Quedaban, pues, para la defensa costera, además de la 8ª Brigada de Caballería rumana en la costa oriental y unas cuantas baterías costeras de reciente montaje, sólo algunas unidades retrasadas de las divisiones combatientes.

No cabe duda de que, dominado el mar como lo estaba por la flota roja, esta decisión del mando del ejército suponía un elevado margen de riesgo en la empresa de dejar las costas tan desamparadas. Un riesgo que, a pesar de todo, parecía tolerable si el ataque a Sebastopol se llevaba a cabo pronto, antes de que el enemigo tuviese tiempo de traer por mar, desde el Kuban o del Cáucaso, fuerzas de refresco paraemprender nuevas acciones.

Atendida esta consideración, resultaba de suma importancia determinar el momento del ataque, y así calculamos que los dislocamientos y concentración de fuerzas que requería, así como el municionamiento de la artillería de sitio, podrían estar ultimados el 27 o el 28 de octubre. Por lo que fijamos aquella fecha para el comienzo del ataque.

Mas de pronto vino a sorprendernos el invierno ruso en sus dos aspectos más temibles. Sobre Crimea comenzó a caer la lluvia incesante y en poco tiempo quedaban todas las vías, excepto las de firme especial, intransitables. Ello significaba prácticamente la inmovilización, toda vez que en Crimea la red de carreteras de firme sólo comienza en Sinferopol, y hasta allí no existen otras vías que las usuales carreteras del país, consistentes en una banda de tierra apisonada con cunetas a ambos lados. Atendida la consistencia de aquellos terrenos borrosos del sur de Rusia, en los períodos de buen tiempo tales carreteras prestan un excelente servicio; pero en cuanto llegan las lluvias a reblandecerlos, todo se convierte en un

fangal y hay que cerrarlas al tránsito si no se quiere echarlas a perder definitivamente. Por eso significaba para nosotros el comienzo del período de lluvias la paralización de las columnas de transporte del ejército en el trayecto del continente hasta Sinferopol. Ya el 17 de noviembre nos encontrábamos, en efecto, con que un cincuenta por ciento del área cubierta por las columnas de aprovisionamiento quedaba eliminada por deficiencias técnicas. Por otra parte, en el norte del continente eran tales las heladas, que pronto resultaron inutilizadas cuatro de las cinco locomotoras de que entonces disponíamos al sur del Dnieper, y los convoyes que al ejército al hielo en la superficie del Dnieper, aún carecía de la suficientes consistencia para hacerla transitable, mientras que bastaba para obstruir el paso de los puentes. Con lo que nuestros preparativos de ataque fueron demorándose y, en vez del 27 de noviembre, sólo pudimos iniciar la preparación artillera el 17 de diciembre.

Ni que decir tiene que toda esta pérdida de tiempo resultaba ventajosa para el enemigo, que en el recinto de su zona fortificada tenía plenamente resueltas aquellas dificultades. Tampoco dejaba de redundar a favor suyo el hecho de que cada día que demorábamos nuestro ataque aumentaba para nosotros el peligro de vernos acometidos por nuevos contingentes de desembarco. Nada menos que un retraso de tres semana llevábamos cuando el LIV Cuerpo de Ejército pudo comenzar a batir el lado norte y el XXX Cuerpo se lanzó por el sur en un ataque de diversión y contención. Un retraso que, como el tiempo nos demostraría, había de ser fatal para nuestro intento. Mas todavía antes había de pasar el mando del ejército por el aprieto de una resolución difícil. En efecto, el 17 de octubre, el Cuerpo General del Grupo de Ejércitos había ordenado la urgente cesión de la 73ª y la 170ª Divisiones de Infantería, en vista de que la situación de Rostov se había tornado crítica. Todas las objeciones del mando del Decimoprimer Ejército en el sentido de que esta disminución de nuestras fuerzas imposibilitaría el ataque a Sebastopol, consiguieron únicamente que nos fuese asignada la 170ª División, que avanzaba por la costa sur para incorporarse al XXX Cuerpo de Ejército, que ya no habría llegado tampoco a tiempo a Rostov. Con lo que seguía sin desvirtuar la fundada presunción de que la retirada de la 73ª División minaba por su base el ataque principal del norte, al sustraerle las indispensables reservas. Ante la necesidad de tomar una decisión, el mando del ejército optó por la aventurada de proceder al ataque incluso en circunstancias tan dudosas.

Es imposible describir aquí con detalle el curso de aquella acción. Teníamos ante todo que ahuyentar al enemigo de los terrenos avanzados entre el Katscha y el Belbek mediante ataque desde naciente y tomarle al mismo tiempo sus puntos de apoyo en el valle del Belbek y en las alturas de sus márgenes del sur. Luego procederíamos al ataque del glacis propiamente dicho de la fortaleza al sur del Belbek hasta la ensenada de Sswernaja. El peso principal y el correspondiente éxito de este ataque recayó sobre la valiente 22ª División de Infantería de la Baja Sajonia, mandada por el distinguido teniente general Wolff, que limpió de enemigos los terrenos entre los dos ríos y luego, con la 132ª División de Infantería, que actuaba por el sur, asaltó las alturas de la orilla sur del Belbek y se lanzó a expugnar la zona de fuertes propiamente dicha al sur de las mismas. La dificultad aquí empezó a insinuarse en la tenuidad creciente de la cuña de penetración como consecuencia del retraso de la 50ª y la 24ª Divisiones de Infantería, que, lanzadas en dirección de la ensenada de Ssewernaja, apenas conseguían ganar terreno a través de los breñales casi impenetrables que habían de trasponer en la montaña. De esta suerte iban cayendo diezmadas nuestras avanzadas en las empeñadas luchas de acercamiento y en asalto a los reductos tenazmente defendidos por el enemigo. Sin embargo, la punta de la cuña se acercaba ya en los últimos días de diciembre- pues también en las Navidades se prosiguió la lucha- al Fuerte Stalin, cuya posesión nos hubiera valido por lo menos una excelente atalaya artillera sobre la bahía de Ssewernaja. Un puñado de fuerzas de refresco, y el empujón hasta la ensenada de Ssewernaja habría prosperado. Pero estas fuerzas nos faltaban desde el momento en que nos habían retirado la 73ª División, y no conseguimos suplirlas con ninguna de las combinaciones de concentración de las divisiones atacantes en el culmen de la cuña.

En esta situación sobrevienen los desembarcos soviéticos primero en Kerch y luego en Feodosia. Imagínese el lector cómo no sería de apretado el trance para nosotros cuando yodas nuestras fuerzas, menos una división alemana y dos brigadas rumanas, luchaban por la toma de Sebastopol.

A la vista estaba que tendríamos que retirar inmediatamente fuerzas del asedio y volcarlas sobre los puntos en peligro, pues la menor dilación podría sernos fatal. Por otro lado, ¿íbamos a renunciar al asalto de Sebastopol en el momento justo en que todo parecía indicar que bastaría un pequeño empujón más para alcanzar cuando menos el dominio de la ensenada de Ssewernaja? Pero

todavía se hacía más difícil tomar esta resolución al considerar que, en cuanto hubiésemos alcanzado un éxito en el norte de la fortaleza, podríamos retirar fuerzas de ella mucho más impunemente que si lo hacíamos antes, dejando al enemigo envalentonado.

Por eso optó el mando del ejército por retener de momento las fuerzas íntegras del cerco, incluso después de los desembarcos rusos en Feodosia, pechando con el riesgo que por instantes nos amenazaba. Por de pronto, solamente se suspendió el ataque del XXX Cuerpo, de acuerdo con el comandante en jefe del LIV Cuerpo de Ejército y con los mandos de sus divisiones, nos dispusimos a hacer un último esfuerzo para alcanzar el objetivo de Ssewernaja. Como siempre, respondieron las tropas rindiendo cuanto humanamente cabía esperar de ellas y el 16º Regimiento de Infantería, al mando del oronel Von Choltitz, penetró incluso, como extremo de la cuña, en las primeras defensas del Fuerte Stalin. Pero también con ello había apurado sus últimas energías. En efecto, el 30 de diciembre los comandantes de las divisiones atacantes comunicaban que no veían probabilidad alguna de seguir adelante por más que lo intentasen. En vista de lo cual, el mando del ejército dio la orden definitiva de desistir del ataque, después de haber convencido a Hitler en conferencia telefónica de la necesidad de hacerlo así por la situación en extremo delicada del Grupo de Ejército. Luego, todavía tuvo que ordenar, por mucho que esta renuncia le costase la retirada del frente norte a las alturas nórdicas del valle del Belbek, sin cuyo repliegue hubiera sido imposible liberar fuerzas suficientes para atender a los lugares amenazados. El que Hitler reprobase esta última medida (por más que tampoco pudiese remediarla) como opuesta a su reciente disposición de no ceder voluntariamente ni una pulgada de terreno, poco contrapeso podía hacer en nuestro ánimo al sentimiento de responsabilidad para con unas fuerzas tan sacrificadas ya. Justamente pensando en ellas y en el deber de conservarlas, era como habíamos llegado a la decisión.

Frustrado quedaba así nuestro intento de tomar Sebastopol al asalto antes que por asedio. La única ventaja alcanzada consistía en un estrechamiento del cerco con el consiguiente ahorro de fuerzas para mantenerlo y en la obtención de una buena base de partida para reemprender el ataque por el norte, mientras que por el sur también el XXX Cuerpo había podido hacerse con

mejores bases para ulteriores acometidas. En el fondo, una leve compensación de tan penoso sacrificio.

La <ofensiva Stalin> para reconquistar Crimea

El desembarco de tropas soviéticas en la península de Kerch, que había venido a sorprender al Decimoprimer Ejército en el instante en que la lucha en el frente norte de Sebastopol estaba para decidirse, pronto demostró que se trataba de algo más que una simple maniobra de distracción del enemigo. Las mismas emisoras soviéticas difundieron la noticia de que se iba a una ofensiva de gran estilo para la reconquista de Crimea por orden de Stalin, que había planeado personalmente la operación. La lucha- aseguraban- sólo podría terminar cuando hubiese aniquilado al Decimoprimer Ejército en la península. Y que la amenaza no se reducía a vana palabrería nos lo puso de manifiesto al punto el derroche de fuerzas empeñadas por el enemigo en la empresa y el brutal desprecio con que se las sacrificaba, síntoma seguro de que el impulso venía de la ciega voluntad de Stalin.

El 26 de diciembre había desembarcado el enemigo con dos divisiones a ambos lados de la ciudad de Kerck, después de haber cruzado el correspondiente estrecho, y seguidamente tenían lugar otros desembarcos menores en la costa norte de la península.

La situación del XLII Cuerpo de Ejército (general conde Sponeck), reducido a la sola 46ª División de Infantería para defender la península, no era ciertamente envidiable. En efecto, el conde Sponeck solicitó seguidamente del Alto Mando del Ejército autorización para evacuar la península de Kerch, en la esperanza de que en la garganta de Parpatsch lograría correr un cerrojo, infranqueable. Nuestro mando, sin embargo, no compartía su parecer. Porque si el enemigo lograse poner pie den Kerch, ya nos encontraríamos con un segundo frente en la península y con una situación, por ende, extraordinariamente peligrosa para el ejército, en tanto éste no hubiese dado cima a la acción de tomar el fuerte de Sebastopol.

De aquí que le ordenásemos al XLII Cuerpo de Ejército que aprovechar las iniciales condiciones de debilidad del enemigo recientemente desembarcado. Para lanzarlo nuevamente al mar. Al mismo tiempo, y para que todos los efectivos de la 46ª División quedasen libres de entregarse a la sola tarea de rechazar el desembarco, dispuso la salida para Feodosia de la 4ª Brigada de Montaña

rumanos, apostada en Sinferopol, y de la 8ª Brigada de Caballería rumana, que guardaba la costa sur de Crimea, a fin de que las dos previniesen cualquier desembarco enemigo en la vulnerable zona de Feodosia. Y, por último, también allí envió desde Genitschek al último grupo regimental de la 73ª División de Infantería (el reforzado 213º Regimiento de Infantería), todavía presente en Crimea.

La 46ª División consiguió así ir reduciendo hasta el 28 de diciembre las cabezas de puente enemigas al norte y sur de Kerch, hasta dejarlas en un pequeño resto tan sólo en la orilla norte. A pesar de lo cual, el conde Sponeck insistió aún en su petición de autorización para evacuar la península de Kerch. Por nuestra parte, prohibimos terminantemente la evacución, convencidos de que del abandono de la península habría de resultar una situación imposible de dominar con los recursos de nuestro ejército.

Entretanto, el LIV Cuerpo de Ejército lanzaba también el 28 de diciembre el último ataque a Sebastopol.

Pero el enemigo aún no había dicho su última palabra, y el 29 de diciembre, de madrugada, nos comunicaban de Feodosia que durante la noche había asestado allí un golpe vigoroso, desembarcando bajo la protección de importantes fuerzas navales. Las pocas que nosotros teníamos en Feodosia, consistentes en un batallón de Ingenieros y algunas baterías de costa y antitanques (pues los rumanas llegaron a Feodosia avanzada ya la mañana), no habían pedido impedir el desembarco. También había quedado cortada la comunicación telefónica en el Cuartel General del XLII Cuerpo, que tenía su enlace aproximadamente por el centro de la península. Con todo, a eso de las diez de la mañana recibíamos de él un radiomensaje dando cuenta de que el conde Sponeck había dispuesto la evacuación inmediata de la península de Kerch en cista del desembarco realizado por el enemigo en Feodosia. Una contraorden del mando de nuestro ejército, expedía también por radio, ya no fue recogida en su destino. A nuestro modo de ver, por más que nos explicásemos las aprensiones de aquel comando general de verse copado con su 46ª División de Infantería en la península por efecto del desembarco en Feodosia, una retirada precipitada tampoco podría remediar la situación; mientras que, al dejar ahora a los restos enemigos de Kerch con las manos libres, era indudable que se lanzarían en seguimiento de la 46ª División, la cual se vería cogida entre dos fuegos en el paso de Parpatsch. Al tiempo que prohibíamos la evacuación de Kerch (orden que el Cuartel General del XLII Cuerpo ya no recogió, como queda di-

cho), ordenábamos al mando del Cuerpo de Montaña rumano que procediese inmediatamente a echar al mar al enemigo desembarcado en Feodosia, con sus dos brigadas y un regimiento motorizado rumano que estaba al llegar. Verdad es que no nos hacíamos grandes ilusiones sobre la eficacia contentivo-agresiva de las unidades rumanas pero tampoco podíamos desechar la idea de que las fuerzas que el enemigo había logrado poner en tierra allí tenían que ser escasas todavía, y que un resuelto ataque nuestro habría de cogerlas en malas condiciones. En todo caso, esperábamos que, por mal que las cosas fuesen allí, bien podrían los rumanos contener, al menos, al enemigo en una reducida cabeza de puente y mantenerse en Feodosia hasta que acudiesen fuerzas alemanas.

La evolución de la situación en la península de Kerch

Nuestra esperanza no tardó en venirse abajo, por desgracia. No sólo no tuvo el ataque del Cuerpo de Montaña rumano la contundencia arrolladora que se requería en Feodosia, sino que aquellas fuerzas se replegaron al punto ante unos pocos tanques soviéticos hasta alcanzar el este de Stary Krim.

La 46ª División de Infantería, por su parte, consiguió llegar a marchas forzadas hasta el gollete de Parpatsch, aunque para ello había tenido que sacrificar la mayor parte de sus cañones, abandonados en las heladas carreteras. Sus tropas, además, llegaron agotadas por el esfuerzo extenuante de las marchas, de suerte que el enemigo pudo partir bien pronto de su pequeñas cabezas de puente y emprender la persecución, favorecido por la congelación de los estrechos de Kerch, que le permitía incorporar rápidamente nuevas fuerzas.

Si entonces hubiera sabido sacar provecho de la situación, presionando sin tregua a la 46ªDivisión y castigando duramente el repliegue rumano de Feodosia, no sólo hubiese sido desesperada la suerte del ejército en aquel nuevo frente oriental, sino que la de todo el Decimoprimer Ejército habría quedado sellada. Un enemigo resuelto no hubiera vacilado en cortar todos los suministros de nuestro ejército en un rápido avance hacia Dshanroj, aunque fuese con fuerzas reducidas, ya que las retiradas por nosotros de Sebastopol- la 107ª División de Infantería, seguida de la 132ª después de suspender el ataque a la fortaleza- no habría de tardar menos de catorce días en llegar a las zonas occidental y noroccidental, respectivamente, de Feodosia.

Pero no supo sacar partido del momento propicio, bien porque su mando no se percatara de la magnífica ocasión que se le presentaba, bien porque no tuviera la audacia de probar fortuna. Lo cierto es que de los planos por nosotros ocupados se deducía que el LIV Ejército desembarcado en Feodosia venía con el propósito de avanzar por de pronto, con las seis divisiones de que entonces disponía, hasta los sectores oeste y noroeste de Stary Krim antes del 4 de enero, y desde entonces ¡ponerse a la defensiva en la línea alcanzada! Por donde se ve que, a pesar de la superioridad de tres a uno de que disfrutaba, careció del arrojo preciso para emprender una operación que pudiera haber significado la ruina del Decimoprimer Ejército. Y es que seguramente estimaba que para tal empresa debía precaverse más todavía.

Pero lo más chocante es que ni siquiera alcanzó el enemigo la ya citada línea a occidente de Stary Krim.

El LI Ejército, lanzado sobre Kerch, no pasó de perseguir a la 46ª División de Infantería a una prudente distancia, mientras que el XLIV Ejército, desembarcado en Feodosia, apenas exploró tímidamente en la peligrosa dirección oeste y noroeste en tanteos iniciales, para sorprendernos luego con un resuelto avance de poderosas fuerzas al encuentro del LI Ejército en el este. Evidentemente, lo que el enemigo perseguía era solamente el objetivo táctico de destruir nuestras fuerzas de la península de Kerch, perdiendo de vista el operativo de cortar la arteria vital del Decimoprimer Ejército.

Se consiguió así con la agotada 46ª División de Infantería, con su reforzado 213º Regimiento, que acababa de llegar de Genitschek, y con los rumanos, formar un debilísimo frente defensivo entre la ladera norte de las montañas de Jalia por Stary Kirm y el Siwasch a occidente de Ak Monay. Para dar a las tropas rumanas alguna consistencia, hubimos de destinar a ellas en aquella ocasión a todos los oficiales, suboficiales y soldados, incluso del mando del ejército, que no nos eran absolutamente imprescindibles, a fin de que les auxiliasen, sobre todo en el manejo de las armas pesadas.

El caso trágico del general conde Sponeck

La evacuación de la península de Kerck dio lugar a medidas del Alto Mando que estimo injustificadas y que considero de mi deber puntualizar aquí en reivindicación de nuestros soldados.

El entonces comandante del Grupo de Ejércitos Sur, mariscal de cuerpo Von Reichenau, dispuso como primera providencia que la 46ª División de Infantería quedase inhabilitada para obtener condecoración alguna. Medida que seguramente era consecuencia de la orden categórica de Hitler prohibiendo a las tropas dar un solo paso atrás, publicada en diciembre de 1941 al hacerse cargo el del mando supremo del Ejército. No por eso resultaba menos injusta con las tropas la medida, puesto que en este caso no habían hecho otra cosa que obedecer la orden de retirada de su comandante general. Desgraciadamente, hasta después del fallecimiento del mariscal Von Reichenau- ocurrida poco después- no pude conseguir la revocación de aquella orden infamante e injusta, levantada al fin por el mariscal Von Bock, sucesor de Reichenau, aunque demasiado tarde para el comandante de la división, teniente general Himer, que en la lucha de defensa del paso de Parpatsch había dado la vista.

El caso del conde Sponeck pone de manifiesto lo trágico del conflicto entre el deber de la obediencia y el propio criterio sobre las necesidades operativas en que con frecuencia se ven los jefes militares de elevada categoría. Saben que, en caso de desobediencia se juegan la cabeza; y, sin embargo, pueden hallarse en la necesidad de proceder en contra de lo ordenado. Es un conflicto que solamente a los soldados se les presenta con tan crudos perfiles.

Verdad es que yo mismo le había retirado el mando al conde Sponeck después de tener noticia de que la península de Kerch había sido evacuada por orden suya, contra lo dispuesto terminantemente por mí como comandante del ejército. Pero yo no le despojé del mando por el hecho de que hubiese actuado por su cuenta. Que más de una vez había tenido que operar yo mismo infringiendo órdenes de Hitler, para no justificar ahora en mis subordinados el irrenunciable derecho a proceder en caso extremo según su leal había sido más bien mi presunción de que no era Sponeck entonces el hombre que una situación tan crítica como la de la península de Kerch reclamaba, después de la tremenda tensión a que le habían sometido las duras luchas para salvar el Dnieper. Por eso había nombrado en su lugar al muy calificado comandante de la 22ª División de Infantería, general Mattenklott.

Como es natural, el conde Sponeck expuso entonces su deseo de defender su actuación ante un consejo de guerra, coincidiendo en ello con las intenciones de Hitler, que ya había dispuesto la ins-

trucción de diligencias y convocado a tal efecto a Sponeck en su Cuartel General. El consejo tuvo lugar allí durante los días de mayor tensión en Crimea y bajo la presidencia de Goering, terminando, después de una rápida sustanciación, con la pena de muerte, si bien Hitler la conmutó por la de prisión militar. Al mando de nuestro ejército no se le había comunicado la fecha de celebración del consejo, ni yo tuve posibilidad de pronunciarme respecto del comportamiento del conde Sponeck.

Para poder formarse cabal idea de él, conviene saber lo siguiente:

Ante todo, ha de reconocerse que Sponeck se enfrentaba en aquel caso con una situación extraordinariamente difícil. Es innegable que el desembarco soviético en Feodosia suponía una situación enteramente nueva con respecto a la orden del superior mando del ejército de que no evacuase la península de Kerch. Estos supuesto, sólo se podría censurar la conducta de Sponeck si se demostrase la evidencia de que la retirada de la 46ª División hasta el paso de Parpatsch en modo alguno habría de conducir a preservar el valor combativo de la unidad. Cosa que, a prriori, no era demostrable, ni mucho menos.

Lo que ya merecería reparos es el hecho de que el comando general pusiera al superior del ejército ante la acción consumada de la orden de evacuación, que por radio le comunicaba, y ante la imposibilidad también de ofrecer una solución mejor, y no podía recibir ningún otro mensaje. Cabe también la objeción de que una retirada tan precipitada como la de la 46ª División parecía lo más indicado para preservar el valor combativo de la unidad. Porque puestos a evacuar Kerch, el único razonable objetivo inmediato parece que debió haber sido asegurar que la división alcanzase el gollete de Parpatsch en condiciones de luchar. En cambio, en el estado en que efectivamente llegó allí, no hubiera podido abrirse paso hacia el oeste si el enemigo hubiese actuado con inteligente decisión en Feodosia.

A pesar de todo, un consejo de guerra formado por mandos con experiencia de la vida del frente jamás hubiera llegado a una sentencia como la pronunciada bajo la presidencia de Goering. En el peor de los casos, siempre se le hubiera reconocido al conde Sponeck la buena fe de haber supuesto, en condiciones excepcionalmente graves, que su solución era la más oportuna. Lo cual, sumado a sus méritos y servicios como comandante de la 22ª Divi-

sión de Infantería en Rotterdam y en la expugnación del Dnieper por Berisslawl, por fuera habría de reclamar una pena inferior.

Por mí parte, en cuanto tuve conocimiento de la sentencia me dirigir en una comunicación al comandante del Grupo de Ejércitos, abagando por el conde Sponeck y solicitando que se me volviese a oír en el caso a la mayor brevedad; cuya actitud secundó sin reservas el mariscal Von Bock. El resultado nuestra actitud en términos la satisfacción de ver luego modificada la pena por Hitler en el sentido que queda dicho. El conde Sponeck tuvo que pasar luego, en efecto, los años siguientes en el fuerte de germersheim, y todos mis intentos de conseguir su plena rehabilitación fracasaron uno tras otro. Únicamente, después del 20 de julio de 1944, parece que fue fusilado ignominiosamente por orden de Himmler, aunque del hecho no se haya tenido conocimiento hasta después de terminada la guerra. Cuantos le hemos conocida sabemos, sin embargo, que fue un soldado pundonoroso y un jefe siempre consciente de su responsabilidad, y como tal vivirá en nuestra memoria.

Y ahora volvamos a la situación del Decimoprimer Ejército.

En los primeros días de enero de 1942 las fuerzas enemigas desembarcadas en Feodosia y las que de Kerch avanzaban a su encuentro tenían prácticamente expedito el camino, como ya queda dicho, hacia la arteria vital de nuestro ejército, que era el ferrocarril Dshankoj-Sinferopol. Es evidente, en efecto, que la tenue línea defensiva que habíamos necesitado disponer no podía resistir un ataque de fuerzas considerables, y consta, por otra parte, que el 4 de enero ya el enemigo contaba con seis divisiones en el sector de Feodosia. De suerte que hasta el momento en que pudiesen acudir divisiones nuestras desde Sebastopol, el Decimoprimer Ejército se encontraba en una situación sumamente difícil. Si se tiene en cuenta que en el frente de Sebastopol también cuidaba el enemigo de que no pudiésemos retirar fuerzas, pues para inmovilizarnos allí había pasado de la defensiva al ataque de nuestras posiciones menos afianzadas, se comprenderá cuán distinto cariz presentaba la situación para nosotros y para los rusos.

Un motivo de especial preocupación lo fue para nosotros, por aquellos días, el hecho de tener en el hospital militar de Sinferopol 10.000 heridos yacentes que no podíamos evacuar. Como

en Feodosia sucediera ya que los bolcheviques o habían dado muerte a los heridos que allí teníamos hospitalizados o los habían arrastra-

do a la orilla del mar sin otro abrigo que sus vendajes y, después de regarlos, dejar que las heladas acabasen con ellos, pensábamos ¿Qué pasará aquí si el enemigo consigue forzar nuestra débil línea de resistencia al oeste de Feodosia y llegar a Sinferopol?

Pero también en los demás aspectos parecía haberse conjurado todo contra nosotros. Las terribles heladas inhabilitaban los aeródromos inmediatos a Sinferopol y Eupatoria, de donde debían partir los Stukas y los bombarderos, de suerte que éstos no podían despegar a primera hora de la mañana para atacar los desembarco enemigos en Feodosia, al paso que el enemigo podía cruzar sobre el hielo el estrecho de Kerch. Asimismo se veían inmovilizadas por el tiempo reinante las escuadrillas de bombarderos que todavía se hallaban en Kherson y Nikolajev.

Teníamos luego que las dificultades de aprovisionamiento de las semanas precedentes nos habían impedido traer, con la cebada para los caballos, el forraje correspondiente. Y como en la costa sur de Sebastopol no se producía forraje alguno, los caballos de aquellas fuerzas se resentían terriblemente de la carencia y estaban tan agotados que los tiros de la artillerías de la 170ª División sólo pudieron trasponer las montañas de Aluschta a Sinferopol aliviados del peso de las piezas, que hubo que transponer en camiones.

Y puesto que enumero aquí las muchas dificultades a que entonces hubimos de hacer frente, quisiera hacer también una observación de otra índole, pero íntimamente relacionada con ellas. La de que, pese a la citada crisis de transportes, el ejército hizo los mayores esfuerzos para atender- a veces a costa del propio racionamiento- a la alimentación de los numerosos prisioneros que no había podido evacuar. El resultado de esta nuestra preocupación fue que ni siquiera llegó a un dos por ciento el promedio de mortalidad anual, con todo y hallarse la mayoría de ellos gravemente heridos o agotados cuando caían en poder nuestro. La mejor prueba de que los tratábamos humanamente nos la brindaron ellos mismos con ocasión del desembarco soviético en Feodosia, puesto que los 8.000 prisioneros que allí teníamos, en vez de correr a los brazos de sus <libertadores>, emprendieron por su cuenta y sin vigilancia la marcha hacia Sinferopol, en donde seguíamos los alemanes.

Asimismo hizo nuestro ejército cuanto en su mano estuvo para socorrer a la población civil, abandonada por los soviéticos a un destino cruel. Habían, en efecto, arrasado éstos por medio de sus famosos <batallones de destrucción>, integrados por expertos par-

tisanos, no sólo las fábricas, molinos, etc., sino todas las reservas de artículos alimenticios que pudiera haber en Crimea antes de la evacuación. Con la agravante de que ya la península era de por sí deficitaria en la producción. No se arredraron por eso el jefe de la sección de aprovisionamiento, coronel Hauck, ni nuestro insuperable intendente. Rabus, que supieron salvar tanta dificultad y suplir las deficiencias del abastecimiento.

Como consecuencia de esta nuestra humanitaria actitud y del respecto a las creencias religiosas de la población autóctona, también la mayoría de lap oblación tártara de Crimea se condujo, con nosotros en forma francamente amistosa. A tal punto llegaron a esto, que pudimos formar hasta compañías armadas de autodefensa con los tártaros para proteger sus poblaciones y aldeas de las incursiones de partisanos emboscados en los montes de Jaila.

El hecho de que ya desde el principio existiese en Crimea un serio movimiento de guerrilleros que nos daba bastante quehacer, se explica porque la península contaba también con un crecido número de habitantes rusos asentados allí por el régimen bolchevique, y de ellos y de los restos de las fuerzas derrotadas en las primeras luchas y acogidos a las montañas reclutaba sus partidas la resistencia.

El movimiento de <partisanos> había sido organizado en Crimea muy de antemano y con todo detalle. En las casi inaccesibles montañas de Jaila hallaban los guerrilleros guarida segura y disponían de grandes reservas de víveres y municiones situadas en lugares poco menos que inexpugnables o imposibles de rastrear. La tarea de aquellos núcleos estaba en bloquear sobre todo las escasas carreteras, llegando a constituir una seria amenaza en situaciones tan comprometidas como ésta en que habíamos tenido que retirar a las tropas de montaña rumanas y mandarlas a los frentes. A veces su hostigamiento llegaba a impedirnos todo tráfico por carretera que no fuese en forma de convoy escoltado. Los procedimientos de lucha de los <partisanos> se caracterizaban- con poca diferencia del resto del Frente del Este- por la más

refinada alevosía y crueldad, sin el menor asomo de respeto al Derecho de gentes. Tal situación nos obligaba a proceder contra ellos, en defensa de nuestros soldados y de la población civil pacífica, aplicándoles la ley marcial a cuantos caían en poder nuestro. Pero hasta primeros de enero no habíamos de percatarnos todavía del verdadero alcance de su peligrosísima organización.

Cuando todavía no podía nadie prever si el mortal peligro en que los desembarcos enemigos en Kerch y Feodosia tenían al De-

cimoprimer Ejército sería o no superado, efectuaron los rusos una nueva operación.

El 5 de enero, protegido por unidades de la flota, tenía luegar otro desembarco de fuerzas bolcheviques en el puerto de Eupatoria. Simultáneamente estallaba en la ciudad un alzamiento, en el que parecían andar mezclados con los habitantes sublevados elementos <partisanos> enviados de fuera. Las escasas fuerzas que allí teníamos para defender la ciudad y el puerto no habían sido capaces de impedir de desembarco no consiguieron tampoco sofocar el alzamiento y hacerse dueñas de la situación, y hasta un regimiento de artillería rumano allí apostado para la defensa costera llegó a abandonar su posición. Si en tales condiciones no lográbamos extinguir inmediatamente aquel nuevo foco y los rusos acertaban a desembarcar allí nuevas fuerzas del cercano Sebastopol, las consecuencias tendrían que ser fatales.

Con ser la situación tan seria en el frente de Feodosia, no tuvo más remedio el mando del ejército que disponer que el primer regimiento que acababa de partir en camiones desde el frente sur de Sebastopol, el 105º de Infantería, girase hacia Eupatoria con orden de aniquilar a las fuerzas enemigas desembarcadas y a sus colaboradores civiles alzados en armas. Previamente habían salido también para Eupatoria la sección de reconocimiento de la 22ª División, con algunas baterías, y el 70º Batallón de Ingenieros.

En encarnizados combates callejeros consiguieron al fin dominar la situación las tropas allí enviadas, mandadas primero por el coronel Ritter von Heigl y luego por el jefe del 105º Regimiento de Infantería, coronel Müller.

Se distinguieron por su sañuda resistencia los sublevados y los <partisanos> parapetados en un gran edificio que hubimos de volar mediante las fuerzas de choque de zapadores. Cayeron en aquellos combates de Eupatoria muchos de nuestros bravos soldados y el comandante de la 22ª Sección de Reconocimiento, teniente coronel Von Boddien, uno de nuestros más arrojados oficiales y de los más distinguidos por el cariño de sus soldados. Partisanos apostados en uno de los edificios le abatieron alevosamente por la espalda.

El 7 de enero había terminado la lucha por Eupatoria, con la pérdida para el enemigo de todas las fuerzas desembarcadas, caídas en el combate o capturadas por las nuestras. Nada menos que 1.200 <partisanos> armados habían caído bajo nuestras balas.

Entretanto, y por una suerte de milagro, nuestro tenuísimo frente defensivo de Feodosia había conseguido mantenerse. Falta-

ba, con todo, una semana aún para la llegada de las dos divisiones enviadas en Sebastopol, indispensables para proceder a un contraataque en Feodosia. A dicho objeto el mando del ejército mandó al XXX Cuerpo desde del frente sur de la fortaleza, y del que todavía se podía prescindir allí en última instancia. Al frente de él iba, en vez del general Von Salmuth, gravemente enfermo de inctericia, el también general Fretter-Pico.

El enemigo, pos su parte, había aprovechado aquellos días para seguir desembarcando tropas en Feodosia y pasando asimismo nuevos contingentes por Kerch. Pero entonces sucedió que en Sebastopol, en donde quedaban sólo cuatro divisiones alemanas y una brigada rumana de montaña para cubrir el cerco, unos ataques lanzados desde la fortaleza tornaron la situación delicada.

Por fin, el 15 de enero nos encontramos con que el XXX y el XLII Cuerpos podían pasar al contraataques en el frente de Feodosia, si bien la resolución de atacar se hacía harto aventurada. Porque hay que tener presente que no contábamos sino con tres divisiones y media alemanas ya debilitadas y una brigada de montaña rumana para acometer a un enemigo integrado por ocho divisiones y dos brigadas, por no mencionar ya los tanques que, aunque en número limitado por parte de enemigo, no tenían ni uno de réplica a nuestro lado. Y tocante al apoyo de la Luftwaffe, resultaba más que dudoso, ya que en los últimos días no

había podido despegar contra Feodosia por razones atmosféricas. Sin embargo, teníamos que correr el albur.

Gracias al valor de nuestros soldados, entre los que, al lado del 105º Regimiento de Infantería, se distinguió especialmente el 213º al mando de su prestigioso comandante, el coronel Hitzfeld, el ataque prosperó, confirmando una vez más el temple de aquel regimiento tan acreditado en la toma de Kerch y en la expugnación del foso de los tártaros. Ya el 18 de enero había caído Feodosia en poder nuestro y el enemigo había perdido en la contienda 6.700 muertos, 10.000 prisioneros, 177 cañones y 85 tanques. Como luego pudimos comprobar, la Luftwaffe había logrado llevar a cabo una excelente labor en el puerto de Feodosia, hundiendo varos transportes enemigos, a pesar de las malas condiciones atmosféricas.

Por último, también pudimos eliminar un desembarco de poca monta que por aquellos días había efectuado el enemigo en Sudak, a occidente de la rescatada Feodosia.

Después de nuestra victoria en esta ciudad, nos hallábamos ante la obligada cuestión de si aún podríamos explotarla conti-

nuando sin tregua las operaciones hasta limpiar de ejércitos soviéticos toda la península, de Kerch. Pero, por tentadora que la idea se le presentase, el mando del ejército tuvo que reconocer que con las fuerzas entonces disponibles no habría manera de salir con bien de tal empresa. Sobre todo, después de haber tenido que cederle al Grupo de Ejércitos Sur dos agrupaciones de combate y una unidad de tanques que íbamos a recibir y que para nuestro intento se hacían indispensables.

A la fuerza hubimos de resignarnos a renunciar al intento de redondear el éxito de Feodosia y reducirnos a empujar al enemigo hasta el paso de Parpatsch, en donde el ejército podría cortar la península de Kerch por su parte más estrecha entre los mares Negro y de Azov allí al

enemigo a raya. No por pusilanimidad poníamos cautela a nuestros impulsos, sino constreñidos por la sensata reflexión de que, después de tantos sacrificios impuestos a nuestras fuerzas, hubiera sido temerario y expuesto a graves reveses tentar aún la fortuna pidiéndole imposibles.

Continúa la <ofensiva Stalin>

Aunque disipado por el momento, con la toma de Feodosia y el cierre del gollete de la península de Kerch, el gravísimo peligro que se había cernido sobre el Decimoprimer Ejército, no por eso nos hacíamos la ilusión de que el enemigo fuese a dejarnos ya en paz. Porque si en todo el Frente del Este seguía empeñado en desquitarse de sus derrotas del verano y hacerse con la iniciativa, ¡cómo iba a olvidar en su programa justamente la península de Crimea, en donde su dominio marítimo le brindaba mejores oportunidades? Un éxito allí, habida cuenta de la actitud de Turquía y la cercanía de la zona petrolífera rumana a las bases aéreas de la península, podría resultar de una trascendencia político-económica que invirtiese la total situación en el Este. Además de que había pregonado en su propaganda la ofensiva en Crimea en tan íntima conexión con el nombre de Stalin, que no cabía imaginar un paso atrás en su actitud.

Y así resultó, pues bien pronto pudimos comprobar que el enemigo seguía acumulando fuerzas en Kerch. Como contaba con su <puente de hielo de Kerch>, podía, por el momento, sobrellevar bastante bien la pérdida del puerto de Feodosia. En cuanto a las cercanías, nuestros servicios de observación aérea comprobaban

la persistencia de importantes efectivos enemigos en los puertos del mar Negro y en los aeródromos de la zona norte del Cáucaso. Por lo que toca al frente propiamente dicho, ya el

29 de enero tenía en el de Parpatsch más de nueve divisiones, dos brigadas de fusileros y dos de tanques, bien llegado como reemplazo, bien como restantes de las anteriores luchas.

En el frente de Sebastopol se hacía sentir igualmente una mayor presión, sobre todo artillera.

Nosotros, en cambio, habíamos de limitarnos a seguir a la expectativa y a disponerlo todo en ambos frentes para poder dispensarle al enemigo una acogida por lo menos calurosa si se resolvía al ataque.

Por más que el Alto Mando del Ejército comprendía lo precario de nuestra situación, no podía de momento venir en ayuda nuestra, dado el volumen de fuerzas que el resto del frente oriental reclamaba. Menos mal que el mariscal Antonescu se avino a cedernos dos divisiones rumanas más, de las que destinamos la 10ª a la seguridad de las costas de Crimea, y en especial del puerto de Eupatoria, y la 18ª la incorporamos al ala norte del frente de Parpatsch. Suponíamos, la hacerlo así, que bien podría esta división mantener sus posiciones flanqueadas por el mar de Azov y apostadas tras de una zona pantanosa que hacía muy improbable el avance por allí de contingentes importantes del enemigo.

Al cabo de unas semanas aparentemente tranquilas, aunque en realidad cargadas de tensión, el 27 de febrero desencadenó por fin el enemigo el esperado para ataque.

En el frente de Sebastopol trató de romper la débil línea del cerco de norte a este por el sector del LIV Cuerpo de Ejército, cuando, contra cuatro divisiones alemanas y una brigada rumana de montaña, contaba en el recinto de la fortaleza con siete divisiones de fusileros, tres brigadas y una división de caballería (sin caballos) reforzadas por la artillería de plaza. Gracias al magnífico espíritu de las tropas y a la eficacia de nuestra artillería, los ataques enemigos, especialmente dirigidos contra el sector que cubrían la 22ª División de la Baja Sajonia y la 24ª de Sajonia, pudieron ser rechazados en cruenta lucha.

El enemigo atacó Parpatsch con siete divisiones de fusileros, dos brigadas y varios batallones de tanques al XXX y al XLII Cuerpos, allí situados, el primero con la 170ª y la 132ª Divisiones de Infantería y el segundo con la 46ª de Infantería y la 18ª rumana. Por si esta superioridad no bastante aún, se reservaba el enemigo en se-

gunda línea, para intervenir a su hora y explotar la ruptura esperada, de seis a siete divisiones de fusileros, dos brigadas de tanques y una división de caballería.

Mientras que las divisiones alemanas supieron resistir eficazmente la embestida enemiga, la defensa de la 18ª División rumana se vino abajo, dando lugar a la pérdida de dos secciones de artillería alemana emplazadas en su sector. Apelando al único recurso que nos quedaba, lanzamos a la brecha al 213º Regimiento de Infantería, que constituía nuestra reserva, y procedente de la parte sur del frente, el Cuartel general de la 170ª División y el 105º Regimiento para taponar el boquete. Pero la marcha de aquellas tropas con sus armas pesadas a través de tales atolladeros era tan lenta, que el enemigo tuvo tiempo de avanzar hacia poniente hasta KIet, dejando así prácticamente abierto por el norte el paso de Parpatsch. La división rumana quedaba ya al margen de la lucha.

Los combates siguieron sin perder un punto de su violencia, tanto aquí como en Sebastopol, hasta el 3 de marzo, fecha en que por ambas partes sobrevino una pausa de agotamiento. En el frente de Parpatsch habíamos conseguido al fin bloquear la ruptura en el lado norte, aprovechando para ello la condición pantanosa de los terrenos. Apretamos allí la penetración enemiga hasta el punto de poder restablecer un frente continuo, perfectamente hermético, si bien quedó subsistente en el extremo norte una curva de penetración hacia occidente bastante pronunciada.

El 13 de marzo nuevamente volvió al ataque el enemigo, y esta vez en gran escala, pues que alineó en vanguardia ocho divisiones de fusileros y dos brigadas de tanques. De éstas dejamos fuera de combate, en los tres primeros días de lucha, 136 blindados. Sin embargo, en varios puntos del frente hubimos de pasar por serías crisis. Baste decir que los regimientos de la 46ª División, como la que iba el eje del avance, en aquellos primeros días tuvieron que rechazar de diez a doce ataques.

El 18 de marzo, el mando del XLII Cuerpo se vio obligado a comunicar que ya no podría resistir otro ataque de grandes proporciones.

Afortunadamente acababa de llegar a retaguardia del frente la 22ª División Panzer, de nueva formación, enviada por el OKH. Por lo que nuestro mando se decidió a lanzarla al contraataque en vista de lo apremiante de la situación. El objetivo de esta acción habría de ser reponer la línea principal de combate en su primitivo curso de la zona más estrecha del gollete de Parpatsch, cortando

para ello y aislando a las fuerzas enemigas de penetración en el lado norte, que ascenderían a unas dos o tres divisiones.

Había vuelto yo a adelantarme con un reducidísimo Estado Mayor a un puesto de mando de combate situado en las inmediaciones mismas del frente de Parpatsch en peligro, para poder observar personalmente las medidas de contraataque que el mando del XLII Cuerpo iba a tomar.

El ataque, efectuado el 20 de marzo, y al que habrían de sumarse en sus alas la 46ª y la 170ª Divisiones de Infantería, no tuvo éxito. La división blindada fue a encontrarse entre la neblinosa bruma matinal con unas posiciones soviéticas dispuestas por su parte a tomar la ofensiva, y lo que allí quedó de manifiesto fue la equivocación del mando de nuestro ejército de encomendar una importante acción a una división de formación reciente, antes de haberla probado y ejercitado en unidades y acciones de menor alcance. Mientras que aquí fracasaba en su ataque, aun cuando limitado a un objetivo de no muy amplias proporciones, pocas semanas después justificada plenamente las esperanzas que en ella habíamos puesto, luego que hubo perfeccionado su instrucción de acoplamiento en ejercicios bélicos complementarios. La única disculpa que teníamos para haberla aplicado prematuramente era la de que no contábamos con otro recurso entonces para intentar la escisión. Pero no todo se había perdido, aunque tampoco lo hubiésemos conseguido instante en que se disponía a atacarnos, dejó bastante malparados sus proyectos, a los que ya no volvió hasta el 26 de marzo, para verse rechazado por el XLII Cuerpo. Por cierto que en esta ocasión solamente había lanzado cuatro divisiones, bien porque sus fuerzas se hallasen de momento apuradas por efecto de los combates anteriores, bien porque prefiriese ahora un objetivo de proporciones modestas después de haberse encontrado con que por vez primera actuaban los tanques a nuestros lado.

Entretanto, y mientras que la 22ª División Panzer descansaba en la retaguardia, llegó también la 28ª Ligera con sus primeros efectivos. Con lo que ya podíamos esperar con calma cualquier ataque enemigo.

1.Las nuevas divisiones <ligeras> ya no eran, como las anteriores, unidades intermedias entre la división panzer y la motorizada, sino que correspondían más bien por su organización y armamento a la división de montaña. Más tarde se las denominó divisiones de cazadores.

Éste tuvo lugar- y había de ser su último esfuerzo para reconquistar Crimea- el 9 de abril, con efectivos de 6 a 8 divisiones de fusileros reforzados por 160 tanuqes y duró hasta el 11 del mes, siempre rechazado con graves pérdidas para el enemigo. Con aquella acción quedaba agotada por completo la fuerza combativa del enemigo en aquel frente, y las valientes divisiones que tan brillantemente se habían sobrepuesto a la propia fatiga y llevado a buen término la batalla defensiva, podían ahora reponerse del esfuerzo rendido, aun cuando no hubiese posibilidad de retirarlas del frente.

En cambio, el mando de nuestro ejército no tenía más remedio que ponerse, después de todo un invierno de nervios en tensión, a la nueva tarea de estudio y preparación de la propia ofensiva para acabar de expulsar a los soviéticos de Crimea.

<Trappen-Jagd>

La reconquista de la península de Kerch

Ya durante la pausa sobrevenida entre la penúltima y la última batallas en defensa de la península de Kerch se había presentado en Crimea el jefe del Estado rumano, mariscal Antonescu, y visitado conmigo las divisiones rumanas y el frente de Sebastopol. Su continente marcial dejaba una excelente impresión, y las primeras categorías del mando rumano parecían sentirse ante él singularmente sumisas. Para mí supuso una gran ventaja aquella visita, por cuanto el mariscal me asignó dos divisiones rumanas más, cuando el OKH no podía ya concederme para la planeada ofensiva más que la 22ª División Panzer y la 28ª Ligera, recientemente llegadas.

De acuerdo con lo dispuesto en las instrucciones del OKH, la expulsión definitiva de los soviéticos de Crimea y de su fortaleza de Sebastopol había de ser la señal para desencadenar por su parte la gran ofensiva en el sector sur del frente oriental.

Pero para el Decimoprimer Ejército ya se comprenderá que lo primero de todo era acabar con las fuerzas enemigas en la penínusla de Kerch, por donde el enemigo podía más pronto y fácilmente acrecentar sus contingentes, seguía constituyendo el talón de Aquiles del

Decimoprimer Ejército y no podíamos dar tiempo a que por él se rehiciese al enemigo de los descalabros sufridos. En consecuencia, era Sebastopol el frente que tendría que esperar a que liquidásemos la partida de Kerch.

No parecía, con todo, la proporción de fuerzas en Crimea la más indicada para infundir un gran optimismo respecto a la posibilidad de consecuencia un gran arduos objetivos.

El enemigo tenía tres ejércitos en Crimea dependiendo de un Cuartel General del Frente de Crimea, al parecer de reciente formación, y con sede probable en Kerch.

La fortaleza de Sebastopol seguía defendida por el Ejército Costero, con un total, en febrero, de 7 divisiones de fusileros, una brigada también de fusileros, dos de navles y una división de caballería a proyectada ofensiva de Kerch, en el frente norte y este de la fortaleza solamente el LIV Cuerpo de Ejército con la 19ª División rumana que acabábamos de incorporar en relevo de la 50ª de Infantería alemana destinada a Kerch. En el frente sur de Sebastopol sólo dejábamos la 72ª División de Infantería.

El Cuerpo de Montaña rumano con la 4ª Brigada tendría la misión de proteger toda la costa sur de Crimea contra posibles sorpresas del enemigo por mar. En otras palabras; para poder efectuar la ofensiva en Kerch con fuerzas de consideración, el mando de nuestro ejército otra vez tenía que acudir al peligroso recurso de dejar los demás frentes con guarniciones sumamente tenues.

En el de Kerch teníamos de parte enemiga el 44º y el 51º Ejército, que a fines de abril de 1942 contaban 17 divisiones de fusileros, 3 brigadas también de fusileros, 2 divisiones de caballería y 4 brigadas de tanques, o sea, un total de 26 grandes unidades.

A esta masa de combatientes no podía enfrentarle el mando del ejército más que 5 divisiones de infantería alemanas 8incluida la 50ª que habíamos de retirar de Sebastopol) y la 22ª División Panzer. A ellas habría que sumar, a las órdenes del VII Cuerpo rumano, nuevamente incorporado, la 19ª División de Infantería y la 8º Brigada de Caballería rumana, además de la

10ª División rumana traída de la costa occidental. Pero como las fuerzas rumanas tenían para la ofensiva planeada bajo el seudónimo de <Trappen-Jagd> se nos hacía más desventajosa aún.

Añádase a esta inicial dificultad la de que el ataque en el gollete de Parpatsch sólo frontalmente podía emprenderse, ya que los dos mares de flanqueo cerraban el paso a toda posibilidad de maniobra envolvente. Además, el enemigo había dispuesto escalonadamente un profundo sistema de trincheras y posiciones detrás del frente. De suerte que era para preguntarse si dadas tales condi-

ciones y el desequilibrio de fuerzas, que por lo menos era de dos contra uno a favor del enemigo, tendríamos aún alguna razonable probabilidad de llegar al propósito perseguido de aniquilar a los dos ejércitos soviéticos.

De lo que no cabía alguna, por de pronto, era de que ni con rechazar a las fuerzas enemigas, si siquiera logrando una ruptura, conseguiríamos nuestro objetivo. Porque si el enemigo, aun después de perdidas las posiciones de Parpatsch se rehacía y plantaba cara en otro sitio, tendríamos la operación estancada ya. Habíamos de contar, en efecto, que como la península se ensancha a medida que uno avanza por ella hacia oriente, cuanto más empujásemos al enemigo, mayores serían sus posibilidades de sacar partido de la superioridad numérica. Y nuestras seis divisiones alemanas, que para atacar en un frente de 18 kilómetros como el de Parpatsch resultaban suficientes por la sencilla razón de que el enemigo no podía en tan poco espacio desplegar todas sus fuerzas, habrían de luchar muy desventajosamente en frente, por ejemplo, de 40 kilómetros. No podíamos, pues, dejar que el enemigo nos llevase al punto más conveniente para el total y eficaz despliegue de sus efectivos, sino que habríamos de romper el frente de Parpatsch, profundizar rápidamente y tratar de aniquilar el grueso de las fuerzas enemigas ya en el curso de la primera embestida a fondo.

En este sentido fue el mismo enemigo quien se encargó de ofrecernos una oportunidad. En el sector de su frente- entre el Mar Negro y Koj Assan- se hallaba todavía sustancialmente en las fuertes posiciones primitivas de Parpatsch que el fracaso de sus ataques no le había permitido abandonar, mientras que en el sector norte de su frente se había adelantado en un amplio

arco hasta Kiet, en dirección oeste. Que por allí era por donde había arrollado en su día a la 18ª División rumana, estableciendo el enorme saliente.

Que el mando soviético contaba con que nosotros habíamos de tratar de cortar aquel saliente, lo ponían bien de manifiesto la manera cómo tenía distribuidas sus fuerzas. De nuestros reconocimientos se desprendía, en efecto, que había agrupado los dos tercios de sus efectivos- tanto de los del frente como de las unidades mantenidas en reserva- en el sector norte y a retaguardia de él, respectivamente. En cambio, en el sector del sur sólo había en el frente tres divisiones y dos o tres más de reserva. Que, por cierto, no me parece aventurado suponer el origen de esta precaución del enemigo en el frustrado ataque de nuestra 22ª División Panzer, destinado a contar el saliente del frente en el sector a occidente de Koj Assan.

Basado en esta situación y supuestos, había preparado el mando de nuestro ejército su plan de ataque para la Operación <trappen-Jagd>. No se proponía asestar el golpe decisivo en forma directamente orientada contra el saliente enemigo, sino llevarlo por el sector sur del frente a lo largo de la costa del Mar Negro, o sea, en donde aquél menos lo esperaba.

De llevar a cabo el ataque y las correspondientes maniobras de distracción se encargarían el XXX Cuerpo de Ejército con la 28ª División Ligera, la 132ª y la 50ª de Infantería y la 22ª Panzer; reservándose a la 170ª de Infantería el papel de mantenerse al principio en el sector central para engañar al enemigo y pasarse luego al sector su también.

El cuerpo avanzaría con tres divisiones de infantería en línea de batalla a forzar las posiciones enemigas de Parpatsch y salvar los profundos fosos para tanques, a fin de ganar por de pronto terreno suficiente al este para que la división panzer pudiese trasponer las zonas de trincheras. Seguidamente giraría, juntamente con la división panzer, hacia el nordeste y más tarde hacia el norte, al objeto de coger por flanco y retaguardia al grueso de las fuerzas enemigas situadas detrás del sector note y en cooperación con el XLII Cuerpo de Ejército y con el VII rumano embolsarlo en la costa norte de la península.

La cobertura del flanco oriental del cuerpo, en esta maniobra expuesto a un ataque de fuerzas enemigas de Kerch, correría a cargo de una agrupación móvil- Brigada Groddek- integrada por

unidades motorizadas alemanas y rumanas. Dicha brigada llevaría a cabo su misión en forma ofensiva, avanzando rápida en dirección a Kerch, al objeto de poder adelantarse al mismo tiempo a las fracciones enemigas que pudieran tratar de replegarse a posiciones de retaguardia.

Con el objeto de facilitar un poco la ardua operación de la primera ruptura del frente de Parpatsch, el mando de nuestro ejército pensó- por vez primera- en valerse de lanchas de asalto y lanzar algunos contingentes por mar; para lo que partiría de Feodosia al alba un batallón que cruzando las aguas caería sobre la retaguardia de las posiciones enemigas en Parpatsch.

El decisivo ataque del cuerpo de ejército había de ser secundado, además de por la artillería pesada, por todo el VIII Cuerpo Aéreo.

Este cuerpo, que disponía de importantes contingentes de artillería antiaérea, formaba un conjunto que bien puede calificarse de la más contundente y segura agrupación de la Luftwaffe para

secundar operaciones terrestres. Su comandante en jefe, el barón Von Richthofen, fue a buen seguro la más importante figura de la Luftwaffe con que contamos durante la Segunda Guerra Mundial. Hombre que exigía de las fuerzas a sus órdenes verdaderas proezas, tampoco él se hurtaba al trabajo y al riesgo, pues no había acción importante cuyo curso no vigilase él mismo desde el aire. Siempre se le podía ver en las primeras líneas del Ejército en el frente, en donde estudiaba directamente las posibilidades que pudiera haber de apoyar con su arma las operaciones de las fuerzas de tierra. Por lo que en todo momento me entendía a maravilla con él a los efectos de colaboración, tanto en el Decimoprimer Ejército, como más tarde en el Grupo de Ejércitos del Don y del Sur, y no podré nunca recordar sin gratitud y admiración su contribución y la de su cuerpo. Asimismo tengo que reconocer que era un verdadero placer la colaboración con su jefe de Estado Mayor, coronel Christ.

En el resto del frente habíamos encomendado al XLII Cuerpo de Ejército y al VII rumano la misión de simular un ataque para fijar así al enemigo en sus posiciones, bien entendido que en cuanto se hubiese conseguido la ruptura de las posiciones al sur de Parpatsch, también estos cuerpos pasarían al ataque efectivo.

De dos supuestos dependía el éxito de la operación: ante todo, de que lográsemos mantener al enemigo en la creencia de que nuestro ataque iba a efectuarse por el norte hasta que ya no le quedase posibilidad de zafarse del peligro o de lanzar sus reservas sobre el sector sur. En segundo lugar, dependía de la rapidez con que el XXX Cuerpo de ejército y especialmente la 22ª División Panzer lograsen abrirse camino hacia el norte.

El primer supuesto o condición tratamos de asegurárnoslo tomando las correspondientes medidas de <camuflajes>, desde los mensajes desorientadores de radio, hasta la simulada preparación artillera en los sectores norte y centro y los consiguientes movimientos de fuerzas en dichas zonas. Y es evidente que estas medidas tuvieron pleno éxito, toda vez que el grueso de reservas del enemigo siguió respaldando su ala norte hasta un momento en que ya el error no tenía remedio.

Por lo que toca a la rapidez de ejecución de la operación del XXX Cuerpo de Ejército, parece como si por veces los elementos quisieran tomar nuevamente el partido del enemigo.

En vísperas del inicio de la ofensiva nos vimos privados de la inapreciable asistencia de nuestro jefe de Estado Mayor, general

Wöhler, que tan eficazmente me había secundado en los trances difíciles del invierno y que había sido luego el alma del proyecto de la ofensiva <Trappen-Jagd>. Muy sensible se nos hizo la necesidad de despedirnos de él justamente en el instante en que por fin íbamos a recuperar nosotros la iniciativa; pero como había sido nombrado jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos Centro, no me pareció bien poner obstáculos a su ascenso.

Sucedió a Wöhler en el cargo el general Schulz, en quién hallé también un amigo leal y un excelente consejero. Su colaboración en los más apurados trances de la campaña de invierno de 1943, cuando el Sexto Ejército llegaba a su final, me fue valiosísima. Nervios de acero y una acusada sensibilidad para captar las necesidades y problemas más urgentes de las tropas constituían las características más acusadas de este valeroso soldado, que sabía hermanarlas con una invariable amabilidad caballerosa. Si ya como comandante de división había sabido merecerla Cruz de Hierro en una situación de las más arduas, nada tiene de extraño que

hubiésemos de verle más tarde como comandante general en la zona del Grupo de Ejércitos Sur seguro e intrépido allí donde el peligro era mayor.

El 8 de mayo fue la fecha en que nuestro ejército inició el ataque de la Operación <Trappen-Jagd>.

Tuvo el XXX Cuerpo de Ejército la fortuna de romper las primeras posiciones del enemigo y trasponer los fosos antitanques, mientras que la maniobra de llevar en botes de asalto fuerzas que sorprendiesen al enemigo por retaguardia coadyuvaba eficazmente al avance del ala a lo largo de la costa. No fue, con todo, nada fácil la lucha, puesto que el terreno ocupado allende los pozos antitanques resultaba insuficiente para que le división blindada pudiese evolucionar y seguir adelante. Tampoco el ataque del XLII Cuerpo de Ejército consiguió al principio progresar sino con grandes dificultades. Así y todo, habíamos logrado comprometer en la lucha a diez divisiones enemigas y derrotar al ala sur, pareciendo confirmarse la impresión de que las reservas del adversario seguían efectivamente detrás de su ala norte.

El 9 de mayo la situación había progresado hasta el punto de que podíamos adelantar nuestra 22ª División Panzer hasta la posición de partida para el ataque. Luego, en cuanto se dispuso a girar hacia el norte hubo de rechazar un fuerte ataque de tanques ene-

migos, y seguidamente comenzó a llover, persistiendo el agua incluso durante toda la noche siguiente y tornando casi imposible hasta el 10 por la mañana la progresión de los blindados y la intervención de las escuadrillas de combate de la Luftwaffe. Sólo por la tarde de aquel día escampó y pudimos reanudar la lucha. Claro, está que como la operación dependía justamente e la rapidez de ejecución, el retraso de veinticuatro horas ocasionado por las lluvias podía sernos fatal. Menos mal que la Brigada Grodek había avanzado rauda hacia el este antes de que la sorprendiesen las lluvias, de modo que podía adelantarse a cualquier tentativa del enemigo de hacer frente en posiciones de retaguardia. Y es que seguramente no habían contado los rusos con una tan audaz penetración en su retaguardia profunda. Por desgracia, el

valiente jefe de la brigada, el coronel Groddek, resultó gravemente herido en el curso de la operación y poco después fallecía a consecuencia de sus heridas.

Desde el 11 de mayo ya las operaciones siguieron su curso previsto sin ningún retraso importante, y la 22ª División Panzer alcanzaba en su penetración septentrional la costa norte, dejando embolsadas a unas 8 divisiones enemigas. Era el momento en que el ejército podía dar la orden de iniciar la persecución. Todas las tropas, incluidas las rumanas, se pusieron a ello con tan resuelto empeño que el 16 de mayo caía la ciudad de Kerch en poder de la 170ª División y del 213º Regimiento. Aun habríamos de necesitar, con todo, librar duros combates locales hasta conseguir acabar con los restos de las fuerzas enemigas acogidos a la costa oriental.

Antes del ataque había vuelto yo a ocupar un puesto de mando de combate inmediato al frente, que me permitía pasar todo el día recorriendo los mandos y las tropas de vanguardia. Y puedo asegurar que nada hay tan inolvidable para un soldado como las impresiones de una precipitada persecución presenciada en primera línea. Todas las carreteras quedaban cubiertas de vehículos, nos encontrábamos con largas columnas de prisioneros. Pero más imponente que todo esto era el espectáculo asequible desde una altura inmediata a Kerch, en la que reuní con el general Von Richtofen. Ante nosotros teníamos el mar, el estrecho de Kerck y la orilla frontera bajo un sol esplendente. La meta con la que tanto tiempo habíamos soñado, allí estaba, rendida a nuestros pies, y toda la arena de la playa cubierta de heterogéneos vehículos. Una y otra vez volvían las lanchas rápidas soviéticas a su in-

tento de recoger por lo menos efectivos humanos de la playa; pero siempre tenían que retirarse, rechazadas por nuestro fuego. Para que las últimas fracciones enemigas que todavía luchaban en la costa depusiesen las armas y pudiésemos ahorrar así nuevas bajas a nuestra infantería, concentramos todo el fuego de nuestra artillería sobre los últimos focos de resistencia.

El 18 de mayo la <Batalla de la península de Kerch> había terminado. Sólo pequeño grupos enemigos siguieron resistiendo aún dentro de las cavernas rocosas próximas a Kerch durante algunas semanas bajo la coacción de comisarios fanáticos. El resultado deducido de los partes fueron 170.000 prisioneros, 1.133 cañones y 258 tanques en poder nuestro.

Cinco divisiones de infantería alemanas, una de tanques, dos divisiones rumanas también de infantería y una brigada de caballería habían dado cuenta de dos ejércitos enemigos, con un total de 26 grandes unidades. Únicamente grupos insignificantes enemigos habían logrado salvar el estrecho de Kerch y acogerse a la península de Taman. Nuevamente habían rendido nuestras tropas hasta su último esfuerzo y alcanzado una victoria inaudita, bien que en ella le correspondiese por muy justo título una parte decisiva al VIII Cuerpo Aéreo. ¡Era una auténtica batalla de aniquilamiento la que acabábamos de librar con pleno éxito!

<Storfang>, o la conquista del fuerte de Sebastopol.

Ahora era cuando el Decimoprimer Ejército se enfrentaba con la más ardua de las misiones: la conquista de la fortaleza de Sebastopol.

Nuestro parecer sobre la forma en que habríamos de atacar la fortaleza ya se lo había expuesto a Hitler en su Cuartel General a mediados de abril juntamente con el plan de la ofensiva en Kerch. Era la primera vez que como superior comandante me reunía con él desde aquella otra ocasión en que, en febrero de 1940, le informara acerca de las posibilidades de una ofensiva en occidente. Y también en esta segunda entrevista me dejó la impresión de que, no solamente estaba muy al corriente de todos los detalles de los combates precedentes, sino que también se mostraba comprensivo con los puntos de vista operativos que no sometía a su consideración. Con la mayor atención escuchó todas mis explicaciones de cómo el mando del ejército se planteaba la ofensiva de Kerch y el asalto a la fortaleza y se mostró en todo conforme. Entonces no intentó siquie-

ra la menor objeción a nuestras propuestas, tan frecuente andando el tiempo cada vez que algún jefe formulaba un plan y había de aguantar pacientemente sus divagaciones obstructivas en interminable serie de oscuras estadísticas de producción.

Dejamos entonces, eso sí, sin tocar siquiera una cuestión fundamental: la de si, habida cuenta de la proyectada ofensiva en Ucrania, no hubiera sido más conveniente otra solución que la de retener todo el Decimoprimer Ejército por un período indefinido para expugnar y rendir la poderosa fortaleza de Sebastopol, sobre todo cuando por la victoria en la península de Kerch quedábamos a salvo de peligro en Crimea. Claro está que la decisión en este aspecto era cosa de la competencia del mando supremo y no del de mi ejército. Por mi parte, ahora como entonces sigo creyendo que no fue desacertada la orden de que el Decimoprimer Ejército se ocupase ante todo de la toma de Sebastopol. Si se hubiera dispuesto que nos limitásemos a mantener cercada la fortaleza, habríamos necesitado para ello, además de las fuerzas rumanas, de 3 a 4 divisiones nuestras y dejado así la mitad del ejército inmovilizada en Crimea. Error manifiesto fue, en cambio, el que el mando supremo se llevase el ejército del ala sur del frente oriental luego de haber tomado Sebastopol, para enviarlo a Leningrado y a taponar brechas en el frente. Lo procedente hubiera sido llevarlo por los estrechos de Kerch a Kuban, como estaba planeado, para atrapar a las fuerzas enemigas que ante el Grupo de Ejércitos A retrocedían del Don inferior al Cáucaso. O llevarlo como reserva detrás del ala sur, si para la maniobra antes mencionada no había quedado disponible a tiempo. Con ello hubiéramos evitado la tragedia de Stalingrado.

Inmediatamente después de terminada la lucha en Kerch, el mando de nuestro ejército dispuso la reagrupación de fuerzas para el ataque a Sebastopol.

Al XLII Cuerpo se le encomendó la seguridad de la península de Kerch y de la costa sur de Crimea. Para lo que se le dejó como fuerzas alemanas solamente la 46ª división de Infantería, además del VII Cuerpo rumano, con su 10ª y 19ª Divisiones de Infantería, la 4ª División de Montaña y la 8ª Brigada de Caballería. Todas las restantes fuerzas del ejército fueron puestas en marcha hacia Sebastopol.

1. La 22ª División 22 Panzer tuvo que serle cedida al grupo de Ejércitos Sur.

Que el ataque a la fortaleza había de hacérsenos más arduo aún que en diciembre del año anterior, era cosa que saltaba a la vista. Que por algo había dispuesto el enemigo de medio año, para no haberlo aprovechado en reforzar sus defensas. Completar sus unidades y hacer acopio de reservas y provisiones por la vía libre marítima.

La invulnerabilidad de Sebastopol no estaba tanto en sus modernos reductor y obras de fortificación, de las que no faltaban algunas, como en la aspereza extraordinaria del terreno, en lo abrupto de su configuración y en la multiplicidad de pequeños fuertes, que cubrían como una espesa red toda la zona del valle del Belbek hasta la costa del Mar Negro.

Sobre todo el sector entre el valle del Belbek y la bahía de Ssewernaja vnía a ser algo así como un enorme erizo de fuertes.

Discurría el frente norte al sur del Belbek, si bien disponía también el enemigo de un amplio punto de apoyo más al norte, en la costa, en torno a la localidad de Ljubimowka, por su lado septentrional. El mismo valle y las laderas dque haciael sur ascendían estaban cerrados a lo largo por una batería de 305mm, montada según los últimos requisitos, a la que nosotros denominamos <Máximo Gorki I>. y las alturas de flanqueo contaban con una espesa red de reductos- algunos de cemento armado- en una profundidad de dos kilómetros. Luego venía toda una serie de puntos de apoyo de recia construcción de cemento armado en su mayoría, bautizados por nuestras tropas con los nombres de <Stalin>, <Volga>, <Siberia>, <Molotov>, <GPU>, <Checa>, etc., enlazados entre sí por una cadena de posiciones de campaña. Una tercera zona defensiva discurría tras de ésta, apoyada en los reductos <Donez>, <Volga>, <Lenin>, en la localidad de Bartenjewka habilitada para la defensa, en el antiguo Fuerte del Norte y en la batería costera de <Punta Artillada>, cerrando en último lugar el paso del acantilado que constituía la orilla norte de al bahía de Ssewernaja. En aquella roca habían perforado y abierto galerías para almacenar vituallas y municiones a 30 metros de profundidad.

El frente este torcía a unos 2 kilómetros al este del pueblo de Belbek hacia el sur desde el frente norte, y la curva de conjunción de ambos frentes contaba con la cobertura del profundo barranco de kamyschly. Discurría luego la parte del frente oriental por una zona de monte bajo mue espeso, que allí cubría las empinadas laderas en que se prolongaban los montes de Jaila. Toda aquella espesura estaba salpicaba de pequeños reductos abiertos en la roca.

Viva, imposibles de alcanzar con el fuego artillero, y terminaba el sector boscoso en unas escarpadas alturas al sur y sudeste de la localidad de Gajtany.

Más al sur iba desapareciendo toda vegetación, pero también el terreno se hacía por momentos más abrupto, hasta que ya en el sector de la costa se convertía en una montaña de roca pelada.

Al sur del Tschornaja teníamos toda una serie de agujas o crestas habilitadas por los soviéticos para la defensa, flanqueando con su amenaza los dos lados de la carretera general de la costa sur de Sebastopol, de suerte que el acceso a la zona sur de la fortaleza quedaba interceptado por las estratégicas eminencias que nuestros hombres designaban con los motes de <Zuckerhut> (pan de azúcar), <Nordnase> (punta norte), <Kapellenberg> (monte del oratorio) y <Rinenhügel> (colina de las ruinas). Y terminaba el sector por el pueblo fortificado de kamary y por el macizo rocoso al norte de la bahía de Balaclava, en donde el enemigo había tratado de sostenerse cuando en el otoño de 1941 el 105º Regimiento de Infantería tomara el fuerte de este nombre en un audaz ataque. Se nos hacía tanto más difícil forzar la barrera formada por aquella cadena de farallones y cumbres fortificadas, cuanto que cada monte estaba allí flanqueado por otro.

Detrás de aquella primera zona de defensa se alzaba al norte de la carretera de Sebastopol el macizo de las cimas Fedjukiny, prolongado por el sur hasta las montañas costeras por puntos de apoyo tales como <El nido del águila> y el pueblo fortificado de Kadykowka. En conjunto, venían a constituir el campo avanzado de la fuerte posición enemiga de las alturas de sapun, consistentes a su vez en una cadena de eminencias cortadas casi a pico por el lado este, que arranca de la roca de Inkerman y domina por de pronto el valle de Tschornaja hasta el sur de Gajtant. Avanza después al sudoeste el macizo, bloquea la carretera a Sebastopol y en la <Cima del molino de viento>, prolongación occidental de las montañas costeras, enlaza con la costa. Esta posición es sumamente difícil para el asalto de la infantería por lo escarpado de sus laderas y las posibilidades de doble flanqueo que presenta, además de que domina con sus atalayas artilleras toda la vasta zona de fortificaciones situada enfrente. Por eso había constituido la posición de las Sapun la línea de cobertura a retaguardia de las potencias occidentales en la Guerra de Crimea durante su ataque al paralizado Ejército ruso de Sebastopol.

Pero ni aun cuando el avance consiguiente tomar esta dominante cadena de montañas contaría con vía expedita, puesto que en

la costa le esperaban: toda una serie de baterías navales, entre las que figuraba la moderna <Máximo Gorki II>. Venía después otra posición que, arrancando de la ensenada de Ssewernaja junto a Inkerman corría, en amplio semicírculo hasta recaer en ella al este de la ciudad, en la parte llamada ya bahía de strelezkaja. Integraban la posición una trinchera antitanque, alambradas y numerosas casamatas, y en su recinto comprendía también el cementerio inglés de la Guerra de Crimea, situado al sudoeste de la ciudad y convertido ahora en un potente nido de baterías artilleras.

Finalmente, una última línea fortificada pasaba muy cerca de las afueras de la ciudad, y aun la península de Kherson se hallaba defendida al este por sucesivas barreras transversales. Y si notoria ha sido siempre la habilidad de los rusos para montar y encubrir sus defensas militares, ya puede suponerse a qué extremos de perfección no habrían llegado en Sebastopol, donde ya de por sí les brindaba el terreno excelentes posibilidades de flanqueo y el suelo de roca uina protección tan ajustada para sus cañones, obuses y armas pesadas, que en la práctica sólo podrían ser alcanzadas por no sólo estaban ampliamente minadas las distintas zonas de defensa, sino también los recintos mismos de los fuertes.

En el estudio de las posibilidades de ataque del área fortificada, el mando de nuestro ejército vino a parar a unas conclusiones muy semejantes a las del invierno anterior. El sector central del frente conjunto de la fortaleza quedaba excluido como punto crítico de ataque, al paso que la lucha en la región boscosa habría de costarnos demasiadas víctimas por no permitir allí la configuración del terreno un eficaz empleo de nuestras dos principales ventajas, la aviación y la artillería. Por lo que solamente restaba el ataque desde el norte y nordeste y desde el sur del sector oriental, cargando para ello, al menos al principio, el punto de gravedad sobre el norte. En efecto; aun cuando en el sector norte de la fortaleza, hacia el norte de la ensenada Ssewernaja, eran sin duda más potentes y numerosos los fortines enemigos que en la parte sur, tampoco cabía negar que la orografía ofrecía allí menos dificultades. Y sobre todo, en el sector norte podía nuestra artillería y nuestra aviación conseguir efectos mucho mayores que en los terrenos montañosas del sur, en donde, claro está, tampoco renunciábamos a atacar. Ni podíamos renunciar por dos principales razones: la primera, por lo mucho que nos importaba disgregar la defensa enemiga, solicitándola desde varios puntos; y la segunda, porque habíamos de contar

con que incluso si los rusos perdían las zonas fortificadas del norte de la ensenada Ssewernaja, tratarían de sostenerse en la ciudad y en la península de kherson. Que un aspecto que no podíamos perder de vista era el de que en Sebastopol luchábamos, sí, por la toma de una fortaleza, pero también contra un ejército cuyos efectivos allá se irían con los del atacante, por más que en cuanto a material le llevase éste ventaja. Lo único que podíamos considerar invalidado en los cálculos del invierno precedente, era la necesidad, entonces apremiante y ahora inexistente, de ganar cuanto antes el dominio de los accesos marítimos, puesto que en tanto dispusiera el Decimoprimer Ejército del VIII Cuerpo Aéreo, difícil se le iba a hacer al enemigo el abastecimiento por mar.

Basados en estas consideraciones, formulamos el siguiente plan de ataque para la <Störfang>, que fue el nombre-consigna dado a la operación.

Se proponía el ejército llevar el ataque contra el frente norte y la parte sur del oriental, al tiempo que fijaba al enemigo en el sector central de Mekensia-Werch-Tschorgun. Los primeros objetivos de la acción estaban, para el norte, en la orilla septentrional de la bahía de Ssewernaja y las alturas de Gajtany, y para el sur, en apoderarse de la serie de cumbres de Sapun a ambos lados de las vías que de la costa sur y de Balaclava corrían hasta Sebastopol.

Correría con el ataque norte del LIV Cuerpo de Ejército, con la 22ª, la 24ª, la 50ª y la 132ª Divisiones de Infantería y el 213º Regimiento reforzado de la misma arma. Sus instrucciones eran las de concentrar muy señaladamente sus efectivos sobre el eje de ataque, en dirección a las alturas al norte del sector oriental de la ensenada Ssewernaja. Los sectores del campo fortificado que al principio quedasen a los flancos, habría que procurar de momento mantenerlos dominados, para cogerlos luego, en cuanto fuese posible, por retaguardia. Y el ala izquierda del cuerpo ganaría las alturas de

1. Según los datos del OKH, había entonces en la fortaleza: El Ejército de Costa (general Petrow), con las 2ª, 25ª, 95ª, 172ª, 345ª, 386ª y 388ª Divisiones de Fusileros; la 40ª División de Caballería (sin caballos) y la 7ª, 8ª y 79ª Brigadas Navales. (Las divisiones del Ejército de Costa, en su día derrotadas y refugiadas en la fortaleza, había que considerarlas ahora repuestas en sus plenos efectivos.)
2. Mandaban las divisiones los generales Wolff, Tettan, Scmidt y Lindemann.

Gajtany y zona sudoriental, a fin de que pudiese después intervenir más al sur en la acción el Cuerpo de Montaña rumano.

El ataque del sur estaría a cargo del XXX Cuerpo de Ejército, con la 72ª y la 170ª Divisiones Infantería y la 28ª ligera. Su primera tarea había de ser la conquista de las posiciones de partida y observatorios artilleros para un ulterior ataque a las alturas Sapun. Requisito indispensable para ello era la toma de la primera barrera enemiga erigida en las posiciones en cadena Nordnase-kapellenberg-Ruinenhügel-Kamary- alturas rocosas del sur de Kamary, y la anulación de la ación de flanqueo desde el sur de las alturas rocosas al este de Balaclava. A tal objeto avanzaría la 72ª División de Infantería a ambos lados de la ruta a Sebastopol y la 28ª Ligera comprendería, conforme a su peculiaridad, el asalto y toma del extremo norte de la cordillera rocosa del este de la ensenada de Balaclava. Por el momento habría de quedar en reserva la 170ª División, porque lo quebrado del terreno exigía sucesivos ataques parciales, meticulosamente preparados, para alcanzar los objetivos propuestos.

Entre los dos citados grupos de choque alemanes, el Cuerpo de Montaña rumano tenía la misión de fijar, ante todo, al enemigo en su frente. La 18ª División rumana se encargaría especialmente de proteger el ataque del ala izquierda del LIV Cuerpo de Ejército contra toda presión de flanqueo desde el sur, valiéndose para ello de ataques parciales y de fuego de contención artillera del enmigo. Luego, más al sur, la 1ª División de Montaña rumana apoyaría el ala norte del XXX Cuerpo de Ejército apoderándose del <Pan de azúcar>.

En cuanto a la preparación artillera del ataque, el mando de nuestro ejército renunció al procedimiento, tan socorrido entre los rusos, del fuego graneado. Teniendo en cuenta, en efecto, la configuración del terreno y el número incontable de reductos enemigos, ni esta clase de fuego podría tener efectos decisivos, ni nuestras municiones hubieran bastado para alimentarlo. En lugar de ello, iniciaríamos la preparación artillera cinco días antes del comienzo del ataque de la infantería, mediante un asalto aéreo y artillero de máxima frecuencia de fuego contra los alojamientos reconocidos de las reservas enemigas y sus vías de abastecimiento. A continuación de esta catarata de explosivos, continuaría el ataque artillero con fuego pausado y bien observado, para reducir en los cinco días a la

1. Jefes de división los generales Müller-Gebhardt, Sauder y Sinnhuber.

artillería enemiga y anular su reductos en los sectores avanzados de las defensas, dejándolos maduros para el asalto. Entretanto, el VIII Cuerpo Aéreo machacaría- como lo hizo- en acción incansable la ciudad, el puerto, las instalaciones de aprovisionamiento y servicios y los aeródromos.

Todavía habré de puntualizar, respecto al ataque de nuestra artillería, lo siguiente:

Como se comprenderá, no había perdonado el mando de nuestro ejército recurso alguno a su alcance para reunir el mayor número posible de piezas, ni el Alto Mando del Ejército había dejado de procurarnos los más gruesos calibres y los más poderosos medios de asalto.

En total el LIV Cuerpo de Ejército disponía de 56 baterías pesadas y superpesadas, 41 ligeras y 18 de obuses, así como de dos secciones de piezas de asalto, todo ello al mando de su comandante de artillería, general Zuckertort. Y para el servicio de las 121 baterías contaba con dos secciones de observadores.

Entre las de mayor calibre figuraban baterías de piezas hasta de 190mm, y algunas de morteros y obuses de los calibres 305, 350 y 420mm. Teníamos, demás, dos cañones especiales de 600mm, y el famoso <dora> de 800mm., estudiado y fabricado expresamente para expugnar la Línea Maginot en sus más invulnerables reductos, pero que nunca llegó a necesitarse allí. Era una maravilla de la técnica artillera, con 30 metros de ánima y un afuste como una casa de dos pisos, y se habían necesitado unos 60 vagones para transportar al monstruo y dejarlo emplazado en sus propios raíles. Su protección requería la vigilancia constante de dos secciones de artillería antiaérea, y así por éste como por otros conceptos puede asegurarse que su rendimiento no estaba en proporción con el gasto. De todos modos, gracias a él conseguimos algo que hubiese parecido irrealizable: volar un depósito de municiones enemigo alojado a ¡30 metros de profundidad en la roca viva!, en el extremo norte de la ensenada de Ssewernaja.

La artillería del XXX Cuerpo de Ejército la mandaba Martinek, que antes había sido general austriáco, especialista muy distinguido que por desgracia halló luego la muerte en el Este.

Disponía el Cuerpo de 25 baterías pesadas y superpesadas, 25 ligeras y seis de obuses, así como de una sección de piezas de asalto y una de observadores. Se le había asignado también a este Cuerpo la Sección 300 de tanques, que contaba con blindados guiados por radio y provistos de una potente carga explosiva.

El Cuerpo de Montaña rumano tenía 12 baterías pesadas y 22 ligeras para su misión de fijación de las fuerzas enemigas.

Un buen refuerzo lo tuvo también la artillería atacante en los regimientos de antiaéreos, que el comandante general del VIII Cuerpo Aéreo, general Von Richtofen, le facilitó para aplicación a la lucha terrestre.

Considerada en conjunto, bien puede asegurarse que nunca llegó la artillería alemana a reunir tan potentes elementos de su lado en la segunda guerra, sobre todo por lo que toca a los calibres pesados, como los concentrados para el ataque a Sebastopol. Y, sin embargo, ¡qué insignificancia si los comparamos con las masas artilleras que más tarde habían de considerar indispensables los soviéticos para sus atacante (sin contar los antiaéreos) 208 baterías en un frente de 35 kilómetros; lo que arroja el número de 6 baterías por kilómetros, por más que en determinados puntos del frente nuestra concentración artillera superara, naturalmente, esta proporción. En cambio, los soviéticos alinearon en sus planes de ataque en el año 1945 hasta 250 piezas por kilómetros de frente!

En los últimos días de preparación del ataque me había trasladado yo por breve tiempo a la costa sur, para poder enterarme bien de la situación del XXX Cuerpo de Ejército. Estaba nuestro puesto de mando allí en un edificio que había sido palacete de un gran duque, construido en estilo árabe sobre un acantilado del mar Negro y por todo punto encantador. El último día de mi estancia en él hice una salida de reconocimiento en una lancha rápida italiana- única unidad naval de que disponíamos- a lo largo de la costa sur hasta la altura de Balaclava. Pude de esta suerte percatarme de que la carretera costera, por la que habría de discurrir todo el aprovisionamiento del cuerpo de ejército, podía verse desde el mar y ser cubierta con el fuego naval en caso de que el enemigo se resolviese a hostilizarnos en ella. Por fortuna, la flota soviética del mar Negro no se atrevió a tanto, seguramente por respecto a nuestros aviadores.

Luego, a nuestro regreso habíamos de tener una dolorosa sorpresa en el mismo puerto de Yalta. De pronto nos encontramos con que en torno nuestro silbaban y punteaban el agua las balas de las ametralladoras de aviación y nada menos que dos cazas se enseñaban con nuestra motora. Como habían llegado a favor de un sol deslumbrante y el ruido de los aviones, éstos estaban encima antes de que nosotros nos percatásemos del peligro. En unos cuantos segundos te-

níamos a bordo dieciséis personas muertas o heridas e incendiada la motora, con el peligro que ello suponía por los dos torpedos que fuera de bordo llevaba a los lados. Tuve entonces la satisfacción de comprobar que el comandante de la torpedera, un joven teniente de navío italiano, sabía conducirse impecablemente y no perdía la serenidad en el apurado trance, consiguiendo con su sangre fría salvar la lucha. Mi ayudante Pepo se lanzó al agua, y, sin preocuparse de que la de la costa estaba minada, nadó hasta la orilla, saltó desnudo a un coche y salió a toda velocidad para Yalta, de donde vino a remolcarnos hasta el puerto en el bote croata que en Yalta teníamos. Esta breve travesía se nos hizo sumamente dolorosa, al comprobar que un piloto italiano había perdido la vida y dos marineros se hallaban gravemente heridos. También el comandante del puerto de Yalta, capitán de navío Von Bredow, que nos había acompañado en la excursión, estaba muerto. Relegado en su cargo de comandante de puerto sin acceso al mar, se había sentido rejuvenecido al tener ocasión de volver a pisar una toldilla y sentir bajo sus pies el rumor de los motores de una unidad naval, por pequeña que fuese la nuestra. Y, en el fondo, ¡había tenido la suerte de ir a morir como corresponde a un marino! A mis pies yacía también mi más leal camarada de guerra, mi conductor Fritz Nagel, con un balazo crural. El teniente de navío italiano se rasgó su camisa para improvisar un vendaje, pero la femoral seguía chorreando sangre y no había manera de contener la hemorragia.

Era Fritz Nagel de Karlsruhe y conducía mi coche desde el año 1938, de suerte que eran muchos los trances duros por los que habíamos pasado juntos. Ya en otra ocasión anterior había resultado herido a mi lado en el LVI Cuerpo Panzer que yo mandaba, y siempre había tenido en él un camarada lealísimo y un sincero amigo. De mediana estatura, cabello negro, expresivos ojos castaños de mirada franca, sin asomos siquiera de servilismo en su actitud, era un entuasista de la vida militar, un soldado nato, siempre optimista y animoso, que había ganarse el afecto de todos sus compañeros y jefes. Luego de haberlo desembarcado, yo mismo lo llevé al hospital militar, en donde inmediatamente procedieron a operarle. Pero la pérdida de sangre había sido tal que no pudieron salvarle ya la vida, y aquella misma noche se extinguió. Le dimos luego en el ataque, en el cementerio de Yalta, en uno de los lugares más bellos de aquella bellísima costa, que era como un balcón adelantado sobre el mar.

Quiero consignar aquí en recuerdo suyo unas palabras que entonces pronuncié y que todavía puedo reproducir merced a la circunstancia de habérselas mandarlo luego a sus padres.

¡Adiós, querido camarada, Friedrich nagel, suboficial de nuestro Ejercito! Has sido en vida un entusiasta de nuestro oficio. Llevaban en la sangre la vocación castrense, heredada de tu padre, que había sabido infundirla en lo más recóndito de tu ser y de tu conducta. Por eso eras tú valiente y leal, resuelto y disciplinado, soldado siempre ejemplar, con un seguro porvenir en nuestras filas si el azar no hubiese venido a disponer tu vida por otros caminos.

Fuiste siempre un excelente compañero, en todo momento alegre y altruistas, rodeado, en cambio, del afecto de todos para que tu vida pudiese discurrir tan gravemente como te merecías.

Educado con buen sentido por tus padres, a los que tanto amabas, desde pequeño has conocido la vida del trabajo. Mas como ni trabajo ni servicio has rehusado nunca, sino que a todas tus obligaciones supiste ponerte con buena fe y ánimo honrado, nada se te hacía difícil y de todo triunfaba.

Con tu franca mirada has sabido contemplar las bellezas de este mundo y abrir tu corazón a toda la grandeza de nuestro tiempo. Ni dejaste de deleitarte en los lícitos placeres de la vida, en tanto no te apartasen lo más mínimo del cumplimiento de tu deber. Eso has sido tú: un hombre altruista y jovial, que con su sencilla dedicación supo ganarse el afecto de todos.

Nunca en el camino de tu breve vida dejó de lucir la estrella de la dicha, del éxito, de la alegría y del cariño, ni se vio jamás oscurecido por las sombras de los cuidados o de la aflicción. De tu vida y de tu muerte puede decirse lo que los griegos, que un día hollaron estas costas de tu destino, hubieran dicho: <pronto muere aquel a quien los dioses aman>.

Por más de cinco años has sido mi conductor y fiel compañero, compartiendo conmigo el asiento al volante de nuestro coche. Tu mano firme y tu atención alerta nos han llevado en seguridad a través de muchos países y a lo largo de muchos miles de kilómetros. Nunca entre nosotros ha habido un asomo siquiera de discordia, sin que juntos en fraterna camaradería hemos vivido muchas bellas horas y admirado muchas cosas grandes en estos años colmados de victorias. A mi lado fuiste herido el año pasado y a mi lado acaba de alcanzarte la bala mortal; pero el entrañable vínculo de amistad que nos unió no ha podido romperlo el proyectil alevoso de la última herida.

Mi gratitud, mi lealtad, todos mis recuerdos te asistirán siempre, más allá de la tumba.

¡Descansa en paz, mi buen camarada!

Pero la guerra no consiente reposo, ni aun al pensamiento y al recuerdo. A los pocos días el reducidísimo Estado Mayor del mando de nuestro ejército ocupaba ya un nuevo puesto avanzado en el pueblecito tártaro de Juchary Karales del frente de Sebastopol, pintorescamente recostado en el regazo de un valle que entre pocas se abría. Por más abrigado que parecía en la estrechez de aquella garganta, los soviéticos debían haberse percatado de la presencia allí de un Estado Mayor con servicio de radio, puesto que todos los atardeceres pasaba su indefectible <piloto de turnos con la vieja <máquina de coser> a dejarnos algunas bombas, por fortuna poco certeras. En vistas de ello, nos habilitamos un observatorio en la cima de una de las montañas rocosas de la Tscherkess-Kermen, en donde los godos habían tenido antaño su castillo dominando el idílico valle. Al anochecer del 6 de junio nos trasladamos a él, para iniciar a la mañana siguiente el ataque de la infantería y poder seguirlo en todo el frente. Era un pequeño refugio con una galería inmediata de saeteras telescópicas en tijera, en las que el jefe del Estado Mayor, los de las secciones A y C, Pepo y yo nos apostábamos a pasar las veladas de las tardes tranquilas que precedieron a los tormentosos días de lucha. Y también allí fue Pepo quien animó nuestro melancólico estado de ánima con una de sus salidas.

Me habían propuesto publicar una <orden del día> ponderando ante la tropa la importancia de la lucha que se avecinaba y cuánto de todos esperaba la patria en aquellos trascendentales momentos. La verdad es que yo nunca he sido muy inclinado a tales alocuciones, que suelen quedarse en papeles muertos en nuestras mesas de trabajo, ya que los soldados casi siempre saben perfectamente lo que de ellos se espera y la grandilocuencia castrense no les hace mucha falta. Mas, puesto que en ocasiones semejantes parece que son obligadas estas órdenes del día, también yo redacté la mía en términos sencillos y se la di a Pepo para que la transmitiese. Al cabo de poco tiempo regresaba mi ayudante y me comunicaba: <Mi general: Ya les he largado la gaita.> La expresión era bastante desenvuelta; pero en el fondo no hacía más que reflejar fielmente el concepto que estos solos de orne suelen merecerle al soldado, y los dos nos reímos de buena gana.

A la mañana siguiente, 7 de junio, cuando los primeros rayos del sol comenzaban a dorar el horizonte y en los valles iniciaban su retirada las sombras de la noche, descargaba nuestra artillería su potente zarpazo sobre el enemigo para abrir paso al asalto de la

Infantería y las escuadrillas de la aviación se precipitaban raudas sobre los objetivos que se les habían señalado. Era un espectáculo imponentes, inenarrable, el que a nuestra vista se ofrecía; un caso único en la guerra moderna en que el jefe de un ejército podía contemplar todo el campo de batalla y abarcarlo de una ojeada. Hacia el noroeste teníamos el panorama de la región boscosa, que sustraía a nuestra ansiedad parte de los detalles de la dura lucha del ala izquierda del lIV Cuerpo de Ejército, y los ojos buscaban las alturas de flanqueo del valle sur del Belbek, por las que tan encarnizadamente se había de combatir. Al oeste vagaban nuestras miradas sobre las cumbres de gajtany, tras las cuales asomaba en lontananza el espejo de la ensenada de Ssewernaja en su arranque del mar Negro. Incluso alcanzaba la vista, cuando la atmósfera estaba despejada, las estribaciones de la península de Kherson, en donde habríamos de hallar todavía restos de la cultura helénica. Por el sudoeste surgía la amenaza de las cimas de Sapun y los enhiestos acantilados de las rocosas moles costeras, y por la noche, en todo el vasto círculo de las fortificaciones fulguraban intermitentes destellos artilleros, sustituidos durante el día por surtidores de roca y polvo, abiertos en aquellos riscos dantescos por os impactos de las granadas de nuestra artillería pesada y los de los torpedos aéreos. ¡En verdad que el grandioso escenario no hubiera desentonado de un drama de gigantes!.

Más fuertes, sin embargo, qué las misma naturaleza de aquella <tierra de metralla>, como con razón se denominó al disputado pedazo de suelo; más imponente que todos los recursos de la técnica puestos a contribución por atacantes y defensores; más tenaz e incontrastable que todo ello se mostró la energía y el arrojo de los soldados que pugnaban por la victoria. Frente a Sebastopol no había solamente un ejército atacante numéricamente igualado al menos por el defensor, ni se trataba únicamente de una contienda entre los más modernos procedimientos agresivos de la artillería y la aviación contra reductos acorazados en acero, cemento y roca. Era la pugna del espíritu marcial germano, del valor, de la iniciativa, de la voluntaria entrega incondicional del soldado alemán contra la enconada resistencia de un enemigo cuyos elementos estaban en las favorables condiciones del terreno, en la tenacidad y resistencia inconmovible del soldado ruso y en el estímulo de la férrea coacción del sistema soviético. Sería imposible dar una idea, ni aun aproximada, de la homérica pugna que sin tregua se prolongó por todo un mes bajo el agobio indecible de un calor que ya a primera hora

de las mañanas llegaba a los 50 grados; como tampoco hallaría palabras dignas de la proeza que atacantes y defensores realizaron en sus respectivos campos. ¡Lo que nuestros soldados consumaron allí no sería indigno de la epopeya! Nuestra desabrida pluma de soldado tiene que limitarse a una breve y seca reseña de una gesta pocas veces igualada en su dramática intensidad.

El LIV Cuerpo de Ejército había lanzado a la 132ª División de su ala derecha por el valle del Belbek al ataque frontal de las alturas dominantes al sur del mismo, haciendo caso omiso para ello de la cabeza de puente enemiga de Lubjiomowka que a un lado dejaba. A su izquierda, la 22ª División de Infantería tenía la misión de abrirle paso a la primera por la hoz de Kamtschly al valle del Belbek, atacando para ello al sur de este río desde el este. A la izquierda de esta última división, la 50ª de Infantería la que habría de abrirse paso hacia las alturas de Gajtany, cubierta en su flanco izquierdo por la 18ª División rumana.

En la primera jornada de lucha conseguimos, merced al apoyo masivo de la artillería y al martilleo incesante del VIII Cuerpo Aéreo, salvar la garganta de Kamyschly, trasponer el valle del Belbek y poner pie en las alturas que lo dominan por el sur.

En el ala sur se había hecho el XXX Cuerpo de Ejército ante todo con las posiciones departida a ambos lados de la carretera a Sebastopol para poder lanzarse al ataque a fondo, que sólo unos días después estaría en situación de emprender con el grueso de sus fuerzas.

La segunda etapa del ataque, hasta el 17 de junio, se caracterizó en ambos frentes por una empeñadísima disputa de cada palmo de terreno, de cada reducto y de cada posición, así como por los invariables, obstinados contraataques de los rusos por recuperar lo que habían perdido. En su mejores posiciones, y en ocasiones también en los pequeños reductos, resistían muchas veces hasta el último hombre. En aquellos combates, cuyo peso recaía especialmente sobre la infantería y los zapadores, es digna de singular mención la labor de los observadores avanzados de la artillería, gracias a la cual nos fue posible orientar con precisión la acción artillera sobre las posiciones y reductos más seguros. Ellos y las baterías de asalto fueron los mejores auxiliares de la infantería.

El 13 de junio conseguía el bravo 16º Regimiento de la 22ª División de Infantería, al mando del coronel Von Choltitz, apoderarse

del Fuerte Stalin, ante el cual se había visto paralizado su ataque del invierno anterior. Mejor que nada puede mostrarnos el espíritu de nuestra infantería el ejemplo de uno de los heridos de este regimiento, que, señalando su brazo mutilado y su cabeza herida, decía: <¡Poco importa, habiendo conquistado el Stalin!>

Si bien a costa de muchas bajas, habíamos conseguido hasta el 17 de junio clavar una profunda y ancha cuña en la parte norte del recinto fortificado. Los reductos de la segunda línea defensiva Checa. GPU, Siberia y Volga eran nuestros ya.

También el XXX Cuerpo de Ejército había logrado por la misma fecha meter, una cuña en las zonas que constituían la antecámara defensiva de la posición Sapun. Tras duros combates cayeron en poder nuestro los puntos de apoyo fortificados de la zona de defensa más avanzada, correspondiendo a la 72ª División la toma de Nordnase, Kapellenberg y Ruinenhügel, mientras que la 170ª División se había apoderado de Kamary. Asimismo al norte del Cuerpo conseguía la 1ª División de Montaña rumana apoderarse de la <Zuckerhut> o <pan de azúcar>, tras de varios asaltos frustrados. Por el contrario, sucedía con la 28º División Ligera que sus avances por los abruptos peñascales de la montaña costera, por la <Rosenhügel> y por las cimas <Zinnober I y II> sólo muy lentamente progresaban, porque la condición tan escabrosa de aquel suelo de roca apenas consentía otra forma de avance que el de los sucesivos pequeños asaltos por grupos, y aun éstos con pérdidas muy elevadas.

A pesar de los éxitos tan costosamente alcanzados por aquellos días, la definitiva suerte de nuestro ataque conjunto parecía pender de un hilo. Ni el menor síntoma se percibía aún de que la resistencia enemiga empezase a flaquear, mientras el empuje de nuestras tropas desfallecía a ojos vistas. En el LIV Cuerpo de Ejércitos, por ejemplo, teníamos que retirar del frente por el momento la 132ª División, para relevar sus castigadísimos regimientos de infantería con la 46ª División, de la península de Kerch, a la que pasaba la 24ª División del ala izquierda del cuerpo. Y por si aún no fuese bastante crítica la situación en sí, venía el Alto Mando del Ejército a apremiarnos para que cediésemos el VIII Cuerpo Aéreo, que pensaba retirar de Crimea para la ofensiva de Ucrania, a no ser que el mando de nuestro ejército pudiese prometerle la pronta toma de Sebastopol. Opinábamos nosotros, en cmabio, que el ataque a la fortaleza había que proseguirlo a toda costa hasta la plena expugnación, y que para ello era condición indispensable contar

con la aviación. Afortunadamente, nuestro criterio se impuso. Pero ¿quién hubiera podido ofrecer garantía alguna de la pronta caída de la fortaleza en el momento preciso en que nuestra fuerzas empezaban a acusar un alarmante agotamiento? Justamente porque todo nos hacía temer que nuestra infantería fuese a sentirse impotente en el momento crítico nos concedió el Alto mando del Ejército y que tan oportunos habrían de ser para la fase final de la lucha.

El recurso que en aquella situación les restaba a los dos cuerpos de ataque estaba en explotar la ventaja de que siempre dispone el atacante, de dislocar a placer la dirección o el punto de gravedad del ataque, para, de esta suerte, poder desconcertar al enemigo por la sorpresa.

Y así sucedió, en efecto, que el LIV Cuerpo de Ejército giró con el 213º Regimiento de Infantería y la 24ª División al oeste. El regimiento, al mando del coronel Hitzfeld, tomó la batería blindada Máximo Gorki I, de la cual había quedado fuera de combate una de las piezas merced a un blanco impecable de una de nuestras baterías pesadas. La otra pieza tuvieron que volarla nuestros zapadores después de haber trepado a la cubierta del fuerte. Sin embargo, la guarnición de aquel fuerte, que contaba con varios pisos bajo tierra, sólo se rindió cuando nuestros zapadores hubieron penetrado por cúpulas y poternas con cargas explosivas. En una de las tentativas para abrirse paso cayó el comisario que mandaba el fuerte, y entonces la guarnición se entregó con la palabra <Christus> en los labios temblorosos. Seguidamente, la 24ª División lograba por su parte hacer caer hasta el 21 de junio todos los fuertes que aún se sostenían del sector norte a lo largo de la costa occidental y que protegían hasta la entrada de la ensenada de Ssewernaja.

También en el XXX Cuerpo de Ejército se había obtenido hasta el 17 de junio un éxito importante, gracias a la dislocación por sorpresa del punto de gravedad del ataque había resuelto en este caso el mando enfocar el avance por la cadena norte de los montes costeros al este de Balaclava, concentrando sus fuerzas en la carretera principal y muy ceñidas a su lado sur para lograr el efecto de sorpresa en el avance. En esta operación no contaba con cobertura artillera contra el flanqueo desde las montañas costeras. Con todo, la 72ª División salió con su intento de arrollar al sur de la carretera las posiciones enemigas. Su sección de exploración, al mando del comandante Baake, avanzó de un solo impulso, aprovechando au-

dasmente el éxito inicial, a través de las posiciones del sorprendido enemigo hasta la avanzado de las alturas del Sapun denominada <Adlerhühe> (pico del águila), que el 18 de junio temprano había tomado, a pesar de tratarse de una posición bien fortificada. Allí pudieron sostenerse hasta que la división les envió refuerzos. Con lo que habíamos dado un gran paso para ensanchar hasta el norte nuestra penetración en el sistema de defensas enemigo.

En el tercer sector del ataque, ahora en turno, obtuvimos por el mismo procedimiento de dislocar de improviso el punto de gravedad, sobre todo el artillero, el apetecido resuelto con el dominio de la ensenada Ssewernaja en el norte y la ocupación en el sur de posiciones de partida para el ataque a las cumbres de Sapun.

Mediante una concentración de fuego artillero, lograba la 24ª División, en el sector del norte, tomar los fuertes de la península que dominaban la boca de la ensenada Ssewrnaja, entre los que figuraba el Fuerte del Norte, anticuado realmente, pero que no dejaba de representar un sólido punto de apoyo para el enemigo.

Por su parte, la 22ª División conseguía afianzarse en todo su frente de combate en las laderas rocosas que descienden sobre la orilla norte de la ensenada. Pero en donde su lucha tuvo caracteres de más enconada porfía fue en el punto de contacto de esta división con la 50ª, en donde el enemigo contraatacó con una brigada de refresco, recientemente desembarcada de un crucero, disputándonos la posición del túnel de ferrocarril. Batida al fin directamente por nosotros fuegos la entrada, se rindió también este reducto, del que no sólo salían a entregarse cientos de soldados; sino sobre todo población civil, entre la que no faltaban las mujeres y los niños. Más arduo se hizo luego expulsar a los restos enemigos de sus más recónditas madrigueras de la orilla norte de la bahía. Habían horadado allí los soviéticos la roca de las escarpas, abriendo en ella galerías profundas para alojar municiones y reservas y habilitándolas para la defensa mediante portones blindados en los accesos. Como las fuerzas allí apostadas resistían bajo la férula de los comisarios políticos sin el más leve asomo de ir a rendirse, sólo nos quedaba el recurso de tomar uno a uno los refugios volando primero las puertas. Cuando nuestros zapadores avanzaban contra la entrada de uno de ellos, sobrevino una fuerte explosión en el interior de la casamata y un ancho lienzo del talud de roca se vino abajo, aplastando a la guarnición y a los asaltantes, que allí quedaron sepultados: el comisario que mandaba aquel grupo se había sentido numantino y preferido el suicidio colectivo a la rendición. Gracias

A que un teniente de una de nuestras baterías de asalto, que avanzada por la carretera sin cuidarse del fuego enemigo procedente del otro lado de la ensenada, pudo cañonear de cerca las troneras de las restantes casamatas, conseguimos expugnarlas todas. Los comisarios habían puesto fin a sus vidas y del interior de aquellas galerías salían ahora personal civil y soldados desfallecidos.

Venía luego en tercer lugar la 50ª División, y también ésta había conseguido, después de dura lucha en su sector boscosa, alcanzar el extremo oriental de la ensenada de Ssewernaja y posesionarse de las cimas de Gajtany, conducida por la mano firme del general rumano Lascar, que luego había de caer frente a Stalingrado.

No menos éxito obtenía el XXX Cuerpo de Ejército en sorprender al enemigo con el cambio de orientación de su ataque. Gracias a la ventaja que le reportaba la toma del <Pico del águila> por la 72ª División, el mando del cuerpo lanzó a la 170ª de inmediato al asalto del macizo de montañas Fedjukiny, tomándolas desde el sur. Como el enemigo tenía toda su atención puesta en el este y lo que esperaba era un ataque a las alturas Sapun, el avance desde el sur le dejó tan desconcertado que el macizo fedjukiny tardó relativamente poco en quedar en poder nuestro. Con lo que teníamos ya la posición de partida para el ataque decisivo a las Sapun.

Asimismo el ala izquierda del Cuerpo de Montaña rumano (1ª División de Montaña) hizo progresos por aquellos días.

En consecuencia, el 26 de junio por la mañana se hallaba el Decimoprimer Ejército en posesión de casi toda la zona exterior de defensas de Sebastopol. El enemigo quedaba acorralado en el interior de la fortaleza, cuyo frente norte formaban las escarpadas laderas de la orilla sur de la ensenada de Ssewernaja, al paso que el frente oriental corría desde los picos de Inkerman por Sapun hasta los tolmos de Balaclava.

La cuestión ahora para el mando del ejército estaba en cómo habría de proceder a romper aquel cinturón defensivo. Porque si de algo podíamos estar seguros era de que el enemigo habría de resistir porfiadamente, desde el momento en que no tenía la menor esperanza de ser evacuado de la península, por cuanto el frente de Crimea del que dependía le había dejado abandonado a su suerte.

Por otro lado, tampoco podíamos olvidar el hecho de que, si las reservas del enemigo andaban apuradas, no menos agotada se veía la fuerza combativa de nuestros regimientos.

Día a día, mañana y tarde, me había pasado yo aquellas semanas visitando constantemente los Estado Mayores de los cuerpos, de las divisiones, de los regimientos, de los batallones, las comandancias de artillería y sus puestos de observación, para que el estado de nuestras unidades me fuese bien conocido. Teníamos nuestros regimientos reducidos a sólo unos cientos de hombres, y aún recuerdo el parte de una compañía retirada cuyos efectivos combatientes no pasaban de un oficial y ocho soldados.

¿Cómo aprestarnos, pues, con nuestras unidades así diezmadas, a llevar a término la lucha por Sebastopol cuando el LIV Cuerpo de Ejército tenía que salvar la barrera de la ensenada de Ssewernaja y el 30 tenía ante sí la dura brega de tomar las posiciones de las cimas del Sapun?

Parece que lo indicado en tal situación hubiera sido dislocar ahora todo el peso del ataque sobre el ala sur del XXX Cuerpo de Ejército, cuando tal maniobra resultaba, por desgracia, prácticamente imposible. Ya l mero hecho del traslado de las divisiones desde el sector norte al sur hubiera reclamado un buen número de días, durante los cuales podría el enemigo recobrarse de su agotamiento. Contábamos, en efecto, con una sola, estrecha carretera que a costa de incontables fatigas habíamos logrado construir durante el invierno para enlazar los dos sectores por el monte, pero que no podía resistir el peso de la artilleros y sus municiones habría reclamado semanas. Y todo esto en una situación en que de un momento a otro podía venirnos el mando supremo con la orden perentoria de retirar el VIII Cuerpo Aéreo.

Así era de crítica nuestra situación, cuando me presenté a inspeccionar los regimientos de la 22ª División, inmediatamente después que hubieron puesto pie en la orilla norte de la ensenada de Ssewernaja, en donde quise cerciorarme personalmente de la situación vista desde aquel lado. Desde un puesto de observación contemplaba a mis pies la bahía, de 800 a 1.000 metros de anchura, en la que habían anclado flotas enteras, flanqueada enfrente de mí y a la derecha de la ciudad de Sebastopol por altos y empinados acantilados de roca, punteados de defensas. Entonces se me ocurrió la idea de que desde mi puesto de observación, o sea, tomándola de lado, se podría desquiciar toda la posición de las altu-

Rras Sapun, porque seguramente lo que menos esperaba el enemigo era un ataque a través de la ensenada.

Sin embargo, cuando di cuenta de mi plan al LIV Cuerpo de Ejército y a algunos de los mandos del mío dependientes, la acogida fue bastante reservada y aun diría que francamente escéptica ¿Cómo- se decían- iban a poder las lanchas de asalto cruzar aquel kilómetro de mar frente a unas laderas elevadas, bien protegidas y artilladas? Y sobre todo, ¿cómo me imaginaba que lograríamos afianzar nuestras embarcaciones a unas híspidas rocas verticales casi y dejar en éstas su cargamento humano, cuando apenas había allí más que unas brechas cavernosas para el acceso a la orilla frontera? ¡Locura sería pensar que el enemigo no cuidaría de mantenerlas bajo sus fuego!

Y sin embargo, yo seguía aferrado a mi ilusión de que, puesto que al enemigo habría de parecerle casi imposible nuestra ocurrencia de atacarle a través de la ensenada, por fuerza tendría que ser considerable la ventaja de sorprenderle. Así es que me mantuve en mi parecer y, pasando por encima de todas las objeciones me resolví a imponerlo, por más duro que se haga ordenar una operación sumamente arriesgada cuando uno no puede tomar personalmente parte en ella por no consentido su cargo.

Lo cierto es que, una vez dada la orden, todos los mandos se pusieron a los preparativos con tan buen celo y entusiasmo como si fuésemos a una empresa de infalible resultado. Sobre todo los zapadores, que con la infantería habían contraído ya tantos méritos en la lucha por la toma de reductos, merecen muy señalada mención también en esto.

El 29 de junio de madrugada era cuando habría de iniciarse el ataque general al corazón de la fortaleza con las acometidas del LIV Cuerpo de Ejército por la ensenada de Ssewernaja y del XXX Cuerpo contra las alturas de Sapun. Ya la víspera había logrado la Inkerman, en donde por cierto una tragedia vino a demostrarnos el grado de fanatismo que los bolcheviques ponían en la lucha. Se alzaba sobre Inkerman un rocoso acantilado, cortado a pico y muy prolongado hacia el sur, en el que habían abierto gigantesca galerías que en su día sirvieran de bodega para las fábrica de champaña de Crimea, y a las que ahora habían llevado los bolcheviques gran cantidad de municiones y miles de heridos y de refugiados de la población civil, a fin de procurarles mayor seguridad. Tan pronto como nuestras fuerzas hicieron su entrada en la localidad de In-

kerman, sucedió que el dilatado lienzo de roca que servía de fondo al pueblo se estremeció sacudido por una detonación inaudita y la roca de 30 metros de altura se desplomó en una extensión de 300, sepultando a millares de personas. ¡He ahí la proeza de unos comisarios fanáticos y un índice elocuente del desprecio por la vida humana proverbial en la dictadura asiática!

Grande era la tensión de ánimo entre los que habían de tomar parte en la empresa de cruzar la ensenada mientras hacían sus preparativos inmediatos en la noche del 28 al 29 de junio. El VIII Cuerpo Aéreo se encargaba de sofocar, mediante una ininterrumpida descarga de bombas sobre la ciudad, todos los ruidos procedentes de la orilla norte; en tanto que la artillería en pleno se aprestaba a cubrir con un diluvio de acero las alturas del sur a la menor señal de que desde allí trataba el enemigo de contener nuestra acción, como sin duda lo haría si se diese cuenta de ella. Pero al otro lado todo siguió en calma, y la difícil maniobra de echar nuestras canoas al agua y embarcar la gente en ellas salió admirablemente. A la una de la madrugada zarpaba el primer contingente de la 22ª y la 24ª Divisiones las lanchas de asalto ponían proa al lado sur. No cabe duda de que el enemigo se vio plenamente sorprendido, ya que nuestro transbordo se consiguió, y cuanto en las alturas del sur entró en actividad su defensa, ya el temerario salto de la ensenada estaba dado y nuestros valientes soldados habían puesto pie en el otro lado. Toda boca de fuego que ahora asomó por la ladera sur fue inmediatamente reducida a silencio por las nuestras del norte, en tanto las tropas escalaban intrépidamente las alturas del posesionaban de la meseta superior. Con esta audaz maniobra del posesionaban de la meseta superior. Con esta audaz maniobra acabábamos de desquiciar la famosa posición de las alturas Sapun.

También las tropas no transbordadas, las que tenían a su cargo la acometida frontal de aquellas posiciones, se lanzaron al ataque al sonar los primeros cañonazos.

Por la ala izquierda del LIV Cuerpo de Ejército se adelantaron desde Gajtany y desde el sur contra las alturas de Inkerman y del mediodía la 50ª División y la 132ª, nuevamente incorporada (con los regimientos de infantería de la 46ª División9, apoyadas por fuego de flanqueo de la artillería desde la orilla norte de la ensenada de Ssewernaja y por el concurso del ala derecha del Cuerpo Montaña rumano.

Por su parte, el XXX Cuerpo de Ejército concurrió a la madrugada a dar el golpe de gracia a las alturas Sapun, apoyado por las baterías de largo alcance del LIV Cuerpo y por el VIII Cuerpo Aé-

reo, mientras la artillería simulaba un ataque en amplio frente, la 170ª División como grupo de choque se había preparado en muy reducido espacio en las alturas Fedjukiny, y asistida luego por el fuego de un regimiento de antiaéreos, de baterías de asalto y de la 300ª Sección Panzer, alcanzó rápidamente las alturas a ambos lados de la gran carretera de Sebastopol. Seguidamente, prevalida de la sorpresa del enemigo, amplió su zona de ocupación al norte, este y sur hasta el punto de que ya el cuerpo pudo incorporar las restantes divisiones a las mesetas superiores.

Y ya en esta fase, logrado el cruce de la ensenada, la caída de las alturas de Inkerman y la ruptura de las posiciones de Sapun y su ocupación por el XXX Cuerpo de Ejército, quedaba decidida la suerte de la fortaleza de Sebastopol.

Lo que aún había de suceder, no pasaba de los últimos estertores de un ejército, incapaces de sustraerlo a su fatal destino y que tampoco podían ser ya de ningún provecho para los soviéticos en cuanto a sus repercusiones operativas en la situación general. Ni siquiera estaba justificada aquella obcecación en prolongar la resistencia por el deseo de salvar el honor de las armas, sobradamente vindicado por la valentía con que había luchado el soldado ruso. Pero el sistema político reclamaba este último, inútil sacrificio.

Las divisiones del LIV Cuerpo de Ejército que habían cruzado la ensenada de Ssewernaja, se encontraban ya, luego de haber tomado las alturas de la trilla sur, dentro del anillo exterior de posiciones que en amplio cerco rodeaban la ciudad o fortaleza propiamente dicha. Con lo que tampoco aquí tenía el enemigo posibilidad ya de sostenerse en ellas, como lo demostró el que mientras el cuerpo arrollaba hacia el sur la citada posición con algunas de sus fracciones, pudo con el grueso de sus fuerzas volverse hacia el oeste y atacar los primeros reductos de la ciudad y la ciudad misma. El famoso <Malakoff>, aquel baluarte que tanta sangre había costado en la guerra de Crimea, cayó en manos del cuerpo, con estar ya en el cinturón de la ciudad.

Entretanto, el XXX Cuerpo de Ejército había incorporado ya el 29 de junio a su 170ª División las dos que atrásdejaba ocupadas en simular ataques en vastos frentes, que eran la 72ª y la 28ª Ligera, las cuales partieron ahora en forma radial del trampolín que en las alturas Sapun había ganado la primera de ellas a la conquista de la península de Kherson.

La 28ª Ligera consiguió forzar el cinturón exterior al sudeste de Sebastopol al apoderarse del <cementerio inglés>, que databa de la

guerra de Crimea y que los soviéticos habían convertido en una de sus posiciones más fuertes del anillo exterior. Despedazados quedaron los mármoles sepulcrales antaño dedicados a perpetuar la memoria de los caídos británicos, y los cadáveres recientes yacían al borde de las fosas despanzurradas por las granadas. Luego avanzó la división por el sur de la ciudad hacia el oeste, a fin de tomarla por aquel lado si la defendían o impedir una salida de fuerzas enemigas en aquella dirección.

La 170ª División tenía por objetivo de su avance el faro, que se alza en el extremo occidental de la península de kherson. Acaso sea aquel el sitio desde donde Ifigenia oteaba <persiguiendo con su anhelo el sagrado suelo de Grecia>.

Correspondió a la 72ª División el avance a lo largo de la costa sur. Envolviendo hacia el sur las posiciones de Sapun, se apoderó primeramente de la altura denominada <Molino de viento>, desde la cual podía asegurarse al cuerpo el libre tránsito por la carretera a Sebastopol. Detrás de ella iba la 4ª División de Montaña rumana apoderándose de las posiciones aún no tomadas del sistema enemigo en torno a Balaclava, en cuya operación hizo ella sola 10.000 prisioneros.

Por todo cuanto hasta entonces habíamos tenido ocasión de ir conociendo de la idiosincrasia del mando soviético, era de presumir que el enemigo habría de ofrecer una última resistencia en las defensas del contorno de la ciudad y por fin en la ciudad misma. que por algo había estado la radio lanzando constantemente a Sebastopol la orden de Stalin de resistir hasta el último hombre, y no ignorábamos que la de tomar las armas alcanzaba a toda perona válida, incluso a las mujeres.

Hubiera sido por eso una negligencia del mando de nuestro ejército para con las tropas el no tomar en cuenta esta eventualidad, lanzando las fuerzas a combates callejeros que tantas víctimas más nos habrían costado. En evitación de tal contingencia, el mando dio orden a la artillería y al VIII Cuerpo Aéreo para que castigasen seriamente la ciudad antes de que las divisiones irrumpiesen en ella. Había que hacerle ver al enemigo que no debía hacerse

ilusiones sobre una oportunidad de ametrallar a mansalva a nuestros soldados en una lucha casa por casa.

El 1 de julio dio comienzo el fuego concentrado sobre las fortificaciones en torno a la ciudad y los puntos de apoyo que en su interior tenía el enemigo, con el feliz resultado de que el poco tiempo pudiesen anunciar nuestros servicios de exploración que no

quedaba ya síntoma alguno de sería resistencia. Suspendimos el fuego, en consecuencia, y nuestras divisiones avanzaron, comprobando que seguramente había evacuado el enemigo la fortaleza con el grueso de sus fuerzas la misma noche del 1 de julio y debía haberse retirado hacia el oeste.

Pero aún no estaba terminaba la batalla. El Ejército de Costas había cedido, eso sí, la ciudad, pero sólo para probar de seguir resistiendo en las posiciones que cierran el paso a la península de Kherson, bien porque se dispusiesen a dar así cumplimiento a la orden de Stalin de resistir hasta el último hombre, bien porque todavía abrigasen la esperanza de salvar al memos parte de sus efectivos, filtrándolos en unidades de la flota roja por alguna de las profundas ensenadas abiertas en aquellos roquedales. La verdad es que sólo alguno de los principales mandos militares y comisarios políticos pudieron ser recogidos en motoras rápidas, entre ellos el general en jefe Petrov. El que le seguía e categoría tuvo menos fortuna, pues le salió al paso en el Mar Negro nuestra lancha rápida italiana cuando trataba de evadirse en la misma forma.

Persistieron, como digo, estos últimos conatos de resistencia en la península de Kherson hasta el 4 de julio todavía. En ellos tomó la 72ª División el reducto Máximo Gorki II, guarnecido por varios millares de soldados, y las otras divisiones siguieron empujando al enemigo y acorralándolo cada vez más en el extremo confín de la península. No cejaba, sin embargo, el enemigo en sus tentativas de romper por la noche el cerco en dirección de oriente, tal vez impelido por la esperanza de enlazar con los partisanos refugiados en los montes de Jaila. En densas masas, lanzábamos los soldados contra nuestras líneas, frecuentemente precedidos de las mujeres y muchachas de las juventudes comunistas, que, armadas a su vez, les enardecían con su ejemplo. Huelga decir que las bajas que en tales tentativas experimentaban, por fuerza habían de ser cuantiosas.

Finalmente acabaron los restos del Ejércitos de Costas por buscar refugio en las grandes cavernas existentes en los acantilados de Kherson, en la vana esperanza de que algún barco rojo iría a recogerlos allí. Cuando el 4 de julio se entregaron, todavía salieron de los escondrijos de la punta de la península unos 30.000 hombres.

En total, excedió el número de prisioneros por nosotros hechos en el recinto de la fortaleza de 90.000, y las bajas del enemigo entre muertos y heridos multiplicaban este número. La cantidad de mate-

rial apresado resultado de momento incalculable.. ¡Gran victoria la que suponía ver al fin rendida una fortaleza que ya la naturaleza perecía haber querido tornar invulnerable, que el arte de la guerra había pertrechado de todos los medios de defensa y que un aguerrido ejército guardaba! Con ella, quedaba en poder nuestro toda Crimea y rechazados o aniquilados sus ejércitos, al paso que el nuestro, el Decimoprimer Ejército, todavía podía intervenir eficazmente en el ala sur de la gran ofensiva oriental alemana.

La noche del 1 de julio había pasado yo la velada en una casita tártara de Juchary karales con más íntimos colaboradores del Estado Mayor del puesto allí situado, sin que el <rata de guardia> ruso, que todas las noches dejaba una bomba en el valle, se acordase de nosotros. Nuestros pensamientos estaban con los camaradas que la lucha de aquellos meses había dejado para siempre bajo el suelo de Crimea.

De pronto sonó en la radio la marcha triunfal que precedía al parte extraordinario de la caída de Sebastopol y al parte siguió un telegrama concebido en estos términos:

Al comunicar en jefe del Ejército de Crimea, coronel general Von Manstein:

En reconocimiento de sus especiales méritos, contraídos en la campaña de Crimea con el aniquilamiento de los ejércitos enemigos en la batalla de Kerch y coronados con la expugnación de la poderosa fortaleza de Sebastopol, que la naturaleza y el arte de consumo protegían, vengo en nobrarle y el nombro Mariscal General de Campo. Quiero con este ascenso y con la creación de un distintivo para todos los combatientes de Crimea, proclamar ante el pueblo alemán el comportamiento heroico de las tropas que a sus órdenes lucharan- Adolfo Hitler.

Excuso ponderar el sentimiento de alegre ufanía que en aquellos momentos experimentaba quien como nosotros había laborado y luchado durante tantos meses por alcanzar el apetecido dominio de Crimea y sabía, por lo mismo, mejor que nadie cuántas veces la suerte del Decimoprimer Ejército había estado en el canto de un duro. Poder paladear las mieles de la victoria y ceñirse sus laureles en el mismo campo de batalla es, ciertamente, una suerte excepcional para un soldado.

No por eso me cegaba el bastón de mariscal coronando simbólicamente mi carrera militar con la proclamación de la victoriosa campaña, ni me hacía olvidar cuánta suerte se necesita para ello,

ni cuántos son los que han de renunciar al lauro sólo por ser demasiado jóvenes o excesivamente viejos.

¡Qué significan, además, los hombres y las pompas comparados con el fardo de responsabilidad que sobre sí lleva quien con el mando de un ejército tiene a su cargo cientos de miles de vidas y- al menos en parte- los destinos de su patria!

No podíamos olvidar, sobre todo, ni yo ni mis colaboradores en aquella hora, que quienes habían superado todas las amargas crisis y llevado a victorioso término la campaña del Decimoprimer Ejército habían sido el espíritu de sacrificio, la valentía, la perseverancia y el patriotismo de nuestros soldados. Y esto no de cualquier manera, sino luchando noble, caballerosamente, seguir manda la tradición castrense alemana.

Rematada tan victoriosamente nuestra obra, no pude sustraerme al deseo de expresarles mi gratitud a todos mis colaboradores, a cuantos conmigo habían pugnado por la misma causa. Mas como a todos no podía, por desgracia, estrecharles la mano como hubiera querido, tuve que limitarme a invitar a todos los comandantes hasta los de batallón, y a todos los oficiales, suboficiales y soldados condecorados con la Cruz de Caballero o con la Cruz de Oro alemana a una velada en el parque del que había sido palacio zarista de Livadia. Fue nuestro primer

recuerdo, una vez reunidos, para honrar la memoria de los camaradas que habían dado sus vidas por allanarnos el camino de la victoria. Al toque de retreta siguió nuestra silenciosa oración por los caídos, con <Die macht der Liebe>, y al último redoble de tambor sucedió la canción del <Buen Camarada>- nunca más merecida y sincera- como saludo postrero a los que habrían de reposar para siempre bajo tierra rusa ¡Nuestros buenos camaradas! Luego di las gracias a todos los soldados del Decimoprimer Ejército y del VIII Cuerpo Aéreo, a los presentes y a los que rosa entrega y su firmeza inquebrantable incluso en situaciones desesperadas. Y, por último, tomamos un sencillo refrigerio, que por cierto no transcurrió sin algún sobresalto, ya que un aviador soviético procedente del Cáucaso nos dejó su tarjeta, aligerándose de unas bomba al pasar sobre nosotros, aunque por suerte sin mayores consecuencias.

Como no podía por menos, después de la caída de Sebastopol recibí muchas felicitaciones. Pero de entre todas, fueron tres las

1. Canto-plegaria del pietista tersteegen. (N. del T)

que más me conmovieron. La noche del 1 de julio, después de recibir el telegrama del Führer con la notificación de mi ascenso y de la creación del distintivo de Crimea para el Decimoprimer Ejército y celebrar entre nosotros en la pequeña terraza de la casita tártara las gratas noticias, había salido para Sinferopol nuestro jefe de la Sección C, comandante de Estado Mayor Eismann. Hasta el día siguiente a la hora del desayuno no habría de enterarme ya del verdadero motivo de su partida, que no había sido otro que el delicado deseo de sorprenderme con las insignias de mariscal para las hombreras. Había arrancado del sueño a un orfebre tártaro y, entregándole su reloj de plata, le encareció la necesidad de disponer de los distintivos de mariscal para la mañana siguiente. Y así me encontré sobre la mesa a la hora del desayuno las dos joyitas primorosamente cinceladas y, con ellas, la más conmovedora prueba de afectuosa adhesión de mis subordinados.

Muy poco tiempo después llegaba a mis manos un paquetito remitido por el Kromprinz alemán, contenido una recia pitillera de oro. En su anverso ostentaba un relieve precioso de la

fortaleza de Sebastopol, con todos sus reductos y detalles defensivos, y en el interior venía la firma del egregio donante. Pero lo que a mis ojos enaltecía más al distinguido con el singular obsequio, eran las emotivas palabras con que me la dedicaba. Decía, en efecto, el Kromprinz, que la era tanto más grato verme favorecido con la expugnación de Sebastopol, cuanto que él en su tiempo no había tenido la fortuna de apoderarse de Verdún. ¡Generoso gesto de un corazón grande y de un auténtico camarada!

Más singular todavía fue el tercero de los obsequios a que me refiero. Me lo enviaba de Francia un sacerdote ruso que huyendo de los bolcheviques se había refugiado con Vichy, y consistía en un grueso bastón de nudos, hecho con sarmientos artísticamente trenzados, rematado en el puño por un topacio y con una inscripción rusa en la estrecha arandela metálica del engarce. Explicaba el sacerdote en la carta que con él mandaba que su abuelo había sido comandante de regimiento en la guerra de Crimea y que, gravemente herido en una pierna en la defensa de Sebastopol, los soldados de su regimiento le habían tallado luego aquel bastón. Ahora creía que nadie con mejor derecho a usarlo que quien acababa de tomar Sebastopol y de limpiar Crimea de bolcheviques; por lo que me lo regalaba en señal de gratitud.

Recibí asimismo dos volúmenes bellamente encuadernados en piel, con las memorias de un general Von Manstein que en tiem-

pos de la Emperatriz Anna había combatido en las costas del Mar Negro al servicio de Rusia y a las órdenes del mariscal de campo Münnich. Por más que ningún parentesco me unía con el personaje en cuestión, con el que sólo tenía de común el nombre, la lectura de sus memorias escritas en francés se me hizo sumamente interesante, no ya porque habíamos luchado en el mismo escenario, sino porque reflejaban una vida aventurera. Con el acceso al trono de la Emperatriz Elisabeth. Manstein había tenido que huir de Rusia, en tanto que su protector Münnich marchaba camino de Siberia. Ambos habían derrocado al auténtico señor de Rusia. Duque Biron de Curlandia, y ahora se cruzaba en el camino de Siberia el trineo de Münnich con el del Duque que regresaba. Por lo visto, Manstein había pasado luego al servicio de Prusia y, herido gravemente en Kolin, fuera luego rematado por los panduros o mesnaderos austrohúngaros por no querer entregarse a ellos.

Terminada la campaña de Crimea, mientras que nuestros tropas disfrutaban de unas bien ganadas semanas de descanso en el escenario maravilloso del sur de la península, en donde ya la fruta maduraba, también yo pude concederme unos días de relajamiento.

Al visitarnos en verano, después de la batalla de kerch, el mariscal Antonescu había tenido la amabilidad de invitarme a pesar con mi esposa como huéspedes suyos en los Cárpatos el permiso que para reponerme se me concediese cuando hubiese terminado la lucha por Sebastopol. Su extrema gentileza no se conformó con esto, sino que invitó también a nuestro hijo mayor, que, después de haber servido en Rusia y cursado en la escuela de guerra, era teniente desde la primavera y necesitaba convalecer de una reciente escarlatina.

Con ello íbamos a tener ocasión de conocer todas las atenciones de la más cumplida hospitalidad rumana, aun cuando hubiésemos de pagar los honores de una visita más o menos oficial con el sacrificio del anhelado descanso.

1. Anna Leopoldowna, Regente de Rusia, derrocada por una conjura palaciega el 6 de diciembre de 1741 a favor de Elisabeth, la hija de Pedro el Grande. Pasó luego a una prisión en Cholnwgory del Dvina. (N. del T.)

Porque tan pronto como en calidad de viajeros corrientes llegamos a la frontera rumana, ya nos encontramos con la sorpresa de que nos tenían dispuesto un coche salón, y un general y un representante del Ministerio de Asuntos exteriores nos recibían como huéspedes del mariscal y del Gobierno. Después de un delicioso viaje por los Cárpatos, llegábamos al mediodía siguiente a Predeal, hermosa residencia de altura cerca del conocido palacio real de Sinaja, en donde el mariscal Antonescu poseía una encantadora mansión campestre es un regazo de la montaña. En la estación fuimos recibidos por la señora Antonescu y por el Ministro de la Guerra, así como por una compañía del Batallón de Guardias del mariscal que nos rindió honores. Es de notar que el Mariscal, prevenido sin duda por el frustrado golpe de mano de la <guardia de Hierro>, contaba con una guardia personal, parecidísima por cierto a la

Real, de la que se distinguía únicamente en que los cordoncillos de ésta eran blancos y rojos los que usaba la del mariscal.

Por calles engalanadas con banderas y gallardetes y flanqueadas por escolares, llegamos a una pequeña villa de depurado gusto, destinada a huéspedes del Gobierno. En ella habíamos de alojarnos mi esposa y yo, con nuestro hijo llegado días después por expreso deseo de Antonescu, mientras que Specht y los dos oficiales rumanos designados para acompañarme vivirían en una casa vecina. De acogernos en la nueva morada se encargó con la mayor gentileza la señora goga, viuda de un ex presidente del Consejo Ministros y amiga íntima de la familia Antonescu. Nadie mejor que ella para presentarnos la casa que antes había sido suya y que se reducía a dos dormitorios, un comedor y un salón puestos con sumo gusto. Recuerdo que al presentarnos la servidumbre, subrayó apenas pero en forma muy insinuante, que podíamos fiarnos plenamente del cocinero. Y nada tenía de ociosa la observación, toda vez que el presidente gaga, iniciador de una política progermana, había muerto envenenado, y el mismo mariscal Antonescu, aquejado durante nuestra estancia de un ligero trastorno gástrico, tampoco había vacilado en tratarse por el procedimiento de despedir en el acto al cocinero. Por todas partes nos veíamos objeto de la más cerrada vigilancia y custodia y adonde quiera que fuésemos podíamos advertir que siempre nos pisaban <discretamente> los talones dos miembros de la policía secreta alemana y dos de la rumana. Ya en el coche salón me había costado trabajo conseguir que uno de los rumanos que debía dormir en el santo suelo a la puerta misma de mi departamento, aceptase un sitio algo menos

incómodo. Era la primera y única vez en mi vida que veía recibido con tantos honores y con tantas precauciones custodiado y no había más remedio que pasar por ello. Pero confieso que resulta bastante más cómodo viajar como uno de tantos.

Durante nuestra estancia en Predeal repetidas veces nos honró el mariscal sentándonos a su mesa y haciéndonos objeto, tanto él como su señora, de las más delicadas atenciones. Ambos hablaban un francés impecable, lo cual es bien comprensible en Antonescu que había sido

agregado militar en París y Londres. Por ello, justamente, más me halagaba todavía su actitud progermana.

Igualmente fuimos invitados una vez a comer con el Rey y su augusta madre, la Reina Elena, bella todavía, amable, discreta y sencilla en la conversación. Manifestaba añoranzas por Florencia, en donde había vivido varios años mientras el Rey Carol se entregaba a su pasión por madame Lupescu, y bien se echaba de ver que llevaba en las venas sangre de los Hohensollern.

El joven Rey Miguel daba entonces la impresión de persona un tanto tarda e indiferente, apasionado al parecer sólo por los coches y las lanchas a motor. Al paso que su Real Madre acusaba sensibilidad y sensatez políticas, el joven monarca parecía ajeno o desinteresado de sus deberes de Rey y más bien disipado para su edad ¿Era ya todo aquello una máscara sobre su verdadero rostro? Lo más probable es que su frivolidad se explicase en gran parte por una juventud desorientada entre un padre voluble y una madre casi siempre expatrada, además de que el mariscal Antonescu le tenía prácticamente excluido de toda labor de gobierno. El caso es que el joven monarca ni siquiera sabía conducirse cuando- cosa bien rara- tenía que asistir a un desfile militar.

Otra vez hicimos, con séquito rumano, una excursión por Siebenbürgen y visitamos la Academia de caballería de Hermannstadt, de la que Antenescu había sido director antes, por lo que la institución gozaba de su especial protección. La verdad es que se hallaba magníficamente instalada y que sus ejercicios ecuestres alcanzaban un alto nivel.

En otra ocasión aceptamos una invitación del Patriarca rumano, a quien visitamos en su residencia de verano, contigua a un pequeño convento, en medio de un bosque de ensueño. Como todos los sacerdotes ortodoxos, lucían él y sus jóvenes familiares espléndidas barbas cerradas que acentuaban más aún la dignidad en sus funciones. Deliciosa se nos hacía la conversación con aquel ilustrado príncipe de la Iglesia, teológicamente formado en Breslau y

Tubinga, mientras al anochecer compartíamos en la terraza de su modesta residencia campestre una mesa que, por su rústica sencillez, contrastaba tanto con la alardes acostumbrados en sociedad.

Pero lo que más nos congratuló durante nuestra estancia en Rumania fue una visita que hicimos al grupo étnico alemán, que, bajo el régimen de Antonescu y la influencia del Reich, gozaba de una libertad antes desconocida. Por cierto que la corriente denominación de <sajones siebenburgueses> es impropia, puesto que los alemanes de Siebenbürgen no traen su origen de Sajonia, sino de Luxemburgo y Lorena. Comenzó la mañana de nuestra excursión a Siebenbürgen por una misa en una de las antiguas iglesias-fortalezas, en cuyo recinto amurallado se acogían antiguamente las personas en tiempos de guerra y disponían de cuadras para el ganado y despensas para guardar vituallas. Ofició la misa el obispo de Siebenbürgen ante una nutrida asistencia de campesinos llegados con los pintorescos trajes tradicionales. Después de la ceremonia religiosa, continuó nuestra gira por las bellas aldeas y las ricas granjas, todas engalanadas en señal de bienvenida y con la infancia escolar sembrando a nuestro paso flores y alegría. A continuación visitamos Marienburg, la precursora del marienburg de Prusiaa, allí fundada por los Caballeros teutónicos cuando, al volver de Tierra santa, se les diera un asentamiento en Siebenbürgen, antes de retornar a Alemania a ganar a Prusia para el germanismo.

A mediodía asistimos al bautizo de un niño alemán, al que apadriné, pasando luego a celebrar el banquete en las posesiones de la hacienda paterna, donde todo era regalo y abundancia, y siguiendo por la tarde a otra aldea a presenciar una fiesta típica en una pradera, en la que los mozos y las mozas bailaban enardecidos sus antiguas danzas, realzadas por la policromía de los bordados sus antiguas danzas, realzadas por la policromía de los bordados trajes antañones. El cuadro no podía ser más encantador. La última hora de la tarde la pasamos en el círculo de la minoría alemana, en la localidad germana de Kronstadt, orgullosa de su gran catedral, que llaman la Catedral Negra, desde que las llamas de un incendio lamieron sus muros y dejaron las piedras ennegracidas.

Transcurrieron los últimos días den uestro permiso en Bucarest, ocupadas en visitar los campos petrolíferos de Ploesti, una fábrica de armas rumana y un hospital militar. Se hallaba éste acogido en un suntuoso edificio que la real casa había destinado, ni para sus empleados y que el mariscal Antonescu había destinado, ni corto ni perezoso, a hospital militar desde el comienzo mismo de la

354

guerra. Y aunque la medida en sí no tuviese nada de injusta, antes bien pareciese reclamada por una elemental equidad, lo cierto en que la manera imperativa y un si es no es punitiva con que procedió el mariscal le valió más enemigos de los que hubiera necesitado en los medios cortesanos. Lo mismo que había de suceder con la medida que otro día tomó también de despedir a todos los palaciegos al servicio de la reina madre, relevándolos en su cargos por personas de su confianza. Entre los así depuestos figuraba, por cierto, un comandante Von Rosetti, hijo de un diplomático y cuñado del general Paulus, que más tarde estuvo a mi lado como oficial de enlace rumano y que en todo momento se mostró conciliador y excelente camarada. No cabe duda alguna de que el mariscal Antonescu se perjudicó igualmente al excluir de modo tan rotundo al joven rey de las funciones de gobierno por escasa que para ello pareciese su madurez, pues de aquellas desconsideraciones hubieron de nacer rencorosos deseos de desquite. Sin embargo, nadie hubiera dicho entonces ante la pueril apariencia del rey que algún día había de tener el arranque de mandar encarcelar al mariscal. Como tampoco habría imaginado nadie que un Hohenzollern como él a traicionar a Alemania y acarrear de paso la ruina de su soberanía.

Por lo que a nosotros toca, sólo con gratitud podemos rememorar aquellas semanas en las que nos fue dado disfrutar de la más cumplida y caballerosa hospitalidad rumana y traer un recuerdo imborrable del Siebenbürgen alemán, en donde nuestros hermanos que no han sido arrastrados al destierro y a la miseria nuevamente se hallan avasallados. De todos ellos, sólo he tenido la satisfacción de saber que mi ahijado se salvó con sus padres de la despiadada represalia y que ahora vive en Hannover.

355

LENINGRADO-VITEBSK

El Mando Supremo renuncia a emplear el Decimoprimer Ejército dentro del marco de la ofensiva de verano y se dispone a tomar Leningrado.- Preparativos del ataque a la ciudad.- El enemigo le echa a rodar los cálculos a Hitler.- Al sur del lago Ladoga es aniquilado un ejército enemigo que había conseguido romper nuestro frente.- Muerte de mi ayudante, teniente Specht.- las divisiones de tierra de la Luftwaffe.- Fantasías estratégicas de Hitler.- Muerte de mi hijo Gero von Manstein.- Dislocación de nuestro mando a la esfera del Grupo de Ejércitos Centro.- Una nueva misión.

En tanto las divisiones del Decimoprimer Ejército se recobraban en Crimea de las fatigas de las luchas que atrás dejábamos y pasaba yo mis vacaciones en Rumania, estudiaban y preparaban los servicios de los Estados Mayores el cruce del estrecho de Kerch como primera medida para la intervención del ejército en la gran ofensiva ya en marcha del ala sur alemana. Incluso en Predealt me visitó el coronel Busse, jefe de la Sección A de nuestro Estado Mayor, para tenerme al corriente del estado de los preparativos. Desgraciadamente, todos estos trabajos y molestias iban a quedar, una vez más, en papel mojado. Hitler, que como siempre cedía a la tentación de perseguir varios objetivos a la vez y se había dejado deslumbrar por los éxitos iniciales, abandonó el primer proyecto de emplear también el Decimoprimer Ejército en esta ofensiva.

Cuando el 12 de agosto regresé a Crimea, me esperaba la sorpresa de nuevas órdenes del mando supremo, en las que se omitía el primitivo plan de transbordar el ejército en Kerch. En vez de ello, solamente el XLII Cuerpo y la 46ª División llevarían a cabo la operación con las fuerzas rumanas. El Decimoprimer Ejército, en

cambio, se destinaba a otra que habríamos de emprender para tomar. Leningrado, adonde ya estaban trasladando la artillería de asalto de Sebastopol. Para colmo de males, otras tres divisiones más fueron dispersadas aún: la 50ª habría de quedar en Crimea la 22ª, nuevamente transformada en división aerotransportada, se iba a Creta, en donde había de seguir- y eso que era una de nuestras mejores unidades- más o menos inmovilizada hasta el fusil de la guerra: y la 72 era desviada de la primitiva ordenación de acoplamiento para pasar al Grupo de Ejércitos centro a remediar una crisis local. Con lo que sólo le restaban al mando del ejército para sus futuras acciones el LIV y el XXX Cuerpo, la 24ª, 132ª y 170ª Divisiones de Infantería y la 28ª de Cazadores. Esta disgregación de un ejército en el que por tanto tiempo habían colaborado bajo el mismo mando los mandos subalternos y las divisiones resultaba lamentable siempre, fuesen cuales fuesen las razones que el mando supremo hubiese tenido para proceder a ella. porque el mutuo conocimiento y recíproca confianza adquiridos en luchas arduas no son en la guerra circunstancias de poca monta, sino muy de tener en cuenta.

Mas, aparte de esta cuestión, otra más importante se planteaba todavía la de si en aquel momento cabía siquiera defender la supuesta conveniencia de retirar del ala sur del frente oriental al Decimoprimer Ejército para llevarlo a una misión a todas luces menos importante, como era la conquista de Leningrado. Porque en aquel verano de 1942 Alemania buscaba la decisión en dicho frente y ala, y para empresa de tanto empeño nunca podía estimarse uno demasiado fuerte. Tanto es así, que, a la vista de los objetivos por Hitler perseguidos, de antemano se adivinaba que nuestra doble ofensiva, sobre Stalingrado y el Cáucaso, fatalmente habría de perder cohesión y que cuanto más avanzásemos a naciente, tanto más prolongado resultaría el flanco norte de la cuña de penetración.

El curso de los acontecimientos se ha encargado de demostrar cuán necesaria hubiera sido la continuación del Decimoprimer Ejército en el ala sur, lo mismo si lo fuesen a lanzar por el estrecho de Kerch para impedir la retirada del enemigo hacia el Cáucaso, que si hubiese de servir de reserva operativa a los Grupos de Ejércitos atacantes.

Cuando en mi vuelo al norte estuve en el Cuartel general del Führer, en Vinitza, para tratar de la nueva que se me había encomendado, hablé detenidamente de la cuestión con el jefe del Esta-

del Mayor General, coronel general Halder. Y éste no disimuló poco ni mucho su discrepancia con Hitler en punto a simultenear la ofensiva en el sur con el asalto a Leningrado, de cuyo empeño no había, por lo visto, quie le apease. A mi pregunta de si él, Halder, creía entonces que en el ala sur no iba a ser imprescindible la presencia del Decimoprimer ejército, contestó, sin embargo, afirmativamente. Por mi parte, yo no lo creía así, pero tampoco podía demostrarle de antemano al jefe del Estado Mayor que iba desacertado.

Tuve ocasión, con tal motivo, de comprobar con disgusto y alarma la tirantez existente entre Hitler y halder. Sucedió, en efecto, que, al dar el parte de la situación, refiriese la novedad de una crisis en el Grupo de Ejércitos Centro consiguiente a una ofensiva parcial soviética, a remediar la cual acudía la 72ª División, desviada de su primitiva articulación. Y como Hitler se permitiese censurar a las tropas encargadas de aquel sector, el jefe del Estado Mayor no vaciló en contradecirle, alegando que las fuerzas se hallaban agotadas después de tanto tiempo de esfuerzos casi sobrehumanos y a consecuencia, sobre todo, de la escasez de oficiales y suboficiales, que forzosamente había de repercutir en la actuación de los conjuntos. Las alegaciones de Halder, hechas, por cierto, en términos y tono netamente informativos y serenos, habían provocado en Hitler un acceso de cólera, que fue, dicho sea de paso, el único por mí presenciado. Con manifiesta indelicadeza, puso Hitler en duda que el general se hallase en condiciones de sostener una opinión contraria a la suya en la materia, ya que en la primera guerra él había luchado en la infantería, mientras que el general Halder no podía decir lo mismo. Tan violenta y vergonzosa se me antojó la escena, que, sin miramiento alguno, me retiré de la mesa de mapas para no volver hasta que Hitler, ya serenado, me llamó a informar. Pero el episodio me había conmovido hasta el punto de que me creí en el caso de dirigirme seguidamente al jefe de la sección de Personal, general Schmundt, ayudante además de Hitler en la Wehrmacht, para decirle que no me explicaba el absurdo de unas relaciones como las reinantes entre aquél y el jefe del Estado Mayor del Ejército. A mi modo de ver, o Hitler prestaba oídos a los informes facultativos de Halder y le guardaba las consideraciones debidas a un consejero, o Halder debía obrar en consecuencia. Desgraciadamente, ni lo uno ni lo otro tuvo lugar hasta que seis semanas después cristalizó la discrepancia en la disponibilidad de Halder.

El 27 de agosto llegaba al frente de Leningrado el mando del ejército, para averiguar allí las posibilidades de ataque a dicha ciu-

dad por el sector del Decimoprimer Ejército y fijar un plan a tal objeto. Lo dispuesto era que nuestro mando se hiciese cargo del frente norte del Decimoctavo Ejército, dejándole a éste únicamente su frente de Volchov. Abarcaba el frente previsto para nuestro Decimoprimer Ejército, en el sector del Neva, desde el lago Ladoga hasta el sudeste de Leningrado, el frente de ataque propiamente dicho al sur de la ciudad y el que comprendía la amplia cabeza de puente mantenida todavía por los soviéticos a efectos de desembarco en la orilla sur de la bahía finlandesa en torno a Oranienbaum.

Además de un considerable contingente artillero, en parte procedente de Sebastopol, había de disponer el mando del ejército de un total de doce divisiones, entre las que figuraban la <División Azul> española, una blindada y una de montaña y una brigada de las SS. Para el ataque a Leningrado teníamos que excluir, sin embargo, dos divisiones del frente del Netiva y otras dos del de Oranienbaum, de suerte que únicamente quedarían disponibles nueve divisiones y media para la principal empresa. Conjunto nada excesivo si se tiene en cuenta que el enemigo contaba en la zona de Leningrado con un ejército formado por 19 divisiones de fusileros, una brigada también de fusileros, una de vigilancia de frontera y de una a dos brigadas blindadas.

Parece natural que, dada la proporción de fuerzas, tomasen parte también en el ataque los finlandeses que en el sector de Leningrado cerraban el paso del istmo de Carelia por el norte, o que, al menos, se encargasen de inmovilizar a las cinco divisiones y media soviéticas que tenían delante. Pero la indicación que en este sentido se le hizo al general Erfurth, agregado al Cuartel General finlandés, no consiguió ningún resultado positivo. El Alto Mando de aquel país rehusada intervenir directamente, basándose en que desde 1918 nunca se había apartado Finlandia de la norma de que su propia existencia no habría de representar jamás una amenaza para Leningrado. Por lo que les era de todo punto imposible tomar parte en ningún ataque a la ciudad.

Tendría que pechar, pues, con Leningrado el mando del ejército atenido a sus propios recursos. A nosotros no nos cabía la menor duda de que el éxito de la operación pecaba de problemático. Y como además estimábamos que muy bien pudiéramos habérnosla ahorrado, los alicientes que nos ofrecía eran más bien escasos. En el otoño de 1941 sí que tal vez hubiéramos podido tomar Leningrado por sorpresa. Pero entonces no habíamos asido la ocasión por motivos que ignoro, a pesar de que figuraba como uso de los primeros objetivos

en los primitivos planes de Hitler. Después había dado éste en suponer que acabaría por rendir la ciudad por rendir la ciudad por el hambre, y los soviéticos se encargaron de demostrarle que andaba muy equivocado, pues la abastecieron por el Lago Ladoga, en barcos en verano y por un ferrocarril tendido sobre el hielo en invierno. Para los alemanes sólo resultaba de todo ello un extenso frente de desgaste de fuerzas desde el lago en cuestión hasta el oeste de Oranienbaum. Indudablemente, a nosotros nos convenía suprimir este frente. La cuestión estaba en saber si nos hallábamos en condiciones de intentarlo al mismo tiempo que perseguíamos la decisión en el ala sur del frente oriental. Porque lo cierto es que para nuestra tentativa de Leningrado parecía haber sido dicho lo del adagio de que el <minuto perdido, ni la eternidad te lo devuelve>.

Nosotros, sin embargo, habíamos preparado el ataque que se nos encomendaba lo mejor que supimos. Nuestros servicios de observación y la nuestra personal nos mostraban la ciudad al lado sur del frente de Leningrado al alcance de la mano como quien dice, aun cuando protegida por una profunda red de trincheras y fortificaciones. Se veía la gran fábrica Kolpino junto al Neva, en la que seguían produciendo tanques. También podíamos contemplar los astilleros de Pulkowo en la bahía finlandesa, y a lo lejos se divisaban la silueta de la catedral de Isaak y la fina torre del Almirantazgo, así como la fortaleza de Pedro y Pablo. Incluso en los días claros alcanzábamos a ver en el Neva un crucero acorazado ya fuera de combate. Se trataba de uno de los acorazados de 10.000 toneladas que en 1940 les habíamos vendido a los rusos. Me conmovió especialmente comprobar cómo la guerra había devastado el hermoso palacio de Zarskoke Szelo, el encantador Peterhof junto a la bahía finlandesa y el palacete que allí había habitado el último de los zares, todos ellos incendiados por la artillería soviética.

Nuestros reconocimientos nos llevaron a la convicción de que en modo alguno podíamos empeñar el ejército en una lucha dentro de Leningrado, en donde nuestras fuerzas se expondrían a un desgaste atroz. En cuanto al punto de vista de Hitler de que no iba a ser difícil forzar la ciudad a la rendición aterrorizándola mediante ataques aéreos del VIII Cuerpo Aéreo para ello reservado, ni yo lo hallaba verosímil, ni menos al experto comandante de la unidad en cuestión, coronel general Von Richthofen.

Lo que a nosotros nos pareció más del caso fue procurar ante todo romper el frente al sur de Leningrado con tres cuerpos, empleando a fondo para ello la artillería y la aviación, pero sin avanzar

nada más que hasta los arrabales de la población. Seguidamente, girarían hacia el este dos de los cuerpos y cruzarían por sorpresa el Neva al sudeste de la ciudad, tratando de aniquilar a las fuerzas enemigas que hallasen entre ella y el lago Ladoga, de cortar los abastecimientos por el lago y de dejar la ciudad bien aislada y cercada también por el este. Después de lo cual, era de esperar que, lo mismo que en su día había sucedido con Varsovia, sucedería ahora con Leningrado, que pronto caería en nuestras manos sin tener que afrontar la dura lucha íbamos de ir tomándolo casa por casa.

Pero pronto íbamos a ver cuán verdad es lo de que <el minuto perdido, ni la eternidad t lo devuelve>. En efecto; al enemigo no le habían pasado inadvertidos los transportes y concentraciones de tropas en el frente de Leningrado, y ya el 27 de agosto atacaba el que hacia el este formaba nuestro Decimoctavo Ejército, poniéndonos en la necesidad de acudir allí con nuestra 170ª División, que acababa de llegar justamente. Luego, en los días siguientes pudimos darnos cuenta de que no se trataba de un ataque aislado, sino de toda una ofensiva soviética con poderosos medios para despejar el incipiente cerco de la ciudad adelantándose a nuestro propio ataque.

El 4 de septiembre, a primera hora de la tarde me llamaba personalmente Hitler para comunicarme que era indispensable mi inmediata intervención en el Frente del Volcchov a fin de evitar una catástrofe allí. Me ordenó que tomase el mando al punto y viese de restablecer nuestra posición ofensiva en la amplia brecha que el enemigo había conseguido abrir aquellos días en el débil frente del Decimoctavo Ejército al sur del lago Ladoga.

Fácilmente se comprenderá lo penoso que para nosotros tenía que ser hacer pasar al mando del Decimoctavo Ejército por la mortificación de relevarle en el momento preciso en que en su sector se producía una grave crisis. Sobre todo si se tiene en cuenta que ya el habérsenos una grave crisis. Sobre todo si se tiene en cuenta que ya el habérsenos encomendado antes el ataque a Leningrado suponía una marcada preferencia de la que el mando del 18 se resentía con razón, puede decirse que llovía aquí sobre mojado. No obstantes, tengo que reconocer que, a pesar de la postergación, aquel mando tengo que reconocer que, a pesar de la postergación, aquel mando hizo todo lo posible por ayudarnos a salir airosos del paso, supliendo cuanto nos faltaba, entre otras cosas, la Sección de Servicios.

Y hemos aquí con que, en vez del proyectado ataque a Leningrado, lo que ahora teníamos entre manos era la <batalla al sur del lago Ladoga>.

El enemigo había conseguido arrollar el frente del Decimoctavo Ejército en una anchura de ocho kilómetros al norte del ferro-

carril que de Leningrado se dirige al este por Mga y penetrar unos doce kilómetros hacia poniente hasta la altura de Mga. Lo que por nuestra parte pudimos lograr tras duras luchas en los días siguientes echando mano de las fuerzas disponibles del Decimoprimer Ejército, fue paralizar el avance ruso. Luego, cuando ya nos vimos reforzados por las restantes divisiones de nuestro ejército, llegadas entretanto, nos lanzamos al contraataque, dirigiendo éste de norte a sur, arrancando de los dos lados intactos del frente como de dos estribos para cortar por la base la cuña de penetración enemiga hacia el oeste.

Desde el sur atacó el mando del XXX Cuerpo de Ejército con la 24ª, la 132ª, y la 170ª Divisiones de Infantería, además de la 3ª de Montaña, mientras que desde el norte lo hacía el XXVI Cuerpo de Ejército- al que antes correspondiera el mando en el sector- con la 121ª División de Infantería, la 5ª de Montaña y la 28ª de Cazadores. Después de empeñados combates, el 21 de septiembre habían aislado por fin al enemigo. Éste se lanzó en los días siguientes, reforzado por contingentes llegados del este, a nuevos ataques para liberar a sus grupos cercados, pero todos fueron rechazados. La mismas suerte corrió un ataque de diversión y dispersión que el Ejército de Leningrado emprendió a través del Neva y desde el frente sur de la ciudad con ocho divisiones.

Al mismo tiempo que el cuidado de rechazar estos ataques, nuestras fuerzas tenían que atender a la manera de despachar cuanto antes a las considerables enemigas por ellas embolsadas entre Mga y Gaitolovo. Porque, como siempre, en lo que menos pensaban los soviéticos era en entregarse, a pesar de lo desesperado de la situación en que se veían y de que la prosecución de la lucha ya no podría reportarles tampoco ventaja alguna en el aspecto operativo. Todos sus esfuerzos eran por romper el cerco y evadirse del área de la bolsa. Como toda ella estaba poblada de bosque espeso (un terreno en el que nosotros no habríamos intentado por cierto una ruptura nunca), cuanto hiciésemos por liquidar allí al enemigo mediante ataques de la infantería hubiera tenido por consecuencia un elevadísimo tributo de sangre. En vez de ello, optamos por llevar allí la más poderosa artillería del frente de Leningrado y machacar la bolsa con un fuego ininterrumpido, secundado por el ataque persistente de la aviación. En el término de pocos días, los efectos devastadores de semejantes bombardeo dejaron el bosque convertido en un paisaje lunar, sin más vegetación que unos triste tocones de lo que había sido corpulenta arboleda. Más

tarde habíamos de poder percatarnos del espectáculo dantesco de nuestro fuego, al repasar el diario de un jefe de regimiento soviético allí acogido. Al mismo tiempo, nos serviría para formar juicio del rigor tiránico con que los comisarios soviéticos habían obligado a sus tropas a seguir resistiendo en la bolsa.

Por este procedimiento habíamos terminado el 2 de octubre los combates en la bolsa. El Segundo Ejército de Choque, cuyas fueras eran as embolsadas, perdía en la batalla nada menos que 16 divisiones y 9 brigadas de fusileros, además de 5 brigadas e tanques, que constituían el conjunto lanzado a la lucha. En efecto; 7 divisiones y 6 brigadas de fusileros con 4 de tanques quedaban aniquiladas en la misma bolsa, al paso que el resto sufría cuantiosas pérdidas en sus desesperados e inútiles ataques para liberar a los cercados. Además de hacerles 12.000 prisioneros, les tomamos o inutilizamos más de 300 cañones, 500 lanzagranadas y 244 tanques, sin contar los muertos y heridos que duplicaban varias veces el número de prisioneros.

Pero si bien nuestra misión de restablecer la situación en el frente del Decimoctavo Ejército quedaba así cumplida, tampoco era pequeño el tributo de pérdidas satisfecho por nuestras divisiones, ni desdeñable la cuantía de municiones distraídas del asalto a Leningrado. En consecuencia no cabía pensar en una inmediata prosecución del ataque a la ciudad, al que Hitler tampoco se avenía a renunciar. Por lo único que parecía dispuesto a pasar era por limitar si acaso el alcance del ataque, con lo cual, naturalmente, no hubiéramos conseguido el despeje definitivo de aquel frente, que era lo que realmente nos importaba. El mando del ejército, por su parte, sostenía que sin fuerzas debidamente descansadas o con fuerzas insuficientes sería una locura emprender la ofensiva contra Leningrado. Y en ventilar estas diferencias e imaginar y discutir a cada paso planes nuevos, transcurrió el mes de octubre.

Sumamente desagradable resultaba aquella situación de verse uno inmovilizado allí en el norte, mientras que en el sur del frente oriental parecía que nuestra ofensiva iba perdiendo aliento y desfalleciendo en el Cáucaso y ante Stalingrado. Por eso era inevitable que mi ayudante Specht empezase a encontrar insufrible la monotonía de la espera en un Estado Mayor de cierta jerarquía y en período de relativa inactividad. Pepo volvió a dar nuestras de impaciencia y a reclamar el alivio del frente. Y yo, que comprendía muy bien sus inquietudes, no supe resistir el apremio y acabé por mandarlo a la 170ª División, con la que ya había combatido en Cri-

mea y que ahora luchaba en el Neva. No había de llegar siquiera al frente, que en el camino se abatió el <cigüeña> en que volaba y el 25 de octubre enterramos al generoso y querido muchacho. Su pérdida fue un duro golpe para todos nosotros, pero singularmente para mí. Jamás volvería a oír su clara voz, su risa alegre que llenaba de optimismo nuestra tienda, ni tendría a mi lado en tantos y tantos fatigosos y arriesgados viajes la égida sin par de su gozo aventurero, de su risueña, inextinguible confianza. Después de haber perdido a mi conductor y querido camarada Nagel, con Pepo la guerra del Este me arrebatada al segundo de mis allegados.

Inmediatamente después de dar sepultura a Specht, tuve que tomar el avión para dirigirme al Cuartel General del Führer, en donde me íba a hacer entrega del bastón de mariscal. ¡Qué placer no hubiera tenido Specht en acompañarme aquel día!

Me recibió Hitler con la amabilidad algo rebuscada con que a decir verdad me había acogido siempre mostrándose muy reconocido a la brillante actuación del Decimoprimer Ejército en la batalla del lago Ladoga. Como yo le viese tan bien dispuesto respecto al esfuerzo de nuestros soldados, quise aprovechar la ocasión para llevar a su ánimo mi convencimiento de que estábamos exigiendo sería lo más debido de nuestra infantería, y persuadirle a que sería lo más cuerdo cubrir a tiempo las considerables bajas de los regimientos, diezmados por la tenaz resistencia del enemigo ruso. Porque si no se reponían los efectivos con presteza- y en la campaña rusa ya desde el principio veníamos cojeando de este pie-, los regimientos tendrían que entrar en combate ya mermados y seria inevitable que su desgaste tomase proporciones alarmantes.

No ignorábamos nosotros que la Luftwaffe estaba en trance de desprenderse de 170.000 hombres para formar, por orden de Hitler, 22 divisiones de tropas de aviación de tierra. Que a la Luftwaffe le sobrase gente no era ningún milagro, que por algo Goering había planeado las cosas en grande y no sólo había sido pródigo en presupuestos y material, sino también en la recluta de personal. Todo estaba proyectado en aviación con vistas a grandes operaciones del arma, para las que luego se carecía, según la experiencia venía demostrando, del número adecuado de pilotos y de una adecuada producción de máquinas. No es este lugar indicado para dilucidar las causas de que hubiésemos llegado a una situación así, ni por tanto nos interesa pasar más allá de la constatación del mero hecho de que la Luftwaffe, de vuelta de su

sueña de una guerra aérea autónoma, por así decirlo, después de la malograda batalla de Ingla-

terra, se hallaba en condiciones de despedir 170.000 hombres nada menos.

Ahora bien; este enorme contingente humano que pasaba a luchar en tierra, iba a hacerlo articulado en agrupaciones privativas de la aviación. Y el caso es que al hacer la selección de aquel personal para la Luftwaffe en su día no se había reparado en escoger los mejores soldados. De suerte que si en el otoño de 1941 hubiéramos podido disponer de ellos para restablecer los diezmados efectivos de nuestras divisiones del Ejército, no habría pasado éste por las penosas crisis del invierno de 1941 a 1942. En cambio, crear ahora con dicho personal divisiones peculiares de aviación era un puro disparate. ¿De dónde iba a venirles a estas unidades la indispensable instrucción de combate y maniobra y la insustituible experiencia de la guerra en el Este? ¿De dónde iba a sacar la Luftwaffe lo correspondientes jefes de división, de regimiento y de batallón?

Todos estos reparos se los fui exponiendo a Hitler punto por punto en la entrevista de que hago mención, y aún los confirmé y amplié luego en una memoria escrita que le dirigí. En la entrevista no puedo quejarme de que no escuchara atentamente cuanto se me ocurrió en pro de mis puntos de vista, si bien ya entonces repuso que había reflexionado muy maduramente sobre la cuestión y no podía volver de su acuerdo. Poco después me informaba el entonces jefe de la Sección de Operaciones del Grupo de Ejércitos Centro, siempre al corriente de secretillos por la buena amistad que le unía con el ayudante de Hitler, del verdadero intríngulis de la cuestión. Por lo visto Goering había solicitado de aquél autorización para crear algunas divisiones dependientes de la Luftwaffe basándose para ello en que no podía consentir en entregar unos soldados formados en sus doctrinas nacionalsocialistas a un Ejército que aún contaba con santones propios y en el que abundaban los oficiales guillerminos. A <sus> gentes les había dicho al parecer que la Luftwaffe necesitaba acreditarse también con el propio sacrificio, para que no anduviese el Ejército ufanándose de ser él el solo o el principal sacrificado. ¡Tales habían sido, según esta fidedigna referencia, los argumentos de que Goering se había valido para ganar el asentimiento de Hitler a su plan!

Como nuestra misión frente a Leningrado iba tocando a su fin, ya Hitler me dijo en mi visita a Vinitza que probablemente pasaría el mando de mi ejército al Grupo de Ejército del Centro en el sector de vitebsk, por donde se advertían asomos de una inminente gran ofensiva que habríamos de rechazar contraatacando. Me manifestó

al mismo tiempo que cuando él retirase su Cuartel General de Vinitza me conferiría el mando del Grupo de ejércitos A. Había estado este grupo a las órdenes del mariscal List, hasta que, por una discrepancia de criterios pero sin motivo realmente justificado, le había retirado Hitler el mando, que él mismo venía ejerciendo ahora más o menos directamente. Una situación, como se comprenderá, absurda y a la larga insostenible. Pero más raño resulta todavía lo que entonces me confió en relación con mi posible nombramiento como comandante del Grupo. Sencillamente, que al año siguiente proyectaba ¡avanzar con un Grupo de Ejércitos motorizado hasta el Oriente Próximo, trasponiendo el Cáucaso! Prueba de cómo seguía aún en el reino de la utopía al enjuiciar la situación general militar y las posibilidades operativas.

En los últimos días que pasamos ante Leningrado acaeció algo que nos produjo a mi querida esposa, a mis hijos y a mí mismo el mayor dolor experimentado en la guerra la muerte de nuestro hijo mayor Gero. El 29 de octubre hallaba la muerte por nuestra amada patria en su puesto de teniente del 51º Regimiento de Granaderos Panzer de mi antigua 18ª División. El hombre a cuya órdenes tuvieron que dar su vida tantos miles de jóvenes alemanes, te pide aquí perdón, lector, por venir a hablarte de sus personales africciones. No se le oculta que el sacrificio de la vida de su hijo fue exactamente uno más de los miles y miles que hubieron de hacer por Alemania nuestros hijos, llevando a todos los hogares un quebranto igual al nuestro. Pero puesto que estos recuerdos los escribe mi mano, razonable parece que algún sitio reclame el latido cordial que la impulsa. Quede, pues, aquí la memoria de mi hijo por la de todos aquellos que corrieron la misma suerte, se inmolaron lo mismo que él y como él perviven en el corazón de los suyos.

Nuestro hijo Gero, nacido en la noche de San Silvestre del año 1922y caído a los 19 de edad, era de nacimiento un joven delicado. Desde muy temprano aquejado de asma, sólo los constantes cuidados de mi esposa habían podido sacarle adelante y hacer que su infancia madurase en una juventud capaz de soportar las fatigas de las armas. La misma necesidad de vivir ya desde la infancia una vida de abnegada renunciación, había precipitado también su

madurez y fortalecido de tal suerte su voluntad, que le permitía responder cumplidamente a las exigencias de la vida y superar las deficiencias.

Era Gero un muchacho encantador, que conciliaba de modo singular la reflexiva seriedad con la sana alegría de la juventud.

Modesto, complaciente, y concienzudo en el cumplimiento de sus obligaciones, pasó por la vida fiel en todo momento a su divisa bautismal: <Peregrino dichoso de su peregrinación>.

Luego que en el año de 1940 hubo obtenido si título de bachiller en el colegio de caballeros de Liegnitz, nos expuso su deseo de ser militar, y precisamente en el arma de infantería a la que yo había pertenecido y a la que con razón llaman la soberanía de la guerra, porque sobre ella recae el peso de la lucha. Que sus padres hallásemos comprensible esta predilección suya, en la que no hacía sino responder a una larga tradición de vocaciones familiares, y que su inclinación nos pareciese más lógica aún en tiempo de guerra, nada tiene de particular, sobre todo cuando ni mi esposa ni yo habíamos tratado nunca de inducirle a elegir la carrera de las armas. Él lo llevaba en la sangre, lo de hacerse oficial y llegar a ser un educador de la juventud alemana con el privilegio de precederla a la hora del riesgo.

Después de hacer los exámenes de bachillerato, pasó a servir en el 51º Regimiento de Granaderos Panzer en Liegnitz y como granadero hizo la campaña de verano de 1941 en Rusia. En ella llegó a suboficial y obtuvo la Cruz de Hierro en premio a su comportamiento por haber rescatado a un camarada que había quedado herido en una salida de patrullas y que él, con otros voluntarios, retiró aventurándose en un nuevo avance. En el otoño de 1941 regresó a la partida para asistir a los cursos de la escuela de Guerra y en la primavera de 1942 era promovido a oficial.

Aún hubo de pasar una seria enfermedad y el consiguiente permiso de convalecencia antes de retornar a su querido regimiento, que ahora se hallaba combatiendo al sur del lago de Ilmen, encuadrado en el Decimosexto Ejército. Tuve entonces la alegría de verle con ocasión de su viaje, en una breve visita que me hizo en mi coche de mando del frente en la batalla del lago Ladoga. Sólo otra vez le vi desde entonces, al visitar el 18 de octubre a mi amigo el coronel-

general Busch en la comandancia del Decimosexto Ejército . éste había invitado a Gero a la cena y allí pasamos unas horas dichosas con Busch y con mi inolvidable ayudante Specht, que pocos días después habría de abandonarnos para siempre.

El 30e octubre de 42 bien temprano, me daba mi buen jefe de Estado Mayor, general Sculz, sucesor de Wöler, como colofón del parte matinal, la noticia de que mi hijo Gero había caído la noche anterior víctima de una bomba de aviación rusa, alcanzado, como oficial ayudante, en el camino hacia su batallón, en donde

tenía que entregar en primera línea una orden a un jefe de provisiones.

Al día siguiente dábamos sepultura a nuestro amado hijo a orilla del lao de Ilmen. El capellán de la 18ª División Panzer, reverendo padre Krúger, pronunció una breve plática que inició, como la modestia de nuestro hijo pedía, con estas palabras: <Un teniente e infantería..>

Terminada la sencilla ceremonia, tomaba yo el avión para casa, a pasar muy pocos días al lado de mi pobre esposa, cuyos desvelos y asiduos cuidados habían estado dedicados siempre al hijo que acabábamos de perder, al hijo que sólo satisfacciones nos había procurado, aunque también sus dolencias, tan valerosamente sobrellevadas y combatidas, nos hubiesen tenido siempre en cuidado. Ahora sólo podíamos encomendar su alma a Dios y aceptar resignados sus designios.

Como toda una innumerable legión de jóvenes alemanes, Gero Erich Sylvester von Manstein cayó frente al enemigo, cumpliendo así el destino de su vocación de oficial. Su madurez precoz le permitió llenar en breves años el curso de una vida. Si de alguno puede decirse que en todo le convenía el calificativo de noble doncel, ése fue sin duda él, no solamente por su apariencia externa de muchacho alto, esbelto, de rasgos delicados, y fino rostro de hidalga expresión, sino, sobre todo, por su carácter y ánimo señoril. Nada había en él de ficticio. Era modesto, cariñoso, desinteresado, firme en sus ideas y al mismo tiempo alegre y generoso con todos. Era un alma abierta a todo lo bello y muy especialmente a la recóndita belleza de la bondad. En él se decantaba la herencia de muchas generaciones de soldados, y justamente porque era

un entusiasta de la vida castrense, era también un caballero en el verdadero sentido de la palabra, era un hombre honrado y un cristiano.

Mientras yo me encontraba en Liegnitz después de la pérdida de nuestro hijo Gero, la comandancia del Decimoprimer Ejército era trasladada de Leningrado al Grupo de Ejércitos Centro en la región de Vitebsk. De las pocas semanas que allí pasamos, nada merece ser mencionado aquí, porque antes de que pudiésemos llevar a efecto con sus recursos alguna de las acciones que en contragolpe de una esperada ofensiva enemiga proyectábamos, ya los acontecimientos en el sur del frente oriental reclamaron otra aplicación de los servicios de nuestros Estado Mayor.

El 20 de noviembre recibíamos en el Cuartel General del Ejército orden de Stalingrado como superior comandante del <grupo de Ejércitos del Don> que iba a ser creado entonces. Me hallaba yo en aquellos momentos con el coronel Busse, jefe de nuestra Sección de Operaciones, de regreso de una visita al frente ocupado por el Cuerpo de Caballería, en donde nuestro blindado había sido detenido por la explosión de una mina. Que a causa de los partidarios sólo podíamos recorrer aquellas zonas en vehículos blindado o en convoy especialmente protegido.

Como la situación atmosférica no permitía emprender vuelos, tuvimos que partir de Vitebsk por ferrocarril el 21 de noviembre, viéndonos también interrumpidos en nuestro viaje por otra explosión de mina. El 24 de noviembre, día en que cumplía mis 55 años, llegábamos al Cuartel General del Grupo de Ejércitos B, que todavía ejercía el mando en el que iba a ser nuestro sector. Lo que allí supimos de la situación del Sexto Ejército y de los frentes contiguos del Cuarto Ejército Panzer y del Tercero y Cuarto rumanos podrá verlo el lector en el capítulo <Stalingrado>.

11

HITLER EN EL EJERCICIO DE LAS FUNCIONES DEL ALTO MANDO MILITAR

Batalla junto al Mar de Azov.- Irrupción a través del estrecho de Perekop.- Impresiones de los primeros años de la guerra.- El gope de vista de Hitler en cuestión de posibilidades operativas.- El interés por la técnica, causa de un excesivo optimismo sobre la eficacia de los recursos técnicos.- Carecía de enseñanza y experiencia operativas, así como de aptitudes de mesura.- Sus objetivos bélicos iban siempre muy influidos por consideraciones políticas y económicas.- su creencia de que la voluntad.- Timidez ante los riesgos operativos.- dilación sistemática en las resoluciones ingratas.- Su repugnancia a ceder nada espontáneamente.- Su fe en una defensa inflexible.- Rage du nombre.- ¿Era la de Hitler una sensibilidad de soldado?- La cuestión de las condecoraciones.- Equivocada organización de nuestro mando militar.- Escenarios de guerra del Alto Mando de la Wehrmacht.- Hitler se inmiscuía en los detalles de ejecución propios del mando, pero sin facilitar orientación alguna a largo plazo.- Discrepancias con Hitler.- Su tozudez, sus argumentos y su actitud.- Tentativas para llevarle a aceptar una organización sensata del mando supremo.- Por qué tenía que rechazar cualquier comandante en jefe del frente la idea de ir a un golpe de estado mientras nos hallásemos en guerra.

En virtud del nombramiento de comandante en jefe del Grupo de Ej´´ercitos del Don, pasaba yo por vez primera a depender inmediatamente de Hitler en mi calidad de alto mando de la wehrmacht y del ejército. Sólo así había de verme en situación de poder conocer efectivamente y apreciar el estado de cosas y la manera cómo el Jefe del Estado trataba de simultanear sus funciones políticas con las de generalísimo. Hasta entonces sólo de lejos e indirecta-

mente había podido percibir algunos indicios de su intromisión en la esfera del mando militar. Pero por el secreto riguroso de que se rodeaba todo lo relativo a medidas de carácter operativo, apenas podía formar juicio seguro sobre el particular.

Durante la campaña polaca nada me había permitido inferir tales invasiones en la esfera militar, pues recuerdo que en las dos visitas hechas por él al Grupo de Ejércitos de Von Rundstedt, había escuchado atentamente nuestras explicaciones de la situación y de los propósitos del mando, asintiendo plenamente a cuanto se le decía, sin tratar de poner objeciones.

Y por lo que toca al plan de ocupación de Noruega, sólo algunos iniciados conocían sus entresijos, mientras que nosotros ignorábamos cómo se había fraguado.

Descrita dejo ya la actitud de Hitler respecto de la ofensiva en Occidente, para que haya de insistir aquí, salvo con unas consideraciones marginales. Aun siendo muy lamentable el que en la cuestión pasara tan desconsideradamente por encima del parecer del Alto Mando del Ejército, hay que reconocer que su criterio de la necesidad de buscar una solución ofensiva en Occidente era, en el fondo y desde el punto de vista militar, acertado, aunque el momento elegido no fuese el más oportuno. Cierto que él había trazado las líneas generales del plan de operaciones de la misma ofensiva que ordenaba en forma que, como antes digo, apenas podría haber conducido a un resuelto decisivo. Cierto es asimismo que tampoco había creído él al principio en la posibilidad de alcanzar una decisión tan plena y rotunda como la conseguida luego. Mas, por otro lado, hemos de conceder que tan pronto como el plan del mando general del Grupo de Ejércitos A le hizo entrever tal posibilidad, al punto se percató de ella y lo adoptó, con ciertas limitaciones consiguientes a su recelo de afrontar un riesgo. En cuanto a su principal error, de detener el avance de los tanques a las puertas de Dunkerque, debo hacer la observación de que entonces no se hizo apenas perceptible para la mayoría, porque casi no se dijo nada de ello. Y el cuadro que presentaba el litoral inmediato a la ciudad, todo abarrotado de cantidades inmensas de material abandonado, incluía naturalmente a error a cuantos, como nosotros, ignorábamos el volumen del salvamento de personal realizado por los ingleses a través del Canal.

La ausencia de un <plan de guerra>, que nos hubiera permitido disponer con tiempo una invasión, sin duda que puso de manifiesto un fallo del Alto Mando de la Wehrmacht, o sea, de Hitler. Por

otra parte, los ajenos a los altos secretos no podíamos juzgar sobre sí la resolución de lanzarnos ahora contra la Unión Soviética era ineludible por razones políticas. Lo único que cabía suponer era que la movilización soviética sobre nuestras fronteras y las húngaras y rumanas no tenía nada de tranquilizadora.

De la influencia de Hitler en el plan de operaciones contra la Unión Soviética y en la ejecución de ellas durante la primera fase de la campaña, nada supe ni en mi puesto de general ni en el de comandante en jefe del Decimoprimer Ejército, como tampoco tuve conocimiento de los planes para la ofensiva de verano de 1942. Sólo puedo asegurar que en la dirección y marcha de la campaña de Crimea no terció Hitler con intromisión alguna. Antes al contrario, al informar en la primavera de 1942, asintió sin reservas a nuestros puntos de vista e hizo luego todo lo posible por facilitarnos el éxito en Sebastopol. ¿Qué después de la caída de la fortaleza el Decimoprimer Ejército fue aplicado indebidamente? ¡Desde luego! Pero esto es cuestión aparte y ya queda dicho en su lugar.

Ahora, en cambio, era cuando, como comandante en jefe de un Grupo de Ejércitos y en directa dependencia de Hitler, iba a tener ocasión de conocerle en el ejercicio del mando supremo militar.

En este terreno lo primero que he de hacer constar es que no estoy conforme con que nos baste con el tópico de <cabo de la primera guerra> para despachar la personalidad de Hitler.

Algo más era que un simple cabo con manía de grandezas, como se echa de ver por la presteza con que adoptó el plan de operaciones en el oeste del Grupo de Ejércitos A, delatando así aptitudes nada vulgares para captar las posibilidades operativas. Es ésta una facultad que no deja de darse entre personas legas en materia militar, y harto se comprende que así sea, cuando la Historia puede citar tantos casos de príncipes que se han distinguido como caudillos militares.

Pero, además, Hitler poseía unos conocimientos y una memoria francamente asombrosos, así como una fecunda imaginación en todo lo tocante a materias técnicas y a problemas de armamento. Desconcertaba a todos su capacidad para describir los efectos de las últimas

armas, incluso de las del enemigo, y para barajar las cifras de producción propia y extraña; aptitud de la que hacía preferente uso cuando quería eludir explicaciones ingratas. Y no puede negársele tampoco la inteligencia y extraordinaria energía desplegada en la esfera del rearme. Precisamente fue la creencia de la propia superioridad en este terreno la que había de acarrearle con-

secuencias más funestas, ya que con sus intromisiones paralizó la constante y oportuna evolución de perfeccionamiento de la Luftwaffe. Sin olvidar el efecto inhibitorio de su rígida tutela en la evolución de las armas-cohetes y de las atómicas.

Otro de los efectos de su interés por todo lo técnico fue sin duda su extravío por los caminos de la superestimación del valor de recurso técnico. Así por ejemplo, tenemos el caso aleccionador de haberle visto incurrir en la manía de que son unas cuantas secciones de cañones de asalto o con el nuevo modelo de tanque <tigre> habría suficiente para restablecer situaciones a las que en realidad no se podía volver sin el empleo de grandes agrupaciones combatientes.

Mi juicio, en suma, es que a Hitler le faltaba esa especial competencia militar que tiene su base en la experiencia y a la que nunca llegó a suplir enteramente su <intuición>.

Por otra parte, si bien es verdad que poseía cierta perspicacia para captar las oportunidades operativas, o al menos para comprenderlas y apreciarlas cuando otro se las mostraba, no menos cierto es que carecía de criterio estructural para articular en el concepto operativo las condiciones previas y posibilidades de ejecución del mismo. El enfoque conjunto de una operación, con la apreciación de las proporciones indefectibles entre objetivo, espacio geográfico, tiempo y volumen de fuerzas, era cosa que no estaba su alcance. Cuanto menos, la estrecha y fatal dependencia de toda operación respecto de las posibilidades de abastecimiento y reposición de fuerzas. Él no comprendía o no quería comprender que, por ejemplo, toda ofensiva de amplios vuelos reclama una constante aportación de fuerzas nuevas al contingente inicial de ataque, como puso de manifiesto bien crudamente el planteamiento y ejecución de la ofensiva de verano de 1942. Asimismo hemos de catalogar entre sus más patentes defectos la descabellada fantasía de que el año siguiente habríamos atravesado el

Cáucaso con un Grupo de Ejércitos Motorizado, precipitarnos así sobre el Cercano Oriente y avanzar hasta la India, según me confiara en el otoño del mismo año.

Tengo para mí que el defecto capital de Hitler, así en la esfera militar como en la política, fue la falta de tacto, la carencia de sentido de mesura que le permitiese distinguir lo asequible de los inasequible; aun cuando en el aspecto político se nos hagan más explicable ciertos desvanecimientos después de sus éxitos del año 1938. Así, en el otoño de 1939 se resistía al principio a reconocer las posi-

bilidades de éxito decisivo de una ofensiva alemana bien planeada en el oeste. A pesar de que en el fondo le merecía muy escaso respeto la capacidad de resistencia francesa. Mas en cuanto el éxito se hubo presentado, tampoco supo darse cuenta de todas las posibilidades que una situación inesperada la brindaba ni menos contenerse en la medida de lo prudente una vez que las circunstancias tomaron estratégica y operativa.

Su espíritu vivaz asía en la acto todo objetivo seductor que a su paso se hallase, pero con la idefectible consecuencia de que esta codiciosa apetencia le llevaba en último caso a dispersar la potencia alemana entre varias los más distintos teatros de guerra. La regla o apotegma de que nunca se peca por exceso de fuerza en el punto decisivo y la consiguiente necesidad de renunciar a frentes secundarios para salvar situaciones críticas o de afrontar un riesgo para acentuar el poder de percusión en el momento y sitio de trascendente interés, eran para él letra muerta. Y así hemos visto que en las ofensivas de los años 1942 y 1943 no acabó de sentirse capaz de jugárselo todo a una carta, que hubiera sido la del éxito. Ni tampoco fue capaz de comprender o no quiso comprender lo que la consiguiente desfavorable evolución de la situación reclamaba en concepto de medida reparadora.

Por lo que toca a las finalidades operativas de Hitler- al menos en la lucha contra la Unión Soviética-, se advertía que estaban netamente subordinadas a consideraciones políticas y de economía bélica. De esto ya hemos hablado someramente en las notas de introducción a la campaña de Rusia y aún hemos de volver sobre ello cuando describamos las batallas defensivas del año 1943 a 1944.

No dejo de reconocer que en la determinación de objetivos estratégicos tienen hoy un papel importante los aspectos políticos y especialmente los relativos a la economía de guerra. Pero lo que a Hitler no se le alcanzaba era el hecho de que para ganar objetivos territoriales y sobre todo para mantenerse en ellos había que vencer antes y anular a las fuerzas militares adversarias. Mientras no se obtenga este resultado militar, la conquista de zonas territoriales de influencia decisiva en la producción bélica será cosa más bien problemática e imposible a la larga el mantenerse en ellas, como nos ha demostrado la lucha contra la Unión Soviética. Los tiempos en que el empleo de la aviación o de las armas dirigidas a distancia habría de permitir desarticular y destruir el sistema de

transporte o la producción bélica enemigos, incapacitado a sus fuerzas para proseguir la guerra: esos tiempos estaban lejanos todavía.

Tan cierto como que la estrategia tiene que limitarse a servir los fines de la política, lo es el hecho de que no tiene justificación, una postergación tan manifiesta como la practicada por Hitler, al objetivo en la medida que lo hizo de la posibilidad de alcanzar el objetivo estratégico de toda guerra, que no es otro que la anulación de la capacidad de resistencia militar del enemigo. La preponderancia de los objetivos políticos-económicos sobre los netamente militares no quiere decir, ni mucho menos, que no haya de precederlos la victoria militar, como único recurso para allanar el camino hacia las metas económico-política.

Y con esto, hemos aquí ya ante el factor que decisivamente caracteriza la capitanía de Hitler: la sobreestimación del poder de la voluntad, de su voluntad, por mejor decir, que había de transformarse en fe ciega en todos y cada uno de los soldados para confirmar el acierto de sus decisiones y asegurar el éxito de sus órdenes.

Claro está que una voluntad firme es condición indispensable en el caudillo que aspire a alcanzar la victoria, y que muchas batallas se han perdido y muchos éxitos se han malogrado por haber flaqueado en el último instante la voluntad del jefe.

Pero la voluntad de victoria de un caudillo, la que le presta fortaleza para hacer frente a las graves crisis, es algo muy distinto de lo que la voluntad de Hitler era, reducida en último término a una consecuencia de su fanatismo <mesiánico>. La creencia de que la Providencia le había puesto a él a cumplir una alta misión no podía por menos de desembocar en rígida obstinación y en el peregrino antojo de que bastase la propia voluntad para trasponer las fronteras que la insobornable realidad le oponía. Poco importaba en tal caso que estas fronteras estuviesen determinadas por la presencia de fuerzas enemigas en aplastante superioridad numérica, o por las condiciones de espacio o de tiempo, o, incluso por el hecho ineluctable de que también el enemigo tenía su voluntad propia y bien resuelta.

Tomar en cuenta las intenciones presuntas del enemigo al trazar los planes propios, era cosa que no solía interesarle a Hitler, por la convicción en que estaba de que su voluntad lo arrollaría todo al fin y al cabo. Como tampoco solía dar crédito a los más fidedignos informes relativos a una gran superioridad de fuerzas y recursos enemigos. En estos casos prefería rehusarlos lisa y llama-

mente, cuando no lo echaba todo a barato sosteniendo que el enemigo andaba agotado de unidades o buscando la evasiva en el socorrido subterfugio de una interminable alegación de cifras de producción propia.

De esta suerte ocurría que ante su voluntad, o antojo si se quiere, cedían y desaparecían más o menos los elementos esenciales del <enfoque de la situación>, de donde ha de arrancar la resolución de todo jefe militar, y ya no era el firme terreno de la realidad lo que Hitler pisaba.

Pero lo más extraño de todo era el hecho de que a esta sobreestimación del poder de la propia voluntad y a esté desdén de las posibles intenciones y recursos del enemigo no iba aparejada la correspondientes osadía de resolución. Porque Hitler, que después de los éxitos alcanzados en el dominio político hasta el año 1938 se mostraba receloso y rehuía el riesgo. Hasta tal punto es ello así, que la única decisión atrevida que quepa atribuirle a él sería la ocupación de Noruega, y aun en esto le vino el primer impulso del gran almirante Raeder. Pero ni en lo de Noruega se mantuvo siquiera el inicial arrojo de Hitler con impávida constancia, sino que tan

pronto como en Narvik apuntó una situación crítica, ya él estaba para disponer la evacuación de la ciudad y abandonar allí el objetivo fundamental de toda la operación, consistente en asegurar la libertad de transporte de mineral. Y en la ejecución de la ofensiva occidental tampoco dejó de delatar ya cierta renuencia a la aceptación del riesgo militar, como en su lugar hicimos notar. Por lo que toca luego a la decisión de atacar a la Unión Soviética, cabe afirmar que en definitivas cuentas no pasaba de la obligada consecuencia de la renuncia a la invasión de Inglaterra, fundada a su vez en la magnitud del riesgo que Hitler había estimado excesiva.

En el curso de la campaña de Rusia la aversión de Hitler por el riesgo se puso de manifiesto bajo dos aspectos. primeramente, en que, como más adelante explicaremos, nunca consintió la forma puesto desde 1943- solamente a costa de renunciar voluntaria, segundo lugar se caracterizaba esta su repugnancia del riesgo por la resistencia sistemática que en todo momento mostró ante la necesidad de desguarnecer frentes o teatros de guerra secundarios para poder cargar el potencial en los puntos críticos, pasando por el peligro consiguiente.

Sospecho yo que esta hiperestesia del riesgo en el terreno militar puede haber tenido en él tres motivos íntimos. Ante todo, la secreta convicción de Hitler de que le faltaba la necesaria capacidad militar para sobreponerse al riesgo y salir airoso de una situación comprometida. De donde se seguía que tampoco quisiese confiar a arrestos en su fuero interno. En segundo lugar, la preocupación de todo dictador de que cualquier paso suyo en falso ha de redundar en descrédito propio. De cuya premisa, resulta que la cadena de inevitable, errores militares acumulados para evitar el que se traía de prevenir, suele redundar en un descrédito mucho mayor. En tercer y último lugar, presumo que venía su aversión al riesgo de la repugnancia a ceder nada de cuanto su codicia dominadora había tenido ocasión de señorear.

En relación con lo que acabo de decir, creo que aún debo mencionar otra peculiaridad de Hitler que tan tenaz como inútilmente fuimos combatiendo tanto su jefe de Estado Mayor, coronel general Zeitzler, como yo durante todo el tiempo en que desempeñé la comandancia del Grupo de Ejércitos.

Tenía, en efecto, la costumbre de ir difiriendo cuanto podía aquellas decisiones que no eran de su gusto no dejaban, por otro lado, de imponerse como ineludibles. Tal sucedía, por ejemplo, siempre que habíamos de salir al paso de un previsible éxito operativo del enemigo, anulándolo mediante una oportuna acumulación de fuerzas o conteniendo en proporciones inocuas un éxito inicial. Días de pugna y regateo con Hitler necesitaba el jefe del Estado Mayor para conseguir la autorización de retirar de sectores poco amenazados las fuerzas que habrían de restablecer la situación en los puntos críticos. Y el caso es que casi siempre cedía o demasiado tarde, o tan cicateramente que el resultado fatalmente se traducía por lo general en alarmantes agudizaciones de las crisis y en que para remediarlas tenía que facilitar, al fin, muchas más fuerzas de las que el caso reclamaba cuando las habíamos solicitado. Pues ¿y cuando se trataba de la propuesta de ceder una posición prácticamente insostenible, como en 1943 el sector del Donez o en 1944 la curva de Dnieper? ¡Semanas costaba entonces la bregal! Y lo mismo sucedía cada vez que habíamos de evacuar salientes del frente sin importancia operativa y en sectores por el momento tranquilo, a fin de poder reunir fuerzas de que carecíamos en los puntos más batidos. Siempre nos encontrábamos con un Hitler aferrado a la idea de que las cosas acabarían por ir encauzándose como su volun-

tad demandaba y podría él ahorrarse decisiones sumamente ingratas; aunque no fuese más que por el trance de que le ponían, de reconocer la necesidad de tomar en cuenta la voluntad del adversario. A lo que se sumaba, naturalmente, su indefectible recelo del riesgo suscitado en las zonas que debía de debilitar.

La hiperbólica idea del poder de la propia voluntad, así como un sensible recelo a pechar con el riesgo implícito en una forma móvil de conducir las operaciones (la forma, por ejemplo, de esperar el golpe para mejor devolverlo en un <retour offensif>) cuando de antemano no pudiese garantizarse plenamente el buen éxito, y, en último caso, la repugnancia de Hitler a ceder espontáneamente ni un palmo, caracterizaron cada día más acusadamente su mando militar.

La inflexible defensa de cada pulgada de terreno fue poco a poco convirtiéndose en norma exclusiva de su estrategia. Luego que la Wehrmacht alemana había conseguido en los primeros tiempos de la guerra los extraordinarios éxitos debidos a su movilidad maniobrera, venía ahora Hitler a tomar de Stalin, después de la primera crisis ante Moscú, la receta de mantener las posiciones aferrándose al terreno. Justamente, una fórmula que había puesto al mando soviético tan al borde del precipicio en el año 1941, que ya con ocasión de la ofensiva alemana del año siguiente se decidió a abandonarla.

Mas como en aquel invierno de 1941 la contraofensiva soviética había acabado por desmayar al fin ante la resistencia de nuestras tropas, estaba Hitler completamente persuadido de que bastaba su prohibición de ceder ni un palmo de terreno para salvar al Ejército alemán de la suerte que había corrido el de Napoleón en el año 1812. Y de que, efectivamente, había sido aquella determinación la que nos ahorrara el fatal destino napoleónico, no dejaron de persuadirle también las coincidentes apreciaciones de su camarilla y aún de varios den uestros comandantes del frentes. Por eso, cuando en el otoño de 1942 se produjo una nueva crisis por la frustración y estancamiento de nuestra ofensiva ante Stalingrado y en el Cáucaso, otra vez se figuró Hitler haber hallado los polvos de la madre Celestina en la fórmula de aguantar a todo trance. Y ya desde entonces no hubo quien pudiese disuadirle de su funesta nía.

Ya se sabe que generalmente considera la defensiva como la forma más eficaz y segura de combatir. Sólo que esta regla se cumple únicamente cuando podemos organizarla tan a la perfección que el enemigo se desangre y agote en inútiles asaltos a la lí-

nea de defensa. Circunstancias que no se daba ni remotamente en el Este, donde el número de divisiones alemanes disponibles distaba mucho de bastar para montar una defensa de estas condiciones. La enorme superioridad de que allí disponía el enemigo, siempre dejaba en su mano la posibilidad de agrupar las fuerzas donde se le antojase para conseguir rupturas en frentes tan dilatados. Y el resultado indefectible venía luego en el embolsamiento de

considerables grupos alemanes, más impotentes aún contra la presión del cerco que lo habían sido contra la embestida de la ruptura. No cabe duda: sólo una guerra de movimientos pudo haber ofrecido ocasión al mando y a las tropas alemanas para sacar el debido partido de su superioridad cualitativa y acabar tal vez por desjarretar la potencia combativa de las masas rusas.

De los efectos logrados por el cada vez más socorrido comodín de Hitler de <resistir a toda costa>, he de tratar aún con más detalle al llegar a las batallas defensivas de los años 1943 y 1944 en el Este. Aquí diré tan sólo que si por momento se acentuaba su apelación a la necesidad de resistir y aferrarse al terreno, ello venía de un rasgo muy hondo de su propio carácter. Porque Hitler era un hombre que sólo percibía y conocía la lucha en su forma más brutal. A su manera de ser mejor se acomodaba el espectáculo de unas masas enemigas desangrándose ante nuestras líneas en bárbara ceder y esquivar a veces para poder luego asestar más limpiamente el golpe fulminante. Al concepto del arte de la guerra puede decirse que oponía él el de la fuerza bruta, el de una ruda potencia cuya eficacia plena estaría en la virtud de una inflexible voluntad que la secundase.

Por eso no es de extrañar que un Hitler que así anteponía la virtud de la fuerza a la del espíritu, el empuje del soldado a la competencia del mando, diese no sólo en el misticismo de la técnica sino también en el <delirio de las cifras>, en la idólatra <rape du nombre>. Así le veíamos por momentos más embriagado con las estadísticas de producción de la industria de armamentos alemanes, que indudablemente había sabido elevar a índices asombrosos, pero que también el enemigo había elevado paralelamente y aun superado mucho, cosa que él no solía tomar en cuenta en sus arrebatos estadísticos.

Y otra cosa olvidaba todavía. Lo mucho que en cuestión de adiestramiento y habilidad reclama un arma nueva para sacar de ella todo su rendimiento teórico. Hitler, en efecto, se contentaba con

que las armas nuevas llegasen al frente, pero sin haberse asegurado de que las unidades provistas de ellas dominasen previamente su manejo ni de si aquellos recursos habían sido o no probados en condiciones prácticamente bélicas.

Con la misma ligereza dispuso también la formación de divisiones y más bien nuevas, que ciertamente no sobraban, pues andábamos más bien escasos de grandes unidades. Lo malo en esto era que él creaba lo nuevo con lo indispensable para reparar y reponer nuestras reducidas existencias, y así iban las divisiones antiguas desangrándose y contrayéndose al proporciones ridículas, al faltarles la fuente de los reemplazos. E n cambio, las divisiones nuevamente creadas habían de pagar un crecidísimo tributo de sangre en los primeros momentos a causa de su inexperiencia. De lo que tenemos dolorosos ejemplos en las ya citadas divisiones de aviación de tierra, en las de constante aparición de las SS y últimamente en las llamadas divisiones de milicianos, o soldados del pueblo.

Recordemos, por último, el incesante alarde que Hitler hacía de su íntima compenetración con el soldado, de su identificación por así decirlo con lo militar y de que todos sus conocimientos y disposiciones castrenses le venían de la experiencia adquirida como soldado en el frente. Pues bien; la verdad era que su íntima condición tenía muy poco o nada que ver con el modo de pensar y sentir del soldado. Como los aspavientos de su partido tampoco tenían nada de común con el auténtico espíritu prusiano, que tanto se complacía en reivindicar.

Ni es que Hitler no estuviese muy al corriente de la situación en el frente por los informes de los Grupos de Ejércitos, de los ejércitos, divisiones, etc., y hasta por informes verbales directos que obtenía de oficiales combatientes. No, él conocía perfectamente el rendimiento y capacidad de nuestras tropas, como conocía los incontables sufrimientos que una excesiva venia imponiéndoles desde el comienzo de la campaña contra la Unión Soviética. Y acaso fuera esta conciencia de las penalidades insuperables una de las razones por las que nunca se consiguió llevar a Hitler hasta las líneas del Frente en el Este. Sólo para hacerle llegar hasta el pues de nuestra comandancia general, tuvimos que porfiar lo indecible, cuanto más pensar en hacerle seguir adelante. Porque es que seguramente presenta la posibilidad de que en tales visitas se le cayese a pedazos la fantasía de su voluntad invencible.

Por otra parte, pese a cuanto alardeaba de su antigua condición de combatiendo, yo no he tenido nunca la impresión de que su corazón estuviese entrañablemente con la tropa, antes creo que para el tenían las bajas una mera significación numérica de marcha de nuestro potencial sin mayor trascendencia en la esfera de los sentimientos cordiales.

Comprendía perfectamente las razones de su impresión subjetiva (la de que Hitler no llevaba en su corazón la devoción de las tropas ni sus bajas le afectaban sino como deducciones de un potencial apetecible). Efectivamente, fuera de la intimidad se daba Hitler esos airea, aunque en realidad sus sentimientos eran muy otros. Bajo el punto de vista militar, más bien lo considero demasiado blando, y en todo caso más sensitivo de lo que debiera. Es muy sintomático el hecho de que se le hiciese insoportable lo de enfrentarse con los horrores de la guerra, como si temiese que su sensibilidad y compasión fuesen a impedirle luego la adopción de medidas que su voluntad política la exigía. Las bajas de que tenía que enterarse con detalle o que le eran descritas con lujo de detalle plástico, se le hacían penosísimas, y se le veía literalmente abrumado bajo el peso de tales descripciones, lo mismo que se advertía su doloroso sufrimiento cada vez que tenía noticias de la muerte de personas que le eran conocidas.

Mi opinión, formada en años de continua observación, me lleva a creer que nada de teatral había en esto, sino que era una auténtica faceta de su personalidad, y que si ante la galería acentuaba su indiferencia, lo hacía justamente para prevenirse contra el peligro de que su recatada sensibilidad le arrastrarse por caminos inconvenientes. Por eso y no por otra razón era por lo que no se avenía a visitar los frentes ni las ciudades bombardeadas. No porque careciese de valor personal, sino por la aprensión de su emotividad ante los horrores de la contienda.

Frecuentemente teníamos ocasión de observar en los medios privados, cada vez que salía a relucir el tema del rendimiento y penalidades de nuestras fuerzas, cómo sabía apreciados y cómo se condolía de las fatigas que no podía ahorrarles a los combatientes, sin distinción de grados por cierto.

El juicio de este oficial, que no ha sido- lo reconozco- de los secuaces y admiradores de Hitler, prueba por lo menos cuán con-

1. Un antiguo oficial del Alto Mando de la Wehrmacht, que a consecuencia de heridas graves en el frente había destinado al alto organismo y que por su cargo en él tenía que ver casi diariamente a Hitler, sobre todo a la hora de los partes y también en situaciones de mayor intimidad, me escribir lo siguiente a propósito de lo que acabo de decir.

tradictoria pudo ser la impresión recogida por cada uno de los muchos hombre que han conocido a Hitler, y cuán difícil, por tanto, se hace desentrañar la íntima y auténtica condición de aquel hombre. Porque, si Hitler era realmente impresionable y sentimental, como este oficial pretende, ¿cómo nos explicamos la barbarie cruel que caracterizó su régimen, cada vez más despiadado?

Un aspecto existe, eso sí, en el que Hitler pensaba y actuaba con neta conciencia militar: el referente a las condecoraciones de guerra, con las que se propuso honrar especialísimamente a los verdaderos combatientes, a los hombres valerosos. Por eso delataban una ejemplar rectitud las disposiciones que publicó al comienzo de la guerra para regular la concesión de la Cruz de Hierro. Sólo podría conferirse esta distinción como premio y reconocimiento de méritos contraídos por el arrojo y por el mando efectivo, y por consiguiente, en este último aspecto, nada más que a quienes ejercían mando y a sus inmediatos auxiliares. Por desgracia, no todos los organismos a los que estaba encomendada la concesión observaron escrupulosamente las impecables normas desde el principio. Bien es verdad que en parte se explica la inobservancia por la tardía creación de la Cruz del Mérito Militar, destinada a premiar a quienes no pudiesen llenarlas condiciones establecidas para la Cruz de Hierro por razón del servicio que desempeñaban, aunque por otra parte hubiesen contraído méritos bastantes para merecer una distinción. Lo cierto es, en suma, que siempre se hizo más arduo arrancarle a Hitler la Cruz de Caballero para un benemérito general, que no para un oficial o un soldado de los que luchaban en el frente.

El que luego haya dado la gente en tomar un poco a chacota la aparente prodigalidad con que Hitler repartió condecoraciones durante la guerra, tiene su explicación en el hecho de que difícilmente imagina quien no se vio en ella todo el ingente heroísmo derrochado por nuestros soldados en el largo decurso de la contienda. Condecoraciones como, por ejemplo, el Pasador de <combate cuerpo a cuerpo> o el escudete de <combatiente de Crimea>, concedido al Decimoprimer Ejército, nunca han dejado de ostentarlas con orgullo los combatientes. Por otra parte, la abundancia de soldados del campo contrario distinguidos asimismo con condecoraciones, demuestra que la cuestión de las distinciones bélicas no es una mera frivolidad que podamos calificar, sin más ni más, con el tópico beocio de <chatarra>.

Las máculas y deficiencias enumeradas, por fuerza tuvieron que mermar notablemente la aptitud de Hitler para desempeñar con acierto la función que se había atribuido de generalísimo o comandante supremo militar.

Tal vez hubieran podido compensarse en gran parte si él se hubiera mostrado dispuesto a tomar consejo de un jefe de Estado Mayor Central experto y responsable, o, en otro caso, si hubiese consentido en otorgarle su plena confianza a un asesor actuante en tales condiciones. Que al fin no podemos desconocer que para el papel de caudillo reunía Hitler algunas de las condiciones estimadas como fundamentales, a saber. Poderosa voluntad, nervios seguros, capaces de mantenerse hasta en las más agudas crisis, y una innegable perspicacia, además de apreciables facultades operativas y la de percatarse de las posibilidades reservadas a la técnica. Si al mismo tiempo hubiera sabido completar por la competencia de un jefe de Estado Mayor General los conocimientos teóricos y prácticos de que carecía en asuntos militares y singularmente en los sectores de la estrategia y de la táctica, tengo por seguro que, con todas las deficiencias apuntadas, no habría dejado de rendir un resuelto aceptable como caudillo máximo. Mas esta condición era la que en él no se daba.

Convencido de que la fuerza de su voluntad constituía el factor decisivo en todos los terrenos, se comprende que sus éxitos políticos iniciales y aún las victorias militares de los primeros años, que no reparaba en atribuirse a sí mismo, le hiciesen perder cada vez más los estribos de la cordura y la moderación en apreciar sus posibilidades personales. Admitir consejos de un jefe de Estado mayor que con él compartiese la responsabilidad, ya no significaría a sus ojos una ampliación de la propia voluntad, sino más bien su sumisión a la de otro. Y todavía tendría que superar de más el no pequeño inconveniente que en este sentido suponía la íntima prevención contra da jefatura militar, consecuencia en parte del origen de Hitler y en parte también de su formación y del curso de su vida, que no le abrían ventana alguna al paisaje de los seres acotaos en otra esfera social. Por todo lo cual no toleraba ni podía apenas tolerar que un asesor militar realmente responsable compartiese con él el peso de la dirección. Él se miraba, si acaso, en el espejo de un napoleón, que no había sufrido nunca más que simples ayudantes y organismos ejecutivos de su soberana voluntad. Y aun el espejo le debió ser infiel, por cuanto no parece que le mostró la radical diferencia existente entre el auténtico genio mili-

tar de un Napoleón con buena formación militar y un Hitler carente de ella y no tan sobrado de genialidad.

Ya en el capítulo en que tratamos de hacer historia del nacimiento y elaboración del plan de invasión de Gran Bretaña, pusimos bien de manifiesto el hecho de que Hitler había organizado de tal suerte el mando supremo militar, que no existía organismo alguno facultado para asesorar en forma responsable acerca de la total orientación de la guerra, ni capacitado para trazar un plan bélico de conjunto. Ni siquiera el meollo del Alto Mando de la Wehrmacht, que en teoría parecía llamado a desempeñar este papel, tenía en la práctica otra función que la de una secretaría militar encargada de traducir al lenguaje militar imperativo las ideas y disposiciones de Hitler.

Pero algo peor había de suceder todavía, porque con la acotación de Noruega como campo de operaciones del Alto Mando de la Wehrmacht, en donde el del Ejército no tenía voz ni voto, no había hecho Hitler nada más que iniciar la disgregación en la forma demandada sucesivamente al Alto Mando de la Wehrmacht (OKW) la elaboración burocrática de todo lo concerniente a los demás teatros de operaciones, reservándose al Alto Mando del Ejército (OKH) únicamente a responsabilidad de la guerra en el Este, y aun así, con Hitler a la cabeza. Con ello quedaba el jefe del Estado mayor Central del Ejército tan excluido de toda influencia en los demás teatros de la guerra, como lo estaban los comandantes en jefe de las otras dos fracciones de la wehrmacht de terciar en la orientación conjunta de la guerra. El primero, el de Ejército, además de no poder intervenir en la distribución del total de fuerzas del mismo entre los diferentes teatros de operaciones, ni aún tenía conocimiento bastante a veces de los efectivos contingentes de tropas y material a ellos trasladados. En estas condiciones, ya se comprenderá que era inevitable el antagonismo entre la Plana Mayor de la Wehrmacht y el Estado Mayor Central del Ejército. Bien es verdad que en la política de Hitler entraba precisamente con categoría de maquiavélico recurso la norma de suscitar tales antagonismos, para poder reservarse así la última palabra en todos los asuntos. Pero el vicio de organización del Alto Mando Militar no podía por menos de redundar en un desdichado fracaso de su gestión.

Luego, la sobreestimación así de la eficiencia de su voluntad como del alcance de su competencia traían fatalmente aparejado el que Hitler propendiese cada vez más a inmiscuirse con órdenes

e indicaciones concretas en la esfera propia de los mandos subalternos o dependientes de las comandantes generales.

Sabido es cómo ha sido siempre el fuerte del mando militar alemán su tradicional preocupación por fomentar el sentido de responsabilidad, de iniciática y autonomía en los jefes de todas las categorías, para poder descansar en ellos. Por eso las <instrucciones> para los mandos superiores y las órdenes para los intermedios y para los mandos superiores y las órdenes para los interminables y subalternos contenían normalmente acometidos> encomendados a las unidades dependientes de quien los confería, que siempre dejaba al criterio de su subordinado la elección de la mejor forma de desempeñarlos. Y gracias a este arte de mandar consiguió el Ejército alemán éxitos que sin duda le habrían estado vedados de haberse conducido en la materia como el habrían estado, vedados de haberse conducido en la materia como el enemigo, más propenso casi siempre a coartar la iniciativa de los mandos subordinados mediante una estricta regulación previa de sus actuaciones. Nosotros, en cambio, solamente llegábamos a terciar imperativamente en la esfera de acción de un mando inferior y pasábamos a la prescripción detallada, cuando un manifiesto interés superior lo reclamaba.

A Hitler le sucedía todo lo contrario de la tradición castrense alemana, pues creía conocer y dominar mucho mejor los escenarios bélicos desde su mesa de despacho que los jefes desde el frente, pese a que muchos de los puntos de referencia habrían quedado atrás cuando todavía él los consideraba válidos en su – desgraciadamente- puntualísima carta de situación, y pese también a que nunca desde lejos nadie formar juicio seguro de lo que la real situación y posibilidades del momento reclaman.

Con el decurso del tiempo, se echaba de ver cómo iba tomándole cada vez más gusto a la intromisión en la competencia del mando de los Grupos de ejércitos, de los ejércitos, etc., mediante órdenes e instrucciones concretas que en modo alguno le competían. Y si hasta entonces no había pasado yo por el trance de tener que soportar sus extralimitaciones, lo que el mariscal de campo Von Kluge me refirió cuando en mi viaje de Vitebsk a Rostov le encontré en una estación, no dejó de procurarme una idea bastante aproximada de lo que podía esperar. Me refirió, en efecto, que en la jurisdicción del Grupo de Ejércitos Centro había que contar con la autorización expresa de Hitler para cualquier acción que reclamase más de un batallón en su ejecución. El que luego tuviera yo la fortuna de que en el mando de nuestro Grupo de Ejércitos no se diesen tan intolerables intromisiones de Hitler, no quiere decir

que no se nos presentara con frecuencia el caso de entrar en conflicto con el Mando Supremo a causa del celo impertinente del mariscal aficionado.

En contraste con este apremiante prurito de Hitler por mezclarse en las funciones del mando militar con sus coercitivas puntualizaciones, que por regla general sólo molestias y perjuicios ocasionaban, estaba su reservona cautela cuando se trataba de dar instrucciones comprensivas de un plan a largo plazo, de un plan completo distinto de la oportunista intervención del momento. Cuánto más apegado se iba mostrando a la idea de considerar la norma de <la resistencia a ultranza> como la alfa y la omega del arte de la guerra, tanto más se retraía de las instrucciones de largo alcance, que hubieran permitido operar partiendo de una previsible evolución de la situación operativa. El caso es que no había manera de hacerle comprender que por este procedimiento se iba situando en obligada desventaja respecto del enemigo. Era su eterna desconfianza la que la impedía dejar a los mandos de su dependencia una libertad de movimientos basada en instrucciones a largo plazo, que ellos pudieran aplicar en forma distinta de la que él mismo columbraba. Lo malo era que de esta suerte le sustraía al arte de la guerra casi todas las posibilidades de acusar su presencia, ya que, al fin y al cabo ni siquiera una comandancia de Grupo de Ejércitos podía salir del paso sin instrucciones del mando supremo, sobre todo cuando se hallaba encuadrado el Grupo en el marco más amplio de un vasto frente de ejércitos y en dependencia de cooperación respecto del inmediato. ¡Cuántas veces hemos añorado los tiempos en que podíamos combatir en Crimea en un escenario de guerra propio, por así decirlo!

Sólo me queda por referir, en cuanto puedo hacerlo por propia experiencia, la forma en que discurrían las discrepancias entre Hitler y los altos jefes militares, inevitables a consecuencia de la postura por él adoptada en lo referente al mando militar. Por ahí corren algunos relatos en los que podemos contemplar en tales ocasiones a un Hitler furioso, que en sus arrebatos coléricos echaba literalmente espuma por la boca y aun llegaba en algunas ocasiones a morder la alfombra en la que se revolcaba. Personalmente, aunque convenga en la certeza de que en algunas ocasiones perdía Hitler por completo el dominio de sí mismo al sobrevenirle aquellos accesos de furor, sólo puedo dar fe de que en una entrevista con el coronel general Halder, a la que yo asistía, llegó a propasarse hasta hablarle en términos y tono manifiestamente desconsiderados. Y asimismo me consta que el tono que

empleaba con Keitel no era el adecuado a la alta posición oficial de este jefe.

Es indudable que Hitler presentía acertadamente hasta qué punto podía permitirse licencias con éste o con el otro personajes de entre sus colocutores y cuándo tenia probabilidades de obtener el apetecido efecto intimidante con uno de sus accesos coléricos tal vez simulados en muchas casos.

Por lo que toca a mi propio trato con él, tengo que reconocer que siempre se mantuvo comedido y en el terreno objetivo e impersonal, aun cuando muchas veces discrepásemos en nuestros puntos de vista y hasta llegásemos a sostenerlos diametralmente opuestos. Y en la única ocasión en que se permitió conmigo una observación impertinente y personal, tampoco puedo por menos de reconocer que acogió en silencio la dura réplica, sin mostrar el menor deseo de insistir.

Una cosa sabía hacer Hitler con maestría suma, y era el adaptarse psicológicamente a la peculiar condición de su interlocutor para mejor convencerle; si bien es verdad que tenía a su favor el previo conocimiento del motivo que a su despacho le llevarla o de las intenciones con que iba a visitarle y podía así disponer con tiempo los argumentos.

Era asimismo extraordinaria la facultad que tenía de infundir a los demás la propia confianza, auténtica o simulada, sobre todo cuando se trataba de recibir oficiales que volvían del frente y que todavía no le conocían de trato directo. No era entonces nada raro que el hombre que iba a Hitler con ánimo de <referirle toda la verdad de la situación crítica en el frente>, saliese de su despacho como un converso más de la fe en la victoria.

Lo que a mí me impresionaba más en las numerosas ocasiones en que hube de discutir con él como comandante de Grupo de Ejércitos sobre cuestiones de índole operativa, era la increíble tenacidad con que defendía sus puntos de vista. Casi invariablemente necesitaba debatirme y pugnar horas enteras antes de alcanzar lo que pretendía de él; cuando no tenía que marcharme sin resultado alguno positivo o despachado con una dudosa promesa por vía de consolación. En mi vida he conocido a nadie que fuese capaz de aproximarse siquiera a él en el obstinado, persistente forcejeo. Y menos mal cuando el antagonista era uno de los comandantes del frente, que casi siempre despachaban el pugilato con unas horas todo los más de liza, porque si el solicitante acudía a la mediación del jefe del Estado Mayor Central, general Zeitzler, enton-

ces eran días enteros los que éste necesitaba bregar a la hora del parte de la noche para arrancarle a Hitler alguno de los más apremiantes socorros. Por eso acostumbrábamos a preguntarle ya hasta cuántos <rounds> había llegado aquel día.

Luego sucedía que los argumentos con que Hitler defendía sus puntos de vista no eran nada fáciles de rebatir así de pronto, ni siquiera los de índole netamente militar; o estaban por lo menos planteados en forma tal, que rara era la ocasión en que cupiese refutarlos de manera inconcusa. Al fin y al cabo, se trataba de debatir puntos de vista operativos referentes a situaciones cuyo desenlace nadie podía predecir con entera seguridad, como sucede siempre con las eventualidades de la guerra, en la que nada hay indefectible.

Por ora parte, en cuanto Hitler se percataba de que con sus razonamientos operativos no impresionaba al oponente, al punto echaba mano de consideraciones políticas o económicas, seguro como estaba de que un comandante militar entregado por entero a la lucha en el frente nunca podría hallarse tan bien documentado como él en la materia. El resultado era que no le quedaba al militar más remedio que el de aceptar como buenas las alegaciones hitlerianas, o, cuando más, el de insistir en que la recusación de sus pretensiones por parte de Hitler tendría como consecuencia un fracaso militar y las funestas repercusiones consiguientes en la esfera económico-política.

N otras ocasiones no dejaba Hitler tampoco de mostrarse capaz de escuchar atentamente las exposiciones que se le hiciesen, incluso discurrían por normales a sus prejuicios, y entonces los debates discurrían por normales cauces objetivos.

Naturalmente, una compenetración entre el dictador fanático, entregado en cuerpo y alma a sus ambiciones políticas y a su megalomanía <mesiánica>, y los jefes militares, no podía haberla. Personalmente es indudable que no se interesaba por nadie. Él no veía en los hombres otra cosa que instrumentos más o menos manejables para su labor política, sin otra misión que la de servirla como tales y sin compromiso alguno de lealtad para con el soldado-instrumento.

Los desaciertos y fracasos del mando militar alemán, que por momentos iban haciéndose más potentes y que en parte tenían su origen en la misma personalidad de Hitler y en parte en la viciosa organización culminante en un absorbente centralismo inadmisible, planteaban con muda elocuencia la cuestión de si tal situación no reclamaba

Remedio y de cómo podría ponérsele. Es obligado, pues, que tampoco yo la rehúya, sin que por eso haya de tratarla aquí bajo el aspecto político, que deliberadamente eludo en esta obra.

Nada menos que por tres veces intenté convencer a Hitler, en interés de una razonable gestión del problema bélico, de la conveniencia de modificar la estructura del mando militar supremos. No creo que pueda nadie alegar tan insistente no nos satisfacía.

Y eso que yo no ignoraba que jamás se mostraría Hitler dispuesto a renunciar oficialmente a su condición de caudillo máximo, pues que tampoco podría hacerlo como dictador sin un grave menoscabo de su autoridad. La fórmula que yo había imaginado como paliativo de la amarga píldora consistía en que, conservando nominalmente el mando supremo, accediese a poner en manos de un jefe de Estado Mayor Central responsable la gestión práctica de lo referente a operaciones militares en todos los teatros de guerra y a nombrar un comandante en jefe para el del Este. De tales tentativas mías, desdichadamente ineficaces, aún he de volver a hablar cuando llegue al relato del curso de la contienda en 1943-44. Por cierto que el tema no podía ser más embarazoso para nadie que para mí, puesto que Hitler sabía muy bien los vientos que en el Ejército corrían y cuán numerosos eran en él los que deseaban verme en la efectiva jefatura del Estado Mayor Central o en la Alta Comandancia del Este.

No ha sido mi intención ocuparme aquí de la cuestión de una modificación violenta del Regimén alemán ni, por tanto, de la tentativa llevada a cabo el 20 de julio de 1944 en este sentido. Tal vez más tarde me tiente el tema; pero de momento básteme decir, en estricta observancia de los límites del de memorias militares aquí abordado, que como comandante en jefe consciente de su responsabilidad frente al enemigo, no me he creído en el caso de tomar en consideración la posibilidad de un golpe de estado en tiempo de guerra. A mi modo de ver, la inmediata consecuencia semejante acción había sido un desmoronamiento del frente y a buen seguro el caos en toda Alemania, por no hablar ya de la lealtad jurada y de la licitud del asesinato político.

Como ya manifesté en mi proceso: <Sería inconcebible que durante años hubiese estado un alto militar demandando de sus soldados el sacrificio de la propia vida en aras de la victoria reivindicada, para ir luego a llevarles a la derrota por su propia mano.>

389

Además de que ya entonces era manifiesto que tampoco un golpe de Estado habría conseguido que los aliados atenuasen poco ni mucho la dureza de la capitulación incondicional de Alemania, y de que no creo, en suma, que mientras yo desempeñaba un alto mando, hubiesen llegado las cosas al punto de no consentir solución menos catastrófica.

390

12

LA TRAGEDIA DE STANLINGRADO

La ruta de Stalingrado.- Errores capitales de Hitler.- la evolución de la situación en torno a Stalingrado hasta el momento de tomar el mando del Grupo de Ejércitos del Don.- La situación el 24 de noviembre.- Hemos dejado pasar la primera oportunidad.- ¿El Sexto Ejército debía haber intentado con retraso la ruptura, o debía haber esperado el esperado el ataque de las fuerzas de liberación?- En todo caso, el aprovisionamiento desde el aire habría sido condición previa indispensable.- Primeras impresiones.- Una carta del mariscal Antonescu.- La doble misión del Grupo de Ejército del Don.- La situación en el momento de hacerme cargo del mando.- El general Paulus solicita que se le conceda libertad de acción <para un caso extremo>.- ¿Hubiera podido asegurar la Luftwaffe un aprovisionamiento suficiente?- La culpabilidad de Goering.- El plan para liberar al Sexto Ejército- La orden Wintergewitter.- El enemigo ataca.- Acometida enemiga.- contra el Cuarto Ejército Panzer.- la situación junto al Chir se agrava.- Hitler

se demora en la adopción de decisiones urgentes.- Una carrera a vida o muerte.- la lucha del LVII Cuerpo Panzer.- La misión del comandante Eismann.- El Grupo de Ejército ordena la ruptura; Donnerschlag.- la ocasión no es aprovechada.- la situación en que nos veíamos respecto a los carburantes le sirve a Hitler de base para oponerse al abandono de Stalingrado.- tenemos que cortar bruscamente el avance liberador.- La agonía del Sexto Ejército.- ¿Hubiera sido posible todavía una tentativa de liberarlo?- El general Hube informa.- Se fuerza la capitulación.- El sentido de la lucha del Sexto ejército.- Las últimas horas.

Si vas a Esparta, caminante, diles que cumpliendo la Ley hemos caído

Jamás estos versos, en los que nos llega un eco del heroísmo de los defensores de las Termópilas como en una nemia a los valores im-

perecederos del arrojo, la lealtad y la obediencia, serán cincelados en piedra en Stanligrado, la ciudad del Volga, para eterna memoria del sacrificio del Sexto Ejército alemán.

Sobre las huellas disipadas de los soldados alemanes allí caídos bajo las balas, la inanición y el congelamiento, nunca se alzará una cruz de un cenotafio.

Pero la memoria de los indecibles sufrimientos de una larga agonía, de una bravura, una lealtad y una disciplina sin segundo, perdurará indeleble cuando ya no la haya de los alaridos triunfales, y los clamores de dolor e iracundia de los decepcionados y los exasperados se hayan extinguido en remotas lejanías.

Aunque todo este caudal de valentía haya sido dilapidado; aunque la lealtad se le haya guardado a un hombre que ni la comprendía ni la compartía, ni, por tanto, le merecía; aunque el cumplimiento del deber y la observancia de la disciplina hayan tenido como premio la muerte o el cautiverio, no por eso este valor, esta lealtad y alemana. Una marcialidad hoy

naufragada, es verdad, y que hasta puede parecer inusitada y fuera de lugar en una época en que sobre seguro parecer inusitada y fuera de lugar en una época en que sobre seguro y a mansalva le es todo al hombre extinguir hasta el menor hálito de vida con las bombas atómicas, pero que, sin embargo, encierra un heroísmo tan digno del recuerdo de la posteridad como el eternizado en los versos de Schiller. Puede un sacrificio parecer vano cuando lo hacemos por una causa perdida, o insensata la fe guardaba a un régimen insensible, como puede la obediencia haber malogrado su virtud cuando se demuestra que partía de supuestos erróneos. Lo que no puede ser es que el valor ético intencional de la gesta del Sexto Ejército haya perecido también con él.

Acaso un día surgirá la pluma del auténtico poeta con aliento suficiente para cantar el heroísmo del Sexto Ejército alemán. Pero ¡cuidado!: el sufrimiento y la muerte de nuestros soldados han de infundirnos siempre un santo respeto, para que nadie se atreva a profanarlos urgando en sus cenizas sagradas en busca de frívolas truculencias estéticas, de equívocas revelaciones o de virulentas controversias políticas. Que quien pueda aportar algo a la historia de esta tragedia, mueva su pluma con la grave dignidad del amor doliente y no con la sañuda violencia del odio. El que como yo haya combatido por Stalingrado desde un puesto de alta responsabilidad- bien que desde fuera y sin poder torcer el rumbo de la fatalidad-, abierto su corazón de soldado a los filos de la tragedia, jamás podrá degradar su sombría grandeza con fútiles baratijas

retóricas. Que tan fuera de lugar está aquí la oquedad altisonante como la incisiva mordacidad del odio. Por eso se habrá delimitar quien se hallare en mis condiciones a la honesta relación sincera de lo que le han tocado ver y juzgar, hecha con imparcialidad y modestia. Luego la Historia se encargará de formular juicio definitivo, y bien seguros podemos estar de que no dejará de hacer justicia por lo menos a quienes de buena fe siguieron hasta el final el arduo camino de la lealtad cruenta. No faltarán en ella las censuras de errores, deficiencias y omisiones punibles, pero en donde su rigor habrá de mostrarse, inexorable, será allí donde haya sido violado el deber de lealtad, que más obliga a quien imperativamente la exigió.

No seré yo, exento de la lucha y penalidades directas del soldado por razón de mi cargo, quien se propase a la pretensión de describirlas. El lado humano de la tragedia, con sus sufrimientos, su desesperanza o exasperación y su muerte, seguidas de lejos por el sombría estela de luto después, no habrán de parecer en este cuadro de la guerra. No porque el autor y los colaboradores que con él combatieron por la liberación del Sexto Ejército no sintieran día a día y hora a hora la tortura de la lenta agonía de tantos camaradas. Que seguramente nadie después de los sacrificados y sus deudos se retorció más el corazón que quienes desde fuera pugnábamos impotentes y apurábamos hasta la última posibilidad de rescatarlos y fraternas tendidas hacia nosotros. Pero es tan hondo el abismo de miseria y sufrimientos y tan sublime el malbaratado heroísmo, que los que fuimos testigos conmovidos de ellos correríamos el riesgo de perder en el relato toda compostura y encontrar las viejas heridas en vez de mitigar dolores; serviríamos menos al deseo de información ecuánime que al afán de atizar rencores.

Por eso voy a tratar de descubrir el curso de la tragedia objetiva y desapasionadamente, pasando en silencio sobre el heroísmo y la abnegación de nuestros soldados. La pugna del Sexto Ejército representará uno de los elementos integrantes del total paisaje bélico, en cuya vastedad se diluye Stalingrado con toda su trágica grandeza. La referiré como la veía desde mi posición, y espero que el lector comprenda que en vez de llevarle al fragor de la batalla, a la nevada estepa que circunda Stalingrado o al tumulto de las luchas por el paso de un barranco o la ocupación de una manzana de casas, le situé solamente ante el tablero en donde la ciudad del Volga representaba un valor coordinado. No será, pues, el ardor del

combate o el frío glacial de la estepa la atmósfera de que aquí se respire, sino la de un puesto de mando, en donde por imperativo de la responsabilidad toda acción y omisión ha de ser bien ponderada. De lo que puede estar seguro, es que también en una atmósfera así llevan los hombres un corazón en el pecho, tan lacerado como el que más por la desdicha del camarada y la ineluctable suerte de la patria.

Pretenden los soviéticos con disculpable ufanía que la Batalla de Stalingrado cambió enteramente el curso de la guerra. los ingleses a su vez, sostienen que fue el desenlace de la Batalla de Inglaterra , es decir, la cerrada defensa del cielo británico contra los ataques de la Lutfwaffe en 1940, lo que imprimió un giro decisivo a la guerra. mientras que los americanos propenden a suponer que fue su intervención en ella lo que puso la victoria en manos de los aliados.

En la misma Alemania es muy corriente la opinión de que la acción de Stalingrado merece el calificativo de <la Batalla decisiva>.

La verdad es que a ninguno de los citados acontecimientos, ni a cualquiera otro aislado le cuadra el predicado de decisivo. La decisión vino más bien de toda una serie de factores culminantes en el hecho de que, merced a la política y a la estrategia de Hitler, llegase un momento en que Alemania se hallaba en una irremediable inferioridad respecto de sus enemigos. Convengo en que Stalingrado significó una reversión o cambio en la historia de la Segunda Guerra Mundial, en cuanto entonces la ola asaltante alemana rebotó en el Volga, para retroceder luego como en peligrosa resaca. Sin embargo, por grande que haya sido la importancia de la pérdida del Sexto Ejército, bastante para perder la guerra en el Este- y por consiguiente, la guerra en una palabra- no lo ha sido. La posibilidad de haber quedado <en tabla> por lo menos, siempre nos restaba, si la política alemana y el mando militar supremo se hubiera conformado con ello y orientado su acción en este sentido.

La ruta de Stalingrado

La razón de que perdiéramos nuestro Sexto Ejército hemos de verla, naturalmente, en el hecho de que Hitler se negase al abandono espontáneo de Stalingrado, sin duda por consideraciones de prestigio ante todo.

Pero la de que dichas fuerzas llegasen a meterse en semejante atolladero venía ya del error operativo cometido previamente por el mando supremo alemán al planear la forma de emprender nuestra ofensiva de 1942, así como llevarla a la práctica, pero, sobre todo, al del momento en que esta acción de extinguió.

De la situación operativa a que esta serie de errores o error continuado llevaron al ala sur del frente oriental alemán a últimos del otoño de 1942, habremos de hablar más largamente cuando tratemos de la campaña de invierno de 1942-1943. Por el momento me limitaré a señalar los aspectos que decisivamente influyeron en la suerte del Sexto Ejército.

Nuestra ofensiva de 1942 fue lanzada en dos direcciones divergentes- el Cáucaso y Stalingrado-, como consecuencia de la determinación de objetivos que Hitler elegía principalmente por consideraciones de economía de guerra. vino luego en secuela obligada el hecho de que al relajarse el ataque alemán, la vastedad del frente era tal que las fuerzas disponibles en modo alguno podían bastarnos para mantenerlo. Nuestro mando no contaba con la reserva operativa indispensable para esta ala del frente total, una vez que había desperdigado al Decimoprimer Ejército, disponible tras la ocupación de Crimea, acudiendo aquí y allá con sus distintas unidades.

Teníamos, en efecto, que el Grupo de Ejércitos A se hallaba en la parte norte del Cáucaso, entre el Mar Negro y el Caspio, con frente hacia el sur. El Grupo de Ejércitos B, en cambio, formaba un frente dirigido a este y nordeste, que, apoyándose en el Volga al sur de Stalingrado torcía luego al norte de la ciudad hacia el curso medio del Don y discurría ya a lo largo de este río hasta el norte de Voronez. Ambos grupos de Ejércitos tenían a su cargo frentes tan dilatados, que las fuerzas de que disponían se hacían evidentemente escasas para cubrirlos y sostenerse en ellos. Porque, además, el ala sur enemiga no había sido realmente derrotada, sino que había sabido esquivar el golpe decisivo y salvarse del desastre, aunque para ello hubiese satisfecho un elevado tributo en bajas. Por otra parte, el enemigo contaba con importantes reservas operativas tanto en los demás sectores del frente como en el interior. Por último, la desgraciada circunstancia de que entre los dos Grupos de Ejércitos alemanes se abriese una brecha de nada menos que 300 kilómetros de extensión en la estepa de los calmucos, sin otra cobertura que la de la 16ª División Motorizada de Elista, venía a caracterizar de lleno lo peligroso de la situación.

El intento de mantener consolidado este prolongado frente constituyó la primera de las equivocaciones- para no mencionar ya el erróneo planteamiento y ejecución de la ofensiva estival- por las que el Sexto Ejército había de verse en una situación desesperada a fines de noviembre de 1942.

La segunda equivocación, más funesta todavía, estuvo en que Hitler obligara al Grupo de Ejércitos B a inmovilizar frente a Stalingrado y dentro de la ciudad sus principales fuerzas de choque, integradas por el Sexto Ejército y por el Cuarto Ejército Panzer. Con ello dejaba de cobertura del profundo flanco norte del Grupo en el Don a cargo del Tercer Ejército rumano, de uno italiano y otro húngaro y del débil Segundo Ejército alemán en el sector de Voronez. Hitler, sin embargo, tenía que saber que los ejércitos aliados no iban a poder, ni aun aposentados tras del Don, resistir un ataque soviético a fondo. Y lo mismo hemos de decir del Cuarto Ejército rumano, al que se había confiado de protección del flanco derecho descubierto del Cuarto Ejército Panzer.

El intento de tomar Stalingrado en un ataque metódico para conseguir el dominio del Volga una vez que la ciudad había sido ocupada sólo parcialmente en la primera acometida, no parece que hubiera sido imposible en un período relativamente corto. Dejar, en cambio, el grueso del Grupo de Ejércitos B en Stalingrado durante semanas enteras, insuficientemente asegurado en sus flancos, suponía un error fatal, por el que se le cedía al enemigo la iniciativa a la que habíamos renunciado en toda el ala sur para aferrarnos a la ciudad. Invitación más patente a que aprovechase la ocasión de embolsar a nuestro Sexto Ejército, no era posible hacerla.

Pero todavía vino a sumarse a los anteriores errores la grotesca organización del mando en el ala sur alemana.

El Grupo de Ejércitos A carecía en rigor de comandante en jefe y era mandado con carácter accesorio por el mismo Hitler.

En cambio, el Grupo de Ejércitos B contaba nada menos que con siete ejércitos cuatro de ellos de fuerzas aliadas, cuando una comandancia superior puede mandar, en el mejor de los casos, de tres a cinco ejércitos. Se comprenderá que en un caso como el presente, en que la mayor parte del ya de por sí excesivo número de ejércitos era de fuerzas aliadas, la tarea tenía que desbordar las posibilidades del mando. Éste, el del Grupo B, había fijado acertadamente su puesto detrás del frente defensivo del Don (Starobjelsk), a fin de poder seguir más de cerca la actuación de los ejércitos aliados. Sólo que tal elección de puesto de mando tenía por abligada consecuen-

cia un excesivo alejamiento de éste del ala derecha de su sector de frente, agravada todavía por la frecuencia con que Hitler le descartaba con sus intromisiones del mando efectivo del Sexto Ejército.

Persuadido de todas estas dificultades en el gobierno de tantas y un variadas fuerzas, ya el OKH había dado los pasos necesarios para la formación de un nuevo Grupo de Ejércitos del Don a las órdenes del mariscal Antonescu. Pero no se había llegado a la real implantación de este mando, porque Hitler quería esperar a la caída de Stanlingrado para hacer efectivo el proyecto. Esta dilación en conferir al mariscal Antonescu el mando en cuestión fue un error más, y grave por cierto. Es cierto que las facultades operativas del rumano no habían sido puestas a prueba y eran un misterio. Pro, con todo, no podía negársele su condición de buen soldado, ni tampoco cabía duda de que su personal presencia hubiera contribuido a fortalecer la voluntad de resistencia de los altos mandos rumanos, que ante su mariscal sentían un respecto no inferior al que les inspiraba el combatiente ruso. Por otra parte, la presencia de Antonescu es indudable que habría revestido de un mayor peso y autoridad nuestras demandas de nuevos contingentes para asegurar los flancos del frente de Stalingrado; que al fin y al cabo siempre habría de verse Hitler más obligado a complacer a un Jefe de Estado aliado, que no a los comandantes del Seto Ejército o del Grupo de Ejercitos B.

Por lo que se desprendía de una vehemente carta que el mariscal me escribió después de haberme hecho cargo de mi nuevo mando, él ya había llamado reiteradamente la atención en especial sobre la situación francamente amenazadora del Tercer Ejército rumano. Pero, no podían estas indicaciones suyas ejercer tanta influencia sobre Hitler como si hubieran tenido de un Jefe de Estado que tuviese al mismo tiempo, como comandante en jefe, la responsabilidad directa de un frente en peligro. Tampoco los mandos del Grupo de Ejércitos B del Sexto Ejército escatimaron las advertencias de que el enemigo tomaba medidas para desencadenar un gran ataque contra los frentes de cobertura a ambos lados de Stalingrado.

Mencionemos por último una circunstancia que tuvo también decisiva influencia en la situación a que habían de llegar el Sexto Ejército y toda el ala sur: la de que el Grupo de Ejércitos A al completo, el sexto Ejército, el Cuarto ejército Panzer, el Tercer y Cuarto ejércitos rumanos y el italiano disponían tan sólo del viaducto de Dniepropetrovsk para cruzar el Dnieper. Se habían suspendido, en efecto, las obras de restauración del viaducto de Saporoshje, así como el enlace a través de Ucrania por Nicolaiev, por

Kherson a Crimea ydesde allí por el paso de Kerch, o no se hallaban ultimados aún los trabajos correspondientes. Como, por otra parte, las comunicaciones norte-sur a retaguardia del frente alemán eran insuficiente, nuestro mando supremo se encontraba en evidente desventaja para la rápida aportación de nuevos contingentes o el redespliegue las fuerzas presentes respecto de un enemigo dotado de comunicaciones mucho más eficaces.

Puede parecer obvio insistir en que todo caudillo tiene que aceptar algún riesgo para obtener grandes victoria. Sólo que el riesgo que el Alto Mando alemán tenía que haber afrontado a fines del otoño de 1942 no dejó consistir en inmovilizar por largo tiempo las agrupaciones de mayor capacidad agresiva del Grupo de Ejércitos B en Stalingrado y en conformarse con aguantar tanto en el frente del Don, sin otra cosa que una tenue barrera defensiva fácil de romper. Tal vez hayamos de admitir en su descargo que andaba muy lejos de esperar el rotundo fracaso de nuestros aliados. De todos modos, los rumanos, que siempre habían sido los mejores entre todos nuestros aliados, se batieron como era de prever después de su colaboración en la campaña de Crimea. En cambio, las ilusiones que pudiéramos haber puesto en la contundencia italiana, se vinieron al suelo como una caudillo de naipes.

El riesgo que el mando alemán debió haber afrontado en aquella ocasión, una vez que la ofensiva estival nos había procurado ganancias territoriales, pero no la decisiva derrota del ala sur enemiga, era otro que el ya censurado. El riesgo sensato y fructífero hubiera estado en aprovechar las posibilidades operativas del gran codo del Don para lanzarse entre el Cáucaso y el curso medio de este río a una nueva orientación de operaciones móviles que le arrebatase la iniciativa al enemigo. Desgraciadamente, en la mentalidad de Hitler no podía hallar acogida este trueque de riesgos. Y es que ¡no supo sacar las lógicas consecuencias del hecho de que su ofensiva había encallado ya sin alcanzar una decisión rotunda, y con esta obcecación abría el camino a la tragedia de Stalingrado.

La evolución de la situación en torno a Stalingrado hasta mi posesión del mando del Grupo de Ejércitos del Don

Disponía la orden del OKH recibida el 21 de noviembre en el Cuartel General del Decimoprimer Ejército, en la zona de Vitebsk, que con objeto de robustecer mediante una mayor concentración a los

ejércitos empeñados en las duras luchas defensivas al oeste y al sur de Stalingrado, el Sexto Ejército, el Cuarto Ejército Panzer y el Tercer Ejército rumano se integrasen en el grupo de Ejércitos del Don. Y como carecíamos de Sección de Aprovisionamientos y Transportes, se nos ordenaba compartir la asignada el mariscal Antonescu, mandada por el coronel Finkh, del Estado Mayor General, tan sobresaliente por su carácter como por sus dotes de organizador en materia de aprovisionamiento. Sus excelente condiciones se demostraron luego plenamente por la eficacia con que supo hacer frente a las dificultades que a cada paso surgían para abastecer al Grupo de Ejércitos, salvo en lo tocante al sexto Ejército, que dependía de la aviación y, por tanto, quedaba fuera del alcance de sus recursos. Trasladado en abril de 1944, el coronel Finkh pasó a desempeñar el mismo cargo en el estado Mayor del comandante en jefe en el Oeste, donde consiguió en breve tiempo- por lo que me han dicho- mejorar la organización de abastecimientos hasta el límite permitido por el total dominio adversario del aire. Complicado luego en la conjura contra Hitler, fue ejecutado después del 20 de julio de 1944.

Señalaba la orden del Alto Mando del Ejército como misión del Grupo de ejércitos del don <frenar y paralizar el ataque enemigo y recuperar las posiciones que en él nos había arrebatado>.

Como refuerzos, solamente se nos prometió una división que habría de ser llevada a Milerovo, o sea, a la retaguardia de la futura ala derecha de nuestro Grupo.

Así por la manera de formular la misión que se nos encomendaba como por la insignificancia de los refuerzos prometidos, se echaba de ver que el OKH todavía no se había dado cuenta al redactar la orden de lo peligroso de la situación en Stalingrado, a pesar de que por aquellos días ya se había cerrado el cerco en torno al Sexto Ejército.

Pero todavía había de recibir más noticias en Vitebsk y en una parada de nuestro tren, con ocasión de la cual pude hablar con el mariscal Von Kluge y con su jefe de Estado Mayor, general Wöhler. Por ellos me enteré de que el enemigo había conseguido romper con fuerzas importantes (de 1 a 2 ejércitos de tanques y numerosa caballería, con un total de unas 30 formaciones) el frente del Tercer ejército rumano en el Don, al noroeste de Stalingrado, y que lo mismo había sucedido al sur de la ciudad con el Cuarto Ejército rumano, dependiente de nuestro Cuarto ejército Panzer.

Ya desde Vitebsk mismo le mandé un telegrama al jefe del Estado Mayor Central explicándole que, dado el volumen de fuerzas enemigas empeñadas en la lucha en Stalingrado, no podíamos conformarnos con la recuperación de un frente de posiciones. Que para restablecer la situación- le decía- necesitábamos refuerzos equivalentes a un ejército, capaces de emprender la contraofensiva en cuanto llegasen al sector.

El general Zeizler se mostró de acuerdo con mi propuesta (como apenas sin excepción había de hacer en lo sucesivo) y me prometió por de pronto de dos a tres divisiones más de infantería y una de tanques.

Igualmente envié telegrama al Grupo de Ejércitos b, con el ruego de que le diese instrucciones al Sexto Ejército para que retirase sin reparo fuerzas de sus frentes defensivos con las que pudiese mantener siempre libre el paso de Kalach, a sus espaldas, sobre el Don. No llegué a saber nunca si tales indicaciones fueron transmitidas o no al ejército destinatario.

Sólo después de nuestra llegada al Cuartel General del Grupo de Ejércitos B en Starobjelsk, el 24 de noviembre, pudimos formarnos clara idea de los acontecimientos de los últimos días y de la consiguiente situación, merced a los informes del coronel general, Barón Von Weichs y de su jefe de Estado Mayor, general Von Sodenstern.

Por ellos nos enteramos de que el 19 de aquel mes, después de una aplastante preparación artillería, el enemigo había pasado al ataque desde su cabeza de puente del Don en Kremenskaia, y más al oeste también cruzando el río, contra el ala izquierda del Sexto Ejército, constituida por el XI Cuerpo de Ejército, y contra el IV y el V Cuerpos del Tercer Ejército

rumano. Simultáneamente, se había lanzado también al sur de Stalingrado con fuerzas muy considerables contra el Cuarto Ejército rumano, que defendía aquella zona insertado en el Cuarto Ejército Panzer del coronel general Hoth. Mientras que el Sexto Ejército se había mantenido en su ala izquierda, los rumanos habían sido totalmente arrollados por el enemigo en ambos frentes, y potentes formaciones de tanques soviéticos, que por lo visto no echaban en saco roto las lecciones que antes les habíamos dado, profundizaron las brechas. Ya el 22 de noviembre a primera hora llegaban hasta Kalach, en el Don, tomaban intacto el puente que allí desempeñaba un papel vital en el aprovisionamiento del Sexto Ejército y se da daban la mano con fuerzas amigas cerrando el cerco. Quedaba así cerrado, desde el 21 de noviembre por la

mañana, el cerco en torno a nuestro Sexto Ejército y a las fuerzas rumanas y alemanas del Cuarto Ejército Panzer empujadas a la bolsa desde el sector sur de Stalingrado. Cinco cuerpos alemanes con un total de 19 divisiones, dos rumanos, el grueso de la artillería alemana de campaña (en cuanto no se hallaba en el Frente de Leningrado) y considerables fuerzas de zapadores el ejércitos quedaban en la bolsa. Ni aún más tarde pudo el Grupo de Ejércitos hacerse con prueba documental suficiente para determinar el número exacto de soldados alemanes embolsados. Los datos de cómputo del Sexto Ejército oscilaban entre los 200.000 y los 270.000 hombres, siendo den otra, sin embargo, que en los <índice de racionamiento> facilitados iban incluidos, además de las tropas rumanas, muchos miles de <Hiwis>, o personal extranjero alistado en los servicios auxiliares del Ejércitos, y prisioneros. De lo que no cabe duda es que el número de 300.000, que tanto ha corrido por ahí como el más seguro, es exagerado. Una parte de los servicios de retaguardia del ejército quedó fuera de la bolsa, y asimismo se sustrajo a ella parte del tren de bagajes, los heridos y los que se hallaban de permiso; todos los cuales sirvieron luego de base para la formación de la mayoría de las nuevas divisiones del Sexto Ejército estaban muy mermadas y contaban con unos efectivos que oscilaban entre los 1.500 y los 3.000 hombres, hay que suponer que el número de bloqueados en la bolsa oscilaría entre los doscientos y los doscientos veinte mil, a pesar de la crecida proporción de artillería y zapadores.

El 24 de noviembre, la situación era, poco más o menos, la siguiente:

El Cuarto Ejército Panzer contaba todavía en su ala sur con la 16ª División Motorizada intacta, muy desplegada en la estepa a ambos lados de Elista, y en su ala norte, e encontraba la 18ª

División rumana. Todas las restantes agrupaciones rumanas habían sido lanzadas en parte a stalingrado, en parte arrolladas y en partes habían desaparecido. En esta situación, el ejército intentó formar una línea de contención más allá de Kotelnikovo, reuniendo para ello todos los restos de las unidades rumanas, los servicios alemanes de retaguardia, etc., y por el momento la línea no fue atacada. Lo que todavía subsistía del Cuarto Ejército rumano (incluido su Cuartel General) pasó a depender del coronel general Hoth. Su IV Cuerpo, que habría estado en el frente al sur de Stalingrado, después de la ruptura en los sectores rumanos quedó su-

bordinado al Sexto Ejército, situado en el lado sur y sudoeste de la ciudad mirando hacia el sur.

El Sexto Ejército estaba cercado en torno a Stalingrado con el IV, VIII, XI y LI Cuerpo, con el que tenía contacto el primero por el este, fueron retirados de sus posiciones orientadas al norte a ambos lados del Don, para formar el frente occidental de la bolsa, manteniendo un saliente al este del puente de Kalach. Luego, con las reservas y parte del Cuarto Ejército Panzer y del Cuerpo rumano empujadas a Stalingrado había formado un nuevo frente sur. La bolsa medía de este a oeste unos cincuenta kilómetros, y de norte a sur, unos cuarenta.

En cuanto al Tercer Ejército rumano, el enemigo había hundido sus dos alas, al paso que en el centro un grupo de unas tres divisiones al mando, del general Lascar, que ya se había distinguido en Sebastopol, ofrecía valerosa resistencia y quedaba finalmente cercado, suponiéndose que habrían caído prisioneros sus fuerzas.

El XLVIII Cuerpo Panzer, apostado como reserva detrás de la posición clave de la cabeza de puente del Don, había pasado al contraataque- con retraso, por lo visto-, pero sin resultado. Sus dos divisiones quedaron cercadas y recibieron orden de romper hacia el este. Su comandante (Heim), relevado en el acto por decisión de Hitler, había sido llevado al Cuartel General del Führer, donde, sometido a un consejo de guerra presidido por el voluminoso Goering, fue condenado a muerte porque el mariscal del Reich le achacaba al general al culpa del fracaso del cuerpo. Más tarde, sin embargo, Heim fue rahabilitado, y en verdad que los efectivos de que sisponía en aquella ocasión eran muy escasos para la tarea encomendada. Integraban el cuerpo, en efecto, una división de tanques rumana formación, sin experiencia

alguna en el campo de batalla y la 22ª División Panzer alemana, que sin duda no estuvo técnicamente a la altura de las circunstancias.

Del Tercer Ejército rumano restaban prácticamente sólo unas tres divisiones (El I y el II Cuerpo), que no habían participado en el ataque y que enlazaban en el Don con los italianos.

Según cálculos del Grupo de Ejércitos B, disponía el sexto ejército de municiones ¡solamente para dos días de combate, y de raciones para seis! (Cifras que más tarde habríamos de hallar inferiores a la realidad.) El aprovisionamiento por vía aérea no había alcanzado hasta entonces más de una décima partede la necesidad estimada en municiones y carburantes, y aun eso, cuando el

estado del tiempo lo permitía. Para ello se contaba con la promesa de 100 <Junkers> (equivalentes a 200 toneladas de carga útil deducidas las pérdidas o las mermas inevitables9, a los que seguirían nuevos contingentes.

La situación del enemigo se presentaba así: 24 grandes unidades (divisiones y brigadas de tanques o motorizadas) habían avanzado por la brecha abierta al sur de Stalingrado, girando luego hacia el norte sobre el flanco sur del Sexto Ejército, al que atacaba vigorosamente.

Desde el boque practicado en el frente del Tercer Ejército rumano, el enemigo se había situado con aproximadamente 24 unidades a la retaguardia del Sexto Ejército, al que hostigaba en kalach, mientras que más al oeste nuestras unidades de reconocimiento señalaban la presencia de otras 23 formaciones mayores que avanzaban hacia el sur y el sudoeste, cerca del Chir. Y en Stalingrado se encontraban las fuerzas que habían resistido los ataques de nuestro Sexto Ejército y que estaban siendo reabastecidas y reforzadas a través del Volga. Por último, seguía el frente a un enemigo muy superior en número, que sin duda alguna recibía constantes refuerzos por ferrocarril. De este modo, el 28 de noviembre constataba el Grupo de Ejércitos del Don la presencia en su zona de combate de un total de 143 grandes agrupaciones enemigas (divisiones y brigadas de tanques).

En lo que respecta a las fuerzas que habían de integrar el flamante Grupo de Ejércitos del Don dependiente de mi mando, lo primero con que me encontraba era con que había en torno a Stalingrado un Sexto Ejército con 19 divisiones alemanas y dos rumanas harto castigadas y cercadas or un enemigo tres veces superior, carentes de un aprovisionamiento regular y con escasas reservas de municiones, carburantes y vituallas. Pero lo peor era que ni siquiera dentro del dogal del cerco contaban estas fuerzas con libertad de acción para operar con sus recursos como más pudiera convenir a su conservación, pues debían atenerse a la orden estricta de Hitler de defender y conservar la <plaza fuerte de Stalingrado>. Como complemento de este dudoso contingente, podía disponer también de los restos del Cuarto Ejército Panzer y de los dos ejércitos rumanos. Por el momento, pues, me quedaba en el mejor de los casos una división alemana todavía intacta (la 16ª Motorizada), que no podía ser retirada de sus posiciones en la estepa sin dejar al descubierto la retaguardia del Grupo de Ejércitos

A, y cuatro divisiones rumanas también intactas todavía, de cuya inferioridad combativa respecto del enemigo no podía caberme duda alguna.

La misma atribución del Sexto Ejército al Grupo de Ejércitos del Don apenas si era algo más que una mera ficción. Hasta entonces habían estado aquellas fuerzas prácticamente bajo las órdenes directas del OKH, y cuando aún tenían alguna posibilidad de abrirse camino por sus propios medios a través del enemigo. Hitler las había atado al poste de Stalingrado, de suerte que operativamente no pasaban de ser un reducto inmóvil. En vez de <manejarlas> y aplicarlas, lo que el Grupo de Ejércitos tenía que hacer era dedicarse socorrerlas. Porque, además, Hitler seguía manteniendo su mando directo sobre ellas mediante un oficial de enlace del Estado Mayor Central, situado con estación de radio propia en el Estado Mayor del Sexto Ejército. El mismo aprovisionamiento de sus fuerzas dependía también de Hitler, única persona que disponía de los recursos aéreos indispensables para ello. Por eso parece que, desde el

punto de vista formal, lo indicado hubiera sido rehusar la asignación en tales condiciones del Sexto Ejército al Grupo del Don, demandando que siguiese a las órdenes formales de quien efectivamente se las daba, que era el Alto Mando del Ejército. Si entonces me abstuve de hacerlo así fue porque esperaba que yo podría coordinar más eficazmente que el OKH la acción del ejército cercado con la de las fuerzas que acudían a liberarlo. Por qué no se llegó luego, en los días decisivos, a la prevista cooperación, es cosa que más adelante explicaremos.

Aparte, por tanto, del Sexto Ejército cercado e inhabilitado así para toda suerte de maniobra operativa, lo que el Grupo de Ejércitos del Don se encontró disponible eran unos cuantos restos.

Los nuevos contingentes que se iban a incorporar al Grupo de Ejércitos eran los siguientes:

- Al Cuarto Panzer se le incorporarían, para que desde el sur lanzase una ofensiva a fin de liberar a los cercados de Stalingrado, el Cuartel General del LVII Cuerpo Panzer con la 23ª División Panzer, procedentes del Grupo de Ejércitos A, así como potentes formaciones de artillería de campaña y la 6º División Panzer que regresaba desde el oeste con sus efectivos al completo.
- A continuación de ala izquierda del Tercer Ejército rumano, se incorporaría un cuerpo de ejército formado por cuatro o

cinco divisiones, que habrían de avanzar desde el curso superior del Chir en dirección este para romper el cerco de Stalingrado, constituyendo el Destacamentos del Ejércitos Hollidt.

En el Grupo de Ejércitos B me mostraron un radiograma que el comandante del Sexto Ejército, general Paulus, había dirigido a Hitler con fecha, según creo recordar, del 22 o 23 de noviembre. En él comunicaba al Führer que, a su modo de ver y al de los comandantes a sus órdenes, había llegado el momento de que el ejército apelase a todas sus energías para abrirse

paso rompiendo el cerco. Y advertía que la concentración de fuerzas indispensables a tal objeto reclamaba ciertos cambios en la actual distribución interior, así como el repliegue del frente norte a una línea más corta, con el fin de retirar el contingente indispensable para la ruptura. La opinión del Grupo de Ejércitos B en este punto era que, aun supuesta la inmediata autorización por parte de Hitler para proceder a la acción, hasta el 28 de noviembre no se hallarían en condiciones de acometerla.

Pero Hitler no había dado su consentimiento y había prohibido expresamente el menor repliegue en el frente norte, acentuando una última prohibición al conferirle al general Von Seydlitz, del LI Cuerpo, el mando directo y exclusivo en todo aquel frente.

Por mi parte, no tuve tiempo ni posibilidad de indagar en el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos del Don lo sucedido hasta la fecha Sexto Ejército. Es de presumir, sin embargo, que el general Paulus debió hacer lo posible para sacar fuerzas de los frentes menos activos, dentro de lo que las coactivas órdenes de Hitler consentían. Posiblemente de este modo consiguió estabilizar su descubierto flanco sur con la incorporación del IV Cuerpo del Cuarto Ejército Panzer. Asimismo intentó mantener una vía de retirada, llevando al XIV Cuerpo Panzer de la orilla oriental del Don al lado occidental del río. Desgraciadamente, a este lado del río los tanques fueron a encontrarse con superiores fuerzas enemigas, al tiempo que el adversario, que allí mantenía todavía sus posiciones mirando hacia el norte. La crítica situación resultante obligó al comandante del ejército a formar de momento con los dos cuerpos uan cabeza de puente al oeste del Don y a retirarla luego al este del río, para poder establecer, por lo menos, un frente estable entre el Volga y el Don.

Con estas medidas había logrado evitar que el ejército se viese inmediatamente arrastrado a una derrota inmediata, pero al mis-

mo tiempo había sellado su suerte, al poner la última condición para quedar embolsado.

Claro es que aquí la obligación del mando supremo hubiera sido dar a tiempo la orden al Sexto Ejército para que éste recuperase su libertad de movimientos operativos y pudiese esquivar así el peligro inminente de verse envuelto. Un alto mando previsor no debió ignorar que el apelotonamiento de todas las fuerzas alemanas dotadas de virtud contundente en torno a Stalingrado y dentro de la ciudad con los flancos insuficientes protegidos, encerraba en sí el mortal peligro del embolsamiento, tan pronto como el enemigo lograse abrir brecha en los frentes conexos. El 19 de noviembre, en el momento en que los soviéticos lanzaban su gran ataque sobre el Don y al sur de Stalingrado, el mando alemán tenía que saber que la hora había sonado. Esperar entonces a verse ante el hecho consumado de que el enemigo hubiese arrollado a los rumanos, era ya una temeridad imperdonable. Ni siquiera en el supuesto de que las fuerzas rumanas hubiesen resistido lo suficiente, dejaría de sentirse la apremiante necesidad de poder aplicar el Sexto Ejército como recurso operativamiente movilizable para dominar la situación en el ala sur del Grupo de Ejército B. digamos, pues, en conclusión, que el 19 de noviembre por la noche, el Alto Mando del Ejército debió haberle dado al Sexto Ejército nuevas instrucciones para que recobrase su libertad operativa.

Sin entrar a fondo en los detalles de todo lo ocurrido en el curso de los primeros días de la ofensiva soviética, creo poder afirmar que el cerco del Sexto Ejército solamente pudo haber sido frustrado si estas fuerzas se hubieran lanzado en los primeros días de la ofensiva a buscar la ruptura cruzando el Don hacia el oeste, o bien atacando desde la orilla oriental del río hacia el sudoeste. Pero la orden para proceder a esta operación era cosa de la exclusiva competencia del mando supremo. No ignoro que el general Paulus pudo haber tomado por sí mismo la decisión de evadirse de Stalingrado. Pero hay que comprender también que él no se hallaba en condiciones de disponer tan a tiempo de una visión de conjunto como la que sin duda tenía el Alto Mando del Ejército, puesto que carecía de suficientes datos sobre la situación de los ejércitos en dirección sudoeste, quizás había pasado ya el momento oportuno. Lo de que constituía un garrafal error psicológico acudir a Hitler en demanda de tal autorización, es ya harina de otro costal. Porque el

general Paulus conocía perfectamente a Hitler y su manera de llevar la guerra en el Este desde el invierno de 1941, en que el general había desempeñado el cargo de subjefe del estado

Mayor General del OKH. No ignoraba, por ende, que Hitler se atribuía el mérito de haber salvado en aquel invierno al Ejército alemán de la catástrofe de una retirada napoleónica con ordenarle que se aferrase al terreno y resistiese a toda costa. Por otra parte, después del discurso sobre Stalingrado pronunciado en el Palacio de Deportes, ¿cómo se le ocurría pensar que fuese Hitler a consentir jamás en la evacuación de la ciudad? ¡El nombre de Stalingrado era inseparable ya del renombre militar del dictador! Por eso la única posibilidad hubiera sido poner al empecinado orador ante el hecho consumado del abandono de Stalingrado por el Sexto Ejército, teniendo en cuenta, sobre todo, que el mando supremo llevaba 36 horas envuelto en silencio. ¿Qué obrando así podía suceder que el general Paulus se jugase la cabeza? Desde luego. Pero tampoco creo que fuera la preocupación de esta eventualidad lo que contuvo a Paulus y le disuadió de actuar por su cuenta como su conciencia de jefe le pidiese. Antes supongo que fue un sentimiento de obligada lealtad a Hitler lo que le indujo a solicitar de él el consentimiento para abrirse paso con su ejército, sobre todo habida cuenta de que disponía de comunicación radiotelegráfica con el Alto Mando del Ejército y de que, como dejo dicho ya, la situación general apenas pudo conocerla perfectamente a tiempo. Sospecho, propia cuenta pudo haberse visto cohibida aún por la consideración de que el intento de romper con su ejército representase para las fuerzas en aquel instante un riesgo acaso mayor que el de formar en erizo en torno a Stalingrado.

Apreciación del mando del Grupo de Ejércitos del Don a base de la situación del 24 e noviembre

Por el momento, el Cuartel General del Grupo de Ejércitos del Don no tenía aún posibilidad de terciar en el curso de los acontecimientos mediante las oportunas órdenes. Sólo podía tomar el mando y la consiguiente responsabilidad una vez que el comandante en jefe hubiese llegado a su sector, o sea, a la localidad de Novocherkask, donde se había previsto la instalación del Cuartel General y que estaba dotada de las indispensables comunicacio-

nes. Esto suponía varios días, puesto que al estar nuestro avión retenido por las tempestades de nieve en el sector central, me vi obligado a proseguir el viaje en tren.

Sin embargo, como futuro comandante en jefe no tuve más remedio que avanzar decisiones respecto a la cuestión capital de si el Sexto Ejército en la situación en que nos lo imaginábamos el 24 de noviembre, debería inmediatamente intentar la ruptura y si podría hacerlo aunque con retraso, o si, malograda, como evidentemente parecía, la oportunidad de abrirse camino, convendría más esperar ya la llegada de las fuerzas de liberación que le ayudantes a salir del trance.

Después de muy madura reflexión, concluí, en unanimidad con mi jefe de Estado Mayor, general Schulz, y con el jefe de la Sección de Operaciones, coronel Busse, lo siguiente:

Lo primero que el enemigo habría de buscar con todo empeño sería el aniquilamiento del Sexto Ejército embolsado. Mas al mismo tiempo no podíamos perder de vista que trataría también de aprovecharla derrota del Tercer Ejército rumano para avanzar con fuerzas ligeras por el amplio recodo del Don en dirección a Rostov, en donde se le ofrecía ocasión de cortar las comunicaciones de retaguardia no sólo del Sexto Ejército y del Cuarto Ejército Panzer, sino también del Grupo de Ejércitos A. Para ello disponía el enemigo de fuerzas que, aumentadas hasta los límites de sus medios de transporte, habrían de permitirle perseguir simultáneamente ambos objetivos.

Para el mando de nuestros Grupo de Ejércitos lo más apremiante era sin duda liberar al Sexto Ejército. En primer lugar, por tratarse de la suerte de 200.000 soldados alemanes, y en segundo, porque, sin haber liberado aquel ejército y dejado sus fuerzas disponibles, apenas cabía pensar en restablecer la situación en el ala sur del frente del Este, a nuestro modo de ver, era manifiesto que el ejército no podíamos dejarlo dentro de Stalingrado, ni siquiera en el caso de que lográsemos establecer algún precario enlace con cuestión de prestigio de la conversación de Stalingrado no nos importaba a nosotros poco ni mucho, pues antes suponíamos que, si consiguiésemos liberar al ejército su concurso inmediato nos sería tan precioso para estabilizar la situación del ala sur alemana allí donde todavía se pudiese, que la posibilidad de mantenernos luego durante todo el invierno nos compensaba con exceso de la futesa de la ciudad.

El punto crítico de la cuestión estaba ahora en determinar si, después de haber perdido la oportunidad propiamente dicha, cabría aún un razonable intento de arrancar de arrancar del cerco al Sexto Ejército. Porque, teniendo en cuenta que habían transcurrido ya dos fechas desde el día en que el general Paulus solicitara la autorización para tentar la ruptura, ya no podría iniciar la operación, sección para tentar la ruptura, ya no podría iniciar la operación, según informe del Grupo de Ejércitos B, antes del 29 o 30 de noviembre. Con lo que el enemigo habría dispuesto de más de una semana para afianzar reforzar su cerco.

Sólo de dos direcciones disponía el ejército para la tentativa de abrirse paso. Y no podíamos olvidar que el enemigo habría de tenerlas muy en cuenta.

Se tratase de hacerlo en dirección al paso del Don por Kalach aun cuando consiguiese romper la barrera enemiga, iría a dar seguidamente con la del río. Se encontraría entonces con que sus municiones estarían muy mermadas como consecuencia del gasto ineludible para abrirse camino hasta allí, y en tal situación le quedaría aún por forzar el paso del Don, defendido por fuertes contingentes enemigos que a occidente del río avanzaban sobre el Chir inferior sin ningún serio elemento de oposición por parte alemana. Resultaba, por tanto, más que dudosa la probabilidad de que el Sexto Ejército lograse atravesar el Don teniendo que forzar el paso frente a una nueva y bien cerrada defensa, sin municiones bastantes y acosado por un enemigo que le seguiría desde el norte, el este y el sur.

No tan sombría se presentaba la situación para el caso de que intentase el Sexto Ejército romper en dirección de los restos del Cuarto Ejército Panzer, partiendo del este del Don hacia el sudoeste. De todos modos, también el enemigo habría de hallarse apercibido para esta contingencia. Lo más espinoso de la hipótesis estaba en que el ejército evadido no podía esperar por el momento ningún alivio de fuerzas alemanas que lo acogiesen en el exterior, si se salía con su intento de romper el cinturón enemigo en dirección sudoccidental, mientras que tendría sobre los talones a los ejércitos adversarios apostados en los frentes este, norte y oeste de Stalingrado. A occidente del Don era de esperar también que los rusos de lanzasen en dirección sur al alcance de los evadidos, para atajarles y cerrarles el paso del río hacia poniente. De modo que con toda probabilidad acabaría del ejército por tener que enfrentarse nuevamente con ellos en la estepa, ¡cuando apenas le quedasen municiones, carburantes y víveres! Quizá entonces lograsen sal-

varse, algunas fracciones, sobre todo agrupaciones de tanques, pero el Sexto Ejército no tardaría en desaparecer y las fuerzas enemigas hasta ahora retenidas por él quedarían en libertad. Lo que, a su vez, tendría por consecuencia el aniquilamiento de toda el ala sur del frente del Este, incluido el Grupo de Ejércitos A, desplegado en el Cáucaso.

Tanto por el mismo Sexto Ejército como atendiendo a la situación general de toda el ala sur, el objetivo no podía ser otro que el de liberar a aquél del cerco en condiciones de conjunto combativo. Esto acaso hubiera sido posible si el mando supremo alemán le hubiese concedido libertad operativa tan pronto como el peligro de embolsamiento se había hecho sensible. Mas ahora todo parecía indicar que el momento en que por sus propios medios, y sin el concurso de fuerzas de liberación, pudiera abrirse paso y dejar el cerco en condiciones de seguir luchando, quedaba muy atrás ya.

Razonable parecía, en cambio, suponer que con la llegada de los grupos liberadores prometidos la situación del Sexto Ejército se vería aliviadísima, si no para afrontar el primer combate de ruptura, al menos en el sentido operativo. En efecto, tan pronto como el enemigo que a occidente del Don avanzaba se viese entretenido por otras fuerzas, quedarían los cercados descargados, por lo menos, del peso de la lucha en aquel sector. Si al mismo tiempo, y en coincidencia con el contraataque de los cercados, se lanzase el otro grupo de liberación sobre la retaguardia del asedio enemigo por el este del río, nada tendría de extraño que la cohesión adversaria desmayase y nuestro Sexto Ejército tuviese éxito en su primer empujón de rompimiento.

Ya se sabe que cualquier espera encerraba un riesgo evidente, por cuanto había que contar con que entretanto aprovechase el enemigo el tiempo para reforzar y asegurar bien el cerco. Sólo que éste era un riesgo que podíamos afrontar siempre que el mando supremo respondiese del aprovisionamiento de los asediados hasta el momento de liberarles.

Y esta seguridad de que se les podría abastecer por vía aérea fue el razón de que no se echase mano de la desesperada solución

1. Efectivamente, consiguió el Destacamento Hollidt, dispuesto para el rescate, entretener al grueso de las fuerzas soviéticas que operaban a occidente del Don, a pesar de que ni siquiera llegó a entrar en acción a los efecto liberadores propiamente dichos. En cuanto al avance del Cuarto Ejército Panzer, ya tuvo más positivos resultados, pues obligó al enemigo a debilitar considerablemente el cerco de Stalingrado.

del mismo Sexto Ejército lanzado a la ruptura por sus propios medios. Cuando ya se estimaba transcurrido el mejor momento para tal intento, pareció más prudente esperar una nueva oportunidad, que indudablemente llegaría con la intervención de los grupos de liberación.

Basado en las precedentes consideraciones, comuniqué al jefe del Estado Mayor Central del Ejército, en conversación telefónica, la siguiente impresión del mando de nuestro Grupo de Ejércitos:

Todavía estimo posible una salida del Sexto Ejército en dirección sudoeste. Dejarle seguir en Stalingrado supone un riesgo gravísimo, dada la situación de municionamiento y carburantes en que se halla.

De momento, sin embargo, estimamos preferible, desde el punto de vista operativo, esperar a que pueden intervenir los grupos de liberación previstos, toda vez que, a nuestro entender, la mejor ocasión de ruptura ha pasado ya.

Bien entendido que esta espera la condicionamos a un abastecimientos suficiente de los cercados (por vía aérea). Si éste faltase, nunca aconsejaríamos la dilación.

La operación para restablecer la situación deberá emprenderse con las fuerzas que hasta principios de diciembre habrán de aportársenos. Mas como también el enemigo ha de ir acreciendo las suyas, será indispensable que nuestros contingentes se vean reforzados con carácter ctinuo para obtener éxito rotundo.

Puede presentarse la necesidad de que el Sexto Ejército tenga que intentar la ruptura por su cuenta, en el caso de que la fuerte presión enemiga lograse impedir el avance y acceso de nuevas fuerzas.

Como condición sine qua non, para poder aceptar el riesgo que supone la renuncia a un inmediato intento de ruptura del Sexto Ejército, habrá que contar con la seguridad de un aportación diaria de 400 toneladas de suministros a los cercados, procurada por vía aérea.

En aquella conferencia telefónica puse bien de manifiesto que si no se daban seguridades plenas de que el abastecimientos aéreo

1. 400 toneladas diarias era el volumen mínimo de las necesidades del ejército en cuestión de carburantes, municiones de infantería y granadas antitanques. Si se calculaban también las consiguientes a la reducción de vituallas por el consumo que de ellas hacían las fuerzas, el mínimo diario de abastecimientos ascendía a las 550 toneladas al día.

habría de garantizar el suministro mínimo fijado, ni un minuto más deberíamos dejar al Sexto Ejército en Stalingrado sin incurrir en temeridad.

Después de haber pasado por todo el calvario de la tragedia de Stalingrado y por la inconcebible obcecación de Hitler de aferrarse a la conservación de la ciudad a toda costa, luego de haber visto cómo el mando del ejército renunciaba al último resquicio de oportunidad de romper el cerco (de lo que más adelante hablaremos), tras de haber presenciado las dilaciones interpuestas en la concentración del grupo de liberación del Cuarto Ejército Panzer, así como la irrupción de los soviéticos en el sector del Ejército italiano, con la malhadada consecuencia de que ya no podría el Destacamento de Ejército de Hollidt acudir a liberar Stalingrado, después de conocido todo esto, digo, es bien segur que habrá de llegarse a la conclusión de cuánto mejor hubiera sido proponer solamente la ruptura por cuenta del mismo Sexto Ejército e insistir en ella.

Porque por lo menos habremos de admitir que algunas fracciones del ejército hubieran podido abrirse paso hasta los restos del Cuarto Panzer. En el peor de los casos, las formaciones blindadas y una parte de los combatientes de las divisiones de infantería es e presumir que se habrían salvado.

No es de suponer, en cambio, que el ejército saliese del trance como conjunto apto para operar, toda vez que, desde el momento en que la primera oportunidad se le ofreciera, la situación había empeorado mucho.

Tendríamos asimismo que, en el momento en que las fracciones evadidas del Sexto Ejército lograsen tal vez entrar en contacto con el Cuarto Ejército Panzer, todas las fuerzas enemigas antes empeñadas en el cerco quedarían disponibles. Y aquí surgía el inminente peligro de que el ala sur y el Grupo de Ejércitos A se viesen seguidamente abocados a la ruina.

Por cierto que en este punto no quiero dejar flotando en el aire una peligrosa duda: la de que esta última consideración pudiera influir en nosotros y determinar la resolución adoptada el 24 de noviembre. No; la verdad es que estaba muy lejos de nuestro pensamiento la idea de sacrificar al Sexto Ejército en aras de las conservación de toda el ala sur. Nuestra esperanza entonces era la de que los cercados hallarían, en efecto, una mejor oportunidad de evadirse en colaboración con los grupos de liberación previstos, que la que pudiera ofrecerse a sus propias fuerzas cuando las mejores ocasiones quedaban atrás.

Lo que a mis colaboradores y a mí nos guiaba en aquellos momentos era el deseo y la confianza de salvar un ejército todavía capaz, y no meros residuos. El nombre de Stalingrado y la cuestión de prestigio no pesaron poco ni mucho en nuestras conciencias.

Tales fueron las auténticas razones de que nos abstuviésemos aquel día de reclamar de Hitler con carácter de ultimátum la retirada inmediata del ejército asediado o de ordenarla por nuestra cuenta y riesgo. A lo que todavía cabe añadir la consideración de que, puesto el general Paulus en el dilema de obedecer a Hitler o al mando de nuestro grupo, lo más probable hubiera sido que optase por lo primero.

Por otra, parte, no podíamos abrigar duda alguna de que, aun cuando los grupos liberadores lograsen abrirse paso hasta los cercados, seria imposible dejar a éstos en torno a Stalingrado. Puesto que lo importante, era mantener todo lo posible la capacidad combativa de los sitiados hasta ese momento, mejor se podría conseguir esto en la zona de Stalingrado- supuesto un aprovisionamiento aéreo suficiente-, en donde, por lo menos, contaban en ciertos frentes con condiciones tolerables de existencia, que no teniendo que acampar en la estepa después de una ruptura afortunada.

Lo de si de esta suerte sería aún asequible la liberación, dependía, sin embargo, de dos condiciones:

Primeramente, de que la Luftwaffe fuese capaz de mantener en vida al sexto Ejército, y en segundo lugar, de que el mando supremo pudiese y quisiese facilitar nuevos contingentes liberadores. Ambas cuestiones le fueron planteadas sin rodeo alguno al Alto Mando del Ejército en nuestra comunicación, tanto porque en manos de Hitler, como comandante supremo de la Wehrmacht, estaban todas las fuerzas del Ejército y de la Luftwaffe en todos y cada uno de los teatros de operaciones, como porque nadie se hallaba en condiciones de juzgar y decidir tan documentadamente como él. Si su parecer y decisión fuesen positivos, bien podríamos tomar sobre nosotros la responsabilidad de postergar la extrema solución de una salida a todo evento y mantener todavía el Sexto Ejército en Stalingrado.

¿Qué Hitler no se avenía a empeñar a tiempo hasta el último hombre en la empresa de liberar al ejercito cercado o se hacía descabelladas ilusiones sobre las posibilidades abastecedoras de la Luftwaffe? Entonces procedía como un irresponsable, y como irresponsables se conducían igualmente todos aquellos que suscitaban y fomentaban semejantes ilusiones en él, o que no sabían

Comprender que más apremiaba la suerte del Sexto Ejército que las necesidades de cualquier otro de los escenarios de guerra.

Porque, ¿cómo había de recelar un militar que fuese Goering a prometer sin más, con la más frívola de las ligerezas, un abastecimiento suficiente con la aviación, para no hacer luego ni siquiera lo que estaba en su mano?

Como tampoco previmos hasta qué punto habría de encastillarse luego Hitler en su teoría de resistir a toda costa, cerrándose así a cuantas consideraciones sensatas se le hacían. ¡Quién había de pensar que fuese capaz de pasar por el sacrificio de un ejército antes que echar por la borda el puntillo de honor de Stalingrado.

Primeras impresiones y medidas tomadas

El 24 de noviembre por la tarde continuábamos el viaje desde Starobjelsk hacia Novicherkask. Hacía diez años que había recorrido el mismo trayecto a Rostov, para asistir como invitado a las maniobras del Ejército Rojo en el Cáucaso y recogido muchas interesantes impresiones de ellas. Ahora nos hallábamos ante un supuesto de cuya gravedad no teníamos ni yo ni mis colaboradores la menor duda. Nuestros pensamientos, embargados con lo arduo del problema, no sabían apartarse de Stalingrado y de los camaradas allí cercados. En vano trataba mi ayudante, teniente Stahlberg, de distraernos en lo posible, llevando la conversación sobre otras cuestiones o regalándonos con buena música de discos. Era el ayudante que había relevado al malogrado Pepo por recomendación de su tío y antiguo colaborador mía Tresckow, y que ya fue luego mi compañero inseparable hasta el final de la guerra. En él tuve siempre hasta entonces un auxiliar leal por todos conceptos.

El 26 de noviembre por la mañana tuve ocasión de hablar, a mi paso por Rostov, con el general hauffe, jefe de la misión militar alemana en Rumania, en el que se había pensado para desempeñar el cargo de jefe alemán de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos de Antonescu. La

descripción que me hizo del estado en que se hallaban los dos ejércitos rumanos del frente de Stalingrado no tenía nada de optimista. En su manera rotunda de expresarse, señaló a 9 de las primitivas 22 divisiones rumanas como totalmente derrotadas y descartadas, a otras 9 como desbordadas y reducidas por de pronto a la importancia, y sólo a las 4 restantes como fuerzas toda-

via respetables. Únicamente suponía que de los residuos aún se podrían formar con el tiempo algunas agrupaciones utilizables.

Buen contraste con los informes de Hauffe lo ofrecía una carta que el mariscal Antonescu me enviaba, quejándose amargamente del mando alemán. Le reprochaba el rumano el poco caso que había hecho de sus reiteradas advertencias sobre el peligro que en la cabeza de puente del don en Kremenskaia venía acumulándose frente al Tercer Ejército rumano, así como la demora sistemática que conferirle a él el mando.

Con sobrada razón se dolía el mariscal de que así nos condujésemos con una nación y un jefe de Estado que se habían distinguido entre todos los aliados de Alemania en la entrega incondicional a la causa común. Alegaba que espontáneamente había puesto 22 divisiones a nuestra disposición para la campaña de 1942, confiándolas al mando alemán sin la menor reserva- en contraste con Italia y Hungría-, a pesar de no hallarse obligado por ningún tratado con el Reich.

La carta rezumaba la amarga decepción del soldado que ve sus tropas desbaratarlas por culpas ajenas.

En mi fuero interno, yo no podía por menos de hallar justificada la censura que el mariscal hacía del mando alemán. Tuve, sin embargo, que limitarme a contestarle que haría llegar su carta a Hitler, y que, como no había intervenido aún en los acontecimientos, tampoco podía pronunciarme respecto de la crítica que de ellos hacía, que indudablemente apuntaba a Hitler. En todo caso – añadía yo-, no dejaría de convenirle al Führer enterarse de la crítica valiente de

uno de sus mejores aliados. La carta rozaba también un aspecto político, relativo a la confianza entre los dos aliados y a la lealtad debida, puesto que se sorprendía de que el enemigo mortal del mariscal, el jefe de la <Guardia de Hierro> rumana, le hubiese sido arrebatado por la intervención de Himmler y asilado en Alemania <por lo que pudiera tronar>, como si dijéramos. Era la <Guardia de Hierro> una organización política extremista de oposición que ya había intentado un golpe de Estado contra el régimen de Antonescu y conseguido por de pronto aislar al mariscal en el edificio en donde tenía su despacho oficial. Luego Antonescu logró deshacer la conjura, pero el jefe de la <Guardia de Hierro> se le había ido de las manos y estaba en el extranjero. Nada más comprensible que Antonescu se resintiese de la conducta alevosa de Himmler tendiendo su mano protectora sobre el resuelto enemigo de su aliado. No me parece que estos manejos trai-

cioneros fuesen los más indicados para estrechar los lazos de nuestra alianza

el motivo expreso de la carta de Antonescu lo constituía en queja de que centros oficiales alemanes, así como algunos oficiales y soldados individualmente se hubiesen permitido comentarios afrentosos y pullas contra los rumanos. Yo, por más que hallase comprensibles ciertos comentarios después de los últimos acontecimientos y de la escasa combatividad de bastantes agrupaciones rumanas, tomé inmediatamente cartas en el asunto. De sobra se me alcanzaba, en efecto, que sólo perjuicios para la causa común podían venirnos de tal estado de cosas, fuese cual fuese la justificación que quisiéramos concederle a la indignación del soldado alemán que se veía abandonado ante las astas del toro por su compañero de lidia.

Creo haber dicho ya antes lo que, dada la situación, cabía esperar de las tropas rumanas y lo que no podíamos esperar de ellas. Lo que no puede negárseles es que fueron siempre nuestros mejores aliados y que- dentro de lo posibles- lucharon con denuedo en muchos sitios.

El 26 de noviembre llegábamos a nuestro nuevo Cuartel General del Novo Cherkask, en donde nos encontramos con que los servicios de guardia estaban montados exclusivamente por una sección de voluntarios cosacos, evidentemente orgullosos de que se les hubiese confiado la custodia de la comandancia general. Como a la noche siguiente quedaban también montados y

listos todos los servicios de comunicaciones más importantes, ya el 2 de noviembre por la mañana podíamos hacernos cargo del mando del Grupo de Ejércitos del Don.

La tarea que nos esperaba, era doble. Lo primero de todo, salvar al Sexto Ejército, o, por mejor decir, ponernos a ello. No sólo lo pedía así el lado meramente humano de la situación, sino también consideraciones operativas, ya que mal podíamos pensar en aliviar la situación en el ala sur del frente oriental y, por tanto, en todo el Este, si antes no contábamos con el recurso del Sexto Ejército.

Lo segundo, que también habíamos de tener muy presente, era el peligro, ya inminente, de que toda ala sur del frente oriental fuese aniquilada. Lo que con toda probabilidad traería consigo la decisión de la lucha en el Este y nos acarrearía la pérdida de la guerra. si los rusos conseguían, en efecto, desgarrar la debilísima

trama integrada más que nada por residuos de unidades rumanas, tren de campaña y unidades de alarma alemanas, que constituía (con la supuesta <fortaleza> de Stalingrado) la única línea de seguridad de toda la zona de operaciones entre la retaguardia del Grupo de Ejércitos A y el todavía subsistente frente del don, entonces las esperanzas de salvar al Sexto Ejército se habrían terminado y la situación del Grupo de Ejércitos A sería harto crítica.

Mérito singular fue del comandante en jefe del Cuarto Ejército Panzer, coronel general Hoth, y del Estado Mayor del Tercer Ejército rumano, coronel Wenck, el que se consiguiese en aquellos días críticos de fines de noviembre tender una tenue simulación defensiva en los enormes boquetes existentes entre el sexto Ejército, el Grupo de Ejércitos A y el frente del Don. Porque si el enemigo llega a percatarse y con un ejército rápido avanza junto al Don inferior hacia Rostov- para lo que indudablemente disponía de fuerzas-, además de la pérdida del sexto Ejército, tendríamos que la del Grupo de Ejércitos A hubiese entrado en los límites de lo posible.

No vaya a suponerse, no obstante, que, por no haber perdido nunca de vista este riesgo de toda el ala sur, escatimara mi Grupo de Ejércitos un hombre ni un cartucho siquiera, sustrayéndolos a la tarea de liberar al Sexto Ejército. Bien al contrario, en tanto hubo el más

leve asomo de posibilidad, lo volcó todo en el empeño; todo cuanto estaba en su mano y caía dentro de los límites de su mando, pechando para ello con los mayores riesgos.

Si a pesar de ello el Grupo de Ejércitos no consiguió salir airoso en su intento, hemos de achacarlo ante todo a la superioridad extraordinaria de las fuerzas enemigas. También influyó poderosamente en contra nuestra la situación atmosférica, que por tanto tiempo impidió la eficaz colaboración de la Luftwaffe, principalmente en lo tocante al aprovisionamiento del Sexto Ejército, y las desfavorables condiciones de los transportes, incapaces de concentrar las fuerzas de liberación con la presteza necesaria.

Asimismo experimentamos entonces por vez primera la ingrata obstrucción dimanante del alto Mando alemán como conse-

1.Las <unidades de alarma> fueron creadas ad hoc de otras unidades de tropas no combatientes, de personal de las mayorías, de tropas de aviación de tierra, de personal en permiso, convalecientes, etc., de armas 8sobre todo de las pesadas, de artillería, de antitanques) y de servicios de abastecimiento, además de que eran inexpertas y mal instruidas. Sin embargo, cuando la lucha fue trabándolas, acabaron por prestar a menudo excelentes servicios.

cuencia del carácter y peculiar orientación de Hitler, ya descritos en el capítulo correspondiente a su caudillaje militar. En nuestra pugna por salvar al sexto Ejército, aquella obstrucción se tradujo, en una constante resistencia del mando supremo a empeñar en la liberación hasta el último recurso, aun a riesgo de sufrir reveses en otros frentes. A cada paso teníamos que luchar a brazo partido para arrancarle una decisión urgente, y las decisiones llegaban siempre con retraso, a pesar de que el mando del Grupo de ejércitos le ponía bien de manifiesto a Hitler la inminencia del riesgo, que por otra parte a la vida estaba de quien no quisiese cerrar ante él los ojos.

La primera de las dos tareas con las que se enfrentaba el Grupo de Ejércitos al tomar el mando, que era la de liberar al Sexto Ejército, puede decirse que quedaba ya fuera de nuestro alcance en las Navidades de 1942. Fue entonces cuando se puso de manifiesto que la tentativa del

Cuarto Ejército Panzer ya no podría alcanzar su meta de establecer contacto con el ejército cercados. Al paso que Hitler seguía al mismo tiempo en su terco empeño de conservar Stalingrado, el mando del Sexto Ejército renunciaba en el instante decisivo, y contra las instrucciones que nuestro Grupo de Ejércitos le había dado, a tentar la última oportunidad que acaso se le ofrecía aún y rubricaba así prácticamente la aceptación de su definitiva perdición. Porque la idea de Hitler de acudir todavía más tardea la liberación con un cuerpo Panzer de las SS, que en enero llegaría por Jarkov, ya se veía desde el primer momento ue no pasaba de pura ilusión.

Por eso, lo que en la bolsa de Stalingrado sucedió después de haber fracasado la tentativa liberadora del Cuarto Ejército Panzer, no fue otra cosa ya que la agonía de los sitiados. Tratar de atenuarla, reduciendo las bajas y los sufrimientos de aquel ejército por una oferta de capitulación, era cosa que nuestro Grupo de Ejército no podía permitirse hasta la última etapa de la lucha, teniendo en cuenta nuestra propia segunda misión de evitar el aniquilamiento de toda el ala sur del frente del Este.

En efecto, los combates para liberar al Sexto Ejército siempre fueron, como es natural, coordinados con la evolución de la situación de todo el ala sur alemana. Y si aquí la tratamos en capítulo aparte, lo hacemos tan sólo para que con mayor claridad pueda verse el curso evolutivo de la idea operativa que informaba nuestra actuación.

La situación en el momento de hacernos cargo del mando

La situación que el Grupo de Ejércitos halló al hacerse cargo del mando, era a grandes rasgos la misma del 24 de noviembre.

Evidentemente, el enemigo había cargado el grueso de sus fuerzas en el cinturón del cerco del Sexto Ejército. De unas 143 grandes agrupaciones denunciadas por los servicios de observación en el área total de la zona de operaciones del Grupo, unas 60 por lo menos habían sido aplicadas desde el primer momento a cercar las fuerzas de aquel ejército. Ya el 28 de

noviembre era atacado el frente sur de los sitiados por potentes fuerzas enemigas, de las que conseguía defenderse. En los demás frentes del sitio sólo hubo hasta fines del mes luchar parciales en las que los cercados afianzaban su defensa. Ya se advertía, sin embargo, entonces que cualquier tentativa de ruptura que nuestras fuerzas del Sexto Ejército hubiesen intentado, habría tropezado con muy seria resistencia, y que el gasto de municiones y carburantes de las disponibilidades de los embolsados tendría que ser enorme. Era de presumir, por tanto, que aun cuando se saliesen con su intento de abrirse paso, llegarían sin municiones ni carburantes al Don, en donde no habrían de encontrarse con el alivio de fuerzas nuestras que les acogiesen y repostasen.

Además, el enemigo andaba ya en tanteos de la débil línea defensiva que trataba descubrir nuestras brechas al sur, y oeste de Stalingrado, detrás de las cuales habrían de apostarse nuestras concentraciones de liberación.

Lo primero y más urgente para el Grupo de Ejércitos era formarse una composición de lugar lo más exacta posible del estado y proyectos del Sexto Ejército, puesto que lo que por el Alto Mando del Ejército y por el Grupo de Ejércitos B, situado a cientos de kilómetros de distancia, habíamos podido averiguar, no era suficiente.

Ya el 26 de noviembre me había traído un oficial, que en avión había salido de la bolsa una carta del general Paulus, en la que éste encarecía la necesidad de contar con <libertad de movimientos para un caso extremo>. Añadía que una situación de extrema necesidad de romper en el acto hacia el sudoeste, podía presentarse no ya de un día a otro, sino dentro de unas horas. Los datos omitidos en la carta sobre la situación de abastecimiento del ejército fueron suplidos por un informe del general de aviación Ticket, llegado de la bolsa, en donde corría con los abastecimientos aéreos por delegación del jefe de la flota aérea 4.ª, coronel general barón Von Richthofen. Según sus informes, los cercados contaban

con racionamiento para doce días (ración reducida), y en cuanto a municiones, disponían de un 10 a un 20 por 100 de la dotación, o sea, ¡lo indispensable para una jornada de pleno combate! Los carburantes les llegarían solo para pequeñas dislocaciones, pero en modo alguno

para una auténtica concentración de tanques a efectos de ruptura. Lo curioso es que si estos datos correspondían a la realidad, apenas podíamos comprender cómo había podido cuatro días antes anunciarnos aquel ejército su propósito de disponerse a efectuar la salida ni con qué pensaba llevarla a cabo.

En virtud de estos informes, me resolví a tomar yo mismo el avión y volar a la bolsa para entrevistarme con el general Paulus, aunque luego las apremiantes exhortaciones de mi jefe de Estado Mayor y del jefe de la Sección de Operaciones acabaron por disuadirme del propósito. Dado el estado del tiempo, nada tendría de particular, en efecto, que me viese luego retenido allá por dos o más días, cuando ni lo delicado de la situación de los restantes ejércitos ni la necesidad de insistir con el Alto Mando para hacer tan prolongada ausencia. Accedí, pues, a mandar en mi lugar a mi jefe de Estado Mayor, general Schulz, y más tarde aún volví a mandar al jefe de Operaciones, coronel Busse.

Tenía por objeto la visita del primero, no ya enterarse personalmente de la situación y estado del Sexto Ejército y de sus mandos, sino también poner a su comandante en jefe al corriente de lo que preparábamos para su liberación. Con lo que éste podría luego coordinar sus propios esfuerzos con los exteriores previstos, tanto en el tiempo como en el modo. Que era de la mayor importancia sincronizar nuestra actuación con la de Paulus y procurarnos la posible unanimidad en la apreciación de la situación, cuando por carencia de toda comunicación telefónica y lo precario de las escritas la influencia del Grupo de Ejército en las decisiones del mando de los cercados resultaba harto problemática. Si además se tiene en de las órdenes y directrices de Hitler, asegurada por el oficial de enlace del Alto Mando del Ejército, se comprenderá cuánta era la necesidad que nosotros sentíamos de contrarrestarla en lo posible.

La carta de Von Paulus dejaba traslucir el hondo y harto comprensible desaliento consiguiente a un estado de cosas que no le era imputable a él, al jefe del ejército que lo padecía, sino al mando supremo. El deseo insistentemente expuesto en ella, de que se le concediese <libertad de actuación para un caso extremo> delata-

ba, a mi modo de ver, su intención de intentar una salida en el caso en que la situación en la bolsa llegase a hacerse insostenible, bien porque el enemigo hubiese acentuado en exceso la presión en uno o más frentes o llegado incluso a romperlos y a desquiciar la situación táctica, bien porque la resistencia de las tropas anduviese agotada. En ambos supuestos estimé que un intento de ruptura sólo en catástrofe podía acabar. En el punto a que las cosas habían llegado, juzgué que mucho más cuerdo seria resistir por de pronto tenazmente para conservar ante todo el ejército, y luego disponerse a intentar la salida. Pero no una salida a la desesperada y por satisfacer el ciego instinto de morir luchando como si dijéramos, sino en el momento elegido, cuando el ejército sitiado hubiese podido disponer todos sus recursos y en coordinación con la acción de las fuerzas exteriores de liberación, que siempre habían de allanar un poco el camino a las cercadas.

Tal era el punto de vista que el general Schulz debería exponerle a Paulus. La impresión general que de la bolsa trajeron tanto el general Schulz, como también más tarde el coronel Busse, era la de que el Sexto Ejército, supuesto siempre un abastecimiento suficiente por vía aérea, no parecía hallarse en situación y condiciones de defensa seriamente alarmantes. El tiempo, por desgracia, había de mostrarnos lo equivocado y peligroso de tales apreciaciones.

Y con esto he llegado a la cuestión de si entonces cabía pensar en abastecer por vía aérea al Sexto Ejército.

Dicho queda ya que el mando de nuestro Grupo de Ejércitos, en su comunicado del 24 de noviembre al Alto Mando del Ejército desde Starobjelsk, había subrayado muy expresamente cuán fundamental estimaba esta condición. Nosotros habíamos afirmado que sólo bajo la rotunda promesa de que se les podría abastecer, cabía diferir la tentativa de ruptura de las fuerzas embolsadas hasta que la intervención de los nuevos contingentes de liberación les brindasen condiciones mejores.

Prácticamente, Hitler había contestado ya días atrás con un <sí> a nuestra pregunta tácita de si había o no posibilidad de abastecer por aire a las fuerzas, al rehusar autorizar a Paulus para la salida. Y obraba así basado en la correspondiente promesa de Goering, de que abastecería a los sitiados con su Luftwaffe.

En realidad, sólo el mando de la Luftwaffe era quien podía decir conocimiento de causa si la aviación contaba con elementos y recursos suficientes para asegurar el abastecimientos del ejércitos bloqueado en Stalingrado.

El coronel general, Barón Von Richthofen, jefe de la Cuarta Flota Aérea, que ya había colaborado con el Grupo de Ejércitos y a quien se le encomendaba ahora el abastecimiento del Sexto Ejército, me había hecho manifestaciones algo alarmantes en el momento de hacerme cargo del mando del Grupo del Don. A su modo de ver, con el tiempo reinante no se podría transportar por aire el volumen requerido en la bolsa. Incluso suponía que aún mejorando el tiempo no habría modo de asegurar el suministro regular a la larga, y así se lo había manifestado a Goering. Claro que- concluyó- él no podía formar juicio del volumen de recursos de que Goering disponía y podría aplicar aún.

Nosotros nos apresuramos a comunicar al Alto Mando del Ejército estos juicios del jefe de la Cuarta Flota Aérea. Pero tanto esta advertencia, como nuestros diarios informes de que las provisiones libradas en Stalingrado distaban mucho de cubrir las necesidades previstas, se veían invariablemente despachadas con asegurarnos que nuevas escuadras de transporte estaban por llegar. Y llegaron, en efecto, y los equipos de aviadores llevaron su heroísmo hasta el máximo, como lo demuestra el que la Luftwaffe sacrificara ante Stalingrado ¡488 aparatos, con unos 1.000 tripulantes! Sin embargo, no se consiguió llevarle al Sexto Ejército ni siquiera una aproximación del mínimo indispensable.

Es, pues, indubitable que las seguridades dadas por Goering a Hitler el 23 de noviembre (o acaso antes) constituían un fraude. Si lo era sólo en sus efectos, por cálculo erróneo de las posibilidades existentes, o si se trató de un embuste consciente por afán de atribuirse importancia o por debilidad adulona, es cosa que yo no puedo determinar. Puede afirmarse, eso sí, que Goering obró con ligereza criminal por lo menos y que sobre él recae la principal responsabilidad. No por eso exculpo a Hitler de la contraída por omisión de la precaución, obligada en este caso, de hacer comprobar la probidad de las afirmaciones de Goering, sobre todo conociendo como conocía el personaje y el volumen de recursos de la Luftwaffe.

En cambio, ni el mando del Grupo de Ejército, ni el jefe de la Cuarta Flota de la Luftwaffe estaban en condiciones de proceder a semejante comprobación. Además de que en teoría no había razón alguna para clificar de utópica así como así la posibilidad de abastecer temporalmente al Sexto Ejército por vía aérea, cuando en el invierno de 1941 a 1942 cien mil hombres lo habían sido en igual forma durante meses en la bolsa de Demjansk.

Cierto que ahora el número de los cercados era el doble. Mas también iba a tratarse de un período menor, que a nuestro parecer no pasaría de unas semanas, indispensables para que los grupos de liberación se acercasen a la bolsa y pudiese el Sexto Ejército romper afuera en combinación con ellos. Porque nosotros estábamos seguros de que al ejército no se le podría dejar entonces en Stalingrado.

En el fondo, el problema no suponía para el jefe supremo de la Luftwaffe otra cosa que un simple cálculo objetivo.

Las necesidades mínimas de abastecimientos total del Sexto Ejército quedaban cubiertas con 550 toneladas diarias, y aún bastaban 400 en tanto no es hubiesen consumido las provisiones de boca de que disponían en la bolsa.

Requería el transporte de 550 toneladas diarias, suponiendo un vuelo por jornada, 225 Junkers 52, o un mayor número de Heinkel 111, que en el mejor de los casos podrían cargar solamente tonelada y media.

La distancia de las bases de aviación de donde habrían de partir los vuelos de aprovisionamiento era de 180 kilómetros desde Morosovski y de 220 desde Tazinskaia, aunque de ellos sólo 50 kilómetros tendrían quevolar sobre territorio enemigo. (Por cierto que ambas bases estuvieron en poder nuestro hasta el momento en que ya, en las Navidades de 1942, la suerte del Sexto Ejéricto estaba decidida) Como con tiempo favorable podía cada aparato hacer dos viajes al día, el número de los calculados para el transporte quedaba reducido a la mitad en condiciones de buen tiempo.

Estas cifras debieron ser la base para cualquier cálculo de Goering sobre posibilidades de abastecimiento aéreo del ejército envuelto. Ahora bien; ellas solas no bastaban, sino que había que tomar también en cuenta los factores siguientes:

Primeramente, que el estado del tiempo habría de impedir con frecuencia en invierno al actuación de las escuadrillas de transporte, y entonces sería indispensable compensar en las jornadas navegables los déficits precedentes, aumentando proporcionalmente en ellas el número de los aviones. Ya sé que no había de ser cosa fácil prever hasta qué punto impediría los vuelos el estado atmosférico; pero de algo habría de servirles a este efecto a los meteorólogos de la Luftwaffe al archivo de observaciones del invierno anterior.

Había que tener en cuenta en segundo lugar la proporción en que los aparatos fallaban y dejaban de arrancar a la hora o en la fecha previstas. Para esto, además de que se contaba con estadísti-

cas suficientes, todo el mundo sabía que la proporción de bajas por entorpecimiento o avería habría de depender muy principalmente del volumen y calidad del personal de reparación disponible y del equipamiento de los talleres en las bases. Cosas ambas susceptibles de perfeccionamiento y mejor dotación y de las que aún hablaremos más detenidamente.

Quedaba, por último, el cómputo del porcentaje de aparatos abatidos por el fuego enemigo y por accidente, que también dependía fundamentalmente en su primer aspecto del número de cazas y aviones de combate que pudiésemos destinar a escolta de los transportes.

Dos venían a ser, por tanto, las cuestiones que el Alto Mando de la Luftwaffe tenía que haber examinado a fondo antes de comprometerse a abastecer el Sexto Ejército.

¿Podía disponer en el acto del suficiente aforo para desplazar 550 toneladas diarias en sus aviones, con un margen de exceso bastante para compensar el déficit previsible por razones técnica y el probable a consecuencia de las condiciones climatológicas del invierno?

¿Sería capaz de mantener hasta el momento de la liberación del Sexto Ejército aquel volumen de tonelaje mediante la adecuada protección de cazas y aviones de combate contra los ataques antiaéreos del enemigo?

Sólo Goering podía formar acertado juicio para contestar a estas preguntas; únicamente él estaba en condiciones de saber si se podía aportar el contingente de aviación requerido , o si las restantes atenciones de la Lufwaffe impedían contraer tan grave compromiso. En este último caso, su deber era haberle manifestado a Hitler con toda franqueza su convicción en el momento en que se tomó la decisión sobre el Sexto Ejército, o sea, del 22 al 23 de noviembre.

Pero, en todo caso, una vez que Hitler hubo dispuesto que el ejército continuase manteniéndose en Stalingrado, obligación inexcusable de Goering era poner sin demora a la empresa hasta la última reserva de la Luftwaffe en aviones de transporte, cazas y personal y medios de reparación.

Porque todo parece indicar que en este aspecto no hizo precisamente tanto como pudo haber hecho. No se explicaría de otra suerte que en vista de la insistencia del Grupo de Ejércitos en

delatar la insuficiencia del aprovisionamiento de los cercados, dispusiera Hitler a principios de enero que el mariscal de campo Milch

se encargase del abastecimientos aéreo. En rigor, puesto que disponía de todos los elementos y recursos de la Luftwaffe existentes en el interior de Alemania, parece que estaba en condiciones de corregir las deficiencias que pudiera haber habido. Sólo que la medida era tardía desde el punto de vista operativo, por la sencilla rada de tardía desde el punto de vista operativo, por la sencilla rada de que había adoptado cuando las bases de vuelo antes citadas estaban ya en poder del enemigo y los recorridos de los transportes eran, por ende, mucho mayores.

Si ya la seguridad ofrecida por Goering del 22 al 23 de noviembre pecaba de frívola, su posterior conducta no hace más que acentuar la inicial responsabilidad, por cuanto no agotó en las primeras semanas del cerco las posibilidades de que disponía y porque esta omisión tenía lugar en unos momentos en que todavía cabía esperar en la salvación del Sexto Ejército.

Cuanto más discutible y problemática se presentaba la cuestión del abastecimiento del ejército cercado, tanto más necesaria y apremiante se hacía su liberación. Según los datos que entretanto le había comunicado al Grupo de Ejércitos el Alto Mando Central, procedía éste a destinar a ello las siguientes fuerzas:

1. Al Cuarto Ejército Panzer le asignaba el LVII Cuerpo Panzer a las órdenes del general Kirchner (que habrían de reclamar del Grupo de Ejércitos A), con la 6ª y la 23ª Divisiones Panzer y la 15ª División de Campaña de la Luftwaffe. Estas fuerzas habrían de concentrarse en las inmediaciones de Kotelnikovo antes del 3 de diciembre.
2. El Destacamento de Ejército Hollidt, que se procedería a formar y que avanzaría en el sector del Tercer Ejército rumano, con la 62ª, 294ª y 336ª Divisiones de Infantería y el XLVIII Cuerpo Panzer (general Von Knobelsdorff), con la 11ª y la 22ª Divisiones Panzer, la 3ª de Montaña ya la 7ª y 8ª Divisiones de Campaña de la Luftwaffe. Este Grupo

debería hallarse presto a entrar en acción en el Chir superior aproximadamente por el 5 de diciembre.

Contaba en suma nuestro Grupo de Ejércitos con que estas dos aportaciones le permitirían disponer de 4 divisiones de tanques, 4 de infantería o de montaña y 3 de campaña de la Luftwaffe que podrían emplearse en las operaciones de liberación. No ignoraba-

mos ya desde el primer momento que las divisiones de tropas de aviación apenas podrían servirnos para otra cosa que para misiones defensivas y que, por consiguiente, sólo cabría aplicarlas a cubrir los flancos de los grupos de choque.

De todos modos ,las fuerzas prometidas siempre bastarían- en el supuesto de que no llegasen mermadas ni después de los fechas previstas- para restablecer provisionalmente el contacto con el Sexto Ejército y devolverle a éste su libertad de movimientos. No podrían llegar, en cambio, para infligir a las enemigas una derrota tal que nos permitiese llevar a cabo la misión encomendada por Hitler de, como él decía en su jerga de guerra de posiciones, <recuperar las posiciones retenidas por el enemigo antes del comienzo de la ofensiva>

El 27 de noviembre recibía el Grupo de Ejércitos un telegrama del Alto Mando Central correspondiente a la notificación hecha por aquél de su modo de ver la situación el 24 del mismo mes. De su lectura se desprendía que Hitler continuaba apegado a su conocido punto de vista, y que razonaba la resolución de resistir en Stalingrado con la consideración de que el abandono supondría tener que reconquistarlo al año siguiente con sacrificios aún mayores que los que ya había costado.

Aun prescindiendo de si una repetición de la ofensiva de 1942 habría de interesarnos y, lo que es peor, hallarse al alcance de nuestras posibilidades, lo que ahora se ventilaba no era esto, sino más bien si podríamos o no restablecer la situación en el ala sur del frente oriental

dondequiera que fuese. Y sin haber liberado antes al Sexto Ejército, no parecía que hubiese la menor probabilidad de ello.

En consecuencia, el 28 de noviembre le remetía yo a Hitler se detenido estudio de la situación, con un completo y claro panorama del conjunto de fuerzas enemigas que operaban contra nosotros, no inferior a 143 grandes agrupaciones. Asimismo contenía el informe una detallada descripción del estado y situación del Sexto Ejército, en la que llamaba especialmente su atención sobre la circunstancia de que poco habían de tardar aquellas fuerzas en ver reducida a la impotencia su artillería por carencia de municiones y de libertad de movimientos.

Sugería que en tales condiciones parecía aventurado esperar la llegada de todas las fuerzas de liberación y especialmente las del Grupo Hollidt, pues era de presumir que antes de su incorporación habría que actuar con la fracción liberadora del Cuarto Ejér-

cito Panzer. Claro está que de esta intervención parcial no cabría esperar una solución decisiva, que siempre dependería, como ya le había dicho el 24 de noviembre, de que se nos asignasen mayores contingentes de fuerzas. Lo que ahora podríamos conseguir, sería, si acoso, abrirnos un pasillo hasta los cercados y proveerles así de carburantes y municiones que les devolviesen la movilidad perdida. Pero luego bien se comprendía que en la estepa desamparada no iba a poder sostenerse todo el invierno. Además, y esto merecía muy singular atención, sería un disparate operativo seguir manteniendo nuestras fuerzas constreñidas en un reducidísimo espacio, mientras que el enemigo tenía manos libres en un frente de cientos de kilómetros. Por todo lo cual, estimaba que no cabía pensar en modo alguno en repetir la solución del año anterior en la bolsa de Demjansk.

Creo que el curso de los posteriores acontecimientos confirmó bien plenamente lo acertado de estos juicios.

Sin embargo, con ser tan fundamental para la prosecución de las operaciones la decisión en estos aspectos, hasta el 3 de diciembre no recibimos la esperada respuesta. Lo que demuestra elocuentemente cuán acusada era la propensión de Hitler a diferir las resoluciones más o menos en pugna con sus preferencias.

Eso sí, esta vez se nos comunicaba en la respuesta que Hitler estaba de acuerdo con nuestro punto de vista, al que no ponía más que dos reparos. No quería, en primer lugar, que el frente norte de Stalingrado se replegase para reducir su extensión y ganar así fuerzas disponibles. En segundo lugar pretendía, aunque sin rehusar la exactitud del número de agrupaciones enemigas que el Grupo de Ejércitos había señalado enfrente de nuestras líneas; pretendía, digo, que las divisiones soviéticas se encontraban con sus efectivos muy reducidos ya y que el mando adversario tropezaría ahora con grandes dificultades de aprovisionamiento y de maniobra a consecuencia de los éxitos que por modo tan sorprendente se le habían venido a las manos.

A esto diré que acaso no fuese descaminado en la suposición de que los efectivos de las divisiones soviéticas eran inferiores a los normales aunque esta reducción podía estimarse más que compensada por la experimentada por las fuerzas de nuestro propio Grupo de Ejércitos en los meses de duro combatir que yo no dejaba de subrayar en mi informe. En cambio, el que los soviéticos se hallasen con dificultades de transporte, ya me parecía mucho supo-

ner. Y la creencia de que también se hallasen aquejados de dificultades maniobreras y de mandos, no pasaba de suposición gratuita.

De todos modos, pese a las restricciones de que hago mérito, siempre cabía inferir del asentimiento general de Hitler- y esto era lo esencial- que concordaba con los principales puntos de vista del Grupo de Ejércitos y los hacía suyos, a saber:

Con que a los cercados había que hacerles llegar por vía aérea los abastecimientos estimados indispensables, de suerte que un día con otro alcanzasen el promedio establecido.

Que el Sexto Ejército, aun en el caso de que lográsemos abrirnos paso hasta él, no podíamos dejarlo seguir en Stalingrado.

Que era indispensable seguir asignándonos nuevas fuerzas con carácter sistemático y regular, como ya desde el 21 de noviembre veníamos reclamando a cada paso.

Luego ya verá el lector que en realidad Hitler no había pensado ni remotamente en retirar al Sexto Ejército de Stalingrado. Y en cuanto a las otras dos condiciones, indispensables para que el mando pudiese actuar con perspectivas de éxito, tampoco habían de cumplirse, por desgracia.

La primera sorpresa con que en lugar de lo prometido nos encontramos, consistió en que, tanto en lo tocante al volumen de las fuerzas que el Alto Mando del Ejército habría de poner a nuestra disposición para liberar al Sexto Ejército, como en lo relativo a la fecha en que aquellos socorros habrían de hallarse prestos a entrar en acción, la realidad iba a ser harto distinta de lo que había inferido del asenso en Starobjelsk.

Ante todo, se retrasaron considerablemente los transportes, resultando que, a consecuencia del escaso rendimiento ferroviario, en el Destacamento de ejército de Hollidt sobrevino una dilación de varios días, y respecto al grupo de liberación del Cuarto Ejército Panzer se produjo la misma dilación, porque mientras en la estepa de Stalingrado caían durísimas heladas, en la región caucásica había llegado el deshielo, haciendo imposible el traslado por sus propios medios de los elementos rodados de la 23ª División Panzer. Hubo que recurrir también al ferrocarril para trasladarlos, de suerte que en una situación en la que cada día podía ser decisivo, se demoró en varios la disponibilidad del LVII Cerpo Panzer.

Pero todavía presentaba peor cariz lo referente al volumen de las fuerzas liberadoras. Así, por ejemplo, la 15ª División de Campaña de la Luftwaffe, prevista para reforzar el LVII Cuerpo Panzer, aún había que ponerla en pie de guerra, cosa que requirió sema-

nas. Y finalmente, cuando estuvo lista y echamos mano de ella en vista de lo urgente de la situación (en un momento en que la cuestión e la liberación quedaba ya muy atrás y resuelta en sentido negativo), salió maltrecha de los primeros días de combate. De la artillería que el Grupo de Ejércitos. A había de ceder, sólo pudimos llegar a ver un regimiento de Nebelwerfer, y del conjunto de siete divisiones prometidas para el Destacamento Hollidt, nos encontramos con que dos (la 62ª y la 294ª de Infantería) habían tenido que ser trasladadas al Tercer Ejército rumano para inyectarle un poco de nervio. Si ahora se las retirasen, la línea de frente sostenida por el I y el II Cuerpos de Ejército rumanos se hundiría irremisiblemente. Quedábamos, pues, sin artillería y sin dos divisiones de las previstas. Tampoco llegó la 3ª División de Montaña, porque cuando ya la mitad de ella se hallaba en camino por ferrocarril, el Alto Mando del Ejército tuvo que dirigirla hacia el Grupo de Ejércitos A para hacer frente a una crisis local, al paso que la otra mitad se enviaba al Grupo de Ejércitos Centro para remediar una urgencia parecida. En cuanto a la 22ª División Panzer, que el comienzo de la ofensiva soviética había pasado a sostener la lucha del Tercer Ejército rumano, resultó un puro amasijo sin cohesión, sin la menor virtud agresiva después de las pérdidas que había experimentado en los combates de noviembre. Por lo que, habida cuenta de la ya citada imposibilidad de aplicar las divisiones de tropas de aviación a misiones de ataque, para la operación de liberación tan sólo le quedaban al Cuarto Ejército Panzer como fuerzas de choque el LVII Cuerpo Panzer con dos divisiones de tanques, y del Destacamento de Ejército de Hollidt, el Cuartel General del XLVIII Cuerpo Panzer, con la 11ª División Panzer, en marcha para incorporarse, y la 336ª de Infantería. Porque lo que nos ofrecía el OKH, la 17ª División Panzer y la 306ª de Infantería, ni podían reemplazar en importancia cuantitativa a las divisiones perdidas, ni podían estar disponibles con la urgencia que la operación reclamaba.

Puestas así las cosas, al momento nos percatamos de que la primitiva idea de acudir a la liberación del Sexto Ejército atacando desde dos direcciones, desde Kotelnokovo al este del Don con el Cuarto Ejército Panzer y desde el Chir central por Kalach con el Destacamento de Ejército Hollidt, iba a ser irrealizable por falta de fuerzas. Lo que a lo sumo podíamos esperar, era disponer de las fuerzas necesarias para atacar eficazmente en un solo eje. Y, dada la situación en que nos hallábamos, era el Cuarto Ejército Panzer el único en condiciones para intentarlo. Era, en efecto, la fuerza que, en pri-

mer lugar, contaba con el camino más corto basta Stalingrado, además de que no tendría que salvar el obstáculo del Don. Por otra parte, cabía deponer que tampoco el enemigo habría de esperar una ofensiva liberadora. Desde la orilla oriental de este río, toda vez que atendida la situación general, era allí donde la concentración de fuerzas suponía un riesgo mayor para los alemanes. Justamente por eso habían dejado también los rusos menos asegurada la cobertura de su cerco en la dirección de Koternikovo, por donde el Cuarto Ejército tenía enfrente al principio tan sólo 5 divisiones enemigas, mientras que el Chir eran ya 15 las que habríamos de batir.

Preveía, en consecuencia, la orden circulada el 1 de diciembre al Grupo de Ejércitos para la Operación Wintergewitter lo siguiente.

El Cuarto Ejército Panzer iniciaría la ofensiva con el grueso de sus fuerzas en fecha que aún habría de señalarse 8pero no antes del 8 de diciembre), partiendo de la región de Kotelnokovo al este del Don. Su misión estaría en romper las fuerzas de cobertura enemigas y atacar seguidamente y arrollar por el flanco o retaguardia el cerco de Stalingrado por occidente y sur respectivamente.

El XLVIII Cuerpo Panzer atacaría, como fracción del Destacamento de Ejército de Holldit, la retaguardia de las fuerzas de cobertura enemigas, partiendo de la cabeza de puente de Nishne Chirskaya en el Don y el Chir. En el caso de que antes ya del comienzo del ataque el enemigo se hubiese reforzado considerablemente contra el Cuarto Panzer al norte de Kotelnikovo, o la situación del Cuarto Ejército rumano, encargado de cubrir el largo flanco oriental del Cuarto Panzer, volviese a presentarse apurada, entonces teníamos previsto el recurso siguiente las divisiones de tanques del Cuarto Ejército Panzer avanzarían por sorpresa por el lado occidental del Don hacia el norte hasta la cabeza de puente Don-Chir de Nishne-Chirskaya, desde donde lanzarían su principal ataque. Además, un grupo de choque menos considerable habría de avanzar desde la cabeza de puente Don-Chir al oeste del Don por Kalach, a fin de cortar allí el enlace del enemigo y dejar accesible al Sexto Ejército el puente del Don.

Respecto del Sexto Ejército, disponía la orden del Grupo de Ejércitos que en la fecha siguiente a la que éste habría de señalar para que el Cuarto Panzer entrase en acción atacaría también él partiendo de su frente sudoccidental para romper primeramente en dirección a Donskaje Zaritza, tomar contacto luego con el Cuarto Ejército Panzer y colaborar así en la operación de

arrollar los respectivos frentes de cerco del sur y oeste y de conquistar el paso del Don por Kalach.

Como la observancia de la orden terminante de Hitler de que los cercados mantuviesen todas sus posiciones de la bolsa no iba a ser posible en la práctica al avanzar hacia el sudoeste al encuentro del Cuarto Ejército Panzer, el Sexto Ejército tendría que ceder paso a paso el terreno a las atacantes soviéticos que presionasen por el norte o por el este. En tal supuesto, Hitler no hubiera tenido más remedio que resignarse al hecho consumado, como posteriormente hizo en efecto en otros casos. (Claro está que en nuestra orden no podíamos consignar expresamente estas instrucciones, por la sencilla razón de que las hubiera conocido Hitler al punto por su oficial de enlace en el Sexto Ejército y las habría anulado en el acto con una contraorden).

En los primeros días después de mi toma de posesión, la situación en el frente del Grupo de Ejércitos se mantuvo relativamente tranquila. Todo parecía indicar que el enemigo preparaba el ataque concéntrico al Sexto Ejército y que, en cambio, no se atrevía a aventurarse en un inmediato avance con poderosas formaciones de tanques sobre Rostov o al menos contra los pasos del Don o el nudo ferroviario de Lichacha, vitales para nuestro Grupo de Ejércitos. Y es que seguramente confiaba en que podría ahorrarse el riesgo consiguiente el raid en cuestión, dada la superioridad de sus fuerzas en la curva del Don, que siempre eran una firme promesa de éxito. Lo cierto es, sin embargo, que entonces dejó escapar una magnifica ocasión, toda vez que a fines de noviembre y principios de diciembre no había del lado alemán fuerzas que hubiesen podido recoger y resistir la embestida.

Ataques enemigos al Sexto Ejército

El 2 de diciembre dio comienzo el ataque enemigo al Sexto Ejército, que fue rechazado por nuestras valerosas tropas con sangrientas pérdidas para los rusos, como lo fueron también sus repeticiones de los días 4 y 8 del mes. Afortunadamente, la situación de abastecimientos de los cercados había resultado bastante más favorable de lo que pudiéramos esperar. En efecto, el 2 de diciembre aquel ejército nos comunicaba que a partir del 30 del anterior mes contaba con poder aguantar con sus provisiones racionadas unos 12 o 13 días, si bien la ración se vería reducida y de debería consumir una buena parte del ganado caballar. Simultáneamente la si-

tuación atmosférica parecía prometer mayores facilidades para el abastecimientos futuro por vía aérea, después de que el 5 de diciembre se consiguió por primera vez llevar a los sitiados 300 toneladas de provisiones. Bien es verdad que el caso ya no volvió a repetirse. De todos modos y pese a las mejores perspectivas que por entonces pudiera presentar la situación del Sexto Ejército, de sobra comprendíamos que el tiempo apremiaba y que había que abrirse paso cuanto antes hasta él y sacarlo de la bolsa.

Pero en este sentido las circunstancias eran tan poco propicias, que puede decirse que la única favorable la constituía el hecho de que el enemigo no se hubiese atrevido, como antes decimos, a sacar partido de la ocasión que se ofreciera de cortar las comunicaciones con la retaguardia del Grupo de Ejércitos en los pasos del Donetz o en Rostov, donde habrá alcanzado también las del Grupo de Ejércitos A. por lo demás, la situación antes se había agravado notablemente en los sectores de frente desde los que deberán partir los ataques para liberar a los cercados

En l tocante al Cuatro Ejercito Panzer, teníamos que la llegada desde el Cáucaso del LVII Cuerpo Panzer se había retrasado por las razones antes expuestas. De suerte que la fecha del 3 de diciembre señalaba en principio como momento de partida, hubo de ser trasladada al 8, y finalmente al 12 del mismo mes. Que el enemigo no iba a estarse cruzado de brazos durante tanto tiempo, de suyo se comprende. Y, en efecto, el 3 de diciembre avanzó con fuerzas importante contra Kotelnikovo, principal punto de llegada del LVII Cuerpo Panzer, sin duda con objeto de explorar y tantear. Este ataque fue repelido al día siguiente por la 6ª División Panzer, que entretanto se había aprestado a entrar en acción. Pero a partir del día 8 empezó a detectare ante el frente norte del Cuarto Ejército Panzer (al nordeste de Kotelnikovo) una inquietante concentración de grandes contingentes enemigos, comprobándose la presencia allí de un nuevo Ejército (el 51º). Al este del Cuarto Ejército Panzer, sector cubierto principalmente por fuerzas rumanas y al mando del IV Cuerpo de Ejército rumano, todo seguía tranquilo, lo mismo que en el sector indicaciones del Grupo de Ejércitos, hizo ésta una audaz salida, retenía delante de los rumanos y explorándola con grupos débiles por cierto para desvirtuar un poco las aprensiones del mando aliado. El resultado fue la comprobación segura de que el momento aún no tenía el enemigo fuerzas de consideración a occidente del Volga.

Se agrava la situación en el frente del Chir

Mucho lo más delicada iba siendo, en cambio, la situación en el sector de operaciones del Tercer Ejército rumano y del Destacamento de Ejército de Hollidt, respectivamente. Había allí, en el Chir inferior, desde la desembocadura de este río en el Don hasta 70 kilómetros aguas arriba del Chir, aparte de algunos grupos de artillería antiaérea, solamente unidades de alarma integradas por personal del tren de campaña y elementos del Sexto Ejército que retornaban de permiso. A ellos se sumaron luego las dos divisiones de campaña de la Luftwaffe que habían de incorporarse al Destacamento de Ejército de Hollidt, pero que por carecer en absoluto de experiencia combativa y de mandos preparados, tenían una limitada aplicación.

La brecha que en noviembre había abierto la irrupción del enemigo en el sector del Tercer ejército rumano entre el recodo del Chir junto a Bolschoi Ternovkii y el frente del Don que aún resistía, quedó ahora muy someramente taponada mediante el retrocedo del ala derecha de la parte de dicho Tercer Ejército rumanos situada junto al Don (I y II Cuerpos de Ejército rumano), la aportación de la ya seriamente maltratada 22ª División Panzer y la de los restos de las divisiones rumanas arrolladas. Luego fue necesario volcar también allí las dos divisiones de infantería destinadas al Destacamento de Ejército Hollidt (la 62ª y la 194ª), para procurarle un poco de consistencia siquiera a aquel frente que se prolongaba más allá de los 120 kilómetros. A principios de diciembre el horizonte se cubría de negros presagios sobre un inminente gran ataque enemigo en el frente del Chir, acentuados por la presencia, comprobada el día 3 de aquel mes, de imponentes concentraciones artilleras en el sector del Chir inferior. Al día siguiente daban comienzo los ataques rusos, proseguidos ya sin interrupción en un cambio continuo del centro de gravedad. El enemigo no cejaba en su empeño de romper aquel frente, acometiéndolo con fuertes cuñas de tanques, de suerte que la situación llegó a hacerse crítica. Y sin embargo, en el Chir inferior teníamos que mantener el frente a toda costa, puesto que era fundamental para el rescate del Sexto Ejército seguir en posesión de la cabeza de puente en el ángulo formado por el Chir y el Don, así como la que a oriente de este último río manteníamos en defensa del puente de Nishne Chirskaya sobre el Don. Eso sin contar con que una ruptura enemiga en el Chir les hubiera abierto a los rusos el camino hacia las bases aéreas de Morosovski y Tazinskaúa, distantes, respec-

tivamente, 40 y 80 kilómetro del enemigo, y dejado expedita para él la ruta más corta tanto hasta los pasos del Donetz como hasta Rostov. Por eso el mando del Grupo de Ejércitos estimó ineludible dar su consentimiento para que el XLVIII Cuerpo Panzer, con las recién llegadas 11ª División Panzer y 336ª de Infantería, pasase provisionalmente a reforzar el frente del Chir inferior. Lo que allí hizo el cuerpo fue, ni más ni menos, actuar de apagafuegos, acudiendo siempre allá donde parecía más comprometida la situación de la débil protección de las unidades de alarma contra los potentes ataques enemigos. Excluíamos, naturalmente, en esta operación de urgencia, a las divisiones propiamente dichas del Destacamento de Ejército de Hollidt, que parecían las únicas indicadas para la tentativa de liberación. Pero lo hacíamos contando con que, en cuanto hubiésemos restablecido de algún modo la situación en el Chir inferior, el cuerpo pasaría a colaborar en la acción liberadora con el Cuarto Ejército Panzer, utilizando para ello el ya citado puente del Don.

El 9 de diciembre se relajaron notablemente los ataques del enemigo contra el Sexto Ejército, en los que tan malparado había salido aquél. Lo probable, sin embargo, era que al mismo tiempo comenzaran los rusos a retirar de allí fuerzas para prevenir un eventual intento de liberación.

En el frente del Chir, por el contrario, la presión enemiga seguía sin ceder nada, al paso que en el frente norte del Cuarto Ejército Panzer, el adversario parecía un poco más reservado después de su fracaso en Kotelnikovo.

Nuestra vana pugna por arrancar decisiones necesarias

Como era natural, en una situación tan delicada me hallaba yo en comunicación telefónica constante con el jefe del Estado Mayor Central del Ejército. Y siempre el general Zeitzler se mostró de acuerdo conmigo sobre la previsible evolución de la situación operativa y sobre las consecuencias que de tal reconocimiento había que sacar. Con lo que no puedo asegurar que pudiera arrancarle también a Hitler lo que estimábamos necesario, y sobre todo, que pudiera conseguirlo a tiempo.

Además de la incesante demanda de nuevos refuerzos de las unidades de la Luftwaffe encargadas de abastecer el Sexto Ejército, se trataba en estas conferencias de dos cuestiones:

En primer lugar, que en modo alguno se podía- aún en el supuesto de que saliésemos adelante en nuestro intento de romper el cerco- dejar al Sexto Ejército en el sector de Stalingrado. Con esto salíamos al paso de la insistente pretensión de Hitler de conservar la ciudad como había hecho el invierno anterior con la bolsa de Demiansk, y procurar que ahora abriésemos un pasillo para abastecer por él al ejército encargado de resistir allí.

Porque el mando del Grupo de Ejércitos sostenía ahora, como siempre había sostenido, el parecer de que tal solución no resolvería nada y que lo importante era recuperar la movilidad operativa si no queríamos ir a una catástrofe.

La pugna entre los dos pareceres antagónicos persistió, desgraciadamente, hasta que la última oportunidad de salvar al Sexto Ejército pasó para no volver.

La segunda cuestión objeto de nuestras conversaciones era la referente al reforzamiento de los dos contingentes destinados a la operación de rescate. En cuanto vimos, en efecto, que de las siete divisiones del Destacamento de Ejército de Hollidt originalmente previstas para la acción de liberación, dispondríamos a lo sumo del XLVI Cuerpo Panzer con dos divisiones, estimamos, naturalmente, indispensable un refuerzo del Cuarto Panzer. No se necesitaban muchas explicaciones para que cualquiera comprendiese que con sólo dos divisiones (la 6ª y la 23ª Divisiones Panzer) no iba a poder abrirse paso hasta Stalingrado.

Dos eran las posibilidades que se ofrecían para obtener los indispensables refuerzos.

Reiteradamente había solicitado el mando de nuestro Grupo de Ejércitos que se le asignase, por cesión del Grupo de Ejércitos A, el III Cuerpo Panzer con sus dos divisiones blindadas, que, emplazadas en la montaña, se hallaban fuera de lugar. Pero nuestra pretensión siempre había

tropezado con el mismo obstáculo puesto por el Grupo A, que alegaba que solamente podría desprenderse del cuerpo cuando se le autorizase a replegarse de las posiciones que mantenía en el Cáucaso formando un gran saliente. Y como a esto era a lo que Hitler no se avenía, así seguíamos sin adelantar un paso. Con la misma resistencia se estrellaban nuestras demandas deque relevasen a la 16ª División Motorizada con un regimiento del Grupo de Ejércitos A, que cubría el expuesto flanco del Primer Ejército Panzer en Elista. Sólo se llegó a ello cuando ya era demasiado tarde para Stalingrado.

La segunda posibilidad de hacer llegar refuerzos para que el

Cuarto Ejército pudiese emprender oportunamente una acción de rescate en Stalingrado residía en la aportación de nuevos contingentes por parte del OKH. Como la 17ª División Panzer y la 306ª de Infantería, que acababa de ser formada, se hallaban en camino para incorporarse al Grupo de Ejércitos del Don, resultaba que la primera hubiera podido llegar a tiempo para apoyar la acción del LVII Cuerpo Panzer en Stalingrado, en virtud del retraso impuesto por los preparativos de éste en Kotelnikowo. Sólo que entonces nos encontrarnos con que el Alto Mando Central hacía desembarcar a la división como reserva suya a retaguardia del ala izquierda del Grupo de Ejércitos, por temor- ciertamente fundado- de que ataque que todo hacía presumir. Lo malo, en este caso como en tantos otros, era que se cumplía una vez más el refrán de que quien mucho abarca, poco aprieta, y no podíamos asegurarnos dos ventajas a la vez: una victoria del Cuarto Ejército Panzer y prevenir al mismo tiempo una crisis en el ala izquierda del Grupo de Ejército, que por cierto tampoco la 17ªDivisión Panzer podría dominar si llegase a producirse. Nosotros anteponíamos el éxito del Cuarto Ejército Panzer, a la falaz seguridad que Hitler esperaba alcanzar manteniendo en reserva a la 17ª División. El resultado de todo ello fue que cuando Hitler la dejó disponible por la llegada de la 306ª que la seguía, era ya tarde para que pudiese secundar al Cuerpo Ejército Panzer en la primera etapa de su avance. ¡Y seguramente fue aquí en donde malbaratamos la ocasión decisiva!

Para mejor subrayar y autorizar mi insistencia telefónica con Zitzler, me vi obligado a dirigirle a menudo, a él o la mismo Hitler, exposiciones telegráficas de nuestra situación, con las que esperaba secundar la pugna diaria del primero con el segundo.

Uno de aquellos <juicios de la situación>- el del 9 de diciembre de 1942- lo reproducimos aquí en los apéndice, para que se vea hasta qué punto cuidaba el Grupo de Ejércitos de tener a Hitler y al Alto Mando del Ejército al corriente siempre de la situación. Puede servir al mismo tiempo como índice revelador de la enorme superioridad numérica con que había de enfrentarse nuestro Grupo de Ejército y de la manera en que supo mantener la lucha fuera de la bolsa de Stalingrado con sus propios medios y sólo unas pocas- muy pocas- nuevas divisiones a él asignadas. Por último, pone de manifiesto la forma en que el Grupo de Ejércitos se esforzó por hacerle ver al mando supremo el verdadero fondo de las cuestiones operativas.

Todavía añadiré dos observaciones a este juicio de la situación, destinadas al lector que examine la obra con espíritu crítico.

Se puede objetar, en efecto, que la cuestión que en él se ventila es la de cómo habría de proseguirse la lucha en el caso de que, después de haber abierto un pasillo hasta el Sexto Ejército, dejásemos a éste en Stalingrado. Este reparo tiene su explicación en el hecho de que el irle a un Hitler con el argumento de que era imposible dejar al ejército en Stalingrado aunque se consiguiese abastecerlo por un corredor abierto en el cerco, hubiera sido tiempo perdido. Sólo si se le ponía bien plásticamente ante los ojos el volumen enorme de fuerzas que habría de ceder aún para seguir sosteniéndose en Stalingrado, cabía esperar que acabase por reconocer la necesidad de sacar de allí al Sexto Ejército. Por desgracia, tampoco este llamamiento al buen sentido logró doblegar su empecinada tenacidad en materia de amor propio. Sin embargo, todavía abrigábamos la esperanza de que cuando las cosas hubiesen llegado a un punto crítico, acabaría Hitler por plegarse a la necesidad ineludible.

Otra cosa que pudiera parecer extraña es el hecho de que el mando del Grupo de Ejércitos concibiese, ante el número de unidades enemigas que se le enfrentaban, la esperanza de

poder salvar al Sexto Ejército, porque parece que esto implicaría un increíble desdén de la superioridad adversaria.

La verdad es que no ignorábamos lo que tal desigualdad significaba. Lo sabíamos; pero también estábamos convencidos de que debíamos pechar con los mayores riesgos para procurarles a nuestros camaradas del Sexto Ejército una posibilidad de salvación. Y bien demostraron los acontecimiento que cerca anduvimos de abrirles el camino de la libertad. Si al cabo la acción se frustró, fue porque en ella influyeron motivos especiales, de los que más adelante volveremos a hablar todavía.

Una carrera a vida o muerte

Fue en todo caso una carrera a vida o muerte la que entonces empezamos en competencia con el enemigo.

¡Nuestra meta era la vida del Sexto Ejéricto! Y por ella arriesgábamos no sólo la existencia del Grupo de Ejércitos del Don, sino también la del Grupo de Ejércitos A.

Estaba la pugna en ver si el grupo liberador constituido por el Cuarto Ejército Panzer conseguiría darle la mano al este del Don

al Sexto Ejército antes de que el enemigo lograse frustrar la operación liberadora. Para ello habría de prevenir estas dos posibilidades. Que el enemigo acertase a desbaratar el débil frente del Chir o arrollar el ala izquierda del Grupo de Ejércitos (Destacamento Hollidt) o bien al mismo tiempo el ala derecha del Grupo de Ejércitos B y abrirse así camino para cortar todas las comunicaciones a retaguardia del Grupo de Ejércitos del Don y del A en Rostov.

Iniciar y sostener una operación ofensiva al este del Don en dirección a Stalingrado, mientras de un día para otro se iba acusando más el inminente peligro, me parece que equivalía a la

aceptación de un riesgo netamente insólito. Ni siquiera creo que Hitler se percatara entonces de toda la audacia de semejante jugada, por que, de haber caído en la cuenta, hay que suponer que habría adoptado medidas enérgicas, al menos en lo tocante a reforzar al Cuarto Ejército Panzer y asegurar una rápida liberación del cercado. Lo que en vez de ello hizo fue, como Zeitzler mismo decía, <complacerse en ponernos la zancadilla cada dos por tres>, según vemos, por ejemplo, en el caso de mantener donde no debía a la 17ª División Panzer durante los días decisivos, o en permitirnos disponer de la 16ª Motorizada cuando ya había pasado la oportunidad. Como que él sostuvo siempre que los generales y el Estado Mayor sabían <contar>, pero no <osar>, cuando la verdad es que apenas podrá darse ejemplo de osadía más rayana con la temeridad que la del mando del Grupo de Ejércitos del Don al ordenar el avancé del Cuarto Ejército Panzer sobre Stalingrado y sostenerlo hasta un momento extremo, con ser como era inminente el peligro de aniquilamiento de toda el ala sur alemana.

Esta carrera a vida o muerte, iniciada el 12 de diciembre con el avance del Cuarto Ejército Panzer para liberar al cercado Sexto Ejército, sólo puede ser descrita aquí muy a grandes rasgos. Que no habría manera de relatar los frecuentísimos y súbitos cambios de situación en los combates del LVII Cuerpo Panzer con un enemigo que a cada instante lanzada a ellos nuevos contingentes de fuerzas, y especialmente bndadas. La agilidad de nuestro mando tanquista y la superioridad de nuestras tripulaciones quedaron entonces de manifiesto como nunca, enmarcadas por la valentía de los granaderos acorazados y la habilidad y la puntería de nuestra

1. Hitler jugaba a la anfibología con las palabras alemanas <rechnen> contar y <wagen>, que significa osar, pero también pesar; como si dijera que sabían contar, pero no pesar. (N. del T)

artillería antitanque. Al mismo tiempo se pudo constatar cuánto puede esperarse de una veterana División Panzer como la 6ª cuando cuenta con mandos como su comandante, el general Rauss, y el de su jefe de su fuerza de tanques, el coronel Von Hünersdorff (por

desgracia caído más tarde al frente de su intrépida división9, y puede entrar en combate con su plena dotación de tanques y cañones de asalto. Y asimismo se vio en aquellos días, como ejemplo contrario, el caso de la 23ª División Panzer, luchando hasta el último aliento al mando del general Von Vormann- mi antiguo colaborador en la Sección de Operaciones del Estado mayor General, cinco veces herido en la Primera Guerrra-, para acabar saliendo adelante ¡con un solo veinte tanques!

Pero vamos a tratar de seguir siquiera en sus principales alternativas el curso de esta carrera a vida o muerte.

Cuando todavía el LVII Cuerpo Panzer terminaba su concentración en torno a Kotelnikovo, al este del Don, para lanzarse al intento de liberación, el enemigo atacó al oeste del río nuestro frente del Chir inferior, nuevamente arreciando sus acometidas con fuerzas contingentes a partir del 10 de diciembre. Era evidente que ya no cabía pensar en disponer del XLVIII Cuerpo Panzer de aquel frente para que, partiendo de la cabeza de puente Chir-Don, enprendiese una acción conjunta con el LVII.

Pero, por lo mismo, se hacía también más perentoria la necesidad de que el Cuerpo LVII se pusiese a la operación. Finalmente, después de haber conseguido efectuar sus desembarques y concentración en Kotelnikovo tras duros combates con importantes fuerzas enemigas, que esperaban desbaratar sus aprestos y despliegues, y después de haberlas derrotado netamente, el 12 de diciembre iniciaba el avance en dirección a Stalingrado. Cubrían sus flancos hacia el Este, por el lado del Volga, el VII Cuerpo de Ejército rumano, y hacia el Oeste, hasta el Don, el VI Cuerpo de Ejército de la misma nacionalidad. No cabe duda de que el avance pilló por sorpresa al enemigo, que, cuando menos, no lo esperaba para tan pronto, y así pudo hacer considerables progresos en los primeros momentos. Pero el enemigo acudió rápido con nuevas fuerzas sacadas del área de Stalingrado, y no para limitarse a una acción defensiva, sino para tratar una y otra vez de arrebatarnos el terreno que nuestras dos divisiones de tanques habían conquistado, o para disponerse a embolsar algunas fracciones de nuestras tropas acorazadas con fuerzas muy superiores. Nunca lo consiguieron, y nuestro LVII Cuerpo iba derrotando uno tras otro los grupos que

el enemigo le lanzaba, por más que una decisión en la azarosa pugna no se lograse hasta el 17 de diciembre, cuando al fin la 17ª División Panzer pudo terciar también al este del Don. Cediendo a los constantes apremios del mando del Grupo de Ejércitos, el OKH había acabado por dejarla partir de su posición de espera a detrás del ala izquierda del Grupo de Ejércitos-luego, la división había tenido que hacer un largo recorrido hasta el puente de Potemkinskaia, sobre el Don, antes de poder atacar al este del rio.

Mientras el LVII Cuerpo Panzer pugnaba por la decisión en el lado este del don, redoblaba el enemigo sus esfuerzos en el lado occidental para hundir el frente alemán del Chir. Según todos los indicios, parecía haberse percatado de la importancia, de la cabeza de puente que manteníamos en el ángulo formada por este río y el Don y del puente que por allí pasaba sobre el último, puesto que desde el 12 de diciembre el peso de sus ataques descargaba constantemente sobre ellos. El día 14 perdíamos el puente, después de haberlo volado, y el 15 ya era de prever que sólo por unos días podríamos continuar la lucha en el frente del Chir inferior.

Simultáneamente apuntaba un nuevo peligro en la zona de la gran curva del Don. El 15 de diciembre podíamos constatar ya sin la menor duda los preparativos que el enemigo estaba haciendo para un ataque contra el ala izquierda del Grupo de Ejércitos del Don y la derecha del Grupo B, y el 16 iniciaba sus primeros ataques. Todavía estábamos a ciegas sobre si se trataría-como tantas otras veces- de tanteos preliminares en el frente para lanzarse luego a fondo, o si sólo andaría buscando con aquellas percusiones retener allí todas nuestras fuerzas para que no pudiésemos llevarlas al sector de lucha del este del Don. El único indicio seguro de que pudiera tratarse de algo muy serio nos lo dieron las comunicaciones de radio captadas al enemigo, delatando la presencia allí de un nuevo Ejército (3.º de Guardias) y permitiendo inferir intenciones de ruptura ambiciosa (¿Rostov?)

Naturalmente, el mando del Grupo de Ejércitos no podía resolverse a una lucha decisiva en el ala izquierda en tanto que al este del ró se estuviese combatiendo por la liberación del Sexto Ejército; antes debería hurtar allí el cuerpo en lo posible y rehuir un encuentro a fondo. Por eso, a fin de que el Destacamentos de Ejército de Hollidt, que mandaba en el sector, se hallase en condiciones de allegar reservas con las que atender a una defensa evasiva, dispuso nuestro mandó un repliegue a un frente posterior menos dilatado,

con la orden de que la maniobrase ejecutase sin perder el contacto el ala derecha del Grupo de Ejército B.

el 18 de diciembre fue una fecha de las de más grave crisis.

Al este del Don el LVII Cuerpo Panzer seguía sin alcanzar ninguna victoria decisiva que permitiese columbrar una rápida progresión hasta las inmediaciones de la bolsa de Stalingrado, y la consiguiente posibilidad de que el cercado Sexto Ejército intentase la ruptura. Y eso que a la acción del LVII Panzer había venido a concurrir la de la 17ª División Panzer.

En el Chir inferior no cejaba el enemigo en sus empeñados combates, aunque tampoco conseguía abrir brecha en nuestro frente.

En cambio, en el ala izquierda del Grupo de Ejércitos nos encontrábamos ante una crisis de las de peor cariz, desde el momento en que el enemigo se tiraba a fondo contra él el Destacamento de Ejército Hollidt y contra el Ejército italiano, que constituía el ala derecha del Grupo de Ejércitos B.

En el seno del Destacamentos de Ejército Hollidt, por desgracia los cuerpos rumanos no parecían capaces de resistir la embestida, y ya parecía dudoso que las mismas divisiones alemanas al menos alcanzasen intactas las posiciones de repliegue previstas una vez que se vieron abandonadas en la lucha por las fuerzas aliadas.

Pero lo peor de todo era ver que el enemigo conseguía arrollar ya por completo en el primer asalto al Ejército italiano y romper, por tanto, el flanco del Grupo de Ejércitos del Don.

En vista de la situación, aquel mismo día reclamábamos del OKH autorización para que el Sexto Ejército intentase inmediatamente la ruptura en dirección al Cuarto Ejército Panzer. Que aún había entonces la posibilidad de que el LVII Cuerpo Panzer lograse ganar terreno en su avance contra la bolsa, sobre todo en cuanto la 17ª División Panzer hubiese debido sentir plenamente el peso de su intervención. Todavía podíamos esperar, pues, un desenlace favorable de la lucha al este del Don, aunque mucho antes lo hubiéramos obtenido si la 17ª División Panzer hubiese estado desde el primer instante disponible para la acción liberadora del Cuarto Ejército Panzer y en ella les hubiese secundado la 16ª División Motorizada, todavía retenida en Elista.

Sin embargo, por más que le encarecimos la urgencia de una decisión que autorizase al Sexto Ejército para la ruptura, Hitler siguió rehusando la autorización solicitada. Y eso que al mismo tiempo nos comunicaba su jefe del Estado Mayor General que to-

das las fuerzas que en aquellos momentos se hallaban en marcha pasaban al Grupo de Ejércitos B a remediar el fallo del Ejército italiano. Excusado encarecer la elocuencia de la pregunta que a continuación se nos hizo de si, a pesar de todo, podríamos estar seguros de que Stalingrado se nos iba de las manos. Porque nada revela mejor cuán lejos andaba el mando supremo de reconocer la gravedad de la situación o de querer reconocerla.

Mas el que Hitler desautorizase la salida de los cercados de Stalingrado no podía impedir que el seguramente habría de hacerse indispensable muy pronto. Así es que el 18 de diciembre enviaba al comandante de Estado Mayor, Eismann, jefe de la Sección de Servicios en el de nuestro Grupo, a entrevistarse con el mando del Sexto Ejército, con la misión de comunicarle nuestras intenciones respecto a cómo habría de efectuarse la operación de ruptura de los cercados, que de un momento a otro sería ineludible.

Sus razonamientos habrían de basarse en los siguientes puntos principales:

Situación crítica por que atravesábamos en el frente del Chir, y singularmente en el ala izquierda del Grupo de Ejércitos, sólo nos permitiría proseguir por muy poco tiempo la lucha al este del Don con nuestro Cuarto Panzer para ir a la liberación de los cercados. Sería, además, dudoso que el Cuarto Ejército Panzer lograse llegar en su avance hasta las inmediaciones de las fuerzas enemigas que formaban el anillo en torno a Stalingrado, toda vez que los rusos estaban retirando a cada momento nuevos con vez que los rusos estaban retirando a cada momento nuevos contingentes del cerco para lanzarlos al encuentro de nuestros blindados. Por otro lado, esta circunstancia le brindaba de momento una excepcional oportunidad de ruptura al Sexto Ejército, por cuanto debilitaba el espesor del cinturón de cerco. Como condición previa, sin embargo, para llegar a un contacto entre el Cuarto Ejército Panzer y el Sexto Ejército embolsado tendría éste que pasar al ataque. Luego, con el ataque de ruptura hacia el Sudoeste habríamos llegado a una nueva situación por la que el enemigo se vería impedido de seguir retirando fuerzas del cerco, y entonces nada habría tenido de particular que el Cuarto Panzer, aliviado en sus combates, lograsehacer mayores progresos en dirección a la bolsa de Stalingrado.

La tarea que ya se le había encomendado al Sexto Ejército el 1 de diciembre por la orden Wintergewitter, de que se preparase para avanzar en dirección Sudoeste hasta Donskaja Zaritza, a fin de en-

trar en contacto con el Cuarto Ejército Panzer más tarde, habría de ser ampliada ahora. Porque pudiera hacerse necesario prolongar el avance de los cercados más allá de Donskaja Zaritza hasta entrar en contacto con el mismo Cuarto Ejército Panzer. En tal caso, mientras que en el supuesto de Wintegewitt habría que conservar el sector de Stalingrado según tenía ordenado Hitler, habría que evacuar ahora allí un espacio equivalente a la progresión que en la ruptura hacia el sudoeste se consiguiese.

Llevaba asimismo el comandante Eismann encargo de informar a los cercados de que nuestro Grupo de Ejércitos no creía que, pese a todos los esfuerzos, fuese a conseguir la Luftwaffe progresos tales en su labor de abastecimientos que le permitiesen al ejercito cercado mantenerse mucho más tiempo en la ciudad.

Pero el resultado de la misión del comandante Eismann, que en nuestra intención habría sido llegar a la unanimidad entre los puntos de vista propios y los del mando del Sexto Ejército, no tuvo nada de alentador.

Por más que las consideraciones que le hizo no dejaron de impresiona al general Paulus, tampoco se le ocultaban a ése las enormes dificultades y el riesgo extremo aparejados a la empresa que el mando de nuestro Grupo de Ejércitos proyectaba encomendarles a los cercados. Asimismo, en las conservaciones que Eismann sostuvo con el jefe de la Sección de Operaciones y el de la de Suministros del Estado Mayor del Sexto Ejército, hicieron éstos hincapié en las evidentes dificultades del intento, aunque reconociendo que, en las circunstancias en que nos veíamos, ¡había que probar cuanto antes a evadirse de la bolsa, y podía irse a ello!

Mas lo que luego vino a decidir la actitud del mando de aquel ejército fue la opinión del jefe de su Estado Mayor general de brigada Arthur Schmidt, quien manifestó sin rodeos que estimaba imposible la salida del ejército cercado en el momento en que la proponíamos, y que tal idea no pasaba de una <solución catastróficas>. Al impugnarla, dijo literalmente: <El Sexto Ejército mantendrá sus posiciones incluso después de pascua. Lo que ustedes tienen que hacer es abastecerlo mejor.> Y es que, sin duda, Schmidt partía del supuesto de que incumbía al mando supremo o al del Grupo de Ejército sacar a aquellas fuerzas del atasco en que se veían sin culpa suya y abastecerlas hasta entonces suficientemente por vía aérea. Punto de vista muy comprensible por cierto y hasta

justificado en teoría. Lo malo era que las circunstancias podían más que nosotros. Sin embargo, todas las consideraciones de Eismann de que el mando del Grupo de Ejércitos estaba haciendo lo humanamente posible para mantener en las mejores condiciones el abastecimiento de los cercados, pero que no tenía en su mano modificar la situación atmosférica, tan desfavorable, ni menos sacarse de la manga los aviones de transporte necesarias; todas estas y otras razonables observaciones iban a estrellarse en la inconmovible actitud de Schmidt, de la que no le apeaban tampoco las reflexiones sobre los motivos operativos que a nuestro entender reclamaban una salida inmediata de los cercados.

Estaba visto ya que allí era el comandante en jefe del Sexto Ejército la cabeza más despejada y clarividente y el hombre de mejor formación profesional, pero que en carácter y dominio personal le aventajaba su jefe de Estado Mayor.

Terminaron, pues, las conferencias de Eismann con el desdichado resultado de que también el general Paulus se pronunciase por la imposibilidad de lanzar a suejército a la operación de ruptura, toda vez que, además, ¡estaba prohibida por <orden del Fuhrer> la evacuación de Stalingrado!

Bien en claro había dejado la misión del comandante Eismann cuál era la situación y cuáles los propósitos del mando de nuestro Grupo de Ejércitos, sin por eso haber podido llegar a un acuerdo con el Sexto Ejército sobre la tarea que a éste le incumbía. ¿Íbamos a esperar, después de todo esto, que el mando de los cercados fuese a salir airoso de una operación sobremanera ardua en sí misma, cuando el comandante en jefe y al jefe del Estado Mayor de las fuerzas que habrían de llevarla a cabo empezaban por estimarla descabellada?

En otras circunstancias en indudable que una divergencia tan manifiesta del mando de los cercados con el superior del Grupo de Ejércitos hubiera dado lugar al relevo de aquél. Pero en la situación crítica en que el Sexto Ejército se encontraba nos pareció temeraria tal solución. Porque cualquiera que fuese el sucesor del comandante en jefe o del jefe del Estado Mayor habrían necesitado

1. Por funestas que fueran las consecuencias del tesón del general Schmidt en aquella ocasión, no dejó más tarde, en la prisión, de honrarle su entereza de carácter. Según todo lo que llevo oído, se ha conducido Schmidt en el cautiverio con tan leal e indomable camaradería, que su honrado tesón le ha costado una condena de 25 años de trabajos forzados. Y, pues es de justicia dar a cada lo suyo, descubrámonos ante la sinceridad de su carácter.

cierto tiempo para el estudio del problema, cuando cada día podía resultar decisivo. Además de que tampoco cabía esperar que Hitler se aviniese a autorizar el relevo nada menos que de los dos hombres que, como él, se empeñaban en retener Stalingrado.

No por eso se resignaba el mando del Grupo de Ejércitos a dejar escapar la única y última ocasión de salvar al Sexto Ejército, por manifiestas que fuesen las dificultades y peligros que el intento entrañaba.

Para ello tenía que descargar al mando del Sexto Ejército de la doble responsabilidad de ponerse a una operación tan aventurada y evacuar Stalingrado. Y a tal efecto estábamos dispuestos a dar la orden que nos hiciese a nosotros responsables de ambas medidas.

Las razones de que el cabo no se llegara por el Sexto Ejército a cumplimentar aquella orden las hemos de exponer en el lugar que en relación con la evolución de la situación les corresponda. Sólo diremos antes que estas razones constituyeron el tema de varias conferencias que sostuve con el general Paulus valiéndose de una instalación nueva de onda ultracorta, como también respectivos Estados Mayores y entre el mando del Grupo de Ejércitos y el mando supremo.

Digamos ahora, prosiguiendo en la relación de los acontecimientos, que el día siguiente, o sea, el 19 de diciembre, nos trajo la grata nueva de que la situación al este del Don parecía orientarse en tal sentido que la cooperación de ambos ejércitos planeada por el Grupo más bien prometía un desenlace afortunado en la tentativa de liberar al Sexto Ejército.

Se apuntó, en efecto, en aquella jornada un éxito muy lisonjero el LVII Cuerpo Panzer al conseguir superar el sector del Akssay y progresar en dirección Norte hasta el Mischkova. ¡Sólo 48 kilómetros mediaban ya entre la extrema vanguardia de su ataque y el frente sur del cerco de Stalingrado! Había llegado el momento, por el que veníamos suspirando desde nuestra toma de posesión, de acercarle al Sexto Ejército fuerzas de liberación que le brindasen una oportunidad de evasión por ruptura desde el interior del cerco. Porque si mientras el Cuarto Ejército Panzer avanzaba en su ataque hacia el Norte, o al menos atraía sobre sí fuerzas de las concentradas en el cerco, y el Sexto Ejército se lanzaba a la ruptura, era indudable que el enemigo se vería cogido entre dos fuegos y malpa-

rado por consiguiente. Y siempre nos cabría la esperanza de poner en contacto al Cuarto Panzer con el Sexto Ejército Panzer con el Sexto Ejército y poder llevarle a éste carburantes, municiones y vituallas para la continuación de su lucha de ruptura. A este efecto había dispuesto l mando de nuestro Grupo que detrás del Cuarto Ejército Panzer siguiesen columnas de camiones con 3.000 toneladas de los ya citados recursos, así como también tractores para poder movilizar parte de la artillería de los cercados. Todo cual habría de ser canalizado hasta el Sexto Ejército tan pronto como los tanques nos hubiesen franqueado un pasillo, siquiera no fuese más que provisional, desde la vanguardia exterior hasta la que avanzase del interior.

También en el frente del Grupo de Ejércitos al oeste del Don parecía ir ganando la situación el 19 de diciembre la estabilidad indispensable para que pudiésemos concebir la esperanza de que la decisión se habría de demorar allí por lo menos hasta tanto que la operación al lado este del rio permitiese al Cuarto Ejército Panzer llegar por el sudoeste en socorro de los cercados.

¡Todavía seguía en pie nuestro frente del Chir inferior!

Lo cierto es que en el Destacamento de Ejército de Hollidt se hizo necesaria una intervención del mando del Grupo de Ejércitos para asegurar el éxito de la operación de repliegue. Pero afortunadamente todo indicaba que la maniobra acabaría con bien, por más que subsistiese el peligro del flanco izquierdo del ejército descubierto.

¡Había entrado la <carrera a vida o muerte> en su fase decisiva a ambos lados del Don!

¿Conseguiría el Grupo de Ejércitos mantener aún por unos días la situación en la gran curva del Don hasta que a oriente del río pudiese el Sexto Ejército asir por fin la ocasión que se le brindaba, que ya iba a ser la última? Seguramente; pero siempre que no se malgastase ni una hora siquiera.

Por eso fue por lo que el mando del Grupo dirigió el 19 de diciembre al mediodía al mando supremo un apremiante llamaiento para que permitiese por fin al Sexto Ejército desprenderse de Stalingrado y romper hacia el sudoeste al encuentro del Cuarto Ejército Panzer.

Como tampoco este telegrama obtuviese una pronta y decisiva respuesta, el mando del Grupo de Ejércitos les daba a las 18 hora la orden al Sexto Ejército y al Cuarto Ejército Panzer.

Disponíamos por ella que el Sexto Ejército iniciaría cuanto antes la operación de ruptura en dirección sudoeste. Su primera eta-

pa consistiría en el ataque Wintergewitter, según la consigna ya dada el día 1, el cual habría de proseguirse en caso necesario hasta Donskaja Zaritza, a fin de poder tomar contacto con el Cuarto Ejército Panzer y canalizar la aportación de provisiones de que hicimos mención.

Pero al mismo tiempo contenía la orden instrucciones para una segunda fase de la ruptura, que en caso de necesidad habría de suceder inmediatamente el ataque Wintergewitter. Al recibir la contraseña Donmerschlag, el Sexto Ejército Panzer, al paso que en Stalingrado evacuaba por sectores en proporción del avance.

La razón de que nuestro mando retuviese la segunda consigna estaba en la necesidad de coordinar en el tiempo la intervención de ambos ejércitos y en lo dudoso de la posibilidad de interpolar en estas operaciones la canalización del convoy de provisiones. Pero lo que más preocupaba todavía al mando del Grupo era la necesidad de inducir a Hitler a que retirase la orden dada al Sexto Ejército de conservar Stalingrado a toda costa, en vista del embarazo en que ponía al comandante en jefe de las fuerzas cercadas, aún después de que el mando del Grupo hubiese tomado sobre sí la responsabilidad de su inobservancia mediante la consigna Donnerschlag.

La ocasión de salvar al Sexto Ejército no es aprovechada

Si alguna oportunidad hubo de salvar al Sexto Ejército, luego que a fines de noviembre le rehusara Hitler al general Paulus la autorización para romper inmediatamente el cerco todavía no bien afirmado del enemigo en torno a Stalingrado, esa oportunidad fue la que se presentó el 19de diciembre. El mando del Grupo de Ejércitos había dado la orden de aprovechar aquella ocasión, sin reparar en las grandes dificultades de la operación de ruptura ni en la situación de sumo riesgo a que entretanto habíamos llegado en todo el frente del Grupo. El peligro a que en aquella ocasión hubo de hacer frente mi mando en el último aspecto será objeto de nuestra atención más adelante. De lo que ahora se trataba ante todo era- desde el 19 al 25 de diciembre- de si el Sexto Ejército podría cumplir y cumpliría la orden que le habíamos dado.

Hitler se había mostrado, desde luego, conforme con una ofensiva del Sexto Ejército en dirección sudoeste, destinada a tomar

contacto con el Cuarto Ejército Panzer. Pero aquí terminaban sus complacencias, ya que si autorizaba el intento, era cosa la condición de que los cercados mantuviesen al mismo tiempo su frente este-norte-oeste en torno a Stalingrado. Porque él seguía ilusionado con la idea de que se conseguiría abrir un <corredor>, a través del cual pudiera abastecerse por tiempo indefinido a las fuerzas de ocupación.

Dos cosas, sin embargo, teníamos en esto bien patentes:

Ante todo, que la situación general del Grupo de Ejércitos no iba a consentir por mucho tiempo (sobre todo habida cuenta de la muy delicada por que atravesaba el Grupo de Ejércitos B) mantener dos ejércitos- el Cuarto Ejército Panzer y el Sexto Ejército dentro del cerco- al este del Don. Al fin y al cabo, no se trataba solamente de la suerte del ejército cercado, sino también de los Grupos de Ejércitos A y del Don, cuya retaguardia se veía muy seriamente amenazada en sus comunicaciones por una resuelta acción del enemigo, que podía dejarlos aislados de un momento a otro.

Nos encontrábamos luego con la imposibilidad de que el Sexto Ejército aplicase a romper el cerco hacia el sudoeste toda la potencia combativa que aún le restaba y mantuviese al mismo tiempo los frentes que defendía en torno a Stalingrado. Si acaso, podría hacer esto durante uno o dos días a lo sumo, hasta que el enemigo hubiese caído en la cuenta de sus intenciones, pero pensar en que el ejército lograse mantenerse en Stalingrado y defender de paso.

Por eso, si la operación de Hitler a la realización de los planes operativos contenidos en la orden del mando del Grupo de Ejércitos de 19 de diciembre partía de supuestos erróneos, ya no era tan fácil demostrar la inanidad de los reparos que el mando de las fuerzas envueltas oponía, puesto que se basaban en la magnitud del riesgo que la ejecución de la orden implicaba.

Así, por ejemplo, cuando el mando de los cercados declaraba que no podía resolverse a la ruptura en tanto Hitler siguiese empeñado en conservar Stalingrado, tenía razón sobrada. Y en reconocimiento de ella era por lo que nuestro mando había ordenado expresamente la evacuación de la zona fortificada para el caso de la consigna <Donnerschlag>. Claro está que, aun así, quedaba por resolver la cuestión de a quién habría de obedecer el general Palus si a Hitler o al jefe del Grupo de Ejércitos.

El Ejército, además, creía necesitar seis días para disponer los preparativos de la ruptura. Período que nosotros conside-

ramos calculado con bastante holgura por los cercados y del todo inaceptable en el punto a que la situación había llegado, por muy en cuenta que tuviésemos la reducida movilidad actual de las unidades del Sexto Ejército. El mando del Grupo de Ejércitos no se creía capaz de poder esperar seis días aún, sobre todo por la situación de su ala izquierda y porque tampoco cabía suponer que el enemigo que cercaba la ciudad fuese a seguir tanto tiempo contemplando impasible los preparativos de ruptura. Acaso el Sexto Ejército pudiese sustraer por uno o dos días a la perspicacia del enemigo tanto los preparativos como la consiguiente debilitación de sus otros frentes. Mas si eran seis los días que invertía en disponerse, a buen seguro que el

enemigo atacaría en los otros frentes antes de que la operación de ruptura se hallase en plena marcha. Y esto era lo que había que evitar a todo trance.

Desconfiaba también el Sexto Ejército de poder retirar de otros frentes las fuerzas que necesitaba para la ruptura, por la sencilla razón de que también en ellos insistía el enemigo por aquellos días con ataques parciales. Lo que en el fondo no hacía sino concurrir á demostrar la necesidad de actuar con rapidez. Porque si se lanzaba con presteza a la ruptura, ya podría desistir de rechazar los intentos de penetración del enemigo en los demás frentes y tratar solamente de ir cediéndole palmo a palmo el terreno.

Con razón hacían los cercados hincapié en las conferencias telegráficas que aquellos días tuvieron lugar entre Paulus y yo o entre nuestros jefes e Estado Mayor en que la fase <Dnnerschlag> tenía que suceder inmediatamente a la <Wintergerwitter>, dada la imposibilidad de una detención en Donskaja Zaritza. Era éste un punto en el que estábamos plenamente de acuerdo, y así lo había previsto la orden de mi grupo de Ejércitos.

Es de suponer que también pesara bastante en el ánimo del comandante del Sexto Ejército la aprensión de que el estado de fatiga de las tropas y la mermada movilidad de las unidades, consiguiente al consumo obligado de loa caballos de trción, prometiesen muy dudoso desenlace a una operación de suyo difícil y arriesgada, cuanto más efectuada en semejantes condiciones y en los días más inclementes del invierno.

Finalmente, fue la escasez de carburantes lo que acabó de persuadir a Paulus de que no debía aventurarse a la acción de ruptura y privó al mando del Grupo de Ejércitos de toda posibilidad de exigir el cumplimiento de sus órdenes. Había comunicado, en efecto, Paulus que solamente disponía de gasolina para que sus tanques

-unos cien ten aún utilizables-recorriesen 30 kilómetros como máximo. De suerte que no se hallaba en condiciones de iniciar la ruptura, a menos que se le proporcionarse antes una provisión suficiente de carburante y de víveres, o que el Cuarto Ejército Panzer se hubiese acercado hasta la distancia de 30 kilómetros de la bolsa. El argumento no tenía vuelta de hoja, porque si la fuerza de choque más potente de los cercados la constituían sus tanques y éstos

no contaban con carburante sino para un recorrido de 30 kilómetros, mal podrían salvar los 50 que les separaban del 4º blindado. Por otra parte, tampoco cabía pensar en la posibilidad del llevarles a los sitiados la cantidad de carburante reclamada, que ascendía nada menos que a 4.000 toneladas. Para ello se hubiera necesitado tanto tiempo que, aun prescindiendo de la dificultad representada por la cantidad en sí, el inconveniente de la espera anularía las ventajas de la movilización de los tanques. No quedaba, pues, otro recurso que arreglárselas como buenamente se pudiese con las disponibilidades existentes, incluidas la cantidades que durante los días de preparación de los cercados pudiese llevar a la bolsa la aviación y la que durante la misma acción de ruptura era de esperar que siguiese aportándoles.

Como a mayor abundamiento la experiencia demuestra que siempre suelen disponer las unidades de provisiones de carburante superiores a las que en sus partes a la superioridad comunican, teníamos en este presunto margen una leve ventaja. Pero, aun prescindiendo de ella, siempre resultaría que, en cuanto el Sexto Ejército Panzer quedaría aliviado de la presión de las fuerzas antes distraídas del cinturón del cerco. Y si el 19 de diciembre no podíamos esperar en la seguridad de que llevase su avance más allá del Mischkova, malo sería que ahora no consiguiese adelantar hacia el norte los 20 kilómetros que le restaban para alcanzar el límite de recorrido de los tanques del Sexto Ejército.

De sobra comprendo que había un riesgo manifiesto en computar como valor sólido lo que no pasaba de una esperanza, pero es que tampoco quedaba otra esperanza ya de salvar a los cercados.

Sin embargo, lo que más decisivamente influyó para que el ejército cercado se quedase en stalingrado fue la circunstancia de que Hitler cotase con un oficial de enlace en la misma bolsa. Porque por el enlace en cuestión se enteró de que el general Paulus había manifestado que no sólo carecía del carburante indispensable para emprender la operación de ruptura, sino que ni aun le

bastada para efectuar las maniobras de agrupación en las posiciones de partida.

Así se explica que, la tratar de convencer a Hitler, en una larga conferencia telefónica que sostuve con él, de que debía autorizar la operación de evasión aun con el abandono de Stalingrado, me contestase al punto: <Pero ¿qué es lo que usted me está pdiendo, si paulus no cuenta con esencia más que para 20 kilómetros o 30 a lo sumo y él mismo comunica que en estas condiciones no puede emprenderse la ruptura?

Quedaba así el mando de nuestro Grupo de Ejércitos reducido a la impotencia, consiguiente no solamente a la orden del mando supremo de condicionar el ataque del Sexto Ejército hacia el sudoeste a la conservación de Stalingrado, sino también a la resistencia del mando de los cercados a efectuar la salida con carburante escaso. Y lo peor de todo era que Hitler siempre podría invocar la opinión del mismo comandante a quien incumbía la ejecución de la orden. Si no hubiera tenido a mano entonces este pretexto, acaso hubiese conseguido yo que, ante la gravedad de la situación, se aviniese a consentir en el abandono de Stalingrado para facilitar la aviniese a consentir en el abandono de Stalingrado para facilitar la salvación de aquellas fuerzas. Y era de esperar que también Paulus habría de ver con otros ojos el problema en cuanto se sintiese libre del peso moral de un veto de Hitler.

Si me he detenido tanto en exponer las razones que influyeron o pudieron influir en el ánimo del comandante del Sexto Ejército para disuadirle de aprovechar la última oportunidad de evadirse con los suyos, es porque creo que se le debe la justicia de estas aclaraciones, independientemente de la personalidad y posterior comportamiento de dicho jefe. Como ya antes he observado, no eran de poca monta sus objeciones ni tan fáciles de rebatir. Lo que no quita para que fuera aquella la última ocasión que se nos ofreció de salvar a los cercados. Renucniar a ela era tanto como condenarles, pero también el aceptarla equivalía a jugárselo todo a una carta. Porm i parte, esto es lo que hubiera hecho.

Criticar la actitud adoptada, entonces por el futuro mariscal Paulus no resulta difícil ahora. Lo cierto es, sin embargo, que con el tópico de la <ciega sumisión a Hitler> no puede darse por despachada la cuestión. Seguramente se debió ver en un grave problema de conciencia al considerar la conveniencia de ponerse a una operación gravada con la dolorosa hipoteca del abandono de Stalingrado contra la voluntad manifiesta de Hitler de retenerla. Aun cuando hemos de reconocer que esta evacuación siempre hubiera

sido justificable ante el mismo Hitler, como impuestas por la potencia incontrastable del enemigo, sobre todo habiéndola ordenado el Grupo de Ejército, que así tomaba sobre sí la principal responsabilidad del acto.

Mas al lado de este comprensible escrúpulo de conciencia bien me parece que cabe suponer en la del comandante de aquellas fuerzas la viva representación de la catástrofe a que se exponía para cumplir la orden del Grupo de Ejércitos. Porque tantas probabilidades como brindase de salvación una salida, tantas llevaba en sí de acabar en desastre. Si la primera arremetida a través de la masa enemiga se atollaba y el ejército se veía paralizado a medio camino mientras que el Cuarto Ejército Panzer tampoco podía avanzar a su encuentro, o si el enemigo conseguía arrollar la protección de retaguardia o de los flancos de la cuña de perforación alemana, entonces que ya no habría salvación posible para el Sexto Ejército. Y es que la empresa a que iba a ponerse era de las más duras y arriesgadas que quepa imaginar: tendría que salir formado en cuadro, por así decirlo, y abrirse paso luchando en sus cuatro frentes hasta haber traspuesto la distancia que le separaba de nuestros tanques, siempre bajo la amenaza de postración en s avance hacia el sudoeste o de sucumbir arrollado por la retaguardia o por alguno de los flancos. Que ni siquiera contaba el mando para tanto azar con tropas frescas, sino con hombres agotados por una larga lucha, depauperados por las privaciones y el hambre y carentes de la indispensable movilidad. Y con todo, yo creo que la esperanza de recobrar la libertad y escapar a la muerte o al cautiverio hubiesen hecho el milagro de prestarles aliento para tornar posible lo imposible.

Si entonces el general Paulus no tendió la mano a esta última posibilidad; si vaciló y al fin terminó por rehusar la gran aventura, seguramente lo debió hacer por viva conciencia que tenía de la responsabilidad. De una responsabilidad que el mando del Grupo de Ejércitos trató de atenuar en la medida de sus posibilidades pero de la que, en última instancia, no podía eximirle enteramente ni ante Hitler ni ante la propia conciencia.

Luego, en la semana siguiente al 19 de diciembre, fecha en que el Grupo de Ejércitos le había dado al Sexto Ejército orden de ponerse cuanto antes a la ruptura del cerco, fue cuando la suerte de los sitiados se decisión.

Seis días todavía mantuvo el ando del Grupo de ejércitos, en colaboración con el Cuarto Ejército Panzer, abierto el camino de

la posibilidad de salvación a los sitiados, extremando para ello el riesgo de las propias fuerzas.

Seis días, durante los cuales el Grupo de Ejércitos estuvo siempre bajo la amenaza de que el enemigo aprovechase resueltamente la brecha abierta en el sector del Ejército italiano y se lanzase por los pasos del Donetz, que francos tenía, hasta Rostov, a cortar la arteria vital de toda el ala sur alemana; o bien girase y se volviese contra la cobertura de retaguardia del ala izquierda del Grupo del Don, constituida por el Destacamento de Ejército de Hollidt.

Había que hacerlo así, aun a riesgo de ver que de un momento a otro iban a quedar tal vez rotos los débiles eslabones de la protección de nuestro frente en el Chir inferior (Tercer Ejército rumano) y en el sector del Destacamento de Ejército de Hollidt.

Así mantuvo el mando de nuestro Grupo al Cuarto Ejército Panzer en su delicada posición al este del Don mientras hubo alguna esperanza de que el Sexto Ejército fuese a decidirse por la última oportunidad. Pero cuando la situación en el ala izquierda del Grupo de Ejércitos reclamó con urgencia inaplazable el concurso de fuerzas situadas en el lado oriental del Don y cuando, el 25 de diciembre, vimos que el LVII Cuerpo Panzer no podría sostenerse por más tiempo junto al Mischkov, tuvimos que dar por terminado de momento nuestro empeño

Describamos ahora brevemente las dramáticas peripecias de aquella semana. La situación comenzó a tornarse crítica en el ala izquierda del Grupo de Ejércitos, o, más exactamente, en el flanco izquierdo del Destacamento de Ejército de Hollidt.

La verdad de lo que había ocurrido con los italianos no se conocía bien. Por lo visto, sólo una división ligera y alguna división de infantería habían ofrecido alguna resistencia. Lo cierto es que el 20 de diciembre, muy de mañana, se presentaba el comandante en jefe alemán, que tenía el mando del ala derecha italiana, y daba parte de que las dos divisiones italianas a sus órdenes estaban replegándose rápidamente, al parecer por haber corrido la noticia de que muy hacia atrás en su flanco andaban ya merodeando dos cuerpos de tanques enemigos. Con lo que el flanco del Destacamento de Ejército Hollidt quedaba totalmente desamparado.

Tan pronto como el general Hollidt hubo comunicado al mando del Grupo de Ejércitos tal estado de cosas, dispuso éste que inmediatamente se le ordenase al citado general (en rigor depen-

diente del Grupo de Ejércitos B) la detención de la retirada italiana por todos los medios a su alcance. Y el Destacamentos Hollidt se le dio orden de mantener sus posiciones en el Chir superior, asegurando al mismo tiempo su flanco izquierdo mediante un despliegue escalonado.

Sin embargo, en el curso del día también el Destacamento Hollidt se vio desfondado en dos puntos de su tenue frente. La 7ª División rumana llegó incluso a replegarse por su cuentas y el I Cuerpo de Ejército rumano, que allí tenía el mando, abandonó su puesto a la carrera.

Por la noche del 20 de diciembre la situación en el extremo del flanco del Destacamento de Ejército Hollidt era francamente confusa, pues nadie sabía si los italianos, que constituían su prolongación, presentaban todavía resistencia ni dónde la ofrecían. Lo único seguro era que a la retaguardia del Destacamento Hollidt se acercaban cuás de tanques enemigos por todas partes, incluso ya en el importante paso de kamensk-Schachtinskij sobre el Donetz.

La situación iba tornándose por momentos más crítica en el sector del Destacamento Hollidt durante los dos días siguientes. Con el propio frente roto, ofrecía además a los tanques enemigos que en el sector de los italianos desbordados maniobraban a placer, la retaguardia y los flancos enteramente indefensos. Y esta situación de inseguridad no podía tardar en repercutir también en el frente del Tercer Ejército rumano, en el Chir inferior. No le quedaba al Destacamento Hollidt otro recurso que el de tratar de establecer como pudiera un nuevo frente a la altura, poco más o menos, del Tercer Ejército rumano y cubrir así su flanco juntamente con las bases aéreas de Morosovski y Tazinskaia, indispensables para el aprovisionamiento del Sexto Ejército. Pero esto no era todo, pues que también tendría que procurar por todos los medios a su alcance mantener expeditos os pasos de Forchstadt y Lamensk-Schachtinskj sobre el Donetz.

Ahora bien; era indudable que con estos pobres expedientes apenas podríamos conseguir otra cosa que mantener la situación en el ala izquierda del Grupo de Ejércitos por dos o tres días cuando más. Por eso, el mismo 20 de diciembre el mando de nuestro Grupo de dirigía en telegrama al Alto Mando del Ejército para hacerle saber que, si el enemigo que había arrollado a los italianos procedía con resolución, tomaría la dirección de Rostov, buscando así una acción de efectos decisivos contra los dos grupos de Ejércitos: el A y el del Don. Por cierto que caracteriza perfecta-

mente el estado de cosas reinante en la esfera del mando supremo alemán el hecho de que ni el mismo jefe del Alto Estado Mayor del Ejército pudiese llegar aquel día hasta Hitler con el telegrama en cuestión, por hallarse el Führer conferenciando con una delegación italiana sin más testigos que el Alto Mando de la Wehrmacht. Por toda respuesta, recibía el mando del Grupo de Ejércitos el 22 de3 diciembre unas instrucciones del Alto Mando del Ejército para que el Destacamento Hollidt mantuviese una línea que… ya los acontecimientos habían dejado muy atrás. Realmente, la situación había llegado a tal punto, que aquel día parecía harto dudoso que los alemanes que en vanguardia luchaban y las pocas unidades rumanas del Destacamento Hollidt consiguieron todavía replegarse y establecer un nuevo frente.

Visto estaba que el mando el Grupo de Ejércitos nos podía esperar del mando supremo medida alguna conducente a remediar la situación creada en el Grupo de Ejércitos B como consecuencia de la extensa brecha que en su frente había abierto la desbandada italiana. Por oponerse a todo, hasta se había opuesto el Alto Mando a que el Grupo de Ejércitos A nos cediese una división de infantería para asegurar un poco de momento la defensa de Rostov. Teníamos, pues, que arreglárnoslas con nuestros propios medios, y esto sólo podía hacerlo el Grupo a costa de su ala derecha, o, lo que es igual, de las fuerzas que al este del Don combatían. Recurso doloroso, pero tanto más perentorio cuanto que el 24 de diciembre la crisis alcanzaba en el Destacamento de Ejército Hollidt su punto culminante. Tres cuerpos blindados y mecanizados, habían penetrado por los boquetes abiertos en los sectores de las divisiones italianas y de la 7ª rumana. Dos de ellos (el XXV Cuerpo de Tanques y el L. Mecanizado) se acercaban a las bases aéreas de Morosovski y Tazinkaia, de vital importancia para el abastecimiento del Sexto Ejército, al paso que el otro (el VIII de Tanques) amenazaba la retaguardia del Destacamento Hollidt situada en el Chir medio y superior.

Por su parte, el Cuarto Ejército Panzer arreciaba en su esfuerzo por avanzar hacia Stalingrado, en la esperanza también de que

el Sexto Ejército se lanzaría a la operación combinada y la facilitaría su intento.

Después de haber alcanzado el Mischkova el 19 de diciembre en los días siguientes se habían trabado empeñados combates contra fuerzas siempre nuevas que el enemigo retiraba del cerco de Stalingrado para lanzarlas contra el ejército de liberación y frenar sus progresos. No por eso consiguió impedir en el LVII Cuerpo Panzer alcanzase el lado norte del Mischkova, se apoderase de algunos puentes sobre el río y estableciese, después de combates con alternativas varias, una cabeza de puente en auqel lado, rechazando ataques en masa del enemigo e infligiéndole sangrientos descalabros. ¡Ya las vanguardias del LVII Cuerpo Panzer podían divisar en el horizonte lejano el resplandor del fuego de la lucha en el frente de Stalingrado! Parecía que el Sexto Ejército concurriese a procurarle algún alivio al Cuarto Ejército Panzer, atacando por su parte al enemigo común e incapacitándole para poder seguir retirando fuerzas del cerco y echándolas a su paso. Pero este esperado sin que no tuvo lugar por las razones que dejamos expuestas.

En la tarde del 23 de diciembre, el mando del Grupo de Ejércitos tuvo que resolverse por fin a salir al paso de la situación más que crítica ya de su ala izquierda, enviando allí fuerzas también necesarias en otros sectores. Para ello dispuso que el Tercer Ejército rumano cediese el mando del XLVIII Cuerpo Panzer , con la 11ª División Panzer, para restablecer el estado de cosas en el ala occidental, y que una división de tanques del Cuarto Ejército Panzer pasase a ocupar el lugar de aquellas fuerzas en el frente del Chir inferior, en donde también se hacía insostenible la situación.

Ya el día siguiente nos había de probar la oportuno y urgente de estas medidas, puesto que en él perdimos el campo de aviación de Tazinskaia y con él la posibilidad de abastecer por el momento al Sexto Ejército, hasta que el 28 del mes volvimos a ocuparlo.

Esta dolorosa pero inevitables medida de mermar en una división al Cuarto Panzer, destinado a la liberación de los cercados, no la tomó el mando del Grupo de Ejércitos hasta haberse convencido de que ya no podía contar con una salida a tiempo del Sexto Ejército. Aun así, hubiera tenido la posibilidad de diferir todavía un paso tan grave, si por entonces hubiese contado con la 16ª División Motorizada, como muy bien pudo. Porque lo cierto en que el Alto Mando del Ejército había acabado por ceder a la presión constante del de nuestro Grupo, disponiendo l 20 de diciem-

bre que dicha división fuese relevada en Elista por la Wiking del Grupo de Ejércitos A. lo malo era que te relevo requería ¡diez días! ¡Y pensar que diez días antes era cuando nosotros la habíamos solicitando! Si entonces hubieran dispuesto el relevo, el 23 de diciembre la habríamos tenido a nuestra disposición y pudiéramos haberla destinado al frente del Chir inferior, ahorrándole al LVII Cuerpo Panzer la sangría de una división. De modo que en este caso, como en tantos otros, el fatídico <¡demasiado tarde!> caracterizó la resolución de Hitler. Y si bien le prometiera ahora al grupo de Ejércitos el refuerzo de la 7ª División Panzer, tampoco ésta habría de llegar a tiempo para intervenir con eficacia en la operación liberadora en curso. Ni siquiera de la oferta que nos había hecho, de aliviarnos con la primera sección disponible de los nuevos tanques Tiger, resultó mucho más que una desilusión. Porque de ellos esperaba Hitler las grandes maravillas que siempre vislumbraba en todo lo nuevo; pero la realidad nos hizo ver que, además de llegar tarde, sufrían los problemas propios de ser los primeros modelos salidos de fábrica, por lo que al principio distaban mucho de aportarnos la ayuda esperada. Un ejemplo más, en una palabra, de la hiperbólica confianza de Hitler en la eficacia de toda arma nueva.

Que así fue cómo por sus pasos contados llegó la hora de que en el escenario de guerra del este del Don pasase la iniciativa a manos del enemigo.

El 25 de diciembre era atacado en el sector del Misclikowa el LVII Cuerpo Panzer por un enemigo cada vez más reforzado, que le obligaba a replegarse hasta el sector de Akssay. Luego, en los días siguientes, fue perfilándose netamente la intención de los rusos de envolver al cuerpo por el este y el oeste.

Delante de los frentes norte y este del Cuarto Ejército Panzer comprobábamos la presencia de dos ejércitos enemigos (el 51º y el 2º de Guardias), con tres cuerpos mecanizados, uno de tanques, tres de fusileros y uno de cuerpos mecanizados, uno de tanques, tres de fusileros y uno de caballería, procedentes en su mayoría del cerco de Stalingrado, aunque tampoco faltaban allí fuerzas nuevas que el adversario había pasado por el Volga.

La enorme superioridad que los soviéticos habían conseguido concentrar contra el Cuarto Ejército Panzer abligó a éste a nuevos repliegues en los días siguientes, hasta llegar a Kotelnokovo, de donde había partido el 12 del mes en su operación liberadora. Se había hecho inevitable este repliegue sobre todo porque las unidades del Cuarto Ejército rumano, que todavía dependía del Cuarto Ejército

Panzer, se habían mostrado incapaces de cubrir eficazmente los flancos del LVII blindados en sus duros combates del sector de Akssay. Se había extinguido, en efecto, todo espíritu combativo así en las tropas del VII Cuerpo de Ejército rumano, encargadas de proteger el este de los blindados por el lado del Volga, como en el VI Cuerpo rumano, que corría con la misión de asegurar el espacio entre el LVII Cuerpo Panzer y el Don. La verdad es que los mandos de aquellas fuerzas aliadas habían hecho muy poco por mantener su moral, y que apenas si podía remediar el relajamiento el comandante en jefe del Cuarto Ejército rumano, coronel general Dumitrescu, a pesar de su segura lealtad. Por eso no nos quedó más remedio que retirar del frente aquellas fuerzas y repatriarlas.

Se había frustrado, por tanto- siquiera por el momento-, nuestra tentativa del 12 de diciembre de liberar el Sexto Ejército.

¿Podríamos todavía, teniendo en cuenta el rumbo que las cosas habían tomado, concebir alguna esperanza de repetir el intento?

Seguramente hoy, después de conocido el giro ulterior de la situación en el sector del Grupo de Ejércitos B, se me dirá que no. Pero es que entonces nadie podía prever que a la catástrofe del ejército italiano en enero habría de suceder otra peor en la zona del ejército húngaro en el Don.

Por no preverlo es por lo que en aquellos días creyó el mando del grupo de ejércitos del Don que, a pesar de todas las dificultades, no debía desechar aún la última esperanza de llevar a los sitiados el socorro que necesitaban. Persuadido de su deber de insistir en el intento mientras quedase alguna, el 26 de diciembre dispuso lo siguiente:

A fin de poder mantener siquiera por algún tiempo la situación en el ala izquierda del Grupo de Ejércitos, amenazada de una ruptura enemiga hacia Rostov, pasará a reforzarla cuanto antes un Grupo de Ejércitos, cuya concentración ya había iniciado el Alto Mando del Ejército en el sector de Millerovo, o sea, detrás del ala derecha del grupo de ejércitos B. también el grupo de ejércitos A cedería inmediatamente una división de infantería de su decimoséptimo Ejército, que sería llevada a la mayor brevedad para protección inmediata de Rostov. Y la 7ª División

Panzer, que habían prometido a nuestro Grupo de Ejércitos y que ya no podría llegar a tiempo para intervenir al este del Don, pasaría asimismo a luchar en nuestra ala izquierda.

Respecto l centro del frente del Grupo de ejércitos, nos resignábamos a pasar por un repliegue hasta la línea Don-Donetz si las

cosas llegasen ponerse muy mal. Por lo demás, la situación en el Chir inferior se había tornado algo menos tensa por aquellos días, a consecuencia seguramente de la concentración de fuerzas enemigas hacia occidente para ocupar las bases aéreas de Tazinskaia y Moosovski.

Decisiva importancia en la cuestión de si todavía nos restaría alguna posibilidad de repetir la tentativa de liberación, la tenía el determinar si lograríamos reunir al este del Don fuerzas bastantes para que el Cuarto Ejército Panzer a derrotar al enemigo que venía presionándole. Para ello, insistió el mando del Grupo de Ejércitos del Don- como ya venía haciendo constantemente desde el 18 de diciembre- en la asignación inmediata por el OKH del III Cuerpo Panzer y 1ª División de Infantería del Primer Ejército Panzer, para poder reforzar al Cuarto Ejército Panzer. A juicio nuestro, estas fuerzas, juntamente con la 16ª División Motorizada, que habría de sernos aportada sin la menor dilación, hubieran bastado para que el Cuarto Ejército Panzer reemprendiese su avance en dirección a Stalingrado, en el supuesto- que dábamos por seguro- de que se le hubiesen agregado en el término de seis días. Suponíamos, en efecto, que aquellos seis días tendrían que ser suficientes también para cubrir las más apremiantes necesidades de abastecimiento de gasolina (1.000 toneladas) y vituallas (500 toneladas) del Sexto Ejército, puesto que el mando supremo venía prometiendo para muy pronto la entrada en servicio de nuevas escuadras de aviación para el transporte y que en breve íbamos a rescatar las bases aéreas de Tazinskaia y Morosovski. Ni que decir tiene que al mismo tiempo seguíamos abogando para que al Sexto Ejército se le dejase en libertad de acción, por más problemático que pudiera presentarse su propósito de utilizarla entonces en una operación de ruptura. Al fin y al cabo, el mando de nuestro Grupo veía que no habría más remedio que lanzarse a la arriesgada empresa si no querían los cercados perecer de hambre.

Entraba en nuestros cálculos, como fecha la más indicada para ello, habida cuenta de la situación general y del estado de las fuerzas del Sexto Ejército, la de fin de año, día arriba o abajo. Hasta ese momento también el Cuarto Ejército Panzer habría llegado a verse en situación de acometer nuevamente la ofensiva en dirección a la bolsa, siempre que los refuerzos que para el habíamos solicitado llegasen en las fechas previstas. Claro está que apenas cabía ya la menor esperanza de que el Sexto Ejército llegase a tomar contacto con el Cuarto Ejército Panzer en condiciones de unidad operante. Sin embargo, una

buena parte de sus efectivos siempre hubiera podido abrirse paso hasta los liberadores.

Todo estaba en que el 1º de tanques pudiese prescindir por aquellos días de las fuerzas. Y, por desgracia, tanto Hitler como el mando del Grupo de Ejércitos A, rehusaron la cesión.

No voy a pronunciarme ahora sobre si estuvo o no justificado negativa aquella. Solamente diré que el mando del Grupo de Ejércitos del Don le había presentado el 27 de diciembre al Alto Mando del Ejército (para que lo elevase a Hitler) un estado comparativo de fuerzas, del que se desprendía la posibilidad de prescindir de las tres divisiones solicitadas, toda vez que el enemigo que delante tenía el Grupo A era a todas luces inferior al que se enfrentaba con el Grupo de Don. Pero aún se acentuaba nuestra desventaja por el hecho de que las unidades de este último Grupo llevaban ya mes y medio de constante y empeñado combatir y se hallaban, por lo tanto, más agotadas. Mientras que el Grupo del Don había tenido que luchar en campo abierto, los ejércitos del Grupo A venían ocupando desde la detención de la ofensiva del Cáucaso unas posiciones que por fuerza se habrían ido consolidando y reforzando luego. Pero si todas estas consideraciones no bastasen aún para autorizar nuestra petición, todavía restaba la consideración de que, incapacitado el Primer Ejército Panzer por la cesión de sus tres divisiones para seguir manteniendo las posiciones, siempre podría entorpecer el avance enemigo mediante una lucha móvil de obstrucción y contribuir así a que la empeñaba para salvar al Sexto Ejército hubiese llegado, más o menos, a feliz término. Esta posibilidad es la que Hitler no quiso darnos entonces, a pesar de que reiteradamente la teníamos advertido de que ni siquiera llegando a liberar al Sexto Ejército se conseguiría afianzar por mucho tiempo el frente del Cáucaso. La <gran solución>, por nosotros propuesta, de salvar al ejército cercado y

pasar luego a una lucha móvil en los sectores de los Grupos A y del Don, no tuvo fortuna alguna en el ánimo de Hitler.

Su recusación de todo cuanto supusiese mermar de algún modo la potencia del Grupo de Ejércitos A, tal vez proviniera no solamente de la conocida aversión que siempre le inspiraron las concesiones, sino que podía tener, además, otras razones para ello. Por ejemplo, la muy probable de que creyese disponer de una posibilidad distinta de socorrer al Sexto Ejército, aunque más tarde del momento por nosotros calculado.

El caso es que el 31 de diciembre recibía el mando de nuestro Grupo unas instrucciones del Alto Mando del Ejército, por la que

se nos comunicaba que Hitler había resuelto traer de Occidente el Cuerpo Panzer de las SS, con las divisiones de Granaderos Panzer leibstandarte, Totenkorpf y Das Reich, que acababan de ser repuestas en sus efectivos y pertrechadas de nuevo, y que habrían de concentrarse en torno a Jarkov para emprender allí una ofensiva de liberación de Stalingrado. Que no podrían hacerlo antes de mediados de, febrero, dada la capacidad reducida de los ferrocarriles, era evidente, y que el sostener hasta entonces en vida al ejército cercado suponía algo así como un milagro, tampoco parecía difícil de comprender. Por otra parte, el acudir allí con el Cuerpo Panzer de las SS resultaba indispensable ya por lo crítica que la situación iba tornándose día a día en los sectores de los Grupos de Ejércitos B y del Don, incluso en el supuesto de que no hubiéramos de contar con que el Ejército húngaro había de depararnos la misma dolorosa sorpresa que acabábamos de experimentar con el italiano. Lo que no cabía admitir era que las fuerzas del nuevo cuerpo panzer fuesen a bastar para llevar una ofensiva hasta Stalingrado. Que si en diciembre hubiera sido suficiente reforzar dentro de los posibles límites propuestos el Cuarto Ejército Panzer para que éste se hallase en condiciones de ponerse a cubrir la relativamente modesta distancia de 130 kilómetros que separaban Kotelnikovo de Stalingrado, muy distinta resultaba ahora la tarea. Ahora, en febrero, eran 560 largos kilómetros los que había entre Jarkov y la bolsa, y pensar en atravesarlos con tan escasas fuerzas más tenía de

utopía que de sano razonamiento operativo. Si realmente creyó Hitler en la posibilidad de semejante raid, ahí tenemos una prueba más del acierto con que le hemos juzgado en uno de los capítulos precedentes.

Cuando a fines de diciembre desechaba todas nuestras acuciantes instancias para que reforzase rápidamente al Cuarto Ejército Panzer, no hacía sino rubricar definitivamente la desdichada suerte del ejército cercado. ¡En vano habíamos cedido hasta el último hombre de que podíamos disponer y gastado hasta la última granada por la liberación! ¡Inútilmente habíamos tratado de sostener, aun en los trances más apretados, la prosecución de la operación, aguantando en nuestro empeño hasta la temeridad y lanzado a la balanza la misma suerte de todo el Grupo de Ejércitos!

Desde comienzos de enero puede decirse que las actividades bélicas en el ámbito del Grupo de ejércitos cobraron más o menos el aspecto de dos operaciones distintas:

La lucha final del Sexto Ejército en la zona de Stalingrado y la lucha por sostener toda el ala izquierda alemana, que comprendía los sectores de los tres Grupos de Ejércitos: B, Don y A.

Mientras que la última hemos de tratarla aparte por razones de coordinación operativa, la primera habrá de constituir la conclusión de este capítulo. Al tratarla ahora, echaremos de ver hasta qué punto contribuyó la lucha final del Sexto Ejército a facilitar la conservación de toda el ala sur alemana.

La lucha final del Sexto Ejército

La lucha final del Sexto Ejército, que se inicia en el tránsito del año 1942 al 1943, no es otra cosa que el relato de la dolorosa agonía de miles de soldados alemanes. Hay en ella mucha

desesperación y justificada amargura de los decepcionados, pero ¡más descuella todavía la inquebrantable actitud viril ante un destino inmerecidamente aciago y ya fatal, y la heroica valentía, el compañerismo y la lealtad más acrisolados, la resignada entereza y la cristiana aceptación de los designios de Dios!

Si aquí no me detengo en la consideración de estos entrañables aspectos, no es porque el mando del Grupo de Ejércitos no se estremeciera bajo su peso. Es, por el contrario, que la emoción ante un heroísmo sin precedentes tornaría ridículamente pobres más recursos expresivos.

Una cuestión hay que me creo obligado a dilucidar, y especialmente llamado a ello como antiguo comandante en jefe del Grupo de Ejércitos del Don la de si se debió exigir de nuestros valerosos soldados la prueba suprema de aquel largo e inexorable suplicado, y hasta qué punto fue ineludible. Que es tanto como preguntar cuál fue el objeto de esta última lucha del Sexto Ejército. Cuestión que habría de enfocarse no a luz del último resultado de la guerra, sino en relación con la situación operativa de entonces y con sus rigurosas necesidades.

El 26 de diciembre el comandante del ejército cercado me comunicaba el parte que a continuación reproduzco, y que inmediatamente transmití al Alto Mando del Ejército, siguiendo la norma de siempre, de tenerle al corriente, sin atenuaciones ni eufemismos, de la verdadera situación del Sexto Ejército. Porque si bien en adelante aún seguimos recibiendo algunas noticias de la marcha de los acontecimientos en la bolsa por comunicación radiada

o por partes oficiales de los asediados, lo cierto es que la comunicación por onda ultracorta, que por breve tiempo nos permitiera sostener conferencias radiofónicas, no pudimos mantenerla.

Decía así el parte del coronel general Paulus:

Las bajas en combate, el frío y el insuficiente abastecimiento han reducido mucho últimamente la potencia combativa de las divisiones. Debo notificar, en consecuencia:

Primero: El ejército todavía podrá rechazar pequeños ataques enemigos como hasta ahora y reparar crisis locales por algún tiempo. Condición indispensable para ello sigue siendo mejor abastecimiento y una indiferible aportación de refuerzos por vía aérea.

Segundo: Si los rusos retiran de delante de Hoth fuerzas considerables y se lanzan con éstas o con otras tropas al ataque en masa de la fortaleza, no podrá resistir ésta mucho tiempo.

Tercero: La evasión por ruptura ya no es posible, a no ser que antes logren abrir un pasillo y reforzarnos por él con hombres y provisiones. Ruego, por tanto, se le haga presente a la Superioridad la necesidad de tomar medidas enérgicas para una rápida liberación del ejército, a no ser que la situación general le obligue a sacrificarlo. Excusado decir que el ejército ha de hacer todo cuanto pueda por resistir hasta el último momento.

El Ejército comunicaba, además:

Hoy solamente nos han llegado 70 toneladas. El pan se terminará mañana, la manteca esta noche y algunos cuerpos no tendrán cena desde mañana. Indispensable medidas enérgicas desde este momento.

Se desprende del contenido de este parte que el punto de vista ocho días antes sostenido por el jefe del Estado mayor del ejército cercado, de que con suficiente abastecimientos podrían resistir todavía en la bolsa hasta Pascua, constituía una equivocación.

Asimismo demuestra este texto que, al dar entonces el mando de nuestro Grupo de orden de proceder a la ruptura, no solamente aprovechaba la primera ocasión- la primera, en relación con la aproximación del Cuarto Ejército panzer,- de salvarles, sino que también era la última, si atendemos al estado en que se hallaba el Sexto Ejército.

Por lo demás, a fines de diciembre y principios de enero reinaba en los frentes del ejército cercado una relativa calma, interrumpida sólo por ataques parciales del enemigo. Acaso se debiera a que éste se ocupase entonces de municionar su artillería para un

ataque a fondo, o a que por de pronto tuviese comprometidas todas sus disponibilidades en la tarea de aniquilar al Cuarto Ejército Panzer y tratar de conseguir en la gran curva del Don un éxito decisivo. Lo cierto es que los frentes acusaban escasa actividad.

El 8 de enero recibíamos en el Grupo de Ejércitos la visita del comandante general del XIV Cuerpo Panzer, general Hube, procedente del Cuartel General del Führer. Por lo visto le había llamado Hitler de Stalingrado a Lötzen para informase por él de la situación del Sexto Ejército, y a mí me dijo Hube que su informe del estado de cosas en la bolsa no dejaba nada que desear en punto a franqueza. Bien es verdad que Hitler ya sabia de sobra todo aquello por los partes diarios del Grupo de Ejércitos, y sólo necesitaba la confirmación de Hube para contrastar nuestra veracidad, seguramente puesta en cuarentena. Lo más chocante en esto era ver la impresionado que volvía el general Hube de su paso por Lötzen y hasta qué punto le había convencido la seguridad, la tranquila confianza que en Hitler viera, ya fuese ésta sincera o simulada. Le había asegurado- me refirió- que se haría todo lo necesario para garantizar el abastecimiento por tiempo indefinido de los cercados, a los que más tarde rescataría de la bolsa. En la confianza de que así habría de ser, tornó Hube a la ciudad cercada, de donde luego fue sacado otra vez en avión por orden de Hitler, para encargarse de dirigir desde fuera el abastecimiento del Sexto Ejército. En realidad, nada pudo corregir de la ineficacia del aprovisionamiento por vía aérea, por la sencilla razón de que no venía ésta de una organización defectuosa, sino más bien del estado del tiempo y de la escasez de elementos de la Luftwaffe. Personalmente me afectó la noticia que Hube me dio de que en el Sexto Ejército había corrido el rumor de que yo les había dicho por radio. <¡Resistid, que de sacaros me encargo o. manstein! Y la verdad es que, por más que pusiera todo mi empeño en el rescate de los cercados, mal se concilia con mi modo de ser eso de prometer a las tropas algo de cuyo cumplimiento no estuviese seguro o que no dependiese solamente de mí.

Como hombre intrépido que era, había tratado el general Hube de hacerle ver a Hitler, con ocasión del informe que le presentaba, la desfavorable repercusión que en su prestigio de Jefe de Estado tendrían acontecimientos tales como el embolsamiento del Sexto Ejército. Con lo que tácticamente le indicaba la conveniencia de cederle a un profesional el mando militar, por lo menos en el frente oriental. Ahora bien; como Hube en su vuelo de ida a Löt-

zen había venido a visitarme, es casi seguro que Hitler se maliciara algún manejo mío en la gestión de este general, cuando en verdad nada influí para que diese semejante paso.

Me induce a sospecharlo así el hecho de que hallara a Hitler tan cerrado a la propuesta que le hice después de la caída de Stalingrado para una modificación del alto mando militar. A no estar ya prevenido, tengo por seguro que, bajo el peso de la reciente catástrofe de Stalingrado a su dirección imputable, hubiera acabado por ceder a mi propuesta.

El 9 de enero recibía el ejército una intimación del enemigo para que se rindiese, y la rechazaba seguidamente, obedeciendo ordenes de Hitler.

Supongo que nadie me podrá reprochar una actitud de incondicional aceptación de las medidas y resoluciones de Hitler en el terreno militar. Sin embargo, en este caso estoy plenamente con él en lo de haber rehusado la intimación, puesto que en aquellos momentos era todavía necesaria la continuación de la resistencia, por muy dura que a medida pueda parecer desde el punto de vista meramente humano.

Voy a prescindir ya del concepto estrictamente militar de que un ejército no puede capitular en tanto se encuentre en situación de defenderse de algún modo, porque ya se entiende que si también de esto hiciésemos tabla rasa, se había acabado para siempre el espíritu marcial. Y el sentido común nos dice que mientras no lleguen los tiempos dichosos en que los Estados puedan subsistir sin fuerzas armadas, o lo que es lo mismo, en tanto que haya en el mundo soldados, habrá que fomentar y mantener el sentido del honor militar. Ni siquiera cuando parezca excluida toda posibilidad de victoria será lícito eludir la lucha evitable por la rendición. Porque si cada comandante que estimare del todo improbable la victoria fuese a capitular, nunca se ganarían las guerras; y la experiencia nos ha demostrado muchas veces que en situaciones aparentemente desesperadas se consiguió sortear el peligro y salir airosamente. Lo cierto es, en todo caso, que en la situación del general Paulus era un deber militar rechazar la intimación, salvo si acaso la suposición de que su ejército no tuviese ya ninguna misión que cumplir y la prosecución de la lucha resultase en consecuencia estéril. Pero aquí llegamos al punto crítico de la cuestión, a lo que justifica la orden de Hitler de no entregarse y la abstención del Grupo de Ejércitos de solicitar el superior asentimiento. Porque el Sexto Ejército tenía que saber que, por muy cerrado que

a la larga viese su propio horizonte de victoria, al fin estaba luchando dentro de un conjunto en el que la prolongación de su resistencia jugaba un importante papel. Por lo que su deber estaba en retener fuerzas enemigas tanto tiempo como las propias se lo permitiesen.

A principios de diciembre se hallaban en el arillo del cerco en torno al Sexto Ejército unas sesenta grandes unidades enemigas comprobadas en total, entre divisiones de fusileros, brigadas de tanques, mecanizadas, etc. Una buena parte de este conjunto había sido momentáneamente distraída del asedio por él avance del cuidado de subsanar las mermas llevando allí unidades nuevas. El caso es que el 19 de enero nos encontrábamos con que, de un total de 259 grandes unidades acusadas en el sector del Grupo de Ejércitos del Don, ¡90 se veían retenidas por el Sexto Ejército cercado! Cualquiera puede suponer lo que hubiera significado el hecho de que por una capitulación de los cercados aquellas 90 unidades se hubiesen hallado disponibles el 9 de enero para lanzarse como un ciclón sobre la ya precaria situación del Grupo de Ejército y de toda el ala sur del frente oriental.

No; los cercados todavía podían luchar, aun cuando la situación fuese desesperada para ellos mismos, toda vez que su esfuerzo redundaba en alivio incalculable para el ala sur y que cada día que retuviesen tan importantes contingentes enemigos podía ser decisivo para la suerte del frente oriental. Y que no vengan ahora con lo de que la guerra, al fin y al cabo, se perdió lo mismo y con que se pudieron evitar muchas lágrimas y miserias si se hubiera precipitado su desenlace. Eso es tanto como acertar la lluvia cuando ya nos ha inundado los sótanos. Pero entonces aún no era tan seguro que Alemania fuese a perder la guerra necesariamente. Todavía cabía la posibilidad de que en lo militar quedásemos en tablas y hasta que se alcanzase un arreglo político, si se llegaba a restablecer un poco la situación en el ala sur del frente oriental como al fin se consiguió. Y para llegar a esto es indudable que se allí de cuantas fuerzas enemigas pudiese atraer sobre sí la heroica resistencia del Sexto Ejército. Era la dura necesidad de la guerra la que forzaba al mando supremo a demandar de sus valientes el último sacrificio. ¿Qué aquel mismo mando era el responsable de que el ejército hubiese llegado a verse e semejante situación? Desde luego; pero eso ya es harina de otro costal.

Luego que el 9 de enero hubo rechazado el Sexto Ejército la intimación de capitulación, el enemigo desencadenó su ataque en todos los frentes con un gran despliegue de tanques, lanzados a continuación de una fuerte preparación artillera. La principal presión rusa cargó la posición que como una proa del cerco avanzaba hacia el oeste más allá de Marinowka, y ya en aquel ataque consiguió el enemigo romper el frente por varios sitios.

El 11 de enero la situación se agravaba considerablemente, porque la escasez de municiones y carburantes incapacitaba a los cercados para concentrar sus fuerzas en los puntos críticos y restablecer la situación. Además la pérdida de posiciones, especialmente en el valle de Karpawka, llevaba aparejada en el frente occidental la de alojamientos que hasta entonces habían preservado un poco a las tropas de los crueles efectos del río. Y todo ello, en una situación en que el estado del tiempo hacía imposible todo abastecimientos por vía aérea.

Esta acumulación de dificultades se reflejaba en un parte de los cercados, de fecha 12 de enero, que el mando del Grupo de Ejércitos trasladó inmediatamente al Alto Mando Central, y que decía:

<Los duros combates del último día han tenido por consecuencia penetraciones profundas del enemigo, que la resistencia heroica no ha podido evitar y que a duras penas se ha logrado ir frenando. No existen ya reservas ni hay manera de formarlas. Las municiones llegan todavía para tres días, pero los carburantes se acaban. No nos es posible cambiar de emplazamiento las armas pesadas. Las elevadas bajas y el deficiente abastecimiento y alimentación, sumados el frío intenso, han rebajado mucho la capacidad de resistencia de las tropas. Es de prever que el frente de la plaza fuerte sólo pueda mantenerse por unos días si persisten los ataques enemigos en el punto de intensidad a que han llegado. Luego se descompondrá la resistencia en una lucha desorganizada.>

El 12 de enero tampoco permitió la situación atmosférica el aprovisionamiento del ejército por vía aérea, ni la intervención de nuestra aviación de combate para aliviar a los sitiados en su lucha defensiva.

Aquella noche regresó de la bolsa el general Pickert, que corría con la regulación de los vuelos de aprovisionamiento por delegación de la flota aérea. El cuadro que nos pintó de la situación de los cercados era sobrecogedor. Calculaba que el ejército podría luchar aún de dos a cuatro días; aunque este cálculo quedó luego

desautorizado por el valor y arrojo de nuestros soldados del Sexto Ejército. Tampoco suponía aquel general que un mejor abastecimiento por vía aérea fuese a modificar ya gran cosa la situación puesto que las fuerzas del ejércitos sitiado no bastaban para cerrar las brechas abiertas por el atacante.

De un parte que por el general Pickert nos enviaba el comandante del Sexto Ejército, ya entonces ascendido a coronel general resultaba que la situación táctica en la bolsa era la siguiente:

Por el frente noroeste el enemigo había atacado con unas 10 o 12 divisiones, envolviendo y arrollando en parte a la 3ª y la 29ª Divisiones de Infantería Motorizada. La posibilidad de erigir allí una nueva línea defensiva parecía desechada ya. Nada menos que 100 tanques habían abatido nuestras valientes divisiones; pero parece que el enemigo aún seguía disponiendo de unos cincuenta intactos.

En el frente sur de la bolsa había logrado el enemigo, pese a la brecha profunda después de dos días de un verdadero diluvio artillero, y tampoco allí disponíamos ya de fuerzas para acudir a remediar las rupturas. De más de 100 tanques que allí había lanzado el enemigo al ataque, los nuestros habían dejado fuera de combate 40.

El frente oriental aún iba resistiendo al principio, aunque la presión enemiga se hacía por momentos más dura.

En el frente nordeste había podido penetrar bastante el enemigo y la resistencia de la 16ª División Panzer allí empeñada parecía estar tocando a su fin.

Participaba también el coronel general Paulus que, cualquiera que fuese su situación, el ejército lucharía hasta el último cartucho y que una reducción de la bolsa, que Hitler había dejado al buen criterio de Hube (cuando en ocasión en que hubiera sido de vital importancia para poder reunir fuerzas con que intentar una salida, la había prohibido terminantemente), no conseguiría otra cosa que precipitar el derrumbamiento, ahora que ya no disponían de medios para trasladar las armas pesadas. Como tampoco creía que, abastecimientos aéreos, pudiese un mejoramiento tardío modificar la situación. Y concluía con la afirmación de que la duración de la resistencia dependería más bien del vigor de atacante.

Aquel día perdíamos también el campo de aviación de Pitomnik; de suerte que en la bolsa de Stalingrado sólo restaba ya el de Gumrak.

Sin embargo, por la noche volvía a comunicar Paulus que acaso habría aún buenas esperanzas de resistir con éxito si se lograse lle-

var inmediatamente en aviones varios batallones armados. Ya repetidas veces había solicitado la aportación de algunos miles de hombres para reponer bajas, y siempre había tenido el Grupo de Ejércitos que negarse a complacerle, porque no sólo no disponíamos de batallones formados para cubrir bajas, sino que ni siquiera contábamos con algún personal disperso que nos permitiese integrar un grupo de relevo, eso aparte de que, desde el momento en que el Cuarto Ejército Panzer se había visto estancado en su avance liberador, tampoco hubiéramos tomado sobre nosotros la responsabilidad de acrecentar los contingentes de la bolsa o mandar a ella un simple reemplazo de bajas. Bastante doloroso nos era ya tener que pasar por el hecho de que los jefes con mando y los oficiales de Estado Mayor que volvían de permiso y, se hacían indispensables en la bolsa, fuesen llevados a ella. claro está que tampoco ellos hubieran consentido en que los retuviésemos y eran los primeros en apremiar por tomar el avión para retornar a sus tropas. Con lo que demostraban- algunos con nombres tan ilustres en la genealogía militar como Bismarck y Below- que la tradición del deber y el compañerismo sabe afrontar las más duras pruebas.

El 13 de enero se presentaba el primer oficial ayudante del coronel general Paulus, capitán de Estado Mayor Behr, a hacernos entrega del Diario de guerra del Sexto Ejército. Era un joven de porte distinguido y continente marcial impecable, que nos informó del valor con que aquellas tropas habían luchado y seguían luchando y de la digna entereza con que aceptaban, así los oficiales como los soldados, la suerte adversa.

Traía también cartas del general Paulus para mí y de su jefe de Estado Mayor para el mío. Unas cartas de inconfundible estilo castrense, investidas de esa suprema dignidad de sentimientos del soldado alemán ante la muerte. Reconocían en ellas que el Grupo de Ejércitos había hecho lo humanamente posible por sacar a los cercados de Stalingrado, aunque dejaban traslucir la amargura de que no se hubiesen cumplido las promesas de abastecerles por vía aérea. Por fortuna, la responsabilidad de este incumplimiento no eran mía ni del coronel general Von Richthofen, sino solamente de Goering.

El 16 de enero volvió a generalizarse en todos los frentes del ejército cercado la lucha a fondo, y ya por veces no había posibilidad alguna de aterrizaje para los aviones, tan castigados- sobre todo los de transporte- ya antes por las defensas enemigas de tierra y aire, que por el día habían hecho prácticamente inaccesible

el campo. Puede afirmarse que sólo por la noche o mediante lanzamiento desde el aire se lograba hacerles llegar algunos víveres, buena parte de los cuales quedaba irremediablemente perdida.

En esta fecha encomendó Hitler al mariscal Milch la dirección de los servicios de aprovisionamiento del ejército desde el aire. El aviación de Gumrack volvía a quedar practicable, mientras que la Luftwaffe opinaba lo contrario. Sin embargo, el Grupo de Ejércitos insistió en que se intentase el aterrizaje.

El 19 de enero celebraba yo la primera conferencia con Milch, quien había resultado levemente herido días antes al chocar el coche en que venía a verme con una locomotora. Encarecí en aquella entrevista la urgencia de tomar medidas enérgicas para mejorar el abastecimiento de los cercados, a pesar de que su situación no que siempre les deberíamos a nuestros infortunados camaradas la más entrañable asistencia hasta el último instante, todavía aquel ejército seguía reteniendo a 90 grandes unidades de combate enemigas y cumpliendo, por tanto, una misión de primordial importancia operativa. Cada día que consiguiésemos mantener a nuestros compañeros del cerco en condiciones de luchar, podía repercutir decisivamente en la delicada situación de los restantes frentes del Grupo de Ejércitos y en su flanco descubierto por el lado del Grupo B. Milch nos prometió generosamente buscar hasta el último recurso disponible en el interior de Alemania y aportar todas las reservas de transportes aéreos y de personal y material de reparación. Esto último era tanto más importante, cuanto que entretanto habían caído también en poder del enemigo los campos de aviación de Morosovski y Tazinskaia (pérdida ya definitiva) y la aviación tenía que remontarse ahora con las provisiones de los aeródromos de Novocherkask y Rostov, e incluso de bases más lejanas. De las manifestaciones de Milch deduje que estaba persuadido de que la situación hubiera podido aliviarse mucho sí le hubiesen confiado a él unas semanas antes la misión que ahora tenía, por la razón sencilla de que en Alemania contaba él con recursos de que no disponía Richthofen. Razón de más para que hayamos de reprocharle a Goering la insolidaridad o frivolidad imperdonable de no haber puesto a contribución oportunamente todos aquellos recursos.

El 24 de enero recibía el Grupo de Ejércitos la siguiente comunicación del jefe del Alto Estado Mayor del Ejército, general Zeitzler:

Acabamos de recibir el radiograma siguiente:

<Sólo por unos pocos días podremos conservar la plaza fuerte. La falta de provisiones ha depauperado a los combatientes y hecho imposible la movilización de nuestras armas. La última base aérea se perderá dentro de poco, y así faltarnos ella el aprovisionamiento quedará reducido a un mínimum. Ya no hay razón que justifique la orden de seguir luchando por la conservación de Stalingrado, puesto que los rusos pueden entrar libremente por varios frentes, en los que se les ofrecen las soluciones de continuidad consiguientes al elevado número de bajas. No se ha quebrantado, sin embargo, la entereza de la oficialidad ni de las tropas. A fin de aprovechar hasta el último latido heroico, me propongo ordenar a las distintas fracciones que, cuando parezca inminente el definitivo derrumbamiento, hagan una salida organizada en dirección sudoeste. Algunos de los grupos conseguirán abrirse paso y provocarán confusión en el frente enemigo una vez situados detrás de él, mientras que si permanecemos sin intentar nada, seguramente pereceremos todos, pues que también los prisioneros morirían de hambre y congelación. Propongo que retiren en avión algunos hombres de la bolsa, oficiales y soldados, a fin de poder utilizar sus servicios de especialistas en la continuación de la guerra. la orden para ello habrá de llegarme pronto, porque probablemente se habrá terminado antes de poco toda probabilidad de volar desde aquí. Ruego que señalen nominalmente a los oficiales seleccionados. Naturalmente, yo me excluyo de antemano.- Firmado: Paulus.>

Se le ha contestado en estos términos (de parte del Alto Mando del Ejército)

<Recibido radiograma. Concuerda enteramente con mi propuesta de hace cuatro días. He vuelto a informar al Führer. El Führer ha resuelto

1. Por lo que toca a la salida: el Führer se reserva la última decisión. Ruego, en consecuencia, que si acaso me ponga otro radio.
2. Por lo que toca a retirar especialistas: el Führer ha rehusado por ahora. Ruego me envíe a Zitzewitz, que deberá informar nuevamente. Yo le llevaré a presencia del Führer.- Firmado: Zeitzler.>

Respecto de la cuestión de sacar de la bolsa algunas personas determinadas, planteada en el radiograma del coronel general Paulus, se me ofrecen las siguientes consideraciones. Mirada la cosa imparcialmente, hubiera sido muy de desear el poder retirar

de allí el mayor número posible de especialistas calificados, prescindiendo para ello de la categoría miltar. Humanamente considerada la cuestión, lo deseable sería, naturalmente, salvar a todos, pero, puesto que esto era imposible, había que tener en cuenta los tradicionales sentimentos castrenses, y éstos reclamaban la primacía de la evacuación para los heridos. Y así se hizo, efectivamente, en proporciones por cierto asombrosas para lo que la situación permitía. Ahora bien; la evacuación de especialistas sólo hubiera podido llevarse a cabo a costa de postergar a otros tantos heridos, además de que fatalmente habría de recaer la elección de modo muy principal en la oficialidad, que razón de su formación suele ser la más imprescindible para la guerra, salvo cuando entre los simples soldados se tratase de muy caracterizado técnicos o de hombres de ciencia especializados en alguna rama singularmente interesante para la guerra. resultaría, por eso, tan en pugna esta necesidad objetiva con lo que los sentimientos militares demandaban en una situación como la del Sexto Ejército- la de elegir entre la vida y muerte-, de que la oficialidad fuese postergada a los soldados a su mando confiados, que el problema se hacía insoluble. Por eso tampoco dio el Grupo de Ejércitos ningún paso para apoyar cerca de Hitler la solicitud del comandante de los cercados.

En cuanto a lo del intento de aventurarse a última hora en una salida en pequeños grupos a través de las filas enemigas, la <última decisión> que Hitler se había reservado brilló asimismo por su ausencia.

En cambio, el Grupo de Ejércitos trató por todos los medios de procurarles a las fracciones que lograsen abrirse camino algunos recursos de subsistencia, lanzándoles en distintos lugares de la retaguardia enemiga víveres, ropas y medicamentos y haciendo que la aviación de reconocimiento explorase el terreno en busca de ellas. Por desgracia, ninguno de los esperados grupos fue avistado por los aviadores ni llegó nunca al frente de nuestras fuerzas.

En todo caso se desprende del radiograma del coronel general Paulus que en el Sexto Ejército subsistió el espíritu combativo hasta el último instante, por lo menos en los que todavía contaban con reservas físicas. Que también por otros conductos se había enterado el Grupo de

Ejércitos de que especialmente los oficiales y soldados jóvenes y en posesión de algún vigor se hallaban resueltos a no dejar de probar en el último momento si podrían o no romper por las líneas enemigas. Justamente porque no ignoraba

mos esta determinación, es por lo que tomamos las medidas- por desgracia, inútiles- de que hablamos antes.

El 22 de enero llegaban los rusos hasta la base aérea de Gumrah y nos dejaban ya definitivamente sin la menor posibilidad de abastecimiento por aterrizaje de la aviación. Simultáneamente comunicaba Paulus que le era imposible reparar el desgarrón abierto por el enemigo en aquel frente y que las municiones y vituallas tocaban a su fin. En vista de ello, solicitaba de Hitler autorización para iniciar negociaciones de rendición. Yo mismo tuve una larga conferencia telefónica con Hitler sobre la cuestión, en la que secundé con el mayor empeño la petición de Paulus, recomendando lo mejor que supe que se le facultase para la rendición. Porque si bien cada día que nos privásemos del alivio de aquella resistencia iba a suponer una anticipada gravitación del nuevo potencial enemigo sobre el agobiado Grupo de Ejércitos, por otra parte estimaba llegado con exceso el momento de abreviar los estertores de la agonía del valeroso Sexto Ejército. En terribles combates agotadores había conseguido fijar en torno a sus frentes a un enemigo inmensamente superior por días y días, rindiendo con ello un inapreciable servicio que le convertía en la piedra angular de la salvación de nuestro frente oriental durante aquel invierno. Justo era, pues, que pusiésemos término a su largo calvario, más que nada porque en lo sucesivo las ventajas de una corta prolongación de la resistencia ya no iban a guardar proporción con la magnitud del sacrificio.

En largas y vivas discusiones, negóse Hitler a acceder a nuestros ruegos y ordenó a los cercados la resistencia hasta el último hombre, basándose en que cada jornada más que se les impidiese a las divisiones enemigas de Stalingrado sumar sus fuerzas a las de otros frentes, podía resultar vital para la situación general. Yo reconozco que el estado de cosas en nuestros frentes era entonces harto crítico, sobre todo desde que los rusos habían logrado arrollar también, al Ejército húngaro en el Don y hacer desaparecer, por así decirlo, del campo de batalla a todo el Grupo de Ejércitos B. desde el punto en que el Donetz se acerca a

Voroschilovgrad siguiendo hacia arriba hasta Voronez del Don, teníamos un boquete por el cual había penetrado el enemigo con importantes fuerzas y evolucionaba a placer, sin que apenas le fuésemos a la mano. Por eso resultaba francamente dudoo que en tales condiciones lograsen sostenerse el Grupo de Ejércitos del Don y el Grupo A, en situación de retirada en el sector del Cáucaso.

Hitler pretendía que, aun cuando el Sexto Ejército no pudiese mantener ya un frente unido y coherente, siempre le quedaba el recurso de sostenerse por algún tiempo luchando fraccionado en pequeñas bolsas. Y como viese que no nos convencían sus razonamientos, manifestó que una capitulación constituiría una locura, puesto que los rusos no iban a respetar luego las condiciones estipuladas. En lo que, por cierto, no andaba muy descaminado, si no en cuanto a la letra, al menos en lo tocante al sentido, toda vez que, de unos 90.000 prisioneros que hicieron los soviéticos, sólo un puñado de miles parece hallarse hoy con vida. Y eso que los soviéticos contaban con líneas ferroviarias intactas hasta las cercanías de Stalingrado, por los que con buena voluntad hubieran podido atender al aprovisionamiento de los heridos y a su evacuación. Y aun contando con que las cifras de mortalidad consiguientes a la avitaminosis y a las congelaciones tenían que ser elevadas, el índice efectivo excede la tolerancia del más benévolo supuesto.

Duró entonces mi debate telefónico con Hitler, si mal no recuerdo, unos tres cuartos de hora por lo menos. Yo no quiero ahondar en la cuestión de si insistencia en los argumentos de que cada día que el Sexto Ejército siguiese luchando y reteniendo fuerzas enemigas tendría importancia decisiva en los demás frentes, y que los rusos harían perecer a los prisioneros, reflejaba o no su íntima convicción. Porque también cabe suponer que en su obcecación fanática la idea de la capitulación de un ejército del Tercer Reich se le atojase tan intolerablemente humillante, que ya cualquier otra consideración humanitaria se desvaneciese ante las exigencias del orgullo.

Luego que Hitler hubo rehusado acceder a mi ruego de abrirle por fin al Sexto Ejército el camino de la rendición, quedaba yo, naturalmente, ante el dilema de si debería o no subrayar mi discrepancia de comandante en jefe del grupo de Ejércitos con la solicitud de que se me relevase.

Y no era ciertamente aquella la primera vez que me planteaba yo la cuestión; que ya durante el invierno de 1942 había sentido el mismo apremio al ver que no conseguía de Hitler la autorización para que el ejército cercado buscase su salvación en una salida.

Durante todos aquellos días, y aun en los meses siguientes, sentí con frecuencia el escrúpulo de continuar bajo la imposición de medidas tan en pugna con mi propio criterio y la necesidad de descargarme de una responsabilidad realmente insoportable si se piensa que para satisfacer a las necesidades militares más eviden-

tes tenía que pasar antes por el más que enojoso, exasperante regateo y consiguiente discusión con el mando supremo. Que esta impaciencia por liberarme de una vez me acometió con frecuencia por aquellos días, lo pone bien de manifiesto el comentario que mi primer oficial de Estado Mayor, coronel Busse, había hecho con el jefe de los zapadores del Sexto Ejército poco después de las Navidades de 1942, al decirle: <Si no fuera por lo mucho que yo le (a Manstein) vengo suplicando que siquiera por las tropas continúe, hace tiempo ya que lo hubiera mandado todo a paseo.> Esta rotunda manifestación de quien por entonces era mí más íntimo colaborador pone bien de manifiesto cuáles eran por aquellas fechas mi situación y estado de ánimo.

Sólo que la cuestión de que uno de los más altos mandos pida su relevo hallándose en campaña, es un poco más delicada de lo que a primera vista pudiera parecer. Ante todo, tenemos que si un soldado cualquiera no es dueño de volverse a su casa cuando le plazca mientras preste servicio frente al enemigo, tampoco le ha de ser dado hacerlo a un alto mando. Hitler, en todo caso, no estaba obligado, ni mucho menos, a aceptar mi dimisión, y tengo por seguro que no la hubiera consentido entonces. Porque el soldado en campaña no

disfruta del privilegio del político, que en todo momento puede dejar el barco si le parece que toma un rumbo peligroso o distinto de la derrota que él quisiera señalarle. No; el militar tiene que combatir dónde y cómo se le ordene.

Cierto que hay algunos casos en los que un alto mando no podría conciliar con su conciencia el cumplimiento de determinadas órdenes recibidas; casos en los que, lo mismo que Seydlitz en la batalla de Zorndorf, habrá de decirse: <Después de la batalla, que el rey disponga de mi cabeza si le place, pero en la batalla, con permiso de Su Majestad, voy a disponer de ella yo mismo> Ningún general, en efecto, podría excusarse de haber perdido una batalla con la disculpa de que había tenido que cumplir- contra su propio criterio- una orden que sólo a la derrota podía llevarle en estos casos sólo le queda el recurso a la desobediencia, por la que responderá con su cabeza. En la práctica, es el éxito el que suele salvársela.

En estas consideraciones me basaba yo al resolverme el 19 de diciembre a desobedecer la orden expresa de Hitler con la que le di al Sexto Ejército para que cuanto antes tratase de romper el cerco hacia el sudoeste. Si mi orden no obtuvo éxito fue porque el mando del ejército cercado rehusó cumplirla. La cuestión de si

aquel mando estaba en lo cierto al rehusar, y justificada, por tanto, su renuncia a la única posibilidad de salvación que se le ofrecía, apenas admite demostración irrebatible, puesto que nadie puede asegurar que la salida iba a lograrse en las condiciones previstas.

También posteriormente, en situaciones en que se hacía ineludible, he pasado por encima de las órdenes de Hitler, con la fortuna de que el pecadillo de la inobservancia. Ya se comprende que esto de actuar por propia cuanta no era permisible cuando los Grupos de Ejércitos contiguos pudiesen resultar comprometidos a consecuencia de una falta de coordinación.

Pero, volviendo a la cuestión de resignar el mando, todavía me queda por mencionar otra poderosa razón en contra: la del sentimiento de responsabilidad que todo alto mando tiene que experimentar respecto de sus soldados.

No era entonces, efectivamente, mi preocupación única la suerte del Sexto Ejército, con ser ésta tan grande. ¡Era todo el Grupo de Ejércitos del Don y también el Grupo de Ejércitos A lo que estaba en juego! Y esto fue lo que más me frenó. La idea de ir a dejar plantados, por así decirlo, aquellos ejércitos por mejor acentuar mi repugnancia a la decisión de Hitler en lo referente al Sexto Ejército, se me antojó como una especie de traición a los valientes que fuera de la bolsa de Stalingrado pugnaban igualmente en una lucha a vida o muerte.

En el mismo hecho de que luego llegara el mando del Grupo de Ejércitos a dominar una de las situaciones más arduas y peligrosas de esta guerra, me parece hallar la mejor justificación de que en las fechas a que vengo refiriéndome adoptase yo por conservar mi empleo en vez de echárselo a Hitler a los pies.

Pero la prueba más elocuente de lo necesaria que hasta entonces se hizo la tenaz resistencia de los cercados, con la consiguiente fijación de fuerzas enemigas tan superiores a las propias, puede brindárnosla una sucinta exposición de la situación en que se hallaban en enero de 1943 el Grupo de Ejércitos del Don y los Grupos de Ejércitos A y B

El 29 e diciembre había dispuesto el Alto Mando del Ejército, cediendo por fin a los apremios constantes del Grupo de Ejércitos del Don, que el Grupo de Ejércitos A se retirase de la región del Cáucaso a la línea del Kuma desde Piatigorsk a Praskoveia (270 kilómetros al sudeste de Salsk),comenzando la maniobra por su ala

izquierda, integrada por el Primer Ejército Panzer. Repliegue que hubo de efectuarse con desesperante lentitud por la necesidad de poner a salvo todos los pertrechos. Con los que no se pudo disponer de momento de fuerza alguna tomada de esta reducción de frente.

El 9 de enero, cuando el Sexto Ejército rechazaba la intimación de rendición, todavía no había alcanzado el Primer Ejército Panzer la línea de Kuma.

El Cuarto Ejército Panzer, que al sur del Don había de guardarle la espalda al Grupo de Ejércitos A y asegurar al mismo tiempo las comunicaciones de éste por Rostov, se veía empujado al sur del río por Kotelnikovo hacia occidente por un enemigo muy superior que le acosaba en duros combates (tres ejércitos enemigos), y el 9 de enero se hallaba en apurada situación defensiva entre el manytsch y el Sal, en el sector de Kuberle, en donde se perfilaba ya la intención enemiga de envolverle por ambos flancos. Al mismo tiempo, el III Cuerpo de Tanques de Guardias, situado en Konstantinovska junto al Don, giraba hacia el sudeste sobre Proletarskaia a retaguardia de nuestro Cuarto Ejército Panzer, al cual trataba a su vez de envolver por el sur, a lo largo del Manytsch, el 28º Eejército enemigo que acudía de la Estepa de los Calmucos.

También el Destacamento de Ejército de Hollidt había tenido que replegarse en empeñados combates en la gran curva del Don al sector de kagalnik, y en el ala izquierda había conseguido allí el enemigo algunas penetraciones. El Don había sido cruzado el 7 de enero al nordeste de Novocherkask (Cuartel General del Grupo de Ejércitos) por fuerzas enemigas reducidas, mientras que en el ala norte del Destacamento Hollidt la 7ª División Panzer tenía que interponerse entre el Bystraja Gnilaja y el Kalitva en el camino del enemigo, para retardar su avance hacia el paso de Forchstadt sobre el Donetz mediante breves ataques repetidos. En cuanto al paso de Kamensk, no contaba con otra defensa que algunas unidades de alarma y restos de las rumanas, que por todos aquellos contornos habían desaparecido del escenario bélico.

Inmediatamente al noroeste del Destacamento Hollidt, una extensa brecha en el Grupo de Ejércitos B señalaba el puesto abandonado por el desmoronado Ejército italiano, al paso que en torno a Milerovo luchaba el débil Grupo de Combate Fretter-Pico, del Grupo de Ejércitos B, casi enteramente cercado por el enemigo en ocasiones.

En cuanto al frente del Sexto Ejército, que hasta el 24 de enero había sido manteniendo su cohesión de frente continuo, se desha-

cía en esa fecha en tres grupos distintos, acorralados por el enemigo en el interior y en las afueras de Stalingrado, de suerte que ya no podía retener fuerzas rusas de consideración.

En el resto del frente, la situación era la siguiente:

El ala norte del Grupo de Ejércitos A se encontraba todavía en Belaya Glina, muy al sur y aun al este de Armavir, distante de Rostov de 150 a 200 kilómetros, cuando por allí tenía que retirarse el grueso del Primer Ejército Panzer, autorizado al fin por el Alto Mando del Ejército.

Del Grupo de Ejércitos del Don luchaba el Cuarto Ejército Panzer desesperadamente al sudeste de Rostov y en sus inmediaciones mismas para mantener abierto el paso del Don al Primer Ejército Panzer, que yo me proponía incorporar al ala izquierda del Grupo de Ejércitos junto al Donetz, aguas arriba de Voroschilovgrad.

El Destacamento de Ejército de Hollidt defendía el Donetz desde su desagüe en el Don hasta Forchstadt en sentido ascendente.

El Grupo Fretter (dos divisiones mermadas), dependiente ahora del Grupo de Ejércitos, tenía a su cargo la seguridad del Donetz a ambos lados de Kaxziensk.

Desde el 19 de enero el desmoronamiento del Ejército italiano y el posterior desbordamiento total del húngaro, habían creado un agujero desde Voroschilovgrad en el Donetz hasta Voronez en el Don, de nada menos que 320 kilógramos. El 23 de enero, el <frente> de Starobjelsk, en el que prácticamente ya sólo luchaba la más o menos malparada 19ª División Panzer, que había tenido que evacuar Starobjelsk ante la presión de tres cuerpos enemigos, pasaba a depender también del Grupo de Ejércitos del Don.

Cuando, el 1 de febrero, expiraba el último conato de resistencia del sexto Ejército, pugnaba el enemigo por cruzar el Donetz en el sector de Voroschilovgrad con una agrupación de tres cuerpos de tanques, un cuerpo motorizado y un cuerpo de infantería, en tanto que otro grupo integrado por tres o cuatro cuerpos de tanques y uno de fusileros atacaba la línea del Donetz entre Lissitchansk y Slaviansk.

Me parece excusado entrar en más detalles del giro que la situación hubiera tomado del 9 de enero al 1 de febrero o de cuáles hubieran sido las consecuencias de su probable evolución, si la heroica resistencia del Sexto Ejército cercado no se hubiese mantenido por todo ese tiempo a inmovilizado tan poderosos contingentes enemigos en torno a Stalingrado.

No volvamos ahora a la lucha final del Sexto Ejército cuyo frente se había fraccionado el 24 de enero en tres pequeñas bolsas, situadas dos de ellas en la periferia norte y sur de la ciudad y la tercera en el centro.

El 31 de enero caía prisionero de los soviéticos el ya entonces mariscal Paulus con su Estado Mayor, y el 1 de febrero se rendía también el resto del Decimoprimer Ejército, que en la bolsa del norte ponía definitivo término a toda resistencia.

¡La lucha del Sexto Ejército había terminado!

Ahora, lo que el encarnizado combatir y el rigor despiadado del hambre. Y los cortantes fríos de la estepa rusa habían comenzado, iba a terminarlo el cautiverio soviético en unos soldados que sólo se habían rendido cuando ya sus escuálidos brazos no podían con las armas, ni las manos congeladas obedecían a la voluntad; cuando, sin municiones, sólo podían oponer sus pechos inermes a la furia de un enemigo bien nutrido y pertrechado. Y menos mal que, gracias al altruista arrojo de nuestros aviadores, habíamos podido evacuar de la bolsa por lo menos a 30.000 heridos.

Tal fue la tragedia. Quien desee buscar al responsable de la perdición del Sexto Ejército, debería leer lo que Hitler me dijo y que más adelante consigno.

En efecto, el 5 de febrero se me ordenaba comparecer en el Cuartel general del Führer, cuando ninguno de mis anteriores súplicas había conseguido llevar a Hitler al frente, a convencerse por sí mismo de la situación, ni siquiera que condescendiese a mandar en su lugar al jefe del Estado Mayor General o al general Jodl.

Ahora Hitler inició la entrevista con estas palabras, poco más o menos <¡De lo de Stalingrado soy yo el único responsable! Acaso pudiera alegar que goering me presentara una referencia inexacta de nuestras posibilidades de abastecimiento aéreo y descargar así sobre él parte de la responsabilidad. Pero es la persona que yo mismo he designado para sucederme, y no puedo, por tanto, grabarle con ese estigma.>

No ofrecía la menor duda de que Hitler tomaba para sí toda la responsabilidad, sin el menor deseo de buscarse una cabeza de turco ni efugio alguno para atenuarla.

Y sin embargo, contra esta suposición de sincero reconocimiento del propio error está el hecho de que, desgraciadamente, no sacara de él sus lógicas consecuencias y reparara en lo sucesivo el error a que le había llevado su intromisión en el terreno estrictamente militar.

De todos modos, por encima de la cuestión de las responsabilidades y de todo lo que el despiadado cautiverio, la presión propagandista y la justificada y amarga decepción consiguiente luego con respecto a la actitud de algunos oficiales y soldados del sacrificado Sexto Ejército, quedará descollando siempre esta realidad magnífica:

Los oficiales y soldados de este ejército erigieron con su valentía y lealtad n monumento a la marcialidad germana que habrá de perdurar por los siglos de los siglos, aunque no haya sido esculpido en bronces ni en mármoles. En ese invisible, perenne monumento, inscrita queda para siempre con buen derecho la leyenda que en el umbral de este capítulo bate sus sordos tambores enlutados.

Con el Sexto Ejército desaparecieron en Stalingrado las unidades siguientes:

-IV, VIII, XI y LI Cuerpos de Ejército, además del XIV Cuerpo Panzer.

-44ª, 71ª, 76ª, 113ª, 295ª, 297ª, 305ª, 371ª, 376ª, 384ª, 389ª y 394ª Divisiones de Infantería.

-100ª División de Cazadores.

-14ª, 16ª y 24ª Divisiones Panzer.

-3ª, 29ª y 60ª Divisiones Motorizadas, así como muchos otros grupos de fuerzas de diferentes armas, entre las que se encontraban unidades antiaéreas y de tierra de la Luftwaffe.

-Así mismo, una división de caballería rumana y 20 divisiones de infantería de esta nacionalidad.

LA CAMPAÑA DE INVIERNO DE 1942 A 1943 EN EL SUR DE RUSIA

Está en juego toda el ala sur alemana- Las bases estratégicas de la campaña de invierno.- Directrices operativas: el<enroque> del ala oriental a la occidental.- La primera fase: la lucha por la liberación del Sexto Ejército- La segunda fase: la lucha por mantener desembarazada la retaguardia del Grupo de Ejércitos A.- Consecuencias del anquilosamiento en una guerra de posiciones.- Principios de la estrategia alemana.- Los combates del Cuarto Ejército Panzer al sur del Don.- Los combates del Destacamento de Ejército de Hollidt en la gran curva del Don.- La tercera fase. La lucha por mantener las comunicaciones de retaguardia del ala sur alemana.- la situación a mediados de enero de 1943.- Los combates en la segunda quincena de enero.- El Grupo de Ejércitos A, o en su caso el Primer Ejército Panzer, ¿debe ser retirado por Rostov al decisivo escenario de la lucha, o más bien a la cabeza de puente del Kuban?- La cuenca del Donetz y su importancia industrial.- Cambio de impresiones acerca de la prosecución de las operaciones.- Conferencia con Hitler el 6 de febrero.- Evacuación de la parte oriental de la cuenca del Donetz y problema del mando supremo.- la <Rochade> o enroque se consigue.- Juicio de la situación respecto de la prosecución de las operaciones.- La cuarta fase: el contraataque alemán.- Visita de Hitler en el Cuartel General de Saporoshje.- La batalla entre el Donen y el Dnieper.- La batalla de Jarkov.- Resumen.

La estrategia es una sistematización del arbitrio.

MOLTKE.

Mientras que en el tránsito del año 1942 al 1943 toda Alemania volvía los ojos a Stalingrado, encogido el corazón por la suerte de sus hijos allí cercados, en el ala sur del frente Oriental se pugnaba

por una decisión de mayor trascendencia todavía que la lucha por la vida y la libertad de aquellos 200.000 valerosos soldados del Sexto Ejército.

Porque lo que allí se jugaba no era ya la suerte de un ejército, sino la de toda el ala sur del frente alemán en el Este, y hasta si se quiere, la de todo el frente del Este. No le esperaba a esta lucha el trágico destino del desastre final, que a su término había de fulgurar todavía- por última vez en esta guerra- el relámpago de una victoria alemana. Pero, aparte de su inicial enlace con la agonía del Sexto Ejército, se acumularon de tal suerte en ella las situaciones de tremenda emoción, las crisis amenazadoras y aparentemente insuperables, que bien puede calificarse esta campaña como la más apasionante de la segunda guerra. por parte alemana ya no podía tratarse en ella de volver a perseguir el lauro de una victoria definitiva, sino más bien, de ver si aún podríamos <pisotear la derrota>- como en su día dijera Schlieffen- luego que los errores de mando de las campañas del verano y otoño de 1942 nos habían dejado a las puertas de ella. contra una enorme superioridad enemiga, que además tenía a favor suyo una situación operativa de excepcionales posibilidades, no le quedaba al mando alemán otra salida que la de arbitrar a cada paso nuevos expedientes y recursos y exigir de sus tropas rendimientos y sacrificios increíbles. Por eso aunque en esta lucha echemos de menos la petulante ufanía de los clarines de la victoria y aun por otro lado la sombría grandeza del fúnebre redoble de tambores que, inaudible pero perceptible, anunciaba el ocaso del Sexto Ejército, no deja de merecer la atención del recuerdo. Ya se sabe que, como retirada que fue, no puede aspirar a las oriflamas del triunfo. Pero el solo hecho de que no acabara en derrota y hasta le brindara al fin al mando supremo alemán una nueva ocasión de quedar, siquiera militarmente, en tablas, me parece que tiene una importancia mayor que la de una <victoria corriente>.

Los principios estratégicos de la campaña de invierno

Para percatarse del alcance de la decisión y apreciar la magnitud de los riesgos, es indispensable una breve ojeada previa a la situación operativa de donde arrancó la campaña.

1.Véase el mapa de la página 20

483

En el invierno de 1941 a 1942 las fuerzas soviéticas solamente habían bastado para detener el ataque alemán a Moscú y paralizar con ello nuestra ofensiva.

El verano de 1942 había visto avanzar nuevamente la marea Ofensiva alemana hacia el Este, hasta que, perdido el ímpetu, se extinguió en el Volga y en el Cáucaso.

Ahora, en cambio, en el invierno de 1942 a 1943, ya el enemigo se sentía con energías suficientes para tratar de arrebatarnos definitivamente la iniciativa. Lo que ahora se ventilaba era la cuestión de si en este invierno podría dar el paso decisivo para la derrota de Alemania en el Este. Y la catástrofe del Sexto Ejército, con ser sumamente grave y dolorosa, no llegaba a tanto dentro de las proporciones de la Segunda Guerra Mundial. Por el contrario, el derrumbamiento del ala sur del frente Oriental, sí que hubiera podido abrir paso a una rápida victoria sobre Alemania. Ahora bien; el mando soviético tenía dos poderosos motivos para confiar en que acabaría desbaratando la cohesión del ala sur: la extraordinaria superioridad de las fuerzas rusas, por un lado, y la ventajosa situación operativa en que le ponían las torpezas del mando alemán asociadas al nombre de Stalingrado, por otro. No cabe duda de que este fue el objetivo perseguido por los rusos, aun cuando no lo alcanzaran.

Demos antes una breve ojeada a la situación estratégica, de la que la campaña de invierno en el sur del frente Oriental tuvo su origen.

En noviembre de 1942 el frente alemán dibujaba en la región del Cáucaso y en la Ucrania oriental una curva muy avanzada hacia oriente. El ala derecha de este frente en curva se apoyaba en el Mar Negro por Novorossisk, y se prolonga luego el frente del Grupo de Ejércitos

A (el Decimoséptimo Ejército y el Primer Ejército Panzer) por el Cáucaso norte, aunque sin haber hallado un seguro apoyo al este en el Mar Caspio.

El flanco profundo de este frente dirigido al sur lo cubría hacia el este, frente el Volga inferior, únicamente la 16ª División Motorizada, situada en la Estepa de los Calmucos al este de Elista.

Sólo desde Stalingrado comenzaba el frente continuo del Grupo de Ejércitos B, que de la ciudad retrocedía al Don, para correr luego a lo largo de este río hasta Voronez. Se hallaban en aquel frente el Cuarto Ejército rumano, el Cuarto Ejército Panzer, el Sexto Ejército, el Tercer Ejército rumano, un ejército italiano, uno húngaro y el Segundo Ejército alemán. El grueso de las fuerzas alemanas se había concentrado desde hacía meses en torno a Stalingrado, mientras que el resto del frente y especialmente la línea

del Don quedaba confiado casi, enteramente a fuerzas aliadas. A todo esto, ninguno de los frentes, ni el del Grupo A, ni el del Grupo B, contaban con reservas de alguna importancia en su retaguardia.

Delante, en cambio, teníamos al enemigo articulado en el <Frente del Cáucaso>, el <Frente Sudoeste>y el <Frente de Voronez>, no sólo con fuerzas muy superiores en línea de batalla, sio también disponiendo de poderosas reservas tanto detrás de estos sectores y en el central (Moscú), como en el interior del país.

Para darse cuenta de todo el peligro de la situación y comprender las extraordinarias oportunidades que al enemigo le brindaba, es preciso tener en cuenta algunas distancias de indudable importancia estratégica.

La que en línea aérea mediaba entre el paso del Don por Rostov y el sector de este río en donde el 19 de diciembre había sido arrollado el Tercer Ejército rumano, o sea, al oeste de la cabeza de puente rusa de Kremenskaia en el Don, así como entre el punto primeramente

citado y el sector que en el Don cubría el Ejército italiano a ambos lados de Kasanskaya, andaba por los 300 kilómetros. Y cuéntese que por Rostov pasaban las comunicaciones no sólo de todo el Grupo de Ejércitos A, sino también del Cuarto Ejército rumano y del Cuarto Ejército Panzer. Por su parte, el ala izquierda del Grupo de Ejército A, sino también del Cuarto Ejército rumano y del Cuarto Ejército Panzer. Por su parte, el ala izquierda del grupo de Ejércitos A estaba en el Cáucaso a 600 kilómetros por lo menos de Rostov, de donde el Cuarto Ejército Panzer distaba desde el sur de Stalingrado 400, poco más o menos.

Más a retaguardia, las comunicaciones del ala sur del ejército corrían por los pasos del Dnieper en Saporoshje y Dniepropetrovsk, ya que la línea de Crimea y estrecho de kerch hacia el Cáucaso arrojaba escaso rendimiento. De suerte que los realmente importantes pasos del Dnieper a retaguardia del ala sur alemana quedaban a casi 700 kilómetros de stalingrado, y a 900 justos del ala izquierda del frente del Cáucaso. En cambio la distancia que de ellos separaba al frente enemigo del Don, desde la región de Kasanskaya a Saporoshje o bien desde Svoboda a Dniepropetrovsk, era ¡solamente de unos 420 kilómetros!

Lo que esta situación podía significar, demasiado bien lo sabía yo por propia experiencia. Que por algo el verano de 1941 había superado con el LVI Cuerpo Panzer los 300 kilómetros que median entre Tilsit y Dunaburg en cuatro días contra una resistencia enemiga más respetable al fin y al cabo que la que los ejércitos rumanos, italianos y húngaros oponían luego a los rusos en el Don. Por no citar siquiera la superioridad de las reservas de que enton-

ces habían dispuesto los rusos respecto de las que nosotros teníamos a mano en el invierno de 1942.

Pero todavía se hacía más alarmante este desequilibrio de la situación por la aplastante superioridad numérica de los rusos. Ya en el capítulo <Stalingrado> hemos mencionado la proporción de fuerzas al comenzar el Grupo de Ejércitos del Don la lucha. Para que ahora se vea cómo evolucionó aquella proporción en el transcurso del invierno, bástenos con aducir dos cifras. En marzo de 1943 contaba el Grupo de Ejércitos Sur (antes, del Don) con 32 divisiones

para cubrir 700 kilómetros de frente, desde el Mar de Azov hasta el norte de jarkov; mientras que el enemigo desplegaba en el frente de aquel mismo sector reservaba en su inmeiata retaguardia 341 unidades entre divisiones de fusileros, brigadas de tanques o motorizadas y divisiones de caballería

Os eran, pues, las premisas o condiciones en que tenía que luchar el Grupo de Ejércitos del Don y que constituían, por así decirlo, el fondo ineludible del cuadro en que se desenvuelven los hechos a continuación descritos:

En primer lugar, el peligro estratégico de que nuestro superior enemigo, por veces enteramente desembarazado al desmoronarse en el curso de las operaciones la resistencia de nuestros aliados, tomase el camino de las arterias vitales del ala sur alemana, en Rostov o en los pasos del Dnieper, de las que distaba mucho menos que nosotros.

Del concurso de estas dos circunstancias adversas resultaba el peligro de que esta ala sur, privada de sus aprovisionamientos, se viese empujada contra la costa del Mar de Azov, o bien, contra la del Mar Negro más tarde y acabase siendo aniquilada allí, ya que la flota soviética de este mar seguía en condiciones de cortar los abastecimientos que por él tratasen de hacernos llegar. Y, aniquilados los Grupos de Ejércitos A y del Don, la suerte del frente oriental, a la corta o a la larga, hubiera quedado decidida.

Toda la pugna del ala sur del Frente Oriental en el invierno de 1942 a 1943 que había de constituir al mismo tiempo la campaña de este invierno en el Este, giraba en los dos aspectos y en virtud de la apuntada situación de partida en torno a estas cuestiones: si conseguirían los soviéticos embolsar el ala sur alemana dando con ello el paso decisivo hacia la victoria final, o si el mando alemán podría evitar semejante catástrofe.

Para el bando soviético el plan operativo saltaba a la vista. Se lo había presentado en bandeja el supremo mando alemán al dejar anquilosar nuestro frente en la situación final de la ofensiva estival. Nada más natural que los soviéticos aprovechasen la magnífica ocasión para atrapar al Sexto Ejército, apelotonado en Stalingrado.

Luego, en el curso ulterior de las operaciones lo lógico sería que el enemigo, prevalido de sus rotundos éxitos en los sectores rumano, italiano y húngaro, tratase de envolver el ala sur alemana por el norte y occidente respectivamente, empeñando en o fuerzas cada vez más considerables y disparando sus tentáculos a distancias siempre mayores. El objeto en esta maniobra había de estar en cortarle las comunicaciones de retaguardia por e flanco occidental, hasta conseguir acorralara contra la costa. Solución estratégica que bien podemos estimar como imperiosamente reclamaba por la situación en que nuestro mando había dejado inmovilizada demasiado tiempo al alas sur del ejército.

Mucho más arduo resultaba para los alemanes hallar la manera de salir del atolladero en que nos habían puesto nuestros propios errores y los inesperados éxitos iniciales del enemigo a ambos lados de Stalingrado. Por lo que nuestro mando supremo había de tener presente desde el primer día del ataque enemigo la probable evolución consiguiente a la general situación estratégica, y sobre todo, el peligro en que de antemano se hallaba nuestro Grupo de Ejércitos A en sus posiciones del Cáucaso.

Vistas las cosas en conjunto, la cuestión para el mando supremo alemán estaba en elegir entre dos caminos. Por el primero hubiéramos sacado del Volga al Sexto Ejército apenas iniciados los ataques enemigos a ambos lados de Stalingrado (antes, por tanto, de que hubiesen cerrado el cerco en torno a él) y tratado de restablecer la situación de algún modo en la gran curva del Don, llevando allí los refuerzos necesarios para ello. En cuyo caso habría sido

indispensable asegurar también con fuerzas alemanas de apoyo los sectores del Don ocupados por ejércitos aliados. Para lo que parece que no disponía el mando supremo ni de los elementos necesarios, ni hubiera podido concentrarlos a tiempo, atendido el escaso

rendimiento de las pocas líneas ferroviarias con que contaban allí. Lo cierto es que no se resolvió a retirar de Stalingrado el Sexto Ejército y que unas semanas después del comienzo de la ofensiva soviética pocas dudas podían caber ya de que aquellas fuerzas se perderían definitivamente y de que no había que esperar de ellas otro servicio que el de retener por el mayor tiempo posible grandes contingentes enemigos, sustraídos de esta suerte a otras intervenciones en el marco del conjunto operativo. ¡Tarea a la que se sacrificó aquel denodado ejército y que cumplió a la perfección hasta el último instante!

Mas cuando la situación en Stalingrado alcanzó su máximo peligro a consecuencia de la tozudez de Hitler y se hizo por demás manifiesto lo ilusorio de las esperanzas a salvar al ejército cercado, aún le quedaba al mando supremo un segundo camino de salida; el de renunciar a los territorios ocupados durante la campaña estival (insostenibles, aun sin tal voluntad de cesión) y ¡convertir una grave crisis en una victoria! Condición indispensable para ello hubiera sido la de retirar metódicamente los Grupos de Ejércitos A y Don del enorme saliente oriental a detrás del Don inferior y del Donetz primeramente, para llevarlos luego a detrás del Dnieper inferior.

Entretanto habría que proceder a concentrar aproximadamente por Jarkov todas las fuerzas que de algún modo pudiésemos disponer, incluso las divisiones procedentes de los dos Grupos de Ejércitos por reducción de frentes. Tendría la agrupación así formada la misión de tratar de caer sobre el flanco del enemigo que viniese en seguimiento de los Grupos en retirada o que intentase cortarles las comunicaciones por los pasos del Dnieper. En una palabra intentaríamos convertir así una gran operación de repliegue en una maniobra envolvente, para que, cambiadas las tornas, pudiésemos los alemanes acorralar contra el mar al enemigo que nos acosaba, y acabar allí con él.

Tal fue la solución que el Grupo de Ejército le propuso al Alto Mando Central, una vez convencido de que todos nuestros esfuerzos por liberar a los cercados habían fracasado y de que, además, se hacía insostenible la situación del Grupo de Ejércitos en el Cáucaso y parecía inminente el corte de todas las comunicaciones del

ala sur después de la penetración enemiga por el frente del Ejército italiano.

Sólo, que no era Hitler hombre que se dejase llevar por un camino en el que hubiera que pagar el peaje- en nuestra situación ineludible- de renunciar a las conquistas del verano y pasar por un notable riesgo operativo al mismo tiempo. Su temperamento y condiciones, descritos en el capítulo <Hitler en el ejercicio de las funciones del alto mando militar>, no se conciliaban con una resolución de éstas. Además de que también su inexperiencia en materia operativa pudo haberle hecho concebir entonces la esperanza de que con la llegada a Jarkov del Cuerpo Panzer de las SS, que se hallaba en camino, habría suficiente para restablecer la situación en el ala sur.

Por lo que toca al mando del Grupo de Ejércitos del Don, ya se encontraba, al tomar posesión de su nuevo cargo, con que el primero de los caminos, o sea, el de restablecer la situación en la gran curva del Don, se lo había bloqueado el hecho de hallarse totalmente cercado el Sexto Ejército. En efecto; para entablar allí una batalla con probabilidades de éxito, mal podían bastarle los residuos que se le entregaban con la pomposa denominación de <Grupo de Ejército del Don>, ni aun acrecidos por los refuerzos que gota a gota iban llegándole. Y menos habían de bastarle todavía, si se considera que estos últimos tuvieron que pasar inmediatamente a la zona del Grupo de Ejércitos B, a subsanar la derrota del Ejército italiano. Para optar por el segundo camino, de combinar una gran retirada con un contraataque al flanco norte de las fuerzas enemigas de persecución, que en el curso de la operación por fuerza habría de quedar al descubierto, carecía en cambio nuestro mando de la plenitud de poderes necesaria. Hubiera necesitado, en efecto, tener el mando de toda el ala sur del frente desde el Cáucaso a Voronez y disponer libremente de las reservas del Alto Mando del Ejército.

En contraste con estas exigencias, la misión que al Grupo de Ejércitos se le encomendaba era la de solucionarlos problema que se iban sucediendo dentro del ámbito de sus facultades, y sacar como pudiera recursos y expedientes para esquivar el peligro larvado de la situación estratégica de partida, por momento más definido y concreto, de un aislamiento de toda el ala sur.

La primera tarea que al Grupo de Ejércitos se le ofrecía era la de liberar al Sexto Ejército, posponiendo por el momento todas las demás consideraciones operativas.

Luego, cuando por los motivos referidos en el capítulo <Stalingrado> nos hubimos convencido de nuestra impotencia para llevar a cabo el intento, pasó ya a primer plano la consideración operativa de prevenir a toda costa la latente amenaza de una catástrofe más grave, como sería el estrangulamiento de toda el ala sur del Frente del Este. No bastaban, claro está, para asegurar las comunicaciones del ala con el Don y el Dnieper inferiores las fuerzas de que disponía como reservas el Alto Mando del Ejército. De suerte que sólo nos quedaba el recurso de contraer el ala oriental los contingentes resultantes de aquella reducción. Todo el empeño del Grupo había de estar, par ende, en cuidar por una serena previsión de hallarse siempre en condiciones de atajar los esperados movimientos envolventes del enemigo por occidente mediante fuerzas dislocadas a tiempo de su ala oriental sobre la occidental. Empeño tanto más arduo, cuanto que el Grupo de Ejército B, que por el norte confinaba con el del Don, puede decirse que había desaparecido del mapa desde que el derrumbamiento de los ejércitos aliados le había dejado solo, reducido a su mínima expresión ante un enemigo potente y envalentonado. Sin contar con que la dislocación de fuerzas suficientes de una a otra de las alas tampoco hubiera sido factible sin tomar algunas del Grupo de Ejércitos A, independientes del mando del Grupo del Don.

El problema era el mismo- aunque en proporciones mayores y referido a un período más largo de tiempo- que se le había planteado al general Paulus en Stalingrado entre las fechas 19 y 23 de noviembre: el de llevar a tiempo a los puntos decisivos para sostener las comunicaciones de retaguardia las fuerzas indispensables, sin reparar en esta o la otra repercusión local con tal de seguir gozando de libertad de movimientos en el sentido operativo. Bien es verdad que en el caso de Paulus la posibilidad decisiva había planeado únicamente sobre unos días cuando no sobre unas horas, y que, por otra parte, tampoco disponía él de reservas. Para el Grupo de Ejércitos, en cambio, esta idea había de constituir el punto de convergencia de todas las demás consideraciones operativas y el objeto de una pugna sostenida durante semanas y meses con el mando supremo.

Después de todo, nada más simple que la idea de salir al paso de las tentativas enemigas de aislamientos mediante un oportuno enroque de este a oeste. Tan de sentido común es, que en rigor no le estaría bien aspirar a los honores de una señalada sagacidad estra-

tégica. Lo que sucede es que en la guerra con frecuencia está la dificultad mayor en llegar a lo más sencillo; y no por lo que toca a la concepción de la idea y a la adopción de la resolución, sino en el trance de la indefectible ejecución. así tenemos que en este caso toda retirada de fuerzas del ala oriental habría de dejarla en una situación de peligro, de la que nadie podía prever cómo saldría. Pero sobre todo era indispensable para la eficacia de la medida, que los traslados se iniciasen con una antelación tal (a veces, hasta de semanas), que no permitía alegar toda la inminencia de peligro de corte indispensable para conmover a Hitler. Y, finalmente, la evolución de la situación en el Grupo de Ejércitos A fue por mucho tiempo, como más adelante se verá, sumamente impropios a la realización del plan del enroque.

Por todo ello, resulta que un plan tan simple y tan evidente en sí como el que servía de base al concepto operativo del Grupo de Ejército, se tornaba en la práctica harto difícil de llevar a término sin vacilaciones ni enmiendas por el cúmulo de obstáculos que le iban saliendo al paso. Descuella singularmente entre ellos el que existía para arrancar a tiempo las correspondientes autorizaciones superiores, cuando el mando supremo profesaba por principio el criterio contrario. Porque para Hitler no había mejor camino para la victoria que el de aferrarse al terreno, mientras que en mi concepto era la movilidad operativa, en la que nuestro mando y nuestras tropas aventajaban al enemigo, la clave del éxito.

Mas de las peculiaridades de la situación que encontré al hacerme cargo del mando del Grupo de Ejércitos y de las limitaciones que sobre él en consecuencia pesaban y le dejaban en dependencia de los acontecimientos y actitud de los Grupos vecinos y de los imprevistos deparados por el mando supremo, se originó por fortuna para el de nuestro Grupo <una sistematización del recurso momentáneo>, sin la cual hubiera tenido que acabar por abandonar la idea fundamental.

De todo ello resultaban, para esta campaña de invierno 1942-1943 del Grupo de Ejércitos de Don (más tarde, del Sur) las cuatro siguientes fases consecutivas:

Sería la primera la lucha por la liberación del Sexto Ejército, en la que el Grupo de Ejércitos bordeó la temeridad en su apelación a los extremos recursos.

La segunda fase había de estar en la pugna del Grupo de Ejércitos por mantener desembarazada la retaguardia del Grupo A durante su retirada del Cáucaso.

Vendría luego la tercera fase con la lucha propiamente dicha por mantener las comunicaciones de retaguardia del ala sur del ejército y malograrle al enemigo la maniobra evidente.

De esta tercera fase se desprendería naturalmente la cuarta, en la cual conseguiría el Grupo de Ejércitos- bien que en proporciones más modestas que las perseguidas- pasar de la retirada al contraataque que culminó en la victoria de Jarkov.

La primera fase: La lucha por la liberación del Sexto Ejército

Descrito queda ya nuestro intento de liberar al ejército cercado o de ponerle en condiciones de que pudiese tentar por sí mismo la ruptura y evasión de la bolsa.

En su esfuerzo por comprometerlo todo en el éxito de este empeño, llegó el mando del Grupo de Ejércitos a la frontera misma que separa la audacia de la temeridad. Así fue cómo hasta el momento en que la suerte de los cercados quedaba ya fatalmente resuelta, o sea, hasta fines de diciembre de 1942, dejó el centro y el ala izquierda del frente propio, ya sumamente débil entonces, con un mínimo de fuerzas, postergando la decisión en aquel sector hasta que la pugna del Cuarto Ejército Panzer al este del Don prosperase y le abriese al ejército cercado el camino de la libertad.

Sólo cuando por los motivos ya mencionados tuvo que desechar definitivamente la esperanza de que los tanques lograsen abrirse paso y enlazar con el Sexto Ejército y hubo de reconocer al mismo tiempo que la derrota del italiano ponía en manos del enemigo el flanco occidental del Grupo del Don y le dejaba expedito el camino hacia Rostov; sólo entonces se resolvió mi mando a la dolorosa medida de atender a otros apremios y acudir ante todo a sostener el ala sur del frente del Este.

Pasemos, pues a describir sucintamente la agravación de la situación, tal como resultaba del desistimiento del Sexto Ejército de toda tentativa de ruptura por una parte, y del giro que la lucha tomaba para el frente del Grupo de Ejércitos del Don como consecuencia del fallo en el ala derecha (Ejército italiano) del Grupo B, por otra.

Ya antes hemos hablado de la situación difícil en que había puesto al Cuarto Ejército Panzer el hecho de que el enemigo lanzase a su paso fuerzas cada vez mayores retiradas del cerco de Stalingrado. Así sucedió que en los combates entre Akssay y Kotelni-

kovo y en el que tuvo que librar para hacerse con esta base de partida para su ofensiva de liberación, el Cuerpo LVII de dicho ejército panzer, abandonado en la pelea por los rumanos, había sufrido bajas considerables, especialmente en su ya muy agotada 23ª División. Como luego tampoco acudieron los refuerzos del Grupo de Ejércitos A reclamados por el mando del Grupo del Don, llegamos incluso a temer que el Cuarto Ejército Panzer no pudiese ni aún estorbar el acceso de fuertes contingentes enemigos a la retaguardia del Primer Ejército Panzer.

No menos crítica se presentaba la situación en el resto del frente del Grupo de Ejércitos. En el que hasta ahora había sido el sector del Tercer Ejército rumano, la retirada del Cuarto Ejército Panzer al este del Don le había permitido al enemigo cruzar el río helado por sector de Potenkinskaia y un poco después también por el de Zymlianskaya, con la consiguiente amenaza sobre los flancos y retaguardia de las posiciones del Chir. En auqel frente el general Mieth había pasado a asumir el mando del Tercer Ejército rumano: éste, en vista de que los rusos habían cruzado el Don por el este y el sur, no tuvo más remedio que replegarse con su grupo, paso a paso y luchando, a detrás del sector de Kagalnik.

Pero más peligroso que aquí era el esta de cosas en el ala izquierda del grupo de Ejército. Verdad es que el Destacamento de Ejército Hollidt había conseguido replegar sus fuerzas desde el Chir superior hacia el sur, a pesar del abandono de las divisiones rumanas. En cambio, una división recién llegada, y de nueva formación por cierto, que debía encargarse de la protección del flanco del Destacamento Hollidt en el Bystraja Gnilaja, cedió el peso de este sector por Miljutinskij sin llevar a cabo la resistencia esperada, con lo que el enemigo se encontró con vía libre sore el flanco de Hollidt y aun sobre la importante base aérea de Morosovski.

De muy superior trascendencia, con todo, resultaba el hecho de que a consecuencia del desmoronamiento del Ejército italiano y de la casi total desaparición de las fuerzas rumanas del campo de batalla (el I y el II Cuerpos de Ejércitos rumanos de la hasta ahora ala izquierda del Destacamento Hollidt), podía el enemigo lanzarse casi sin resistencia a la conquista de los pasos del Don por Forchstadt, Kamensk y Voroschilovgrad. Solamente en Millerovo el Grupo de Fretter-Pico, de nueva formación, resistía, en el ala derecha del Grupo de Ejércitos B, como

un islote solitario los embates de la marea roja. Lo que, sin embargo, no impedía que el enemigo pudiese elegir entre girar al este sobre la retaguardia del Destaca-

mento Hollidt o bien sobre el Grupo Mieth, o continuar, si lo prefería, su ruta del sur hasta Rostov.

Indudablemente, la situación del Grupo de Ejércitos del Don era bastante seria como se echa de ver por lo que antecede. Y si al menos se hubiese tratado solamente del Grupo de Ejércitos, aún hubiéramos podido salvar la crisis recurriendo sin miramientos a una maniobra de enroque, como solución más práctica y rápida. Nos hubiera bastado con retirar a Rostov en un solo impulso al Cuarto Ejército Panzer, para lanzarlo seguidamente a despejar el hacia el oeste. Porque entonces habríamos retirado al Donetz las fuerzas del Grupo Mieth y del Destacamento de Ejército Hollidt, que todavía luchaban en la gran curva del Don.

Sólo que a esta solución se oponía el hecho de que el Grupo de Ejércitos A seguía todavía inmovilizado en sus posiciones del Cáucaso, y mal podía el Grupo del Don desamparar su retaguardia mediante la reagrupación de fuerzas en el ala occidental. Nuestra misión estaba más bien en seguir cubriendo la retaguardia del Grupo A y en mantenerle además libres sus comunicaciones por Rostov.

Por eso la idea operativa que en rigor pudiera interesar al Grupo del Don, de salir al paso del intento enemigo de cortar toda el ala sur de los ejércitos oponiéndole nuestra maniobra de dislocación del punto de gravedad sobre el ala occidental, no podía llevarse a efecto por el momento.

De suerte que si ya en las primeras semanas de ejercer nuestro mando habíamos postergado de propósito la idea acariciada, para dedicar todo el empeño a la liberación del Sexto Ejército, ahora, en la segunda fase, nos veíamos obligados a posponer también el riesgo cada vez mayor del flanco occidental por seguir la desesperada lucha que la libertad de la retaguardia del Grupo de Ejércitos A reclamaba.

De sobra debiera haber comprendido el mando supremo alemán que el Grupo de Ejércitos A no podría seguir sosteniéndose en el Cáucaso si no conseguíamos liberar al punto al Sexto Ejército y no podíamos contar, por ende, con la posibilidad de afianzar media-

namente la situaciónen la gran curva del Don. Pero lo que ya parece inconcebible es que no cayera al menos en ello luego que en el ala derecha del Grupo de Ejércitos B se hubo abierto paso hacia Rostov el enemigo. Porque ahora resultaba ya demasiado evidente lo insostenible. Porque ahora resultaba ya demasiado evidente lo insostenible del frente del Cáucaso, salvo si Hitler se hubiese hallado en condiciones de retirar de otros escenarios bélicos grandes contingentes de tropas.

Ya el 20 de diciembre, fecha en que la fuga de dos divisiones italianas dejara al descubierto el flanco del Destacamento de Ejército de Hollidt y expedito a los rusos el camino para los pasos del Donetz, había advertido yo al general Zeitzler que en adelante podrían los rusos buscar la decisión contra toda el ala sur alemana sólo con insistir en su avance sobre Rostov.

Luego, el 24 de diciembre, nuevamente llamaba la atención sobre que ya no se trataba meramente de la suerte del Grupo de Ejércitos del Don, sino también de la del Grupo de Ejércitos A.

La recusación de mi demanda de cesión de fuerzas del Grupo de Ejércitos A para enviarlas a Rostov y al Cuarto Ejército Panzer, queda mencionada en otro lugar. Y sin embargo, incluso renunciando a todo ulterior intento de tenderle la mano el ejército cercado, él refuerzo del Cuarto Ejército Panzer hubiera sido igualmente necesario en interés del Grupo de Ejército A. porque bien a la vida estaba que una derrota del Cuarto Ejército Panzer le franquearía al enemigo el paso a la retaguardia del Grupo A. como, por otra parte, era de presumir que este Grupo no iba a hallarse dispuesto a la cesión voluntaria de ninguna de sus fracciones, en el

mando supremo estaba tomar la consiguiente determinación y ordenar la compensación que estableciese el debido equilibrio de fuerzas entre ambos Grupos. Acaso contribuyera también bastante a que el Grupo de Ejércitos A se negase a cedernos las divisiones que le pedíamos (véase el capítulo <Stalingrado>) el hecho de que sus diferentes unidades se hallaban muy confusamente organizadas y ello hacía difícil o al menos muy lento el retirar de él grandes unidades. Esta confusión o mezcolanza se debía en gran parte a la necesidad en que se habían cerrar las brechas abiertas por el enemigo. Pero buena parte de culpa de aquel maremágnum había que achacarla también a quien había tenido al Grupo de Ejércitos durante meses enteros sin un comandante en jefe propio, que se cuidase del orden y buena marcha de sus unidades. Que bastantes son ya por desgracia los jefes militares que no se percatan de la conveniencia de respetar la normal

composición de sus formaciones y de que la continuidad es indispensable si se quiere obtener de ellas un rendimiento máximo y asegurarse su impecable flexibilidad operativa. Cuando, además, sucede como en este caso que las fuerzas carecen de comandante en jefe durante mucho tiempo, nada tiene de extraño que las tropas anden embarulladas en su organización.

Cediendo a los constantes apremios de nuestro mando, el de diciembre Hitler por fin se decidió a ordenar el repliegue al sector del Kuma entre Piatigorsk y Paskoveia del Primer Ejército Panzer, que en su condición de ala oriental del Grupo de Ejércitos A corría el mayor peligro. Pero no se crea por eso que pensase todavía en abandonar el frente del Cáucaso. Por lo visto, seguía confiando en que con retraer un poco el ala oriental del Grupo A hasta el Kuma habría ganado éste el apoyo de que carecía en la depresión del Manytsch y ya podría estabilizar la situación entre este rio y el Don, así como en la gran curva del último, y mantener al mismo tiempo las comunicaciones del ala sur, que a retaguardia corrían hacia occidente sobre el Dnieper inferior. En consecuencia, el <balcón> que en noviembre había formado el frente en un violento avance de parte de su línea hasta el Cáucaso y el Volga, dando lugar a una desfavorable evolución de la situación, no quedaba ahora eliminado, sino tan sólo reducido. De dónde habrían de sacarse ahora las fuerzas que compensasen la ausencia de los

dos ejércitos rumanos y del italiano, así como la que pronto íbamos a padecer del húngaro, era cuestión envuelta en el misterio más impenetrable. Un misterio que traería por consecuencias el abandono forzoso de lo que aún restaba del frente del Cáucaso.

En esta segunda parte de su lucha, el Grupo de Ejércitos del Don había de hacer frente a los siguientes cometidos: en vez de proceder, como su propia situación demandaba, a un radical cambio del punto de gravedad sobre su ala occidental para prevenir el peligro de verse cortado, lo que tenia que hacer era seguir luchando por ganar tiempo, en una situación cada vez más apurada.

Al sur del Don inferior había de sostener la retaguardia del Grupo de Ejércitos A y mantener de paso abiertas las comunicaciones por Rostov. Doble tarea que evidentemente parecía muy superior a las débiles fuerzas del Cuarto Ejército Panzer, dada la vastedad de la región que debería defender entre el Don y el Cáucaso contra un enemigo muy superior en número y medios.

En el gran codo del Don y delante del Donetz, el Destacamento de Ejército de Hollidt tenía por misión retardar y entorpecer el avance enemigo al norte del Don inferior, de tal suerte que éste no pudiese llegar en rauda marcha desde el este por Rostov y aislar al Cuarto Ejército Panzer y, por consiguiente, al Grupo de Ejército A. Al mismo tiempo, tendría que atender también a cerrarle al enemigo el paso por la línea del Donetz delimitada por las localidades Forchstadt –Kamensk-Worochilowgrad, o, lo que es igual, el acceso a Rostov desde el norte.

Finalmente, aún tenía el Grupo de ejércitos que hallar medios y expedientes para conseguir, con sus propias fuerzas y con los mezquinos refuerzos que el Alto Mando del Ejército podía ir

poniendo en camino, mantener las comunicaciones de retaguardia que hacia el oeste pasaban por el Dnieper inferior.

Todo ello, con tropas que llevaqban ya mucho tiempo sobrecargadas de fatiga y que, agotadas como estaban, habían de hacer frente a un enemigo mucho más poderoso y fresco.

Mas con ser esto ya de por sí muy difícil, el riesgo principal estaba en el hecho de que el Grupo de Ejército A no se hallase en situación de retirarse pronto de la zona del Cáucaso. Una vez más se demostraba aquí cuán cierto es que la guerra de posiciones- y en tal se había convertido la lucha en aquel frente lleva indefectiblemente aparejado un aniquilamiento tanto de las unidades como el mando. es una secuela fatal el que sólo atendiendo a la economía de fuerzas haya que empotrar las armas pesadas, construir abrigos y montar servicios que hagan más llevadera la vida de las tropas, y procurarles todas aquellas comodidades que su plan de algún modo el descanso por relevo, cuando la carencia de reservas lo hace imposible. Luego, como por regla general no hay modo de alimentar los caballos en los sectores en donde la lucha se torna estacionaria, queda el solo recurso de retirarlos muy a retaguardia, dejando así a las tropas cada vez más incapacitadas para la lucha móvil. Y si esto es una verdad universal, más lo era todavía en Rusia, en donde el invierno hace intransitables los caminos, ya de suyo arduos por lo montañoso de aquellos terrenos.

El resultado es siempre el que tropas y mandos vayan perdiendo la aptitud de adaptarse a las cambiantes situaciones que la guerra de movimiento impone cada día. Sobreviene entonces esa fase de predominio de la apatía, de apego a la rutina de lo conocido, y se comineza a experimentar una viva repugnancia a toda mutación que implique relevos complicados, dislocación de fuer-

zas, incomodidades y riesgos imprevistos. Como, además, la inevitable acumulación de armas, de pertrechos y provisiones de toda suerte estimula en los poseedores el sentimiento de seguridad al amparo de estos recursos, instintivamente llegan a recelar que no podrían continuar la guerra sin ellos. Y así, cuando al mando de las fuerzas estacionadas se le presenta la necesidad de un repliegue de gran alcance, lo corriente es que por de pronto reclame un

largo período para los preparativos de la evacuación. Cuando no se da sencillamente el caso de que rehúsa de plano acometer la maniobra por no renunciar al material que estima indispensable y que antepone a la misma posibilidad de salvación entrevista en la retirada. Recordemos, sino, el caso de un jefe militar tan notable como Ludendorff, que en el año 1918, luego que la ofensiva alemana se hubo estancado, no se sintió con ánimos para pasar por una amplia maniobra de repliegue a la guerra de movimiento, única que entonces podía ofrecerle aún una esperanza de victoria. Su embarazo estaba, a fin de cuentas, en que suponía que no debía sacrificar el material acumulado en el frente alemán y en su inmediata retaguardia, o bien en que no acababa de desprenderse de la renuencia sentimental a renunciar a unas posiciones ganadas a costa de tantos sacrificios.

Pues bien, la situación en el frente del grupo de Ejércitos A era justamente ésta. Una conferencia celebrada con su jefe de estado Mayor el 29 de diciembre puso de manifiesto que hasta el 2 de enero no juzgaba factible la iniciación de la maniobra de repliegue del Primer Ejército Panzer. De suerte que sólo pudimos conseguir que adelantase el repliegue en una fecha, gracias al carburante que le facilitamos. Aun así, había de venirnos aquel Grupo de Ejércitos pocos días después con la noticia de que el repliegue de aquella unidad hasta la línea del Kuma sólo podría llevarse a cabo por etapas, que le permitiesen evacuar al mismo tiempo el material y retirar de los sanatorios del Cáucaso los heridos y enfermos allí alojados. El Primer Ejército Panzer necesitaría 155 trenes para la evacuación (a 20 por división) y 25 días para concentrarse en la línea del Kuma a causa del escaso rendimiento de las líneas y material ferroviarios. Pero la fundamental explicación de esta lentitud estaba en la desidia de no haber tomado medida alguna precautoria para el caso de una evacuación, a pesar de que desde fines de noviembre debieran haberse percatado de que la retaguardia del Grupo de Ejércitos A corría ya peligro y de que, más pronto o más tarde, habría que proceder en consecuencia. Tampoco cabe desconocer, claro está, el he-

cho de que Hitler tenía prohibidos tales preparativos o que los habría prohibido tan pronto como tuviese noticia de ellos. Ni menos debemos pasar por alto lo mucho que a este estado de cosas contribuyó el hecho de que hubiera estado tanto tiempo aquel Grupo de Ejércitos sin un efectivo comandante en jefe.

El Alto Mando de Ejército había pensado en poner bajo el mío al Grupo de Ejércitos A, cuyo comandante en jefe ara ahora el coronel general Von Kleist. Medida ésta de subordinar un Grupo de Ejércitos o un ejército contiguo al mando de otro Grupo de igual categoría, que en la práctica suele ser, una fuente de malandanzas. En la crítica situación a que habíamos llegado hubiera reportado, sin embargo, un efectivo provecho en el supuesto de que la subordinación de aquellas fuerzas a mi mando tuviese efecto en forma total y sin limitaciones. Siempre, digámoslo en otras palabras, que Hitler no pudiese entrometerse en las medidas del mando ulterior de los Grupos conjuntos ni el Grupo A tuviese el recurso de invocar contra ellas ninguna disposición hitleriana divergente o en pugna. Como era de recelar, Hitler no se avino a estas condiciones que por conducto del Alto Mando del Ejército le puse para hacerme cargo de los dos Grupos. Con lo que el Grupo A continuó en su situación autónoma y al del Don no le quedó más recurso que seguir apremiándole paraqué acelerase las medidas que habrían de permitir retirar de él cuanto antes fuerzas con las que atacar ante todo el problema del sur del Don, para intervenir luego decisivamente en el ala occidental de nuestro propio Grupo. Porque lo que ahora interesaba primordialmente era abreviar en lo posible la segunda fase de la campaña de invierno, contraída a liberar la retaguardia del Grupo de Ejércitos A, para pasar seguidamente a restablecer de lleno la situación en el ala sur; lo que sólo cabía esperar si derrotásemos al enemigo que trataba de envolverla por occidente. Y lo cierto es que conseguimos reducir bastante los plazos previstos para la evacuación del Cáucaso.

Eran los referidos obstáculos consecuencia en parte de la guerra de posiciones y de lo arduo de la orografía montañosa del escenario de la contienda, y en parte venían de la resistencia del mando supremo a ceder nada espontáneamente. El caso es que dieron lugar a que desde fines de diciembre a principios de febrero se viese el Grupo de Ejércitos del Don inmovilizado en una lucha en el sector de este río, peligrosa, sobre todo, por lo que su duración acentuaba el riesgo de estrangulamiento de toda el ala sur de nuestras fuerzas, consiguientes a los reveses del Grupo de Ejércitos B.

Quien deseare un ejemplo de aplicación del principio de que <la estrategia es una sistematización del recurso>; apenas podrá hallar otro más preciso que el de esta lucha de los dos ejércitos del Grupo del Don. Que si, a pesar de las numerosas crisis, pudimos llegar a dominar las improbas tareas antes apuntadas, merced fue a que; tanto el mando del Grupo como el de cada uno de los ejércitos, supo atenerse en todo momento a los bien probados principios de la tradicional capitanía alemana, de:

Operar con flexible agilidad y conceder el mayor margen posible a la iniciativa y a la autonomía de los mandos de todas las categorías.

Normas que, desgraciadamente, se hallaban en franca colisión con el criterio de Hitler en la materia.

Por lo que toca a la primera de ellas, ocasión tendremos de verla confirmada cuando llegue la hora de referir los combates de ambos ejércitos. En cuanto a la segunda, permítasenos adelantar aquí algunas consideraciones.

Siempre ha estado el punto fuerte de la manera alemana de mandar en campaña en asegurarle a la personalidad del jefe subalterno un generoso margen de independencia mediante la asignación de cometidos o misiones, dejando al buen criterio del correspondiente jefe la manera de cumplirlos. Y ya desde remotos tiempos- por lo menos, desde los del viejo Moltke- ha sido también la observancia de este principio lo que distinguió la capitanía alemana de la de casi todos los demás ejércitos. Porque mientras que en éstos suele restringirse considerablemente la libertad de los mandos dependientes, mediante largas y minuciosas instrucciones con prescripción concreta de la forma de ejecución y constricción de las facultades tácticas a unos esquemas inflexibles, ha prevalecido siempre en Alemania la opinión de que tal proceder resulta nocivo. Reconozco que el sistema no deja de prevenir el riesgo de tal o cual fracaso cuando se trate de mandos mediocres. Tiene, en cambio, el inconveniente de que, en otro caso, tampoco puedan los encargados de la ejecución acomodarse a las exigencias del momento y del sitio y aún hayan de obrar en contra de lo que éstas pedirían. Pero, sobre todo, la más notable desventaja de este procedimiento hemos de verla en el hecho de que de antemano sacrifique a una seguridad siempre problemática la posibilidad magnífica que acaso una situación favorable, pero imprevista, o una oportunidad momentánea, pudieran brindarle a la actuación resuelta y audaz de un jefe menos coartado. Después de todo, el sis-

tema alemán puede decirse que descansa en el mismo carácter germano, que acaso quede en la sangre alemana- contra lo que pretende el manido tópico de la obediencia ciega- como un vestigio de la pasión aventurara y arriscada de nuestros mayores. Verdad es, por otra parte, que la intangibilidad de esta independencia de los mandos subalternos presupone la condición de que todos los miembros de la jerarquía militar se hallen como consubstanciados con determinados principios de actuación estratégico- táctica. Unanimidad de enfoque que tan sólo la Escuela de Estado Mayor de Alemania ha llevado a este grado de perfección. Aun así, es ver en la duda de si deberá o no intervenir en el mando de los ejércitos de él dependientes y hasta en el de las unidades inferiores. Necesidad que se hace más frecuente y perentoria a medida que la dificultad de la situación y de la escasez de fuerzas con que tengamos que hacer frente a aquélla. Entonces es cuando uno se ve más solicitado por la tentación de meter baza en el juego de los subordinados, aunque siempre será, en última instancia, el motivo determinante de estas excepciones la mayor o menor confianza que los subalternos nos inspiren.

Por lo que al mando de nuestro Grupo toca, creo poder asegurar que las intervenciones en la esfera del subordinado se limitaron estrictamente a lo indispensable, como, por ejemplo, a aquellos casos en los que la intención operativa del Grupo de Ejércitos implicaba responsabilidades desproporcionadas para el de cada uno de los ejércitos. Y en cuanto a los <conejos> coactivos, que en realidad no son otra cosa que el dogal de toda iniciativa y una sinuosa triquiñuela para velar la orden restrictiva, ni que decir tiene que los evitamos por principio.

Que Hitler mostraba escasa comprensión para con esta calificada norma de la capitanía alemana, y que a cada paso trataba de inmiscuirse mediante órdenes concretas en la esfera de los mandos militares del suyo dependientes, ya lo hicimos constar en el momento oportuno. Sus órdenes en estos casos resultaban inesquivables siempre que guardasen relación con las operaciones de los Grupos de Ejércitos contiguos o con la disponibilidad de unidades calificadas como reservas del Alto Mando del Ejército. Pero cuando- como sucedía con frecuencia- disponían que tal o cual línea había de ser mantenida hasta el último extremo, era la fuerza de las circunstancias la que acababa casi siempre por imponerse.

Más arduo se hacía todavía el llevarle a adoptar una decisión

ineludible, cuando- como también dejamos dicho- se había puesto a diferirla por ingrato no había manera de arrancarle entonces una orden clara y terminante. El único recurso que nos quedaba en tales situaciones era el de notificar que si antes de tal o cual fecha u hora no recibíamos instrucciones del Alto Mando del Ejército, procederíamos como estimásemos más conveniente.

No podrán quejarse, en cambio, los ejércitos que de mi mando dependieron de que ni esta campaña ni después me mostrara remiso en la adopción de medidas tan pronto como la situación las reclamaba. Si aquellos mandos acudían al mío con alguna cuestión o demanda, al punto se vieron atendidos y satisfechos. Lo que no obsta para que en casos de excepcional gravedad se reservase al mando del Grupo de Ejércitos la decisión por muy breve tiempo, limitado a unas horas o, cuando más, a la fecha siguiente.

En líneas generales, tengo la satisfacción de que, salvo en la cuestión de Stalingrado, siempre haya acabado el mando del Grupo de Ejércitos por ir sacando a flote sus proyectos, a pesar de todas las intromisiones y dilaciones de Hitler.

Los combates del Cuarto Ejército Panzer al sur del Don inferior

Doble era la tarea a que había de hacer frente el Cuarto Ejército Panzer para asegurar la retaguardia del grupo de Ejércitos A.

Tenía, en primer lugar, que evitar que el enemigo que venía en seguimiento del Primer Ejército Panzer lo acometiese por su retaguardia antes de que éste hubiese girado del frente del Cáucaso y establecido uno combinado en dirección del este.

Pero al mismo tiempo había de impedir también que los rusos rompiesen hacia Rostov por el curso inferior del Don y cortasen así las comunicaciones de retaguardia tanto del Cuarto Ejército Panzer vertiente norte el Cáucaso.

Como antes dijimos, a la altura de Kotelnikovo y después de la merma de los rumanos, el ejército constaba solamente del LVIII Cuerpo Panzer, con dos divisiones ya muy reducidas (la 17ª y la 23ª Panzer). Porque la 15 División de Campaña de la Luftwaffe todavía no se encontraba a punto para inervenir, y la 16ª Motoriza-

da tampoco había sido relevada aún en Elista por fuerzas del Grupo de Ejércitos A.

todos los esfuerzos del mando del Grupo de Ejércitos para que se le enviasen con urgencia contingentes de refuerzo a este ejército, resultaron fallidos. La incorporación del III Cuerpo Panzer procedente del Grupo de Ejércitos A, dicho queda que nos había sido rehusada por el Alto Mando del Ejército. Y en cuanto a la 7ª División Panzer, en la que luego había pensado el mando del Grupo de Ejércitos para empeñar en la lucha con el Cuarto Ejército Panzer, la mantenía Hitler inmovilizada en Rostov, a fin de cubrir hacia el norte el paso del río después de la catástrofe del Ejército italiano. Idea, en verdad, que tampoco podía darse por descabellada sin más ni más. El único reparo que ya entonces podía ponerse le era el de que para este objeto hubiera bastado la división de infantería cuya cesión habíamos solicitado del Grupo de Ejércitos A (del Decimoséptimo Ejército). Sólo que Hitler se la había rehusado al Grupo del Don por temor a que, al reritarla del sector de Novorossisk, las divisiones rumanas que lo cubrían fuesen a flaquear.

En gran peligro se vio la retaguardia del Primer Ejército Panzer en el momento en que contingentes considerables de las fuerzas enemigas, que venían en seguimiento del Cuarto Panzer, evolucionaron hacia el sur contra el primero de los citados, que empezaba a replegarse. Del apurado trance pudo sacarle la 16ª División Motorizada, atacando con éxito al enemigo y cerrándole luego el paso detrás del Manytsch; pero por lo mismo ya no hubo modo de que siguiese asistiendo al Cuarto Ejército Panzer en la lucha, hasta mediados de enero, en que volvió a incorporársele.

En cambio, una medida que el mando del Grupo de Ejército iba a tomar dentro de su propia esfera para reforzar al Cuarto Ejército Panzer, nos la frustró el enemigo. Se trataba de que la 11ª División Panzer fuese transferida de la gran curva del Don al ejército situados en el curso inerior del río y lo sucedido fue que al tiempo de ir a efectuar la maniobra, traspuso el enemigo el Don por dos puntos para acometer por retaguardia desde el sur o el sudeste al Grupo de Miet que seguía en el Chir inferior con su frente al norte. En vista de lo cual, para facilitarle al Grupo atacado su evolución y repliegue hasta dejarlo detrás del sector de Kagalnik con frente al este, no hubo más remedio que asestar la 11ª División Panzer al norte del Don y privar así de ella al Cuarto Ejército Panzer.

En resumidas cuentas, a las dos divisiones en cuestión del LVII Cuerpo Panzer sólo se les pudo agregar la División Wiking de las

SS, ya antes cedida por el Grupo de Ejércitos A (y la 16 motorizada a mediados de enero).

En cambio, el enemigo presionaba al ejército por Kotelnikovo con el 51º Ejército y el Segundo de Guardias, que disponían en conjunto de un cuerpo panzer y tres motorizados, tres de fusileros y uno de caballería. Y pronto asomaba también más al sur un tercer ejército (el 28º) procedente de la Estepa de los Calmucos.

Si Hitler se imaginaba, pues, que con aquella desproporción de fuerzas y la vastedad del espacio encomendado a la defensa del ejército iba a poder mandar unas <líneas> determinadas que nuestras tropas tendrían que mantener en tanto él no les autorizase a replegarse, bien equivocado estaba. Porque el intento de mantener en semejante situación al ejército, con señalarle unos límites de los que no podría retrarse, equivalía en la práctica a pretender contener al enemigo con una tela de araña. Mas como él seguía obstinado en su manía de coartar la libertad operativa con órdenes y más órdenes de sostenerse en la línea tal o cual y al mismo tiempo inconmovible en rehusarle al Cuarto Ejército Panzer los refuerzos que el mando del Grupo de Ejércitos venía solicitando, el 5 de enero ya me vi forzado a instar mi relevo en el cargo de comandante en jefe. En consecuencia, en un telegrama dirigido al jefe del Estado Mayor Central, manifestaba lo siguiente: <toda vez que mis propuestas no son aceptadas y se nos cohíbe en cambio cada vez más, no encuentro que pueda ser de ninguna utilidad mi función de comandante en jefe. Más adecuada a la situación parece quesería la creación de una “delegación” semejante a la de la Jefatura Central de Servicios.> (Las Delegaciones de la jefatura Central de Servicios se cubrían exclusivamente con oficiales superiores del Estado Mayor General, quienes se encargaban del abastecimiento de los Grupos de Ejércitos siguiendo órdenes directas de la Central.)

Dada la situación, lo más sensato era que el Cuarto Ejército Panzer tratase de mantener su potencial concentrado, en vez de dispersarse en un vano intento de ofrecer resistencia de vastos frentes. Sólo así se hallaría en condiciones de presentársela eficaz al enemigo en los puntos decisivos o de asestarle por sorpresa algunos sensibles golpes. Que para ello tendría que pasar por dejar a

veces totalmente desguarnecidos ciertos sectores de la zona encomendada a su defensa y contentarse en otros con poco más que una simulación, es evidente.

Tal fue la difícil tarea que el mando ágil, sereno y audaz del coronel general Hoth, auxiliado por su excelente jefe de Estado Mayor, general Fangohr, acertó a superar. Hábilmente supo contener el avance del enemigo que le atacaba de frente, sin exponerse por eso a una derrota por excesiva resistencia en una posición determinada. Mediante rápidas dislocaciones del grueso de sus fuerzas de una a otra ala, en todo momento salía al paso de las intenciones de cerco del enemigo, batiéndole con golpes certeros y fulminantes allí donde había creído el adversario hallarle más desprevenido.

El mando del Grupo de Ejércitos se reservaba tan sólo la facultad de relevarle con las correspondientes órdenes de la responsabilidad de las medidas más audaces, puesto que ya no podía ayudarle con los refuerzos que la gravedad de la situación reclamaba. Porque, como antes decimos, la misión del Cuarto Ejército Panzer era doble. Por un lado tenía que impedir que el Primer Ejército Panzer fuese alcanzado en su retaguardia al replegarse del Cáucaso por los tres ejércitos enemigos que le perseguían y trataban de frustrar su intento de establecerse en línea de combate con frente al este, y, al mismo tiempo, había de prevenir la maniobra del adversario de abrirse paso hacia Rostov por el curso inferior del Don, por la que hubiera dejado aislados a los tres ejércitos que todavía luchaban al sur del río.

De haber rente a las dos tareas no era capaz, naturalmente, el Cuarto Ejército Panzer. Si acaso, lo sería de acometer una de ellas. A cuál de las dos habíamos de conceder prelación, era lo que el mando del Grupo de Ejércitos iba a discernir, tomando sobre sí la responsabilidad de la decisión.

En efecto; concedimos la preferencia a la protección de la retirada del Primer Ejército Panzer, aun reconociendo que a la larga era más graves el peligro de Rostov. Pero la consideración que nos aconsejaba esta preferencia era la que si el enemigo conseguía alcanzar la retaguardia del Primer Ejército Panzer en su retirada del Cáucaso y envolverlo, de nada nos valdría ya la posesión de Rostov, pues la suerte de los tres ejércitos alemanes situados al sur del Don inferior quedaría echada. En cambio, si llegábamos a ver replegado en su posición de destino al Primer Ejército Panzer, siempre cabía esperar que habríamos de hallar recursos y expedientes para salir de la crisis a que tal vez se hubiera llegado en Rostov.

En realidad, el enemigo trató de probar fortuna en ambos sentidos. Mencionado queda ya el hecho de que la retaguardia del Primer Ejército Panzer resultó desbaratada por nuestra 16ª División Motorizada en el Manytsch superior. Pero, además de esto, el enemigo intentó también repetidas veces envolver por el sur al Cuarto Ejército Panzer e interponerse así entre él y el Primer Ejército Panzer. Simultáneamente pugnaba por avanzar con un cuerpo panzer a lo largo del Don inferior por Konstantinovka en dirección a Rostov, y el 7 de enero fuerzas poco considerables de los rusos asomaban por el lado norte de aquel río, a unos 20 kilómetros de Novocherkask, sede del mando del Grupo de Ejércitos, después de haber desfondado la resistencia de los cosacos y auxiliares que allí constituían nuestra defensa. Tuvimos que ahuyentar a estos <quintacolumnistas> con algunos tanques tomados de los talleres de reparación y puestos bajo el mando del capitán Annus, de la sección de Operaciones de nuestro Estado Mayor. Más tarde el citado cuerpo de tanques enemigo giró por Konstantinovka hacia el sudeste sobre la retaguardia del Cuarto Ejército Panzer acabó también por sacudirse el que representaba esta amenaza sobre su flanco norte.

El 14 de enero el Primer Ejército Panzer había terminando, por fin, su maniobra de repliegue. De este modo se encontraba antes de la misión del Cuarto Ejército Panzer, de mantener exenta la retaguardia del Grupo de Ejércitos A en el sector del sur del Don. Le faltaba llevar a cabo la segunda parte, despejando la situación comprometida de las comunicaciones de dicho Grupo por Rostov. La dificultad de imponerse también al superior enemigo en esta segunda fase, se acentuaba aún más por la circunstancia de que el Primer Ejército Panzer tuviese que continuar algunos días en la líneas alcanzaba para pre tuviese que continuar algunos días en la línea alcanzada para preparar la evacuación completa de la zona que dejaba atrás. Y como Hitler no acababa de resolverse a ceder la región del Cáucaso, la si-

tuación del Cuarto Ejército Panzer hubo de verse tan forzada, que casi tocaba el problema con lo insoluble. Baste decir que ni siquiera conseguimos que se pronunciase sobre la cuestión de si el Primer Ejército Panzer había de ser retirado por Rostov al lado norte del Don, o si todo el Grupo de Ejércitos A debería permanecer en la región del Sabun.

La lucha del Destacamento de Ejército de Hollidt

Mientras que el Cuarto Ejército Panzer cumplía en la primera quincena de enero su misión al sur del Don, no menos ardua era la que tenía que acometer en el sector de la gran curva del río el Destacamento Hollidt, contra cuyas posiciones en el Chir, el enemigo no había cesado de lanzar sus ataques con gran superioridad numérica durante las semanas precedentes.

A las órdenes del general Hollidt se encontraba el Grupo de Mieth, formado por cuatro divisiones de infantería (62ª, 294ª, 346ª y 387ª), ya muy diezmadas por los combates precedentes, para cubrir unos 200 kilómetros de frente, desde Nishne Chirkaja, junto al Don, hasta Kamensk-Schachtinkski. Aparte de estas fuerzas, contaba aquel frente con <unidades de alarma> y con la valiosa asistencia de unidades de artillería antiaérea al mando del experto general Stahel. Las dos divisiones de campaña de la Luftwaffe de que también disponía el Destacamento Hollidt no dejaban de ser restos cuya incorporación a las divisiones del ejército se había hecho ineludible. El núcleo del Destacamento Hollidt estaba formado por la llegada, mientras que se tuvo que retirar la malparada 22ª Panzer.

Éstas eran las fuerzas con las que el general Hollist tenía que intentar frenar el avance del enemigo desde el norte en dirección al curso inferior del Don, o sea, contra la retaguardia del Cuarto Ejército A y el Cuarto Ejército Panzer, y, sobre todo, impedir que se abriese paso hacia Rostov mientras el Grupo de Ejércitos A y el Cuarto Ejército Panzer se hallasen en el sector sur del Don inferior. Por otra parte, había de prevenir también al Destacamento Hollidt del riesgo de que el enemigo, que se hallaba frente a su ala izquierda, forzase los pasos del donetz entre Forchstadt y Voroschilovgrad y se viese de esta suerte con vía libre hacia Rostov desde el noroeste. Y a todo esto, el Destacamento debía velar por sus dos flancos amenazados. El occidental había quedado al descubierto tras la desaparición de

los italianos del campo de batalla y a la espera de la llegada del Grupo Fretter-pico, que se acercaba lentamente a relevarles, replegándose desde la región de Millerovo en dirección al Donet sin dejar de combatir. La amenaza del flanco oriental del Destacamento residía en varios cuerpos enemigos que habían cruzado el Don primero por Potemkinskaia y más tarde por Zyraljanskaja. El Destacamento Hollidt pudo hacer frente a esta embestida gracias a la ya citada intervención de la 11ª División Panzer y al movimiento del Grupo Mieth en un frente dirigido al este y replegado detrás del sector de Kagalnik.

Al igual que al Cuarto Ejército Panzer, el destacamento Hollidt salió airoso de su empeño merced a un mando ágil y al mismo tiempo firme, que le permitió sobreponerse a las frecuentes crisis y a la fatiga de los incesantes combates. Pero el Grupo de Ejércitos ocasiones debido a sus constantes actuaciones, ordenándole concentrar sus fuerzas blindadas para descargar breves y eficaces golpes, con el riesgo que suponía desguarnecer para ello otros sectores. Bien es verdad que por el momento cuidábamos de hacerlo en los momentos en los que la amenaza era menor.

Pero el mérito de que el Destacamento Hollidt consiguiera, en encarnizadas luchas, detener al fin al enemigo en el Donetz e impedir así que el Grupo de ejércitos A y el Cuarto Ejército Panzer quedasen aislados al sur del Don inferior, corresponde- además de la indudable acierto de sus mandos- singularmente al valor con que las divisiones de infantería y las restantes unidades de primera línea supieron aguantar los repetidos ataques del enemigo. Claro ésta que su tenaz defensa no hubiera podido prolongarse tanto, si nuestras divisiones de tanques no hubiesen acudido oportunamente a los puntos decisivos. Tal fue, por ejemplo, el caso en que despejaron el peligro de cerco inminente del ala derecha del Destacamento, facilitando su repliegue y conversión de frente hacia el este en el sector de Kagalnik, para acabar luego frustrando una tentativa de ruptura de aquel frente por el enemigo. Y lo mismo puede decirse de su intervención en el sector del frente norte de la sección delante del Donetz, en donde las divisiones de tanques atacaron por sorpresa las posiciones de partida rusas en el momento en que se disponían a la ofensiva, conjurando con ello una crisis inminente. En este sentido estimamos que la correcta delimitación de competencias estaba en que el mando de la sección correspondiese sacar de estos cortos ataques el mejor partido

a los efectos de su misión defensiva, mientras que al del grupo de Ejércitos tocaba el tomar sobre sí la responsabilidad de que tales golpes se llevasen a cabo. Puesto que de la concentración de tanques para ello indispensables forzosamente resultaban desamparados determinados sectores, lógico parece que fuese el mando del Grupo el que con su orden aliviase al inferior de la responsabilidad de las crisis a que pudiera dar lugar la medida.

La tercera fase: la lucha por mantener las comunicaciones de retaguardia del ala sur alemana

LA OPERACIÓN OPERATIVA A MEDIADOS DE ENERO DE 1943

A mediados de enero de 1943, la situación operativa del ala sur del Frente del Este, cuyos gérmenes habían sido sembrados en las postrimerías del otoño de 1942 por la torpeza del mando alemán de dejar anquilosar el frente en una línea a la larga insostenible desde el punto de vista operativo, había llegado a su madurez. Lo que desde los días de la Navidad de 1942 habíamos visto perfilarse como futuro ineludible al dejar pasar en vano el Sexto Ejército la última oportunidad de una ruptura, se presentaba ahora en toda su cruda realidad. Sólo la lucha desesperada de los mandos y las tropas alemanes había podido ir evitando que sucediese lo peor.

El Sexto Ejército se dirigía inexorablemente hacia su ocaso. En el mejor de los supuestos, únicamente podría retener en un último esfuerzo considerables fuerzas enemigas y prestar con ello a sus camaradas del Cáucaso y de las estepas de la gran curva del Don el máximo servicio de la lealtad hasta la muerte.

Era evidente que la región del Cáucaso no podría seguir ya en nuestras manos, ni siquiera parcialmente, después de haber perdido el Sexto Ejército.

Con todo, gracias a la denodada y hábil lucha del Cuarto Ejército Panzer en el sector del sur del Don, nos restaba por lo menos la posibilidad de no perder juntamente con el Cáucaso el Grupo de Ejércitos A. el repliegue de su ala oriental, tan amenazada, lo habíamos conseguido. Que si bien distaba todavía 300 kilómetros del paso del Don por Rostov del Primer Ejército Panzer, el

peligro de su retaguardia proveniente de la montaña quedaba descartado, y siempre podría completar por sus propios medios lo que aún le restaba de retirada.

En el sector entre el Don y el Donetz habíamos logrado asimismo hasta entonces cerrarle al enemigo el acceso a Rostov, e impedir así que desde el norte dejase caer el rastrillo detrás de nuestros tres ejércitos del sur del Don inferior.

Era igualmente de presumir que ni el Destacamento de Ejército de Hollidt ni el Grupo Fretter-Pico, que luchaba en torno a Millerovo el XXX Cuerpo de Ejército con la 3ª División de Montaña y la 304ª de Infantería, habían de poder impedir que el enemigo cruzase el Donetz aguas arriba de Kamensk-Schachtinskij en cuanto éste se sintiese con fuerzas para tan largo rodeo al oeste. Y entonces tendría ya expedito el camino de Rostov viniendo del noroeste o siguiendo la costa del mar de Azov.

Pero lo peor fue que por aquellos días se derrumbó también el sector del frente del Grupo de Ejércitos B en el Don central hasta entonces defendido por el Ejército húngaro, y que en la catástrofe fue arrastrado también el lado norte del frente de nuestro Grupo que con él confinaba. Como el Grupo de Ejércitos B quería retirar sus fuerzas a detrás aguas arriba de Voroschilovgrad, si bien prácticamente aquel ala del grupo de Ejércitos iba a tardar pocos días en desaparecer. Desde Voroschilovgrad hacia el norte quedó abierta, en efecto, una ancha brecha, en la que tan sólo algunos grupos de combate alemanes del Grupo de Ejércitos B ofrecían aquí y allá desesperada resistencia, en tanto que los húngaros- lo mismo que los italianos- habían desaparecido como por encanto del campo de batalla.

Era manifiesto que el Alto Mando del Grupo de Ejércitos del Don no quedaba ya la menor duda de que había llegado el momento de enrocar con potentes fuerzas de la zona sur del Don al Donetz central, si no quería verse definitivamente aislado del Grupo de Ejércitos A.

Sólo que el mando supremo alemán no compartía aún, ni mucho menos, este parecer, bien porque no se hallase en situación de percatarse de lo que fatalmente había de suceder si no tomábamos medidas tajantes para llegar a sentirnos fuertes en el punto decisivo, en la zona comprendida entre el Donetz y el Dnieper inferior, bien porque no quiseese reconocer lo peligroso de la situación.

Hitler seguía en su lema de no despedirse enteramente de lo conquistado en el Cáucaso, se aferraba a cualquier esperanza,

como la de que aún habría manera de mantener más o menos en precario un frente el sur del Don; que le asegurase por lo menos la posesión de la zona petrolífera de Maikop; y en último término insistía en que había que seguir con una poderosa cabeza de puente en el Kuban, de la pensaba partir nuevamente en su día para apoderarse del petróleo del Cáucaso.

En consecuencia de ello, el mando del Grupo de Ejércitos continuó en las semanas siguientes sin otra salida que la de luchar a la desesperada a ambos lados del Don, para que el Grupo de Ejércitos A pudiese ir replegándose metódicamente. Y no sólo a la lucha fiando con el mando supremo por obtener la autorización para la maniobra de enroque hacia el Donetz, y especialmente para poner en claro qué fuerzas del Grupo de Ejércitos A habrían de retirarse por Rostov a la zona en donde se libraba la batalla resolutiva. Porque, a nuestro parecer, el propósito de inmovilizar fracciones fundamentales del Grupo de Ejércitos A en una cabeza de puente en el Kuban era la consecuencia manifiesta de unas fantasías operativas que jamás habrían de tornarse realidad.

LA LUCHAS DURANTE LA SEGUNDA QUINCENA DE ENERO

El 14 de enero, fecha en la que el Primer Ejército Panzer alcanzaba la línea Cherkask-Petrovskoie, y con ello se orientaba con el frente hacia el este, también la situación cobraba nueva gravedad en el sector del Destacamento de Ejército de Hollidt.

Había conseguido, en efecto, el enemigo romper con un Grupo de tanques a través del sector que en el ala derecha del grupo de Ejércitos B cubría el Grupo Fretter-Pico, por Millerovo, en dirección al Donetz. Y aunque el Alto Mando del Ejército agregaba una nueva división al grupo (la 302ª de Infantería), ya se comprende que no bastaba el refuerzo para estabilizar la situación en el Donetz.

Cuando el 16 de enero dispuso el OKH que el Grupo Fretter-Pico pasase a depender del Grupo de Ejércitos del Don (con la simultánea ampliación del frente hasta el Aidar), ni siquiera estaba seguro de que aquel Grupo pudiese replegarse detrás del río. Que eran no menos de tres o cuatro cuerpos ligeros los que entretanto habían maniobrando por allí, delatando la intención del enemigo de lanzarse contra el Donetz en el sector del Grupo Fretter-Pico por ambos lados de Kamensk-Schachtinskij.

Afortunadamente, acabaría el Destacamento de Ejército de Hollidt de obtener un excelente éxito en su ala izquierda, en Kalitva, atacando por sorpresa con dos divisiones de tanques y desbaratando con ellos los preparativos de un ataque enemigo.

Consecuente con la situación, dispuso el mando del Grupo de Ejércitos que el destacamento de Ejército efectuase el previsto movimiento de repliegue a la posición del Donetz, de manera que lo antes posible una de las divisiones de tanques pudiese pasar a la defensa móvil del sector del río entre Forchstadt y Kamensk. En cambio, para proeseguir la lucha en el sector de nueva asignación del Donetz Kamensk-Voroschilovgrad no contábamos con nada, salvoon los italianos que a él se habían acogido en su fuga. De donde resultaba un peligro nada desdeñable de que el frente del Gupo de Ejércitos del Don en el Donetz seviese en breve envuelto por occidente.

Por otro lado, empezaba a perfilarse igualmente la intención del enemigo de envolver, viniendo del este, el Destacamento de Ejército de Hollidt. En la solución de continuidad que se abría entre su ala derecha, situada en el punto en donde el Donetz desemboca en el Don, y el Cuarto Ejército Panzer, encargado de proteger el flanco norte del Primer Ejército Panzer contra un enemigo muy superior en el Manytsch delante de Ssalsk, había sido comprobada la presencia de dos cuerpos rusos en el ángulo ormado por el Sal, el Don y el Manytsch. De modo que era de esperar que estas fuerzas tratasen de cruzar el Don y avanzar hacia Rostov, o bien de lanzarse contra la retaguardia de las posiciones de Hollidt en aquel río.

Por todo ello, el mando del Grupo de Ejércitos del Don solicitó que se le autorizase ya para dislocar al Cuarto Ejército Panzer a su propia ala occidental, dejando delante de Rostov una

división que le asegurase el paso del Don al Primer Ejército Panzer. Como es natural, esto implicaba la correspondiente orden simultánea del Alto Mando del ejército para la retirada del Grupo de Ejércitos A, con el Primer Ejército Panzer en Rostov y el Decimoséptimo Ejército en el Kuban.

Pero tampoco ahora hubo manera de sacar a Hitler de su indecisión y hacerle tomar una medida rápida. Ni siquiera le pareció bien nuestra propuesta de concentrar en el sector del Cuarto ejército Panzer las divisiones blindadas del Grupo de Ejércitos A, a fin de despejar la situación al sur del Don mediante un rápido ataque y facilitar así él repliegue del Primer Ejército Panzer y la pronta disponibilidad del Cuarto.

Por fin, el 18 de enero se resolvía el Alto Mando del Ejército a dejar al Cuarto Ejército panzer en libertad de movimientos relativa, en cuanto que ya no tendría que seguir cubriendo el flanco norte del 1.º de blindados en el manytsch al nordeste de Ssalak. Habría de encargarse, en cambio, el Grupo de ejércitos del don de asegurar la libre utilización del ferrocarril por parte del grupo de Ejércitos A desde Rostov a Tichorez hasta que hubiesen pasado 88 trenes de aprovisionamiento preferente para la cabeza de puente del Kuban. Y en cuanto a sí el Primer Ejército Panzer debería replegarse a Rostov o al Kuban, ni una palabra siquiera.

Como no podía por menos, esta demora en resolverse a permitir la operación de <enroque> dentro del ala sur hacia el oeste, sólo al enemigo había de favorecer. Ganaba con ella tiempo para sacarle provecho al derrumbamiento del sector de frente italo-húngaro en el Grupo de Ejercitos B y disponer fuertes concentraciones para avanzar por el Donetz central en dirección a la costa del mar de Azov o a los pasos del dnieper, sin que nosotros pudiésemos oponerles por el momento ninguna resistencia apreciable. Podía de paso preparar y combinar también sus unidades para un inmediato ataque a Rostov, así como para envolver el ala occidental del Destacamento de Ejército de Hollidt por Voroschilovgrad.

El 20 de enero ya los rusos se lanzaban por el sector del Cuarto Ejército Panzer al ataque de Rostov salvando el manytsch al sur del Don con cuatro cuerpos agrupados a este efecto, llegando con sus blindados hasta el mismo aeródromo de Rostov. Lógicamente la 16ª División

Motorizada, que, hostilizando desde el lado sur del Manytsch el flanco del avance enemigo entre este río y el Don, había conseguido ir frenando su marcha y que ahora era lanzada por el Cuarto Ejército Panzer a su ala norte, mal podía contener ella sola a los cuatro cuerpos enemigos.

No descuidaban los rusos de atacar al mismo tiempo al LVII Cuerpo de Ejército Panzer, que paso a paso se retiraba del Manytsch central a Rostov, con el objeto de contener de este modo al grueso del Cuarto Ejército Panzer hasta haberse apoderado del puente por donde hubiera podido entrar en Rostov.

Ni menos dejaban de atacar con brío el frente del Destacamento de ejército de Hollidt, en el mismo probable intento de fijar nuestras fuerzas hasta que con la toma de Rostov y una maniobra envolvente por el Donetz central hubiesen logrado cercarlas. Seguramente que de paso perseguían con estos ataques a ambos lados de kamensk, y contra el Cuerpo de Mieth en el ángulo formado

Por el Don y el Donetz, impedir que pudiésemos llevar a la región central de este río fuerzas retiradas de aquellos frentes.

De nuevo se veía,pues, el mando del Grupo de Ejércitos ante el problema de a cuál de los dos peligros debería acudir primero con las dos divisiones de tanques que en el sector de Hollidt se hallaban disponibles (la 7ª y la 11ª) para pasar el ala occidental en el Donetz central. Pero, por grande que allí pudiera resultar el peligro con el tiempo, por de pronto estimamos más apremiante la necesidad de conjurar el de Rostov. Teníamos que apelar a cuanto hubiese a nuestro alcance para conseguir replegar a Rostov no sólo al Cuarto Ejército Panzer, sino también, por lo menos, al Primer Ejército Panzer. Porque si no llegábamos a ello, ya no cabría pensar en que jamás lográsemos llevar al ala occidental del Grupo de Ejércitos fuerzas suficientes para precaver el peligro de embolsamiento de toda el ala sur en las costas.

Por estas consideraciones resolvimos aplicar las dos divisiones en cuestión a descargar un golpe rápido contra el enemigo que por el Manytsch atacaba hacia Rostov, para evitar que nos aislase de este punto. Sólo que, debido a la escasez de carburantes (¡todos los trenes de

provisiones pasaban aquellos días por Rostov a la cabeza de puente del Kuban!) y a que el tiempo no permitía que la aviación secundase nuestra acción, el éxito de ella se hizo esperar más de lo que la situación consentía. Porque es que el tiempo apremiaba con la situación consentía. Porque es que el tiempo apremiaba con la amenaza de que, a punto de expirar la resistencia del Sexto Ejército, no pasarían más de dos o tres semanas antes de que las fuerzas enemigas todavía retenidas en Stalingrado se nos echasen encima. Que por eso le comunicaba yo el 22 de enero al general Zeitzler que esperaba verlas aparecer pronto en el sector de Starobjelsk, o sea, en la ancha brecha abierta entre los Grupos de Ejércitos del Don y B.

Aquel día se resolvió Hitler, al fin, a consentir en que, por lo menos, parte del Primer Ejército Panzer se replegase, no a la cabeza de puente del Kuban, sino a Rostov, donde habría de darse la batalla decisiva. Acuerdo que, aun adoleciendo de los defectos de las medias tintas, no podía por menos de merecer plácemes del mando del Grupo de Ejércitos en la medida en que posibilitaba nuestro plan operativo. Lo que ahora importaba era efectuar lo mas rápidamente posible este repliegue para poder llevar también cuanto antes al Cuarto Ejército Panzer al ala occidental del Grupo de Ejércitos. Condición previa para un rápido repliegue del Primer Ejército Panzer por Rostov había de ser el que el grupo de Ejérci-

tos A coordinase también el ritmo de sus movimientos con los de él. Sólo que el Grupo no se hallaba todavía en condiciones de acelerarlos en la proporción que la situación demandaba por motivos que no he podido llegar a entender muy bien. Lo cierto es que el 1.º de tanques sostenía, luego que hubo pasado a mis órdenes, que por su parte hubiera podido realizar la maniobra a un ritmo más vivo, y que habían sido órdenes superiores las que lo habían frenado. Por su parte, tanto el Grupo de Ejércitos A como el Alto Mando Central desmentían esto. Sea de ello lo que quiera, una cosa hay cierta: que el Grupo de Ejércitos A se proponía regular de tal suerte el movimiento de su ala izquierda, situada el 23 de enero todavía en Belaya Glina 50 kilómetros al este de Tichorez, que ¡hasta el 1 de febrero no llegase a esta localidad!

El 23 de enero, ¡nueva coherencia> a favor del mando del Grupo de Ejércitos del Don! Esta vez se trataba de la parte sur del frente del grupo de Ejércitos B entre el Donetz y Starobjelsk. Y, por no perder la costumbre, también ahora superaba la hipoteca al valor de la finca. El pasivo de la herencia estaba representado aquí por una prolongación o suplemento de frente de 100 kilómetros justos y tres cuerpos enemigos, por lo menos, atacando por aquel sector, ente ellos uno de tanques y uno motorizado. Y el activo se reducía a la 19ª División Panzer en Starobjlsk, única que allí mantenía algún respecto desde que los italianos habían desaparecido prácticamente. Sin embargo, también la división tuvo que dejar Stalrobjelsk en manos del enemigo el 24 del mes. Bastante mérito fue el de aquellos valientes y de su comandante, el teniente general Postel (¡), el que pudiera esta división abrirse paso hacia poniente, para que además hubiese de pedírsele que evitase el giro de fuerzas tan superiores hacia el sur por el Donetz.

El 24 de enero acordaba Hitler que, si todavía fuese posible, todo el Primer Ejército Panzer se replegarse más allá de Rostov. Como su ala sur se hallaba entonces en Armavir aún, esto suponía que el Cuarto Ejército Panzer tendría que continuar al sur del Don para mantener expedito el paso por Rostov. Lo que hacía parecer muy dudosa la posibilidad de incorporarle luego a tiempo al ala occidental del Grupo de Ejércitos.

De todos modos, siempre podíamos registrar dos circunstancias satisfactorias.

Estaba la primera en que el Grupo de Ejércitos A, que con disgusto comprensible había visto desaparecer más allá del Don uno de los suyos, caía por fin en la cuenta de que su suerte habría de

ser decidida en el Donetz y no en el Kuban, además de que la posibilidad de abastecimiento de considerable fuerzas en esta última zona por el estrecho de Kerch resultaría muy problemática. Por lo que también este Grupo A tomó resueltamente el partido de replegar por Rostov cuantas fuerzas pudiese.

El segundo acontecimientos satisfactorio lo constituía el que el ya citado ataque de las dos divisiones de tanques contra las fuerzas enemigas que avanzaban por el manytsch inferior,

había alcanzado por fin el éxito que de él esperábamos, haciendo desaparecer por el momento el peligro del paso por Rostov. En cambio, volvía a tornarse crítica la situación en el ala sur del Cuarto Ejército Panzer, al que oponía el enemigo nuevas fuerzas, retiradas seguramente de los ejércitos que venían presionado al Grupo A. todos los esfuerzos rusos tendía ahora a interponerse entre el Cuarto Ejército Panzer y el ala norte del Primer Ejército de Tanques, con objeto de envolver a aquél por el sur y de alejar éste de Rostov. En consecuencia, el mando del Grupo de Ejércitos del Don intimó ya con el mayor apremio al Grupo A para que interviniese en la lucha con una división de tanques y acelerase por todos los medios el repliegue del Primer Ejército Panzer en Rostov.

Por fin, el 27 de enero la mitad norte por lo menos del Primer Ejército Panzer pasaba a las órdenes de Grupo del Don, que así quedaba en condiciones de poder disponer con autoridad propia aquellas medidas que antes habían de solicitar.

Resolvimos al mismo tiempo que, puesto que el Cuarto Ejército Panzer pasaba a las órdenes del Grupo del Don, que así quedaba en condiciones de poder disponer con autoridad propia aquellas medidas que antes había de solicitar.

Resolvimos al mismo tiempo que, puesto que el Cuarto Ejército Panzer había de seguir manteniendo por de pronto abierto el paso por Rostov, pasase el mando del Primer Ejército Panzer- primero que quedaba disponible al sur del Don- al Donetz central, adonde le seguirían sus divisiones por la esclusa de Rostov y más tarde las fuerzas disponibles del Cuarto Ejército Panzer.

El 31 de enero las cosas habían llegado ya a un punto en que podíamos esperar que el Primer Ejército Panzer lograría replegarse por Rostov. Si, en cambio, llegaría a tiempo al Donetz para evitar que por allí rompiese el enemigo hacia la costa, ya no era tan fácil de predecir. Desgraciadamente, no habíamos de lograr poner en el que había de ser campo de batalla decisivo todas las unidades del Primer Ejército Panzer. A consecuencia de las vacilaciones de Hitler en la cuestión de si el ejército había de replegarse por Rostov o pasar al Kuban, la 50ª División de Infantería (una de nuestras más aguerridas unidades del antiguo Ejército de Crimea) no pudo, en efecto, incorporarse en Armavir a las columnas en

marcha hacia Rostov y, retrasada, tuvo reunirse con el Decimoséptimo Ejército, además, en el último instante, y después de larga indecisión, había dispuesto Hitler que la 13º División Panzer, que su todo momento contara por nuestros cuidados con una posibilidad de escabullirse hacia Rostov, pasase nuevamente al Grupo de Ejércitos A con destino al Kuban. Con lo que ambas divisiones quedaban excluidas para la batalla crítica. Nada menos que cuatrocientos mil hombres paralizaba su ocurrencia estratégica en la gran cabeza de puente del Kuban. Claro está que también esta cabeza de puente atrajo y retuvo a un considerable número de fuerzas enemigas, que en vano trataban de eliminarla; pero la esperanza que Hitler había concebido de llegar a utilizar aquellos contingentes en mayores empeños operativos, resultó falaz al fin. Después de todo, en manos del enemigo estaba el disponer la mayor o menor cantidad de fuerzas propias que habrían de entretener la cabeza de puente. Ni tampoco se acreditó el golpe de vista de Hitler al justificar el destino de un volumen tan considerable de sus tropas al Kuban con la necesidad de sustraerle al enemigo la posesión del puerto militar de Novorossisk, puesto que hubo que evacuarlo.

De Taganrog, adonde había retrocedido el 12 de enero, trasladaba el 29 del mes el mando del Grupo de Ejércitos su Cuartel General a Stalino, a consecuencia de la necesidad de dislocar el puesto de gravedad de sus fuerzas del Don al Donetz.

Mientras al sur del Don y en la gran curva del mismo se hallaban en curso los combates destinados a cubrir la retirada del Cáucaso del Grupo de Ejércitos A y a sostener sobre toda el ala sur de las fuerzas alemana, un nuevo problema pasó al primer plano, el de si el ala sur en cuestión sería capaz de mantener el dominio de la zona del Donetz.

Ya en 1941 había jugado un papel importante aquel sector en los cálculos operativos de Hitler. Atribuía, en efecto, trascendencia decisiva a la posesión de la zona delimitada por el mar de Azov, la desembocadura del Don, el Donetz inferior y medio y una línea que hacia occidente pasase por Mariupol, Krasnoarmeiskoje e isjum. Por un lado, sostenía que si no contábamos con el carbón de aquella zona, no podríamos resistir la guerra bajo el punto de vista industrial y, por otro, que privados los rusos de los tesoros carboníferos de la cuenca, pronto acusarían el grave revés. En su opinión, era el carbón del Donetz el único (por lo menos en la Rusia europea) adecuado para la coquización; de suerte que su carencia tendría que determinar, más tarde o más temprano, una paraliza-

ción en la fabricación de tanques y municiones soviéticos. Nosotros no vamos a dilucidar aquí hasta qué punto le asistía o no a Hitler la razón en esta pretensión suya. Ero tampoco podemos pasar por alto el hecho de que los soviéticos consiguieron producir en los años 1942 y 1943 millares e tanques y millones de granadas un sin el carbón del Donetz.

En rigor, lo que aquí se ventilaba era más bien el hecho de si militarmente resultaría o no sostenible nuestra posición allí, puesto que deseable desde el punto de vista de la economía bélica está claro que lo era. Eso sí, respuesta aun en este aspecto la limitación consiguiente a la circunstancia de que, si bien utilizábamos considerables cantidades de aquel carbón, también teníamos la carga de alimentar el tráfico ferroviario de la dilatada cuenca con el carbón alemán, por no prestarse el ruso para las locomotoras. Lógicamente, los convoyes carboneros que diariamente pasaban por las líneas ferroviarias del Reich representaban otros tantos trenes sustraídos al transporte de tropas y efectos militares.

Mas cualquiera que sea el criterio que como acertado haya de estimarse en este punto, Hitler se mantenía en el suyo de que la cuenca del Donetz se hacía imprescindible para la eonomía de guerra alemana,. Lo mismo, por cierto, que había de sostener un año más tarde respecto de los yacimientos de manganeso de Nikopol.

Y mantenía su demanda, cuando la posesión de la cuenca del Donetz se presentaba tan problemática desde que el frente húngaro al sur de Voronez se había venido abajo, dejándole expedito el camino al enemigo hacia el Donetz, y allende este río, hacia los pasos del Dnieper o hacia las costas del mar de Azov.

La cuestión de la posibilidad de seguir dominando la cuenca tuvo estado oficial por primera vez el 19 de enero en una conferencia telefónica que celebré con el general Zeitzler. Quería aquel general conocer mi parecer sobre el asunto, porque días antes había <rozados> él la cuestión con Hitler, aunque sin éxito alguno en su tanteo. Coincidía nuestra conversación con la fecha en que se había presentado el riesgo de una escisión en todo el frente de Voroschilovgrad hasta Voronez. Y mi respuesta fue la de que, por grande que la importancia económica de la cuenca fuese, la situación no tenía vuelta de hoja: si queríamos conservar toda la cuenca, habríamos de hacer avanzar rápidamente todas las fuerzas disponibles hacia el este, hasta que dejasen Jarkov muy atrás. Pero si esto no estaba en nuestra mano, bien por estimar que ni al Grupo de Ejércitos Centro ni al del Norte se les podían sustraer más fuerzas,

Bien porque las nuevas levas en el interior no estuviesen terminadas y dispuestas las consiguientes unidades, ya porque el Alto Mando de la Wehrmacht no se hallase en condiciones de retirarlas de otros frentes, o porque, finalmente, el estado de los ferrocarriles alemanes no consintiese semejante movilización; entonces no quedaba más camino que el de sacar las consecuencias de nuestra impotencia. Porque el ala sur del ejército mal iba a poder cerrar con sus propias fuerzas la extensa brecha, si al mismo tiempo tenía que seguir en el Don inferior. Y, por otra parte, tampoco había de poder continuar allí la lucha aisladamente, si los esperados refuerzos tardaban tanto en llegar y la seguían, además, tan de lejos que ya no pudiese hablarse de una auténtica coordinación con las operaciones de dicha ala. Que si algo se hacía indispensable en este aspecto, era justamente el que la lucha del ala sur del ejército fuese perfectamente atemperada y combinada en el espacio con el avnace de las nuevas fuerzas y que entre ambas existiese una verdadera trabazón operativa. O sea, en suma, que se nos imponía una distintiva: o había que llevar muy adentro al este y muy rápidamente la progresión de las fuerzas esperadas, y entonces podría el Grupo de Ejércitos mantenerse en el Don y el Donetz inferiores o no estaba esto a nuestro alcance, y entonces debería desistir de la aventura, si no quería dar lugar a que el enemigo pudiese estrangular toda el ala sur antes de que el efecto de los refuerzos se hiciese sentir.

El general Zeitzler se mostró de acuerdo con mi parecer.

De lo que no podía caber duda era que el Cuerpo Panzer de las SS, que hasta mediados de febrero había de concentrarse en Jarkov, iba a ser insuficiente por sus efectivos para cerrar la tremenda brecha que en el frente se abría desde Voroschilovgrad a Voronez. Como tampoco podíamos contar con tenerlo disponible a tiempo para despejar en una embestía al norte del Donetz el flanco del ala sur del ejército, si ésta tenía que seguir en el Don inferior y el Donetz.

Los días siguientes no hicieron sino agravar las apresiones que el Grupo de Ejércitos por fuerza había de sentir respecto al giro que la situación pudiera tomar en su flanco profundo.

Ya el 20 de enero se había advertido en dirección a Voroschilovgrad un inicial movimiento envolvente de dos cuerpos enemigos contra el ala izquierda de sus fuerzas integrada por el Grupo Fretter-Pico, situada en Kamensk. E igualmente se habían observado tanteos rusos contra los restos de las fuerzas italiana situa-

das a oriente de Voroschlovgrad, detrás del Don. Por lo demás, parecía que el enemigo seguía de momento con el grueso de sus fuerzas en dirección occidental sobre Starobjelsk, para procurarse por lo visto alguna libertad de movimientos. Sin embargo, era de temer que tan pronto cómo la tuviese, no sólo trataría de embolsar el Grupo Fretter-Pico, sino que seguramente habría de lanzarse con poderosos efectivos, tendiendo su brazo mucho más lejos por occidente a pasar sobre el Donetz en dirección a los pasos del Dnieper o hacia la costa del mar de Azov.

El 24 de enero acusaban, en efecto, los partes la presencia de caballería enemiga al sur del Donetz en el sector de Voroschilovgrad; aunque también pudiera tratarse de cuentos tártaros de alguna comandancia local despavorida.

El 31 de enero, nuevamente la exponía al Alto Mando del Ejército, en un telegrama, el juicio que la conservación de la cuenca del Donetz me merecía. Como condición previa, señalaba yo una oportuna descongestión por ataque desde Jarkov y batir al enemigo al nordeste de dicha localidad antes de la llegada del período de las lluvias y consiguientes fangos. Si, como por desgracia era de presumir, no había manera de realizar las dos cosas, la cuenca del Donetz no debía ser defendida, al menos en su total extensión hacia oriente; que el intento de persistir en el Donetz y Don inferior a todas luces se me ofrecía como un error operativo. Otro punto de vista que no deberíamos de momento no habrían de bastar para asegurar toda la cuenca del Donetz, si el enemigo traía a ella nuevos y considerables refuerzos del Cáucaso y Stalingrado, según era de esperar. Atenernos únicamente- añadía yo- a la esperanza de que el enemigo iba a sentirse agotado (por elevadas que con razón supusiésemos las bajas experimentadas en sus ataques a las fuerzas alemanas) o a que las dificultades de abastecimientos habrían de llevarle a un prematuro armisticio, me parecía peligroso. Así me expresé entonces, porque me constaba que éste era el gran argumento de Hitler contra el general Zeitzler cada vez que el jefe del Estado Mayor aludía ante él a la enorme superioridad del enemigo basándose en los datos, sustancialmente exactos, que nuestros servicios de reconocimiento nos procuraban. El argumento no carecía enteramente de base, por más que tampoco fuesen de desdeñar los aspectos de que ni en sus ataques a nuestros aliados había tenido el adversario que lamentar muchas bajas, ni dejaría de gozar siempre de mayor independencia en materia de abastecimientos que nosotros, rodea-

dos de enemigos por todas partes. Bien poco días hubimos de esperar para que la actuación del enemigo confirmase las previsiones del Grupo de Ejércitos, dejando al descubierto su intención de presionar nuestro frente norte en el Donetz y envolverlo al mismo tiempo.

Del 2 de febrero trasponía, en efecto, el Donetz al este de Voroschilovgrad, después de eliminar la irrisoria resistencia que los italianos le habían puesto. Se presentaba allí con un Grupo de combate de tres Cuerpos de tanques, uno motorizado y uno de fusileros a todas luces procedentes de las fuerzas que en su día habían arrollado el frente italiano del Don. Era de suponer que el objetivo de este Grupo de asalto estaba en Rostov o en Taganrog.

Otro potente grupo de fuerzas, integrado por tres o cuatro cuerpos de tanques y un cuerpo de fusilero, se lanzó en dirección sudoeste contra la línea Slaviansk-Lissitschansk, después de deslojar de Starobjelsk a nuestra 19ª División Panzer. Con la maniobra se pretendía rodear nuestra ala, que se suponía- prescindiendo de los restos italianos- en Voroschilovgrad o incluso más al este, para atacarla desde el oeste después de trazar un amplio arco.

Si prescindimos, pues, de las medidas que el Grupo de Ejércitos podrá tomar dentro de sus atribuciones y que tendían a traer rápidamente al Primer Ejército Panzer al Donetz central, los primeros de febrero se caracterizaron por una larga pugna entre el mando de nuestro Grupo de Ejércitos y el OKH sobre la orientación general de las futuras operaciones.

Ya el 19 de enero había insistido al general Zeitzler, como dejo dicho, que la cuenca del Donetz sólo se podría conservar si podíamos contar con el concurso de importantes fuerzas procedentes de Jarkov. Pero como las perspectivas de esta solución eran nulas, había solicitado que por lo menos se autorizase la retirada de nuestras fuerzas avanzadas en el extremo mas oriental de nuestro despliegue para que el Grupo de Ejércitos quedase en condiciones de ir evitando por sí mismo y con los refuerzos prometidos el estrangulamiento del ala sur.

Al Primer Ejército Panzer ya lo habíamos puesto en marcha para que en el Donetz central saliese al paso de la maniobra enemiga de embolsamiento del Destacamentos de Ejércitos de Hollidt, que iba tomando caracteres alarmantes.

Lo que más urgía era intentar retirar también al Cuarto Ejército Panzer del <balcón> que sus posiciones formaban en el Don inferior y el Donetz. Sólo así podríamos atajar el peligro que

para un futuro no muy lejano representaba la posibilidad de que el enemigo, avanzando por la línea Isjum-Slaviansk, tratase de aislarnos de los pasos del Dnieper. También había que contar con que el enemigo dirigida más fuerzas contra el Dnieper inferior, salvado el Donetz más arriba con ellas. En cambio, nosotros no teníamos que oponerle en todo el sector del Grupo de Ejércitos B nada más que algunos restos de unidades deshechas y la 1ª División del Cuerpo Panzer de las SS, que acababa de llegar a Jarkov. Fuerzas insuficientes, como es comprensible, para impedir que girase contra nuestro flanco expuesto. Restaba como única posibilidad salvadora disponer del Cuarto Ejército Panzer, lo cual presuponía una considerable reducción del frente del Grupo de Ejércitos. Para ello habría que desistir de seguir manteniendo el amplio arco delimitado por el Don inferior y el Donetz desde Rostov hasta la región al oeste de Voroschilograd y replegar el ala derecha del Grupo de Ejércitos a la cuerda de este arco. Con ella coincidía la posición que el ala sur alemana había mantenido en el año 1941 después de la primera retirada de Rostov, situada detrás del sector del Mius con su prolongación al norte hasta el Donetz central. sólo que el repliegue del frente a esta posición, que desmoronada y todo aún ofrecía algún apoyo, significaba a cesión de la parte oriental de la cuenca carbonífera del Donetz.

A fin de justificar este repliegue y allanar en lo posible la resistencia prevista, me esforcé por llevar a la conciencia del Alto Mando una visión concisa y clara de mi plan de operaciones a largo plazo.

Así, por ejemplo, en un telegrama dirigido al mismo Hitler, decía, poco más o menos, lo siguiente:

No veo posibilidad de mantener por mucho tiempo el arco del Donetz-Don con las fuerzas de que disponer el Grupo de Ejércitos, ni siquiera limitándonos a una actitud estrictamente defensiva. En el supuesto de que el mando supremo alemán hubiese de resignase a seguir a la defensiva en el año 1943 como consecuencia de la pérdida del Sexto Ejército con sus 20 divisiones, tendríamos que el intento de conservar a toda la cuenca entera del Donetz llevaría indefectiblemente aparejada la inmovilización de todas nuestras disponibilidades para asegurar la integridad en este profundo saliente del frente. Con lo que le quedarían al enemigo las manos libres para tomar la ofensiva con fuerzas muy superiores en cualquier punto que le pluguiera del frente del Este. Y mientras que de momento sólo nos amenaza con el embolsamiento del Grupo de Ejércitos del Don contra el

mar de Azov (con la subsiguiente pérdida del Grupo de Ejércitos A en el Kuban), más adelante nos hallaríamos con que, aun cuando este cerco se evite y mantengamos la cuenca del Donetz, la amenaza de embolsamiento tenderá al acorralamiento de todo el frente del Este contra el mar Negro.

Pero si el mando supremo estimase que todavía podremos tomar nuevamente la ofensiva en 1943 y buscar la decisión por ella, tampoco podríamos hacerlo más que en el ala sur del frente oriental. Ni menos habríamos de emprenderla partiendo del arco de frente Don-Donetz, dadas las dificultades de abastecimiento que, como se sabe, existen allí y el peligro en que dejaríamos los flancos en cualquier ofensiva más bien se buscaría- en el supuesto de que antemano no haya de desecharse tal posibilidad- empezando por arrastrar al enemigo a la zaga del ala sur de atacar el oeste sobre el Dnieper inferior. Seguidamente habríamos de atacar con potentes fuerzas desde la región de Jarkov, para desgarrar por allí el emplame de los frentes rusos y girar luego hacia el sur para aislar al enemigo contra el mar de Azov.

Como siempre, Hitler distaba mucho de encontrar seductora mi propuesta. Tanto es así, que cuando el jefe del Estado Mayor Central le apremiaba- por lo que él mismo me dijo- reduciendo el argumento a sus más crudos y concisos términos, de que lo que se ventilaba era,

en resumidas cuentas, la cuestión de si habíamos de ceder la cuenca, o de si preferíamos perder también con ella el Grupo de Ejércitos del Don; cuando así le apretaba, digo, parece que Hitler repuso que, bajo el aspecto operativo, estaba de acuerdo con nosotros, pero que <en ningún modo consentía la situación de nuestra economía bélica le renuncia a la cuenca del Donetz. Y no tanto ¡por lo que a nosotros pudiera afectarnos la pérdida de aquellos carbones, cuanto por lo que para la producción de aceros enemiga habría de significar su recuperación por los rusos. Por eso no se le ocurría nada mejor que echar mano de la primera de las tres divisiones del Cuerpo Panzer de las SS, la División Das Reich, que acababa de llegar a Jarkov, para lanzarla desde allí sobre la retaguardia de las fuerzas enemigas empeñadas contra nuestro frente del Donetz.

Aun prescindiendo de que esta división nunca podría ser suficiente para una operación del alcance de aquella (lo primero que tenía que hacer ya era arrollar a seis divisiones enemigas) y de que no contábamos con nada para cubrir su flanco norte cada vez más

dilatado, la aplicación de ella en este sentido empezaba por desmembrar la única fuerza de choque en que habíamos puesto nuestras esperanzas: el Cuerpo Panzer de las SS. Pero lo curioso es que ni siquiera de tal división se disponía en realidad para la soñada ofensiva. Un rápido avance del enemigo en dirección a Jarkov había forzado el Grupo de Ejércitos B a lanzarla contra él, y se encontraba precisamente entonces en Volchansk, al nordeste de Jarkov, empeñada en una lucha defensiva y en situación nada halagüeña.

En los días siguientes (4 y 5 de febrero), la situación fue haciéndose más delicada aún en el frente del Grupo de Ejércitos del Don. La presión del enemigo sobre el Cuarto Ejército Panzer, que flanqueaba el movimiento por Rostov del Primer Ejército Panzer, llegó a ser insostenible casi cuando los tres ejércitos soviéticos, que hasta ahora se habían encargado de hostilizarlo,

se vieron reforzados con otros dos, el 44º y el 58º, procedentes de anteriores frentes del Cáucaso. Por donde se veía que la <amenaza> de dejar al Grupo de Ejércitos A con el Decimoséptimo Ejército en el flanco ruso del Kuban no había surtido el efecto intimidante esperado, ni disuadido, por tanto, al enemigo de derivar fuerzas considerables en dirección al escenario de la batalla decisiva. Tenía que contar, por ende, el Grupo de Ejércitos con que en breve descargarían los soviéticos ataques macizos tanto contra el mismo Rostov, como contra el frente a ambos lados de Novoxherkask.

Se comprobó, además, que una fuerte agrupación motorizada avanzaba desde Stalingrado en dirección al Don.

Y en el ala izquierda del Grupo de Ejércitos también la situación se hacía por momentos más delicada, toda vez que la 6ª División Panzer lanzada el 14 de enero por el Destacamento Hollidt, en virtud de orden del Grupo, contra el Donetz central, no había conseguido hacerle repasar el río al enemigo, sino había conquistado.

Más a occidente, los rusos habían podido cruzar el Donetz en un ancho sector, por carecer nosotros allí de fuerzas para defenderlo. Así es que los rusos habían tomado Isjum y se hallaban ya a las puertas de Slaviansk.

Por eso llegábamos a temer incluso que el Destacamento de Ejército de Hollidt ni siquiera pudiese replegarse a las posiciones del Mius. En efecto; según los cálculos del Grupo de Ejércitos, el 5 de enero debiera haber alcanzado ya la línea Novocherkask-Kamensk, cuando por la obstinación de Hitler en no consentir que el frente fuese retraído al Mius, había tenido que quedarse en el del

Don-Donetz. De donde resultaba que si el enemigo aceleraba su avance desde Slaviansk en dirección sudoeste, podía adelantarse y desquiciar nuestros proyectos de repliegue.

Porque si bien ya entonces el Primer Ejército Panzer se hallaba en camino desde Rostov al Donetz central con las fuerzas que el grupo de Ejércitos había puesto a su disposición, teníamos que contar con que aún habían de transcurrir días antes de que aquel ejército interviniese directamente en la lucha. No ya por la distancia que habrían de recorrer, sino principalmente por lo que a tales efectos la aumentaba el hecho de que, mientras el reblandecimiento de los caminos de la zona costera entorpecía la marcha de los pasados vehículos, más al norte contaban los rusos con un suelo afirmado por las heladas, que les facilitaba los propios movimientos.

En vista de lo peligroso de la situación, no sólo insistió el Grupo de Ejércitos en la necesidad perentoria de replegar al Mius su ala derecha, sino que formuló ante el Alto Mando del Ejército unas cuantas peticiones más que no podían por menos de indicarle la gravedad de la misma. Así, por ejemplo, solicitamos que la 7ª División de Artillería Antiaérea, encargada de la defensa de la zona de retaguardia, fuese emplazada de suerte que pudiese proteger el ferrocarril de aprovisionamiento que pasaba por Dniepropetrvsk incluso frente a ataques desde tierra. Como también reclamamos la inmediata adopción de medidas para que todo el Grupo de Ejércitos fuese abastecido por vía aérea en el caso de que el enemigo consiguiese cortar sus comunicaciones de retaguardia.

Igualmente pedíamos que, a costa del cupo hasta entonces destinado al Grupo de Ejércitos B, que en realidad ya casi no contaba con fuerzas que abastecer, se aumentase radicalmente el número de trenes de aprovisionamiento del nuestro.

Apremiábamos luego para que el Cuerpo Panzer de las SS entrase en acción al sur del Donetz en dirección a Isjum tan pronto como el aumento de transporte a favor nuestro permitiese concentrarlo en Jarkov, a no ser que el ataque allí prometido de la División Das Reich de las SS hubiese antes del 6 de febrero un éxito pleno, consistente en alcanzar Kupyansk.

Y exigíamos, por último, el traslado inmediato de los combatientes de la 13ª División Panzer y de dos divisiones de infantería del Decimoséptimo Ejército al Dnieper inferior, donde se les facilitarían armas nuevas y recibirían los bagajes y demás impedimenta de los trenes y columnas del Sexto Ejércitos allí existentes.

Cabe suponer por todo ello que si Hitler se cerraba a cuanto

acusase un propósito operativo de largo alcance, la urgencia de estas peticiones no dejaría de inquietarle.

Como consecuencia de ellas, el 6 de febrero aterrizaba un <Kondor> del Führer delante de nuestra comandancia para recogerme y llevarme a su Cuartel General a informar. Sospecho que algo tuvo que ver en el hecho de que ahora me llamase Hitler la visita que a fines de enero nos había hecho su primer ayudante, el general Schmundt, a quien habíamos expuesto con todo detenimiento y con el natural calor, nuestro parecer así sobre la situación como sobre la manera en que venía siendo ejercida la función del mando supremo militar.

La conferencia o entrevista del 6 de febrero de 1943 entre Hitler y yo no fue en modo alguno un hecho sin consecuencia, pues que gracias a ella pudimos prevenir el peligro de una inminente catástrofe en el ala sur alemana y brindarle una vez más a nuestro mando supremo una oportunidad para llegar en el Este a una solución que dejase la partida en tablas.

Como ya en el capítulo <Stalingrado> anticipo, Hitler inició la conversación reconociendo sin reservas que la responsabilidad por la tragedia de Stalingrado, en donde pocos días antes quedara sepultado el Sexto Ejército, era toda suya. Mi impresión entonces fue la de que no sólo se sentía abrumado por el peso de aquella responsabilidad por cuanto representaba un ruidoso fracaso de su mando militar, sino porque le conmovía dolorosamente la suerte de unos soldados que habían luchado valerosa y disciplinadamente hasta él fin por la confianza que en él habían puesto. La verdad es que luego he llegado a concebir muy vehementes dudas de que nunca sintiese Hitler el menor afecto humano por quienes tan leal y confiadamente le entregaban sus vidas; y sospecho que, desde el mariscal al último soldado, los hombres no fueron en manos de Hitler otra cosa que instrumentos de su política belicista.

Mas, sea cual sea la autenticidad de sus móviles y sentimientos, no cabe duda de que el haber tomado sobre sí toda la responsabilidad por lo de Stalingrado, tenía que producir en un soldado un cautivados afecto de honrada valentía. De suerte que, deliberada o indeliberadamente, Hitler había sabido preparar muy bien el terreno de nuestra conversación desde el punto de vista psicológica, según solía hacerlo, acomodándose siempre con habilidad magistral a la condición de su interlocutor.

Por mi parte, yo iba resuelto a plantearle dos cuestiones. Se refería la primera a la prosecución de las operaciones en su sector, que fundamentalmente dependía de que Hitler me autorizase a abandonar la parte oriental de la cuenca del Donetz. Esta autorización tenía que arrancársela aquel mismo día, pues era cosa que no admitía dilación.

La segunda cuestión que me proponía discutir con él era la relacionada con el supremo mando militar, o sea, la de que lo desempeñase o no Hitler en la forma en que venía haciéndolo desde que había despedido al mariscal Von Brauchitsch. Para lo que contaba con una excelente base en el resultado de aquella forma de mando, puesto en la picota en Stalingrado.

Para tomarlas ahora en orden inverso al éxito obtenido en su gestión, habré de anticipar en breves palabras mi fracaso en la segunda. Reconociendo que aun dictador como Hitler iba a serle imposible renunciar al mando supremo, había imaginado brindar, le una fórmula que, sin menoscabo de su prestigio, asegurase en cambio una correcta independencia en lo sucesivo al mando militar. Para ellos le propuse que eligiese un jefe del Alto Estado Mayor de su entera confianza, de suerte que pudiese mantener el principio de la unidad del mando con facultades y responsabilidad plenas dentro de su esfera.

Pero era evidente que Hitler no estaba dispuesto a tratar la cuestión en un terreno objetivo y desapasionado, antes la llevaba a cada paso al plano personal para dolerse de las decepciones experimentadas con el ex ministro de la Guerra del Reich, Von Blomberg, y aun con el mariscal Von Brauchitsch. Me dijo también que se le hacía imposible de todo punto llegar a una determinación como la de conferirle a un jefe de Estado Mayor facultades tales que le situasen prácticamente por encima de Goering, el cual jamás se avendría a subordinarse a las órdenes de otro, por muy en nombre de Hitler que éste las diese. Lo que, naturalmente, no puedo asegurar es que la delicadeza de Hitler para con Goering fuese enteramente sincera y no un mero recurso dialéctico para atrincherar su repugnancia a la medida. ¿Tan penoso se le hacía afrentar a Goering?... Puesto que en lo posible cabe, dejémoslo en posible.

Pero no sólo hurtaba el cuerpo a la cuestión sabía derivar la conversación a los aspectos más actuales de la situación por poco que en el curso de nuestros razonamientos surgiese un asidero cualquiera. Y como realmente las cosas apremiaban a más no poder en este

sentido, y veía, por otro lado, que su asentimiento a mis proyectos operativos continuaba en el aire, no tuve más remedio que dejar como estaba la cuestión del mando supremo y pasar a la del momento, para tratar de obtener al menos en esto una decisión por todo extremo inaplazable.

Con lo que volvemos a la primera cuestión, de cómo habían de continuarse las operaciones en el sector del Grupo de Ejércitos del Don.

Ante todo, le hice una exposición de la situación en que el Grupo de Ejércitos se encontraba y de las consecuencias que de ella habíamos de sacar. Puse entonces bien de manifiesto la imposibilidad de seguir defendiendo la gran curva del Don-Donetz, con las solas fuerzas de que disponíamos. Y, para mejor acorralarle, expuse por fin que cualquiera que fuese la importancia que hubiésemos de atribuirle a la cuenca del Donetz tanto para nosotros como para el enemigo, el problema no estaba en rigor ahí, sino más bien en si sería mejor cederla espontáneamente o exponerse a perder con ella, en el intento de conservarla, el Grupo de Ejércitos del Don, y aun el Grupo A como secuela ineludible de la pérdida del primero, si no acudíamos a tiempo a evitar la catástrofe que se avecinaba.

Procuré llevar a su ánimo, partiendo de la evidencia de la situación del momento, la persuasión de cuál iba a ser el giro que habrían de tomar los acontecimientos en el Supuesto de que nosotros pretendiésemos seguir en el balcón del arco Don-Donetz. Que puesto que el enemigo acometía con poderosas fuerzas en el sector del Grupo de Ejércitos B, virtualmente desguarnecido, nada más fácil para él que asestar aquellas fuerzas en dirección al Dnieper inferior o a la costa y aislar así a toda el ala sur. Porque no podíamos olvidar que los rusos acudirían con reservas cada vez mayores, tomadas sobre todo de Stalingrado, hasta salirse con su intento de cortarnos tan vitales comunicaciones, puesto que al Cuerpo Panzer de las SS sería insensato atribuirle facultades suficientes para atajar y desbaratar por contraataque una maniobra de tan dilatado alcance. Una maniobra así- le dije- no la emprendería nunca el enemigo sin fuerzas bastantes para efectuar el rodeo y reservarse al mismo tiempo los contingentes requeridos para cubrirse en el sector de Jarkov hacia poniente. Mientras que todos los refuerzos de que por el lado alemán pudiéramos disponer, a juzgar por lo que a mí se

me había prometido, apenas llegarían para una resistencia inicial. Se hacía, por tanto, imprescindible disponer que el Primer

Ejército Panzer, que entonces se hallaba en amino hacia el Donetz central, siguiese inmediatamente al Cuarto si queríamos atajar la indefectible infiltración enemiga entre el Donetz y el Dnieper antes de que el peligro culminase en catástrofe. Sólo así podríamos llegar a restablecer, en colaboración con los refuerzos ya puestos en marcha, la situación en el ala sur del frente del Este, es decir, en todo el Cuarto Ejército Panzer del Don inferior, con el consiguiente repliegue del arco del Don-Donetz a la más reducida cuerda del mismo, representada por las posiciones del Mius. Ni un solo día de dilación admitía esta medida, cuando ya habíamos llegado a un punto en que se hacía dudoso el que el Destacamento de Ejército de Hollidt- que habría de encargarse de la defensa de todo el frente desde la osta al Donetz central- fuese aún capaz de replegarse el Mius, después de los aplazamientos a que se viera sujeta la correspondiente decisión. Por todo lo cual- subrayé-, tendría que ser aquel día mismo cuando se me autorizase para abandonar el sector este de la cuenca del Donetz hasta el Mius.

Después de la detallada exposición, que Hitler había escuchado calmosamente, vinieron las ineludibles horas de pugna en torno a la cuestión de la cuenca del Donetz. Incluso la segunda parte de nuestra conversación, en la que traté a solas con él el problema del mando supremo en términos generales, volvía también de cuando en cuando a su obsesión de la cuenca carbonífera. Como en posteriores ocasiones semejantes he podido observar también, Hitler evitó siempre la censura de mis reflexiones operativas. Ni siquiera trató de desvirtuarlas proponiendo como mejor algún otro plan suyo, o poniendo distingos a mis premisas o conclusiones operativas. No negaba él que la situación pudiese llegar a ser tal como ya presumía en mis previsiones. Lo que hacía era considerar más bien a su atención y que no se refiriesen a la gravedad casi tangible de la misma situación bélica presente, como meras hipótesis, que lo mismo podían convertirse en realidad que resultar desmentidas por los hechos. Y el caso es que como en última instancia todas las consideraciones operativas se

reducen- sobre todo cuando no somos nosotros sino el enemigo quien tiene la iniciativa- a suposiciones más o menos perspicaces de cómo habrá de actuar el enemigo, ¿quién es el que de antemano puede demostrar su necesidad indefectible? Por otro lado, tenemos que el único estrategia llamado

a obtener éxitos militares es aquel que se halle dotado de facultades previsoras; el que tenga la suficiente penetración para explorar a través del velo que nos recata las intenciones del contrincante y cuente con la sagacidad precisa para presentirlas, o por lo menos, para enjuiciar certeramente las posibilidades que a ambas partes se les ofrezcan. En cuya función habrá de poder adelantarse tanto más a los acontecimientos, cuanto más dilatada sea la esfera de su mando. porque cuanto más vastos sean los espacios afectados por el cálculo y mayores las agrupaciones combatientes que hayan de entrar en juego, tanto más tiempo ha de transcurrir antes de que la medida tomada produzca su efecto. Pues bien, esta facultad de calcular a largo plazo era condición que en Hitler se echaba de menos en el terreno operativo. Aunque también es posible que esta miopía operativa fuese más bien un voluntario cerrar los ojos ante ingratas perspectivas, ante consecuencias que, por su condición irrebatible, prefería esquivar ladeándose.

Por eso tomaba también ahora sus argumentos preferentemente de otro dominios. Ante todo, alegró la comprensible repugnancia a ceder espontáneamente las zonas conquistadas a costa de tantos sacrificios de vidas y recursos en tanto era absolutamente ineludible. Razonamiento que siempre habrá de conmover a un soldado, más sensible que nadie al momentáneo desaire de la retirada. A mí siempre me costó un gran sacrificio el tener que irle a Hitler con exigencias de repliegue, y mejor se hubiera acomodado a mi temperamento presentarle optimistas planes de ofensiva, que no decepcionantes demandas de retirada. Pero la inexorable experiencia nos enseña que en la guerra más que en cualquier otro terreno, el que mucho abarca, poco aprieta.

Otro de los argumentos que Hitler gustaba de alegar era el de que una reducción del frente como la propuesta por mí para reforzar la densidad de la defensa, produciría en el lado enemigo los mismos efectos, al permitirle disponer de nuevos contingentes que podría echar a la balanza en los puntos más vulnerables. Un argumento que tampoco carecía de virtud dialéctica. Claro está que aquí cabe el distingo de que quien se adelantase a reducir el frente y con las fuerzas economizadas supiese aprovechar la ocasión para arrebatarle al contrario la iniciativa en los puntos neurálgicos, podría luego dictarle su ley llevarle por donde más le conviniese, aun cuando l enemigo fuese en conjunto más fuerte que él. Pero todavía se acentuaba esto aquí, porque en el caso de intentar

mantener el arco del Don-Donetz, la dilatación excesiva de los frentes anularía en la práctica la ventaja que normalmente tiene la defensiva sobre el ataque. En casos así tiene el atacante la posibilidad de perforar con fuerzas relativamente reducidas y sin grandes bajas el frente desmesurado, lanzándose contra el punto más vulnerable. Y como el defensor carece de reservas para acudir a las brechas, muy bien puede suceder que toda la línea acabe viniéndose abajo.

Insistía asimismo Hitler en su pretensión de que si se defendiese el terreno disputándolo palmo a palmo y obligando al enemigo a pagar un alto tributo de sangre por el más insignificante avance, llegaría un día en que la virtud ofensiva del Ejército soviético se habría agotado. Porque, puesto que el enemigo llevaba entonces muy elevadas y seguramente se hallaría al cabo de sus recursos. Como también sus dificultades de abastecimiento habrían de tener por consecuencia el estancamiento de las previstas maniobras envolventes de largo alcance a medida que el enemigo atacante fuese alejándose más de sus bases de partida. No cabe duda de que en todos estos razonamientos había su buena dosis de lógica. Así, por ejemplo, era manifiesto que las pérdidas del atacante en los sectores defendidos por fuerzas alemanas habían sido cuantilosas y mermando mucho su capacida ofensiva. Sólo que este

aspecto tenía su reverso en la facilidad e inmunidad de los ataques rusos en otros sectores no asistidos de la defensa alemana, en los que la resistencia había dejado mucho que desear. Ni tenía vuelta de hoja lo de que la eficacia de las tropas soviéticas y singularmente de la infantería había resultado muy mermada a consecuencia de aquellas pérdidas, pues mal se explicaría de otro modo el hecho de que estuviésemos manteniéndonos contra una aplastante superioridad numérica. Porque eso sí, podrían haber perdido mucho de su virtud combativa, pero numéricamente las veíamos repuestas siempre, cuando no acrecentadas. Seguramente se podía sostener también la afirmación de que a medida que las operaciones iban llevando más lejos de sus bases a las fuerzas soviéticas, aumentarían también sus dificultades de abastecimientos. No eran, con todo, tan grandes las distancias desde las terminales de los ferrocarriles enemigos hasta la costa del Mar de Azov o hasta el Dnieper inferior, que en la era del automóvil excluyesen la posibilidad de aislamiento del ala sur alemana por una maniobra del enemigo.

Todavía en la Primera Guerra Mundial era válido el principio

de que un ejército no debía alejarse nunca mucho más de 150 kilómetros de sus últimos enlaces ferroviarios. Pero ya en la segunda probaban nuestras propias operaciones tanto en el Este como en Occidente cuán decaída iba la regla. Además de que los rusos eran maestros en reparar con presteza los ferrocarriles en terrenos en que ya de suyo se hacía fácil este trabajo por la vastedad de las llanuras que cruzaban y la ausencia de puentes y realces. En todo caso, siempre pecaríamos de ligerea si adoptásemos nuestras medidas basados en la vaga esperanza de que pronto tendría el enemigo que hallarse al cabo de sus fuerzas o inmovilizado por dificultades de sus comunicaciones. Que tampoco podíamos pasar por alto alegremente el hecho de que nuestras propias divisiones, por tanto tiempo ya empeñadas en agotadores combates, se hallaban muy extenuadas y reducidas. Por cierto que a propósito de esto debo consignar que Hitler estaba perfectamente informado así de las bajas como del estado de nuestras tropas. Lo que, en cambnio, no quería conceder era el hecho de que las divisiones de nueva creación salían exageradamente diezmadas de sus primeras intervenciones debido a su inexperiencia en la lucha. Sólo reconocía el fracaso de la invención de las divisiones de tropas de la Luftwaffe, excusándose con la explicación de que había sido una concesión hecha a la mabición exhibicionista de Goering.

En lo tocante a la situación operativa, puede decirse que Hitler se limitó a afirmar su impresión de que bastaría el Cuerpo Panzer de las SS para conjurar por el momento el peligro más inminente que para el frente existía en el Donetz central, mediante una embestida que, partiendo de la región de Jarkov, avanzase al sudeste en dirección a Isjum. Para lo que habría de ser condición previa el que, antes de la llegada de la segunda división de aquel Cuerpo, la Leibstandarte, la División Das Reich hubiese dado cuenta del enemigo en Volchansk, toda vez que la tercera división no iba a poder incorporarse hasta más tarde. La confianza de Hitler en la potencia incontrastable del nuevo Cuerpo Panzer de las SS, era a todas luces ilimitada. Se desprendía también de sus explicaciones la evidencia de que no se percataba, o no quería percatarse, del peligro que a la larga representaba la esperada aparición en el campo de batalla futuro de las unidades enemigas ahora disponibles en Stalingrado. Con todo, la razón última y decisiva que Hitler aducía, seguía estando en la imposibilidad de prescindir de la cuenca del Donetz, aunque sólo fuese por las repercusiones políticas que, según sus aprensiones, habría de tener en Turquía la renuncia a una zona de

tanta importancia industrial. Encarecía sobre todo el papel decisivo que el carbón de aquella cuenca jugaba con carácter positivo en la propia industria de guerra, y en la rusa con efectos negativos, de tal suerte que su recuperación habría de permitirles a los soviéticos atender ampliamente todas las necesidades que pudieran experimentar de tanques, cañones y municiones. Era en vano objetar que aun sin la cuenca habían conseguido producir hasta el momento tanques y municiones suficientes, pues al punto lo explicaba asegurando que habrían echado mano de sus reservas de acero. En pronto dejarían descender su actual producción de armas y municiones y tendrían que desistir de toda ofensiva importante. Como hubiese sentido afectado por la pérdida de los carbones de coquización de la cuenca, así como por las de las fábricas de acero y indicio de que todavía no se hubiese recuperado de la pérdida del grueso de su artillería experimentada en 1941. Era justamente esta deficiencia suya la que en su día había hecho posible nuestra defensa en el embarullado frente del Chir. En aquel invierno le bastaban los cañones para atacar en sectores reducidos con potentes medios artilleros, como había sucedido en las tres sucesivas rupturas por el frente del Don; pero bien se echaba de ver que no le llevaban para datar a todas las divisiones de las correspondientes piezas plenamente móviles. Tengo que reconocer que me sorprendió, al tratar la cuestión de la importancia bélico-industrial de la cuenca, tanto el conocimiento que Hitler mostró tener de

las cifras de producción, efectos atribuidos a las armas, etc., como su prodigiosa memoria para barajar estadísticas.

En esta discrepancia de pareceres, en la que Hitler sostenía que el abandono- total o parcial- de la cuenca del Donetz tenía que representar una pérdida intolerable para nuestra economía de guerra y una ventaja decisiva para los rusos, mientras que yo me aferraba a la necesidad operativa de retraer el frente al Mius, sólo que quedaba un triunfo en la mano. Poco antes de mi vuelo a Lötzen había estado, en efecto, el presidente de la directiva de la Mancomunidad del Carbón del Reich, Paul Pleiger, en mi cuartel general, y aquella ocasión la había aprovechado ya para pedirle su parecer sobre la importancia del territorio del Donetz así para nuestra economía de guerra como para la del enemigo. Y su respuesta había sido tanto más tranquilizadora, cuanto que de ella

resultaba que la posesión de los rendimientos del sector en torno a Shakhty, es decir, la parte de la cuenca a oriente del Mius, distaba mucho de tener una trascendencia decisiva, por tratarse de un carbón inadecuado para la coquización y para las locomotoras. ¡Aquí si que ya no podría Hitler venirme con justificaciones de necesidad bélico-industrial!

Pero poco conocería la tenacidad de aquel hombre quien supusiese que ahora iba a darse por vencido. Todavía le quedaba el efugio del estado del tiempo para obtener por lo menos una demora en la fecha de evacuación del arco Don-Donetz. Porque era verdad que precisamente por aquellos días se había presentado en el sur de Rusia un tránsito precoz de la época de heladas a la de temperaturas benignas, de suerte que el paso por la ensenada de Taganrog ya no era seguro. Seguían helados, eso sí, el Don y el Donetz; pero también era muy posible que no tardase en ellos el hielo en ceder, si el tiempo bonancible persistía.

Con su mejor elocuencia me presentaba ahora Hitler la posibilidad de que acaso dentro de pocos días se habría transformado la ancha depresión del Don en un obstáculo insuperable, a través de cual no hallaría el enemigo manera de lanzar ataque alguno antes de principios del verano, ni nuestro Cuarto Ejército Panzer haría otra cosa que atollarse en su intento de seguir hacia occidente. Por todo lo cual, una vez más insistía en aconsejarme siquiera una espera.

Mas como yo persistiese en mi punto de vista y manifestase que no podía dejar la suerte del Grupo de Ejércitos pendiente de unos asomos de deshielo tan extemporáneos, acabó Hitler por autorizarme a que retirase el frente oriental del Grupo a las posiciones del Mius. Por cierto que nuestra conferencia había durado- incluida, se entiende, la cuestión del mando supremo- desde las 17 a las 21 horas, o sea, cuatro horas completas.

Un detalle curioso de nuestra despedida acaso caracterice mejor que nada la flexibilidad de recursos de su carácter tenaz. Porque cuando ya me había dado su consentimiento rotundo y abandonaba yo su despacho, todavía me llamó como de improviso, para manifestarme que no me alarmase, pues no iba, claro está, a retractarse de lo dicho; que si todavía me llamaba era para rogarme encarecidamente que pensase bien si no habría manera de esperar todavía un poco. Después de todo, muy bien pudiera suceder que el deshielo en la depresión del Don nos permitiese seguir manteniendo el arco Don-Donetz. Pero mi resolución era firme y tan sólo le prometí abstenerme de ordenar la retirada hasta mi llegada

al mediodía siguiente, a no ser que el parte de aquella noche aconsejase el repliegue inmediato.

Si dedico tanto espacio a referir esta entrevista mía con Hitler, es no sólo por lo decisiva que fue para el resultado de la campaña de aquel invierno sino porque en muchos aspectos en sumamente reveladora de la actitud de aquel hombre y de lo arduo que se hacía conseguir de él nada que no concordase con sus propias preferencias.

La evolución de la situación hasta fines de febrero

Equivocado iría quien creyese que con haberle arrancado a Hitler el consentimiento para evacuar la parte oriental de la cuenca del Donetz y con la consiguiente incorporación del Cuarto Ejército Panzer al ala occidental, la crisis efectiva del ala sur de nuestras fuerzas había quedado resuelta. El enroque del Cuarto Ejército Panzer del ala oriental a la occidental exigió, en efecto, dos semanas para cubrir las grandes distancias en las condiciones varias en que

teníamos que hacerlo. Además, de que tampoco era seguro que el Destacamento de Ejército de Hollidt consiguiese replegarse a las posiciones del Mius, puesto que el enemigo se hallaba ya sobre su flanco profundo de Voroschilovgrad al sur del Donetz. Era igualmente problemático que el Primer Ejército Panzer lograse mantener amenazadora su frente en el Donetz central, o bien restablecerlo. Pero sobre todo en donde la situación se presentaba tan amenazadora que parecía tener el enemigo posibilidades ilimitadas, era en la zona del Grupo de Ejércitos B, o sea, en la región de Jarkov. No sólo podía allí forzar los pasos del Dnieper por Dniepropretrovsk y Saporoshje para cortar las comunicaciones del Grupo de Ejércitos del Don, sino también llegar al Dnieper más arriba, cruzarlo y bloquearlo desde el oeste. De modo que, además del desplazamiento del Cuarto Ejército Panzer el ala occidental del Grupo de Ejércitos, se hacía indispensable la formación de un nuevo grupo de fuerzas que llenase el vacío dejado en el Grupo de Ejércitos B por lo aliados, casi enteramente desaparecidos.

El 7 de febrero al mediodía llegaba de regreso a mi cuartel general de Stalino. Me encontré con que la situación en el Don se había agravado por la pérdida de Bataisk, arrabal de Rostov situado en el lado sur del río. Sólo, legar, ordené un repliegue detrás del Don e inicié el desplazamiento del Cuarto Ejército Panzer y de las

primeras divisiones disponibles al ala occidental. Al Destacamento de Ejército de Hollidt se le ordenó la retirada a la línea Novocherkask-Kamensk.

El 8 de febrero sobrevenían nuevas crisis en Rostov y Voroschilovgrad, en donde el enemigo se lanzaba al ataque desde la cabeza de puente que en su día había conquistado allí. También en nuestro Primer Ejército Panzer al enemigo que avanzaba por el sector del Don entre Lissitschansk y Slaviansk parecía frustrado de momento, o al menos, fallido en el éxito de que él nos habíamos prometido.

En el sector del Grupo de Ejército B en torno a Jarkov se hallaba en formación precisamente entonces un nuevo Destacamento de Ejército al mando del general Lanz, al que se había subordinado también el Cuerpo Panzer de las SS, que estaba llegando. Nos enteramos

asimismo de que la División de Granaderos Panzer Das Reich, que debiera haber batido al enemigo en Volchansk y avanzado luego girando al sudeste en dirección a Isjum, no había conseguido lo primero, antes había tenido que replegarse detrás del Donetz bajo la presión adversaria. De modo que, en tales condiciones, visto estaba que poco o nada podíamos esperar del ataque del Cuerpo Panzer de las SS previsto por Hitler para aliviar nuestro flanco occidental y reducido en la práctica a la División Das Reich.

El 9 de febrero, el enemigo había tomado Belgorod y Kursk al norte de Jarkov y luego siguió avanzando desde Isjum en el arco del Donetz en dirección oeste. En la brecha entre el Dnieper y el ala derecha del Grupo de Ejércitos Centro, que empezaba bastante al norte de Kursk, sólo había el Destacamento Lanz, cuyo avance hacia karkov resultaba ya dudoso, y al oeste de Kursk, el Segundo Ejército del Grupo B, maltrecho y agotado.

Dada la posibilidad que de esta situación se le ofrecía al enemigo para una maniobra envolvente de largo alcance cruzando el Dnieper aguas arriba de Dniepropetrovsk, era manifiesto que el Grupo de Ejércitos no iba a poder asegurar a la larga sus comunicaciones de retaguardia con sus solas fuerzas, a pesar al ala occidental. Puesto que se hacía ineludible tomar urgentes medidas, puse un telegrama al general Zeitzler, haciéndole saber que necesitaba que un nuevo ejército con 5 o 6 divisiones por lo menos se encontrase dentro de 14 días en el sector del norte de Dniepropetrovsk, y un

ejército más, detrás del frente de nuestro Segundo Ejército, o sea, a occidente de Kursk, para atacar en dirección sur. Para esto era indispensable aumentar a fondo el rendimiento de los transportes, ya que la lenta llegada de algunas divisiones, gota a gota por así decirlo, como hasta entonces no podía bastarnos para hacer frente a la situación.

La respuesta del general Zeitzler fue ciertamente esperanzadora, puesto que me habló de sacar otras 6 divisiones de los Grupos de Ejércitos Centro y Norte y transportarlas a mi frente a un ritmo mucho más acelerado que el que veníamos padeciendo. Contaba con que por día, y con que cada dos jornadas me llegaría, por tanto, una de las 6 divisiones prometidas. Claro

está que, atendida la anchura de la brecha abierta en nuestro frente, estos contingentes apenas pasaban de una ayuda para ir saliendo del paso y sorteando los más graves apuros hasta la llegada del período de las lluvias y los fangos. Y aún dependía el que llegasen o no a tiempo del giro que tomase la situación en torno a Jarkov, en la que nada podía influir el Grupo de Ejércitos. Por otra parte, siempre subsistiría el gravísimo peligro que sobre el ala sur del frente del Este proyectaba como una negra sombra la posibilidad de que antes o inmediatamente después del período de barro avanzase el enemigo hasta la costa del Mar de Azov, o yendo más lejos, hasta cerrarnos contra la costa del Mar Negro.

Si de lo dicho resulta que la principal preocupación del Grupo de Ejércitos residía en su expuesto flanco, no por eso dejaba de ser motivo de preocupación la situación en el resto de su línea defensiva.

El Primer Ejército Panzer (al mando del general Von Mackensen y de su jefe de estado mayor, el coronel Wenck), cuya misión había de ser obligar al enemigo a repasar el Donetz que había cruzado por su parte central, tenía que habérselas con dos agrupaciones de fuerzas enemigas superiores en número. Era una de ellas la que en Voroschilovgrad había atravesado el río y pugnada ahora por abrirse camino por entre el Destacamento Hollidt en su repliegue al Mius y el Primer Ejército Panzer que desde el sur avanzaba hacia el Donetz. El otro grupo lo constituían las fuerzas rusas que, después de salvar el Donetz por la línea Lissitschansk-Slaviansk, trataban de centrar su punto de gravedad en el ala occidental a ambos lados del Krivoi Torez. El Primer Ejército Panzer estaba amenazado por un doble movimiento envolvente por lo que ten-

dría que atacar y procurar derrotar a cada una de las agrupaciones enemigas por separado. Opinaba en este caso el Grupo de Ejércitos que el Primer Ejército Panzer debía desplazar su punto de gravedad sobre su propia ala occidental, lanzándose primero contra el grupo enemigo de Slaviansk, para batir luego al de Voroschilovgrad. Sólo que la evolución de la situación le había forzado a comprometer desde el primer momento una parte de sus fuerzas con el grupo enemigo citado en último lugar. Pero ese ejército no era lo bastante fuerte para infligir una pronta derrota al enemigo de Slaviansk, ni tampoco eran suficientes los efectivos

de que disponía al sur de Voroschilograd para impedir que el enemigo rompiese hacia el sudoeste.

Como casi siempre sucedía en las situaciones de por sí criticas, a lo embarazoso de la situación general se sumaban otras dificultades locales. Así, por ejemplo, las unidades de reconocimiento del Primer Ejército Panzer habían informado, al tomar medidas para que el XL Cuerpo Panzer emprendiese el ataque contra el grupo enemigo que avanzaba desde Slaviansk, que no había posibilidad de maniobra envolvente en la región al oeste del Krivoi Torez para los tanques, por tratarse de un suelo repleto de quebradas y barrancos profundos. En consecuencias, el XL Cuerpo Panzer había tenido que lanzarse a lo largo del lado oriental del valle del Krivoi Torez en un ataque más o menos frontal. Y como la dureza del invierno ruso hacía casi imposible la permanencia de las tropas a cielo raso durante las noches, no quedaba otro recurso que el centrar la lucha en torno a las localidades situadas en el valle en cuestión, comenzando la batalla por la posesión de Kramatorskaia, una importante ciudad industrial. Con lo que la decisión, tan apremiante, contra el grupo enemigo de Slaviansk se veía forzosamente retardada por combates locales, entre los que la 11ª División Panzer iba abriéndose paso con mucha lentitud.

Mientras que de esta suerte se caía por su base el propósito del Grupo de Ejércitos de aislar del Donetz al enemigo envolviéndolo por occidente, avanzaba éste en la noche del 11 de febrero con potentes contingentes de tanques por la supuesta región intransitable a occidente del Krivoi Torez hasta Grischino. De donde resultaba una vez más que el criterio occidental sobre la intransitabilidad de un terreno, tenía para los rusos un valor muy relativo. Las anchas zapatas de las orugas de sus tanques les permitían salvar los obstáculos y pasar sobre los lodazales o las nieves profundas que para nuestros blindados constituían barrera insuperable. Teníamos de

esta suerte al enemigo en Grischino no solamente sobre el flanco profundo del Primer Ejército Panzer, sino bloqueando al mismo tiempo la principal línea ferroviaria de abastecimiento del Grupo de Ejércitos que iba de Dniepropetrovsk a Krasnoarmeiskoje, restándonos tan sólo el ferrocarril por Saporoshje. Desgraciadamente, su capacidad era muy limitada, debido a que el

gran puente de Saporoshje sobre el Dnieper, destruido por el enemigo en 1941, no se hallaba todavía en condiciones de tráfico. Ello nos obligaba a transbordar allí, y los vagones cisterna con gasolina no podían llegar hasta el frente.

En estas condiciones, con el frente de combate mal abastecido de carburantes y el Primer Ejército Panzer amenazado de cerca por occidente, nos encontrábamos con que el enemigo trataba el mismo tiempo de envolverlo desde el este con las fuerzas que habían penetrado por Voroschilovgrad. Pero sobre todo había logrado filtrarse con un cuerpo de caballería hasta el importante nudo ferroviario de Debaltsevo, situado bastante a retaguardia del ala derecha de nuestro Primer Ejército Panzer y de lo que había de constituir las posiciones definitivas del Destacamento de Hollidt. Se consiguió, ciertamente, cercar este cuerpo de caballería enemiga en Debaltsevo; pero la tarea de acabar con él se hacía sumamente lenta y fatigosa a causa de la tenaz resistencia opuesta por el enemigo en las localidades habitadas. Además, la 17ª División Panzer, tan indispensable en el ala occidental del ejército, tenía que seguir por de pronto allí.

El enemigo también redoblaba sus ataques con formaciones de tanques de refresco contra la Destacamento Hollidt, impidiéndonos con ello retirar las divisiones de blindados que el Destacamento necesitaba para su propia defensa.

Sin embargo, es de destacar que el Destacamento logró por fin alcanzar el 17 de febrero las posiciones del Mius y disponerse en ellas para la defensa.

Asimismo en el ala occidental la intervención de la División Wiking, procedente del Don, había tenido la virtud de paralizar a las fuerzas de tanques enemigas en Grischino. No había podido, en cambio, aniquilarlas rápidamente, porque, además de hallarse muy gastada por efecto de los duros combates precedentes, andaba escasísima de mandos. Integraban la división voluntarios de las SS de los países bálticos y nórdicos, y sus bajas habían sido las elevadas, que ya no contaba entonces con un número suficiente de oficiales conocedores de los correspondientes idiomas. Como es

natural, la eficacia de aquellas fuerzas, que en sí eran excelentes, tenía que resentirse de ello.

Entretanto, el Cuarto Ejército Panzer se hallaba todavía en marcha o en ruta de transporte desde el Don inferior el ala occidental, considerablemente retrasado en su repliegue por el estado de las vías de comunicación. Por lo que, aún prescindiendo del hecho de que el enemigo se hallaba ya en Grischino, en el flanco del Primer Ejército Panzer, y de la posibilidad de que reforzarse las unidades que allí tenía, seguía siendo grande el peligro existente en la ancha brecha que se abría entre el ala izquierda del Primer Ejército Panzer y la región de Jarkov, en la que el enemigo gozaba de entera libertad de movimientos.

Estas crisis dentro del ámbito del propio Grupo de Ejércitos eran en el fondo una consecuencia obligada de que el Grupo del Don se hubiese visto forzado por tanto tiempo a emplear sus fuerzas en cubrir, delante del Don y el Donetz, la retirada del Grupo de Ejércitos A. ahora resultaba que todavía le quedaba la preocuoación, por momentos más justificada, del sector encomendado al Grupo de Ejércitos B.

Como éste, tras del desvanecimiento de las ejércitos aliados, sólo contaba con el ya muy reducido Segundo Ejército al oeste de Kursk, y en Jarkov con el Destacamento de Ejército de Lanz, todavía en formación, dos posibilidades se les ofrecían a los rusos igualmente fatales para la seguridad del Grupo de Ejércitos del Don.

Podía el enemigo por la primera, cubriéndose contra Jarkov, girar a Pavlograd con las fuerzas que sabíamos que se hallaban en marcha de Isjum a occidente y seguir luego contra los pasos de Dniepropetrovsk y Saporoshje sobre el Don, cortando asi las comunicaciones de retaguardia del Grupo del Don por aquel río. Pero además, tenía también la posibilidad de intentar arrollar y desbaratar al Destacamento de Ejército de Lanz en su mismo período de concentración. Suponiendo que saliese con este intento, ya no necesitaba más para contar con camino expedito sobre el Dnieper a ambos lados de Kremenchug, y en su mano estaría luego bloquear el paso a Crimea o el del Dnieper por Kherson. El resultado hubiera sido el cerco de toda el ala sur de nuestras fuerzas. Porque aun en el caso de que el período de los barrizales, que generalmente se inicia a fines de marzo, retardase la ejecución de la ambiciosa operación últimamente aludida, habríamos de contar con que el enemigo no dejaría de reanudarla cuando las lluvias hubieran cesado y los caminos se ofreciesen de nuevo firmes.

Estas consideraciones me movieron a enviarle el 12 de febrero al Alto Mando del Ejército unan ueva apreciación de la situación, para que le fuese presentada a Hitler. Partiendo de las expuestas premisas operativas, eran dos los puntos que en ella subrayaba.

Primeramente, la distribución de fuerzas. Hacía constar respecto de ella que, a pesar de que el enemigo venía esforzándose manifiestamente desde hacia casi tres meses por buscar la decisión en el frente del Este desmenuzando o aislando el ala sur alemana, la distribución de fuerzas en él seguía tan ausente de esta realidad ahora como antes. Pese a que en los últimos meses se habían incorporado algunas divisiones al Grupo de Ejércitos del Don, la proporción entre las fuerzas alemanas y las del enemigo, tanto en este Grupo como en el B, era todavía del 1 a 8 (en algunos sectores, incluso más desventajosa para nosotros), mientras que en los sectores de los Grupos de Ejércitos Centro y Norte era de 1 a 4. Se comprende, por otra parte, que el Alto Mando del Ejército los Grupos Centro y Norte si retiraba de ellos fuerzas para restablecer el equilibrio numérico. Y tampoco le faltaba razón cuando a esta misma observación mía había contestado en ocasión anterior que casi todo lo que al frente se estaba mandando en hombres y armas para cubrir bajas, iba a parar al Grupo de Ejércitos del Don; con lo que la virtud combativa de sus unidades de los Grupos Centro y Norte. En cambio, podíamos nosotros alegar que también las divisiones del Grupo del Don llevaban meses de incesante combatir, lo que no sucedía con las de los otros dos Grupos. Y, por último, nuestras divisiones luchaban a la intemperie, mientras que las fuerzas de los Grupos Centro y Norte lo hacían en posiciones firmes y abrigadas.

Pero más que todas estas consideraciones pesaba la decisión de que no era en el ala norte o en el centro en donde el enemigo, pugnaba por alcanzar la decisión sobre el frente de Alemania en el Este, sino en el ala sur. Y siendo así, no parecía razonable que se nos mantuviese siempre en condiciones desventajosas.

No debiamos hacernos ilusiones- proseguía mi alegato- de que el enemigo fuese a perder de vista su último y más ambicioso plan de aniquilar el ala sur alemana acorralándola contra el mar, ni siquiera en el caso de que nosotros consiguiésemos conjurar el inmediato peligro de aislamiento de los pasos del Dnieper. Por lo cual se hacía ineludible una inmediata y radical redistribución de

fuerzas en el ala sur, aunque para ello hubiésemos de renunciar a otros frentes o escenarios de guerra o aventurarnos a perderlos.

Como antes digo, dos eran las cuestiones principales objeto de mi comunicado al Alto Mando del Ejército, puesto que, además de tratar en él de la fundamental de distribución de fuerzas, formulaba también una apreciación de la situación y de la frma en que estimaba que deberíamos proseguir las operaciones en el ala sur del frente del Este.

La propuesta relativa al último aspecto la trataremos en el inmediato capítulo <Ciudadela>.

En lan oche del 12 de febrero rasladaba el Grupo de Ejércitos-que en adelante habría de denominarse Grupo de Ejércitos Sur- su Cuartel General a Saporoshje, para mejor poder llevar las riendas de la lucha en el punto que pronto habría de tornarse decisivo.

La noche siguiente (13 de febrero) recibía el mando del Grupo de Ejércitos unas instrucciones del Alto Mando Central que evidentemente decidían sobre la solicitud por mí presentada el 9 de aquel mes. Según ellas, y de acuerdo con mi propuesta, un nuevo ejército llegaría a la línea Poltava-Dniepropetrovsk, mientras que a reforzar la retaguardia del Segundo Ejército del ala sur vendría el otro ejército. La verdad es que estos ejércitos no legaron a formarse siquiera y que el que había de cubrir la retaguardia del Segundo no apareció por allí. Cierto es que éste recibio algunos refuerzos; pero también lo es que los obtuvo a expensas de los que a nosostros se nos habían prometido. Y en cuanto al ejército que habría de pasar a la línea Poltava-Dniepropetrobsk, no era otro que el Destacamento Lanz, ya comprometido en Jarkov. Sector que luego le fue adjudicado al Grupo de Ejércitos Sur, juntamente en el sector del Grupo de Ejércitos B hasta Belgorod. El Segundo Ejército pasó en esta combinación al Grupo de Ejércitos Centro y el mando del Grupo de Ejércitos B causó baja en la cadena de mandos del Frente del Este.

Cuarta fase: El contraataque alemán

A mediados de febrero de 1943 y en el último tercio del mes, alcanzaba, pues, la grave crisis en el sector del Grupo de Ejércitos Sur un nuevo punto culminante. Se acentuaba al mismo tiempo el peligro de un embolsamiento de toda nuestra ala sur por el abrazo enemigo que, partiendo del sector vecino, se disparaba en amplio

rodeo por el norte. Y, sin embargo, en aquella agravación de la situación iban los gérmenes de un nuevo giro.

Con todo, por el momento, aún se tornó más sombrío el cuadro.

La prevista medida de retirar al Grupo de Ejércitos B del mando en la zona fallida del frente, y precisamente en auqellos momentos, encerraba un peligro. Que si bien su comandancia no otras agrupaciones, no por eso dejaba de constituir un eslabón esencial en la cadena de puestos de mando del frente del Este. Por lo que al faltarnos, desaparecía con él la sutura entre los Grupo de Ejércitos del Centro y del Sur.

En la práctica, tampoco podía la comandancia del Grupo de Ejércitos Sur tomar el mando sobre el sector de Jarkov (Destacamento Lanz) que ahora le había tocado en suerte, puesto que carecía de enlace el servicio de información, y ya antes de hacerse cargo del mando habíamos de perder Jarkov. Si a pesar de todo conseguimos llegar tan pronto a encargarnos de dirigir las operaciones en aquel sector, mérito especial fue de la sobresaliente actuación del regimiento de comunicaciones del Grupo de Ejércitos y del acierto con que nuestro jefe de Información general Müller, lo dirigía. También en este caso confirmó su merecido crédito nuestro amigo, el jefe de las tropas de comunicaciones, general Fellgiebel, colaborando con el mayor celo.

Ni dejó de reportar sus ventajas en otros aspectos la exclusión de la comandancia del Grupo de Ejércitos B, que por de pronto venía a dificultar tan sensiblemente la cohesión del mando de las operaciones en el punto neurálgico del frente del Este. Porque a la larga la subordinación del Destacamento Lanz, al mando del Grupo de Ejércitos Sur, habría de permitirle a éste ejercerlo por sí mismo y sin interferencias en el punto decisivo. Lo que, por cierto, contribuyó no poco al éxito final de la campaña de invierno de 1942 a 1943.

En un principio, el territorio en torno a Jarkov sólo había de ser para el Grupo de Ejércitos Sur un motivo más de preocupaciones, a pesar de que durante algunos días siguiese mandando allí el Grupo B, o, por mejor decir, Hitler con sus intervenciones.

El Destacamento Lanz había recibido de él orden de defender a toda costa Jarkov, que por las trazas andaba para convertirse en puntillo de honor hitleriano por el estilo de Stalingrado. Pero, además, el Destacamento tendría que avanzar en dirección a Losovaia para aliviar el flanco izquierdo del Grupo de Ejércitos Sur en cola-

boración con el Cuerpo Panzer de las SS, que constituía la médula de la agrupación, pero que todavía no contaba sino con dos de las tres divisiones que habían de integrarlo.

Bien se comprenderá que con sus solas fuerzas no iba a poder atender el Destacamento de Ejército a las dos tareas que se le asignaban. Lo que podía hacer era luchar por Jarkov o combatir en el ala izquierda del Grupo de Ejércitos Sur, entendiéndolo, así, propuse a Hitler que el Destacamento Lanz renunciase a Jarkov y tratase, en cambio, de derrotar al enemigo al sur de la ciudad. Con lo que hubiéramos atajado el peligro de que el Grupo de Ejércitos se viese envuelto desde el Dniqper a ambos lados de Kremenchug, mientras que nos quedaba la esperanza de dar cuenta con el Cuarto Ejército Panzer del enemigo que pugnaba por conquistar los pasos de Saporosje y Dniepropetrovsk sobre el Dnieper. Luego, en cuanto Lanz hubiese batido al enemigo al sur de Jarkov, podría ponerse a la reconquista de Jarkov. Pero la solución no concordaba con las intenciones de Hitler, para quien Jarkov, la capital de Ucrania, había pasado a problema de amor propio. Por lo que el 13 de febrero nuevamente le ordenaba al Destacamento Lanz, por conducto del Grupo de Ejércitos B, que bajo ningún pretexto abandonase Jarkov.

En vista de ello, me dirigí al Alto Mando del Ejército en demanda de que se me aclarase si la orden en cuestión habría de estimarse subsistente incluso desde que Lanz pasase a depender de las mías y si habría de atenerse a ella aun a riesgo de que el Cuerpo Panzer de las SS quedase cercado en Cliarkow. Solicitaba de paso del Alto Mando una contestación al uicio de la situación por paso del Alto Mando una contestación al juicio de la situación por mí formulado y enviado días antes a Lötzen. A lo que el general Zeitzler repuso que Hitler había considerado mi juicio <algo excesivo en la previsión>. La verdad es que tampoco yo me mordí la lengua al manifestarle seguidamente que más razonable me parecía que un Grupo de Ejércitos se permitiese una previsión de cuatro a ocho semanas en sus planes, que no que el mando supremo anduviese siempre atenido al horizonte del día siguiente:

Mas volviendo a la situación en Jarkov, tengo que hacer constar que las circunstancias se mostraron superiores a la voluntad de Hitler, ya que el cuerpo panzer, que realmente corría el riesgo de verse cercado, evacuó la ciudad el 15 de febrero, contra las órdenes, por cierto, del general Lanz. El hecho consumado nos fue comunicado todavía por el Grupo de Ejércitos B, que entonces cesaba definitivamente en el mando. Si Jarkov hubiera sido evacuada

en virtud de órdenes de un general de Ejércitos, bien seguro es que Hitler lo habría entregado a un tribunal militar; pero como era el Cuerpo Panzer de las SS el que se había hurtado al cerco –con harta razón por lo demás-, nada le sucedió. Únicamente algunos días más tarde era relevado el jefe del Destacamento de Ejército Lanz por el general de tropas de tanques Kempf, a pretexto de que el primero pertenecía a los cazadores de montaña, mientras que Kempf era un auténtico jefe de tanques.

Al paso que en aquellos días de transición del mando en el sector del Grupo de Ejércitos B al del Sur se agravaba allí notablemente la situación, concurría también la circunstancia de que el Grupo Sur corriese un gran peligro de ver cortadas sus comunicaciones por el Dnieper.

Nos comunicaban, en efecto, el 16 de febrero, que, como ya venía siendo de temer, avanzaba el enemigo con grandes efectivos desde el sector al este de Isjum en dirección a Pavlograd y Dniepropetrovsk. De suerte que si conseguida alcanzar los nudos ferroviarios de Losovaia o Pavlograd (o la estación de Sinsinikovo al sudoeste de Pavlograd), nuestras comunicaciones por Poltava quedarían interrumpidas.

Coincidiendo con esto, decreció nuevamente el ritmo del transporte de los refuerzos facilitados por el Alto Mando del Ejército, hasta el punto de que en lugar de los 37 trenes diarios, solamente 6 había llegado hasta el 14 de febrero.

Por su parte, el Grupo de Ejércitos Centro nos vino con la ingrata noticia de que no disponía de fuerzas para emprender por el momento ninguna seria colaboración con el Grupo del Sur en la brecha abierta entre ambos. Bastante tenía, por lo visto, con ir frenando la retirada del Segundo Ejército, que iba formando un alarmante arco inverso a occidente de Kursk.

Tan crítica iba siendo la situación, que por fin se resolvió Hitler a visitarme en mi cuartel general, seguramente preocupado por las apreciaciones de situación que a él había hecho llegar. Por un lado, celebraba yo tener así ocasión de exponerle personalmente mis puntos de vista y de poner, por así decirlo, ante sus ojos la gravedad del momento; pero tampoco dejaba de preocuparme el problema de asegurar su indemnidad de una gran ciudad fabril como Saporoshje, sobre la cual avanzaba el enemigo y en la que él se proponía permanecer algunos días. Por de pronto, lo alojamos con su séquito- en el que figuraban el jefe del Estado Mayor General y el general Jodl- en el edificio de nuestras oficinas, procurándole un

aislamiento hermético, menos en el aspecto culinario, en el que las precauciones corrían de su cuenta, pues traía su propio cocinero, como siempre. De todos modos, la situación no dejaba de ser bastante delicada, desde el momento en que su llegada se había propalado entre los soldados, por haberle reconocido o saludado algunos de ellos y varios miembros del Partido a su paso del aeródromo a la ciudad. A todo esto, no teníamos en Saporosje más fuerzas que nuestra compañía de guardia y algunas unidades de artillería antiaérea, cuando los tanques enemigos andaban ya tan cerca de la ciudad que no les hubiera sido difícil coger bajo sus cañones el campo de aviación situado al este del Dnieper.

Poco después del mediodía del 17 de febrero se presenta Hitler en mi cuartel general, en donde comencé por someterle un informe de nuestra situación.

El Destacamento de Ejército de Hollidt había alcanzado aquel mismo día las posiciones del Mius, aunque con el enemigo sobre los talones.

El Primer Ejército Panzer había parado en seco al enemigo en Groschino, aunque sin conseguir desbaratarlo. Como tampoco en el sector de Kramartorkaja se había resuelto aún el duro combate contra las fuerzas rusas procedentes de Lissitschanka-Slavianska.

Y en cuanto al Destacamento Lanz, dicho queda que había evacuado Jarkov, esquivando al enemigo en un repliegue al sector de Mosh, hacia el sudoeste.

Expuesta así la situación, pasé luego a darle cuenta a Hitler de cómo estimaba yo que debíamos atenderla, relevando ante todo al Cuerpo Panzer de las SS del compromiso de volver inmediatamente sobre Jarkov y dejando allí tan sólo el resto del Destacamento Lanz.

El cuerpo panzer saldría de la región de Krasnograd hacia el sudeste, siguiendo la dirección general de Pavlograd para cooperar con el Cuarto Ejército Panzer, que ya se hallaba en marcha. La misión de estas fuerzas sería derrotar al enemigo que avanzaba por la brecha abierta entre el Primer Ejército Panzer y el Destacamento Lanz. Luego que hubiesen conseguido esto- si lo conseguían-, y eliminando con ello el peligro de aislamiento del Destacamento y del Primer Ejército Panzer, sería llegado el momento de volver sobre Jarkov y contraatacar allí.

Al principio, Hitler se resistía a convenir en la bondad del plan de operaciones propuesto. Ante todo, suponía que no había razón para presumir la existencia de fuertes contingentes enemigos avan-

zando entre el Destacamento Lanz y el Primer Ejército Panzer. Pero, además, temía que la operación por mí prevista entre el Dnieper y el Donetz fuese a verse paralizada en los barrizales, temor que parecía justificar hasta cierto punto lo avanzado del invierno. Sin embargo, el motivo real y verdadero de la resistencia hitleriana había que buscarlo en su deseo de recuperar Jarkov cuanto antes y en la esperanza que ponía en el Grupo Panzer de las SS para conseguirlo tan pronto como se hallase reunido. De hecho, la situación era tal que un avance en dirección a Jarkov hubiera reclamado en todo caso como condición previa la eliminación del peligro sobre los pasos del Dnieper, puesto que sin comunicaciones a través de este río ni el Primer Ejército Panzer ni el Destacamento Hollidt podrían mantenerse. Además, se necesitaba el concurso de una parte del Cuarto Ejército Panzer por lo menos para acometer Jarkov. Por último, había que dar por seguro que si el deshielo llegase a paralizar y malograr la operación, antes sucedería esto entre el Donetz y el Dnieper que no en las inmediaciones de Jarkov y hacía el norte. De suerte que siempre cabía esperar que después de derrotar al enemigo que avanzase entre el Primer Ejército Panzer y el Destacamento Lanz, todavía podríamos pensar en atacar Jarkov. Más que problemática parecía, en cambio, la posibilidad de invertir el orden de las operaciones; aun sin contar con que también podía darse el caso de vencer en Jarkov y hallarnos con las comunicaciones entre el ala derecha y el centro del Grupo de Ejércitos cortadas por el Dnieper y con que en estas condiciones no habría manera de sostenerse durante las semanas de duración del deshielo.

Dada la tenacidad con que Hitler defendía siempre sus puntos de vista, nuevamente hubimos de enfrascarnos en una interminable discusión. Al fin pude poner término a la fatigosa pugna recurriendo al argumento de que el Cuerpo Panzer de las SS tendría que reunirse, como primera medida, en la carretera jarkov-Krasnograd, lo cual no podría hacer antes del 19 de febrero. Podía, por tanto, esperar hasta entonces la decisión de si habría de dirigirse luego al norte o al sur. Esta forma dilatoria de tratar la cuestión me la permitía la consideración de que antes de aquella fecha tampoco iba a estar disponible el Cuarto Ejército Panzer. Además de que también confiaba en que el curso de los acontecimientos, que ahora ya iba a conocer de cerca Hitler acabaría por traerle entretanto a mi terreno.

El 18 de febrero nuevamente conferenciaba con Hitler. Había atacado el enemigo en el frente del Mius con fuerzas importantes

y en varios puntos había abierto brecha a través de la línea del Destacamento de Ejército de Hollidt. Asimismo seguíamos sin conseguir acabar con el cuerpo de caballería enemigo que teníamos cercado en Desbaltsevo, detrás de aquel frente. Mi propuesta insistió en que seguía urgiendo retirar de aquel ala para la occidental unidades motorizadas, aun cuando por el momento no fuese posible. Por otra parte, tampoco habíamos conseguido dejar fuera de combate al cuerpo motorizado ruso que presionaba en Grischino el flanco de nuestro Primer Ejército Panzer, y no podíamos, por tanto, disponer de las fuerzas encargadas de aniquilarlo.

Teníamos, en cambio, pruebas irrefutables de que el enemigo avanzaba efectivamente con fuerzas considerables por la brecha abierta entre el Primer Ejército Panzer y el Destacamento de Ejército Lanz en dirección a los pasos del Dnieper. La 267ª División de Fusileros enemiga había sido avistada al sur de Krasnograd, y la 35ª División de Guardias, que contaba con una formación de tanques, nos había arrebatado Pavlograd, diligentemente evacuado por la división italiana que lo defendía (restos del antiguo Ejército italiano) tan pronto como el enemigo apareció en el horizonte.

El Destacamento de Lanz había comunicado que las formaciones rodadas de la División Totenkopf de las SS se hallaban atascadas entre Kiev y Poltava. Con lo que el ataque en dirección norte para recuperar Jarkov ante todo según Hitler deseaba, carecía ya de objeto. Porque si el Cuerpo Panzer de las SS no había sido capaz de conservar Jarkov sin la División Totenkopf, menos habría de poder recuperar la ciudad en tanto que esta división se hallase imosibilitada de intervenir. Sólo cabía, por tanto, partir hacia el sudeste a batir al enemigo que avanzaba por la brecha abierta entre el Destacamento Lanz y el Primer Ejército Panzer. Y, puesto que había que contar con que allí habría de comenzar pronto el deshielo, la operación no admitía espera. En tales condiciones, accedió al fin Hitler a mi propuesta de que asestásemos la División de Granaderos Panzer Das Reich de las SS, de momento disponible, contra Pavlograd, mientras que la Leibstandarte se encargaba de cubrir la operación del Cuarto Ejército Panzer contra el enemigo que desde Jarkov presionaba hacia el sur. Era de suponer que el Cuarto Ejército, ahora reforzado con esta división, podría afrontar la operación con éxito.

Luego de tomada esta medida, le expuse a Hitler mi parecer sobre la situación general, adelantando que aunque consiguiésemos evitar un giro adverso hasta la llegada del período de reblandecimiento del suelo- y ni siquiera esto era seguro-, mi obligación

estaba en tomar medidas para más adelante. Había que pensar, en efecto, que después de unas semanas de barrizales y calma en los frentes, el Grupo de Ejércitos tendría que mantener uno de 700 kilómetros, sin disponer para ello de más fuerzas que unas 32 divisiones, incluidas las del Destacamento Lanz. Y este frente habría de defenderlo contra un enemigo que seguramente cargaría después del mal tiempo el punto de gravedad de sus operaciones sobre el ala sur del frente del Este, para acorralarla contra el mar Negro.

Como es natural, un frente de 700 kilómetros defendido por poco más de 30 divisiones, puede ser atacado y abierto por un enemigo superior en el punto que a éste se le antoje. Pero sobre todo, al Grupo de Ejércitos y tan adelante llevase el juego, que acabase por coparlo contra el mar de Azov o el mar Negro.

Siendo esto así, no me parecía que debiésemos esperar cruzados de brazos durante el período de los barros a que, restablecido el buen tiempo, se resolviese el enemigo a sacarnos de dudas, rompiendo el frente o envolviéndonos por el norte. A menos, natural, aliviar a tiempo mediante una acción ofensiva el frente en que seguíamos con un amplio saliente hacia el este.

Trataba yo con estas explicaciones de ver si conseguía despertar en Hitler la necesidad de ampliar el horizonte de sus previsiones operativas. Pero bien se advertía que por nada quería comprometer su veleidosa libertad. Verdad es que concedía que las fuerzas del Grupo de Ejércitos iban a resultar insuficiente para defender su frente en el año próximo; pero las proporciones por mí establecidas no acababan de satisfacerle. Sin negar el hecho de que tuviésemos enfrente 341 unidades enemigas, lo desvirtuaba con la suposición de que se trataba de unidades muy mermadas y de escaso valor combativo. Y si luego alegábamos nosotros que también nuestras divisiones iban quedando muy desmedradas, salía del paso con asegurar que durante el período de los barros quedarían repuestas en sus plenos efectivos, tanto de hombres como de armas nuevas (como en realidad sucedió). No admitía, en cambio, que en hombres de la quinta de 1926, ni que con su producción de tanques equipar unas 60 brigadas blindadas. Eso sí; aprovechaba la observación para cargar la mano en su tema de la decisiva importancia que para los rusos tendría la recuperación de la cuenca del Donetz

con su producción de coque. Luego, al pasar a la cuestión batallona de la forma de llevar las operaciones en el frente del Este en 1943, reconocía paladinamente que no podía distraer fuerzas de otros escenarios de guerra ni aportar unidades de nueva formación, aunque confiaba que el empleo de armas nuevas nos habría de permitir llevar a cabo ataques parciales de considerable efecto. Con lo que ya teníamos a Hitler en el terreno de las armas y de su producción y no había manera de traerle de sus quiméricas divagaciones a la realidad, de fijar un plan sensato de campaña para el verano. Por lo visto, vivíamos en mundos distintos y remotos.

El 19 de febrero tenía lugar otra conferencia, a la que también había sido convocado el mariscal Von Kleist. No cabe duda de que la estancia de Hitler en mi cuartel general había tenido la virtud de hacerle comprender mejor el peligro en que se hallaba nuestra ala sur. No se explicaría de otro modo su manifestación de que en adelante debería el Grupo de Ejércitos A cederle al Grupo Sur tantas fuerzas como pudiésemos retirar de él, hasta el punto de que habríamos de considerarlo nuestro <inmediato depósito de reservas>. De suerte que la primitiva idea de llegar un día a utilizar la cabeza de puente de Kuban para ulteriores efectos operativos de largo alcance, quedaba relegada por Hitler hasta las calendas griegas. Por desgracia, ni siquiera habíamos de conseguir beneficiarnos de nuestro <inmediato depósito de reservas> en la proporción que hubieran consentido las posibilidades de transporte por Crimea, antes seguiría la cabeza de puente del Kuban viviendo su propia vida autónoma. Que ya es una experiencia axiomática el hecho de que nada hay más difícil que volver a disponer de unas fuerzas originalmente mal situadas.

Nos reservaba aún el día aquél, una nueva sorpresa, por cuanto el enemigo había alcanzado, al paracer con fuerzas considerables, la estación de Sinsinikovo. Con este avance no solamente dejaba por el momento el centro y el ala derecha del Grupo de Ejércitos privados de la principal línea ferroviaria de abastecimientos, sino que se situaba a la peligrosa distancia de 60 kilómetros de nuestro cuartel general en el momento en que en él se encontraba el Führer del Reich alemán. Y todo esto ¡sin que contásemos con una sola unidad interpuesta entre nosotros y el enemigo! Nunca más satisfecho respiré que aquel día, al ver que Hitler tomaba el avión después de mediodía y regresaba a su Cuartel General. Que nada hubiera tenido de extraño que al siguiente día hubiesen inutilizado los tanques rusos nuestro campo de aviación al este del Dnieper.

Lo último que le expuse a Hitler entonces fue la necesidad en que me veía de retirar del frente del Mius casi todas sus divisiones de tanques, por serme indispensable para los ataques previsiones en el ala occidental del Grupo de Ejército. Que si aquel frente había podido sostenerse hasta entonces, era porque el grueso de las fuerzas enemigas que avanzaban contra él tenía que pasar el estrecho de Rostov y no había podido acercarse aún. Y pues con cabía desechar la posibilidad de que los rusos acometiesen la cuenca del Donetz desde el este, deberíamos prevenir el peligro de ver contadas las comunicaciones de retaguardia del Grupo de Ejército acudiendo a la única medida que podía permitírnoslo.

Parece que la reflexión no dejó de hacer mella en el ánimo de Hitler, y en todo caso tuve la impresión de que visita a mi cuartel general había contribuido mucho a un mejor conocimiento del peligro que corría el ala sur del frente del Este, no sólo en aquellos mismo días, sino en un futuro más lejano, hacia el cual iba perfilándose la maniobra envolvente. Por el Alto Mando de la Wehrmacht, por el general Schmundt si se quiere, se hizo correr entonces la versión de que Hitler había estado a verme <para fortalecer un poco la espina dorsal del Grupo de Ejércitos>. La verdad es que no creo que el mando del Grupo haya necesitado nunca tales <inyecciones>. Que si bien es cierto que no éramos nosotros de los más propicios a la teoría hitleriana de disputar palmo a palmo el terreno sin reparar en las consecuencias de <resistir a toda cosa>, no me parece tampoco que sería fácil hallar un mando que aventajase al nuestro en su pugna tenaz por la victoria a pasar de todas las crisis. En este sentido, puedo asegurar que jamás ha habido la menor divergencias entre mis colaboradores y yo.

La batalla entre el Donetz y el Dnieper

El 19 de febrero daba el Grupo de Ejércitos orden al Cuarto Ejército Panzer para que emprendiese el contraataque contra el enemigo lanzado a cortar nuestras comunicaciones por la línea Pereschtschepino-Pavlograd-Grischino.

Al día siguiente ya quedaban plenamente de manifiesto las intenciones operativas del enemigo, tal y como nosotros las habíamos previsto.

Atacaba, en efecto, en el frente este las posiciones que en el Mius cubría el Destacamento de Ejército de Hollidt, localizando en tres puntos el peso principal de sus acometidas de ruptura.

Para cortar nuestras comunicaciones por el Dnieper, parece que había lanzado- además de las fuerzas frenadas por las nuestras en Grischino y Kramatorskaia-un ejército integrado por tres divisiones de fusileros, dos cuerpos de tanques y algo de caballería.

Al mismo tiempo trataba de romper por el este y el sudoeste el débil frente del Destacamento de Ejército de kempf (el general Lanz había sido relevado ya por Kempf), al paso que pugnaba por embolsar al Destacamento por su ala noroeste y atajarla de lejos por el norte.

Para el Grupo de Ejércitos, el problema, en cambio, era doble. Tenía que cuidar de mantener como pudiese el frente del este en el Mius, a pesar de que las pocas fuerzas con que allí contaba y la carencia de reservas y especialmente de divisiones de tanques tornaba dudosa la posibilidad.

Además, tenía que derrotar rápidamente con el Cuarto Ejército Panzer al enemigo presente en la brecha que separaba al Primer Ejército Panzer del Destacamento Kempf, si no quería ver cortadas sus comunicaciones con los puentes del Dnieper. En otro caso el grueso de las fuerzas del Grupo de Ejércitos se hubiera visto reducido dentro de poco a la inmovilidad por carencia de carburante.

¿Qué se conseguía derrotar a los grupos enemigos que entre el Donetz y el Dnieper buscaban aislarnos? Entonces la misma situación sería la que nos dijese si habíamos de continuar con las fuerzas móviles hacia el norte para restablecerla en el sector del Destacamento de Ejército Kempf, o si no sería preferible enviar el Cuarto Ejército Panzer en refuerzo del Primer Ejército Panzer, si hasta entonces no hubiese conseguido éste con sus propios medios batir al enemigo en Grischino y Kramatorskaia.

En todo caso tendríamos que relegar por el momento nuestra ala norte, o sea, el Destacamento kempf, cuya misión se concretaría entre tanto en entretener al enemigo y frenarle con una empeñada resistencia en su intento de acercarse al Dnieper, bien por

Krasnograd a Dniepopetrovsk, bien por Poltava a kremenchug. ¿Qué acaso el enemigo lo tomaba tan en serio que pretendía marchar incluso sobre Kiev, según parecían delatar algunos indicios y el mismo Hitler temía? En tal caso, sólo podíamos desearle buen viaje. Que era ya demasiado tarde para que antes del período de barrizales pudiese producir efecto alguno una maniobra tomada tan de lejos.

El 21 de febrero nos trajo los primeros síntomas de alivio en el sector de frente del Grupo de Ejércitos esencial.

El frente oriental del Mius había resistido, habían tenido que acabar por rendirse los restos del cuerpo de caballería enemigo, que detrás del frente llevaban ya tiempo cercados por nuestros rompiera la posición del Mius por Matjewewkurgan había quedado al fin cercado y andaba por el término de su resistencia.

En el ala derecha del Primer Ejército Panzer el enemigo seguía manteniendo su presión sobre el Grupo Fretter, con la intención evidente de desquiciar desde allí la posición del Mius o de envolver el frente norte de nuestros blindados. Delante del mismo Primer Ejército Panzer, en cambio, todo seguía en calma, mientras que algunos mensajes de radio captados indicaban que al grupo enemigo que luchaba delante del frente oeste de nuestro Primer Ejército Panzer en Grischino y en la zona de Kramatorskaia (Grupo de Popov) le iba mal en la contienda. Por lo visto, fallaba allí el abastecimientos.

El Cuarto Ejército Panzer había tomado Pavlograd y era de esperar que también sus últimas unidades consiguieron llegar antes del reblandecimiento de los caminos. Ya no representaba tampoco ningún gran peligro el hecho de que una agrupación no muy considerable de tanques enemigos hubiese podido avanzar hasta cerca de Saporoshje. A unos 20 kilómetros de la ciudad hubo de pararse, en efecto, por falta de carburante y no se nos hizo muy difícil fraccionarla en pequeños grupos y acabar así con ella. Lo que sí fue lamentable fue la disposición del Alto Mando del Ejército ordenando que la nueva 332ª División, ya en camino hacia Pavlograd, adonde iba destinada, girase en dirección a Sumy, para incorporarse allí al ala derecha del Grupo de Ejércitos Centro. Aun cuando la situación en la zona del Segundo Ejército

no fuese muy envidiable, en definitiva la importante residía en seguir el camino que nos habíamos trazado para recuperar la iniciativa. Y en este sentido tanto daba que el enemigo marchase sobre Kiev, como que llegase un poco más al norte.

Que los rusos abrigaban este propósito, se desprendía del hecho de que considerable fuerzas suyas se hallaban en marcha desde Belgrorod hacia Akhtyrka, sin duda para comenzar a envolver por el norte al Destacamento del Ejército Kempf.

La fecha siguiente nos trajo la victoria del contraataque del Cuarto Ejército Panzer, como esperábamos, y con ella, el paso de la iniciativa en la campaña a manos alemanas.

Primeramente derrotaron nuestros tanques a las fuerzas enemigas que avanzaban contra los pasos del Dnieper, o sea, a los

grupos situados en las inmediaciones y al sur de Pavlograd, confirmándose así lo que Hitler no había querido admitir. Se trataba, en efecto, de unos dos cuerpos de tanques rusos, un cuerpo de infantería y uno de caballería. Seguidamente, y en cooperación con el Primer Ejército Panzer, consiguieron aquellas fuerzas derrotar a los cuatro cuerpos de tanques y efectivos motorizados enemigos situados delante de su frente occidental.

Al llegar el primero de marzo no cabía duda ya de que los rusos empezaban, después de su derrota entre el Donetz y el Dnieper, a flojear también ante el frente norte del Primer Ejército Panzer y que éste acabaría por recuperar la línea del Donetz. Tentadora se presentaba ahora la posibilidad de perseguir al enemigo sobre el Donetz aún helado, para caer luego sobre la retaguardia del adversario a occidente de Jarkov.

Sólo que primero había que derrotar el ala sur del grupo enemigo de aquel sector, apoyada con fuerzas considerables en el Berestovaia, al sudoeste de Jarkov, para quedar en libertad de avanzar sobre el Donetz central. Y teniendo en cuenta la inminencia del período del reblandecimiento de los caminos, parecía más que dudosa la posibilidad de ponerse a ello. En consecuencia, el Grupo de Ejércitos hubo de conformarse con ir por de pronto contra el enemigo de la zona de Jarkov a occidente del Donetz y derrotarlo.

En la faja sur de la zona operaciones del Grupo de Ejércitos, cerca de la costa, había comenzado ya el deshielo. En vista de ello, había pasado el enemigo a fines de febrero en el frente del Mius a atacar con divisiones de fusileros, en lugar de tentar la ruptura con unidades de tanques y motorizadas. Todo indicaba que pretendía formar cabezas de puente por lo menos a occidente del río antes de que los terrenos quedasen intransitables. Pero una vez que su principal ataque a una ancha zona del frente se vio frustrado, degeneró la ofensiva en múltiples ataques parciales igualmente inútiles, hasta extinguirse definitivamente.

El 2 de marzo se encontraba el Grupo de Ejércitos en condiciones de valorar el alcance de su primer contraataque, efectuado por el Cuarto Ejército Panzer y el ala izquierda del Primero contra el enemigo situado entre el Donetz y el Dnieper. Merced a él y a la victoriosa defensa del Destacamento Hollidt en el Mius, los ejércitos del Frente Sudoeste enemigo habían quedado tan malparados que por el momento carecían de toda virtud ofensiva. Diezmadas especialmente habían resultado las fuerzas rusas que antes avanzaban contra el ala izquierda de nuestro Primer Ejército Panzer y las que

lo hacían en la brecha entre ésta y el Destacamento de Kempf; el Sexto Ejército, el Grupo Popov, que había combatido en Grischino, y el Primer Ejército de Tanques de Guardias. Por aniquilados podíamos dar al XXV Cuerpo de Tanques y tres divisiones de fusileros. Y como derrotados y malparados, el III Cuerpo de Tanques el IV Cuerpo de Tanques de Guardias y el X Cuerpo de Tanques, así como también una brigada blindada independiente, una motorizada, una de esquiadores y una división de fusileros. Además, habían experimentado grandes bajas el I Cuerpo de Tanques de Guardias el XVIII Cuerpo de Tanques, seis divisiones de fusileros y una brigada de esquiadores.

Según nuestros partes, el enemigo había sufrido, en el campo de batalla entre el Donetz y el Dnieper, la pérdida de unos 23.000 muertos, 615 tanques, 354 cañones, 69 cañones antiaéreos y grandes cantidades de ametralladoras y lanzagranadas. En cambio, el número de 9.000 prisioneros resultaba relativamente bajo. Pero esto tiene su explicación en el hecho de que nuestras propias fuerzas, en su mayor parte divisiones de tanques, no se prestaban a formar un anillo hermético en torno al enemigo. Luego, como el frío forzaba a las tropas a concentrarse- sobre todo por las noches- en torno a los pueblos y aldeas, siempre podían los soldados que hubieran dejado atrás sus vehículos escurrirse individualmente o en pequeños

grupos. Por otra parte, tampoco había sido posible cerrar el Donetz a espaldas del enemigo, puesto que seguía helado y podía ser cruzado por infantes con armas ligera.

Además de las ya citadas pérdidas del enemigo, había sido aniquilado también el IV Cuerpo Motorizado de Guardias y el VII de Caballería de Guardias, cercados detrás del frente del Mius.

La Batalla de Jarkov

Cuando tras la victoria entre el Donetz y el Dnieper nos vimos de nuevo con la iniciativa en la mano, comenzó el Grupo de Ejércitos, por orden del 28 de febrero, la operación contra el Frente de Voronez, o sea, contra las fuerzas enemigas situadas por los contornos de Jarkov. Nuestra intención era la de cogerlas por su flanco sur, para venir desde allí envolviéndolas, o bien, si esto fuese posible, llegar más tarde a cogerlas por retaguardia desde el este. Con ello no perseguíamos recuperar Jarkov, sino batir al enemigo y ver de acabar con las unidades que allí tenía.

Nuestro primer objetivo estaba, por consiguiente, en derrotar su ala sur, que se apoyaba en el Bestowaja, al sudoeste de jarkov, formada por el Tercer Ejército de Tanques soviéticos. Se encargó de ello el Cuarto Ejército Panzer alemán, que había coronado la acción el 5 de marzo con la derrota del XII Cuerpo y del Cuarto Ejército de Tanques, un cuerpo de caballeríay tres divisiones de fusileros del citado Tercer Ejército soviético de Tanques, desbaratados o apresados en pequeños bolsas en Krasnograd. Y otra vez se repetía aquí el caso de una íntima cantidad de prisioneros al lado de 12.000 muertos, 61 tanques, 225 cañones y 600 vehículos automóviles que figuraban entre el botín de nuestras tropas.

El propósito del Grupo de Ejércitos de coger ahora por la retaguardia al enemigo que presionaba al Destacamento de Ejército de Kempf en Akhtyrka y Poltava, y forzarle de esta

suerte a una batalla en dos frentes, se nos hizo imposible ya debido al tiempo reinante. Para ello hubiera tenido el Cuarto Ejército Panzer que cruzar el Donetz aguas debajo de Jarkov, y, girando luego a occidente, atacar desde el este al enemigo por detrás, cuando el hielo del río empezaba a resquebrajarse y era de suponer que entraría en movimiento antes de poco y arrastraría los pasos de pontones. Incluso una maniobra envolvente de más cortos vuelos, consistente en cruzar el Mosh al sudoeste de Jarkov y tomar seguidamente por atrás la ciudad, por la que pasaban las comunicaciones de retaguardia del enemigo, parecía más bien irrealizable después de haber comenzado el deshielo en aquella región. No quedaba, por ende, más recurso que ir a arrollar como pudiésemos por el flanco al enemigo, para desviarlo así de Jarkov.

Y así fue como el 7 de marzo el Cuarto Ejército Panzer se lanzaba al ataque desde krasnograd en dirección norte con el Cuerpo Panzer de las SS, cuya última división norte con el Cuerpo Panzer de las SS, cuya última división, la Totenkopf, había llegado por fin. También se le sumaba el Destacamento de Kempf, en vista de que el enemigo de su frente comenzaba a mostrarse fatigado.

El ataque de los tanques del Cuarto Ejército y del Cuarto de las SS hizo buenos progresos en los días siguientes, consiguiendo envolver por el flanco y derrotar a un número considerable de unidades enemigas.

Pero también los rusos habían caído en la cuenta del peligro que amenzaba su Frente de Voronez, según pudieron captar nuestros observadores de radio. Por lo visto, trasladaban de la región de voroschilovgrad a Isjum fuerzas que integraban varios cuerpos blindados y motorizados.

flanco del Cuarto Ejército Panzer que en Jarkov avanzaba con dirección norte. Lo cierto es, sin embargo, que la intervención de estas fuerzas no llegó a tener efectos notables, bien porque después de los combates en la región de Jarkov o en la del frente del Mius no se hallasen en condiciones de eficacia combativa, bien porque el deshielo del Donetz, les impidiese la operación. Sólo al noroeste de Isjum pudo el enemigo hacerse con una cabeza de puente

insignificante en el lado sur del Donetz y sostenerse en ella. Avanzó también desde el este sobre Jarkov con el II Cuerpo de Tanques de Guardias y volvió sobre Bogoduchov desde poniente con los grupos que presionaban el ala norte del Destacamento de Ejército de Kempf y del Segundo Ejército. Como éste era demasiado débil para tomar la ofensiva, resultaba dudoso el u¡que consiguiésemos impedir que se evadiesen hacia el este las fueras enemigas adelantadas en dirección de Akhtyrka y más a occidente por el norte. Sin embargo, no queríamos dejar de intentar separar de Jarkov al enemigo que más al sur se enfrentaba con el Destacamento de Kempf, o bien cortarle los pasos del Donetz al este de la ciudad. Pero lo que a toda costa quería evitar el Grupo de Ejército era que la ciudad se convirtiese en un segundo Stalingrado ahora que la íbamos a tener madura para tomarla en un golpe de mano.

Era inevitable, con todo, que el nombre de Jarkov tentase a las tropas y a los mandos intermedios con el atractivo de un señuelo irresistible. El Cuerpo Panzer de las SS ardía en deseos de poner a los pies de <su Führer> la reconquistada capital de la Ucrania como el mejor trofeo de la victoria, y apremiaba para llegar a la ciudad por el camino más corto. Tuvo que intervenir enérgicamente el Grupo de Ejércitos para conseguir que el cuerpo no se lanzase ciegamente sobre la ciudad en un ataque frontal, en el que hubiera sufrido gravísima pérdidas, y dejase escapar así a considerables agrupaciones enemigas que luchaban todavía a occidente de ella. Finalmente, conseguimos llevar los tanques de las SS en un rodeo por el este de Jarkov, que fácilmente cayó en poder nuestro, al paso que cortábamos la retirada a través del Donetz a importantes contingentes enemigos.

El curso de la lucha en la región de Jarkov y al sur de la ciudad había forzado al enemigo a mermar primero, como ya dijimos, y retirar por finen dirección Jarkov-Bielgorod las fuerzas que enfrentaba con el Destacamento de Ejército Kempf, que ya se acercaban a Poltava y que más al norte habían tomado Akhtyrka.

Pisándoles los talones, salió, naturalmente, el Destacamento de kempf.

El 10 de marzo, nuevamente visitaba Hitler nuestro cuartel general. Ocasión que aproveché para exponerle, de paso que le daba cuenta de la situación del momento, mis proyectos sobre

la forma de seguir operando una vez que hubiésemos dejado atrás el período de los barros, que entonces comenzaba. En el capítulo inmediato podrá el lector hallar una relación de ellos.

El 14 de marzo caía Jarkov en poder del Cuerpo Panzer de las SS, al tiempo que en el ala norte del Destacamento Kempf la División Grossdeutschland avanzaba a ritmo vivo hacia Belgorod. Todavía le salió aquí al paso el enemigo con importantes fuerzas blindadas; pero la división pudo desbaratarlas en Gaivoron y abrirse camino hasta Belgorod.

Con la toma de Jarkov y Belgorod terminaba la segunda contraofensiva del Grupo de Ejércitos, puesto que el reblandecimiento creciente del suelo no permitía la prosecución de las operaciones. El deseo del Grupo de Ejércitos ahora hubiera sido cerrarlas para limpiar el pronunciado entrante de su frente hacia occidente en torno a Kursk y reducir su extensión. Pero como el Grupo Centro manifestó no hallarse en condiciones de prestar la colaboración indispensable, hubimos de renunciar a ello y resignarnos con la ingrata concavidad que al enemigo le brindaba innegables posibilidades operativas en la misma proporción que nos las sustraía a nosotros. De todas suertes, el Grupo de Ejércitos se hallaba en posesión de todo el frente del Donetz desde Belgorod hasta el punto de bifurcación de la posición del Mius, que también quedaba firmemente en su mano. Era la misma posición que en el invierno de 191 a 1942 habían mantenido las tropas alemanas.

Ojeada retrospectiva

Si hacemos, en una ojeada de conjunto, el balance del curso general y de los resultados de la campaña de invierno de 1942 a 1943 en el sur de Rusia, es indudable que en cuanto a los últimos hemos de reconocerles una gran ventaja a los soviéticos. Ellos habían conseguido embolsar y aniquilar a todo el Sexto Ejército alemán, que era el más completo y poderoso de los nuestros. Habían hecho desaparecer del escenario de la guerra a otros cuatro ejércitos alea-

dos nuestros, pues los muchos valientes que también en ellos había, o quedaban tendidos en el campo de batalla o habían caído prisioneros de los rusos, de suerte que los restos hubieron de diluirse y acabar por abandonar la lucha más tarde o más temprano. Desde luego, como fuerzas combativas ya no volvieron a actuar, fueron luego restauradas con residuos de otras y con soldados de las reclutas, y en marzo de 1943 dieron lugar a que el Destacamento de Ejército de Hollidt pasase a denominarse. Sexto Ejército, lo cierto es que la pérdida del grueso de los combatientes de unas 20 divisiones y de una parte considerable de la artillería y de los zapadores se demostraba irreparable. Y en cuanto a los ejércitos aislados, por muy relativo que su valor combativo fuese, sobre todo en el caso de los rumanos, su ausencia representaba un duro revés. Que, cuando menos, mientras dispusimos de ellos, siempre nos fue posible retirar fuerzas alemanas de los sectores más tranquilos y dejar en su lugar a los aliados.

Con todo, pese a la fuerte deducción de cinco ejércitos del lado alemán, aún no puede afirmarse que tan considerable baja hubiese de deducir irremediablemente la guerra. A ella se sumó, además, la pérdida de enormes extensiones territoriales conquistadas en la ofensiva estival de 1942, y la de todas sus fuentes de producción. Precisamente había sido el petróleo del Cáucaso el señuelo principal de aquella ofensiva, en la que no habíamos podido llegar a él, a pesar de que Goering hubiese echado toda el agua al molino de los objetivos directamente relacionados con la economía bélica y de que por ellos se hubiese fraccionado y dispersado en forma insensata nuestra potencia combativa. Y es que persiguiendo los objetivos geográficos, habíamos olvidado que para alcanzarlos y mantenerlos es indispensables romperle antes la espina dorsal al ejército enemigo. De todas maneras, la parte de la cuenca del Donetz, esencial para la economía de guerra, habíamos conseguido retenerla.

Mas, con ser mucho lo que los soviéticos ganaron, la victoria decisiva en el ala sur del frente del Este, con el aniquilamiento de unas fuerzas a buen seguro insustituibles, no llegaron a conseguirla. La iniciativa había vuelto a pasar a nuestras manos al término de aquella campaña y el enemigo había experimentado; una tras otra, dos derrotas. Verdad es que no tenían el carácter de decisivas; sin embargo, a nosotros nos permitían estabilizar el frente y nos abrían horizontes para continuar en el Este una guerra con perspectivas de aceptables solución. Eso sí; las esperanzas de efec-

tuar en el verano de 1943 una ofensiva rotundamente victoriosa, desvanecidas iban desde el momento en que nuestras pérdidas de potencia combativa nos dejaban tan quebrantados. Que de este resultado, debió sacar el mando supremo alemán la conclusión de que tenía que buscar a toda costa la avenencia por lo menos con uno de los adversarios, a nadie puede caberle duda. Asimismo debiera haber comprendido que la única forma posible de proseguir la guerra en el Este estaba en buscar el agotamiento de la combatividad rusa, economizando fuerzas propias o tratando por lo menos de evitar la pérdida de ejércitos enteros, omo había sucedido en Stalingrado. Para ello tenía que haber renunciado resueltamente a cualquier otro objetivo secundario y volcado en los campos de batalla del Este el grueso del potencial alemán en tanto que el enemigo occidental no se hallase en condiciones de desembarcar en Francia o de asestar un golpe contundente desde la región del Mediterráneo.

Ahora parece natural que, después de estas reflexiones sobre la campaña de invierno de 1942 a 1943 y sobre sus resultados, uno se pregunte que cómo pudo ser que el mando ruso obtuviera en ella grandes éxitos, y no consiguiera, sin embargo, el decisivo de aniquilar a toda el ala sur alemana. Al fin y al cabo, contaba con una aplastante superioridad de unidades militares y con todos los triunfos imaginables desde el punto de vista de situación inicial operativa en el momento de comenzar la partida.

A esto diremos, ante todo, que de resolución y energía no careció el mando ruso, que en la consecución de sus objetivos empeñó las propias tropas sin vacilar nunca ante lo cuantioso de las probables pérdidas. Las tropas, a su vez, se batieron- como casi siempre lo hacen los rusos- con innegable valentía y pasaron en algunos casos por sacrificios verdaderamente terribles. Sin embargo, un sensible descenso se advirtió en la eficacia de la infantería en tanto no quedaron plenamente repuestas las pérdidas artilleras experimentadas de 1941 a 1942. Saltaba también a la vista que los mandos soviéticos habían aprendido mucho desde el comienzo de la guerra, sobre todos en lo tocante a la organización y empleo de grandes unidades blindadas. Porque masas de tanques las tenía el enemigo ya en 1941, sólo que no había sabido aplicarlas con carácter autónomo y homogéneo al mismo tiempo, mientras que ahora se les veía cómo manejaban adecuadamente sus cuerpos de tanques y mecanizados, siguiendo la táctica alemana de la penetración profunda. Casi siempre, sin embargo- salvo en noviem-

bre de 1942-, acabaos por batir o aniquilar a estas unidades de tanques y a las motorizadas que penetraban muy a fondo en el campo alemán. Ni ellas lograron tampoco, después de cercar el Sexto Ejército, volver a intervenir en los puntos decisivos con la presteza y vigor necesarios para alcanzar el objetivo de aislar el ala sur de nuestras fuerzas, bien en el Don, bien en la costa del mar de Azov o en el Dnieper inferior. Aparte de Stalingrado, en donde Hitler se la había facilitado, jamás el mando soviético pudo llegar a una batalla de copo como las que nosotros repetimos varias veces en 1941, con cientos de miles de prisioneros. Y eso a pesar de que en el invierno de 1942 a 1943 contaban los soviéticos con una superioridad aplastante y de que la situación estratégica de partida y el abandono de los ejércitos aleados le abrían al enemigo el camino para caer sobre la retaguardia del frente alemán; mientras que en 1941 habíamos tenido que batirnos nosotros en el Este en batalla casi siempre frontal.

Con lo que llegamos a la cuestión de aquilatar el mérito del mando supremo soviético. Y en este sentido es manifiesto que la situación operativa después de terminada la ofensiva alemana de verano reclamaba tan imperativamente el embolsamiento de toda nuestra ala sur, que hacía falta cerrar los ojos para no verlo. Como también se caía de su peso la oportunidad de atacar los frentes cubiertos por los ejércitos aliados. De suerte que para proyectar el plan de operaciones ruso a fines de otoño de 1942, no hacía falta ser ningún águila en el terreno militar.

No hemos de negar que estuvieron acertados en perseguir el embolsamiento del Sexto Ejército, porque, logrado este golpe- y ya el mando supremo alemán habría de encargarse de hacer lo posible para que no les fallase-, habrían eliminado los rusos la más contundente de nuestras agrupaciones.

No obstante, mejor hubieran acertado si al mismo tiempo que nos infligían este grave, hubiesen llevado el ataque a los frentes de los italianos y de los húngaros en una homogénea operación ofensiva total, para aislar desde el primer momento a las fuerzas alemanas en Rostov o embolsarlas contra el mar de Azov. Colaro que es muy probable que no les bastara para ello la artillería de asalto de que disponían, y debió ser este circunstancia la que les obligó a espaciar en el tiempo los ataques de ruptura. Como también pudo haber sucedido que la situación de sus transportes no permitiese acarrear simultáneamente provisiones para todas las fuerzas atacantes.

Por otro lado, es de notar que el inesperadamente rápido y total eclipse de los ejércitos aliados en el lado alemán compensaba sobradamente la desventaja soviética del escalonamiento de sus tres ofensivas de ruptura. Si, con todo, el mando ruso no supo asir el objetivo que tan al alcance de la mano tenía de aislar al ala sur alemana ni en el Don inferior, ni en el mar de Azov, ni por último en el Dnieper, no se dirá que su ofensiva tenía que acabar en fracaso a causa de la vastedad del espacio. Que no eran tales las distancias que las tropas de choque rusas tenían que recorrer hasta los puntos neurálgicos, como para merecer en una guerra moderna la calificación de insuperables. Y en cuanto a las reservas que Alemania podía lanzar a su paso, tampoco justificarían el desistimiento soviético a la meta, última, ni menos un serio revés final en el intento de llegar a ella.

Más bien habrá que reconocer que el mando soviético no supo- excepción hecha de Stalingrado- mostrarse suficientemente fuerte y lo bastante rápido al mismo tiempo en el punto decisivo.

En la primera fase de la campaña de invierno pecó de precavido removilizando fuerzas propias excesivas en el cerco del Sexto Ejército para asegurarse la presa. Con lo que cerco escapar una ocasión preciosa de cortar las comunicaciones del ala sur alemana en el Don inferior. En cambio, las fuerzas que había comprometido en el frente del Chir eran en verdad adecuadamente potentes, pero no actuaron con la indispensable cohesión.

Si ahora pasamos a la ruptura por el frente del ejército italiano, otra vez nos encontramos con que tampoco supo el mando soviético jugárselo todo a la carta de cruzar rápidamente el Donetz y llegar a Rostov. Que si de esta suerte se exponía a un ataque de flanco en una penetración tan profunda, en su mano estaba remediarlo por la subsiguiente ofensiva contra el frente húngaro. Convengo en que no dejaba de haber en ello un riesgo; pero sin arriesgarse no habría ,manera de alcanzar un éxito decisivo y al mismo tiempo rápido, como el caso reclamaba.

Ni siquiera después de la victoriosa ruptura de las líneas húngaras, que dejó en el frente alemán una brecha desde el Donetz a Voronez, acertó el mando soviético a lanzar sus fuerzas con la rapidez y contundencia necesarias en la dirección vital de los pasos del Dnieper. En vez de aventurarlo todo en este sentido y conformarse con un grupo fuerte y compacto para asegurarse hacia poniente por la ofensiva, lo que hizo fue dispersar sus fuerzas en un vasto campo de operaciones y en acciones excéntricas por Kursk,

Akhtyrka y Poltava, contra el Dnieper y contra la línea Slaviansk-Lissitschensk- Voroschilograd en el Donetz. Que justamente por eso fue por lo que los alemanes pudimos, mediante la operación de <enroque> del ala oriental a la occidental, acabar por sentirnos más potentes que el adversario, después de haber reforzado así la zona decisiva. Hasta este momento había conseguido el mando alemán ir esquivando el abrazo mortal, a pesar de que la excesiva obstinación en seguir manteniendo el frente del Cáucaso y la tremenda lentitud con que el Grupo de Ejércitos A efectuada su repliegue, no habían dejado de brindarle nuevas oportunidades al enemigo.

Es una máxima de Schlieffen la de que al resultado militar de una batalla o de una campaña contribuyen con sus medidas ambas partes contendientes, el vencedor y el vencido. La parte alícuota del mando alemán supremo en la pérdida del Sexto Ejército y en las crisis que en el ala sur del frente del Este se presentaron en el invierno de 1942 a 1943, bien especificada la dejamos en la narración antecedente.

Nada más justo, por tanto, que también mencionemos la parte que tuvo Alemania en el éxito final de frustrar el aislamiento de nuestra ala sur.

No le hubiera sido, en efecto, posible al Grupo de Ejércitos acabar por <torcerle el cuello a la derrota>, si las tropas alemanas y sus correspondientes mandos no hubiesen hecho en aquella campaña un esfuerzo casi sobrehumano; si las valerosas divisiones de infantería no supiesen mantenerse en todo momento con gallarda entereza frente a la intimidante superioridad enemiga, y si no hubiesen tenido el coraje suficiente para cerrar nuevamente las filas detrás de las potentes filtraciones de tanques rojos- aun contando con pocos nuestros hombres- hasta dejarlos aislados y hacer posible su aniquilamiento. Tampoco hubiera habido manera de dirigir esta campaña, a no ser por la incomparable movilidad con que nuestras divisiones blindadas multiplicaban su contundencia, asestando golpes hoy aquí y mañana allá, y dando así la impresión de una potencia numérica inexistente. Fue la tropa alemana la que, consciente de su superioridad sobre el enemigo, supo sobreponerse a las más peligrosas crisis y compensar ampliamente con su valentía y espíritu de sacrificio la superioridad cuantitativa del adversario.

toria sobre el ala sur del frente alemán del Este merced a su leal observancia del deber de luchar el último aliento. Si en lugar de extinguirse su resistencia a principios de febrero, le hubiese puesto término tan pronto como vio desesperada la propia situación, bien seguro es que el enemigo habría podido acumular en los puntos decisivos tal cantidad de fuerzas y de medios, que difícilmente se hubiera salvado del cerco nuestra ala sur. Quede aquí, pues, para honrosa memoria del Sexto Ejército el leal reconocimiento de la vital contribución de su tenacidad a la ardua empresa de estabilizar el frente del Este en marzo de 1943. Que aun cuando el sacrificio de los soldados de aquel ejército haya sido estéril a los efectos del último resultado de la guerra, su alta jerarquía moral seguirá siempre enhiesta.

Sea por eso el nombre del Sexto Ejército el airón de la cimera en la relación de esta campaña. Su tributo fue el mayor que a ningún soldado se le había pedido: seguir luchando por sus camaradas hasta el último cartucho, cuando ya sabía que para él no había salvación.

14

<CIUDADELA>

La situación estratégica en febrero de 1943.- ¿Esta asequible todavía una solución de compromiso?- Posibilidades operativas soviéticas.- ¿Tomar la iniciativa en el ataque, o esperar a que se adelantase el enemigo?- Plan <ciudadela>.- Planteamiento de la operación.- Un aplazamientos fatal.- La conferencia en Munich.- El coronel general Model.- Nuevo aplazamiento hasta primeros de julio.- Cambio de impresiones entre el Grupo de Ejército y el Alto Mando del Ejército.- ¿Por qué no desaconsejamos la ofensiva tardía?- Alocución de Hitler el 1º de julio.- El ataque.- El Noveno Ejército se queda atascado.-

los soviéticos atacan la curva de Orel.- En el Grupo de Ejércitos Sur la suerte del combate está en un hilo.- El 13 de julio ordena Hitler suspender el ataque.- Propósitos del Grupo de Ejércitos Sur.- Consideración final.

En el teatro de la guerra del Este discurrieron la primavera y el verano de 1943 bajo el signo de la operación <ciudadela>, última tentativa alemana de mantener allí la iniciativa. En el momento en que hubimos de desistir de ella- por frustración, en rigor-, ya la iniciativa volvía definitivamente a manos soviéticos. En este sentido representa <ciudadela> una crisis o transición decisiva en la guerra del Este y justifica, por tanto, un estudio de las bases estratégicas en que descansaba la empresa, así como de los motivos de su malogro. Al planteamiento y ejecución de la operación, en cambio, sólo dedicaremos breves consideraciones.

La primavera de 1943 puso al mando supremo alemán ante una decisión difícil, al cabo de dos campañas en las que no habíamos conseguido abatir a la Unión Soviética, como esperábamos. No voy a pronunciare aquí sobre la cuestión de hasta qué punto contribuyeron a este malhadado resultado los errores político y militares de Hitler o si los medios militares alemanas no hubieron sido suficientes para subyugar al Ejércitos Rojo, ni aun administrados por una política sensata y hábil y por una impecable concepción estratégica. La verdad es que ¡bien al borde del precipicio llegaron a verse los soviéticos!

Mas ahora parecía a punto de agotarse el plazo concedido al Reich para ajustar cuentas con su adversario oriental antes de que el occidental pudiese atacar a fondo. Con el desembarco de los americanos en el África del Norte, los acontecimientos se precipitaban y la amenaza de un segundo frente en el continente europeo estaba encima ya. Por eso ahora ya no sería solamente la cuestión fuerza, sino el factor tiempo también lo que habría de jugar un papel decisivo en la guerra del este.

A los enemigos de Occidente no quedaba posibilidad alguna de asestarles un golpe certero, desde que en su día había desistido Hitler prematuramente del ataque a Inglaterra para

lanzarse contra la Unión Soviética. Por otra parte, la declaración de Casablanca no dejaba la menor duda de su resolución destructora, no sólo de Hitler y de su régimen, sino de Alemania en una palabra. No quedaba otra posibilidad de llegar a hacer las paces con los occidentales- si es que alguna había- que la de una invasión rechazada o la de derrotar en tierra firme a los invasores que hubiesen conseguido poner pie en ella. Supuestos ambos condicionados a la previa liberación de grandes contingentes de fuerzas alemanas por ahora retenidas en el Este.

Lo primero, pues, que habíamos de poner en claro era la cuestión de si todavía entonces era o no asequible una solución aceptable en el Este. Desde luego que en una derrota total de la Unió Soviética ya no cabía pensar; pero ¿no se podría llegar a una situación de compromiso, a un acuerdo sin vencedores ni vencidos? Porque una solución así siempre le hubiera permitido a Alemania seguir sosteniéndose.

Bien sé que hoy se me dirá que la idea de un arreglo en el Este ya no pasaba de mera fantasía en 1943. Yo afirmaría, sin embargo, que entonces no parecía tan extravagante. De las posibilidades política

que en la primavera de 1943 pudiera haber de llegar a una transacción con la Unión Soviética, no puede opinar autorizadamente un militar; puede, en cambio, asegurar que no parecía entonces tan insensata esta esperanza, siempre que Hitler se mostrase propicio.

Por lo menos el mando del Grupo de Ejércitos del Don (bajo su nueva denominación de Grupo de Ejércitos Sur) estaba en la creencia de que con una adecuada dirección operativa, todavía podíamos pugnar en el Este por llegar a una transacción aceptable. Que, después de todo, el camino recorrido de Stalingrado al Donetz lo había sembrado el enemigo de sacrificios, para ir a encontrarse al final de él con dos serias derrotas y con que se le frustraba el intento de aislar al ala sur alemana, a pesar de que para ello había tenido las mejores oportunidades. Añádase a esto el que la campaña de invierno se cerraba con la recuperación de la iniciativa por los alemanes y con una irrecusable confirmación de la superioridad así del soldado como del mando alemán sobre los rusos. Y aunque a nosotros nos había costado un enorme sacrificio la plaza de Stalingrado, teníamos también que, según cálculos del Alto Mando del Ejércitos,

llevaban perdidos los rusos desde el comienzo de la guerra ¡once millones de hombres, entre muertos, prisioneros y heridos irrecuperables! De suerte que algún día tenía que llegar el enemigo del este al cabo de sus recursos. Tal era la situación militar entonces, al menos como el mando del Grupo de Ejércitos la veía. A lo que contribuía, naturalmente, el hecho de que hubiésemos conseguido alzarnos de una postración casi desesperada enarbolando una victoria y, por consiguiente, <torciéndole el cuello a la derrota>.

Además de que tampoco nos hubiera servido de nada el haber previsto, como a posteriori han hecho muchos críticos, que la guerra la íbamos a perder al fin y al cabo. Nuestra incumbencia estaba en alejar de las fronteras alemanas al enemigo que teníamos enfrente; un enemigo al que no podríamos reducir a una transacción, si no era infligiéndole nuevas derrotas. Si volvíamos, en efecto, la vista al otro lado, allí nos encontrábamos con la declaración de Casablanca, sin más opción para Alemania que la de buscar, como fuese, un arreglo con el Este.

La segunda cuestión para el mando alemán estaba en cómo habríamos de proseguir la lucha en el Este en el año 1943.

No podría ser con carácter de ofensiva ambiciosa como la que habíamos llevado a cabo el año anterior, porque la desproporción entre nuestras fuerzas y las del enemigo ya no lo consentía.

Indudablemente, parecía ser la defensiva lo que ahora nos convenía. Y si los soviéticos querían echarnos de su país, que fuesen ellos quienes cargasen con el peso y con las pérdidas de los sucesivos ataques, en los que tal vez acabasen por desmayar. Pero la idea de que en lo sucesivo hubiésemos de recurrir a la defensiva como la más segura modalidad de combate, no dejaba de tener mucho de capciosa. Bastaban, en efecto, dos razones para dejarla en entredicho.

En primer lugar, nadie podía asegurar en la primavera de 1943 que, terminado el período de los barros, fuesen los soviéticos a tomar nuevamente la ofensiva. Podían muy bien esperar reforzando sus efectivos o simplemente haciendo tiempo y entreteniéndonos hasta que sus aliados hubiesen creado un segundo frente efectivo en el continente. Para lo que les bastarían pequeños combates de justificación, destinados al mismo tiempo a impedir que del Este

retirásemos fuerzas. Esta estrategia hubiera sido la más inconveniente para nosotros, puesto que nos habría inmovilizado en una defensiva abúlica hasta el momento de cogernos entre dos fuegos; el de unas fuerzas orientales bien repuestas y el de las occidentales de refresco. De modo que ya sólo por esto resultaría un mal negocio para nosotros la defensiva estricta, en forma, por ejemplo, de guerra de posiciones.

La segunda razón en contra de una forma puramente defensiva de continuar la lucha estaba en el número de divisiones de que disponíamos en el Este, a todas luces insuficiente para cubrir en defensa eficaz un frente que iba desde el mar Negro hasta el Ártico. Pro sobre todo insuficiente en el sector del Grupo de Ejércitos Sur, que con sólo 32 divisiones tenía que encargarse de un frente prolongado desde Taganrog en el mar Negro hasta el sur de Sumy, o sea, unos 760 kilómetros.

Atendida la proporción de fuerzas, siempre tendrían los soviéticos, si nos manteníamos en una estricta defensiva, posibilidad de atacar nuestro frente con su aplastante superioridad, rompiéndolo por varios sitios. La consecuencia hubiera sido el embolsamiento de los sectores intactos o el repliegue. Que bastantes ejemplos nos dejó el año 1944 de los resultados de pretender mantener un frente inmovilizado.

No estaba, por tanto, nuestro interés en la actitud meramente defensiva, antes nos importaba explotar- dentro de los límites de una defensa estratégica- aquellos factores por los que todavía conservábamos superioridad sobre el enemigo: mandos mejores y

más flexibles y mayor valor combativo y movilidad (sobre todo en verano) de nuestras tropas.

Aunque en términos generales hubiésemos de pasar a la defensiva, teníamos que tratar de asestar al enemigo duros golpes locales, que no solamente le ocasionasen buen número de bajas, sino que le costasen bastantes prisioneros y que en suma lo predispusiesen a un acuerdo. Sin abandonar la general disposición defensiva, teníamos que procurar pasar a llevar a cabo operaciones móviles con carácter local, ya que ese era nuestro punto fuerte, bien provocándolas tomando la iniciativa, bien aprovechando las ocasiones favorables que el enemigo nos ofreciese en sus ataques.

Con este propósito de llegar a una orientación maniobrera de las operaciones había acudido ya a principios de febrero de 1943 el mando del grupo de Ejércitos al Alto Mando del Ejército y, por ende, a Hitler. Porque si entonces lo hizo en más inmediata relación con el previsto gran <enroque> de fuerzas de su ala derecha a la izquierda, no perdía tampoco de vista las futuras posibilidades de orientación de la lucha en el Este. El cambio de impresiones sobre ña cuestión se prolongó, por cierto, hasta fines de marzo, con preponderante participación del mando de nuestro Grupo de Ejércitos.

Atendidas las líneas fundamentales del problema, se trataba aquí de dos alternativas. ¿Deberíamos dejarle por el momento la iniciativa al enemigo y, a la espera de su ataque, disponernos a sacar partido de cualquier imprevisión o deficiencia suya, buscando en contraataque el talón de Aquiles de su propia operación? ¿O deberíamos más bien procurar conservar la iniciativa y prevenir sus intenciones, adelantándonos en el ataque, para no darle tiempo a reponerse de los quebrantos de la campaña de invierno?

Posibilidades operativas soviéticas

Por más que no pudiésemos desechar la posibilidad de que los soviéticos fuesen a mantenerse a la expectativa hasta el momento en que sus aliados tuviesen establecido un segundo frente, antes nos inclinábamos a suponer que el enemigo reanudaría su ofensiva en cuanto hubiese pasado el período desuelo blando. En ro de esta presunción estaban el seguro engreimiento en que tenía que sentirse el mando soviético después de la victoria obtenido en Stalingrado y la dificultad psicológica que habría de suponer para la dirección política del país el intercalar una larga pausa en la lucha,

después de haber venido ponderando la urgencia de <rescatar el sagrado suelo de la Patria>. Pero , además, era razonable suponer que al amo del Kremlin habría de interesarle adelantarse a sus aliados en poner el pie en la Europa oriental, y especialmente en los Balcones. Razones todas por las que, en concordancia con el Alto Mando del Ejército, concluimos por esperar la ofensiva rusa para el final del período de los barros.

En este supuesto, varias eran las posibilidades que a la superioridad cuantitativa del enemigo se le ofrecían. Podía tratar de romper por el ala sur del Grupo de Ejércitos Norte y acorralarla y cercarla luego contra el mar. Asimismo podía, mediante un ataque en tenaza por norte y sur, atarazar el saliente que el frente del Grupo de Ejércitos Centro formaba hacia el este en torno a Orel y dejar así vacilante todo el frente de dicho Grupo. Pero en ningún sector se le ofrecían oportunidades operativamente tan favorable ni tan codiciables en el aspecto político y bélico-industrial como en el ala sur del frente del Este, en el sector del Grupo de Ejércitos Sur. Era allí en donde el frente alemán que protegía la cuenca del Donetz se adelantaba como un <balcón> hacia el este, paralelo a la costa norte del mar de Azov. Si el enemigo atacaba este saliente desde el este por el Mius y desde el norte por el Donetz, tendría la posibilidad de coger a los ejércitos alemanes de la cuenca, acorralarlos contra la costa y destruirlos allí. Pero si ampliaba este ataque mediante una ofensiva en la zona de Jarkov en dirección al Dnieper más debajo de Kiev, podría quizá alcanzar el mismo objetivo que en el verano de 1942 a 1943 le había estado vedado: el cerco de toda el ala sur alemana contra las costas del mar de Azov o del mar Negro. Con lo que no sólo hubieran caído en su poder el Grupo de Ejércitos Sur, sino también el Decimoséptimo Ejército del Grupo A, situado en la cabeza de puente del Kuban. Y una victoria sobre el ala sur alemana del frente oriental había puesto en manos de los soviéticos la importante cuenca industrial del Donetz y el granero de Ucrania con la consiguiente repercusión política en la actitud de Turquía.

Como en ningún otro punto podía presentarles una ofensiva tantas probabilidades ventajosas a los soviéticos- en el supuesto de que se decidiesen por la ofensiva-, era de suponer que en todo caso habría de cargar el punto de gravedad de sus operaciones de ataque en el ala sur del Frente del Este en el año 1943, lo mismo que lo habían hecho en el 1942. Ello no excluía, naturalmente, la posibilidad de ataques parciales en otros sectores del frente, dada la distribución de fuerzas existente.

Porque es que también la distribución de las fuerzas enemigas concurría a reforzar esta presunción. Ante el frente del Grupo de Ejércitos Sur teníamos, en efecto, detrás del enemigo, cinco potentes grupos de reservas operativas, integradas principalmente por el grueso de los cuerpo rusos de tanques, motorizados y de caballería. Uno de ellos estaba delante de nuestro frente del Mius, dos más delante del Donetz central y otros dos al este y nordeste de Jarkov, respectivamente; con la circunstancia agravante de que todavía en marzo continuaban los transportes de fuerzas desde el Cáucaso y Stalingrado. Verdad es que también existían fuertes

reservas ante los frentes del este y del norte de la curva de Orel guarnecida por el Grupo de Ejércitos Centro, así como en Moscú. En conjunto, sin embargo, no dejaba duda la disposición enemiga sobre que más tarde o más temprano tratarían de buscar la decisión cargando contra el Grupo de Ejércitos Sur, acaso alcanzando también al ala sur del Grupo de Ejércitos Centro por ampliación de la maniobra al arco de Orel.

Esperaba, en consecuencia, el mando del Grupo de Ejércitos Sur que primeramente habría de atacar el enemigo el <balcón> del Donetz desde el este a través del Mius, y desde el norte a través del Donetz central, para inmovilizarnos o acorralarnos contra la costa. Y contaba con que el ataque, tal vez escalonado en varios tiempos, habría de ser ampliado mediante ofensiva que arrancase de la región de Jarkov o al norte de ella partiese sobre el Dnieper en repetición de la vasta operación de cerco que en febrero y marzo se la había malogrado al enemigo. En realidad, así fue cómo actuó el mando soviético a partir del verano de 1943

¿Atacar dejando salir antes al enemigo?

En estas presuntas intenciones del enemigo basaba el mando del Grupo de Ejércitos Sur un proyecto de ataque subsiguiente al del enemigo, que en los meses de febrero-marzo repetidamente presentó a la consideración de Hitler. Se trataría de eludir el ataque enemigo que esperábamos en la cuenca del Donetz, replegándonos para dejarle progresar en dirección occidental aproximadamente hasta la línea Melitopol-Dniepropetrovsk, al tiempo que detrás del ala norte del Grupo de Ejércitos aprestábamos importantes reservas. Estas fuerzas serían las encargadas de aplastar el ataque enemigo que por allí se esperaba, para lanzarse luego hacia el sudes-

te o el sur sobre el flanco de los ejércitos rusos que avanzasen por la cuenca del Donetz contra el Dnieper inferior y aniquilarlos en la costa.

La fundamental diferencia entre esta forma operativa y la ofensiva alemana del año 1942 hubiera estado en lo siguiente ahora nos proponíamos atacar en réplica, por así decirlo, una

vez que las fuerzas de agresión enemigas se hubiesen estabilizado considerablemente y se hallasen debilitadas por efecto del esfuerzo realizado. Los objetivos de la operación no estarían tampoco en las arduas lejanías del Este, ni serían territoriales como Stalingrado o el Cáucaso en 1942, sino que se limitarían pura y simplemente al aniquilamiento del ala sur enemiga, apresándola en la costa del mar de Azov. Para alcanzar este objetivo y prevenir una evasión del enemigo hacia el este como en 1942, tendríamos que franquearle primero el camino hacia el Dnieper inferior a través de la cuenca del Donetz, en la esperanza de que no sabría resistir a la tentación de este señuelo.

Si en este intento de objetivo limitado salíamos con bien, habríamos aniquilado una parte sustancial de las fuerzas enemigas y acaso pudiésemos entonces lanzarnos contra el centro de las fuerzas enemigas en ataque dirigido hacia el norte.

No quiero con esto decir que no pudiésemos adoptar las disposiciones indispensables para una maniobra de este estilo en otros sectores del frente. Lo que sucedía era que en ellos sólo podríamos haber cercado fracciones enemigas menos importantes, mientras que le dejábamos manos libres para que él a su vez persiguiese la decisión en el sur. Por otra parte, sólo en el ala sur se daba la posibilidad de suplir por la insuperable barrera del mar una de las bocas de la tenaza en que habríamos de coger al enemigo. Naturalmente, una operación así presuponía dos condiciones:

Que, ante todo, se hallase dispuesto el mando supremo alemán a cargar el punto de gravedad de la guerra en conjunto de modo más decidido aún que hasta ahora en el escenario del Este, y dentro de él, en el ala sur de su frente. En el ala norte del Grupo de Ejércitos Sur tendría que asegurarse una neta superioridad sobre las fuerzas enemigas que presumíamos en el lugar en donde preparásemos el contragolpe. Para lo que se haría necesario despojar despiadadamente otros escenarios de guerra secundarios, incluso a riesgo de pasar en ellos por dificultades sensibles. Porque pretender asegurarnos en todos ellos, era tanto como renunciar de antemano a toda posibilidad de triunfo, ni siquiera parcial, en el Este.

Ni siquiera habría de estarnos vedado el echar mano de fuerzas de los Grupos de Ejércitos Centro y Norte o, por lo menos, el crear en ellos reservas operativas, alineando para ello a tiempo los frentes, previa evacuación del ya de por sí peligroso saliente del Grupo del Centro en Orel.

En segundo lugar, que el mando supremo no titubease en buscar la oportunidad de un eficaz contragolpe mediante la cesión de territorios, que en este caso serían de la cuenca del Donetz. Puesto que no se veía el mando en condiciones de llegar a imponer nuestra superioridad maniobrera por ofensivas de vastos objetivos, fuerza sería que buscásemos recuperar nuestra libertad de iniciativa mediante repliegues metódicos, cuando el terreno conquistado en el Este nos ofrecía ancho campo para ello. En último extremo, el problema venía a ser el mismo que al mando alemán se le había presentado en la Primera Guerra Mundial luego de agotado el impulso de la ofensiva de 1918, y que tampoco entonces había tenido la audacia de acometer con resuelta osadía.

Lamentablemente, el resultado fue que Hitler no se mostrase dispuesto a llenar ninguna de las dos condiciones.

Siempre insistió el mando del Grupo de Ejércitos Sur en su idea de cargar el peso de nuestra fuerza en el Este, y dentro del Este, en el ala sur, y siempre se negó Hitler rotundamente a ello. No en teoría, pues admitía la necesidad y conveniencia teórica; sino en su irreductible actitud práctica de llegar siempre tarde o con recursos insuficientes, debido acaso en buena parte a los divergentes intereses representados en esto por los respectivos jefes de Estados Mayor del Ejércitos y de la Wehrmacht.

Pero ni aún en el ámbito del mismo frente del Este consiguió el mando del Grupo de Ejércitos Sur que el supremo comandante de las fuerzas alemanas satisficiese plenamente su insistente demanda de atribución del punto de gravedad al ala sur. Pese a que durante todo el año de 1943 era patente la intención enemiga de buscar en ella la decisión, los Grupos de Ejércitos del Norte y del Centro siguieron en situación privilegiada con respecto al Grupo del Sur, tanto en lo tocante a la proporción entre sus fuerzas y la respectiva longitud de frente, como en la que aquéllas guardaban con las enemigas en presencia, salvo, eso sí, en lo que a tanques se refiere. Ello se explica no ya por la manifiesta repugnancia de Hitler a desprenderse voluntariamente de nada y a afrontar el menor riesgo aun en puntos de escasa importancia, sino también por su renuncia a tomar en cuenta la previsible conducta del enemigo. Lo que le llevaba

fatalmente a adoptar el más costoso procedimiento, de acudir a última hora o demasiado tarde ya, o con fuerzas insuficientes.

Calcúlese, partiendo de esta indisposición temperamental, cuál no sería su alarma ante la perspectiva de tener que renunciar, aunque sólo fuese transitoriamente, a la cuenca del Donetz, por la mera posibilidad de un éxito operativo como el insinuado por el proyecto del mando del Grupo de Ejércitos Sur. Por eso afirmó en redondo, en una conferencia que tuvimos en marzo en el cuartel general del Grupo de Ejércitos en Saporoshje, que era de todo punto imposible dejar en manos del enemigo, ni aun por pocos días, la cuenca del Donetz. Porque si la perdíamos, ya no volveríamos a poner en pie nunca nuestra producción de guerra; al paso que para el enemigo significaba la carencia de aquella fuente de materias primas una reducción de un 25 por 100 de su producción de acero. Además – arguía-, la importancia del manganeso de Nikopol casi no podía expresarse con palabras, y la pérdida de él (Nikopol está al sudoeste de saporoshje, junto al Dnieper) sería para nosotros igual que haber perdido la guerra. Por otra parte, ni la cuenca del Donetz ni Nikopol podían prescindir de la central eléctrica de Saporoskje.

Lo cierto es que este punto de vista, basado en asertos cuya certeza no podíamos nosotros contrastar entonces, caracterizó decisivamente la actitud de Hitler durante toda la campaña de 1943. Él fue la causa de que el Grupo de Ejércitos no gozase nunca de la indispensable libertad de movimientos que le hubiera permitido infligirle al superior enemigo un golpe netamente eficaz o impedir que nunca llegase éste a la temida superioridad en su decisiva ala norte.

La idea de que tan bien o mejor que de una acción ofensiva se podía disparar de una retirada voluntaria el ariete que dejase vacilante la fortaleza enemiga, no despertaba en Hotler la menor simpatía. Seguramente porque estimaba demasiado elevado el riesgo que había en la cesión de territorios, en comparación con una posibilidad siempre incierta de victoria. En cuyo caso hay que reconocer que le faltaba osadía o acaso confianza en su capacidad estratégica o en la de sus generales.

El ataque por propia iniciativa

Descartada quedaba, pues, la posibilidad de una operación de réplica como la que el mando del Grupo de Ejércitos venía proyectando, por no consentir esta solución la importancia de la cuenca

del Donetz y porque Hitler no simpatizaba, en términos generales, con semejante orientación del curso de las operaciones por todo lo que antes hemos dicho de su actitud. Hay que reconocer, en exculpación suya, sin embargo, que en la primavera de 1943 era bastante dudoso que el enemigo estuviese dispuesto a prestarnos el servicio de tomar la ofensiva, pues aunque las potencias occidentales la reclamasen, acaso Stalin podría esperar todavía.

Obligadamente pasaba con ello a primer plano el segundo término de la opción, consistente en aprovechar la presunta debilidad del enemigo consiguiente a la derrotas experimentadas al término de la campaña de invierno, para asestarle un golpe serio antes de que pudiese presentársenos de nuevo con sus malparadas mesnadas de tanques totalmente repuestas. Se trataría, por tanto, de una arremetida procurada por la ofensiva, aunque siempre dentro del marco de una estratégia fundamentalmente defensiva.

Varios planes ideados para aprovechar todavía antes del comienzo del período de los barros la debilidad del enemigo y, avanzando desde la región al sudeste de Jarkov, tratar de arrollar el frente enemigo en el Donetz central, se demostraron irrealizables porque los barros venían a limitar estas operaciones.

Y así fue como llegamos al plan <ciudadela>.

Mientras que al término de la campaña de invierno las victorias entre el Donetz y el Dnieper, así como la de Jarkov, habían restablecido el frente desde taganrog a lo largo del Mius y del Donetz hasta Belgorod, al norte de esta población y en el punto de contacto de los Grupos de Ejércitos del Sur y del Centro había quedado un saliente del frente enemigo muy avanzado a occidente. Abarcaba el territorio en torno a Kursk en un amplio arco tendido desde Belgorod por Dumy y Rilsk hasta la región al sudeste de Orel. Este enclave en nuestro frente no podía considerarse como un lunar sin importancia, ya que lo alargaba en casi 500 kilómetros y reclamaba considerables fuerzas para cubrirlo por el norte, el sur y poniente. Cortaba, además, los ferrocarriles que desde el sector del Grupo de ejércitos Centro iban hasta jarkov y que habían constituido una comunicación transversal muy importante de la retaguardia de nuestro frente. Finalmente, podía servirle al enemigo de punto de partida para un ataque, tanto contra el flanco norte del Grupo de Ejércitos sur, como contra el flanco sur del grupo de ejércitos Centro, aparte del peligro que suponía para

saliente de Orel, el frente enemigo en una extensión de 50 kilómetros, quedando a cargo de los dos cuerpos de las alas la protección ofensiva de los flancos de la cuña de penetración. Pero, además, el frente de ruptura habría de ser ensanchado en lo posible mediante ataques de los dos cuerpos de infantería del ejército situados al este y al oeste, para asegurar al mismo tiempo los flancos profundos del grupo de penetración. El ataque del Noveno ejércitos iría secundado por la 1ª División Aérea.

Del Segundo Ejército, que cerraba el arco del saliente de Kursk por occidente y que para un frente de 200 kilómetros no constaba sino con 9 mermadas divisiones de infantería, apenas se podía esperar otra cosa que el servicio de sujetar al enemigo que enfrentes tenía, para que los grupos atacantes pudiesen aislarlo.

Al Grupo de Ejércitos Sur le era posible, en cambio, acometer la Operación Ciudadela en mayor escala, por cuanto disponía para ella de 2 ejércitos, con un total de 5 cuerpos integrados por 11 divisiones de tanques y 7 de infantería.

En opinión del mando del Grupo de Ejércitos, era de la mayor importancia a los efectos de emplazamiento y arranque de nuestros ejércitos, el que el enemigo comprometiese inmediatamente en la lucha sus considerables reservas operativas apostadas al este y nordeste de Jarkov. Tan interesante por lo menos como la penetración hacia Kursk para cortar las fuerzas enemigas del saliente, era la operación de proteger dicha penetración contra las unidades rusas blindadas y motorizadas que acudiesen del este, ya que uno de los fundamentales objetivos de la Operación Ciudadela estaba justamente en aniquilar aquellos elementos más potentes del adversario.

El Destacamento de Ejércitos kempf tenía también la misión de mantener con un cuerpo de infantería el frente defensivo del Donetz desde el sudeste de Jarkov hasta la altura de Volchansk. Con un cuerpo panzer y otro de infantería (3 divisiones de tanques y 3 de infantería), habría de encargarse de proteger la operación de ruptura de Kursk hacia el este y el nordeste respectivamente llevando a cabo un ataque; para lo que avanzaría desde el frente Volchansk-Belgorod en el Donetz con el cuerpo de infantería a formar un frente defensivo hacia el este a lo largo del Korotscha, mientras que el cuerpo panzer seguiría al nordeste en dirección de Skorodnoje. Otro cuerpo panzer de 2 divisiones, que al principio seguiría

como reserva del Grupo de Ejércitos, habría de pasar a disposición del Destacamento, tan pronto como ésta hubiese ganado espacio y libertad de movimientos suficiente en sentido nordeste. Luego entraría con el cuerpo panzer antes citado a participar en la batalla a campo abierto para aniquilar las unidades de tanques enemigas que hubiesen venido en socorro del saliente.

Nuestro Cuarto Ejército Panzer, al mando del coronel general Hoth, correría con el ataque de ruptura propiamente dicho, al encuentro del Noveno Ejército a la altura de Kursk, para pasar luego oeste de aquella localidad. Para lo que disponía de 2 cuerpos blindados (entre ellos el II Cuerpos Panzer de las SS), con un total de 6 divisiones blindadas y una de infantería, mientras que otro Cuerpo de Infantería (el LII) se sumaría al ataque en el ala occidental de los dos cuerpos blindados. Suponiendo que la ruptura sobre Kursk y el aniquilamiento de las fuerzas enemigas aisladas se consiguiese con alguna rapidez, podían también las unidades tanquistas del Cuarto Ejército Panzer tomar parte en la batalla que se librase para acabar con las reservas operativas rusas lanzadas en socorro de la bolsa.

Como es natural, a los dos ejércitos se les facilitó toda la artillería de campaña que el Alto Mando del Ejército había puesto a nuestra disposición, además de la que de algún modo estimamos prescindible en la demarcación de nuestros propios frentes. A pesar de lo cual, la dotación en piezas de asalto resultaba francamente insuficiente para abrir brecha en un sistema de posiciones un poco profundo.

Otro de nuestros puntos flacos estaba en que teníamos que lanzar en primera línea las divisiones blindadas al asalto de las posiciones rusas, porque el Alto Mando del Ejército no había podido procurarnos para ello más divisiones de infantería.

Habría de apoyar la acción de ambos ejércitos la Cuarta Flota Aérea, con la que ya el Grupo de Ejércitos había colaborado eficazmente en anteriores ocasiones. Únicamente habíamos de lamentar esta vez el que no se hallase con ella su comandante, el mariscal Von Richthofen, llamado a Italia poco antes del ataque. Las fuerzas de esta flota prestas para la acción consistían en 3 grupos de Stukas, 2 de bombarderos y de 3 a 4 de caza.

Para poder disponer de las ya citadas fuerzas, había tenido el mando del Grupo de Ejércitos que debilitar peligrosamente la defensa de todos sus restantes frentes. Solamente quedaban el Sexto

Ejército, al mando del general Hollidt, en el frente del Mius, y el Primer Ejército Panzer, mandado por el coronel general Von Markensen, con el ala derecha del Cuerpo Aéreo del Destacamento de Kempf en el frente del Donetz. En total, eran 21 divisiones las que habían de cubrir el frente desde Taganrog hasta Volchansk en una extensión de 630 kilómetros. Y en calidad de reservas de tan dilatado frente, sólo una división de tanques, una de granaderos panzer y una de infantería.

Opinaba, sin embargo, el mando del Grupo de Ejércitos que, puesto que se había optado por salir nosotros los primeros en el ataque en vez de dejarle al enemigo la iniciativa, había que empeñarlo todo en perseguir el éxito pleno y rápido de la Operación Ciudadela. Que si en este golpe acertábamos hasta el punto de aislar y aniquilar las fuerzas alcanzadas en aquel saliente del frente y destruir además una parte considerable de los tanques que en socorro de ellas acudiesen, habríamos dado un paso serio en el camino de una solución pactada. Una victoria en Kursk, por otra parte, siempre le permitiría al Grupo de ejércitos liquidar rápidamente las crisis que en el resto del frente pudieran haber surgido en el curso de la operación. Y, en último caso, todavía tendríamos la posibilidad de retirarnos de la cuenca del Donetz al Dnieper inferior, para luego, una vez triunfantes en Kursk, volver sobre la idea que había servido de base a la propuesta del Grupo de Ejércitos, de un copo de las fuerzas enemigas atraídas por el señuelo de la cuenca. De antemano sabíamos que un giro de las operaciones en este sentido habría de antojársele sospechoso a Hitler; pero suponíamos que la ulterior recuperación de la cuenca bastaría para dejarnos en buen lugar con él.

Previsto el comienzo de la Operación Ciudadela para el primer día en que se nos ofreciese la posibilidad de acometerla, el mando del Grupo de Ejércitos le había sugerido al Alto Mando Central una de las primeras fechas del mes de mayo, en la confianza de que para entonces habría terminado de período de los barros. En realidad, <ciudadela> pudo haber sido iniciada a mediados de mayo, aproximadamente.

Un aplazamientos fatal

Luego que el comienzo del período de Los barros nos hubo forzado a suspender los combates de invierno, había tenido ya que ausentarme con permiso para someterse a una operación de amígdalas,

por la que esperaban los médicos paralizar un proceso de formación de catarata precoz. Mientras que en aquel lapso de tiempo me sustituían en el frente primeramente el coronel general Model y luego el mariscal Varón Von Weichs, no dejé de mantenerme en contacto con el mando del Grupo y con el jefe del Estado Mayor Central del Ejércitos, para seguir al tanto de las cuestiones más importantes. En un escrito que el 18 de abril dirigía yo al jefe del Estado Mayor para conocimiento de Hitler, nuevamente insistía en el punto de vista de que ahora había que ir resueltamente a la Operación Ciudadela, volcándolo todo en ella, porque hasta los eventuales reveses que pudiéremos experimentar en otros puntos del frente, quedarían ampliamente compensados por la victoria en Kursk y no pasarían de contratiempos pasajeros. Subrayaba, además, la urgencia de emprenderla con la advertencia de que cuanto antes comenzásemos, menor sería el peligro de que el enemigo nos atacase a fondo en el sector del Donetz.

Como yo contaba con que <Ciudadela> se iniciaría a mediados de mayo o a principios del segundo tercio del mes a más tardar, ya el 4 de mayo me proponía regresar a mi cuartel general. Pero el 3 del mes se presentaba en Liegnitz el jefe de mi Estado Mayor, general Busse, con la noticia de que al día siguiente estábamos convocados a una deliberación con el Führer en Munich. Estaban citados, además, el comandante del Grupo de Ejércitos Centro, mariscal Von Kluge, el coronel general Guderian (entonces Inspector General de fuerzas blindadas) y el jefe del Estado Mayor de la Luftwaffe, coronel general Jeshmek. Allí nos encontrámos con lo siguiente:

El coronel general Model, que habría de mandar el ataque desde el norte en la acción <Ciudadela>, había informado a Hitler de la situación en su frente y adelantado su parecer sobre ella.

Gozaba Model de la especial confianza de Hitler desde que en las campañas de 1941 y 1942, como jefe de un cuerpo panzer primero, y luego al frente del Noveno Ejército, se había distinguido en duros combates defensivos del Grupo de ejércitos centro, por su energía extremada y por su resistencia tenaz.

Yo le conocía muy bien de la época en que, a mis órdenes, había estado al frente de la 8ª Sección del Estado Mayor General, a cargo de la cual corría la intervención de los progresos técnicos y determinación de su utilidad a efectos de pedidos y apoyo por parte del Estado Mayor. En aquel cargo había sido su actuación francamente útil, por cuanto había sembrado un saludable pánico en-

tre los burócratas del ministro. Más tarde había trabajado también a mis órdenes como jefe del Estado Mayor del Decimosexto Ejército del Grupo de Ejércitos A, al frente de cuyo Estado Mayor general me encontraba yo y en el que ambos colaboramos en la preparación de la ofensiva en el Oeste.

Era Model un oficial de estado mayor muy capacidad sin duda, sagaz, de inteligencia clara y rápida comprensión. De estatura media, antes esbelto que robusto, con cabello negro muy poblado y ojos vivaces de mirada a veces taladrante, causaba una impresión juvenil y optimista y era tenaz y de gran capacidad de trabajo. Su condición sobresaliente estaba en una energía extraordinaria, si bien un poco despiadada a veces. A estas condiciones unía un gran aplomo y seguridad en sus maneras y una decisión y rotundidad notables en sus manifestaciones. Era a todas luces un optimista por temperamento, para quien la palabra dificultad carecía de significación. Todo esto, su carácter siempre resuelto y finalmente el hecho de que no disimulase su deseo de crearse un buen ambiente personal en las alturas del Régimen (había cuidado de que Himmler le facilitase un ayudante de las SS, exponiéndose a las consiguientes críticas de la oficialidad), bastaba y sobraba para hacerle grato a los ojos de Hitler. Que en esta actitud de Model algo tuvo que ver la ambición, no podría negarse en redondo. Hay que reconocer, sin embargo, que procedía por sincera confianza en Hitler y en el credo nacionalsocialista y que, como la mayoría de los jefes militares, se abstuvo siempre de censurar el Régimen y lo acptó sin reparos. No por eso hemos de confundirle con el reducido número de militares fanáticamente pendientes del menor gesto hitleriano. No; él tenía sus ideas propias en la esfera de lo militar y no vacilaba en sostenerlas con abierta franqueza ante Hitler. Y, en todo caso, siempre fue soldado valiente, que no eludía personalmente riesgo alguno y que lo mismo exigía de sus subordinados, algo bruscamente acaso en la forma, pero predicando con su ejemplo de hallarse en todo momento en los lugares críticos de su frente. Era, en una palabra, un soldado a la medida de Hitler.

Estas mismas condiciones fueron las que alejaron siempre de las sienes de Model el lauro de una victoria cosechada en alguna operación audaz. Por momentos, en efecto, se le hacía más imprescindible a Hitler para enderezar situaciones vacilantes en aquellos puntos amenazados de derrumbamiento, en los que supo realizar maravillas de resistencia y recuperación. Como el mismo Hitler se dijera acaso, era un comandante <que no operaba, sino

que resistía>. Cuando, por fin, en la bolsa del Ruhr vio venir el desenlace inexorable, Model puso voluntario fin a su vida, pero no por hurtarse a la rendición de cuentas como tantas eminencias del Partido, sino porque no quería sobrevivir a su propio Grupo de Ejércitos aniquilado.

Y éste era el Model que ahora, al informar a Hitler, había puesto de relieve las dificultades del ataque proyectado consiguientes a un magnífico sistema de trincheras existente en el campo enemigo y a que, según noticias recibidas, habían introducido los rusos una nueva arma antitanque capaz de perforar nuestros blindados IV. Por lo cual se veía el general en el caso de solicitar del mando supremo un plazo de seis para la preparación del ataque de ruptura.

Hitler había quedado impresionado sin duda por las explicaciones de Model y temía que nuestro ataque fuese a malograrse o que, en todo caso, no llegase a alcanzar su objetivo de aislar al enemigo con la rapidez prevista. Por lo que estimó indispensable aumentar el número de nuestras fuerzas blindadas y supuso que hasta el 10 de junio podría incorporarles considerables contingentes de tanques de los tipos Tiger y Panther, buen número de cañones de asalto y una sección de tanques pesados ferdinand (una invención de Ferdinand Porsche que en la práctica había de resultar un fracaso). Además, habría de proveerse también a los Panzer IV y a los cañones de asalto de unos manteletes que le permitiesen enfrentarse con las nuevas armas antitanques soviéticas. En términos generales, puede decirse que las previsiones de Hitler llegaban a duplicar nuestras existencias de tanques.

Sin embargo, antes de resolverse por el aplazamiento de la operación <ciudadela>, quiso oír el parecer de los dos comandantes generales, quienes desaconsejaron la dilación, coincidiendo en ello con el criterio del jefe del Estado Mayor Central, general Zeitzler.

El mariscal Von Kluge, sin duda resentido de que Model le hubiese preterido al acudir a Hitler directamente, manifestó con su vehemencia característica que los informes de aquél sobre la existencia de una zona de trincheras de 20 kilómetros de profundidad en el campo enemigo eran exagerados y falaz la prueba de la fotografía aérea, por cuanto registraba también las trincheras derruidas, subsistentes de anteriores batallas. Asimismo llamó la atención sobre el peligro en que nos pondría un aplazamiento por las ventajas que al enemigo le valdría, que tal vez llegasen a imponernos la dolorosa medida de retirar fuerzas del mismo frente de la

Operación Ciudadela. Con lo que sin duda aludía sobre todo a la delicada situación del saliente de Orel.

Por mi parte, también me sumé a los que se oponían al aplazamiento propuesto por Hitler, y lo hice por las razones siguientes.

El aumento que en tanques nos prometía, habría de resultar más que compensado seguramente por el correspondientes soviético, puesto que la producción blindada del enemigo ascendía a 1.500 tanques al mes, por lo menos. Además de que en el período de espera la moral y valor combativo de las fuerzas rusas, tan resentidos ahora tras las pérdidas de la campaña de invierno y las dos derrotas últimas, seguramente se recobrarían, y podrían afianzar y ampliar entretanto su sistema de trincheras.

Otra de las razones en contra del aplazamiento de <ciudadela> estaba en la situación del frente defensivo del Grupo de Ejércitos que si todavía el enemigo no podía atacarnos en el Donetz y en el Mius, ya no sucedería lo mismo en el mes de junio.

Pero sobre todo hice hincapié en que el problema dependía, en el fondo, de la situación general. Y así podría suceder que si Túnez cayese pronto en poder de los occidentales, un aplazamiento de <Ciudadela> hiciese coincidir el comienzo de la operación con un desembarco aliado en el Continente y tuviésemos entonces que luchar a vida o muerte en dos frentes.

Por todo ello estimaba que, aun siendo muy importantes el refuerzo de nuestras fuerzas blindadas para asegurarnos un éxito rápido, más habría de serlo el lanzarse al ataque sin dilaciones, cuando si se iba al aplazamiento y al aumento de tanques, habría que contar además con que el Grupo de Ejército necesitaría también más divisiones de infantería para conquistar el sistema de posiciones enemigo.

Y concluía con la afirmación de que no iba a ser, desde luego, empresa fácil la Operación Ciudadela, pero que más fácil sería cuanto antes la acometiésemos y que en esto como en equitación lo importantes era <echar por delante el corazón de allanar el obtáculo>. Un símil que, como pronto pude comprender, había de hacerle muy poca gracia a Hitler, dominado por una invencible aversión a los caballos y a los jinetes.

A continuación vino el jefe del Estado Mayor de la Luftwaffe a sumarse a los dos comandantes generales con su declaración de que un aplazamiento de <Ciudadela> no le suponía ventaja

alguna al arma que él representaba, por no esperar ningún aumento sustancial inmediato en ella, al paso que de las observaciones efectua-

das parecía desprenderse la seguridad de que el enemigo estaba disponiéndose a una ofensiva a fondo en el sector del Grupo de Ejércitos Sur.

La propuesta del coronel general Guderian en esta ocasión se redujo a aconsejar la agrupación de todas las fuerzas blindadas en un frente de ataque, bien en el Grupo de Ejércitos Sur, bien en el del Centro.

Sin darse por vencido, repitió Hitler sus argumentos en pro de un aplazamiento hasta el 10 de junio, alegando, respecto del simultáneo aumento de tanques por ambas partes, que si cuantitativamente pudieran llegar los rusos a superar el nuestro, la superioridad técnica de los tanques Tiger, Panther y Ferdinand siempre seria decisiva. Lo que, en cambio, no podía prometer era más divisiones de infantería.

Al paso de la objeción de que un aplazamiento de <ciudadela> pudiera hacer coincidir esta operación con una invasión del Continente por el enemigo, salió él con la afirmación de que el abastecimiento de Túnez estaba asegurado ahora por la entrada en servicio en el Mediterráneo de unidades navales de especial eficacia antiaérea y de transportes ligeros, que habrían de permitir a nuestras fuerzas mantenerse allí. Aseguró también que aun en el supuesto de que perdiésemos Túnez, necesitaría el enemigo de 6 a 8 de junio no había que temer tal eventualidad.

Finalmente, nos despidió con la notificación de que necesitaba pensar más maduramente la cuestión de si convendría o no aplazar la operación <ciudadela>.

Mientras en nuestros cuarteles generales esperábamos la consigna para poner en marcha y concentrar en los puntos de partida las fuerzas destinadas a la ofensiva, que entretanto teníamos muy repartidas y alejadas a retaguardia del frente así por razones de adiestramiento como de camouflage, nos encontramos el 11 de mayo con la sorpresa de una orden aplazando la operación <ciudadela> hasta mediados de junio.

Dos días después, el 13 de mayo, ¡capitulación las últimas fuerzas del Afrika Korps en la península Cap-Bon!

Las semanas siguientes las ocupamos en completar el descanso y sobre todo la preparación de nuestras unidades de ataque y en reconocer y reforzar nuestros sistemas de defensa en el Donetz y el Mius. Luego resultó que como los tanques por Hitler prometidos iban llegándonos con retraso sobre las fechas previstas, también

<Ciudadela> íba siendo aplazada hasta que ya se aproximaba julio, ¡Seis semanas habían transcurrido desde la caída de Túnez!

A fin de distraer al enemigo de nuestras verdaderas intenciones, tomamos las mayores precauciones a nuestro alcance, como la de que, tan pronto como iniciásemos la movilización para <Ciudadela>, saliesen todas las fuerzas motorizadas disponibles de momento en dirección a la cuenca del Donetz, en la que estaríamos simulando al mismo tiempo otras medidas de apariencia agresiva, entre las que figuraba la de despistar a los observadores aéreos mediante concentraciones de tanques de guardarropía.

No dejamos en todo este tiempo de espera y de tensión creciente de seguir por eso en un frecuente intercambio de impresiones entre el mando del Grupo de Ejércitos y el Alto Mando Central, tanto acerca de la evolución de la situación, como sobre la cuestión de si en vista del tiempo transcurrido no sería más aconsejable renunciar a <ciudadela>.

En el campo enemigo entretanto la aproximación cada vez mayor de las reservas operativas al frente delataba que todo iba estando a punto y que las unidades se hallaban restauradas y en condiciones para la ofensiva. Si por el momento seguían aún a la defensiva los rusos, no faltaban indicios vehementes de que estaban en el Donetz, y hasta a ambos lados de jarkov, aunque tal vez fuesen estas acciones escalonadas en el tiempo. Las mismas perspectivas, poco más o menos, se nos ofrecían en el sector del Grupo de Ejércitos Centro en cuanto a los preparativos enemigos para atacar el saliente de Orel, apuntando también en otros puntos del frente del Este indicios agresivos enemigos algo menos acusados, pero dignos de tener en

cuenta. Con todo, seguíamos en la mayor incertidumbre sobre si en ofensiva, o si optarían por esperar el nacimiento de un

1. Disponía el Grupo de Ejércitos a principios de mayo de un total de más de 666 tanques y 160 cañones de asalto para <Ciudadela>. Hasta el 3 de julio se acumularon en el frente de esta operación1.061 tanques (si bien casi la mitad de ellos eran Panzer III) y 376 cañones. Por consiguiente, el número de nuestros tanques no había alcanzado ni de lejos el volumen que los soviéticos propalaron por razones de propaganda. Pero todavía se ha superado la misma mendacidad soviética al referirse a las pérdidas que en tanques habíamos experimentado en auquella operación. Si las cifras soviéticas se ajustasen a la verdad, habríamos perdido en aquella acción más tanques que tuvimos nunca a nuestra disposición.

segundo frente, o si planearían pasar a la ofensiva tan pronto como la nuestra les hubiese abierto el camino.

En aquel intercambio de opiniones insistimos siempre cerca del Alto Mando en que :

En primer lugar, cualquier nueva dilación en lanzarnos al ataque habría de hacérnoslo más difícil.

En segundo lugar, que aumentaría el peligro en los sectores defensivos del Grupo de Ejércitos, porque las fuerzas que los cubrían no podrían resistir por mucho tiempo una gran ofensiva enemiga.

Y, en tercero, porque, aun haciendo caso omiso de este riesgo, de lo que se trataba era de aventurado todo por un éxito rápido y rotundo de esta operación, incluso la eventualidad de crisis en la cuenca del Donetz, por las que hubiésemos de vernos obligados a un repliegue en ella.

Nuevamente reiteramos el conocido punto de vista del Grupo de Ejércitos, de que el enemigo planeaba llegar en aquel año a la batalla decisiva contra el Grupo Sur, y que, por tanto, había que fortalecer a éste en su ala norte y concederle la libertad operativa reclamaba en las

propuestas de febrero-marzo, tanto en el sentido de movilidad como en el de esperar la iniciativa enemiga para atacar en contra golpe.

A la pregunta del jefe del Estado Mayor Central sobre cuál era la opinión actual del mando del Grupo de Ejércitos respecto a la oportunidad, de acometer todavía la Operación Ciudadela, repuse que la tenía por una operación difícil que, en caso de éxito, habría de permitirnos emprender otros ataques parciales, aunque no disponer de fuerzas (para otros teatros de guerra) en bastante tiempo. Que, en último caso- añadía-, la cuestión de la oportunidad de la Operación Ciudadela sólo podía enjuiciarse desde el punto de vista de la gestión total de la guerra. Se podía acometer la acción si, por ejemplo, se estaba seguro de que hasta el otoño no habría necesidad de retirar fuerzas del Este. ¿Qué se suponía que antes de esa fechas las potencias occidentales no se hallarían en condiciones de efectuar una operación de desembarco de gran estilo? Entonces todavía era posible <Ciudadela>. Como también o sería en el caso de que nos hallásemos con arrestos para dejar desembarcar a los occidentales y proceder a derrotarlos una vez que les forzásemos a salir de sus cabezas de puente.

Casi siempre sucedió que en estas deliberaciones compartiesen el criterio del mando del Grupo de Ejércitos tanto el jefe del Estado

Mayor Central como el de la Sección de Operaciones del mimo. Lo que, en cambio, no conseguimos nunca fue hacer que Hitler tomase partido definido en pro o en contra en cuestiones que tan manifiesta trascendencia operativa tenían. Por eso contenía el escrito que por aquellas semanas dirigí al jefe del Alto Estado Mayor el siguiente párrafo significativo:

Toda vez que en una amplia conversación telefónica entre el Grupo de Ejércitos y el Alto Mando Central no es posible tratar debidamente todos los problemas vitales a causa de la enorme distancia que nos separa, estimo indispensable que, o bien se establezca una más estrecha relación personal, o se obtenga del mando supremo la correspondiente libertad de movimientos en el este. Una situación como la que obliga a los comandantes de los Grupos de Ejércitos a no conocer de la general nada más que el contenido del parte de la Wehrmacht, es tan intolerable como la inexistencia de todo vínculo espiritual entre los supremos organismos del mando.

Supongo que, vistas las cosas en su actual perspectivas, no dejará el lector de sorprenderse de que los comandantes generales de los Grupos de Ejércitos descuidaran desaconsejar la Operaciones Ciudadela luego que vieron cómo iban dejándolo fuera de lugar los sucesivos aplazamientos. Puesto que toda su virtud estaba en sorprender al enemigo en estado de debilidad y, por consiguiente, antes de que pudiese recobrarse, ¿cómo pudo ocurrírseles que en todo el tiempo de espera no se había repuesto?

Por lo que a mí toca, diré que, si no la desaconsejé (acaso incurriendo en falta), fue por lo siguiente:

Ante todo, la renuncia a <Ciudadela> no hubiera significado entonces más que una nueva espera en el Este, con todos los peligros anejos a la inminencia de un segundo frente. Que, después de todo, más bien parecía que los soviéticos iban dando tiempo al tiempo en vez de lanzarse a la ofensiva.

En segundo lugar, estábamos convencidos- al menos el mando del Grupo de Ejércitos Sur- de que, si bien nuestro ataque iba a ser cosa ardua, habríamos de salir victoriosos sin embargo. Más en aprensión nos tenía, si acaso, la cuestión de si lograríamos resistir una ofensiva enemiga en la cuenca del Donetz. Pero también en este aspecto confiábamos en que, después de vencer en Kursk, no nos iba a ser imposible liquidar pronto el revés del Donetz y aún sacar de él acaso una gran victoria. Y que no andábamos tan descaminados en nuestros cálculos sobre las posibilidades de la

operación <ciudadela> como pudiera parecer a posteriori, lo demuestra el curso mismo de la operación y los motivos que nos obligaron a suspenderla o abandonarla. Pero de esto aún hemos de hablar más adelante.

Algo distintas eran las circunstancias para el Grupo de Ejércitos Centro. Porque allí cualquier éxito del enemigo en el saliente de Orel hubiera repercutido al punto en la operación <ciudadela>. Allí ofrecía la cuenca del Donetz, puesto que el saliente de Orel aquel Grupo de Ejércitos no se creía con fuerzas suficientes para aguantar la ofensiva de diversión que del enemigo era de esperar en el saliente de Orel, debió haber rehusado ir a la Operación

Ciudadela al verla demorada hasta julio. Pero, puesto que no lo hizo, es de suponer que se consideraba en condiciones de mantenerse en el saliente.

Cuando todavía seguíamos a la espera de si se habría de ir a la Operación ciudadela o no, íba yo a salir en avión para Bucarest en el aniversario de la conquista de Sebastopol, a condecorar al mariscal Antonescu con la medalla de oro de Crimea. Sólo que a última hora se vio mi salida aplazada por haber convocado Hitler para el 1 de julio a todos los comandantes generales y generales con mando de ejército de las unidades destinadas a la Operación Ciudadela, así del Ejército como de la Luftwaffe, a su Cuartel General de la Prusia Oriental.

En aquella deliberación, que como siempre ante el mismo gremio se redujo a una alocución hitleriana, nos comunicó su definitiva decisión de ir a la Operación Ciudadela, que habríamos de iniciar el 5 de julio.

En primer lugar, explicó ampliamente los motivos que le habían inducido a adoptar el aplazamiento, indispensable, por lo visto, para descanso, recuperación y refuerzo del personal y del material a ella destinados. Aseguró que en cuanto a personal, quedaban plenamente cubiertas las exigencias, y que en material por primera vez a aventajábamos a los soviéticos en blindados.

Algo extraña y no muy convincente, por ir consecuente con sus anteriores manifestaciones, me pareció su afirmación de que el aplazamiento se había hecho indispensable porque si antes hubiésemos atacado, las voces de socorro de los rusos habrían tenido

Por consecuencia un inmediato desembarco de los occidentales en la región del Mediterráneo. Pretendía que entonces nada teníamos que oponerles allí, ni podíamos contar con una resistencia italiana ni menos balcánica, pues sabido era que los Balcanes sólo esperaban una ocasión para volverse contra nosotros. Ahora, en cambio, en el momento en que él nos hablaba, ya contábamos con fuerzas relativamente suficientes en Cerdeña y Sicilia, así como en el Peloponeso y en Greta, después de haber superado la fase crítica.

Pero el lector recordará que el 4 de mayo, al aludir yo al peligro de un pronto desembarco de los occidentales, había contestado Hitler asegurando que en Túnez todavía estaban firmes nuestras posiciones y que aun en el caso de que perdiésemos, tardarían los occidentales de seis a ocho semanas en poder efectuar un desembarco. De donde resulta que mal pudo haber pensado entonces en la posibilidad de una rápida intervención occidental a favor de Rusia.

Pero además, también se desprendía, de lo que ahora estaba diciendo, que en su afán de asegurarse en todas partes, había reforzado nuestros contingentes en la región mediterránea después de la extinción del Afrika Korps. Por consiguiente, a la vista estaba que no compartía nuestro criterio de poner todos los recursos a la carta de la operación <ciudadela>. Y si estos indicios no hubieran bastado, el mismo curso de la operación acabaría por demostrar definitivamente lo indeciso de la actitud hitleriana respecto de aquella acción.

La resolución de ponernos ahora a la ejecución de <Ciudadela> la justificaba con el insuperable argumento de que no íbamos a esperar a que el enemigo atacase después de haber elegido para ello acaso el invierno o la concurrencia de un segundo frente. Y concluía con la consideración de que también se hacía deseable un ataque nuestro contundente, por la repercusión que habría de tener tanto en los aliados como en el interior.

Una vez que Hitler hubo expuesto ante los altos jefes asistentes su decisión de ir al ataque y justificado su necesidad desde el punto de vista del mando supremo, ya se comprenderá que no había posibilidad de impugnar su resolución. Además de que tampoco nosotros podíamos en realidad sostenernos en una larga espera en el Este.

Un intento que yo hice de conseguir el regreso del mariscal Von Richthofen para que mandase la Cuarta Flota Aérea y contribuyese con su pericia al éxito de <Ciudadela>, no sólo no tuvo el menor resultado positivo, sino que dio lugar a una viva discusión

con Goering, nada dispuesto a reconocer la importancia de la personalidad de Richthofen como jefe de las unidades de combate.

Dignas de mención por lo significativas, más que para la situación, para caracterizar el modo de penar de Hitler, son algunas manifestaciones intercaladas en su exposición.

Sostenía, por ejemplo, que para no desorbitar la situación deberíamos recordar que en 1936 (ocupación de la zona renana), 1938 (Austria), 1939 y 1940 había sido bastante más amenazadora. Ahora se trataba- según él- de defender a Europa en sus fronteras, o sea, las islas italianas y los Balcanes. Ni de éstos ni de la cuenca del Donetz podíamos prescindir en modo alguno. Por lo demás, él tampoco sentía el menor sobresalto; que por algo habían cifrado los periódicos americanos las bajas soviéticas en 30 millones de hombres, incluida la población civil víctima del hambre. Contaba, por consiguiente, Hitler con que la Unión Soviética había perdido de 12 a 14 millones de hombres aptos para la guerra y con que tales bajas y las crecientes dificultades alimenticias no podrían por menos de derrumbar la resistencia enemiga o ir agotándola en una larga agonía como la de China.

Y si estas explicaciones pudieron fortalecer la confianza entre el numeroso auditorio, a buen seguro que las siguientes despertaron simpatías en pocos. Manifestó Hitler, en efecto, que no podíamos comprometer en la guerra a las minorías nacionalistas soviéticas por la repercusión que ello habría de tener en nuestros propios soldados. Éstos debían saber, según él, que luchaban por conquistar el espacio vital para sus hijos y sus nietos; que el gran error de la Primera Guerra Mundial había estado, justamente, en carecer de una meta.

Por último, repitió lo que ya personalmente me había dicho a mí en ocasión anterior, o sea, que el 2 de agosto de 1939 había llegado antes a Londres que a Berlín la resolución italiana de mantenerse neutral. Y que gracias a ella había podido el gobierno inglés arrastrar a Francia a la guerra.

Seguidamente comenzaron en nuestro sector los movimientos de avance para <ciudadela> y las últimas grandes maniobras de distracción. Yo mismo me presentaba el 3 de julio en Bucarest para la entrega de la condecoración de Crimea, con el propósito principal de que mi visita a aquella capital contribuyese a alejar de los cálculos soviéticos la preocupación de una inmediata ofensiva nuestra. El mismo 3 de julio a la noche me encontraba ya de vuelta en mi cuartel general.

El 4 de julio trasladaba el Grupo de Ejércitos su puesto de mando de combate a las inmediaciones del frente de ataque, a fin de poder dirigir de cerca las operaciones de ambos ejércitos. El puesto lo constituía nuestro tren de mando, acomodado en uno de los bosques de la zona. Se componía de dos coches, uno para el jefe de Estado Mayor y otro para mí, con servicio de vivienda y oficiales ambos, coches dormitorio y oficia y un coche comedor para la Sección de Operaciones, así como para alojamiento de una pequeña sección de reconocimiento y de algunas otras personalidades indispensables. Completaban el tren un coche de radiotelegafía y otros para la guardia del Estado Mayor y para la artillería antiaérea de 20 milímetros. Este tren nos rendía excelentes servicios, por contar en él con todos los recursos e instalaciones técnicas que el mando necesitaba, suficientes comodidades de alojamiento y tramando necesitaba, suficientes comodidades de alojamientos y trabajo y, sobre todo, con la posibilidad de cambiar rápidamente de lugar. Montado en un sector del frente en donde se hallase en curso alguna operación, resultaba fácil llegar desde allí en coche o avión a cualquiera de los puestos de mando subalternos o a las zonas de combate. Incluso muchas veces me pasé el día recorriendo el largo frente con el tren, inspeccionando los mandos y las tropas de un sector, para continuar por la noche hasta el sector siguiente.

El 5 de julio abrían ambos ejércitos el ataque en sus respectivos frentes, luego que en la noche anterior se había posesionado el. Cuarto Ejército Panzer, mediante un golpe de mano, de un puesto, de observación indispensable para dirigir la lucha.

Es inevitable que hayamos de describir sólo a grandes rasgos el curso de la Operación Ciudadela, por más interesantes que hubiera sido acaso para los militares el poder seguir paso a paso las cambiantes situaciones y los problemas de mando resultantes de ellas, al menos en el ámbito del Grupo de Ejércitos Sur. Porque sólo en los primeros días fueron sus combates de ruptura el previsto desarrollo de un plan de ataque de antemano trazado. Pero tan pronto como las distintas unidades hubieron superado el sistema de defensas enemigo y ganado al otro lado espacio suficiente para maniobrar, empezaron a presentársele al mando del Grupo de Ejércitos y a los de sus respectivas unidades situaciones siempre nuevas, con la consiguiente necesidad de afrontarlas tácticamente sin abandonar por eso la idea fundamental de la operación.

En el frente de ataque del Grupo de Ejércitos Centro consiguió el Noveno Ejército, en los dos primeros días de su acción y en los sectores central e izquierdo del cuerpo atacante, una ruptura de hasta 14 kilómetros de profundidad en el sistema de defensas enemigo. En cambio, el cuerpo atacante de la derecha sólo hizo progresos escasos, mientras que los de flanqueo iban quedando a la zaga.

Ya en la segunda jornada del ataque se había distinguido el enemigo por sus réplicas cada vez más duras contra el frente y los flancos de la cuña de penetración del ejército, a cuyo paso había lanzado también las reservas operativas de que disponía en la parte noroeste del saliente de Kursk y delante del frente de Orel. Indicio de cuánto le interesaba mantener el primero de los salientes y prueba al mismo tiempo de que, llevada con éxito, la operación <ciudadela> nos hubiera permitido aislar fuerzas enemigas muy considerables. Pese a los contraataques enemigos, el con una anchura de brecha de sólo 10 kilómetros. Hasta que el 9 de julio hubo de quedar paralizado el avance ante una posición de altura del enemigo en torno a Oltchowatka, a unos 18 kilómetros del punto de partida del ejército rechazar los contrataques rusos, dislocar el punto de gravedad de su ataque y reemprender la ofensiva el 12 del mes, para terminar con sus reservas la operación de ruptura. Pero no había de llegar a ello siquiera. El día 11, en efecto, fuertes contingentes rusos iniciaban desde el este y el nordeste la ofensiva contra el Segundo Ejército Panzer, que defendía el saliente de Orel, y tal fue la situación allí creada, que el mando del Grupo de Ejércitos Centro se vio forzado a suspender el ataque del Noveno Ejército para retirar de él fuerzas motorizadas que acudiesen en socorro del Segundo Panzer.

Se hizo también difícil la primera ruptura del sistema de posiciones enemigo por el sector de ataque del Grupo de Ejércitos Sur, en el que se dejaba sentir especialmente la falta de divisiones de infantería y la relativa escasez de artillería de asalto en los momentos iniciales.

Tampoco el ala derecha del Destacamento Kempf, constituida por el Decimoprimer Ejército al mando del general Rauss, consiguió llegar a la línea prevista para nuevo frente de defensa en el sector del Korodscha, sino solamente hasta las alturas al este del Koren. Bien es verdad que aun fallido parcialmente el intento de la extrema derecha de la operación de avance, el éxito conseguido

al cabo por el cuerpo en cuestión no dejaba de resultar satisfactoria. En su ataque, llevado con brioso impulso, había logrado atraer sobre si los grupos de reserva enemigos situados al este de Volchansk, y obtenido sobre ellos en los días siguientes una neta victoria defensiva, con fuerte tributo enemigo en bajas y tanques. Finalmente hubo de conformarse el Grupo de Ejércitos con un frente defensivo junto al Koren, ya que en rigor no experimentaba todavía detrimento el frente de ataque propiamente dicho.

No menos ardua era la tarea del III Cuerpo Panzer. El primer ataque a través del Donetz, a ambos lados de Belgorod, ya le costó esfuerzos considerables, y más tarde hubo de detenerse esta fuera frente a una posición de retaguardia enemiga a unos 18 kilómetros del Donetz. En vista del inicial agotamiento de las tropas, vacilaba el comandante del Destacamento sobre si debería incluso suspender el ataque. Sin embargo, después de una conferencia con el comandante del III Cuerpo Panzer, general Breith, y con sus jefes de división, resolví proseguir la ofensiva, teniendo en cuenta que también mi Grupo de Ejércitos le cedía al cuerpo la 198ª División de Infantería que como reserva del Primer Ejército Panzer mantenía en el frente del Donetz, a pesar de que en él aumentaba el riesgo por momentos. Afortunadamente, el 11 de julio forzaba el cuerpo las últimas posiciones enemigas y podía emprender la lucha en campo abierto con las unidades rápidas que de las reservas enemigas del este de jarkov estaban acudiendo a la liza.

Ordenó entonces el mando del Grupo de Ejércitos que, mientras el ala derecha del III Cuerpo Panzer había de seguir en dirección a Korodscha, la izquierda se ocupase ante todo con el Cuarto Ejército Panzer de aniquilar al 69º Ejército soviético, intercalado entre los dos alemanes que corrían con el ataque.

El Cuarto Ejército Panzer había conseguido, tras empeñados combates, superar en los dos primeros días la primera y segunda posiciones enemigas, y el 7 de julio salía su XLVIII Cuerpo Panzer de la izquierda (al mando del general Knobelsdorff) a campo libre, unos 11 kilómetros antes de Oboyan. Ya en campo abierto, tuvo que rechazar en los días siguientes fuertes contraataques enemigos procedentes del nordeste, del norte y del oeste, en los que los rusos habían perdido buena parte de sus fuerzas. Tanto allí como en el sector del II Cuerpo Panzer de las SS, las fuerzas enemigas que se nos enfrentaban eran ya unidades de sus reservas operativas, tales como el III Cuerpos Blindado y el I Motorizado, que tomaban parte en la lucha encuadrados en el 69º Ejército soviético y

el Primero de tanques. Pero, además, los rusos siguieron lanzando a la batalla otros cuerpos ligeros traídos del este de Jarkov.

Igualmente logró el cuerpo panzer de la derecha del ejército (II Cuerpo Panzer de las SS, al mando del Obergruppenführer Hauser) abrirse paso hasta salva las últimas posiciones enemigas, y el 11 de julio atacaba en Prokhorovka, después de haber expugnado más a poniente un paso sobre el Psel.

El 12 de julio volvía el enemigo a lanzar nuevas reservas operativas contra el frente y los flancos de la línea de ataque del Grupo de Ejércitos, siendo rechazados por nuestras fuerzas todos sus ataques en los días 12 y13. Al día siguiente, 14 de julio, alcanzaba el Cuerpo de las SS Prokhorovka en su avance y el LXVIII Panzer llegaba a avistar el valle del Psel al oeste de Oboyan. Y también en estos combates habían quedado deshechas algunas fracciones enemigas y muy mermadas otras.

Había lanzado en conjunto el enemigo contra el Grupo de Ejércitos, diez cuerpos nuevos de tanques y motorizados, que constituían lo sustancial de sus reservas preparadas delante de nuestro frente, aparte de los Grupos situados enfrente de nuestras líneas del Donetz y del Mius, en donde los rusos parecían disponerse a atacarnos. Hasta el 13 de julio habían perdido los soviéticos 24.000 prisioneros, 1.800 tanques, 267 cañones y 1.080 piezas antitanques en el campo de batalla de <Ciudadela>.

Se hallaba la batalla en su punto culminante y en el que la victoria o la derrota podían caer de cualquier lado. No ignoraba, naturalmente, el mando del Grupo de Ejércitos desde el 12 de julio que el Noveno Ejército había tenido que suspender el ataque y que el enemigo había pasado a la ofensiva contra el Segundo Ejército Panzer. Pero su resolución de no desistir prematuramente- acaso en el mismo umbral de la victoria- seguía siendo inquebrantable. Que todavía estaba por jugar el considerable triunfo del XXIV Cuerpo Panzer con las 17ª División y la Wiking de las SS.

Bien es verdad que a propósito de este Grupo venía el mando del Grupo de Ejércitos pugnando con Hitler desde el comienzo de la ofensiva, o, mejor dicho, desde los días de preparación de la misma. Se recordará que siempre había mantenido yo el punto de vista de que, si se iba a la Operación Ciudadela, nada se podía escatimar para asegurarnos del éxito, ni siquiera a riesgo de dejar un poco desamparada la cuenca del Donetz. Consecuente con este criterio, había dejado en los frentes del Donetz y del Mius tan sólo dos divisiones (la 23ª Panzer y la 16ª de granaderos Panzer) como

reservas disponibles, destinando el XXIV Cuerpo Panzer a reforzar Ciudadela como reserva del Grupo de ejércitos. Muchas y muy apremiantes habían tenido que ser, no obstante, mis exhortaciones al Alto Mando del Ejército para que Hitler, que por nada quería arriesgar la cuenca del Donetz, accediese al traslado del cuerpo a la retaguardia del frente de Ciudadela. Mas lo cierto es que ahora se encontraba preparado al oeste de Jarkov, si bien como reserva del Alto Mando Central y, por tanto, sustraído a las inmediatas órdenes el Grupo de Ejércitos.

En esta situación se hallaba a batalla y nuestras disponibilidades, cuando el mariscal Von Kluge y yo recibimos aviso para que nos presentásemos en el Cuartel General del Führer el 13 de julio. Más razonable parecía que en esta ocasión se hubiera tomado Hitler la molestia de acudir él a los dos Grupos de Ejércitos, o de enviarnos a su jefe de Estado Mayor, si la situación general no aconsejaba su ausencia del Cuartel General. Pero lo cierto es que durante toda la campaña del Este apenas se había conseguido llevarle alguna vez al frente, adonde, por otra parte, tampoco le permitía salir su jefe de Estado Mayor.

Nuestra entrevista del 13 de julio comenzó por la declaración de Hitler de que nos hallábamos ante una grave situación en Sicilia, en donde las potencias occidentales habían desembarcado el 10 de julio. Como los italianos parece que no mostraban el menor deseo de combatir, la isla podía darse por pérdida, y la inmediata acción del enemigo era de temer que fuese un desembarco en los Balcanes o en la Italia inferior. Se hacía por eso indispensable formar nuevos ejércitos en Italia y en la parte occidental de los Balcanes; para lo que tendríamos que retirar fuerzas del frente del este y desistir de la Operación Ciudadela.

¡Y hemos aquí en la situación exacta que yo había previsto el 4 de mayo en Munich para el caso de que aplazásemos <Ciudadela>!

El mariscal Von Kluge informó a continuación de que el Ejército de Model no podía seguir avanzando y contaba ya con 20.000 bajas. Dijo, además, que el Grupo de ejércitos se había visto en la necesidad de echar mano de todas las unidades rápidas del Noveno Ejército para acudir a taponar las profundas brechas abiertas por el enemigo en tres puntos del frente del segundo Ejércitos Panzer. Por lo que ya no era posible que aquel Noveno Ejército continuase en su ataque o llegase a reanudarlo más tarde.

Por mi parte, manifesté que, en cuanto al Grupo de Ejércitos Sur, la batalla había llegado a su punto culminante, y que, después

de las batallas defensivas de los últimos días contra la casi totalidad de las reservas operativas del enemigo, nos hallábamos tocando como quien dice con la mano la victoria. Por lo que estimaba que el abandono de la lucha en tales condiciones iba a ser probablemente tanto como regalarle la victoria al enemigo. Si el Noveno Ejército- argüía yo- pudiese ir sujetando por de pronto a las fuerzas enemigas que tenía enfrente y acaso llegar a reanudar el ataque más tarde, nosotros nos encargaríamos de tratar de acabar ante todo con los grupos enemigos, ya muy diezmados, con los que nos hallábamos en lucha. Seguidamente nos lanzaríamos- como ya le había comunicado al Alto Mando del Ejército el 12 de julio- hacia el norte de nuevo, traspondríamos el Psel al este de Oboyan con dos cuerpos de tanques y luego, girando a occidente, obligaríamos a las fuerzas enemigas situadas en aquella zona del saliente a una batalla de conversión de frente. Esto sí; para poder cubrir en forma ofensiva hacia el norte y al este la operación, habría que incorporar inmediatamente al Destacamento Kempf el XXIV Cuerpo Panzer. Bien entendido, además, que las fuerzas del Grupo de Ejércitos sólo bastarían para proseguir la ofensiva hasta el sur de Kursk. De modo que si no podíamos contar con que el Noveno ejército se hallase en condiciones de volver a intervenir, ni aún después de superada la crisis en el saliente de Orel, tendríamos que tratar por lo menos de desembarazarnos de las fuerzas enemigas con las que nos hallábamos empeñados. Porque si las dejásemos medio batidas nada más, no sólo nos surgirían inmediatamente crisis enla cuenca del Donetz, sino en el mismo frente de <Ciudadela>.

Como el mariscal Von Kluge daba por seguro que el Noveno Ejército no iba a poder ni siquiera reemprender más adelante el ataque, antes juzgaba necesario retirarlo a sus posiciones de partida, resolvió Hitler que tanto por esto como por la necesidad de llevar fuerzas a la zona del Mediterráneo, había que desistir de la Operación Ciudadela. En consecuencia, el XXIV Cuerpo Panzer no fue puesto a disposición del Grupo de Ejércitos en atención al inminente peligro de ataques enemigos en la cuenca del Donetz.

Luego de mi regreso al Grupo de Ejércitos y de conferenciar con los jefes de las dos unidades, el 16 de julio di las órdenes para

las limitadas acciones que el grupo habría de emprender todavía contra el enemigo antes de suspender definitivamente la lucha en el saliente de Kursk.

Al Cuarto Ejército Panzer se le encomendó acabar la derrota de las fuerzas enemigas que se hallaban al sur de Psel, en unos rápidos ataques dirigidos al norte y al oeste.

Esta acción habría de protegerla hacia el este el Destacamento Kempf, que al mismo tiempo tendría la misión de aniquilar, en concurrencia con el Cuarto Ejército Panzer, un grupo enemigo situado entre los límites de los dos ejércitos.

A continuación se proponía el Grupo de Ejércitos retraer sus fuerzas a las posiciones de partida, algo ampliadas territorialmente, para poder dejar disponibles algunas. La cuestión de si en este repliegue se nos ofrecería o no todavía la oportunidad de envolver, mediante un avance de tanques a occidente, a las fuerzas rusas enfrentadas con el LII Cuerpo de Ejército, dependería de la evolución de la situación.

De la Cuarta Flota Aérea, que en la zona de la Operación Ciudadela no había podido actuar aquellos días a causa de la situación atmosférica, solicitamos que lo hiciese en los frentes del Mius y del Donetz, para desbaratar los preparativos de ataque enemigos denunciados por nuestros servicios de observación.

Todos estos planes iban a quedar, desgraciadamente, en nada, que inmediatamente dejásemos a sus órdenes al II Cuerpo Panzer de las SS, y al día siguiente reclamaba para el Grupo de Ejércitos Centro la cesión de otras dos divisiones de tanques.

Ante sea reducción de fuerzas, el Grupo de Ejércitos y su mando se vieron forzados a renunciar a los golpes planeados, a desistir de la acción general y a desplegar los ejércitos a las posiciones de partida.

El 17 de julio atacaba, por fin, el enemigo en el frente del Mius y del Donetz como era de esperar, consiguiendo rupturas importantes, bien que sólo locales, en los sectores del Sexto Ejército y del Primer Ejército Panzer. Merced a estas rupturas, logró el mando del Grupo de Ejércitos que se le permitiese mantener todavía en la cuenca del Donetz, además del XIV Cuerpo Panzer que a ella se dirigía, al Cuerpo Panzer de las SS, que Hitler destinaba a Italia y que por ahora habría de actuar allí.

Menos mal que, si por un lado se veía el Grupo de Ejércitos obligado a suspender así la batalla tan a las puertas de la victoria,

no dejaba por otro, de poder consolarse con los duros reveses infligidos al enemigo. Además de las divisiones de fusileros y brigadas de tanques que originalmente había en el frente, habríamos conseguido diezmar seriamente al grueso de las unidades rápidas de las reservas operativas enemigas lanzadas al saliente de Kursk y al frente de jarkov. En total habían sido 11 cuerpos entre blindados y motorizados y 30 divisiones de infantería las fuerzas enemigas enfrentadas con los ejércitos del Grupo.

En prisioneros habían perdido 34.000 hombres y el número de muertos se calculaba en 17.000. como aún partiendo de una proporción la más favorable para el enemigo habíamos de suponer doble número de heridos, resultaba que las bajas totales de los rusos llegaban a los 85.000 hombres.

En contraste con ellas, los alemanes habíamos sufrido entre los dos ejércitos 20.720 bajas, de ellas 3.330 eran muertos, y todas nuestras divisiones, menos una de tanques, seguían útiles para la lucha, aun cuando algunas, especialmente las de infantería, se resentían mucho.

Consideración final

El fracaso de la Operación Ciudadela puede atribuirse a varias causa, pero una de las principales no cabe duda que estuvo en la carencia del elemento sorpresa. Porque a pesar de todos los simulacros y cautelas, la ofensiva no podía coger desprevenido al enemigo.

Se equivocaría, sin embargo, quien creyese explicarse el fracaso sobre todo por razones tácticas.

La Operación Ciudadela fue en realidad truncada por el mando supremo alemán antes de que la suerte se hubiese pronunciado.

Y lo fue, en primer lugar, por efecto de repercusiones estratégicas emanantes de otro teatro de guerra (Mediterráneo) o bien de oro frente (Segundo Ejército Panzer en el saliente Orel), y sólo en segundo término por fracaso táctico, es decir, a consecuencia de la paralización del avance del Noveno Ejército, que, cuando menos, comprometía la rapidez de la batalla decisiva.

Ambas circunstancias eran de prever y debieron haber sido prevenidas si el mando supremo alemán hubiera sacado las consecuencias manifiestas de la situación general de febrero de 1943, de que había que ponerlo todo a contribución para obtener en el Este una paz honorable, o por lo menos, para agotar la potencia agresi-

va soviética y alcanzar así una tregua en la práctica. Para lo que habría de hallarse dispuesto a obrar en consecuencia, tanto en lo tocante a fuerzas, como al tiempo o fases de su empleo relativo.

Desde el punto de vista de fuerzas, probablemente hubiera bastado con un aumento no muy considerable, especialmente en infantería, así para que el Noveno Ejército hubiese llevado adelante su ataque de ruptura, como para aligerar las primeras acometidas de los ejércitos del Grupo Sur y acelerar así la decisión de la batalla. Hubiera bastado también con fortalecer el frente del Segundo Ejército Panzer en la medida de lo indispensable para que al menos no hubiese llegado allí el enemigo a un triunfo rápido con peligro para la retaguardia del Noveno Ejército. Las fuerzas para cubrir estas deficiencias bien hubiera podido retirarlas el mando de los llamados teatros de guerra del Alto Mando de la Wehrmacht, afrontando, como es natural, para ello un riesgo considerable en Noruega, Francia y los Balcanes, o bien evacuado a tiempo África del Norte, en donde no logró, por cierto, aprovisionar a los Grupos de Ejércitos combatientes. Pero lo que Hitler no quería era sacrificarle al éxito futuro el riesgo y la renuncia presentes. Tal vez lo hubiera hecho de haber previsto el error que las potencias occidentales iban a cometer, de pasar un año más en la lucha de terrorismo aéreo contra la población civil antes de resolverse en serio a la invasión. Y el error también de desembarcar en el extremo sur de Italia y tener luego que ir adelantando el <segundo frente> paso a paso a lo largo de toda la bota italiana, en lugar de haber aprovechado las excelentes posibilidades operativas que su dominio del aire y del mar les aseguraba.

Con respecto al momento, la Operación Ciudadela debió haberse efectuado a fines de mayo o primeros de junio a más tardar, y, en todo caso, debiera haberse evitado la coincidencia de la empresa con un desembarco enemigo en el Continente. En aquella primera y auténtica oportunidad hubiéramos tenido también a favor nuestro el estado de relativa postración del enemigo. Si al mismo tiempo el mando supremo alemán hubiera sabido obrar en consecuencia en cuanto al volumen de fuerzas, aun cuando hubiésemos de pasar por la imposibilidad de aumentar el número de tanques siempre hubiera resultado una preponderancia alemana en la Operación Ciudadela suficiente para garantizarnos la victoria.

Hemos de achacar, por tanto, la frustración de <Ciudadela> al hecho de que el mando alemán tratara de esquivar ese doble riesgo en que le ponía la aportación de fuerzas suficientes en el mo-

601

mento oportuno, y que debiera haber afrontado para asegurarse el éxito de la última ofensiva alemana de ambicioso alcance.

A quienes no puede imputárseles el fracaso es a las tropas ni a sus mandos, que nuevamente se condujeron en esta ocasión con un arrojo y una pericia insuperables. Basta comparar el volumen de bajas de los dos bandos para convencerse de cuán superiores se mostraban todavía nuestras fuerzas a las soviéticas.

Es ocioso que volvamos ahora sobre la cuestión de si la solución entonces propuesta por el mando del Grupo de Ejércitos Sur, de esperar la ofensiva rusa para atacar luego nosotros de revés derivándola hacia nuestra iniciativa, hubiera sido la mejor. Puesto que los soviéticos no se resolvieron de hecho a pasar a la ofensiva hasta mediados de julio, la idea de salir nosotros los primeros fue ciertamente correcta.

603

15

LA LUCHA DEFENSIVA EN 1943-44

Pasa la iniciativa a manos del enemigo.- Cuestiones relacionadas con el mando.- Lucha contra una hidra.- Primera batalla en el sector del Donetz.- La batalla al oeste de Belgorod y la lucha por Jarkov.- Gran batalla en todo el frente.- Visita a Hitler con el mariscal Von Kluge.- L cuestión del finando supremo.- El comandante en jefe, los comandantes de ejército y el Estado mayor del Grupo de Ejércitos.- El general Zeitzler.- El repliegue a detrás del Dnieper.- <Tierra quemada>.- La lucha por la línea del Dnieper.- La batalla de Kiec.- La cuestión de conservar Nikopol y Crimea.- Nueva batalla en la curva del Dnieper.- Batalla en todo el frente.- Los reparos políticos de Hitler nos impiden renunciar a tiempo a la curva del Dnieper.- Cómo jusgaba de Hitler la situación.- Nueva propuesta para que deda el

mando supremo.- Frialdad de Hitler.- Incidente con Hitler con ocasión de una alocución.- Una interrupción.- Al fin, hay que ceder Nikopol.- La bolsa de Cherkassy.- Liberación de los cuerpos cercados.- Rovno y el gauleiter Koch.- Bajas propias y del enemigo y su equilibrio.- <¡Ha sonado la hora!>.- Hitler confía en el agotamiento del enemigo y en la llegada precoz del tiempo de los barros.- El Grupo de Ejércitos toma sus medidas para hacer frente al peligro de que su ala norte se vez envuelta y destrozada.- A pesar de los barros, la lucha continúa.- Rupturas enemigas.- El Primer Ejércitos Panzer, en peligro de cerco.- Dramática pugna con Hitler por que el ejército rompa hacia el oeste.- Hitler acaba por ceder.- Pocos días después son puestos en situación de disponibles los mariscales Von Kleist y Von Manstein.- Despedida del Grupo de Ejército.

Problemas del mando

Con el súbito desistimiento de la Operación Ciudadela, pasaba definitivamente la iniciativa de la guerra en el Este a manos de los

rusos. Una vez frustrado nuestro intento de aislar importantes fuerzas del enemigo en el saliente de Kursk y truncada la batalla que contra las reservas operativas rusas lanzadas a aquella pugna estábamos librando, era inevitable que el enemigo dejase sentir el peso de su superioridad cuantitativa. Su ataque al saliente de Orel no era, en efecto, más que el primer paso para emprender una gran ofensiva.

Como no podían por menos, durante la segunda mitad del año 1943, y aún hasta el comienzo de la primavera de 1944 con su período de barrizales, los soviéticos cargaron todo el peso de sus operaciones en el ala sur del frente oriental contra el Grupo de Ejército Sur. Porque el hecho de que más tarde alcanzaron también en aquella acción de ambición resolutiva el ala sur del Grupo de Ejércitos Centro (el Segundo Ejército), vino a ser consecuencia de la situación y agrupación de sus fuerzas al cabo de la Operación Ciudadela. Y las restantes ofensivas parciales que en aquel período llevaron a cabo los rusos en el ámbito del Grupo del Centro perseguían, ante todo- lo mismo que el ataque contra el Grupo de Ejércitos A en la cabeza de

puente del Kuban-, evitar que el mando alemán pudiese dislocar a su vez el punto de gravedad de sus fuerzas dentro del Grupo de Ejércitos Sur. Huelga exponer los motivos operativos, bélico-industriales y políticos de esta conducta soviética, puesto que ya lo han sido anteriormente.

Lo cierto es que apenas había la menor posibilidad de equivocarse en la suposición de que en el segundo semestre de 1943 haría el mando soviético cuanto estuviese en su mano por alcanzar lo que en la campaña de invierno de 1942-1943 se le había frustrado: el aniquilamiento del Grupo de Ejércitos Sur, juntamente con el Grupo A, en el litoral del mar de Azov o del Negro. Éxito que hubiera tenido repercusiones decisivas en todo el Frente del Este y al mismo tiempo abierto a los soviéticos el camino de los Balcanes.

Toda la lucha del Grupo de Ejércitos Sur desde el momento en que quedó truncada la Operación Ciudadela hasta el comienzo del período del deshielo y los barros de la primavera de 1944, no perseguía otro objeto que salir al paso de este intento del enemigo. Y lo mismo ha de decirse en cuanto al Grupo de Ejércitos A y al ala sur del Grupo del Centro, que posteriormente tomaron parte en ella.

Antes de pasar a describir el curso de esta campaña (mejor diría a esbozarlo, en atención a la plétora de acontecimientos que imponen una extrema concisión9, voy a mencionar siquiera las condiciones en que el mando de nuestro Grupo y los ejércitos de él

Dependientes tuvieron que combatir. Estas condiciones, en último término esenciales para el rumbo y marcha de la campaña, fueron.

Una extraordinaria superioridad cuantitativa del enemigo, tanto en unidades combatientes como en material cada vez más abundante, y la desventaja en que el mando del grupo de Ejércitos había de actuar, trabado en su libre iniciativa por la manifiesta preponderancia que en las decisiones del mando supremo tuvieron siempre las consideraciones políticas y de economía de guerra sobre la escuetas necesidades operativas.

La superioridad en fuerzas que el mando soviético tenía en la demarcación del Grupo de Ejércitos Sur era formidable ya en el momento en que desistimos de la acción <ciudadela>. No de otro modo ha de calificarse la proporción resultante de que frente a las 29 divisiones de infantería y 13 de tanques y granaderos de fuerzas blindadas del Grupo contásemos el17 de julio de 1943 la imponente cifra de 109 divisiones de fusileros soviéticos, 9 brigadas también de fusileros, 10 cuerpos de tanques, 7 cuerpos motorizados y 7 de caballería, además de 20 brigadas independientes de tanques, 16 regimientos blindados y 8 brigadas de artillería antitanque. Si luego contamos hasta el 7 de septiembre, hay que agregarles todavía otras 55 divisiones de fusileros, 2 cuerpos de fuerzas blindadas y motorizadas, 8 brigadas de tanques y 12 regimientos de la misma arma, que, procedentes principalmente de los sectores de frente o de las reservas enemigas correspondientes a nuestros Grupos de Ejércitos Centro y Norte, vinieron a inclinar definitivamente del lado ruso el platillo de la balanza. La proporción, en efecto, acabó por ser aproximadamente la de 7 a 1 favor de los soviéticos.

Esta superioridad numérica es la que les permitió a los rusos, no solamente tomar la ofensiva con aplastante ventaja- en ocasiones, en varios puntos a la vez-, vino también cubrir con sorprendente rapidez las elevadas bajas que con frecuencia experimentaban. Así podían permitirse retirar de su frente correspondiente a nuestro Grupo de Ejércitos, en el breve período de principios de julio a septiembre, 48 divisiones de fusileros y 17 cuerpos de tanques

1. Aunque las divisiones soviéticas eran más pequeñas que las alemanas, su poder ofensivo resultaba sustancialmente elevado por la agregación a ellas en determinación casos de brigadas o regimientos de tanques. La potencia ofensiva de un cuerpo de tanques soviético equivalía, poco más o menos, a la de una división blindada alemana. Y un cuerpo motorizado era superior a una división nuestra de granaderos acorazados, porque poseía una brigada de tanques.

o motorizados a reponerse en descanso por lo menos una vez, ya que parte de estas fuerzas llegó a disfrutar de dos permisos en aquel período. Sin contar con que en todas las divisiones un 10 por 100 del persona era relevado normalmente cada mes.

Ya se me alcanza que a nosotros no nos era posible esperar la eficacia organizadora lograda por los soviéticos en esto como en la producción de guerra. Al fin y al cabo, nos hallábamos ante una hidra capaz de sacar dos cabezas por cada una que le cercenásemos.

En cambio, en nuestro Grupo de Ejércitos sólo muy de tarde en tarde nos fue dado mandar a descansar alguna de las divisiones más agotadas. Tanto que puede decirse que casi todas ellas estuvieron sin interrupción en el frente desde el principio de Ciudadela.

En estas condiciones, el esfuerzo que teníamos que exigir de las tropas era cada vez mayor, y mayor también el desgaste experimentado. Esto último sobre todo en lo tocante al cogollo de las fuerzas, que eran los veteranos del frente y los oficiales. Bástenos decir que hasta fines de agosto habían causado baja sólo en el Grupo de Ejércitos ¡7 comandantes de división, 38 de regimientos y 252 de batallón!

Por eso será siempre motivo de asombro el que, a pesar de todo, las tropas alemanas pudieran seguir batiéndose como se batieron y acreditando su indudable superioridad cualitativa. Y se comprenderá que más ardua y dolorosa encontrasen sus jefes la necesidad de exigir de ellas cada vez más- porque no había otro recurso, sencillamente- que el problema mismo de hacer frente a las inevitables crisis.

Como es natural, el mando del Grupo de Ejércitos jamás atenuó ante Hitler este estado de cosas ni dejó de señalar el peligro que este constante forzamiento de las propias posibilidades envolvía. Sólo que ¡era tan corta la manta! Por más voluntarioso que el pueblo alemán se mostraba en entregarnos sus hijos para sostener el frente, la recluta seguía siendo insuficiente, por más que en el aumento de la producción bélica se dejaba sentir el estímulo de la formidable energía de Hitler, cada vez iba quedándose aquélla más a la zaga de la del enemigo. De poco servía que en el segundo semestre de 1943 hubiésemos llegado a una producción mensual de cerca de 500 tanques, si la soviética la duplicaba o triplicaba, aun sin contar con la aportación de las potencias occidentales.

A pesar de lo cual, nunca en el mando del Grupo de Ejércitos nos abandonó la firme confianza de que acabaríamos por poner un dique a la riada de las desbordadas masas orientales. Acaso no fue-

se la sola confianza que justificadamente podíamos poner en nuestros soldados lo que nos llevaba a esta persuasión, sino también la experiencia de la campaña de invierno de 1942 a 1943, en la que habíamos salvado las más comprometidas situaciones y coronado victoriosamente la lucha. Ni tampoco nos parecía desdeñable el que, según cálculos del Alto Mando del Ejército, las reservas humanas de la Unión Soviética anduviesen ya muy apuradas. La cantera de las quintas antiguas, de la que hasta ahora habían podido ir extrayendo el material para las nuevas formaciones, tenía todas las trazas de hallarse casi agotada. De suerte que el día en que el enemigo no contase sino con la quinta del año en curso, ya iba a serle imposible poner en pie unidades nuevas en la temible proporción a que nos tenía acostumbrados. Cierto que una quinta soviética triplicaba la correspondiente alemana; pero esta desproporción no nos asustaba ya, seguros como estábamos de contrapesarla cualitativamente hasta desjarretar su combatividad. (En realidad el aumento de las divisiones de fusileros enemigos desde la primavera de 1943 hasta el fin de la guerra no hizo más que elevar su número de 513 a 527, y el de las brigadas de tanques o motorizadas, de 290 a 302.)

mas para ello era condición indispensable el que por parte alemana llevásemos la lucha, o mejor dicho, pudiésemos llevarla en las condiciones que la situación operativa demandaba.

Y es justamente en este sentido en el que el mando del Grupo de Ejércitos hubo de actuar durante la campaña de 1943-1944 bajo una constante coacción, de consecuencias funestas para sus posibilidades operativas.

Si el mando soviético buscaba, como era manifiesto, la decisión de la campaña en derrotar al Grupo de Ejércitos Sur, nada más inexcusable que nosotros tratásemos de prevenir refuerzos en este punto y orientar la lucha de suerte que los rusos no pudiesen salirse con la suya.

Dos cosas se necesitaban para ello:

En el Grupo de Ejércitos Sur (y aún en general) había de adaptarse la lucha a las exigencias operativas y señalarse el objeto de agotar al enemigo, en lugar de tratar de conservar determinadas zonas territoriales a toda costa.

Y en cuanto al punto de gravedad o concentración de fuerzas, Alemania debía resolverse a cargar en adelante sin titubeos su potencial de guerra en el Este a costa de otros escenarios de la guerra total, y dentro del ámbito del frente oriental, en el Grupo de Ejércitos Sur como la previsión aconsejaba.

Pues bien; en ambos aspectos tuvo que sostener el mando del Grupo de Ejércitos, durante toda la campaña de 1943-44, una constante, fatigosa pugna con Hitler para hacer valer las ineludibles exigencias operativas.

Porque Hitler, por razones políticas y de economía de guerra, no se dejaba apear de su tema de que teníamos que conservar la cuenca del Donetz, y más tarde, la curva del Dnieper, al tiempo que el Grupo de Ejércitos A tenía que defender el Kuban y la Crimea.

Con lo que el Grupo de Ejércitos Sur se veía con su ala derecha inmovilizada primero en la curva Mius-Donetz y luego en la del Dnieper, en una posición cuya defensa forzosamente había de constituir un error operativo. Por el mero hecho de penetrar hacia el este en el frente enemigo, ya le ofrecía la posibilidad d un ataque desde dos lados en la desfavorable condición de que nuestros ejércitos hubiesen de aguantarlo con el mar a su espalda. Pero la mayor desventaja de mantener este bastión avanzado estaba en que con ello resultaba peligrosamente prolongado el frente del Grupo de Ejércitos y su defensa reclamaba fuerzas sencillamente indispensables en el ala norte del Grupo. Porque en el ala norte y no en el Donetz o en el Dnieper era en donde estaba la clave operativa. Si los soviéticos conseguían derrotar el ala norte del Grupo recuriendo a una superioridad aplastante, habrían alcanzado su objetivo de aislar y acorralar contra el mar Negro a los Grupos de Ejércitos del Sur y A. y esto tanto más rápida y fácilmente, cuanto mayor fuese el número de fuerzas del Grupo de Ejércitos inmovilizadas en su ala sur (operativamente insignificante) por exigencias políticas o bélico-industriales. Se trataba, pues, en una palabra, de saber si habían de preponderar en el mando y orientación del ala saber si habían de preponderar en el mando y orientación del ala sur alemana las consideraciones de orden operativo o las políticas y bélicos-económicas. Y si se quiere que reduzcamos el problema a su expresión práctica del momento, se trataba de saber si en caso extremo podíamos ceder voluntariamente las zonas del Donetz y del Dnieper, o si, en el intento de conservarlas a toda costa, habíamos de sacrificar también con ellas los Grupos de Ejércitos del Sur y A. para que este cuestión no quedase en la penumbra de la indecisión, el mando del Grupo de Ejércitos Sur había acudido al supremo el 21 de julio en solicitud de claras instrucciones operativas a largo plazo, y aún después de aquella fecha reiteró varias veces su instancia. Lo que nosotros queríamos era saber en forma inequívoca (interpelación del Grupo de Ejércitos al Alto Mando Central con fecha 21 de julio):

Si nuestro Grupo tenía que mantenerse en la cuenca del Donetz a toda costa, incluso a riesgo de que una ruptura del enemigo en dirección al Dnieper le dejase aislado;

O si lo que importaba era conseguir desangrar y agotar a los rusos en el curso de aquel verano.

No sería posible lo primero sino en el caso de que el Alto Mando del Ejército se hallase en situación de prevenir esta probable eventualidad en el ala norte del Grupo de Ejércitos, bien aumentando sus fuerzas, bien haciendo intervenir al Grupo de Ejércitos Centro.

Para la segunda opción del dilema, en cambio, acaso habría que ir cediendo palmo a palmo la cuenca del Donetz para poder retirar fuerzas suficientes para el robustecimiento del ala norte.

Más, ¡oh sorpresa!, la respuesta que a nuestra justificada desmanda de protección recibimos por conducto del jefe del Estado Mayor General era la de que <el Führer quiere que se hagan las dos cosas>. Como tantas otras veces, también ahora se figuraba Hitler que su voluntad habría de mostrarse más fuerte que los mismos hechos ineluctables.

Por lo que toca al problema del punto de gravedad de fuerzas, hay que convenir en que quién no esté dispuesto a ceder espacio en caso necesario para economizar hombres, tampoco se hallará nunca en situación de poder ser lo bastante fuerte en el punto decisivo. Cuanto más insistía Hitler en la necesidad- comprensible desde el punto de vista de la gerencia total de la guerra- de conservar la cuenca del Donetz o bien la curva del Dnieper, tanto más necesario hubiera sido fortalecer previsoramente el ala norte del Grupo de Ejércitos Sur. Sólo así podríamos conseguir que el enemigo no alcanzase ninguna ruptura suficiente para aislar contra el mar Negro a los Grupos de Ejércitos Sur y A y despejase la ruta de los Balcanes. Naturalmente, esto no sería posible sino a costa de otros escenarios de guerra, o bien de los frentes de los Grupos de Ejércitos Norte y Centro. Pero si, rehuyendo esta solución, preferíamos esperar a que el enemigo nos demostrase con sus éxitos la necesidad de dislocar el punto de gravedad al sector del Grupo de Ejércitos Sur, habría que contar con que seguramente iba a ser tarde para remediar la omisión.

Lo peor de todo era que nuestros consejos sobre la manera operativa de llevar la guerra chocaban con las ideas y condiciones temperamentales de Hitler de que hemos hecho mención en el capítulo <Hitler en el desempeño de las funciones del alto mando

militar>. Su apetencia de perseguir y alcanzar varios objetivos a la vez; su repugnancia a ceder espontáneamente nada o a tomar en cuenta para sus propias resoluciones la existencia de un mando enemigo con voluntad autónoma, y finalmente, su inevitables costumbre de diferir las decisiones ingratas, pero inevitables; todo esto era lo que, como un muro infranqueable, se interponía entre un sensato planteamiento de las necesidades de la guerra y la efectiva realidad del mando hitleriano.

Y así fue cómo con la misma renuencia fue esquivando su asentimiento a una oportuna evacuación de la cuenca del Donetz (y más tarde de la curva del Dnieper) y a procurarse fuerzas para el punto decisivo mediante reducciones voluntarias de frente en los sectores menos importantes, antes de que el enemigo le forzase los sectores menos importantes, antes de que el enemigo le forzase a ello. Por el contrario, su cerrada tozudez le llevó incluso a mantener al Decimoséptimo Ejército inmovilizado en la ya operativamente inútil cabeza de puente del Kuban, por suponer ingenuamente que la presencia allí de un ejército alemán iba a intimidar a los soviéticos como una estratégica espada de Damocles suspendida sobre su cabeza.

Pues lo mismo que en la orientación de la guerra en el Este, tampoco en la de la guerra total o conjunta llegó Hitler en el verano de 1943 a adoptar una actitud de clara decisión sobre la cuestión de dónde había de cargar el peso del potencial militar alemán. Todavía a mediados de agosto- cuando la situación en el Este empezaba a ser harto precaria- le manifestó al jefe del Estado Mayor General que mayor importancia tenía para él Sur o región mediterránea que no el Este, y que por consiguiente iba a seguir llevando de aquí más fuerzas para Italia. El caso es que si realmente iba su convicción por tan desacertados caminos, ya en la primavera de 1943 debiera haberle dado otro giro a la gestión de la guerra conjunta: el de pugnar por una solución de compromiso en el Este, prevaliéndose de la situación consiguiente a los reveses soviéticos de febrero-marzo, y evacuar a tiempo África del Norte para poder defender Italia y los Balcones.

Pero no sólo no lo había hecho así, sino que en esta campaña de 1943-44 siguió siempre a la zaga del enemigo en lo tocante a las medidas adoptadas para reunir fuerzas suficientes en el punto decisivo del frente del Este. Con lo que al mando del Grupo de Ejércitos se le hacía imposible prevenir los éxitos de un enemigo superior, y había de conformarse con limitar en la medida de sus fuerzas las repercusiones operativas de ellas.

Pesaba sobre nosotros la desventaja inicial de ver, por una parte, cohibida nuestra iniciativa operativa por la condición de defender la cuenca del Donetz, y, por otra, de carecer de suficientes fuerzas en la decisiva ala norte. Forzados a inmovilizar una parte sustancial de nuestras unidades en la cuenca del Donetz y más tarde en la curva del Dnieper, teníamos al mismo tiempo que andar a cada paso con nuestras reservas de una a otra de las alas, para restablecer un poco siquiera la situación en determinados puntos o hacer frente a una peligrosa crisis, pero sin poder impedir que entre tanto el enemigo consiguiente en otros sitios las ventajas que su enorme superioridad le procuraba.

Lucha contra una hidra

Con la suspensión de la Operación Ciudadela comenzó el Grupo de Ejércitos Sur una lucha defensiva que, llevada en las condiciones antes señaladas, no podía pasar de una mera sucesión de expedientes de urgencias y medidas oportunistas.

Para hacer frente en resistencia estrictamente pasiva a un enemigo varias veces superior en la totalidad de un extenso frente, era demasiado débil nuestro Grupo de Ejércitos. No le quedaba otro recurso que el de desamparar y arriesgar en determinados momento los sectores del frente donde la necesidad parecía menos apremiante, para poder concentrar a tiempo fuerzas con las que atajar una ruptura o asestarle el enemigo el golpe e efecto en sus puntos más vulnerables. Pero lo que nunca podía perder de vista y dejar de prevenir era el riesgo de que alguna fracción del Grupo quedase aislada a consecuencia de una ruptura profunda del enemigo y corriese la suerte que le había cabido al Sexto Ejército en Stalingrado. De modo que todo el sentido de esta lucha estaba en <mantenerse en el campo de batalla>, infligiéndole al mismo tiempo al enemigo las mayores pérdidas ydesgaste posibles.

Primera batalla en la cuenca del Donetz

El primer ataque de la ofensiva enemiga tuvo por objeto, como esperábamos, el frente de la cuenca del Donetz.

Ya antes hemos dicho que el 17 de julio había tomado el enemigo la ofensiva con fuerzas considerables contra el Sexto Ejérci-

to en el Mius y contra el Primer Ejército Panzer en el Donetz central, consiguiendo en ambos frentes penetraciones sensibles, aunque sin llegar a una ruptura propiamente dicha.

El Sexto Ejército logró en aquella ocasión, merced a la intervención de dos unidades rápidas mantenidas en reserva en la cuenca del Donetz, contener la irrupción cuando ya el enemigo había ganado en la orilla occidental del Mius, al norte de Kubishev, una cabeza de puente de 20 kilómetros de anchuras por 15 de profundidad.

En el frente del Primer Ejército Panzer conseguían los rusos salvar el Donetz al sudeste de Isjum en una extensión de casi 30 kilómetros, si bien la intervención de las dos divisiones del XXIV Cuerpo Panzer, procedentes de Jarkov, impidió que el enemigo siguiese ganando terreno al sur del río.

Con ello habíamos contenido sin duda, en lo que restaba de mes, los ataques del enemigo y quebrantado su primer impulso, mas no por eso dejaba de presentarse como insostenible a la larga la situación en el Donetz.

El 17 de julio, una vez abandonada definitivamente por orden de Hitler la Operación Ciudadela, el mando del Grupo de Ejércitos Sur se resolvió a retirar provisionalmente de aquel ala importantes fuerzas blindadas para poder despejar la situación en el sector del Donetz. Esperábamos, en efecto, que en el curso de la Operación Ciudadela habríamos dejado tan debilitado al enemigo que podríamos contar con un período de pausa en aquel frente.

Esta medida tuvo luego consecuencia indudablemente desdichadas en la posterior evolución de la situación en el ala norte del Grupo de Ejércitos, por haber pasado allí el enemigo a la ofensiva antes de lo que nosotros esperábamos. Y si bien es verdad que no puede negarse lo desacertado de la decisión, también lo es que se trataba de una medida obligada por la necesidad, que Hitler calificaba de ineludible, de conservar la cuenca del Donetz. Además de que el debilitamiento pasajero del ala norte se reducía prácticamente a retirar de ella el Cuartel General del III Cuerpo Panzer y la 3ª División Panzer, toda vez que Hitler había vuelto a poner a disposición del Grupo de Ejércitos el Cuerpo Panzer de las SS, que destinaba a Italia, para el sector del Donetz, y sólo para él.

Puesto que los dos cuerpos de ejército previstos para el sector del Donetz y las cuatro divisiones de tanques ya no podrían llegar sino sucesivamente, proyectaba el mando del Grupo efectuar por

de Pronto un rápido ataque con las dos primeras divisiones del Cuerpo de las SS para restablecer la situación al sur del Donetz en el sector del Primer Ejército Panzer. Luego se iría con todas las fuerzas blindadas a la eliminación de la gran cabeza de puente enemiga en el sector del Sexto Ejército y al afianzamiento del frente del Mius. Pero entonces prohibió Hitler sin consideraciones la intervención en el sector del Primer Ejército Panzer, a pesar de que no hubiera implicado ninguna considerable detención del cuerpo en el sector del Donetz. Como a esta intromisión en el mando del Grupo de Ejércitos ya había precedido otra en el curso de la acción <Ciudadela> (entonces había impedido Hitler la intervención del XXIV Cuerpo Panzer con el Destacamento de kempf), me creí en el caso de protestar ante el Alto Mando del Ejército por estas interferencias, y así escribí al general Zeitzler.

Si reiteradamente se sigue haciendo caso omiso de mis observaciones relativas a la probable evolución de la situación y anulando las medidas de mando con que pretendo salir al paso de dificultades ocasionadas por otros y compensar desequilibrios que no me son imputables, tendré que suponer que el mando del Grupo no le inspira al Führer la indispensable confianza. No por eso pretendo no haber cometido errores, que de ellos no esta exento nadie, ni siquiera caudillos tan sobresalientes como Federico el Grande y Napoleón. Me permito, sin embargo, recordar que el mando del Decimoprimer Ejército ha ganado la campaña de Crimea en circunstancias bien difíciles y que el Grupo de Ejércitos Sur, que a fines del año pasado se hallaba en una situación casi desesperada, ha conseguido dominarla a pesar de todo.

Si el Führer cree contar con un comandante o con un mando de Grupo de Ejércitos que tenga mejores nervios que los acreditados por nosotros el invierno pasado; que acuse una iniciativa superior a la desplegada por nosotros en Crimea, en el Donetz o en Jarkov; que se muestre más fértil en recursos que lo fuimos nosotros en la campaña de Crimea o en la del invierno pasado, o que se revele como más certero en la previsión de los acontecimientos- en cuanto éstos sucedieron como tenían que suceder- que lo hemos sido nosotros; entonces pongo con gusto mi cargo a su disposición.

A lo que creo tener derecho es a la posibilidad de hacer uso de mi cerebro en tanto no me hayan relevado del mando

El 30 de julio emprendían el contraataque en el sector del Sexto Ejército las fuerzas de tanques que acudían del ala sur del Grupo de Ejércitos, las cuales consiguieron restablecer por com-

Cuando el 8 de agosto se presentó en nuestro cuartel general el jefe del Estado Mayor Central para mejor cerciorarse de la situación, le expuse con la mayor franqueza que ahora ya no se trataba de tal o cual problema de detalle; que la cuestión ahora no estaba nos para agregarla al Grupo de Ejércitos Sur, o de si se habría de evacuar o no la cabeza de puente del Kuban. De lo que ahora se trataba era de ver si Alemania estaba dispuesta o no a poner todo su esfuerzo en evitar que el enemigo destruyese toda el ala sur de nuestras fuerzas. Si de veras queríamos impedirlo, entonces una de dos: o evacuábamos al punto la cuenca del Donetz para disponer de fuerzas que llevar al ala norte del Grupo y poder mantenernos por el sur al menos en el Dnieper, o el Alto Mando del Ejército nos enviaba con la mayor rapidez 10 divisiones por lo menos al frente del Cuarto Ejército Panzer y de su vecino Segundo Ejército del Grupo Centro, además de otras 10 divisiones en dirección al Dnieper. Pero tampoco esta vez se tomó ninguna medida enérgica, a pesar de cuento el mando del Grupo de Ejércitos seguía apremiando para ello.

La situación, en cambio, se agravaba por momentos. Al paso que el enemigo empujaba cada vez más a occidente al Cuarto Ejército Panzer, su intención de avanzar por la brecha y envolver por el oeste al Destacamento de Kempf hasta aislarlo en Jarkov no dejaba ya lugar a dudas. Desde que el 12 de agosto se lanzó también al ataque contra nuestro frente al este y sudeste de Jarkov y las escasas divisiones que cubrían su excesiva extensión cedieron, el peligro de cerco del Destacamento Kempf en torno a la ciudad no podía ser más serio.

Por no perder la costumbre, también ahora exigía Hitler, atenido sobre todo a consideraciones políticas, que defendiésemos la ciudad a cualquier precio, siquiera no fuese más que por las desfavorables consecuencias que su abandono tendría en la actitud de Turquía y Bulgaria. Pero el mando del Grupo de Ejércitos no estaba dispuesto a sacrificar un ejército por Jarkov, pasase lo que pasase.

En efecto, el 22 de agosto abandonábamos Jarkov a fin de poder, por reducción de la longitud del frente, retirar fuerzas con que apuntalar las dos alas en peligro del Destacamento Kempf e impedir que quedase copado. Al mando del Destacamento, denominado ya Octavo Ejército, había pasado ahora el general Wöhler, antiguo jefe de mi Estado Mayor, nombrado por Hitler en sustitución de Kempf sin oposición mía, a pesar de que nunca había teni-

do queja de la colaboración de Kempf. Me pareció que la cautela y la sangre fría acreditadas por Wóhler en muy peligrosas crisis en Crimea estaban más indicados por nunca en la situación en la que nos encontrábamos.

Por lo demás, el 22 de agosto fue una fecha pródiga en crisis.

En el sector del Donetz había atacado nuevamente el enemigo.

El Sexto Ejército había podido ir restablecer la situación. En el frente del Primer Ejército Panzer también se había conseguido paralizar un nuevo ataque importante del enemigo, apurando para ello nuestras últimas energías. En cuanto al Octavo Ejército, habíamos tenido la fortuna de que lograse evacuar Jarkov sin sufrir apenas bajas, mientras el Cuarto Ejército Panzer se hallaba empeñado en duros combates, de los que salía por lo menos con un éxito defensivo en su ala sur.

Habíamos conseguido, con todo, hasta el 23 de agosto, mediante ataques de las unidades de tanques retiradas del Donetz y delsector del Grupo de Ejércitos Centro, contener el avance de ruptura enemigo sobre Poltava. Nos encontrábamos ahora con que en el frente del Octavo Ejército y del Cuarto Ejército Panzer habíamos podido restablecer una débil línea que, con algunos claros, arrancaba casi del arrabal sur de Jarkov y llegaba hasta el sudoeste de Akhtyrka. Mientras que entre el Cuarto Ejército Panzer y el ala izquierda del Grupo de Ejércitos Centro (Segundo Ejército) habíamos podido mantener la cohesión, en el frente del Cuarto Ejército Panzer quedaba una ancha faja desguarnecida al sudoeste de khtyrka, que sólo a fines del mes conseguimos soldar mediante un ataque y alineación simultánea del frente.

La superioridad a que habían de hacer frente las dos grandes unidades del grupo nos la muestra la situación enemiga del 23 de agosto. Sólo el Cuarto Ejército Panzer debía hacer frente a tres ejércitos enemigos del Frente de Voronez, uno de ellos de tanques, además de un cuarto ejército preparado al parecer en segunda línea. Y al Octavo Ejército se le enfrentaba el Frente de la Estapa enemigo ¡nada menos que seis ejércitos, siendo uno de ellos blindados!

Pero más expresivo todavía de la situación general del Grupo de Ejércitos resulta un cotejo de las fuerzas de ambas partes en los diferentes sectores, con la correspondiente extensión de frente, tal como el mando del Grupo de Ejército lo comunicó al Alto Mando Central en fecha 20-21 de agosto.

El Sexto Ejército tenía, para 250 kilómetros de frente, 10 divisiones de infantería y una de tanques, con unos efectivos equiva-

lentes a menos de 4 divisiones de infantería y media división blindada. Frente a estas fuerzas alineaba el enemigo 31 divisiones de fusileros, 2 cuerpos motorizados, 8 brigadas de tanques y 7 regimientos blindados, con unos 400 tanques en total.

El Primer Ejército Panzer disponía, para un frente de 250 kilómetros, de 8 divisiones de infantería y 3 de tanques y de granaderos acorazados, con unos efectivos equivalentes a 5 divisiones y media de infantería y una y cuarto de tanques. Frente a ellas alineaba el enemigo 32 divisiones de fusileros, un cuerpo de tanques, un cuerpo motorizado, una brigada de tanques, 6 regimientos blindados y un cuerpo de caballería, con un total aproximado de 220 tanques.

El Octavo Ejército contaba, para un frente de 210 kilómetros con 12 divisiones de infantería y 5 de tanques, equivaliendo a menos de 6 divisiones de infantería y a menos de 3 divisiones de tanques. Alineaba el enemigo frente a este ejército de 44 a 55 divisiones de fusileros, tres cuerpos motorizados, 3 de tanques y 11 brigadas y 16 regimientos de fuerzas blindas, con un total de unos 360 tanques.

Por último, el Cuarto Ejército Panzer disponía, para 270 kilómetros de frente, de 8 divisiones de infantería y 5 de tanques, con un valor combativo aproximado de poco más de 3 divisiones de infantería y 2 divisiones y un tercio de tanques. Frentes a ellas, el enemigo disponía de 20 a 22 divisiones de fusileros, un cuerpo motorizado, 5 cuerpos de tanques y una brigada y dos regimientos blindados, con un total de unos 490 tanques.

En suma, para 980 kilómetros de frente el Grupo de Ejércitos contaba con 38 divisiones de infantería y 14 de tanques.

En la evaluación de la eficacia combativa de las fuerzas enemigas hemos partido del supuesto de que el grueso de las unidades de fusileros y de tanques oscilaba entre un 30 y un 50 por 100 de su plena eficiencia, aun cuando un reducido número de divisiones de refresco y algunos cuerpos de tanques y motorizados quizás anduvieran entre el 70 y el 80 por 100. Es indudable que también el enemigo había experimentado pérdidas considerables, ya que la disminución del poder combativo de sus unidades venía a ser la misma, poco más o menos, de la sufrida por las alemanas.

Pero lo que no podíamos compensar era la superioridad numérica de unidades enemigas, sobre todo porque en los días siguientes aún habían de traer los rusos nuevas fuerzas del frente de Orel.

Demuestra también este resumen hasta qué punto cargaba el enemigo su centro de gravedad en el ala norte del Grupo de Ejérci-

Tos Sur en lo tocante a la distribución de sus unidades blindadas. Su intención de abrirse paso a toda costa hacia el Dnieper la pone de manifiesto la acumulación de fuerzas frente al Octavo ejército y al ala derecha del Cuarto Ejército Panzer. Como la confirma el que luego ampliase la ruptura, llevando a ella constantes refuerzos en su pugna por envolver por el norte al Cuarto ejército Panzer y alejarlo de Kiev.

Otra de las conclusiones resultante de esta comparación de fuerzas es la de que el número de unidades del Grupo de Ejércitos Sur apenas había experimentado aumento en relación con los refuerzos del enemigo desde el comienzo de la Operación Ciudadela. (El del enemigo llegaba a 55 divisiones de fusileros, 2 cuerpos blindados y motorizados, numerosas brigadas de tanques,

etc.). nuestros refuerzos no pasaban a fines de agosto de 9 divisiones de infantería del VII Cuerpo de Ejército, que había pasado al Cuarto Ejército Panzer procedente del ala derecha del Grupo de Ejércitos Centro, dado que al mismo tiempo se prolongaba en 120 kilómetros el frente de aquella unidad y, por consiguiente, no podían estimarse como un refuerzo las cuatro divisiones.

Subsistía, con todo, un aumento de 5 divisiones de infantería y una de tanques. Si este refuerzo se nos hubiera concebido antes de <Ciudadela>, habría acelerado cuando menos el éxito inicial del Grupo de Ejércitos y acaso inclinado a favor nuestro el curso de la batalla. Y no cabe duda alguna de que menos incómodo habría sido disponer de dichas unidades antes de <Ciudadela> que no después de truncada la operación, cuando la situación se había tornado más tensa en todas partes.

Lucha generalizada en todo el frente del Grupo de Ejércitos

Si bien hasta el 27 de agosto remitió un poco la tensión en el ala norte del Grupo de Ejércitos al quedar restablecido en cierto modo un frente continuo desde Jarkov a sumy- antes precario que duradero-, en el sector del Donetz se hacía por momentos más peligrosa la situación.

Consecuente con la difícil situación, el mando del Grupo exigió de forma categórica que o se le proporcionaban mayores refuerzos a su ala sur, o se le debía conceder libertad de movimiento para poder detener al enemigo en una línea de retaguardia; bien

entendido que ninguna de las dos alternativas habría de llevar aparejada modificación alguna en el objetivo asignado.

Ante la resuelta demanda Hitler se dicidió por fin a venir al sur desde su Cuartel General de Prusia oriental, para celebrar una conferencia que tuvo lugar el 27 de agosto en Vinitsa, sede de su antiguo Cuartel General.

En aquella entrevista pudo enterarse Hitler perfectamente así de la situación como del estado de las tropas, por tanto tiempo sometidas a un esfuerzo sobrehumano, según resultaba de la exposición que le hice asistido de los jefes de los ejércitos de mi mando, de un comandante general y uno de división. Muy especialmente llamé su atención sobre el hecho de que hasta entonces no se nos hubiese suplido la baja global de 133.000 hombres sino con 33.000. porque si bien alcanzaba también al enemigo la reducción de densidad de sus unidades, era tal el número de las nuevas que podía lanzar a la lucha y de las divisiones que podía dislocar de otros sectores del Frente del Este, que el desequilibrio se hacía insostenible.

Como resultado de la situación del momento, hice constar que no había manera de conservar la cuenca del Donetz con las fuerzas de que disponíamos, pero que el peligro mayor para el frente del Este se hallaba en el ala norte del Grupo de Ejércitos, en donde no serían capaces el Octavo Ejército y el Cuarto Ejército Panzer de impedir por mucho tiempo una ruptura del enemigo en dirección al Dnieper.

Le puse, por tanto, ante la clara disyuntiva de:

Aportar pronto nuevas fuerzas, en número de 12 divisiones por lo menos, al Grupo de Ejércitos y relevar al mismo tiempo las fatigadas en exceso por otras tomadas de frentes más tranquilos.

O evacuar la cuenca del Donetz, para que dentro del mismo Grupo pidiésemos disponer de las fuerzas retiradas de ella.

Hitler, que en esta entrevista se había comportado con notable objetividad, sin por eso abandonar del todo sus costumbres de desviarse en digresiones sobre detalles técnicos, convino en la necesidad de apoyar decisivamente al Grupo de Ejércitos Sur y, prometió agregarle cuantas unidades pudiese retirar de los Grupos de Ejércitos Norte y Centro. En cuanto a la posibilidad de intercambiar las divisiones más desgastadas con otras tantas de frentes menos castigados, aseguró que dentro de pocos días se tomaría una decisión.

Pero no dentro de pocos, sino al siguiente ya pudimos de convencernos de que lo dicho no había nada.

Los soviéticos habían atacado el ala izquierda del Grupo de Ejércitos Centro (Segundo Ejército) y abierto en ella una brecha que luego obligó a este ejército a replegarse hacia el oeste, mientras que en la zona del Cuarto Ejército del mismo grupo un certero ataque enemigo originaba una situación local apurada.

Consecuencia de ello fue la visita que el 28 de agosto hacia el mariscal Von Kluge al Cuartel General del Führer para notificar que en tal situación no podía ceder fuerza alguna de sus frentes. Por no ser menos, el Grupo de Ejércitos Norte parece que también estimaba imprescindibles todas sus divisiones. Y en cuanto a los restantes teatros de la guerra, Hitler optaba por esperar a ver qué giro tomaban las cosas, es decir, a ver si los ingleses desembarcaban ahora en la Apulia o en los Balcanes, o si inmovilizaban más bien sus fuerzas-eventualidad tan improbable como intrascendente- en Cerdeña.

Por desgracia, no le guardaron miramiento alguno los soviéticos al deseo de Hitler de aplazar su decisión, sino que siguieron atacando y la situación fue empeorando, naturalmente, para nosotros.

El Sexto Ejército vio sus líneas desfondadas por algunos puntos y el cuerpo que tenía luchando en la costa, corría peligro de quedar copado. Dos divisiones que ya entes habían sido llevadas por el Alto Mando del Ejércitos al sector del Donetz, contra el parecer del mando del Grupo que las quería para el ala norte, no bastaron para restablecer la situación. En consecuencias, el Grupo de Ejércitos disponía el 31 de agosto el repliegue del sexto Ejército a una posición prevista en la retaguardia (la Posición de la Tortuga). Con ello habíamos dado el primer paso para la evacuación de la cuenca del Donetz. Al anochecer de aquel mismo día también Hitler acababa por ecceder a que el mando del Grupo pudiese disponer la retirada paulatina del Sexto Ejército y del ala derecha del Primer Ejército Panzer <cuando la situación reclame la medida como indispensable¡ y no quede ninguna otra posibilidad>. Ni que decir tiene que ordenamos la destrucción de todas las industrias de interés bélico existentes en la cuenca.

Concedida unas semanas antes, esta libertad de movimientos le hubiera dado al Grupo de Ejércitos la posibilidad de economizar fuerzas en los combates de su ala sur, hubiera conseguido algunas unidades para la decisiva ala norte y tal vez detenido el avance enemigo contra el ala sur incluso antes del Dnieper en un frente más reducido. En cambio, ahora sólo podía servirnos la concesión para evitarle, cuando más, una derrota a dicha ala sur,

siendo ya por demás dudoso el que aún pudiéremos hacerle frente en firme al enemigo delante del Dnieper.

Mientras que el Primer Ejército Panzer había podido sostenerse en el Donetz central en cuanto su ala derecha no había de replegarse con el Sexto Ejército en retirada, otra vez se agravaban la situación en el ala sur del Grupo de Ejércitos.

El Octavo Ejército, atacado por el norte y el este en la zona del sur del Jarkov tuvo que recurrir, para evitar una ruptura enemiga, a prevenirla con un ligero repliegue y la consiguiente reducción de frente.

También el Cuarto Ejército Panzer se había visto obligado a efectuar una inflexión en su ala izquierda a consecuencia del repliegue del Segundo Ejército del Grupo de Ejércitos Centro, con el que lindaba por el norte. Con lo que su frente, ya muy débilmente cubierto, fue prolongado y aún más desguarnecido. Luego, el hecho de que también cediese hacia el sur el XIII Cuerpo en el extremo sur del Segundo Ejército a causa de un fallo de sus mandos, tuvo por consecuencia una nueva prolongación de 90 kilómetros de frente hacia el norte a cargo también del ejército panzer con sólo cuatro divisiones más o menos agotadas todas. Era de presumir, por tanto, que el ejército no se hallaría en condiciones de resistir el asalto del enemigo en cuanto éste- que por el momento había aflojado en su acometividad- tomase la ofensiva con fuerzas de refresco e hiciese efectiva la amenaza que sobre el flanco de las nuestras pesaba desde ahora.

Esta nueva agravación de la situación y sobre todo la indecisión de Hitler, reflejada en sus constantes dilaciones del envío de refuerzos, me forzaron a tomar el avión el 3 de septiembre y salir para el Cuartel General de Prusia oriental, no sin haberle rogado al mariscal Von Kluge que hiciese lo mismo, pues me proponía ventilar con él la cuestión de una distribución de fuerzas a base de las probables intenciones del enemigo. Pensábamos también aprovechar la ocasión, para sacar a relucir el problema apremiante de la necesidad de un razonable mando conjunto o tatal, con eliminación del dualismo existente de los teatros de guerra del Alto Mando de la Wehrmacht y del Este. Días antes, en una carta al general Zeitzler, ya le había apremiado yo para que se tomase alguna medida enérgica a fin de dislocar el centro de gravedad efectivo al punto decisivo del frente oriental. Porque- como le decía- a la vista del giro que la situación había tomado, se hacía indispensable la previsora concentración de un potente ejército delante de

Kiev, como consecuencia del estado de las alas internas de los Grupos de Ejércitos del Sur y del Centro. Y si para traer refuerzos de otros escenarios de guerra esperábamos a que el enemigo occidental hubiese fijado las suyas en algún punto por el desembarco, lo más probable es que entonces resultase tarde para el remedio. Por otra parte- constataba yo-, no habría de ser muy difícil calcular en dónde nos amenazaban los probables desembarcos occidentales, si tomábamos en cuenta la distribución de las fuerzas navales enemigas y sus posibilidades de transporte.

Esta carta se la había dado Zeitzler a Hitler, y parece que su lectura había provocado un acceso de cólera en el último. Por lo visto, Hitler se desahogaba achacándome la ambición de operaciones geniales a cargo de mi Grupo para justificarme en el diario de guerra. La ocurrencia no podía ser, como se ve, más inocente.

Esta vez la entrevista de van Kluge y yo con Hitler, no dio resultado alguno. Éste manifestó que no podía traer más fuerzas de otros escenarios de guerra ni del Grupo de Ejército Norte. Y en cuanto a la creación de un mando unitario con atribución al jefe de Estado Mayor de la responsabilidad en todos los escenarios de guerra, se mostró también rotundamente opuesto, asegurando que tampoco la influencia del supuesto nuevo jefe conseguiría modificar o mejorar poco ni mucho la orientación general. Como es natural, Hitler comprendió al punto que lo que en el fondo perseguía la propuesta de nombramiento de un jefe de Estado Mayor responsable de todos los teatros de operaciones era sustraerle la dirección de las mismas, aun cuando se le reservase la última decisión. Y a esto era a lo que él no estaba dispuesto, como tampoco lo estaba a consentir en el nombramiento de un comandante en jefe del Este, que le privase de la dirección en aquellos frentes.

Como en los días siguientes tampoco tomase el Alto Mando del Ejército medida alguna para atender la situación del grupo de Ejércitos Sur, nuevamente expuse en un telegrama de 7 de septiembre el estado de cosas en nuestro frente. En él daba cuenta de que el enemigo había enfrentado ya a nuestro Grupo 55 divisiones, 2 cuerpos de tanques, etc., que no provenían de las reservas, sino que en parte considerable venían de otros sectores del frente del este, de los que todavía seguían acudiendo más fuerzas. Y terminaba reclamado del Alto Mando de Ejércitos pudiese responder de la situación.

En esto, el 8 de septiembre se presentaba Hitler en nuestro Cuartel General de Saporosje, a donde había convocado asimismo al comandante del Grupo de Ejércitos A, mariscal Von Kleist, y al coronel general Ruoff, que, seguía con su Decimoséptimo Ejércitos en el sector de Kuban.

En esta entrevista no pude hacer cosa que insistir en encarecer o grave de la situación del Grupo de Ejércitos, del estado en que sus fuerzas se hallaban y de las consecuencias que una derrota de su ala norte habría de tener no sólo para el Grupo de Ejércitos Sur, sino también para el Grupo A.

Sin eufemismos le expuse mi convicción de que delante del Dnieper ya no habría manera de restablecer la situación del ala derecha del Grupo de Ejércitos, puesto que el enemigo había conseguido abrir en el ala norte del Sexto Ejército de nuestro frente una brecha de 45 kilómetros, en la que sólo luchaban ya restos de dos divisiones. Allí no había que esperar siquiera que los contraataques ya iniciados por los pocos tanques de que disponíamos fuesen capaces de cerrar la herida; de suerte que, quisiésemos o no, tendríamos que replegarnos detrás del Dnieper, sobre todo en previsión de las posibles consecuencias de la tensión a que se había llegado en el ala norte del Grupo.

A fin de obtener las fuerzas necesarias para robustecerla, propuse el inmediato repliegue del Grupo de Ejército Centro a la línea del <dnieper, del que resultaría reducido su frente en un tercio y una economía de tropas suficiente para que al fin pudiésemos sentirnos lo bastante fuertes en el punto decisivo del Frente del Este.

Ahora ya se percataba Hitler de la necesidad de replegar el ala derecha del Grupo de Ejércitos a la línea Melitopol-Dnieper, aunque su reconocimiento fuese más bien platónico, puesto que todavía esperaba que con la aportación de una sección de cañones de asalto habría bastante para prescindir de aquella medida. Incorregible en su obsesión por la tecnología, seguía atribuyendo a los adelantos mecánicos la virtud de contener un proceso que sólo la intervención de varias divisiones hubiera podido desviar.

Tocante a la disponibilidad de fuerzas tomadas del sector del Grupo de Ejércitos Centro después de su repliegue al Dnieper superior, objetó la imposibilidad de llevar a cabo una retirada tan rápida en tan considerable distancia sin que la maniobra nos entretuviese hasta el período de los barros. Además de que, a su modo de ver, perderíamos en ella demasiado material, como ya había sucedido en la evacuación del saliente de Orel. Si acaso- dijo-, se

podría ir a un repliegue más modesto, quedándonos en una línea intermedia, que, como es natural, ya no nos hubiera permitido economizar tantas fuerzas.

Ra ésta en el fondo una cuestión de orientación operativa móvil, en la que el mando del Grupo de Ejércitos Sur, basado en su experiencia de la campaña de Crimea y de la de invierno de 1942 a 1943, mantenía un criterio radicalmente distinto del Alto Mando del Ejército y aun del de los restantes Grupos de Ejércitos en aquellas campañas me había visto obligado ya a operar siempre con agilidad flexible y aun sin largos y tediosos planteamientos y preparativos. En cambio, Hitler y los demás comandantes opinaban que los movimientos en tan vastas áreas no debían acometerse ni ejecutarse en la manera acelerada por mí preconizada. Reconozco que el llevar a cabo con rapidez la evacuación en unos frentes durante largo tiempo inmovilizados se hacía algo más difícil por el hecho de que Hitler, a fin de prepararlos para la resistencia y prevenir eventuales interrupciones en los servicios de aprovisionamiento, había dispuesto la acumulación de provisiones y pertrechos para tres meses en los sectores de los correspondientes ejércitos.

Por consiguiente, si bien es cierto que no acababa Hitler de resolverse por una medida de tan amplio alcance como la reducción de frente del Grupo de Ejércitos Centro en toda la extensión propuesta por mí, no lo es menos que reconocía la necesidad de un radical refuerzo del Grupo de Ejércitos Sur.

Y en efecto, a propuesta del jefe del Estado Mayor acordó que inmediatamente fuese puesto a disposición de dicho Grupo un cuerpo de 2 divisiones de tanques y 2 de infantería para sutura con el Cuarto Ejército Panzer, en prevención del riesgo de que nuestra ala del norte llegase a verse envuelta.

Prometió al mismo tiempo dar satisfacción a mi demanda de otras cuatro divisiones de refuerzo para custodia de los pasos del Dnieper; y resolvió, finalmente, proceder también a la evacuación de la cabeza de puente del Kuban, inútil desde hacía tiempo, para poder obtener de ella contingentes de refuerzo cuando hubiese terminado su repliegue, que sería, según el mariscal Von Kleist, el 12 de octubre.

No nos asistió la suerte hasta el punto de que las correspondientes órdenes fuesen dadas inmediatamente, o sea, desde nuestro propio cuartel general. De modo que hube de conformarme con que al despedirle en el aeródromo me repitiese Hitler antes de

subir a su aparato, la promesa de hacernos llegar los refuerzos ofrecidos.

Aquella misma tarde a primera hora ordenábamos al Sexto Ejército y al Primer Ejército Panzer que pasasen a la luchar móvil defensiva, de tal suerte llevada que resultase asegurada la cohesión y aptitud contentiva de las tropas y un ritmo de repliegue suficiente para la evacuación.

En lo tocante a los frentes del Noveno Ejército y el Cuerpo Ejército Panzer, confiaba el mando del Grupo de Ejército en que, cumplida la promesa de Hitler, bien podría restablecerse la situación en el ala norte del último de ellos mediante contraataque del cuerpo cedido por el Grupo de Ejércitos Centro. Luego, con las divisiones que se dirigían al Dnieper podríamos apoyar el frente y ya no iba a ser imposible contener al enemigo en el ala norte aun antes del Dnieper, a la altura de Poltava, por ejemplo. Con lo que habríamos obtenido una sustancial reducción del frente, no sólo respecto de la situación del momento, sino también respecto de la resultante de la retirada de todo el frente a detrás del Dnieper como consecuencia de no habernos llegado los refuerzos prometidos.

Porque, desgraciadamente, ya el otro día iba a pasar el mando del Grupo de Ejércitos por una nueva decepción: la orden que al despedirnos me había prometido Hitler, en virtud de la cual cuatro divisiones más vendrían a la línea del Dnieper, no fue dada, y la cesión de un cuerpo por el Grupo de Ejércitos Centro para nuestra ala norte se vio de pronto aplazada. Ni siquiera se sabía cuándo íbamos a disponer de aquellas fuerzas ni en qué cuantía llegarían.

En este situación, rogué al jefe del Estado Mayor Central que le comunicase al Führer que mientras las cosas fuesen así había que contar con la posibilidad de rupturas enemigas en los pasos del Dnieper, e incluso en Kiev. Pero había cuenta de lo inveterada que iba siendo la costumbre del mando supremo de diferir día tras día las decisiones urgentes y de olvidar el cumplimiento de promesas en las que forzosamente había de basar sus medidas el mando del Grupo de Ejércitos, consideré necesario agregar al parte un apéndice, que sólo por escrito podía remitir en prevención de tergiversaciones. Por cuanto expresaba bien claramente la fundamental divergencia de puntos de vista del Grupo de Ejércitos respecto del mando supremo, lo reproduzco literalmente.

Desde la terminación de la campaña de invierno viene este Grupo de Ejército dando su frente a la defensiva, y viene asimismo insistiendo

siempre, aunque siempre sin éxito, en la apremiante necesidad de una redistribución de fuerzas dentro del frente del Este o mediante refuerzos traídos de otros escenarios de guerra. Atendida la importancia del sector a su defensa encomendado y la evidencia de que el enemigo tratará de centrar el punto de gravedad de su ofensiva contra el Grupo de Ejércitos Sur, la actual situación y proporción de fuerzas es tan inadecuada como insostenible.

Con todo, no sólo no han sido atendidas nuestras solicitudes, sino que, desde el desistimiento de <Ciudadela> el Grupo de Ejércitos ha cedido fuerzas suyas, para que luego al hallarse él en crisis viese escatimado siempre los refuerzos que se le concedían o facilitados con retraso.

Hubieran llegado a tiempo los refuerzos que le situación ha hecho indispensables (renunciando para ello previsoramente a otros frentes), y nos habríamos ahorrado la actual crisis, capaz de traer consigo la decisión en todo el Este y, por tanto, la de la guerra.

Y no es que haga constar esto con el secreto propósito de acomodar a mi gusto y a posteriori la explicación de las responsabilidades bélicas, sino solamente para evitar ulteriores incidencias en el mismo error de no conceder a tiempo lo necesario.

Pero estaba visto que Hitler no acababa de resolverse a tomar la decisión, a nuestro juicio ineludible, de replegar espontáneamente el Grupo de Ejércitos Centro a la línea del Dnieper, a fin de contar luego con fuerzas disponibles suficientes para mantenerse en el ala sur del frente oriental. Ni la recomendación del jefe del Estado Mayor Central ni la de su Sección de Operaciones tuvieron en esto mejor fortuna con él que la tuvo el mando del Grupo de Ejércitos con una nueva exposición. Hacíamos constar en ella que una posible ofensiva enemiga contra el Grupo de Ejércitos Centro, tan temida por Hitler, no habría de tener mayor alcance que el de procurar inmovilizar sus fuerzas e impedir al mismo tiempo que el Grupo de Ejércitos Sur cargase radicalmente el centro de gravedad en su ala norte. Por lo demás, un repliegue del Grupo de Ejércitos Centro a la línea del Dnieper- argüía yo- no podría representar para nosotros ninguna gran desventaja ni en el aspecto operativo ni en el de economía de guerra.

Puesto que nada se hacía- seguí alegando- para que el Grupo del Centro dispusiese el contingente de fuerzas que le habían sido prometidas a nuestra ala norte, mientras que el

enemigo seguía concentrando cada vez más unidades nuevas contra ella, era evidente el peligro de que, envuelto por el norte, acabase el Cuarto

Ejército Panzer por verse rechazado de Kiev hacia el sur. En cuyo caso nos encontraríamos con que, además de no poder formar ya ningún frente detrás del Dnieper, el mismo Grupo de Ejércitos quedaría en inminente peligro de copo.

Así expuesta la situación, comunicaba el mando del Grupo de Ejércitos el 14 de septiembre que no le quedaba más remedio que disponer para el día siguiente el repliegue de su ala norte a detrás del Dnieper a ambos lados de Kiev, después de haberle ordenado al Octavo Ejército que pasase de la defensa de posición a la lucha móvil. Reconocíamos así implícitamente el hecho de que a consecuencia de las dilaciones de Hitler carecía de objeto ya el seguir pensando en la posibilidad de detener al enemigo antes del Dnieper, en un frente más reducido, a la altura de Poltava.

En la respuesta a este parte nuestro se nos advertía que no diésemos las órdenes en cuestión antes de hablar nuevamente con Hitler el 15 de septiembre. A lo que yo repuse que un nuevo cambio de impresiones resultaría inútil, a no ser que el Führer me recibiese sin más testigos que el jefe del Estado Mayor Central.

Me sirvió la nueva entrevista para explicarle ante todo a Hitler lo mucho que la situación e había agravado en nuestro frente, procurando llevar a su ánimo la convicción de que la crisis a que había llegado desde su visita el ala norte del Grupo de Ejércitos no lo suponía gravísimo para todo el frente del Este; allí no se trtaba desde ahora de la posibilidad de mantenernos en la línea de Dnieper, sino ¡de cuál iba a ser la suerte del frente del Este! Y pues habíamos llegado a tales apremios por no haber cedido el Grupo de Ejércitos Centro las fuerzas que de él esperábamos, mientras que el del Sur había cumplido lealmente las órdenes de cesión de sus fuerzas en otras apuradas situaciones, ¿cómo se explicaba que los demás Grupos de Ejércitos pudiesen rehusarlas? Pero más absurdo parecía aún, cuando una retirada de frente del Grupo del Centro perdía aún, cuando una retirada del frente del Grupo del Centro pardía toda su importancia por el hecho de que no habría de servir para nada en cuanto el frente del Cuarto

Ejército Panzer se hubiese derrumbado. Un estado de cosas en el que un Grupo de Ejércitos como el del Centro podía desentenderse de la voluntad del mando supremo de cederle a otro Grupo fuerzas que aquel mando estimaba indispensables en él, no acababa yo de explicármelo. ¿A dónde iríamos a parar si ya no se cumplían las órdenes del Alto Mando? Porque lo que es yo, le aseguraba que las mías ¡sabría hacerlas cumplir! (De sobra sabía yo que si Hitler no se ha-

bía impuesto en este caso al mando del Grupo de Ejércitos Centro era por no haber previsto a tiempo la indispensable reducción de aquel frente y ordenado su rápido repliegue sin pararse en otros escrúpulos.)

mis últimas consideraciones fueron las de que, en el punto a que habíamos llegado, ya ni siquiera estaba muy seguro de que el Cuarto Ejército Panzer consiguiese replegarse a detrás del Dnieper, aunque, como es natural, el Grupo de Ejércitos no ahorraría indispensable que por las cuatro líneas ferroviarias de que disponíamos comenzase al momento un continuo trasiego de cuatro divisiones a la vez de los sectores del ejército del Centro al ala norte del Grupo del Sur, hasta que la situación allí quedase restablecida. Porque era la suerte del frente del Este la que estaba en juego y yo no veía otro recurso que la inmediata concentración de fuerzas en la zona de Kiev. (Ni que decir tiene que esto implicaba el inevitable repliegue del Grupo de Ejércitos Centro a la línea del Dnieper.)

aun cuando Hitler acogió con paciencia la censura que de su mando acababa de hacer en mis manifestaciones, estoy seguro de que la entrevista no le resultó nada grata. Así y todo, el resultado de ella fue una orden inmediata del Alto Mando del Ejército para simultáneamente por las cuatro vías cuatro divisiones al Grupo de Ejércitos Sur al ritmo más acelerado posible. Se nos hizo concebir, además, la esperanza de que para completar nuestras divisiones nos mandarían desde el oeste 32 batallones del cupo del reemplazo y de unidades de infantería.

En consecuencia, el 15 de septiembre, una vez de retorno en mi Cuartel General, daba a la noche la orden de repliegue de todos los ejércitos a la línea Melitopol-Dnieper (hasta más arriba de Kiev), sector del Desna.

Pudiera ser que el lector haya sacado de lo que antecede la impresión de que durante aquellas semanas de combates del Grupo de Ejércitos en la zona anterior del Dnieper la actividad de su mando se redujo a unas discusiones con el Alto Mando del Ejército, o sea con Hitler. En realidad, una gran parte de nuestro trabajo y de nuestras energías la reclamó entonces el intento, a cada paso necesario, de conseguir que el mando supremo otorgase lo preciso oportunamente y no accediese a lo indispensables demasiado tar-

de. Tanto más, cuanto que el mando del Grupo de Ejército estaba acostumbrado a tomar sus decisiones con presteza y se avenía mal con el temperamento de su comandante el estar a cada paso repitiendo o teniendo que exigir una y otra vez lo que el sentido común pedía. Después de todo, es justamente esta pugna por el oportuno reconocimiento de las necesidades operativas la característica más acusada de aquella campaña de 1943 a 1944, vista desde el lado alemán.

Por otra parte, el esfuerzo por remover un poco el velo que cela los designios del enemigo y poder decidir de la distribución y empleo de las propias fuerzas en consonancia con la previsible actuación del adversario, ha constituido siempre una parte esencial de lo que militarmente se estima como la función indeclinable del mando superior. Otra parte de esta misma función está en la aplicación de fuerzas a una operación determinadas y en su ejecución. Y si este aspecto o faceta del mando trasciende menos de nuestra exposición precedente, la razón está, ni más ni menos, en que no se nos daba ya la posibilidad de dirigir efectivas operaciones, tal como la hubiéramos tenido si, por ejemplo, se nos hubiese autorizado al ataque de réplica a una ofensiva rusa deliberadamente estimulada en el sentido de nuestra conveniencia.

Ponerse ahora, en cambio, a describir aquí cómo, a pesar de todo, trató el mando del Grupo de Ejércitos de parar los golpes del superior enemigo cuando ya no podía caberle esperanza alguna de victoria, supondría reclamar para la sola relación de esta campaña todo el espacio de esta obra. Por eso tengo que limitarme a consignar que todo nuestro esfuerzo lo pusimos

en evitar, dentro de lo que las fuerzas disponibles nos permitían, que el enemigo se apoderase enteramente de la iniciativa. Allí donde contábamos con elementos de alguna consideración, nuestra táctica consistía en dejar que el enemigo embistiese frontalmente y se desangrase y gastase en el ataque; mientras que en los demás casos teníamos que tratar de frustrar sus planes mediante oportunas retiradas locales que nos cubriesen del riesgo de ser arrollados por la superioridad aplastante de los rusos. Y siempre nuestro recurso fundamental estaba en recibir las penetraciones enemigas en un embudo de tanques, concentrados en la mayor cantidad posible, para aprovechar en contraataque- siempre que se hiciese viable- los puntos vulnerables que el enemigo hubiese descuidado en la confianza de su superioridad. La dirección de estos combates y la explotación de las especiales oportunidades estaba reservada a los ejércitos de mi dependen-

cita y su relación singularizada desbordaría los límites de estas memorias.

Lo que si he de hacer constar es que la colaboración entre el mando del Grupo y los de los ejércitos que lo integraban descansó siempre en una recíproca confianza.

Auxiliados por unos excelentes jefes de Estado Mayor, los comandantes de los ejércitos supieron hallar en todo momento algún recurso en las situaciones difíciles, sin perder los nervios ni comprensivos en aquellos casos en que el mando del Grupo de Ejércitos se veía forzado a intervenir con órdenes directas o a retirar de un ejército fuerzas que no le sobraban ciertamente, pero que eran más necesarios en otro sitio atendida la situación general. Al fin y al cabo, eran hombres que conocían su oficio y no podía serles ajena la solidaridad.

El coronel general Hollidt, comandante del Sexto Ejércitos, había mandado en Crimea una división a mis órdenes y me era, por tanto, bien conocido desde entonces. Era hombre serio, templado y concienzudo. Acaso no llegase a lo que solemos entender por una personalidad pujante y de grandes iniciativas, pero, por lo mismo, le distinguía una segura objetividad y un claro y sereno raciocinio, de suerte que podía uno confiar plenamente en él. Como procedente de la infantería, se sentía especialmente solidarizado con las tropas combatientes, lo cual,

como es comprensible, no dejaba de influir en su estado de ánimo en aquellas condiciones. Tal vez su jefe de Estado Mayor, el general Bork, no fuese, a pesar de su indudable capacidad, el más afortunado complemento de este comandante, al menos según la impresión que teníamos en el mando del Grupo de Ejército. Y es que no basta con emparejar a dos buenos soldados en los cargos de comandante en jefe y de jefe del Estado Mayor; tentación de cogerlo para pertrechar de <consejos> a los mandos subalternos, como, por desgracia, suelen hacer algunos altos jefes.

Por lo demás, Busse y Schultz-Büttger se completaban a maravilla. Era el último un oficial tan hábil como modesto, que sabía obligarte con su invariable tacto cordial, a pesar de sus ribetes sarcásticos. Desdichadamente, este hombre tan bien dotado y de tan estimable carácter fue una de las muchas víctimas del 20 de julio.

Busse, de cuyos méritos y excelentes servicios hago mención antes, era una de esas personas que siempre aciertan a dar en el clavo en cuanto dicen. Sabía también ser enérgico de veras cuan-

do el caso lo pedía. Y cuándo un comandante de cualquier ejército pintaba con tonos sombríos- a buen seguro con razón- la situación del de su mando, poniendo en duda la posibilidad de llegar a cabo la misión encomendada, ya estaba Busse con su estribillo: <¡ Vamos, que no será tanto!> Esto, que a primera vista pudiera parecer una frívola evasiva, era en realidad una observación fruto de larga experiencia en situaciones críticas y siempre seguida inmediatamente del oportuno, consejo sobre posibles recursos o de la promesa de alguna extraordinaria ayuda del Grupo.

Para ciertas órdenes que de arriba nos llegaban, sólo tenía Busse el elocuente comentario de: <Francamente, uno ya no sabe a qué carta quedarse.> Y es que entre nuestros más inmediatos colaboradores nadie se mordía la lengua.

Por cierto que las disposiciones que por su extravagancias merecían tan drásticos comentarios no eran producto de la Sección de Operaciones del Alto Mando del Ejército, o sea del <Aerolito>, sino que procedían más bien de Hitler.

Habían bautizado al general Zeitzler con el apodo de <Aerolito>, porque su aparición como jefe de Estado Mayor en el Alto Mando del Ejército había sido algo muy parecido a una descarga eléctrica y porque, además, exigía de sus subordinados la fulminante ejecución de las órdenes por él dadas. No menos rotundo en su forma corporal que en la imperativa exigencia, era un tipo pequeño y más bien llenito, acentuado en su oronda apariencia por una cabeza redonda, mejillas coloradotas y calva incipiente. Y su movilidad era, efectivamente, la misma de una bola.

No me había distinguido nunca Zeitzler con su simpatía. Como más moderno oficial de Estado Mayor, pertenecía antes de la guerra a la Sección de la Defensa Nacional del Alto Mando de la Wehrmacht, que entonces, cuando yo, era primer jefe de la Sección de Servicios del Estado Mayor del Ejército, nos traía más bien entre dientes. Incluso creo no haberme equivocado en la sospecha que entonces concebí de que Zeitzler era uno de los que abogaban por una mayor influencia del Alto Mando de la Wehrmacht en la dirección del Ejército. Como jefe del estado Mayor General, había de llegar a enfrentarse con sus antigua superiores Keitel y Jodl, hasta que, excluido del mando del Ejército en la mayoría de los teatros de guerra, tuvo que comprender adónde habían ido a parar con la implantación de facciones en el mando hasta escindirlo en dos discordes, en lugar de un mando unánime.

En la guerra había sido jefe de Estado Mayor de un cuerpo panzer y desempeñado luego el mismo cargo en el Primer Ejército Panzer, distinguiéndose aquí a las órdenes del futuro mariscal Von Kleist por su energía, su habilidad y sus dotes tácticas. Como Hitler se hubiese fijado en él, en la primavera de 1942 le había designado jefe del Estado Mayor del Frente Occidental, por grandes resultados en el progreso de los preparativos de defensa de las costas francesas. Luego, al despedir al coronel general Halder, Hitler le había escogido para sucederle.

Mas aunque la energía de Zeitzler, pecase de despiadada y le convirtiese, por tanto, en el soldado a la medida de Hitler en cierto modo, se había equivocado éste al suponer que iba a tener en él un dócil y ciego instrumento de su capricho. Por lo menos en cuanto a mí toca,

puedo decir que desde el momento en que me posesioné del mando del Grupo de Ejércitos del Don, nunca dejó Zeitzler de tomar ante Hitler la defensa, resuelta y tenaz, de mi criterio y deseos, sin pararse a considerar lo ingrato de tales bregas con Hitler.

Lo cierto es, sin embargo, que la colaboración entre el mando del Grupo de Ejércitos y el jefe del Estado Mayor Central fue netamente leal, por más que no quepa ignorar lo mucho que a ello contribuyó la personalidad del jefe de la Sección de Operaciones, general Heusinger. Desde que en tiempo de paz había estado en ella a mis órdenes, siempre que guardó el mayor efecto, además de que era un oficial muy competente y persona de excelente carácter.

La retirada a detrás del Dnieper

La orden por la que el mando del Grupo de Ejércitos disponía el 15 de septiembre a la noche, después de mi regreso del Cuartel General del Führer, la retirada de los ejércitos a la línea del Dnieper, señalaba que la rapidez del repliegue habría de depender de la que

las tropas pudiesen alcanzar sin menoscabo de su capacidad combativa. Concretamente se decía en ella <que todas las medidas y órdenes irían informadas por el principio de que con unas fuerzas intactas no hay dificultad insuperable, mientras que con tropas que hubiesen perdido su combatividad o su cohesión cualquier retirada se convierte en catástrofe>. Siempre que fuese posible, deberían nuestros ejércitos dejar que el enemigo acometiese y se agotase en el ataque, a fin de ganar así tiempo para la propia evacuación.

El Sexto Ejército tenía que retraer sus dos cuerpos del sur a la posición previamente dispuesta entre Melitopol y la línea del Dnieper, al sur de Saporoshje, y el cuerpo del norte había de replegarse a la cabeza de puente de esta localidad. En este sector quedarían sus fuerzas dependientes del Primer Ejércitos Panzer, al paso que el Sexto Ejército pasaba al Grupo de Ejércitos A, cuyo Decimoséptimo Ejército era retirado del Kuban a Crimea.

El Primer Ejército Panzer cruzaría el Dnieper por Saporoshje y Dniepropetrovsk, para hacerse cargo del frente de Saporoshje hasta 30 kilómetros al este de Kremenchug. Una vez efectuado el cruce, evacuaría la cabeza de puente de Dniepropetrovsk, pero la de Saporoshje habría de ser mantenida por orden expresa de Hitler. El cuerpo del ala derecha del Octavo Ejército, que también había de replegarse a Dniepropetrovsk, pasaba a depender del Primer Ejército Panzer.

Se le ordenó también al ejército que, tan pronto como pudiera, dispusiese al XL Cuerpo Panzer con 2 divisiones blindadas, una de granaderos acorazados y la División de Caballería de las SS al sur del Dnieper para dirigirlas al ala sur del Grupo de Ejércitos. Esta disposición, sin embargo, se vio anulada por la orden de Hitler de mantener la cabeza de puente de Saporoshje. Las consecuencias de ello las explicaciones más adelante.

El Octavo Ejército, tenía la misión de cambiar de orilla en el sector de las cabezas de puente de Kremenchug y Cherkassy. Mediante la concentración de importantes fuerzas blindadas en su ala izquierda, habría de tratar este ejército de abrirse paso en retirada por el puente de Cherkassy. Como detrás del Dnieper el ejército se tenía que hacer cargo de hasta 30 kilómetros al sur de Kiev, el XXIV Cuerpo del Cuarto Ejército Panzer pasó a depender del Octavo Ejército una vez hubiese alcanzado el río.

El Cuarto Ejército Panzer se encargaba de replegar más allá del río al citado cuerpo por Kanev y el grueso del ejército por Kiev y de cuidar de que detrás del río se restableciese el contacto por el norte con el ala derecha del Grupo de Ejércitos Centro.

La retirada a las posiciones Melitopol-Dnieper, iniciada por esta orden, representa una de las más difíciles operaciones de la campaña 1943-1944, dada la superioridad del enemigo y el insistente empeño de su persecución.

Algo más sencilla se presentaba en el ala derecha, dentro del sector del Sexto Ejército, la maniobra de repliegue, todo vez que este ejército podía retirar frontalmente sus fuerzas a la posición preparada al norte de Melitopol y a la cabeza de puente de Saporoshje. En aquel sector del frente el riesgo estaba especialmente en la superioridad de las fuerzas de

seguimiento enemigas, que, sobre todo con sus tanques, tenían la posibilidad de precipitar alguno de los movimientos parciales del repliegue, penetrando en profundidad.

En cambio, resultaba extraordinariamente arduo el repliegue de los otros tres ejércitos a detrás de la corriente, pues de un frente de 700 kilómetros de largo tenían que encogerse sobre cinco únicos puentes del Dnieper, para desplegarse en el otro lado, después de canalizados por los cinco pasos, en un frente de igual extensión que el evacuado antes de que el enemigo consiguiese poner pie en la orilla sur. Como se comprenderá, el solo hecho de que cada ejército tuviese que concentrar sus efectivos en uno o dos puentes representaba una soberbia oportunidad para las fuerzas de acoso. Pero, sobre todo durante el tiempo que las nuestras tuviesen que invertir en hacer el cruce por los limitados puntos de Dniepropetrovsk, Kremenchug, Cherkassy, Kanev y Kiev, sería muy probable que el enemigo consiguiese salvar el Dnieper por los espacios libres entre dichos pasos o llegar a él cuando menos.

Pero todavía existía otro aspecto por el que se hacía más difícil la retirada de estos ejércitos; la imposibilidad de replegar perpendicularmente al Dnieper todo el Grupo del Centro, el ala derecha del Primer Ejército Panzer y el Octavo Ejército. Todas estas fuerzas debían retirarse partiendo del norte del río, casi paralelamente a él, en dirección aponiente, para llegar a los pasos del Dnieper, cuya utilización habría de permitirles restablecer detrás de él el frente defensivo del Grupo de Ejércitos en toda su primitiva extensión. Para ello tendría el Octavo Ejército que abrirse primeramente camino en la retirada hasta su pase occidental de Cherkassy; mientras que en el ala izquierda del Grupo de Ejércitos, en el Cuarto Ejército Panzer y a consecuencia de la evolución de la situación en el ala sur del Grupo de Ejércitos Centro, existía el peligro de que este ejército seviese alejado de Kiev.

De modo que si este repliegue extraordinariamente difícil pudo

Para formarse una idea de la extraordinaria capacidad técnica acreditada por nuestros servicios en este repliegue, creemos suficiente encionar unas cuantas cifras. Solamente el número de heridos evacuados llegó a los 200.000, al paso que la totalidad de los trenes movilizados para retirar las pertenencias del Ejército y de la población anduvo por los 2.500 y el volumen de la población civil incorporada a la retirada no bajó de varios cientos de miles de personas. A todo esto hay que tener en cuenta el escaso tiempo invertido en la gigantesca

maniobra, realizada en condiciones dificilísimas por la necesidad de cruzar el río por un número de puntos muy limitado. Lo que demuestra que aun operaciones efectuadas en tan arduas condiciones pueden llevarse a efecto en poco tiempo a pesar de cuanto pretendan otros.

Lo cierto es que el 30 de septiembre el Grupo de Ejércitos se hallaba con todos sus efectivos en la línea Melitopol-Dnieper.

La lucha por la línea del Dnieper